

Una joya para todos aquellos que alguna vez soñaron  
con tener un rincón propio repleto de libros y de sueños.



LA  
BIBLIOTECA  
DE LOS  
SUEÑOS  
IMPOSIBLES



LIN RINA



de

Lectulandia

Una historia atmosférica situada en un rincón repleto de libros en el Londres del siglo XIX.

Una maravillosa novela. Un retrato de los lugares en los que los libros y las historias te pueden transportar a la vida real.

Una joya de libro para todos aquellos que alguna vez soñaron con tener un rincón propio repleto de libros y de sueños...

En 1890 la mayoría de chicas serían felices con la vida de la joven de 19 años de edad Animant Crumb: una madre dedicada a vestirla con la mejor ropa y a buscarle un marido perfecto. Pero a Ani todo eso no le importa nada, ella ama los libros cuyas historias le han enseñado a soñar en grande. La vida cotidiana de Ani da un giro sorprendente cuando recibe la propuesta inesperada de un viaje a Londres para trabajar en una maravillosa y antigua biblioteca. Allí, Ani conoce a Thomas Reed, un malhumorado bibliotecario, un hombre tan extraño como intrigante que despertará en Ani sentimientos que hasta ahora solo conocía por los libros. Pero pronto descubrirá que varios obstáculos se interpondrán en el camino para que su propia historia de amor se convierta en realidad.

Siguiendo las huellas de las grandes damas de la literatura clásica como Jane Eyre, la independiente y tenaz Animant Crumb es un personaje del que los lectores se enamorarán al instante.

Lin Rina

# **La biblioteca de los sueños imposibles**

ePub r1.0

Titivillus 28.03.2021

Título original: *Animant Crumbs Staubchronik*  
Lin Rina, 2020  
Traducción: Ana Guelbenzu

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

## Índice de contenido

Cubierta

La biblioteca de los sueños imposibles

LA BIBLIOTECA DE LOS SUEÑOS IMPOSIBLES

Lin Rina

PRÓLOGO

1 PRIMERO, O CUANDO MI TÍO VINO DE VISITA

2 SEGUNDO, O CUANDO MI BUTACA DE LECTURA SE MUDÓ A LONDRES

3 TERCERO, O CUANDO ME ROBARON EL CORAZÓN

4 CUARTO, O CUANDO APRENDÍ A ODIAR AL SEÑOR REED

5 QUINTO, O CUANDO ME QUEDÉ

6 SEXTO, O CUANDO ENCONTRÉ A ALGUIEN AFÍN

7 SÉPTIMO, O CUANDO ME SUMERGÍ EN EL MUNDO DE LAS MÁQUINAS

8 OCTAVO, O CUANDO PLANEÉ UNA OSADÍA

9 NOVENO, O CUANDO EL AZAR ACABÓ DESTRUYENDO LIBROS

10 DÉCIMO, O CUANDO DEJÉ CLARAS LAS COSAS

11 UNDÉCIMO, O CUANDO EL CORAZÓN ME DIO BRINCOS

12 DUODÉCIMO, O CUANDO APRENDÍ SOBRE EL VUELO

13 DECIMOTERCERO, O CUANDO MI ANTIGUA VIDA ME ATRAPÓ

13 DECIMOTERCERO, O CUANDO MI ANTIGUA VIDA ME ATRAPÓ

15 DECIMOQUINTO, O CUANDO ME OCURRE UN PERCANCE DE LO MÁS DESAGRADABLE

16 DECIMOSEXTO, O CUANDO DEFENDÍ AL SEÑOR REED

17 DECIMOSÉPTIMO, O CUANDO ME VI OBLIGADA A HACER UNA BUENA OBRA

18 DECIMOCTAVO, O CUANDO RECIBÍ UN CUMPLIDO INESPERADO

19 DECIMONOVENO, O CUANDO LA INDEPENDENCIA RESULTÓ SER MÁS DIFÍCIL DE LO QUE ESPERABA

20 VIGÉSIMO, O CUANDO SUCUMBÍ A LA ILUSIÓN

21 VIGÉSIMO PRIMERO O CUANDO SE ENCENDIERON LAS LUCES

22 VIGÉSIMO SEGUNDO, O CUANDO LAS LUCES SE FUNDIERON

23 VIGÉSIMO TERCERO, O CUANDO BAILARON LAS LUCES

24 VIGÉSIMO CUARTO, O CUANDO MI MADRE NO ME ENTENDIÓ

25 VIGÉSIMO QUINTO, O CUANDO PERDÍ EL APETITO

26 VIGÉSIMO SEXTO, O CUANDO EMPECÉ A PREOCUPARME

27 VIGÉSIMO SÉPTIMO, O CUANDO BEBIMOS TÉ

28 VIGÉSIMO OCTAVO, O CUANDO EMPECÉ A AIREAR SECRETOS

29 VIGÉSIMO NOVENO, O CUANDO DESAYUNAMOS

30 TRIGÉSIMO, O CUANDO ACTUÉ POR RABIA

31 TRIGÉSIMO PRIMERO, O CUANDO PREGUNTÉ DEMASIADO

32 TRIGÉSIMO SEGUNDO, O CUANDO FUI VÍCTIMA DE UNA BROMA

33 TRIGÉSIMO TERCERO, O CUANDO DESCUBRÍ EL SECRETO DEL SEÑOR REED

- 34 TRIGÉSIMO CUARTO, O CUANDO CONOCÍ A RACHEL
- 35 TRIGÉSIMO QUINTO, O CUANDO ME QUEDÉ SIN AIRE
- 36 TRIGÉSIMO SEXTO, O CUANDO MI MADRE SE RIO
- 37 TRIGÉSIMO SÉPTIMO, O CUANDO ME QUEDÉ SIN NADA QUE LEER
- 38 TRIGÉSIMO OCTAVO, O CUANDO LOS DOS GUARDAMOS SILENCIO
- 39 TRIGÉSIMO NOVENO, O CUANDO SENTÍ MIEDO
- 40 CUADRAGÉSIMO, O CUANDO ME MIRARON UNOS OJOS MARRONES
- 41 CUADRAGÉSIMO PRIMERO, O CUANDO ELISA ME SACÓ DE PASEO
- 42 CUADRAGÉSIMO SEGUNDO, O CUANDO ACABÉ EN UN ARMARIO
- 43 CUADRAGÉSIMO TERCERO, O CUANDO PUSE MI PLAN EN MARCHA
- 44 CUADRAGÉSIMO CUARTO, O CUANDO FUI LA ÚNICA QUE MANTUVE LA CALMA
- 45 CUADRAGÉSIMO QUINTO, O CUANDO ALGO NO IBA BIEN
- 46 EL ÚLTIMO, O CUANDO ME FUI
- 47 EL ÚLTIMO DE VERDAD, O CUANDO OCURRIÓ TODO
- Sobre el autor

Para Dora, porque por tus venas corren palabras y sueños



# **LA BIBLIOTECA DE LOS SUEÑOS IMPOSIBLES**

**Lin Rina**

**UN RETRATO DE LOS LUGARES EN LOS QUE LOS LIBROS Y LAS  
HISTORIAS TE PUEDEN TRANSPORTAR A LA VIDA REAL.**

En 1890 la mayoría de las chicas serían felices con la vida de la joven de diecinueve años Animant Crumb, con una madre dedicada a vestirla con la mejor ropa y a buscarle un marido perfecto. Pero a Ani todo eso no le importa nada, ella ama los libros cuyas historias le han enseñado a soñar. La vida cotidiana de Ani da un giro sorprendente cuando recibe la propuesta inesperada de un viaje a Londres para trabajar en una maravillosa y antigua biblioteca. Allí, Ani conoce a Thomas Reed, un malhumorado bibliotecario, un hombre tan extraño como intrigante que despertará en ella sentimientos que hasta ahora solo conocía por los libros. Pero pronto descubrirá que varios obstáculos se interpondrán en el camino para que su propia historia de amor se convierta en realidad.

Siguiendo las huellas de las grandes damas de la literatura clásica como Jane Eyre, la independiente y tenaz Animant Crumb es un personaje del que los lectores se enamorarán al instante.

## PRÓLOGO

Me apoyé en una columna de mármol y maldije a mi madre mientras sonreía con educación. Ojalá saliera una palabra sensata de la boca de quien me estaba hablando. Aunque fuera solo una.

—Y el oso polar gritó: «¡Soy el barón de Münchhausen!»». Y le arrancó la cabeza al pingüino de un mordisco —añadió.

Por desgracia, no había bebido el ponche suficiente para fingir siquiera que su chiste era gracioso.

Tenía un rostro agradable, pero su imagen era ridícula. Por mucho que lo dictara la moda, los hombres no deberían llevar chalecos de color lila. Era ridículo y grotesco.

—No se ha reído nada —confirmó él con su agudo entendimiento, y a mí me dieron ganas de suspirar ante tal falta de seso.

Sin embargo, no me salió, me faltaba aire.

El corsé me apretaba tanto que apenas podía respirar, y habría jurado que se me estaban hinchando poco a poco las piernas por la mala circulación.

Mary-Ann me lo había ceñido muy fuertemente: la única manera de que me entrara ese monstruo de color azul cielo; un vestido de noche que mi madre había encargado expresamente en Londres para deleitar a los jóvenes nobles de provincias. Aseguró que en la capital estaba de moda ir tan ceñida y que todas las jóvenes lo hacían. Pero yo no aguantaría mucho con eso puesto. Me imaginaba muriendo por falta de oxígeno si alguien hacía que me tuviera que mover de mi sitio, cerca de la ventana.

Me parecía completamente absurdo ajustar el cuerpo a una prenda, en vez de adaptar la prenda al cuerpo.

Pero ¿qué sabía yo? Yo solo era una vaga inútil que necesitaba deslumbrar a los jóvenes con el tafetán de color azul claro para que pasaran por alto mis impertinencias.

El chico seguía escudriñándome, esperanzado.

—La historia está fuera de lugar —dije, consciente de que estaba a punto de hacer lo que mi madre siempre me advertía que no hiciera: iba a instruirlo.

A los jóvenes no les gustaba nada que la mujer a la que querían convencer de que eran el mejor partido de la sala fuera más lista que ellos.

—Dejando a un lado que los animales no hablan, lo que se disculpa porque por lo visto se trata de un chiste, es imposible que un oso polar hiciera algo así —dije, pero me interrumpieron.

—Pues yo sí creo que un oso polar tiene la fuerza suficiente para arrancarle la cabeza a un pingüino de un mordisco. Al fin y al cabo, es un depredador —repuso el chico un tanto molesto.

Creo que se llamaba Hilton o Milton. Puso los brazos en jarras para disimular su inseguridad.

—Sí —contesté yo—. Pero no creo que fuera capaz de pasearse del hemisferio norte al hemisferio sur solo para pelearse con un pingüino por un huevo esférico.

Milton, o Hilton, me miró como un bobo; luego, por suerte para ambos, se acercó a saludarlo un conocido. Nos presentó fugazmente, pero se disculpó y se fue.

Pobre paleta.

Volví a quedarme sola, oyendo la voz de mi madre en mi cabeza: me recriminaba que así me quedaría sola para siempre, que terminaría enferma de soledad y melancolía.

En realidad, no estaba sola. Para nada. Ella me obligaba a pasar horas interminables y aburridas en celebraciones y bailes en los que solo mantenía conversaciones monótonas. La mayoría con personas que se consideraban cultas porque un día vieron un libro por fuera y que no hacían más que burlarse de las desgracias ajenas. Y pensar que podría estar en casa, en mi vieja butaca, leyendo los pensamientos de las mentes más brillantes. Los hombres de mi vida ya estaban conmigo y yo disfrutaba de ellos en cada momento. A su lado resolvía crímenes con ayuda de la técnica para comparar huellas, que eran tan únicas en cada persona como los copos de nieve. Conquistaba ciudades ante las que construía un caballo de madera donde me escondía. Seguía discursos literarios, narraciones históricas, estudiaba a los seres humanos, su espíritu y el alma. Daba la vuelta al mundo en ochenta días, aprendía a construir aviones, inventaba una melodía, tramaba una guerra.

A mi madre le parecían tonterías. Bordar, esa sí era una actividad recomendable para una chica de mi posición.

Suspiré para mis adentros.

¿Quién había decidido que eso tenía que ser así?

# 1

## PRIMERO, O CUANDO MI TÍO VINO DE VISITA

—¡Lo ha puesto en ridículo, Charles! Empezó a soltar frases de sabionda. Se comportó como una descarada —se quejó mi madre, con un gesto de desesperación. Siempre tenía que dramatizarlo todo—. Siempre que un chico se le acerca, lo estropea todo. ¿Por qué no puede ser como las demás chicas, que se quedan calladas y ya está? —continuó vociferando.

Me la imaginé caminando de un lado a otro de la habitación, con una mano en el pecho y abanicándose con la otra, mientras mi padre la miraba.

—Julia Goodman es una chica discreta y a los diecisiete ya estaba prometida. Por no hablar de la mayor de las hermanas Bordley: sabía en qué momentos convenía callar, ¡y con dieciocho ya estaba incluso casada!

Respiró hondo. No lo oí, pero lo sabía.

Mi padre, que, o bien estaría apoyado en la repisa de la chimenea, o bien sobre el borde del escritorio, siempre contenía la respiración. Seguro que se preguntaba, como yo, por qué mamá siempre loaba tanto a las chicas calladas, cuando ella era justo lo contrario.

—¡Tu maleducada hija, en cambio, se pasa el día sentada en la buhardilla en una vieja butaca devorando libros, en vez de aprender a comportarse como es debido! —exclamó.

Vi cómo mi padre fruncía el ceño.

—¡Ani sabe comportarse como es debido, cariño! —me defendió.

Y yo sonreí.

Se me estaba entumeciendo poco a poco la pierna derecha, así que intenté colocarme de otra manera sin apartar la oreja de la rejilla de ventilación de la chimenea, que iba de la cocina, pasando por el despacho de mi padre, hasta la buhardilla.

—¿Entonces por qué no lo hace? —exclamó mi madre, y yo suspiré en voz baja, pues sabía exactamente lo que venía a continuación—. ¡Ya tiene diecinueve años, Charles! ¡Diecinueve! Tengo la impresión de que no quiere tener una vida real. ¡Siempre libros, libros y solo libros! ¡Dentro de unos años será una solterona que nadie querrá, tras haber malgastado sus mejores años en una vieja y asquerosa buhardilla!

Mi madre rompió a llorar y mi padre murmuró unas palabras de consuelo.

Volví a levantar la cabeza y me hice crujir el cuello. Mi madre se preocupaba innecesariamente por cosas que me parecían completamente secundarias. Creía que casarse y tener un hogar propio debía ser la mayor aspiración de una joven.

No era mi caso. Y si acababa sin marido, ¿qué importaba? Tal vez no sería rica. Puede que no tuviera coche propio ni pudiera permitirme un armario nuevo cada medio año, pero la biblioteca pública era gratuita; seguro que ahí sería más feliz que con un marido aburrido en una casa demasiado ostentosa.

Me sacudí el polvo de la falda, me puse bien la blusa y me aparté un mechón de la frente.

Miré mi vieja butaca casi con melancolía; el terciopelo de color verde oscuro de los reposabrazos estaba un poco rasgado. Mi madre la había retirado años atrás porque le parecía demasiado gastada.

Para mí, en cambio, simbolizaba buenos recuerdos y pertenecía a mi vida, igual que los libros.

Habría preferido acurrucarme en su asiento de plumas deformado, con el libro abierto que había empezado y olvidar sin más que ahí fuera existía un mundo con celebraciones y madres casamenteras.

Sin embargo, Mary-Ann iba a hacer sonar el timbre del almuerzo de un momento a otro y tendría que bajar.

Solté un profundo suspiro, me metí una novela corta bajo el brazo, me agarré la falda y bajé los empinados escalones hasta la primera planta.

Nuestra casa era más grande de lo que debiera. Por lo menos, a mí me lo parecía. Yo prefería los espacios pequeños y las paredes que me ofrecían seguridad. Mi madre, en cambio, lo quería todo amplio y no le gustaba nada que algún mueble estuviera en el sitio equivocado y la estancia pareciera más pequeña.

Estaba pasando sin hacer ruido junto al despacho de mi padre para no molestarlos ni que me oyeran justo cuando la puerta se abrió.

—¡Ani! —dijo mi padre, sorprendido.

Mi madre se abrió paso a toda prisa para acercarse al pasillo.

Me tomó del brazo con una sonrisa cómplice. Me confundió aquel cambio tan repentino. ¿Un momento antes no estaba llorando y enfadada conmigo?

—A que no adivinas quién estará aquí mañana para hablar con nosotros. Dijo que tenía que traer algo para tu padre, pero estoy segura de que viene por ti —susurró mi madre.

Enseguida supe que se refería a George Michels: el nuevo candidato. Otro fracaso.

—Vaya, ¿quién puede ser? ¡No será el señor Michels! —exclamé con un entusiasmo exagerado.

La sonrisa de mi madre se desvaneció. Si algo había aprendido conmigo, era a reconocer la ironía.

—¡Animant! Lo creas o no, ese hombre podría ser tu marido. Con él, tendrías una buena vida —dijo con un gesto de desaprobación.

Tuve que contenerme para no soltar una carcajada, así que me mordí el labio inferior. El señor Michels era simpático, pero tenía la misma gracia que un pedazo de pan; encima, era extremadamente torpe: solía tropezar con sus propios pies.

—Se hurga la nariz cuando cree que nadie lo ve —dije, mientras bajaba los primeros peldaños hacia la planta baja. Eso no me lo había inventado.

—¡Animant! —se indignó mi madre.

Por detrás, mi padre empezó a reírse, pero lo dejó enseguida cuando mi madre lo fulminó con la mirada.

—Es apuesto y cuenta con tres mil libras al año. No deberíais ser tan mal pensados —nos reprendió, retiró el brazo y bajó los últimos peldaños sola antes de desaparecer en el salón.

El encaje de las enaguas crujía demasiado, cosa que reforzó esa salida airada con la que quería demostrarnos lo irracionales que éramos.

Me encogí de hombros. Mi padre esbozó una sonrisa. Pese a que no era de la opinión de que una señorita debiera quedarse sola, de vez en cuando se reía de los infructuosos intentos de mi madre, que invertía todas sus energías en procurar atraerme al mundo de los hombres.

Él estaba convencido de que algún día también me ocurriría lo que a todas las chicas de mi edad y que mi corazón latiría por uno de los chicos jóvenes que buscaban mi compañía.

Una vez dijo delante de mi madre que me faltaba un aliciente, y yo me limité a negar con la cabeza junto al tubo de la estufa. No podía imaginar qué tipo de aliciente necesitaría.

No era el dinero. Por supuesto, nunca había tenido que vivir la experiencia de ser pobre de verdad. Y sin marido, mi herencia me llegaría para vivir hasta vieja. Si es que una pulmonía no se me llevaba por delante antes.

Tampoco era la posición social. No me atraían los actos sociales, las celebraciones, los bailes, ni mucho menos esa pose refinada de la baja nobleza. No tenía ningún interés en títulos ni en las intrigas de la alta sociedad. En esas ocasiones, me sentía completamente fuera de lugar.

Lo único que quedaba y que para mí era un misterio era el amor. Había leído sobre él, estaba en los poemas y en los relatos de aventuras y corazones desbocados, pero no lo había entendido. ¿Cómo era posible encontrar a una persona que fuera tu alma gemela? Había millones de personas en este planeta, ¿qué probabilidades había de encontrar a la persona adecuada?

Según mi madre, se podía ser feliz con cualquier hombre si una lo deseaba de verdad. Y, por lo visto, yo no lo deseaba lo suficiente, pues, de momento, no había podido imaginarme con ninguno de sus elegidos; en realidad, no había sido capaz de fingir interés por ellos más de una hora.

Pero ¿de verdad dependía de mí, o tal vez de los hombres que había conocido hasta ahora?

Me senté en silencio junto a mi madre en el salón y decidí que ese tipo de pensamientos no me llevaban a ninguna parte y que, además, eran absurdos.

Abrí la novela corta que había adquirido por solo tres peniques en la librería de Gardner Street. Por ese precio era lo bastante extensa. Contaba la historia de Jackson Throug en su viaje a la India. Estaba justo en el punto en que conseguía reunir dinero suficiente para el pasaje y subía a un pequeño barco mercante cuyo capitán me parecía muy sospechoso.

—Animant —me dijo mi madre, devolviéndome a la realidad—. Es que no lo entiendo. Entonces, ¿qué quieres? —me preguntó.

Hice un gesto escéptico con las cejas.

—Quiero leer tranquila, madre —contesté, aunque sabía que eso no respondía a su pregunta.

Ella se refería a mi futuro, al tipo de hombre que prefería y a la actividad que imaginaba para mí. Pero es que estaba harta de tener esa discusión con ella. Casi siempre ponía fin a su interrogatorio malinterpretándola intencionadamente.

Volvió a suspirar. La frente se le fue tiñendo de rojo mientras intentaba reprimir el enfado y la desesperación que le hacía sentir.

—Pero ¿qué pasará mañana, o pasado mañana? —dijo para intentar sacarme de mi cascarón—. ¿Qué sucederá el año que viene o dentro de dos?

Su voz sonaba aún muy serena, pero había tensión. Me daba cierta lástima. Sé que se esforzaba mucho, pero, aun así, nunca me entendería.

—No te preocupes, madre —dije con ternura, y volví a fijar la mirada en el libro, cuya tapa de papel notaba lisa y fría en los dedos—. Los libros no se me acabarán —dije en tono conciliador.

Esperé el suspiro que inevitablemente había de llegar. Fue más sonoro de lo que había previsto, ni siquiera cuando Mary-Ann tocó el timbre para comer dejó de oírse.

La comida empezó en silencio. Mi padre bendijo la mesa y luego se llenó el plato de patatas y calabaza. Mi madre estaba de morros, comió poco a modo de protesta, para dejar claro cómo sufrían sus nervios por mi comportamiento. Por mi parte, leí un poco sobre las lamentables condiciones de los camarotes donde pasaría las semanas siguientes Jackson Through.

—¿Es necesario que leas también mientras comes? —me reprendió con severidad mi madre, y cerré el libro enseguida.

—Perdona, madre. Me he dejado llevar por la curiosidad, por saber cómo seguiría la historia —me disculpé, y luego enderecé la espalda.

Hoy ya la había sacado de quicio, seguro que un poco de humildad por mi parte le sentaría bien.

Se limitó a gruñir, luego empujó el plato que tenía delante como si no soportara ver la comida; suspiré en silencio mientras me metía un trozo de cordero en la boca.

Fue un momento de esos en los que el mundo amenaza con desmoronarse con el tictac de un reloj. Los tres pensábamos en qué decir para poner fin a ese silencio asfixiante.

Entonces nos salvó la campana de la puerta.

—¿Quién puede ser? —dijo enseguida mi madre, con el rostro iluminado. Levantó la cabeza para espiar a través de la puerta entreabierta que daba al pasillo—. ¿Esperas a alguien? —le preguntó a mi padre, que dejó de estirar el cuello, pues desde su sitio no llegaba a ver la puerta.

—No, que yo sepa —contestó mi padre después de tragar, y se limpió con una servilleta el aceite del bigote.

Como si alguien hubiera encendido una vela, de pronto a mi madre empezaron a brillarle los ojos y desvió la mirada hacia mí.



—¿Y tú? —preguntó, esperanzada.

Me limité a poner cara de desesperación.

—¡Madre! Tal vez es una carta, o el señor Smith, porque Dolly se ha vuelto a torcer la pata.

La luz de sus ojos se fue apagando; torció el gesto, ofendida.

—Pero eso sería muy inoportuno. Tengo prevista una excursión a los lagos y necesitaba a Dolly delante en mi coche de caballos porque su piel hace juego con mi vestido de tarde —repuso acto seguido, pese a que yo solo estaba especulando.

Fuera, en el pasillo, se oyó que Mary Ann elevaba el tono.

—Señor, el abrigo. Se lo ruego, los señores... —Intentaba convencer a alguien, obviamente en vano.

Al cabo de un instante, se abrió la puerta de un golpe y apareció un hombre alto y barbudo con un abrigo de Ulster mojado y un sombrero de copa en la cabeza. La bufanda de franela a cuadros azules ondeó con la ráfaga de viento de la puerta y abrió los brazos.

—¡Sorpresa! —exclamó con esa voz tan agradable.

Me levanté tan deprisa que a punto estuve de tirar la silla.

—¡Tío Alfred! —grité, algo muy impropio de una señorita, y estuve a punto de lanzarme a sus brazos como una niña pequeña.

Mary-Ann se abrió paso tras él en la puerta y se interpuso en mi camino con tanta torpeza que el momento de espontaneidad pasó. Fui consciente de que ya no era una niña y que mi madre me mataría si veía manchas de lluvia en mi blusa de seda.

—¡Alfred! —gritó también mi padre—. Qué sorpresa tan agradable. ¿Qué te trae por aquí?

El tío Alfred se quitó la bufanda del cuello y se la dio a Mary-Ann.

—Bah, solo unas compras. Nada importante —respondió.

Se desabrochó el pesado abrigo: en Londres hacía más frío que aquí, en el campo. Realmente, no vivíamos en el campo, claro, pero en comparación con Londres podría decirse que nuestra pequeña urbe era bien rural.

El tío Alfred le dio el abrigo a la pobre Mary-Ann, que estuvo a punto de hundirse bajo su peso; se retiró con cuidado de la sala.

—Siéntate. Come algo. Mary-Ann te traerá un cubierto —le ofreció mi madre con una sonrisa, pese a que todos veíamos que estaba enfadada.

No era por el tío Alfred, sino por sus elevadas expectativas de recibir una visita de alguien que no fuera de la familia y que estuviera en edad de casarse.

Sin embargo, el tío Alfred estaba de demasiado buen humor para verle las profundas arrugas en las comisuras de los labios y ocupó la silla de al lado de mi padre. Cuando dejó caer el peso en el mueble de caoba con filigranas, este crujió peligrosamente. Mi madre apretó los dedos en el regazo sin que se notara. Parecía estar rezando en silencio para que el peso de mi tío no dañara sus queridas sillas.

No podía decirse que el tío Alfred estuviera realmente gordo, pero era alto, igual que mi padre, y tenía por naturaleza la espalda ancha de un estibador. A eso se añadían algunos kilos de bienestar y ya tenías un hombre de complexión imponente. Mi padre, en cambio, estaba más bien delgado. Había recibido el regalo de parecerse a su madre, mientras que su hermano había heredado las características de su padre.

A mí me encantaba el tío Alfred. Era divertido y tenía chispa, era un hombre de mundo y podría ser un protagonista fantástico para una novela. De niña me quedaba mirando con los ojos desorbitados sus labios y absorbía cada palabra, cada historia. Hablaba de países extranjeros, de ciudades y construcciones, de personas y culturas. Todo con lo que yo solo podía soñar o leer.

Con el tiempo también se había asentado, había buscado una esposa y ocupaba un puesto importante en la administración de personal de la Royal University de Londres, pero no había perdido ni una pizca de sagacidad ni ingenio.

—Animant —me dijo, después de intercambiar con mi madre las futilidades de costumbre sobre salud y familia, y cuando Mary-Ann le llevó un cubierto—. ¿Qué, niña, qué estás leyendo ahora? —me preguntó, y se sirvió de la bandeja verdura, carne y patatas.

Dejé entrever una tímida sonrisa. Todo el mundo sabía que me gustaba leer, que en realidad no hacía otra cosa, pero pocos me preguntaban por mis lecturas. Hasta mi padre había dejado en algún momento de preguntarme por los títulos, pues cambiaban tan rápido como las horas del día.

—Un discurso sobre las matemáticas modernas y su influencia en nuestra visión de las leyes físicas, un informe sobre la creación de la bolsa en Estados Unidos en 1792 y una novela del viaje de Jackson Throug a la India —respondí.

El tío Alfred soltó una sonora carcajada. Mi padre se unió a él, simplemente porque le sentaba bien compartir la actitud relajada de su hermano. Por su parte, mi madre me miró como si acabara de decir que podía curar el cólera. Yo seguí sonriendo sin saber cómo más reaccionar. Me sentía

extraña pensando que no era yo la que controlaba la situación; sin que se notara, empujé el libro que había junto a mi plato por el borde de la mesa a mi regazo para poder clavarle los dedos.

—Eres realmente increíble, Ani —dijo entre risas mi tío, supuse que se trataba de un cumplido—. Conozco a poca gente que lea tanto como tú —añadió, y esta vez percibí con claridad el tono de admiración.

Me encogí de hombros, cohibida, sin saber qué hacer con ese elogio inesperado. Intenté no sonrojarme.

—Me sorprende que conozcas a alguien que lea tanto como ella —intervino mi madre con grosería, pues ni en sueños se le ocurriría alabarme por eso. Si lo hiciera, tal vez luego me habría compadecido y habría sido más amable con los candidatos a yerno que elegía.

—Ah, había un hombre en Nueva Zelanda que había leído todo lo que le había caído en las manos; cuando vio que no era suficiente, empezó a escribir él —empezó a explicar con su verborrea habitual, y se metió un tenedor lleno de comida en la boca—. Y en Londres está ese bibliotecario, ese... —masculló entre la carne y las patatas, y sus ojos, antes tan brillantes y con esa luz de las ganas de contar, se oscurecieron de pronto y quedaron bajo la sombra de sus cejas pobladas—. ¡Ay, ese tipo! —exclamó con gesto avinagrado, y trituró con los dientes la carne con un crujido.

Sin embargo, respiró hondo, se deshizo de aquella rabia repentina y procuró ofrecer un semblante neutral.

—¿Va todo bien? —preguntó mi padre mientras cortaba el tercer pedazo de carne.

El tío Alfred asintió con amargura.

—Bah —dijo con desprecio, y tres pares de ojos se lo quedaron mirando a la expectativa. Había despertado nuestra curiosidad. Miró a mi padre, a mi madre y a mí, y volvió a empezar—. Son solo unos cuantos problemas de personal —aclaró con brusquedad, y apretó con sus grandes manos el cubierto—. ¡Que me van a llevar a la locura! —añadió acto seguido con vehemencia.

Me preocupó un poco. Por lo general, mi tío era una persona alegre y despreocupada.

—Come, Animant —me riñó mi madre en un susurro.

Retiré los dedos del libro que tenía en el regazo y cogí el cubierto sin apartar la vista de mi tío.

—¿Tienes problemas con él? —preguntó mi padre.

El tío Alfred soltó un bufido, pero volvió a comer, lo cual ya era buena señal.

—Problemas no es la palabra correcta, Charles —repuso él entre dos bocados, al tiempo que movía el tenedor en el aire—. ¡Ese bibliotecario es un imbécil burócrata de poca monta! —soltó, y mi madre se estremeció al oír las crudas palabras, algo que a mí me arrancó una sonrisa y al tío Alfred le devolvió la luz al rostro—. Tendríais que verlo —comentó, y la risa volvió a reflejarse en el tono—. Con esas ridículas gafas de lectura, las camisas planchadas y un palo en el trasero. Es el bibliotecario de la Royal University, y tiene tanto trabajo que necesita un asistente. Sin embargo, todos los licenciados en literatura que están dispuestos a desempeñar ese trabajo lo dejan al cabo de unos días o él los envía al cuerno. Nadie está a la altura de sus pretensiones, nadie cumple sus exigencias; pronto llegaré hasta el punto de pagarle a alguien el doble solo para que mantenga el puesto.

—¿Tan autoritario es? —preguntó mi madre con cautela.

Mi tío soltó una carcajada.

—No, solo excéntrico y capaz de cualquier cosa. Si no supiera que el ama de llaves del ala de personal siempre se queja de su desorden, diría que hasta duerme entre sus libros.

El tío Alfred limpió con una patata el aceite de la calabaza y luego se la metió en la boca. Aun así, el aceite goteó en su barba, parecía un peón salvaje.

Intenté no pensar en cómo estaba mi habitación y pinché un trozo de calabaza con el tenedor. Todos los libros que ya rebosaban de mis estanterías y que se amontonaban bajo la cama. Para ser exactos, hacía tiempo que dormía entre mis libros.

Pero no estábamos hablando de mí. A fin de cuentas, yo era una chica joven con afán de saber y no un viejo bibliotecario estrafalario y anticuado.

—Si no tuviera a la dirección de la universidad encima, ni siquiera valdría la pena hablar de ello. Nos sentaríamos juntos tranquilamente y le leería la cartilla a ese joven —dijo mi tío, divertido.

Me quedé encallada en la palabra «joven», porque en mi cabeza no encajaba con la idea que me había hecho del bibliotecario. En mi imaginación, los bibliotecarios eran viejos, no jóvenes.

—¿Cómo puedo ayudarte? —se ofreció mi padre. Su predisposición a ayudar era una de sus mayores virtudes.

Si se lo preguntaran a mi madre, lo consideraría una debilidad, pues sus favores a menudo hacían que se ausentara mucho tiempo y ella se moría de aburrimiento o empezaba a darle vueltas hasta el más mínimo detalle de mi inminente boda para endulzarse el día.

—No os preocupéis por eso —afirmó el tío Alfred—. Ya encontraré a alguien que esté tan enamorado de los libros como ese bibliotecario loco —exclamó entre risas, y se limpió la barba con una servilleta.

—Animant, por ejemplo —me susurró mi madre.

Fingí no haberlo oído; solo quería pincharme.

No obstante, mi padre lo había oído perfectamente. Respiró hondo y se le abrieron los ojos de par en par como cuando se le ocurría una idea. Luego se volvió hacia su hermano.

—En realidad, ¿por qué no? —preguntó.

El tío Alfred lo miró dudando, con la esperanza de que mi padre estuviera bromeando.

No era broma. Nada en su rostro indicaba que no estuviera hablando completamente en serio; además, la idea le parecía muy buena, sin duda. Por un instante, se me paró el corazón del susto, y mordí por descuido un grano de pimienta escondido entre la verdura. Se me contrajo la boca y tuve que esforzarme para mantener la compostura.

—No ha estudiado, pero sabe mucho de libros —dijo mi padre.

Pero mi madre lo cortó enseguida.

—¿Te has vuelto loco? Es una joven señorita de la alta sociedad, ¿y tú propones que trabaje? —vociferó, y del enfado le subió el rubor hasta la frente—. ¡Sería un escándalo!

—No lo sería, cariño —intentó tranquilizarla mi padre—. Así saldría un poco y se vería obligada a usar esa mente privilegiada.

—Pero tendría que ir sola a Londres.

Esta vez fue mi tío Alfred quien la interrumpió.

—No estaría sola, Charlotte —repuso él, con cara de escepticismo—. Viviría con Lillian y conmigo.

Asombrado, mi padre desvió la mirada hacia su hermano.

—¿Apoyas mi idea? —preguntó sorprendido.

Empecé a marearme poco a poco. ¿En serio estaban hablando de enviarme a Londres a trabajar en una biblioteca? ¿Y eso me parecía bien?

La idea de invertir el día en tareas absurdas, en vez de estar cómodamente sentada en mi butaca leyendo, no me atraía demasiado. Pero si eso significaba ir a Londres, aprender algo nuevo y, por lo menos durante un tiempo, huir de los planes de boda de mi madre, la propuesta sonaba realmente tentadora.

—Tu hija es lista y no se dejará vencer tan fácilmente. Sería la opción perfecta para mi estrategia. Y si aun así no sale bien, por lo menos habré incordiado un poco a ese sabelotodo —dijo mi tío Alfred en tono conspirador.

Mi padre se echó a reír.

—¡Aquí no se va a enfadar nadie! ¡Ni siquiera yo! —intervino enseguida mi madre—. ¡Se queda aquí! Con sus obligaciones sociales. No es un objeto de prueba que podáis llevaros a Londres y obligarla a trabajar solo para ver qué pasa.

Tenía las manos cerradas en puños, yo estaba esperando que diera un puñetazo en la mesa como un subastador con su martillo: «A la una, a las dos, a las tres. Adjudicado. Animant Crumb, por tres mil libras al año, para el joven caballero del bigote rubio y ese horrible chaleco de color lila».

Aparté con un parpadeo los absurdos pensamientos que me estaban poniendo la piel de gallina y dejé caer el cubierto en mi plato.

Tenía claro que no iba a quedarme ahí sentada, esperando a que mi madre me llegara a cansar tanto que un día cediera a sus presiones y me acabara casando con un hombre al que no quisiera, solo para que se quedara tranquila. La idea no me gustaba nada. Incluso estaba dispuesta a trabajar un poco, solo para descansar de ella un rato.

—No será por mucho tiempo —dijo el tío Albert, que torció el gesto al ver la obcecación de su cuñada—. Seguro que ese hombre tiene bastante con un mes.

—¡No! —gritó mi madre. Se levantó de la silla, que chirrió al deslizarse sobre los tablones del suelo—. ¡No iré a Londres! ¡Es mi última palabra!

## 2

### SEGUNDO, O CUANDO MI BUTACA DE LECTURA SE MUDÓ A LONDRES

*Iba* sentada en el coche de caballos que me llevaba a Londres sin parar de acariciar la suave piel de los guantes que sujetaba entre los dedos para calmarme. Fuera iba pasando el paisaje: campos de rastrojos, árboles de colores que ya empezaban a perder las hojas. Fuera se abría ante mí un paisaje de ensueño de finales de otoño que, por desgracia, en ese momento no era capaz de apreciar.

Iba de camino a Londres. No acababa de creerlo. Mi madre estaba en contra, había puesto el grito en el cielo, no paró de echar pestes hasta que mi padre se la llevó a un lado y luego desapareció con ella y el tío Alfred en el salón.

Por un instante aguanté en mi silla del comedor hasta que me puse en pie de un salto y corrí tras ellos para escuchar al otro lado de la puerta cerrada.

—Imagínate las posibilidades que se le podrían abrir allí. A cuánta gente conocería —decía mi padre.

Mi madre le interrumpió:

—Pero, Charles —empezó a decir, llorosa, y supe qué estaba usando su mirada suplicante, desde abajo, esa con la que siempre ablandaba a mi padre.

Sin embargo, esta vez él no parecía dispuesto a dejarse engatusar.

—Charlotte, celebraciones con los grandes de Londres, tal vez incluso bailes en el palacio real. Jóvenes con rango y apellidos, con cerebro e ingenio. ¡Un mes, cariño, y le mareará la cantidad de admiradores importantes entre los que deberá decidirse!

Me quedé sin aliento de la sorpresa. ¿De verdad lo había dicho mi padre? ¿Desde cuándo se ponía del lado de mi madre en esos asuntos? No sabía si enfadarme o escandalizarme.

Mi madre también parecía haber enmudecido, pues no se le oía ni una palabra.

—No tenéis por qué decírselo a nadie. Diremos que me la llevo para que haga compañía a Lillian. Para que no esté sola todo el día, porque las próximas semanas voy a estar muy ocupado. Nadie hará más preguntas sobre la visita de Animant a su tío en Londres —reflexionó el tío Alfred—. Además, está Henry. Se alegrará de ver a su hermana.

Oí suspirar a mi madre. Fue un suspiro de capitulación, y supe que mi padre y el tío Alfred habían ganado y me dejaría ir a Londres.

—¡Un mes! —contestó ella con severidad—. Y solo si ella aguanta un mes. Que lo dudo mucho.

Aparté la oreja de la puerta, retrocedí unos pasos y me senté con cuidado en el peldaño inferior de la escalera.

Había llegado el momento de pensar qué quería yo en realidad. ¿Quería ir a Londres a hacer de asistente de un bibliotecario excéntrico? ¿La perspectiva de libertad era suficiente para arrancarme de mi rutina diaria y viajar a otra ciudad?

Las fiestas no me atraían, y eso de la multitud de pretendientes que tendría que quitarme de encima tampoco me entusiasmaba, precisamente.

Con todo, la idea de rechazar la oferta y quedarme allí era como una puñalada directa a mi orgullo. Mi madre había dicho que no aguantaría ni un mes. Me consideraba ingenua e inexperta, porque hasta ahora nunca había necesitado demostrar nada y porque todo el mundo veía en mí a una pobre niña sin carácter. Si me negaba a ir, les daría la razón y mi orgullo no lo soportaría.

Así que tuve que aceptar y disfrutar de la expresión avinagrada de mi madre, que en su fuero interno esperaba que decidiera no ir a Londres y quedarme con ella. Podía esperar sentada.

Tardamos dos días en meterlo todo en la maleta y que mi madre se diera por satisfecha con mi selección de vestidos. El tío Alfred se quedó y ocupó la habitación de invitados. Pasaba todo el día fuera con mi padre, para evitar que lo interrogaran sobre Londres y la biblioteca.

Se oyó un traqueteo encima de nosotros y el tío Alfred se despertó de su duermevela.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, soñoliento.

Apreté los labios, nerviosa, hasta que formaron una fina línea.



—Seguro que solo es mi butaca —respondí.

El tío Alfred negó con la cabeza mientras se rascaba la barba.

—¿Por qué has tenido que llevarte ese viejo trasto? —comentó, pero asomaba una sonrisa por la comisura de sus labios.

—Pero es que es mía. Además, seguro que sería una vergüenza para todos mis antepasados si yo no fuera también un poco excéntrica —repuse con seguridad.

El tío Alfred soltó una carcajada.

—¡En eso tienes razón, Ani! Como tantas veces —exclamó, y yo sonreí.

La familia Crumb ya contaba con unos cuantos excéntricos. Si examinaba el árbol genealógico, resultaba sorprendente. Mi tía abuela Rose tenía predilección por los sombreros exagerados; mi primo tercero era un hombre con un don para contar historias sin desvelar jamás el final; y mi abuelo siempre decía que su propia madre había sido almirante de la armada.

En comparación, era casi inofensivo que yo me llevara mi imprescindible butaca.

Hicimos dos pausas en nuestro viaje. Una para almorzar en una pequeña y maravillosa fonda y otra para el té de las cinco.

El tío Alfred habló mucho de su último viaje a Europa, del entusiasmo de Lillian por el pan alemán y de que la mía sería una estancia fantástica en Londres.

Por mucho que procurara desviar el tema hacia la biblioteca, mi nuevo trabajo o ese horrible bibliotecario, el tío Alfred siempre conseguía volver a escabullirse. Finalmente, al octavo intento me rendí.

Era evidente que no quería contarme nada, y eso me ponía nerviosa y me intrigaba en la misma medida. Me prometió ocuparse de ello al día siguiente, a primera hora, para que todo fuera por el cauce oficial. Con eso tenía que darme por satisfecha. De momento.

Llegamos a Londres poco después de la puesta de sol y vi muy poco de las calles oscuras, iluminadas solo de vez en cuando por una farola, pues los faroleros aún no habían terminado su ronda. Cuando llegamos al centro y nos acercamos al recinto de la universidad, las calles se volvieron más anchas y claras, y pude admirar los lóbregos edificios altos que se recostaban unos en otros como si así pudieran aguantar mejor el frío.

Por supuesto, no era la primera vez que iba a Londres, pero sí la primera sin mis padres. Pese a que el aire no era tan fresco como en el campo, para mí olía a libertad y a infinidad de posibilidades nuevas.

La tía Lillian nos recibió en la puerta cuando bajamos con las articulaciones entumecidas por el traqueteo del coche. Cuando me vio, se llevó una sorpresa y se rio.

—¡Animant! —exclamó con alegría.

Me estrechó entre sus brazos en cuanto subí los tres peldaños de la entrada de la casa y entré en el cálido vestíbulo.

En Londres hacía frío de verdad, daba la impresión de que el invierno estaba mucho más cerca allí que en casa.

—¿A qué se debe el honor? —preguntó.

Unas arruguitas se formaron alrededor de sus ojos cuando me sonrió. Me separó un poco y me miró de arriba abajo.

—El tío Alfred quiere ponerme a prueba como asistenta de bibliotecario —contesté con espontaneidad.

Ella abrió los ojos de par en par y luego se enfureció.

—¿Quieres lanzarla a las garras de ese monstruo? —exclamó enfadada con los brazos delgados clavados en la fina cintura cuando su marido apareció por la puerta.

—No te preocupes, cariño. La pequeña Ani lo hará picadillo —afirmó, relajado, se desabrochó el abrigo y se despojó de la pesada prenda.

—Tú... —empezó la tía Lillian en tono de reprimenda, con el dedo estirado, pero luego negó con la cabeza y soltó un suspiro—. ¡Ven aquí, mi aventurero!

El tono era más suave, y se acercó a él para dejarse arrullar por su abrazo de oso.

Formaban una pareja muy desigual, pero parecían hechos el uno para el otro. Él era alto y corpulento; ella, baja y delicada. Mi tío tenía el pelo oscuro, la piel bronceada, mientras que ella brillaba como un ángel con el cabello rubio y una piel blanca como el mármol.

Sin embargo, tenían el mismo sentido del humor. Y ese era el motivo por el que se entendían tan bien.

Me desabroché el abrigo y se lo di a un señor mayor muy callado que estiró el brazo hacia mí para que pudiera darle la prenda. Asentí con educación, me devolvió el saludo y luego volví a prestar atención a mi tía.

—La comida espera, Alfred —dijo, y luego hizo un gesto elocuente con las cejas—. Y un invitado que insiste en que necesita hablar contigo hoy mismo —añadió, con un amago de sonrisa.

—Un invitado, vaya —dijo el tío Alfred.

La tía Lillian le dio un empujoncito juguetón en el costado.

—¿Tenéis hambre, vosotros dos? —preguntó mi tía, que también se dirigió a mí.

Ahora que por fin habíamos llegado, noté el cansancio en el cuerpo y el agujero en el estómago. Además, nunca decía que no a una buena comida.

El comedor era más pequeño que el nuestro. En realidad, todas las estancias eran menos amplias que en casa, no por falta de dinero de mi tío, sino por el escaso espacio que había en las casas de Londres.

Mi tía se adelantó, yo la seguí y mi tío intercambié unas palabras más con su mayordomo para que se ocupara de nuestro equipaje.

Tenía tanta hambre que ni siquiera sentí la necesidad de cambiarme de ropa antes de comer, y mi tía tampoco pareció tener ningún problema. Con ella y mi tío, todo era mucho más natural que en casa de mis padres. Mi madre me habría hecho subir enseguida la escalera para cambiarme, por si la visita mencionada fuera un hombre, joven y soltero.

Y así era. De pronto, me topé con un par de ojos de color miel enfrente y tuve que andar con cuidado para que el amplio vestido de mi tía no me empujara a los brazos de ese hombre. Todo quedó en un traspié; me sujeté a la mesa para mantener el equilibrio.

—Disculpe —balbuceé, sin usar la mano que me había tendido para sostenerme si era necesario.

—No pasa nada —contestó él en voz baja pero firme.

Me lo quedé mirando como si fuera un caniche asustado.

Era joven, unos veinticinco años, tenía el pelo rubio oscuro y un poco largo, lo que le daba un aspecto osado. Sus rasgos faciales eran proporcionados; el maxilar, anguloso; los labios llamaban la atención sin saber muy bien por qué.

Los pesados pasos de mi tío en el parque interrumpieron mi observación de aquel desconocido y me devolvieron a la realidad. Conseguí llegar en mi cabeza a una conclusión sobre el aspecto de mi interlocutor que me sorprendió: era demasiado atractivo para no quedar por lo menos un poco impresionada.

—¡Winston! —exclamó mi tío al ver al joven, con una sonrisa de oreja a oreja—. Amigo mío, pensaba que ya estarías de camino a Glasgow.

El aludido también sonrió y avanzó un paso para darle la mano a mi tío.

—Mañana a primera hora, Alfred. Por eso soy tan maleducado de molestarte a estas horas.

—No pasa nada —contestó el tío Alfred, y luego pareció que de pronto se daba cuenta de que estaba pegada a la pared junto a los dos hombres.

—Ah, por supuesto —empezó mi tío, que dio un paso a un lado para que yo tuviera más espacio y pudiera ponerme en pie con la falda—. Ani, te presento. Este joven es Winston Boyle, el nuevo asesor jurídico de mi departamento.

El señor Boyle hizo un gesto educado con la cabeza, con una sonrisa pícaro en los labios.

—Winston, esta es mi sobrina Animant Crumb. La he traído a Londres para que pruebe suerte como asistente de bibliotecario.

Al señor Boyle se le desvaneció la sonrisa del rostro y puso cara de sorpresa.

—¿Cómo? ¿En esta biblioteca? ¿Con el señor Reed? —preguntó, atónito. Estaba empezando a preocuparme.

—¿Cómo es ese hombre horrible para que todo el mundo reaccione con tanto pavor cuando se habla de él? —pregunté en voz baja, y esboqué una tímida sonrisa para disimular mis sentimientos.

Si no me tomaba todo aquello con humor, al final tendría miedo de verdad, y estaba resuelta a no dejarme amedrentar tan fácilmente. A mi madre le encantaría verme volver a casa después de abandonarlo todo. Y no iba a darle ese gusto.

—No es terrible —se apresuró a calmarme el señor Boyle, y al ver mi sonrisa también volvió la suya—. Solo... complicado.

Levanté una ceja, ladeé un poco la cabeza y decidí aprovechar la ocasión para exprimir al atractivo señor Boyle. Si nadie más estaba dispuesto a contestar a mis preguntas, tendría que servirme él.

—Sentaos a comer —interrumpió la tía Lillian mis pensamientos en un tono suave, y extendió la mano hacia mí para que me sentara a su lado en la mesa—. Podéis seguir hablando mientras comemos.

Le sonreí, pese a que estaba suspirando para mis adentros, me agarré la falda y maniobré entre el tío Alfred y el señor Boyle, que me dejaron pasar de buena gana.

Mi madre jamás me habría interrumpido si estuviera charlando con un joven agradable. Sin embargo, así era la vida, siempre había algo a lo que poner reparos.

Nos sentamos, el tío Alfred bendijo la mesa y una mujer corpulenta con una cofia de encaje trajo una sopera con un guiso espeso; luego nos fue sirviendo uno a uno.

Ya había cogido la cuchara cuando me dirigí de nuevo al señor Boyle:

—Señor Boyle —dije en tono suave, con la cabeza bien alta, pero la barbilla un tanto hundida, justo como mi madre siempre me decía que había que hablar con los hombres jóvenes—, ¿estoy en lo cierto al suponer que conoce personalmente a ese tal señor Reed? —pregunté, muy directa.

El señor Boyle asintió mientras masticaba.

—Es cierto, señorita Crumb —contestó él, encantador, y frunció esos labios extraordinarios hasta esbozar una leve sonrisa—. Cuando uno ha pasado tanto tiempo como yo en esa biblioteca, es imposible no conocer personalmente a ese señor.

Me deslicé un poco más hacia el borde de la silla para oírlo mejor y dejar claro lo mucho que me interesaba el tema.

—Mi tío me ha convencido de probar suerte en el ámbito laboral, pero hasta ahora no me ha desvelado nada de lo que me parece importante al respecto. Disculpe que sea tan insistente —expliqué.

El señor Boyle soltó una carcajada que me contagió. Apoyó los antebrazos en el borde de la mesa y se inclinó hacia mí.

—Contestare con mucho gusto a todas las preguntas que esté en situación de responder —me aseguró en tono cómplice, y luego levantó la mirada hacia el tío Alfred, como si se hubiera dado cuenta de que no estaba bien hacer promesas que tal vez no se puedan cumplir—. Si es del agrado de su tío —se apresuró a añadir, y su voz adquirió un tono sobrio.

El tío Alfred soltó un sonoro suspiro y se llevó a la boca otra cucharada llena, lo que aplazó su respuesta y me tuvo aún más en vilo.

—Hablad —dijo con aspereza—. Por mí, bien. Así me evito tener que hablar yo de ese hombre. No es bueno para mi corazón, ya sabéis —afirmó, aunque yo no lo creí del todo porque en ese momento la tía Lillian también esbozó una sonrisa y le costó reprimir una carcajada.

Me daban igual los motivos reales del tío Alfred siempre y cuando me permitiera saciar mi curiosidad por otro lado.

El señor Boyle clavó sus ojos color miel en mí; me costó decidir cuál quería que fuera la primera de todas las preguntas que tenía.

—Mi tío me insinuó que no encuentra asistente para ese señor Reed. En su opinión, ¿a qué se debe? —empecé en voz baja.

Luego recordé que tenía hambre y hundí la cuchara en el puchero caliente, que olía a patatas, pollo y especias.

—Bah, esa es precisamente la cuestión —comentó el señor Boyle, que sostuvo la cuchara en el aire, a medio camino, mientras arrugaba la frente para ordenar sus pensamientos—. Diría que se debe a las expectativas que tiene con la gente y que nadie puede cumplir.

—¿Y cuáles serían? —insistí, al tiempo que el señor Boyle se llevaba la cuchara a la boca.

—No invierte el tiempo necesario en enseñar a la gente. Le gusta estar tranquilo, a veces desaparece a media tarde sin más, sin decir adónde va y espera que se terminen las tareas encomendadas sin sus instrucciones. Yo diría que es mal profesor, pero, aun así, espera un resultado perfecto —afirmó él, y entonces se le ocurrió algo—. ¡Ah! —exclamó, y esbozó una leve sonrisa—. Y no le gusta nada que alguien no se tome en serio su trabajo. Una persona que ponga el placer por delante del trabajo no tiene ni la más mínima oportunidad con él.

Todas aquellas características apuntaban a un hombre muy excéntrico y severo con el que tendría que esforzarme mucho, si tenía la oportunidad de quedarme lo suficiente para optar al puesto.

Por lo que decía el señor Boyle, entraría en la biblioteca, cometería un error y me echarían enseguida. Y nunca había trabajado en una biblioteca.

¿En qué estaba pensando? ¡No había trabajado nunca! No tenía formación, ni estudios de literatura, ni ningún tipo de experiencia como asistente de bibliotecario.

No obstante, algunos de mis puntos fuertes podían darme ventaja. Conocía bien las bibliotecas. No justamente esa, pero había visto muchas y el sistema siempre era parecido. Sabía leer rápido, tenía predisposición para la lógica y era propensa a esmerarme.

Y ante todo, era testaruda.

Si así tenía que ser, ese señor Reed tendría que romperse los cuernos conmigo. Aunque solo fuera la terca reacción de una hija a las palabras de su madre. ¡Nunca me rendiría!

Esa resolución me reforzó, me dio impulso, aunque las palabras del señor Boyle en realidad tendrían que haberme desanimado.

—¿Cómo sabe usted lo de que prohíbe cualquier actividad placentera? —pregunté.

—No es una prohibición, señorita Crumb. Solo es que no verá con buenos ojos que prefiera ir a bailes y a celebraciones que al trabajo, o que por la

mañana llegue sin haber dormido lo suficiente —aclaró él.

No pude evitar pensar que creía que yo podía ser de esas personas a las que les encantan los bailes y que se quedan dormidas por las mañanas.

—Para contestar a su pregunta, algunos de mis conocidos más íntimos ya han sufrido la esclavitud de ese hombre, y todos han huido —dijo, y se echó a reír no sé de qué—. Sin embargo, debo decir en defensa del señor Reed que esos conocidos son unos inútiles haraganes y que, en realidad, no merecían otra cosa.

Así que ahí estaba el chiste: sonreí con elegancia, igual que el señor Boyle.

Pensaba que las respuestas a mis preguntas arrojarían luz en la oscuridad. En realidad, solo proyectaron nuevas sombras en unas paredes que todavía percibía con menos claridad que antes. No lograba hacerme una composición de lugar y aún estaba más intrigada.

—Pero para no ser injusto con el señor Reed, estoy dispuesto a enumerarle algunas de sus cualidades positivas —dijo el señor Boyle, como si se compadeciera.

El tío Alfred soltó un bufido discreto. Por lo visto, no compartía su opinión, y yo me tapé la boca con la mano con decoro para que no me viera reír.

Sin embargo, el señor Boyle no lo pasó por alto y vi en sus ojos un brillo tan agradable que no podía explicarme de dónde surgía la simpatía que me suscitaba, pese a conocerlo tan poco.

Tal vez fuera por su bello rostro o por lo bien que vestía. Sin embargo, lo había visto en otros antes que él, y, la verdad, no me habían hecho la menor gracia.

Sonreí para mis adentros. Es posible que fuera porque de momento aún no había dicho nada estúpido.

El señor Boyle tomó otra cucharada del guiso y continuó con sus observaciones.

—El señor Reed es abierto y poco convencional, si uno las considera cualidades positivas. Está sediento de saber, tiene opinión sobre casi todos los temas, o por lo menos un libro al que remitirse, y su concepción del progreso me resulta muy grata.

Asentí levemente y callé, sumida en mis pensamientos, en un intento de recomponer de nuevo la imagen.

—¿Le he sido de ayuda, señorita Crumb? —preguntó el señor Boyle de pronto, un poco inseguro.

Alcé la vista de nuevo hacia él y me esforcé por devolver la sonrisa a mis labios.

—Por supuesto, señor Boyle. Es más, ha sido de gran ayuda. Aun así, debo confesar que no lo entiendo del todo.

—Entonces tendrá que esperar a conocerlo en persona —respondió el señor Boyle entre risas; su voz trasmitía un tipo de confianza que me convenció de que sería un encuentro interesante.

Tras la cena, el tío Alfred y el señor Boyle se retiraron al despacho para hablar de unos contratos. De todos modos, tampoco podía enterarme de mucho, pues la tía Lillian había estado a punto de sorprenderme escuchando y luego me senté con ella en el salón, frente a la chimenea. Me habló de mis padres, de los viajes y de todas las cosas emocionantes que quería hacer conmigo en Londres.

No le advertí de que al día siguiente empezaba en un trabajo y que probablemente no tendría tanto tiempo para muchas cosas. Me limité a sonreír y le di el gusto de contarme las atracciones de Londres. Cuando los caballeros volvieron a unirse a nosotras, ya se había hecho tarde. El señor Boyle no tardaría en irse.

—¿Cuánto tiempo prevé estar en Londres, señorita Crumb? —me preguntó.

Me sentí halagada ante tantas atenciones. Se había colocado cerca de la butaca donde yo estaba sentada, con la mirada clavada en mí. Entre divertida y seria.

No sabía cómo reaccionar. Sus miradas me desconcertaban: me sentía muy bien, pero, al mismo tiempo, me incomodaba pensar que con sus preguntas pretendiera volver a verme.

—Ah, aún no lo sé —contesté con evasivas, y recordé que mi madre había insistido en que no duraría más de un mes.

Pero ¿quién podía preverlo con tanta exactitud?

El tío Alfred sonrió satisfecho.

—No tengas miedo, la volverás a ver —comentó con voz potente; el matiz no me gustó nada: sonaba a casamentero.

La tía Lillian tampoco ayudó.

—Dentro de seis días se celebra una velada en casa de los Kent —dijo.

Se levantó de la butaca, se dirigió hacia mí y sonrió al señor Boyle. Él le devolvió la sonrisa, sin apartar la vista de mí. Parecía esperar una especie de



confirmación por mi parte. Pero eso era algo que no podía darle, pues no sabía interpretar sus intenciones.

—Seguro que Animant nos acompañará —prometió la tía Lillian en mi lugar, y también me miró esperanzada.

Insegura, apoyé la mano en el reposabrazos del sofá y me levanté. Si todos estaban de pie en el salón, habría sido de mala educación seguir sentada.

Mis sentimientos aún estaban confusos, mientras que una parte de mi cabeza que pensaba de una forma puramente analítica veía una incongruencia en las palabras de mi tía.

—Un momento. ¿Dentro de seis días? ¿No dijo el tío que usted se iba a Glasgow? ¿Qué coche del mundo consigue ir y volver a Escocia en seis días? —exclamé, más fuerte de lo que pretendía.

Pese a la insolencia de mi intervención, el señor Boyle se echó a reír.

—Ninguno, señorita Crumb, tiene toda la razón. Pero un aerostato sí —contestó, y le cambió la mirada.

Sin querer había cambiado de tema; al poco, me sentí un poco más aliviada. Como si la desagradable presión que todos los presentes habían puesto sobre mí hubiera desaparecido.

Fui abriendo cada vez más los ojos a medida que asimilaba su respuesta. ¡Era increíble!

—¿Un aerostato? —pregunté, atónita, y me acerqué al señor Boyle—. He leído sobre ellos, pero nunca he visto uno.

—¿Y qué ha leído? —se interesó él.

Sentí una pequeña ola de euforia. Nunca me lo había preguntado nadie de mi edad.

—*Tratado de aviación*, de Louis Sanders, y *De la construcción al vuelo*, de los hermanos Thill —solté a toda prisa; luego se me ocurrió un tercer libro que también contenía descripciones detalladas del vuelo en aerostato, pero que no contaba como libro de divulgación—. Y *El viaje a la luna de Claire* —dije pese a todo, y aguardé a que el señor Boyle contestara algo.

Esperaba no haberlo abrumado. Si no conocía ninguno de los libros, se consideraría un ignorante, y por primera vez no quería que un hombre se sintiera intimidado en mi presencia.

—Una literatura especializada de lo más admirable —comentó el señor Boyle, que luego sonrió con picardía—. Sobre todo el último —bromeó.

Apreté los labios en silencio. No me gustaba que se rieran de mí por los libros que había leído.

—¿Qué le pareció el final? —preguntó el señor Boyle, y enseguida recobré la compostura—. Robert se decanta por Claire y deja de volar por ella. Lecturas románticas, perfectas para mujeres jóvenes, me parece a mí —apuntó.

Me quedé pasmada.

—¿Lo ha leído? —pregunté, pese a que era evidente, pues conocía el final.

—Sí. ¿Y? ¿Qué me dice respecto al final? —insistió en su pregunta.

Negué con un gesto.

Recordaba muy bien que leí el final y luego dejé el libro en la mesita de noche, desconcertada y furiosa.

—Siento decepcionarle. El final me parece horrible —anuncié, y ahora fue el señor Boyle el que recibió mi respuesta con asombro—. Una mujer que exige a su amado que renuncie a lo más importante de su vida es que no lo quiere de verdad —dije, enfadada.

La tía Lillian reprimía una sonrisa a mi lado.

—Una opinión realmente poco común para una joven —comentó el señor Boyle, y supe exactamente a qué se refería.

Conocía a las jóvenes de mi pequeña ciudad: lo único que tenían en la cabeza eran vestidos bonitos, cartas de amor, rosas y otras sandeces románticas.

—Lo dice solo porque no tiene ni idea del amor —afirmó de pronto la tía Lillian; sus palabras me hirieron, aun sabiendo que no lo decía con mala intención.

—He leído sobre el amor —solté, aunque me contuve para no sonar demasiado dura.

—El amor —me dijo la tía Lillian, que me puso una mano en el brazo en un gesto bondadoso—: a veces, no basta con leer sobre él.

### 3

## TERCERO, O CUANDO ME ROBARON EL CORAZÓN

*Era* una mañana tan gélida que el aire frío se colaba bajo el miriñaque y me temblaban las piernas pese a llevar las medias largas de lana. El cielo estaba encapotado y se mantuvo oscuro incluso después de salir el sol.

Tras el aseo matutino, la tía Lillian me había ayudado a vestirme, pues yo estaba demasiado nerviosa para abrocharme ni un botón con los dedos temblorosos. Llevaba una sencilla blusa de color crema de algodón y una falda oscura de cuadros, de lana pesada. Ninguna de las dos prendas contaba con la aprobación de mi madre; en su opinión, eran aburridas y carecían de vida. En el fondo le daba miedo verme con un aspecto demasiado riguroso que asustara a los jóvenes caballeros, acostumbrados a la alegre pompa de las damas de la nobleza rural, que parecían papagayos.

Yo me sentía muy a gusto con mi ropa, mucho más que con algo ceñido y de volantes, y me alegré mucho cuando la tía Lillian me vio y me dijo que con ese atuendo parecía mayor y más madura. Luego me hizo un recogido alto y me prestó sus pequeños pendientes de perla.

Pese a sentirme bien vestida, no tenía la cabeza tranquila, notaba el estómago débil y el corazón se me iba a salir del pecho.

El tío Alfred caminaba a mi lado, me había ofrecido el brazo para apoyarme en él, y yo se lo agradecí.

El camino de adoquines bajaba un tramo desde la casa del tío Alfred hacia la calle. A continuación, giraba por una entrada de hierro forjado hacia un parque que ya pertenecía a los terrenos del campus de la universidad.

Mi tío me señaló varios grandes edificios oficiales de piedra de color pardo y gris oscuro y me los fue nombrando, mientras yo observaba con los ojos prácticamente desorbitados de puro asombro.

Hacía mucho tiempo desde la última vez que había estado allí, y entonces había pasado todo el rato con la nariz metida en *Oliver Twist*; el resto de nuestra estancia en Londres había estado buscando con la mirada a los niños de la calle. Ni siquiera nos acercamos a la biblioteca por el miedo de mis padres a que me perdiera dentro y a no volverme a encontrar jamás.

El parque por el que paseábamos era muy amplio, atravesado por senderos de adoquines claros, bordeado de viejos plátanos fosilizados que ya casi habían perdido todas las hojas. Rodeada de superficies verdes, la universidad se erguía en el cielo opaco. Eran edificios majestuosos, con columnas estrechas, torreones y almenas plateadas, muy típicos de Londres. Con sus centenares de ventanas estrechas y sus grandes portones de madera, todos irradiaban un aura tan potente que sentí veneración por todo el conocimiento que se trasmitía en el campus y del que yo solo tenía una ligera idea.

En medio deambulaban chicos jóvenes. Aún era muy pronto, pero ya estaban todos en marcha. Iban a las clases de la mañana, a la cafetería que habíamos dejado a la derecha o a los grupos de trabajo que se reunían por todo el campus y en los cafés de los alrededores.

La biblioteca estaba justo en el centro. Respiré hondo, con respeto, cuando emprendimos el camino hacia la entrada.

Apareció la fachada ornamentada, que por su magnificencia me hizo sentir pequeña.

El miedo que hasta entonces había controlado con mayor o menor fortuna me subió por el estómago con el frío de la mañana. Tuve la sensación de que no iba a estar a la altura.

No imaginaba cuántos libros habría en ese edificio. Cómo podía haber pensado que tenía siquiera una mínima idea de toda la literatura que había en este mundo.

El tío Alfred me acarició la mano, me dedicó una sonrisa paternal y luego me soltó el brazo para abrir la pesada puerta.

Contuve la respiración y procuré mantener la compostura: levanté la cabeza, enderecé los hombros y entré en el edificio.

Cuando mi tío cerró la puerta y bloqueó todos los ruidos externos, me sumergí en el silencio. El viento que susurraba entre los árboles, el graznido de los cuervos, el traqueteo de los carruajes que se alejaban. Dentro reinaba

tal silencio que se oiría caer un alfiler. Los rotundos pasos de mi tío resonaron como golpes de martillo en el vestíbulo, y yo lo seguí a toda prisa.

Al levantar la vista, se me paró el corazón: no podía creer lo que estaba viendo. El vestíbulo era enorme, dominado por un mostrador en forma de semicírculo de madera color caoba situado en el medio, justo donde dos jóvenes trabajaban en silencio.

Detrás se abría una sala redonda, grande como un teatro, con una cúpula de cristal en el techo. Pese a que la infinidad de ornamentos tallados y las aplicaciones doradas sin duda eran dignos de admiración, toda mi atención la absorbían los libros.

Las estanterías cubrían toda la pared, abombadas para que hubiera nichos que separaran los diferentes ámbitos temáticos. Eran tan altas que había que usar largas escaleras para llegar a los cuatro o cinco estantes superiores. Dos escaleras subían a un amplio círculo en el que todo continuaba.

Libros sobre libros, páginas, palabras, el olor a papel y polvo en el aire. Enseguida supe que aquel lugar me iba a robar el corazón.

Ni siquiera me percaté de que había avanzado hasta que estuve a punto de chocar con un estudiante que maniobraba en su sitio con cierta torpeza con una pila de libros.

—Disculpe —murmuré, demasiado alto para aquel lugar de tranquilidad y saber.

El chico se limitó a asentir y se sentó a una de las numerosas mesas colocadas en la sala redonda. También había otros alumnos sentados, inclinados sobre códigos, diccionarios, literatura extranjera, planos de construcción, leyendo, escribiendo, estudiando.

Si fuera un hombre, yo también me sentaría allí largas horas a estudiar, a absorber todo el conocimiento. Como mi hermano Henry. Pero no era un hombre. A pesar de que en el otro extremo de Londres había una pequeña universidad para mujeres desde hacía poco, los estudios aún no eran una actividad especialmente apreciada para nosotras. Según había leído, de momento los ámbitos de estudio eran muy limitados, y aún no había nada que de verdad me llamara la atención.

Henry me había dicho que la universidad para mujeres era un chiste en comparación con aquella, y que aún tendrían que pasar muchos años para que cambiara algo.

Estiré el cuello, fui observando a los estudiantes uno a uno e intenté reconocer a mi hermano entre ellos. No estaba.

El tío Alfred se aclaró la garganta a mi lado. Di un respingo. Lo había olvidado por completo, igual que el motivo de nuestra visita. En realidad, todo había quedado relegado a un segundo plano desde que había visto los libros. Incluso el miedo ante lo que me esperaba había sido sustituido por ese cosquilleo que sentía en el estómago.

—Ah, ahí está —me susurró mi tío, y miré en la dirección que me señaló fugazmente.

Sin ese gesto también habría deducido muy rápido que el hombre que bajaba la escalera no podía ser otro que el bibliotecario.

Se distinguía con claridad de los estudiantes encorvados que echaban humo por la cabeza. De una altura llamativa, su postura era recta y la silueta ligeramente flaca. Tenía el cabello muy oscuro, no llevaba barba y no podía tener más de treinta años, lo que explicaba por qué mi tío lo había descrito como un «joven tarugo». Era muy joven para un puesto de tanta responsabilidad. Casi no se oían sus pasos y, pese a tener la nariz metida en un libro, pisaba con tal seguridad los amplios escalones que parecía haberlo hecho cientos de veces. Llevaba un sencillo traje de color marrón oscuro, que le quedaba bien, y unas gafas que le caían hasta la punta de la nariz.

No sabía cómo evaluar mi primera impresión de él. Esperaba algo distinto, pero, aun así, aquel hombre parecía encajar a la perfección en ese lugar.

—Señor Reed —le dijo el tío Alfred, y el joven alzó la vista con recelo de las líneas del libro.

Al ver a mi tío, lo vi suspirar contenidamente, aunque dejó de poner cara de fastidio justo a tiempo para que no fuera demasiado evidente. De todos modos, yo sí lo había visto.

—Señor Crumb. No esperaba volver a verlo tan pronto —dijo, y sonó educado y sorprendido.

Ni siquiera correspondía a las delicadas expresiones de su rostro, que en conjunto denotaban nervios y tensión. Igual que cuando mi tío hablaba del señor Reed durante los últimos días. Esos dos debían de haber tenido sus buenas disputas.

—¿No? Qué raro, puesto que ambos perseguimos solucionar el mismo problema —comentó mi tío, alterado, y oí con tanta claridad el deje de ironía que tuve que reprimir una sonrisa—. Permítame que le presente —continuó, y me puso una mano en el hombro para que diera un paso adelante—. Esta es Animant Crumb, la hija de mi hermano. Es una joven dama extraordinaria, sagaz e ingeniosa. Es honrada y muy educada. Y no conozco a casi nadie que

haya leído tantos libros como ella. Creo que ni siquiera usted podría seguirle el ritmo.

Por un momento me molestaron un poco las palabras que mi tío había escogido. ¿Por qué le explicaba todo eso?

El señor Reed se retiró las gafas de la nariz, las dobló y las colgó por una de las patillas al sencillo chaleco bordado. Desvió la mirada escéptica de mi tío a mí; él tampoco tenía claro a dónde iba a parar todo aquello.

—Y he decidido contratarla como su nueva asistenta —exclamó el tío Alfred un poco demasiado alto para estar donde estábamos; algunos estudiantes se volvieron hacia nosotros.

Era evidente que todo aquello le divertía mucho más de lo que quería admitir. Posó su mirada largo rato en los rasgos del señor Reed, cuyo rostro fue transformándose de un color normal a un pálido enfermizo para unos segundos después pasar al rojo de la ira.

—¡Quisiera hablar un momento con usted! —masculló el señor Reed, en tono avinagrado.

Dio media vuelta y se dirigió como un mariscal de campo hacia la escalera que acababa de bajar.

Los labios del tío Alfred dibujaron una sonrisa diabólica en cuanto el bibliotecario se dio la vuelta, y lo siguió dando zancadas.

Yo no sabía qué hacer, así que me quedé ahí quieta mientras los caballeros se alejaban. Los estudiantes que estaban sentados alrededor me miraban como si fuera un perro verde. No habían sido muy amables al dejarme allí sola; me agarré la falda con resolución para seguirles.

Los vi desaparecer tras una puerta situada a un lado de la sala circular cuando llegué a la segunda planta. Como allí arriba no había nadie y los estudiantes no me veían desde abajo si caminaba pegada a las estanterías, recorrí el breve tramo con todo el sigilo que pude, procurando controlar la respiración rápida, y apoyé la oreja en la puerta cerrada.

—¡No lo dirá en serio! —Oí que decía el señor Reed con claridad, y sonaba realmente enojado.

—Por supuesto, completamente en serio. Durante los últimos meses ha rechazado usted a veinticuatro asistentes, les ha hecho la vida imposible o los ha despedido. ¡Ya es suficiente! —exclamó mi tío, no menos enfadado.

Tuve que agarrarme con la mano al lateral de una estantería para respirar aire suficiente con el corsé y poder seguir escuchando.

—Es una mujer, señor Crumb. Y encima sin estudios. ¿Cuál cree que será su trabajo? ¿Preparar el té? —replicó el bibliotecario con toda la malicia del

mundo.

Me estremecí. Aquellas palabras bulleron en mi interior. Por supuesto, tenía claro que nunca alcanzaría la reputación que un hombre podría tener en mi posición, pero dar por hecho de antemano que era de poca utilidad solo por ser mujer me enfurecía.

—Es ambiciosa y lista, y está en situación de cumplir las tareas que le encargue —me defendió mi tío, ya en un tono más calmado—. Además, no tiene elección, señor Reed. O la mantiene como mínimo un mes, o sugeriré al consejo fiscal que dejen de invertir medios económicos en su curiosa máquina.

El señor Reed enmudeció y yo contuve el aliento ante tanta tensión. Mi tío había presionado de verdad a ese hombre, y no me parecía bien. Yo tenía demasiados escrúpulos para hacer algo así.

—Además es mi sobrina, así que trátela con cuidado —insistió el tío Alfred.

Por lo visto, aquello hizo que el señor Reed recobrar el juicio.

—Está bien, como quiera. Pero si el puesto es demasiado exigente para la señorita no seré yo quien le impida marcharse —gruñó, y yo apenas lo entendí porque la voz quedó tapada por el susurro de papeles—. ¿También ocupará la habitación del edificio de personal? —preguntó en tono burlón.

El tío Alfred soltó un bufido.

—Por supuesto que no. No sea ridículo. Vivirá con mi esposa y conmigo.

—Entonces ya está todo claro. Que tenga un buen día y que no tenga que volver a verle en un tiempo —soltó el señor Reed, airado.

Tal falta de educación me dejó helada un momento, pese a que la voz volvía a tener un matiz más agradable.

—Adiós, señor Reed. Le deseo lo mismo —contestó mi tío a la insolencia. Yo me retiré de la puerta.

Como oyente con años de experiencia sabía cuándo una conversación se había terminado de verdad. Di unos cuantos pasos presurosos y pasé junto a la balastrada para parecer ajena a lo sucedido y echar un breve vistazo.

Por detrás, la puerta se abrió de un golpe y oí los pasos contundentes de mi tío. Cuando posó la mano en mi hombro, me di la vuelta y puse cara de intriga para que pareciera que no tenía ni idea de lo que iba a pasar a continuación.

—Bueno, las formalidades están aclaradas —dijo con una sonrisa forzada. Le devolví la sonrisa y le acaricié el brazo para animarle.

—¿Entonces puedo empezar ahora mismo? —pregunté con resolución.



Miré al señor Reed, que me observaba con dureza por encima de las gafas; debía de habérselas puesto de nuevo durante la conversación en el despacho.

—Eso parece —contestó, e irguió los hombros—. Como parece que su tío tiene prisa por atender sus otras ocupaciones —dijo con aspereza, y miró al tío Alfred por el rabillo del ojo—, le enseñaré dónde puede dejar el abrigo; luego tendrá media hora para familiarizarse con el sistema. Por desgracia, en mi plan de hoy no tenía previsto enseñar a trabajar a una asistente, señorita Crumb.

Seguía con aquel tono tan agresivo e hice un gesto de impotencia para mis adentros. Poco a poco iba entendiendo por qué todos lo consideraban tan horrible. En efecto, era muy maleducado y un maestro en el arte de transmitir a los demás la sensación de que eran bobos e inútiles.

El tío Alfred soltó un bufido y yo seguí sonriendo como si no hubiera notado ni la clara expulsión de mi tío ni la actitud de desprecio hacia mi presencia. Así era una auténtica dama. Pasaba por encima de las cosas, sobre todo de las ofensas.

—Señor Reed —se despidió el tío Alfred.

Me llevó un poco más allá, junto a la barandilla de la sala circular; se inclinó hacia mí.

—Lo conseguirás, Ani. Demuéstraselo a ese mentecato —me susurró, y su manera de expresarse me hizo reír.

También en la comisura de los labios de mi tío asomó una sonrisa. Me hizo un gesto con la cabeza, apretó un instante más la mano que aún tenía en su brazo y luego bajó la escalera. Me lanzó una última mirada, para mi gusto demasiado atribulada, y luego desapareció.

El señor Reed estaba otra vez con la nariz metida en el libro de antes. No alzó la vista hasta que no estuve justo delante de él.

—El abrigo —le dije con toda la amabilidad posible.

Parpadeó dos veces como si hubiera olvidado que estaba ahí.

—Por supuesto —contestó, y no supe interpretar la expresión de sus ojos.

Me llevó hasta la puerta contigua a su despacho y entramos en un pequeño cuarto. Dentro había una mesita sencilla, dos sillas, un montón de trastos, una estantería poco llena, un perchero y una segunda puerta que daba detrás.

Me quité los guantes con espontaneidad, los dejé en la estantería y me desabroché el abrigo, que encontró un sitio en un gancho de latón del perchero.

No había esperado ni un momento a que el señor Reed me ayudara a quitármelo, y él tampoco se había ofrecido.

—¿Había estado antes en esta biblioteca? —me preguntó.

Apreté los labios.

—No —tuve que confesar, y no me gustó nada. Sonaba como si nunca hubiera tenido un libro en las manos, y me enojaba su mirada despectiva—. En esta no —añadí, pero al bibliotecario le dio igual, si es que me había oído.

—Entonces le propongo que eche un vistazo mientras yo termino, y luego le daré a conocer sus nuevas funciones —dijo, como si le estuviera contando a una niña que era muy importante recoger sus cubos de construcción.

Luego se volvió hacia la puerta, me dejó sin decir nada más, regresó a su despacho y cerró la puerta como si quisiera olvidarme en el acto.

Apreté aún más los labios para no proferir un grito ante tanta impertinencia.

Mi tío Alfred me había contratado para un mes. Mi madre me había dado un mes.

«Un mes», me dije. Un mes con ese hombre. Fuera como fuera, tenía que conseguirlo.

## 4

# CUARTO, O CUANDO APRENDÍ A ODIAR AL SEÑOR REED

*Ordené* la ropa y seguí convenciéndome de que todo era la mitad de grave y que mi orgullo era más fuerte que unas cuantas impertinencias de ese hombre.

Alisé la falda con cuidado, me revisé el peinado y coloqué bien el broche de la blusa justo debajo del cuello. Luego me mentalicé y regresé a la galería circular que dibujaba un círculo que se podía recorrer entero. Las paredes estaban atestadas de libros hasta tal altura que me mareaba levantar la vista, aunque también podía deberse a la emoción por ver semejante acopio literario.

Delante de mí, una puerta daba a un largo pasillo, también abarrotado de estanterías, cuyo final no veía desde mi sitio.

Di una vuelta despacio, atenta, y disfruté del silencio y el ambiente. Intenté a toda prisa grabar en la memoria la distribución de las distintas áreas temáticas, observé las plaquitas metálicas que tenían remachadas todos los libros en el lomo y que incluían las abreviaturas de la sección, el lugar y el autor. Me gustó que la sucesión de divisiones siguiera un patrón y una lógica.

Bajé la otra escalera de nuevo y me gustó el balanceo del angosto miriñaque. Había podido comprobar que el señor Reed no era una persona cortés, pero sus faltas de educación quedaban en un segundo plano cuando notaba el latido de mi corazón, tan conmovida como estaba por aquel lugar.

Siempre me habían gustado las bibliotecas, pero la de nuestra apacible ciudad era un saloncito de desayuno comparada con la de la Royal University. Esas salas fastuosas estaban hechas para mí. Estaba dispuesta a quedarme allí para siempre. Incluso con ese desagradable bibliotecario.

Absorbí con fruición las impresiones que me rodeaban: la acidez amarga del papel desteñido, los libros mohosos, la tinta fresca, la piel curtida, los

herrajes metálicos, el polvo, la madera vieja y nueva; la luz que se colaba por la enorme cúpula de cristal y convertía la sala redonda en un brillante palacio gris repleto de conocimientos por descubrir.

Abajo las paredes también estaban cubiertas de libros y el sistema continuaba. Saqué una pequeña libreta y un lápiz del bolsillo de la falda, y me puse a hacer un esquema rápido de la distribución de los temas. Seguía cierta lógica, pero aun así no podría memorizarlo todo en un momento.

A derecha e izquierda se alzaban unas altas puertas que daban a unos pasillos anchos también llenos de libros, como arriba, que al entrar había pasado por alto.

Ahí encontré menos temas importantes, literatura general, incluso una cantidad inesperada de novelas y poemarios.

Las estanterías, las escaleras, las barandillas y las paredes revestidas de madera lucían una preciosa decoración tallada con ornamentos y estatuas bañadas en oro. El artista se había limitado a unos cuantos motivos que se repetían en versiones de lo más dispares. Los animales heráldicos de Gran Bretaña, el león y el unicornio, además de numerosos lirios.

El tiempo pasó sin darme cuenta, y estaba leyendo de pie un libro sobre el ascenso y la caída de Napoleón cuando alguien se aclaró la garganta a mi lado con comedimiento.

Terminé de leer una frase más, luego alcé la vista y me estremecí del susto. Por descuido cerré el libro haciendo demasiado ruido y resonó en toda la sala.

Tenía al señor Reed delante, con un gesto de intriga en el rostro y la mirada clavada en mí por encima de la montura de las gafas.

—¿Es que no tiene reloj, señorita Crumb? —me preguntó en un tono tan suave que enseguida comprendí que algo no iba bien.

—No, señor Reed —contesté, expectante, y le noté cierta rigidez en la boca.

De nuevo me llamó la atención que no llevara barba, algo insólito para un hombre tan joven. Tal vez no daba ningún valor a los caprichos de la moda de nuestra época; por lo menos a mis ojos, eso lo hacía un poquito más simpático.

—Han pasado tres cuartos de hora desde que la he dejado sola. Y en verdad no tengo tiempo para buscarla por todo el edificio —me reprendió, la inicial dulzura en el tono había desaparecido, igual que mi buen humor.

Siempre se me habían dado bien las palabras, era capaz de plantar cara. No obstante, no encontré ninguna ocurrencia contra la aspereza de sus

palabras sin caer en la mala educación, y eso me contrariaba sobremanera.

—¡Venga conmigo! —me ordenó con dureza, y lo seguí entre las estanterías de regreso a la sala de lectura—. Cada libro tiene su sitio —empezó, y yo puse cara de desesperación, aunque él no lo vio porque iba delante y me daba la espalda—. Encontrará las signaturas en los libros —explicó, como si yo fuera completamente boba.

No quería saber qué había tenido que enseñar a la gente para encontrar necesario explicarme algo tan evidente. Tal vez lo hacía por ser mujer.

—La función de un asistente de bibliotecario es saberlo. Esta biblioteca debe convertirse en su segundo hogar y debe tomárselo todo muy en serio. —Se volvió hacia mí y se quitó las gafas—. Porque yo sí me lo tomo muy en serio —añadió.

El tono me pareció más significativo que las palabras. Fue un momento intenso, con él ahí de pie, observándome. Intentaba trasmitirme que los libros eran su bien máspreciado y que yo debía respetarlo. Realmente, aquella biblioteca era muy importante para él.

A continuación, desvió la mirada de nuevo y se colocó las gafas en el chaleco como había hecho antes.

—Tendrá que llevar a cabo todas las tareas a las que no llegue yo, y con frecuencia serán más de las que crea poder hacer —me avisó, mientras yo lo seguía—. La espero a las siete y media de la mañana. Recibirá los periódicos de actualidad de nuestro mensajero y le pagará su importe. Luego tendrá que colocar los periódicos en los soportes y colgarlos en su lugar. —Señaló hacia el vestíbulo, donde vi un soporte alto con numerosos periódicos—. Llevará los ejemplares antiguos al archivo. Realizará los préstamos y las recepciones de libros. Hay que clasificar los volúmenes devueltos. Los libros dañados se acumulan y se envían al encuadernador cuando se llega a una cantidad determinada, para que los restaure.

El señor Reed hablaba cada vez más rápido. Se notaba que lo había explicado en numerosas ocasiones durante los últimos meses. Saqué la libreta del bolso para tomar notas. Si quería demostrarle que me subestimaba, tenía que prestar mucha atención.

—Registraré las novedades en el fichero, preparará el libro con las signaturas y comprobará las palabras clave para la máquina de localización.

Lo anoté, pero no entendí a qué se refería. ¿Qué era una máquina de localización?

—Permítame una pregunta —le interrumpí.

No me molestó que se volviera hacia mí irritado. Dirigió su mirada a la libreta y el lápiz que tenía en las manos y me pregunté por un momento cuánto veía sin gafas. ¿Las necesitaba solo para leer?

—¿Es que está escribiendo? —soltó, sorprendido.

Asentí, sin saber si era una ofensa o un halago.

—La pregunta —le recordé, pues no paraba de mirarme las manos y de parpadear, cada vez más confuso—. ¿Esa máquina de buscar? ¿Cómo debo imaginármela? ¿Es una máquina de verdad? ¿Está aquí, en la biblioteca?

Era mi turno de abrumarlo con palabras; por un momento, parecía que se le había comido la lengua el gato.

—Es una máquina de verdad, señorita Crumb. Y está en el edificio. Para ser exactos, justo al lado de la sala donde ha dejado el abrigo. Me sorprende que no se haya fijado —dijo tras recuperar el habla, y luego se aclaró la garganta—. Pero ese tema ya lo trataremos más adelante. Para empezar, tiene más que suficiente.

De repente, había recuperado el tono áspero; el breve instante de humanidad que habíamos compartido se desvaneció antes de poder disfrutarlo.

El señor Boyle tenía razón. Ese hombre era muy complicado.

Subimos la escalera hacia la sala circular, dimos una vuelta y volvimos a bajar, mientras el señor Reed hablaba sin parar de los procedimientos de la biblioteca. Lo hacía con tal imprecisión que, por mi parte, tenía que deducir la mitad de la información. Mi lista era cada vez más larga. Poco a poco, iba entendiendo por qué todos los jóvenes se rendían tan rápido. Hacer tanto en tan poco tiempo era imposible, tendría que esforzarme de forma intensa si pretendía demostrarle mi valía.

Al cabo de un rato que me parecieron horas y que como mucho había sido solo media, el bibliotecario se despidió diciendo que, si tenía más preguntas, acudiera a él; no obstante, su mirada me dejó claro que no me atreviera a hacerlo con mucha frecuencia.

Finalmente, se fue, con el correo que había recogido debajo de la escalera bajo el brazo. Otra cosa que en adelante sería tarea mía. Lo seguí con la mirada, vi que desaparecía en su despacho sin volverse y me quedé indecisa en el pasillo.

Tenía tantas cosas que hacer que estaba como paralizada. ¿Dónde me había metido? ¿Dónde me había metido mi tío?

Sin duda, él mismo se arrepentía ya de haberme dejado con el señor Reed. La mirada y la sonrisa falsa lo habían delatado. Lo que al principio había

considerado una pequeña diversión había resultado ser algo muy complicado, por el evidente rechazo del señor Reed. Ahora el tío Alfred caía en la cuenta de lo que le había hecho en realidad a su querida sobrina.

No obstante, ya no había marcha atrás. Por lo menos si quería conservar la dignidad. Si me rendía tan rápido, el señor Reed soltaría un bufido, murmuraría «lo sabía» y seguiría mirando por encima del hombro a las mujeres como si su trasero de funcionario fuera mejor.

Además, aquello era un paraíso lleno de libros y, por lo menos, tenía que encontrar el momento de enfrascarme en la lectura de unos cuantos.

Inquieta por la nueva responsabilidad, me mordí el labio inferior, un gesto que con frecuencia reprimía en público, y apreté con más fuerza mi libreta contra el pecho.

Lo conseguiría, usaría mi ambición y mi inteligencia para estructurarme de forma ordenada; luego sería pan comido. Seguro. Por lo menos, eso esperaba.

Me senté rápidamente en una de las mesas y contemplé todas las tareas que se me habían acumulado. No me costó clasificarlas. Estaban las diarias y las que solo se realizaban esporádicamente; luego me creé un plan diario en el que todo siguiera un orden. Lo importante antes de lo secundario. Además, dividía las tareas grandes en muchas tareas pequeñas.

Cuando terminé me sentí mucho mejor, tenía una primera visión global de mis actividades y estaba lista para acometerlas. Guardé la libreta en el bolsillo de la falda y me dirigí a los dos chicos jóvenes que el señor Reed me había presentado y que trabajaban en el mostrador.

Se llamaban Cody y Oscar, y me miraron con escepticismo cuando me acerqué a ellos.

—Buenos días, caballeros —saludé con amabilidad, incluso logré sonreír con la euforia—. Puesto que, por lo visto, el señor Reed es un hombre muy ocupado y a mí aún me queda mucho que aprender, me gustaría ver un poco su trabajo. ¿Sería posible? —dije con educación.

Dos rostros estupefactos. Por un momento, me dio la sensación de que no me habían entendido.

—Eh, claro, señorita. Si usted quiere —contestó Oscar con frescura, y se encogió de hombros con torpeza sin dejar de mirar a Cody, como si quisiera asegurarse de que lo que había dicho estaba bien.

Pese a ir vestidos correctamente, no pude evitar pensar que no procedían de familias acaudaladas; por tanto, tampoco habían gozado de una completa formación académica ni de modales. Tal vez fue por la forma de hablar de

Oscar, o quizá por la actitud retraída de Cody, que le hacía parecer un perro apaleado.

No sabía muy bien cómo tratarlos, meforcé a seguir sonriendo y me coloqué tras el mostrador para verlo todo mejor.

Toda la zona inferior del mostrador estaba llena de cajones marcados con el alfabeto.

Un joven con un chaleco caro, bordado y de color azul claro se acercó con tres libros bajo el brazo y se apoyó en el mostrador delante de Cody.

—Señor Lassiter —le dijo Oscar, mientras Cody se limitaba a mantener la mirada gacha con timidez y abría el cajón de la L.

Tardó solo un instante en sacar una tarjeta alargada de papel grueso, luego Oscar le dictó los títulos de los libros que el señor Lassiter quería llevarse prestados.

Oscar abrió cada libro por la contraportada, sacó una hoja y estampó con un sello la fecha de devolución.

Conocía el procedimiento y me gustó ver que, en eso, aquella biblioteca no era tan distinta de la de mi ciudad.

Luego el señor Lassiter se fijó en mí y el desinterés un tanto impaciente que había mostrado hacia los dos chicos se transformó en sorpresa.

—¿Quién es esta señorita? —preguntó, sin dirigirse a nadie en concreto, como si se hiciera a sí mismo la pregunta.

Su voz era clara y agradable, pero tan rotunda que no tenía ningún interés en que me presentaran a ese hombre que rebosaba arrogancia y una incómoda picardía.

Me observó con tanto descaro que su conducta me avergonzó y no pude evitar levantar la cabeza con obstinación y resistirme a su molesta mirada.

—Va a ser la nueva asistente del bibliotecario —aclaró Oscar, que, al parecer, era el más hablador.

Me lanzó una mirada elocuente que lo expresaba todo, desde inseguridad a incredulidad: no creía que yo fuera a durar mucho.

—¿Qué? ¿De verdad? —soltó el señor Lassiter, divertido, como si Oscar hubiera contado un chiste.

Tuvo que esforzarse por seguir hablando en voz baja.

Poco a poco me estaba hartando. Yo no era un animal enjaulado. Que ese inculto creyera lo que quisiera. Enojada, di media vuelta en un movimiento brusco y salí del mostrador en forma de U. Pasé por su lado sin mirarlo, pero él me cerró el paso con agilidad.



—¿No debería una mujer bella buscar un marido, en vez de dejarse asustar por un tirano como el señor Reed? —me preguntó, divertido.

Por el brillo de sus ojos comprendí que se estaba riendo de mí.

Mi primer pensamiento fue que para mí no había diferencia en que el tirano fuera mi jefe o mi cónyuge, pero no lo dije en voz alta.

—Qué triste —dije, en cambio, con cara de compasión—. Suena usted tan anticuado como mi madre.

Y ahí lo dejé.

En una de las salas laterales encontré un espacio adecuado para muchas de mis tareas. Me irritó que el señor Reed no hubiera tenido a bien avisarme de que existía. Era alto como un pequeño salón, con unos ventanales que daban al parque. En las paredes había estanterías altas y archivadores, llenos de tarjetas de libros, apuntes sobre encargos de libros y entregas y todas las tarjetas de préstamo de antiguos estudiantes que alguna vez se habían llevado prestado un libro de esas salas. En una imponente mesa de madera había varias máquinas curiosas que identifiqué rápidamente. Una era para hacer el relieve de las placas metálicas de los lomos de los libros: la probé y era más fácil de lo que pensaba. La segunda remachaba las plaquitas en los lomos de los libros; necesitaba tanta fuerza para la palanca que tuve que emplear todo el peso del cuerpo para bajarla.

En la misma habitación encontré una serie de tablas de madera de un palmo de alto y de ancho, finas como una rodaja de embutido y con dos agujeros en la parte superior. También tenían grabado el título de un libro, el autor, la ubicación del libro y palabras clave del contenido. Por desgracia, no entendía del todo para qué estaban pensadas. ¿Acaso tenían algo que ver con esa máquina de localización?

También las obras dañadas estaban por todas partes sin orden ni concierto, casi me daban lástima los pobres libros.

Pasé poco a poco por todos los puntos de mi lista, busqué las zonas de trabajo correspondientes dentro de la biblioteca y tardé un buen rato en orientarme.

El tiempo pasaba, y en el reloj de pie situado en el ala derecha, entre Tecnología y Filosofía, vi a qué velocidad.

Sentía que apenas avanzaba. Los libros devueltos se amontonaban revueltos en varias pilas junto al mostrador del vestíbulo. A pesar de que me habría resultado fácil clasificarlos para que Cody o incluso Oscar los

devolvieran a sus departamentos, tardaba lo que me parecía una eternidad porque los manipulaba con torpeza.

No estaba acostumbrada a estar tanto tiempo de pie, pues hasta ahora me había pasado la vida sentada en muebles cómodos, leyendo. Al mediodía me dolían tanto las pantorrillas que tuve que sentarme un momento en una silla de la sala de lectura. Me ardían las plantas de los pies, seguro que tenía los tobillos hinchados; me dolían los brazos y mi cabeza pedía a gritos una pausa.

La biblioteca empezó a vaciarse poco a poco para la pausa del almuerzo, y los estudiantes dejaron en un carro los libros que ya no necesitaban o que devolvían.

Me puse en pie de nuevo con un gemido y me dirigí a paso ligero al mostrador del vestíbulo, donde ya se aglomeraba la gente. Cody y Oscar tenían mucho que hacer y había muchos estudiantes nerviosos y cansados esperando su turno.

A cierta distancia me coloqué junto al mostrador alto y le arranqué con descaro el libro de las manos a un chico joven con el cabello muy rubio.

—Buenos días, ¿su nombre? —le dije con calma.

Él me miró sorprendido.

—Higgins —contestó.

Abrí el cajón de la hache como si no hubiera hecho otra cosa en todo el día. Como mínimo, era algo que me resultaba fácil.

—¿Charles o James? —pregunté al encontrar dos tarjetas con el mismo apellido.

El muchacho se echó a reír y le brillaron los ojos verdes de forma llamativa:

—Charles. James es mi primo —contestó, y yo saqué la tarjeta correspondiente.

Cogí una pluma estilográfica del bote de cerámica y escribí a toda prisa el título y el autor del libro en la siguiente línea libre.

Observé un momento las distintas entradas escritas en el papel; la mayoría de ellas parecían garabatos. Solo las últimas dos entradas se leían bien de verdad; me pregunté si esa letra tan bonita era de Cody.

—Usted es nueva —comentó el señor Higgins con amabilidad.

Asentí.

—Muy nueva, de esta misma mañana —bromeé.

Él se rio, cohibido.

No me gustaba admitirlo, pero lo cierto era que, en Londres, algunos hombres parecían menos bobos que otros del campo.

Estampé el sello en el dorso del libro y se lo di.

—Adiós —se despidió educadamente, insinuó una reverencia y desapareció con una sonrisa en los labios.

El siguiente estaba esperando. Ya se había formado una buena cola.

—Zachary Bostick —dijo con un deje de impaciencia en la voz y antes de que pudiera preguntárselo.

Entendí que tendría que ir aún más rápido.

Cuando la biblioteca se vació del todo, empecé a recoger los ejemplares devueltos por los estudiantes. Guardé libros, los clasifiqué en los carritos, me llevé uno al cuarto porque ya tenía varias hojas rasgadas y apunté la cantidad en una hojita que pegué en la tapa del libro.

Me acerqué con un gemido a la caja de madera donde se habían colocado sin ningún cuidado más libros dañados y los fui mirando uno por uno. En cada uno escribía una breve nota; unos cincuenta libros después, maldije mi vida por haber tomado una deriva tan desgraciada. Me dolía la espalda, los brazos ni los sentía y me ardían los pies, aunque ya los había puesto en alto.

«Dorsos rotos, páginas sueltas en la parte trasera», escribí, y deseé estar de nuevo en casa, en mi buhardilla. Ahí no me dolería la espalda.

Volví a dejar el libro con cuidado en la caja y me froté los ojos.

Si estuviera en casa, mi madre me habría sacado de quicio, tomaríamos el té y ya me habría hablado de tres jóvenes que debía tomar en consideración y que hasta entonces no había visto.

Yo pondría cara de desesperación, pero mis pies estarían fantásticos.

Parpadeé, procuré no pensar más en mi casa y paseé la mirada por la estancia. Me llevé un buen susto cuando vi más cajas de madera.

Oí la inconfundible melodía del Big Ben y añadí una hora a mi jornada. Eran las seis de la tarde y yo estaba de los nervios.

Mi estómago era un agujero profundo, pues, en realidad, aún no había comido nada. Los brazos me pesaban como si fueran de plomo y mantenía la cabeza alta por pura fuerza de voluntad.

Estaba destrozada. Me sentía tan hundida que durante las últimas horas había deseado que mi madre hubiera hecho de las suyas con algún chico solo para no tener que seguir ahí poniendo orden.

No sabía cuánto tiempo quedaba para terminar la jornada, pero tenía que ser un rato considerable si se había acumulado tanto trabajo.

La mayoría de los libros dañados ya estaban revisados, guardados en cajas y atados. Sin embargo, esos solo eran los dañados. Había como mínimo dos cajas más de novedades, y nadie había hecho esfuerzo alguno por registrarlos en el fichero y etiquetarlos.

Por no hablar de las palabras clave.

Había clasificado las devoluciones en el vestíbulo, había pasado por todas las estanterías para encontrar los libros extraviados, había ayudado sin duda a treinta estudiantes a buscar obras concretas y tenía los dedos llenos de manchas de tinta.

Me froté la espalda con un suspiro, cerré la puerta de la sala y recorrí el parco pasillo entre estanterías hasta la sala de lectura.

Aún había algunos estudiantes consultando sus libros. Había tenido tanto papel entre los dedos que tenía las manos secas. Aun así anhelaba una butaca y un par de frases que me pertenecieran solo a mí.

Por la mañana me había quedado fascinada con aquel lugar, me había impregnado de su ambiente. Ahora, en cambio, tras una jornada entera de trabajo, ya no estaba tan receptiva a ese tipo de magia y me sentía cansada y apática.

—¿Sigue aquí? —me dijo alguien con asombro, pero yo estaba demasiado agotada incluso para asustarme.

Tenía al señor Reed delante, con un gesto de sorpresa y un libro abierto en las manos.

No había dicho nada. Aun así, enseguida me sentí atacada. Fue por cómo lo dijo, como si esperara que me hubiera largado hacía tiempo.

—Por supuesto. He estado todo el día aquí trabajando —me indigné, respondona, sin preocuparme por mantener un tono adecuado.

Si ese hombre no era educado, ¿por qué tenía que serlo yo?

—Le corresponde hacer una pausa al mediodía, de doce y media a una. Y a las cinco puede irse a casa —me aclaró.

En ese momento, me entraron ganas de saltarle al cuello.

—¿Y me lo dice ahora? —contesté, perpleja.

Sentí que la rabia desbordaba mi cuerpo.

—No la he visto durante la mitad del día. Pensaba que ya se había dado por vencida —respondió el señor Reed con calma, como si ni siquiera se diera cuenta de lo enfadada que estaba.

—Estaba en la sala, he clasificado los libros dañados, que, por cierto, se habían acumulado y ya se pueden enviar al encuadernador —mascullé, consciente de que tenía la cara roja y caliente por la indignación.

Por suerte no llevaba el corsé muy estrecho; de lo contrario, seguro que me habría faltado el aire.

—¿Qué? —dijo el señor Reed, riéndose para sus adentros—. ¿Y no ha hecho nada más en todo este tiempo?

Se estaba burlando de mí, lo veía, lo sentía, probablemente incluso lo olía. Me sentí al borde de las lágrimas, que me costó un esfuerzo extremo contener.

En ese momento, me quedó una cosa muy clara: odiaba a ese hombre con toda mi alma.

## 5

# QUINTO, O CUANDO ME QUEDÉ

Eran exactamente las siete y veintinueve y ya estaba ante la puerta cerrada de la biblioteca de la Royal University. Era una mañana fría, más que la anterior, y me había puesto el abrigo más grueso que tenía. Notaba los dedos ateridos pese a llevar guantes, y temblaba al tomar aire.

Si me hubieran preguntado qué me había motivado a regresar, no habría sabido qué responder.

Mi tío no estaba en casa cuando el señor Dolls, el mayordomo, abrió la puerta. La tía Lillian me dijo que mi tío no volvería hasta el día siguiente por la tarde y lo maldije en mi fuero interno por ser tan cobarde y escabullirse así de mi cólera recién encendida.

Me temblaban las piernas cuando mi tía me llamó para la cena, y engullí de forma muy impropia para una dama una pata de cordero entera, cinco patatas grandes y dos púdines de chocolate con nata.

Me preguntó cómo me había ido en la biblioteca, pero no le contesté.

Me pasé media noche dando vueltas, inquieta, y la otra mitad con pesadillas, para al final sentarme en la cama a las seis, desvelada, y preguntarme qué iba a hacer ahora.

¿De verdad quería pasar por eso otra vez?

Podía quedarme en la cama, decir que eso no era para mí y regresar a mi nidito provinciano. Dejarlo todo sin más y que el señor Reed siguiera pensando mal de mí. ¿Qué me importaba a mí la opinión de un hombre maleducado que se divertía abrumando a los demás con trabajo para ver cómo se desmoronaban bajo semejante carga?

Además, en casa, nadie lo sabría. Mis padres habían guardado silencio sobre mis intenciones de trabajar, así que nadie me hablaría de ello.

Aparte de mi madre, tal vez.

En mi cabeza, el plan sonaba fantástico, y aun así las piernas me sacaron de la cama. Me lavé, me vestí y me encontré con la tía Lillian en el comedor para tomar un desayuno rápido.

Me preguntó si estaba segura, y yo me limité a esbozar una breve sonrisa y a coger el abrigo grueso.

Y ahora allí estaba, helada, indecisa, esperando que se abrieran las puertas.

Solo me había cruzado con unas cuantas personas; se confirmó la teoría de que la vida estudiantil no empezaba hasta pasadas las nueve de la mañana.

Una silueta gris atravesó la fina niebla. Dando zancadas, con el cuello alzado y una bufanda gruesa, el señor Reed se acercó a mí entre la bruma matutina, con la mirada fija en el suelo y la cabeza en otra parte.

Giró en el camino que llevaba a la biblioteca y revolvió el bolsillo del abrigo en busca de un manojito de llaves antes de levantar la vista y quedarse de piedra.

—Buenos días, señor Reed —dije yo, por educación.

Me contuve para no dar pisotones en el suelo y entrar en calor. No quería parecer una niña nerviosa.

Mi rabia hacia ese hombre se había evaporado; aunque seguía sin soportarlo, me costaba odiarlo con tanto fervor como el día anterior.

—Señorita Crumb —dijo, sorprendido, como si por la noche me hubieran secuestrado unos piratas y hubiera aparecido delante de la puerta de la biblioteca de puro milagro—. Está usted aquí —añadió.

Decidí gestionarlo como con mi madre y hacer como si no me diera cuenta de lo que pasaba.

—Son las siete y media. ¿Dónde iba a estar? —respondí, sin abandonar la expresión neutra en mi rostro.

El señor Reed asintió y se puso en marcha de nuevo. Mientras las llaves tintineaban al abrir, me escrudiñó con la mirada; procuré no mirarlo y clavar una mirada aburrida en la puerta.

—Es usted una de las seis personas que han vuelto al día siguiente —comentó de pronto, y desvié la mirada hacia él.

Levanté las cejas sin inmutarme, aunque me daban ganas de soltar un bufido. No me extrañaba nada que no volvieran si los trataba como a mí.

—¿De cuántos en total? —pregunté, y se abrió la puerta.

—Veinticinco —contestó el señor Reed, que hizo un gesto con la mano para indicarme que pasara primera al cálido interior del edificio.

Me agarré la falda y subí los pequeños escalones que llevaban al vestíbulo. Era el primer gesto educado que había tenido el señor Reed conmigo, y me sorprendió, pues ya lo consideraba carente de toda educación.

Me habría gustado decirle que no me extrañaba que los otros diecinueve no hubieran vuelto, pero el señor Reed ya me había adelantado y subía a zancadas la escalera que estaba más cerca de su despacho.

—Venga, señorita Crumb. ¡Adelante! —me dijo, y fue raro cómo resonó su voz en la vacía galería redonda de lectura.

Alzar la voz en una biblioteca era como profanar una iglesia, por mucho que no hubiera nadie más.

Parpadeé, me propuse ser más rápida en contestar en el futuro y, pese al requerimiento, fui todo lo rápida que se consideraba propio de una dama.

Subí los escalones, pasé por delante de la puerta del despacho del señor Reed, tras la que se oyó un ruido como si algo pesado hubiera caído al suelo. Se oyó una maldición en voz alta y me apresuré a dejar el abrigo en la sala contigua.

En cuanto salí, ya tenía al señor Reed delante. Llevaba un traje de color marrón oscuro y un chaleco claro con una camisa beis. Le quedaba bien y resaltaba el color oscuro de sus ojos.

—Tenga —dijo, y me dio una bolsita de seda—. El niño de los periódicos recibe dos chelines, ni un penique más. No se deje enredar —me advirtió.

Cogí la bolsita: pesaba. Me la metí en el bolsillo de la falda, del que saqué acto seguido la libreta y el lápiz.

«Dos chelines», escribí tras el punto de la lista de los periódicos, al tiempo que seguía al señor Reed, que volvía a la escalera.

—Señor Reed, una pregunta —le dije cuando estaba bajando los primeros peldaños.

Dio media vuelta y me lanzó una mirada penetrante. Era una sensación rara la de mirarlo desde arriba, aunque él ni siquiera se había dado cuenta.

La única invitación a hablar que recibí fue una contracción impaciente de las cejas.

—¿Dónde está el archivo y cómo encuentro el sitio donde hay que dejar los periódicos antiguos? —pregunté.



El rostro del señor Reed apenas se inmutó.

—Eso son dos preguntas —repuso, sabiendo.

Apreté los labios. Mi estado de ánimo, que hasta entonces se había mantenido bastante neutro, empezaba a empeorar.

—Culpa mía —dije, y meforcé a levantar las comisuras de los labios para ocultar mis sentimientos.

El señor Reed asintió, volvió a darse la vuelta y bajó el resto de los peldaños.

—Al fondo del ala oeste, hay un pasaje que da a una escalera —aclaró, y señaló con desgana hacia la derecha, al otro lado de las puertas altas—. Tómese un poco de tiempo y eche un vistazo ahí abajo. De todos modos, por lo visto, tarda un poco en hacer cualquier cosa —se burló, sin mirarme.

Luego desapareció bajo la sala circular y de mi campo visual. Me quedé quieta en lo alto de la escalera y cerré los puños con tanta fuerza que arrugué la libreta en una mano.

Eso ya era más que pura falta de educación. Había sido una ofensa. Me daban ganas de salir corriendo detrás de ese hombre y lanzarle algo a la cabeza. Probablemente, palabras, pero mejor un libro o una piedra grande.

En cambio, me obligué a respirar hondo, alisé las páginas de mi libreta y bajé los escalones muy digna, con la cabeza bien alta.

El señor Reed estaba cerca de la escalera junto a una estantería, acariciaba con el dedo índice los lomos de algunos libros y luego sacó uno. Se lo colocó bajo el brazo y buscó otro.

No me paré a observarlo, tenía que hacer mi trabajo. Y solo porque aún no hubiera asimilado rutinas y tendiera a ser minuciosa ese engreído no tenía por qué tomarse la libertad de reírse de mí.

Me dirigí a los atriles con los periódicos, saqué todos los que se publicaban a diario y me apoyé en el cierre de rosca de las fijaciones de madera. Estaban tan prietas que después de la tercera ya me dolían los dedos, pero seguí insistiendo. Procuré que no se me notara y amontoné los periódicos a mi lado en un taburete junto a la pared.

Cuando casi había terminado, un niño entró en la biblioteca arrastrando los pies. Tendría unos diez años, vestía una chaqueta demasiado grande y el gorro que llevaba no paraba de resbalarle hacia los ojos. Bajo el brazo llevaba un montón de periódicos y fue directo al mostrador con ellos. El papel impreso acabó en el sobre de la mesa con un sonido amortiguado. Me dirigí a él. Cuando se quitó la gorra, dirigió los ojos hacia mí. El cabello rojo se

erguía desordenado en la cabeza, tenía las mejillas sonrojadas del frío y el rostro plagado de millones de pecas.

—Buenos días —saludé en voz baja, y saqué la bolsita de seda del bolsillo de la falda.

—Buenos días —masculló el niño, que me miró de arriba abajo sin disimulo—. Es usted una ratita muy elegante —me dijo con un deje de marinero en el tono.

Me guiñó el ojo con autocomplacencia.

Contuve la respiración.

Aún estaba fresco mi enfado con el señor Reed, y ante un niño de la calle sucio y travieso no me daba ninguna vergüenza mostrar esa ira.

—¡Primero, me llamo «señorita Crumb»! —Lo dije en un tono tan cortante que la sonrisa del niño desapareció en el acto—. Segundo, en adelante no serás maleducado ni impertinente. Si alguna vez se te vuelve a ocurrir la absurda idea de ponerme nombre de roedor, te sacaré de aquí por la oreja y me ocuparé de que otro niño con mejores modales haga tu trabajo.

Su rostro había perdido el color; sus ojos, que acababan de mirarme con tanta franqueza, bajaron hasta clavarse en las puntas gastadas de los zapatos.

—¿Me has entendido? —le pregunté.

Comprobé con satisfacción que toqueteaba la gorra, nervioso.

—Sí, señora —dijo con un hilo de voz.

Respiré hondo una vez antes de abrir la bolsita de seda y sacar dos chelines.

—El señor Reed me ha dicho que te pagan dos chelines —le dije.

Él asintió, vacilante. Le di las monedas. El crío las cogió, dudoso, y se las metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Gracias, señora —masculló, y luego se aclaró la garganta. Echó un vistazo alrededor sin saber adónde mirar. Respiró hondo—. ¿Puedo irme ya? —preguntó.

Me quedé impresionada. No había tenido mucho trato con niños. Desde que era pequeña habían dejado de parecerme interesantes y solo ponían a prueba mis nervios.

Por eso jamás habría pensado que fuera capaz de infundir tanto respeto a uno.

Mi madre se burlaba de mis faldas oscuras diciendo que eran el atuendo de una institutriz. Tal vez no iba tan desencaminada.

—Sí, cuando hayas hecho una reverencia y me hayas dado los buenos días como corresponde en presencia de una dama —le exigí, y me pregunté si no

era demasiado.

Sin embargo, probablemente no se lo dirían en ningún sitio y no hacía daño a nadie sugerir unos cuantos buenos modales.

El niño obedeció mis instrucciones, se inclinó con tal torpeza que parecía la primera vez que lo hacía, me dio los buenos días en voz baja y luego se fue corriendo tan deprisa que sus pasos provocaron un ruido desagradable en todo el vestíbulo.

Ahora me sentía mejor. Había desahogado la rabia, me sentía liberada y había recuperado mi capacidad de réplica. Solo tenía que conservar ese estado.

Animada, cogí los periódicos del mostrador, intentando no mancharme los puños de la blusa color crema con tinta de imprenta.

—Vaya —se oyó una voz grave por detrás. Conseguí no estremecerme, aunque me dio un vuelco el corazón—. No me gustaría ser su alumno, señorita Crumb —comentó el señor Reed en tono reprobatorio.

Me volví hacia él. No estaba especialmente elegante con aquel montón de papel en el brazo, pero, por lo menos, se me ocurrió rápido algo que contestarle.

—Pues tal vez le harían falta unas clases de modales —repuse con aspereza.

Lo castigué con una breve mirada severa, hice una reverencia educada y luego lo dejé de nuevo con los libros que había depositado en el mostrador.

Por lo visto, no se le ocurrió nada, pues se limitó a mirarme sorprendido y yo me alegré de poder meter los periódicos nuevos en las fijaciones de madera.

Ahora me sentía llena de energía, coloqué los periódicos y cogí los antiguos para echar un vistazo al archivo.

Sentaba bien contradecir a alguien, no tragarse siempre la rabia, me sentía casi eufórica.

No obstante, el buen humor se desvaneció rápido al bajar los escalones de piedra hasta el archivo. Llevaba una linterna que había encontrado arriba en un gancho, pero, aun así, parecía que las paredes se tragaran la luz y lo convirtieran todo en sombras lóbregas y danzarinas.

La escalera terminó de forma tan abrupta que estuve a punto de caer por esperar más escalones. Era una sensación horrible estar con el corazón desbocado del susto en la penumbra sin oír nada más que mi propia respiración.

Me aclaré la garganta, me enderecé y sostuve la linterna en el aire. Ante mí, un arco daba a una amplia bóveda y avancé despacio con los periódicos viejos contra el pecho y la esperanza constante de no encontrarme con nadie ahí abajo. Mi corazón no soportaría que apareciera alguien entre las sombras.

Una corriente de aire fantasmagórica sacudió mi falda, me acarició las mejillas y yo chillé del susto, aunque no había pasado nada. Sentí el impulso de santiguarme para repeler el mal, pese a ser una mujer de ciencias y no creer en absoluto en los malos espíritus. Por desgracia tenía las manos ocupadas y me obligué a seguir avanzando en ese espacio oscuro como boca de lobo.

«No seas tan gallina», me reprendí, sin atreverme a hacer ningún ruido.

Intenté sujetar la linterna delante de mí para ver mejor cuando, de pronto, la luz iluminó un objeto plano; por un instante, apareció una estancia descomunal llena de armarios que acto seguido volvió a desvanecerse cuando retrocedí.

¿Qué era eso?

Poco a poco, enfoqué de nuevo la linterna hacia delante. A mi lado, junto a la pared, había una mesita con un espejo, parecida a un tocador, con una linterna en medio. La bajé y puse la mía en su lugar. Enseguida una luz débil inundó toda la bóveda.

Frente a mi linterna había un segundo espejo en la pared que reflejaba la luz, y enfrente de él otro con el mismo efecto. Llegaba hasta el último rincón del archivo. De espejo a espejo, iluminado por una sola linterna.

Estaba fascinada e impresionada a partes iguales, pero ese extraordinario hallazgo no me quitó el desasosiego que sentía entre esas paredes.

Había en el aire una leve corriente. Era tan seco que al cabo de unos instantes me costaba respirar.

Dejé la linterna sobre la mesilla y me atreví a seguir avanzando despacio en la sala. Los armarios se organizaban en largos pasillos, contiguos, todos con placas metálicas grabadas.

El armario de los periódicos estaba delante del todo. Al abrirlo encontré varias cajas, una para cada publicación. Busqué deprisa las cajas correctas para los ejemplares que tenía en los brazos y volví a cerrar el armario.

Me estremecí del susto cuando percibí un movimiento con el rabillo del ojo, retrocedí y me golpeé con la espalda en uno de los armarios, en cuyo interior se oyó un traqueteo. El corazón me latía con tanta fuerza contra las costillas que me dolía. Sin embargo, pasado un instante entendí que me había asustado mi propio reflejo, que brillaba espectral en una vitrina.

Tenía que salir de allí. Y rápido. Volví con pasos presurosos al pasillo y a mi linterna, que me iluminó el camino hacia la escalera. La cogí con torpeza de la mesilla; acto seguido se hizo la oscuridad detrás de mí.

Sentí la piel de gallina en todo mi cuerpo, subí los escalones tan rápido como me permitió la falda y procuré no pensar en las sombras que parecían querer agarrarme desde abajo.

Cerré la puerta del otro extremo de la escalera demasiado rápido y me apoyé en ella de espaldas para recuperar el aliento. Ese archivo era realmente el lugar más terrorífico en el que había estado jamás. No quería ni imaginar tener que bajar todos los días.

Respiré profundamente, retiré los agarrotados dedos de la linterna y apagué la vela de un soplido. El sol de la mañana brillaba a través de los ventanales sobre el suelo de piedra y logró que desapareciera la piel de gallina de los brazos.

La blusa estaba llena de tinta de impresión. Maravilloso.

Estuve horas allí sentada, desembalando las cajas con las novedades e introduciendo la entrada en el registro para cada libro, con el título, el autor, el tema, la fecha de publicación, el origen y otros datos de renovación de pedidos.

Cuando el Big Ben tocó las once, ya me sentía exhausta; aun así tenía delante un sinfín de libros por desembalar.

¿Qué habían hecho entonces mis veinticuatro antecesores? ¿Quedarse ahí sentados de brazos cruzados? No podía ser que quedara tanto por hacer y que nadie se ocupara de ello.

Tenía los dedos llenos de tinta, los brazos cubiertos de manchas oscuras que no podía limpiar y un mechón de pelo pegado al cuello por el sudor. Me dolía la espalda y decidí seguir más tarde y clasificar las devoluciones.

En el mostrador me encontré a Oscar. Estaba solo. Después de preguntar con prudencia, me enteré de que Cody no volvería hasta el día siguiente; solamente los lunes y los viernes estaban los dos.

Le sonreí agradecida y él bajó la vista, cohibido. Para no avergonzarlo más, me puse a clasificar los libros sin decir esta boca es mía. Fui más rápido que el día anterior, así que cuando empezó la gran afluencia de estudiantes antes de la pausa del mediodía ya había terminado. Probablemente, también era por no haber acumulado tanto desde el día anterior.

Ayudé a Oscar con los préstamos de los libros, pregunté por los nombres, apunté los títulos. De pronto, oí un nombre que me resultaba tan familiar como si fuera el mío.

—Henry Crumb —dijo el hombre que tenía delante, al que no vi hasta que me dio su libro.

Una pequeña risa histérica se apoderó de mí.

—¡Henry! —exclamé demasiado alto, con ganas de lanzarme al cuello de mi hermano.

Pero estábamos en público, tenía que trabajar y había un mostrador entre nosotros.

—¿Cuándo tienes la pausa? —me preguntó rápidamente.

Me costó apartar la mirada de él para buscar su nombre en el cajón de la C.

—A las doce y media —le informé.

Henry se echó a reír.

—Entonces dentro de cinco minutos —repuso.

Me volví hacia el reloj, que se inclinaba sobre nosotros como si colgara del techo de una estación de ferrocarril.

—Ah, sí —confirmé.

Oscar soltó un bufido por detrás.

—Apunte el libro y váyase. Yo me encargo de esto —me dijo, malhumorado, aunque no con desprecio.

Saqué la tarjeta de Henry, apunté el libro y la guardé de nuevo.

—Gracias —le susurré a Oscar, y juraría que vi un matiz rosa brillarle en las mejillas.

Subí corriendo a recoger el abrigo y luego sujeté del brazo a Henry, cuando me lo ofreció.

—La tía Lillian me escribió para decirme que estabas aquí. Es una locura. Pensaba que se había equivocado cuando leí que ibas a trabajar en la biblioteca —me explicó Henry mientras salíamos fuera y paseábamos por el camino adoquinado.

Desde que Henry estudiaba Derecho en Londres, solo lo había visto los días festivos y para el cumpleaños de nuestra madre. Como tenía mucho que hacer, con el tiempo las cartas se habían vuelto cada vez más breves.

Lo observé de soslayo y, sorprendida, advertí algunos cambios. Llevaba el pelo rubio oscuro un poco más largo, las patillas habían desaparecido, igual que el bigote, que siempre me había parecido ridículo.

—Digamos que no sabía dónde me metía cuando el tío Alfred y papá me convencieron. Pero mamá me amenazó con comprometerme con el aburrido señor Michels si no salía pronto de mi buhardilla —bromeé, aunque ni la mitad era broma.

Henry se rio, pero la mirada seguía siendo seria.

—¿El señor Michels, de verdad? —preguntó con escepticismo y las cejas levantadas—. ¿El que se hurga la nariz cuando cree que no lo ven? —preguntó Henry, que se echó a reír con ganas—. ¿Tienes hambre? —me preguntó.

Me apresuré a asentir, porque realmente tenía un hambre de lobos.

Henry me llevó a la cafetería de la universidad, que en el siglo pasado era un invernáculo de naranjos. Como el tiempo estaba gris, una tenue luz de linternas iluminaba la sala y propiciaba un ambiente acogedor pese a las dimensiones. El olor a patatas hervidas impregnaba el aire. Ya estaba salivando antes de tomar un sustancioso almuerzo, té y dos porciones de pastel.

—¿Y? ¿Cómo te va hasta ahora como asistente del bibliotecario? —preguntó Henry con aire de suficiencia, cuando nos sentamos a una de las incontables mesas.

Solté un suspiro. Por lo menos, con él no me importaba ser sincera.

Henry me entendía. Siempre me había entendido; desde que éramos niños, acudía a él antes que a nadie cuando tenía problemas. Era una persona comprensiva, alegre y apacible que siempre me había tomado en serio y en la que podía confiar por completo. Igual que él en mí.

—Creo que no muy bien. Hay muchísimo que hacer y avanzo muy despacio. Hay cientos de libros por ahí y nadie se ocupa de ellos. Todo es tan grande que me duelen los pies cuando voy de aquí para allá. Y aún no he llegado a todo lo demás —confesé.

—Entonces ve haciéndolo poco a poco. Es el segundo día, Ani. Te pones demasiada presión —me dijo Henry.

Me desmoroné todo lo que me permitió el corsé.

—Es muy fácil decirlo. No tienes a un demonio en el cuello esperando a que falles para poder reírse de ti —me quejé, cogí un tenedor y me puse a comer.

La comida estaba bien, la comida me calmaba.

—¿Te refieres al señor Reed? —dijo Henry entre risas, y vi que tenía que contenerse para que la carcajada no fuera aún más sonora.

—Por supuesto, ¿quién, si no? —repuse, y cogí un pedazo de pavo de la ensalada de repollo—. Es descarado, impertinente, y tampoco ha oído hablar de la educación. Me trata como si de todos modos fuera a equivocarme y no valiera la pena ni dirigirme la palabra —me lamenté en voz baja.

Henry se tapó la boca para disimular la risa.

—No te gusta un pelo, ¿eh? —dijo.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué me iba a gustar? Por lo que he oído, nadie lo soporta.

Me estremecí al pensar en él, en su mirada de desprecio y en su actitud como si yo estuviera solo ahí sentada, en vez de trabajar.

—A mí me cae bien —dijo Henry de pronto.

Se me cayó la patata del tenedor del susto. Lo miré a los ojos, tan azules, para asegurarme de que no me estaba tomando el pelo. No supe qué contestar.

—No me mires así, Ani. No es una criatura del averno —continuó, y le habría contradicho con gusto si no me hubiera quedado sin voz—. No te trata tan mal por maldad, sino para darte la oportunidad de conseguirlo sola, sin ayuda, como una persona adulta.

—No lo digas como si aún fuera una niña —gruñí.

—¡Entonces no te comportes como una niña! —me soltó, y volvió a dejar el té—. Deja de quejarte, haz lo que puedas y todo lo demás volverá a su cauce. Si te dejas provocar, solo es una señal de que no te puedes controlar. Y así te seguirán tratando como a una niña.

Me costó tragar con el nudo que se me había formado en la garganta, pues en realidad era consciente de que Henry tenía razón. Tenía que parar de echar balones fuera y empezar a hacer las cosas porque yo quería, y no para dar una lección al señor Reed o a mi madre.

Sin embargo, del dicho al hecho hay un buen trecho.

Por lo menos, Henry me había abierto los ojos y por fin me había dado un excelente motivo para quedarme. Por mí. No para demostrarle nada a nadie.

—Ani. —Su mirada era más conciliadora—. Lo conseguirás.

Asentí, aparté el plato a un lado, pese a haber comido solo unos bocados, y me puse con el pedazo de pastel. A fin de cuentas, era una adulta. Los adultos pueden decidir comer primero el pastel.

—Además, os enfrentáis tanto porque os parecéis bastante —afirmó Henry.

Casi me atraganto.

—¿Perdona? —mascullé con dureza, sin poder evitar que se me cayera el pastel de la boca—. Claro que no. ¿No has oído que te decía que es



descarado, impertinente y sin una pizca de educación? —me indigné después de tragar. En los ojos de Henry volvió a reflejarse una sonrisa—. En vez de contestar, se limitó a hacer un gesto insinuante.

—Yo no soy descarada e impertinente —repetí.

Henry se puso a comer en silencio, con lo que no hacía más que burlarse más de mí.

—Pues mamá no opina lo mismo —repuso.

Por el tono de su voz, supe que se lo estaba pasando en grande, cosa que me molestó.

De nuevo, tenía razón. Mi madre siempre se quejaba de que no era capaz de mantener la boca cerrada cuando tenía que hacerlo y de saberlo todo.

—Pero yo soy educada —dije, para intentar salvarme de alguna manera.

Henry asintió.

—Claro. Quieres decir que tú disimulas tu mala educación mejor que él —comentó, divertido.

Lo fulminé con la mirada. Oír eso en boca de mi propio hermano me afectaba más de lo que creía. Dudaba de que pudiera darle la razón en eso también.

## 6

# SEXTO, O CUANDO ENCONTRÉ A ALGUIEN AFÍN

*Estaba* junto a una chimenea que emitía un leve crepitar. En una mano sostenía una copa con soda; en la otra, un bocadillito de paté. Miraba nerviosa un gran salón lleno de gente desconocida.

En realidad, no tenía ganas de estar allí, y de momento tampoco había llegado la música que me habían prometido.

Después de que Henry me acompañara de vuelta a la biblioteca y me diera un abrazo de despedida tan fuerte que apenas pude respirar, volví a desaparecer en mi sala para seguir donde lo había dejado.

Pese a que en realidad no cambiaba nada en mi situación, después de nuestra conversación por lo menos me sentía algo mejor por estar ahí sentada trabajando.

Acaricié con la punta de los dedos la encuadernación en piel de un libro grueso al que había quitado un papel de seda. La tinta de impresión fresca me llegó a la nariz, vi bailar en el aire el polvo que se desprendía de las hojas cortadas y disfruté de los rayos de sol que entraban por la ventana y le daban a la situación un aire nostálgico. Perdería ritmo si disfrutaba de los libros y no me dedicaba solo a trabajar, pero en ese momento no me importaba.

Me tomé al pie de la letra las palabras de Henry y fui poco a poco. Era mi segundo día y no quería llegar a casa dando tumbos ni esa noche ni todas las siguientes, tan extenuada como el día anterior. Me habían llevado hasta allí para trabajar en una biblioteca y no para ser la esclava de un bibliotecario loco. No quería depender de su opinión. Iba a hacer lo que estuviera en mi

mano, no me dejaría sacar de quicio. Así demostraría que era una adulta hecha y derecha.

Tampoco podía hacer mucho más que seguir lanzándome miradas arrogantes y comentarios descarados. No podía echarme. Por lo menos, no durante el mes siguiente, de eso se había ocupado el tío Alfred.

Pese a todo, durante las horas siguientes conseguí hacer mucho más de lo que pensaba al principio. Antes de irme clasifiqué los libros de manera que siguieran un orden, para no tener que buscar tanto al día siguiente. Luego cerré el tintero, me sacudí el polvo del tejido oscuro de la falda y salí de la sala, que estaba más ordenada de como la había encontrado.

Me topé con el señor Reed en la gran sala redonda de lectura. Estaba hablando en voz baja con un hombre que aún llevaba abrigo y sombrero, y que, pasados unos instantes, se despidió. Aproveché la ocasión para mostrarme ante el bibliotecario y hacerle saber que me iba puntual y no antes de mi hora.

—Señorita Crumb —dijo cuando vio que me acercaba.

No parecía contento, precisamente. Tenía el ceño fruncido en un gesto sombrío, y la frente llena de arrugas de enfado. Pese a que se esforzaba por mantener una expresión neutral, no lo conseguía.

—Señor Reed —contesté yo.

Me pregunté sin querer qué había hecho, pues de pronto soltó un bufido, se quitó las gafas y se frotó con dos dedos la base de la nariz.

—Disculpe mi enfado. Ese caballero acaba de ponerme de los nervios —dijo con franqueza, y se puso de nuevo las gafas—. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó con un suspiro, incluso forzó una leve sonrisa.

No sabía cómo interpretar el que de pronto mostrara hacia mí cierta deferencia. ¿Era un ardid para ofenderme de nuevo o de verdad había recuperado el juicio y empezaba a comportarse educadamente?

No pensaba que fuera yo quien había provocado ese cambio por haberlo reprendido por sus malos modales. Tal vez fuera por el caballero que acababa de irse. Puede que lo hubiera puesto tan nervioso que ahora yo le pareciera un mal menor.

—Solo quería comunicarle que me voy —dije a media voz, con el tono más suave que pude. No sabía por qué, pero por algún motivo no quería provocarlo más.

El señor Reed me miró sorprendido y giró la cabeza hacia el reloj del vestíbulo.

Lo seguí con la mirada. Ya pasaban doce minutos de las cinco.

—Ah, ¿ya es tan tarde? Bueno, eh..., bien —contestó, un tanto distraído, se palpó el bolsillo de la chaqueta como si buscara algo y luego dejó caer las manos tras un breve gesto con la cabeza.

Ese hombre del abrigo y el sombrero debía de haberlo alterado muchísimo. Parecía aturdido.

—Un favor más —volví a llamar su atención. Me miró a través de los cristales de las gafas, que hacían que sus ojos parecieran un poco más grandes de lo que realmente eran—. Mañana tiene que enseñarme su máquina de localización. No entiendo del todo para qué deben servir las palabras clave —dije.

Él asintió.

—¿Mañana? —repitió, como si le pareciera una insensatez que yo pretendiera volver al día siguiente.

—Sí, mañana —le confirmé, y luego hice una pequeña reverencia—. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Crumb —respondió, con la turbación escrita en la frente.

Me fui de allí con una sonrisa. Esta vez había ganado yo.

Una vez en casa, tenía una idea muy concreta de cómo pasar la tarde: en mi butaca, con un libro.

Mi mente necesitaba distraerse; mi alma, una buena historia; y mi cuerpo, el asiento de plumas dado de sí de mi butaca, que la tía Lillian incluso me había dejado poner en el salón.

No obstante, mi tía ya tenía otros planes. Me sirvió un té tardío y unas pastas para luego hablarme con entusiasmo de una pequeña velada a la que la habían invitado ese mismo día de forma inesperada, al encontrarse a una vieja amiga en la ciudad.

—Ni siquiera sabía que yo vivía aquí. ¿Te lo puedes creer? Hacía mucho tiempo que no nos veíamos —me contó con un deje de alegría en la voz y una mirada feliz—. Vindrás conmigo, Ani, ¿verdad? —me preguntó de repente.

Estuve a punto de atragantarme con el té. Reprimí la tos y me aclaré la garganta para disimular mi sorpresa.

—No creo que después de una jornada tan larga me convenga ver a más gente.

—Tonterías —exclamó ella con gesto despreocupado—. Será una celebración muy pequeña. Solo algo de comida y sentarse a escuchar música

de piano —me tentó, con una mirada suplicante—. Por favor, Ani. Alfred ya se ha disculpado (una vez más) porque sus negocios se han alargado. No quiero ir sola —mendigó.

Suspiré en silencio.

Probablemente, a mi madre no le habría hecho ese favor, pero con la tía Lillian enseguida me volvía una blanda. En primer lugar, porque dominaba a la perfección esa mirada suplicante; en segundo lugar, porque me sentía en deuda con ella por vivir en su casa; y en tercer lugar, porque en realidad me encantaba la música de piano.

Mi manera de tocar era entre mediocre y penosa, probablemente porque había leído más sobre pianos de lo que los había tocado; sin embargo, no había nada más agradable que escuchar una buena pieza mientras me sumergía en las páginas de un buen libro.

Tal vez mi tía tuviera razón y el círculo de personas fuera tan pequeño que podíamos sentarnos junto a la chimenea, intercambiar impresiones, tomar un té mientras una de las damas compartía con nosotras su pericia con el piano. Además, podría leer un poco. Qué importaba leer aquí o allí.

—Está bien —dije, dándome por vencida.

A mi tía se le iluminó el rostro al instante.

—¡Gracias, Ani! —exclamó, radiante, al tiempo que se levantaba de la silla. Luego sonrió con picardía—. Ya te he sacado hasta un vestido —añadió, antes de salir presurosa de la sala.

Dos horas después no podía creer que me hubiera dejado engañar de esa manera. La gran sala estaba abarrotada, era mucho más que una pequeña velada o que una mediana. En el campo solo se reunía tanta gente para un baile.

Probablemente, esa era otra de las diferencias entre los dos lugares. Pero, al parecer, en Londres llamaban una «pequeña velada» a eso, y yo deseaba estar muy muy lejos de allí.

Entramos juntas en la sala; las ruidosas conversaciones estuvieron a punto de acabar conmigo. Cuando no habían pasado ni cinco minutos, la tía Lillian ya me había presentado a su querida amiga la señora Glenwood, con la que desapareció entre la multitud tras intercambiar dos o tres frases.

Así que ahí estaba yo, sola, entre un montón de desconocidos. Me hice con una copa de soda para tener algo a lo que aferrarme.

Me abrí camino entre los presentes con el monstruo de color verde claro que llevaba y busqué un lugar tranquilo junto a la chimenea, donde justo en ese momento una señora mayor con el cabello canoso recogido y un vestido de seda violeta me arrebató la butaca a la que había echado el ojo.

Era para gritar. Y no estaban mis nervios en su mejor momento como para no poder estar a gusto al menos durante esa noche.

¿Dónde estaba la bruja que me había metido allí? No veía a la tía Lillian por ninguna parte. Ofendida, cogí un bocadillo de una bandeja que me quedaba cerca.

Por suerte, mi tía no me había apretado tanto el vestido como hacía siempre Mary-Ann; creí que podría comerme un par de bocadillos antes de explotar allí dentro.

—Ay, ¿de dónde ha sacado el champán? —me dijo de pronto una voz aflautada desde un lado.

Giré la cabeza, sorprendida, y vi el rostro fofo de un hombre un poco rollizo que no podía tener mucho más de veinticinco años, según comprobé horrorizada. Llevaba el cabello rubio oscuro peinado hacia atrás y dejaba al descubierto de una forma muy poco favorecedora la frente alta, que le hacía parecer un cabeza de huevo. No pude evitar pensar enseguida en *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Es soda —le corregí, y sonreí con educación pese a tener ganas de esfumarme.

—¿Soda? —repuso el hombre, asombrado, y abrió los ojos de par en par. Luego inclinó la cabeza hacia mí en un gesto de complicidad, lo que me resultó sumamente desagradable, pues ni siquiera tenía espacio suficiente para rehuirlo sin que los volantes de mi falda corrieran el peligro de acabar en el fuego de la chimenea—. Hace poco me dijeron que la soda era un ácido —dijo, indignado, como si fuera inaceptable ofrecer a la gente algo tan horrible.

Disimulé un gesto de desesperación. Ese hombre, que de momento ni se había presentado, parecía considerarse una mente privilegiada, pero yo tenía la impresión de que era más bien un erudito a la violeta.

—Es una solución alcalina —le corregí.

Acto seguido oí la voz de mi madre en mi cabeza avisándome de que no diera lecciones a todo el mundo.

El hombre me miró como si de pronto me hubieran crecido antenas en la cabeza. No me había entendido.

—Una lejía —aclaré, y lo empujé con cuidado y como por casualidad para apartarlo y establecer una distancia entre nosotros que me permitiera respirar.

Por desgracia, entre las increíbles cualidades que me desagradaban de mi inoportuno interlocutor también estaba la de ser demasiado insensible para notar cuándo estaba importunando a una dama.

Él asintió y esbozó una sonrisa falsa para indicarme que sabía perfectamente de qué le estaba hablando, aunque fuera más tonto que un zapato.

—¿No prefiere dejar esa sustancia peligrosa? Puede ir a buscar un ponche. Resulta que conozco personalmente a la dueña de la casa; su ponche es excelente —dijo con orgullo, como si lo hubiera hecho él con sus propias manos.

Me aferré con más fuerza a mi copa.

—Es muy amable por su parte —mascullé con los dientes apretados—. Pero no, gracias. Mañana no puedo pasarme el día durmiendo a pierna suelta. No tengo ese privilegio.

—Ah, ¿no? —exclamó el caballero, desconcertado.

Sentí ganas de darme una bofetada por haberle dado tema de conversación, cuando lo que quería era deshacerme de él cuanto antes.

—¿Qué tiene que hacer mañana a primera hora una joven dama tan guapa como usted? —preguntó a continuación, como si decir aquello fuera lo más natural del mundo.

Decidí cambiar de táctica. Con una indirecta no me iba a deshacer de él, era demasiado bobo para captarla. Tendría que ser más contundente.

Al fin y al cabo, con el señor Reed había funcionado.

—Trabajo. —Ya lo había soltado. ¡Era una mujer que trabajaba!

El hombre abrió los ojos, perplejo.

—Eso..., ah. Pero, señorita... —murmuró, y no se le ocurrió qué más decir.

Esperaba haberlo avergonzado hasta tal punto que quisiera despedirse y seguir su camino. Sin embargo, subestimé la obstinación de los hombres que no habían sido agraciados con el don de la belleza y la elegancia. Respiró hondo, se recompuso y esbozó una leve sonrisa porcina.

—Qué maleducado he sido. Ni siquiera me he presentado. Me llamo... —empezó con voz serena.

Deseé con toda mi alma que alguien me salvara. Por supuesto, era una joven independiente, con ingenio y buena retórica, en ocasiones afilada, pero la insolencia siempre me desarmaba.

Al principio, el señor Reed me cogió por sorpresa, y el tipo que tenía delante me estaba sacando tanto de quicio que no se me ocurría nada para

librarme de él cuanto antes.

—No importa, porque ahora mismo voy a secuestrar a esta joven dama.

Alguien interrumpió al hombre con la cabeza de huevo antes de que se diera cuenta. Un brazo delgado cogió el mío por debajo.

—Ah —exclamó el caballero, sorprendido, no menos que yo cuando levanté la cabeza hacia mi salvador.

Era una mujer, un poco mayor que yo. Tenía el cabello castaño, la piel pálida y me sacaba media cabeza (y eso que yo soy bastante alta). Me llamó la atención su figura enjuta, el rostro ovalado, la nariz puntiaguda como un ratón. Miraba con ojos divertidos al caballero, al que había asestado un buen golpe, con una sonrisa insolente en los labios delgados.

Me arrastró rápido con ella, de modo que estuvo a punto de caérseme la soda. El caballero nos siguió dos pasos.

—Si me permiten acompañar a las damas —dijo contra el alboroto de la sala, y la mujer joven que tenía al lado balanceó la cabeza como si estuviera borracha.

—¡Por Dios, no! —exclamó, asombrada.

Puso una burlona cara de desesperación mientras nos íbamos con paso majestuoso.

No me resistí, y me llevó a una sala contigua donde había menos gente porque una ventana abierta permitía la entrada del aire invernal.

—Mucho mejor, ¿no te parece? —Me miró con unos ojos azules que parecían un cubo de agua fría.

Se hizo con dos sillas tapizadas de color granate. Me senté, aliviada, y estiré los pies con discreción, aunque tampoco se veía por el miriñaque. Realmente, ya tenía suficiente de estar de pie por hoy.

—Ha sido realmente... —empecé una frase, pero la mujer me interrumpió, mientras me observaba con una sonrisa pícara.

—¿Increíble? ¿Fantástico? ¿Impresionante? —me dijo con tanta seguridad en sí misma que me hizo reír.

—En realidad, quería decir horrible —aclaré.

La chica me sonrió con tanta dulzura como si le hubiera hecho un cumplido.

—Ah —dijo—. Ha sido un placer.

No pude evitar reírme de nuevo. Pese a ser maleducada, insolente y desagradable, había algo tras esa fachada maligna que me interpelaba y la hacía encantadora.



Mi madre la odiaría, y eso me daba aún más motivos para que me cayera bien esa chica.

—Elisa Hemmilton. Siempre a su servicio cuando una joven en apuros está siendo cortejada por un soltero gordo y calvo —anunció, y cerré la boca como si lo hubiera dicho yo misma—. No te sorprendas tanto, cariño. Todas lo piensan, solo que yo soy la única que lo digo en voz alta —me soltó.

Asentí, pues mis pensamientos habían ido sin duda en esa línea.

—Animant Crumb —me presenté, sin entrar en el tema.

Elisa Hemmilton me cogió con alegría la mano que no sujetaba la copa para darme un apretón. Seguramente, había perdido el bocadillo en algún lugar durante nuestra huida.

—Qué nombre tan poco corriente. Estoy entusiasmada —me confesó, y logró que me sonrojara de verdad. Me soltó la mano y se colocó con un gesto muy poco elegante un mechón detrás de la oreja—. Debo confesar que no te he salvado del señor Cara de Cerdo de manera totalmente desinteresada —me contó. Parpadeé sorprendida, incapaz de imaginar qué quería de mí—. Estaba cerca cuando dijiste que trabajabas. Y eso es con diferencia lo más interesante que ha dicho nadie en esta velada..., con ese montón de esnobs engreídos pululando por aquí —añadió.

Tuve que hacer un esfuerzo para no ruborizarme.

—Gracias —dije, y soné más serena de lo que me sentía.

—¿Trabajas para ganarte la vida? —me preguntó Elisa Hemmilton con cara de escepticismo.

—No —confesé.

Aunque esperaba que eso la decepcionara, el brillo de sus ojos azules no hizo más que intensificarse.

—Entonces tu padre tiene una fortuna.

Era una afirmación, no una pregunta. En mi fuero interno supuse que no era el caso de Elisa. Probablemente, su padre no tenía una fortuna. Ahora me preguntaba cómo había conseguido que la invitaran a esta velada.

—Entonces ¿qué motivo tienes para trabajar? —preguntó.

Ese sería el eje de nuestra conversación, el secreto que Elisa Hemmilton pretendía descubrir.

—Para que mi madre no me case —dije sin pensarlo.

Elisa casi dobló de tamaño los ojos antes de soltar una sonora carcajada.

Algunos caballeros y tres damas nos miraron con cara de pocos amigos; me alegré de que allí nadie me conociera.

—Lo sabía. Nos parecemos —afirmó Elisa, que se quitó con los dedos puntiagudos las lágrimas de la risa del rabillo del ojo.

—¿Tú también trabajas? —pregunté; utilicé un tratamiento de confianza que no me había ofrecido, pero que parecía natural.

—No —contestó, con una sonrisa—. Estudio.

Eso sí que era una sorpresa. No había conocido a ninguna mujer que estudiara. Sin duda, tenías que estar muy segura de ti misma, como Elisa.

La universidad para mujeres solo tenía unos años, y aún luchaba por obtener el pleno reconocimiento oficial. Tenía unos recursos limitados, la cantidad de asignaturas era miserable y solo la reputación que iba asociada a una mujer que estudiaba ya bastaba para desanimarme.

—Eso sí que es increíble.

Sentí admiración por ella y su coraje.

—No tanto —dijo Elisa, como si no fuera nada del otro mundo. Con todo, la minúscula sonrisa que asomaba a sus labios la delataba—. La universidad es pequeña, y cuando acabe no es seguro que pueda conseguir un título de verdad.

—Entonces ¿por qué lo haces? —Ahora me tocaba a mí preguntar.

Elisa se rio con ganas.

—Por lo mismo que tú. Para no convertirme en la esposa del hijo del pescadero —respondió.

Di por confirmada mi teoría de que sus padres no tenían una gran fortuna. Mi madre nunca me casaría con el hijo de un pescadero. Por lo menos, no si pudiera elegir o si no se lo presentaba como el amor de mi vida.

Sonreí. Elisa tenía ganas de hablar, así que me contó más cosas sin que yo tuviera que importunarla con preguntas.

—Tengo la gran suerte de contar con una mecenas que me permite estudiar —me explicó—. Por desgracia, insiste en que la acompañe a estos actos burgueses. Lo hago, pero lo odio. Sobre todo, estos adornos. —Se dio unos toquecitos en el sombrerito que le habían colocado en lo alto del recogido y golpeó las largas plumas de colores—. ¿Qué significa esto? ¿Acaso soy un papagayo? —preguntó con fingida sorpresa.

Las dos nos echamos a reír a la vez de lo absurdo que sonaba.

—No lo sé. Me niego a llevar algo así. Si mi tía no me hubiera convencido, no estaría aquí —le conté con franqueza, como de costumbre, pero a Elisa no parecía importarle.

Sonrió y se inclinó con interés hacia mí.

—¿Y qué harías ahora si pudieras elegir? —preguntó.

No lo tuve que pensar mucho.

—Me sentaría a leer en mi butaca —dije.

—Así que eres de esas, muy casera —repuso; pese a ser tan directa, no me lo tomé como una ofensa.

—¿Y qué harías tú? —le pregunté.

Se llevó el dedo índice a los labios mientras se lo pensaba un momento.

—Probablemente, estaría en un *pub* con mi prima, que me diría lo poco femenina que soy y que nunca encontraré un marido —me contó.

—Así que eres de esas, una borracha —comenté con una sonrisilla.

Elisa soltó una risita.

—*Touché* —admitió, y puso cara de boba—. Creo que me he enamorado de ti, Animant —bromeó con una encantadora caída de ojos.

Me alegré de no haberme quedado en casa.

## 7

# SÉPTIMO, O CUANDO ME SUMERGÍ EN EL MUNDO DE LAS MÁQUINAS

*Cuando* esa mañana me planté frente a la biblioteca, el señor Reed ya no se sorprendió. O por lo menos lo disimuló mejor que la mañana anterior. Saludó de forma imprecisa, sin mirarme a la cara, parecía estar de un humor de perros.

Pero me daba igual, pues no había dormido mucho y desde que me había despertado sufría un leve dolor de cabeza. En ese momento, no estaba de humor para ningún comentario del señor Reed.

Lo seguí en silencio por la escalera hasta la sala circular, lo vi desaparecer en su despacho sin decir ni una palabra más y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

Colgué mi abrigo en el cuartito de al lado y me pregunté qué había sucedido y si tenía algo que ver con el caballero del día anterior. ¿Era posible que siguiera tan enfadado por eso?

Empecé por los periódicos del vestíbulo, los recogí de los soportes, aún con el miedo al lúgubre archivo en el estómago. Con todo, esta vez sabía lo que me esperaba ahí abajo. Pasaría mucho más rápido. Por lo menos, eso esperaba.

El niño de los periódicos ya no estaba tan asustado como ayer, pero guardaba las distancias y se mostró exageradamente educado. Le di dos chelines y me dijo que se llamaba Phillip Tams.

Por un momento, coqueteé con la idea de darle más dinero para que bajara él al archivo en mi lugar. Sin embargo, sería una confesión demasiado evidente de mis debilidades, así que dejé que Phillip se fuera, hice mi trabajo y afronté mis miedos.

En todo caso, me convencí de que las constantes ráfagas de aire que me daban en la nuca y que hacían que me estremeciera ante cualquier sombra no ayudaban a superar mi miedo al lugar.

Subí de nuevo la escalera y me detuve con el corazón en un puño entre las estanterías de libros del ala lateral de la biblioteca, en cuya pared se encontraba el acceso al archivo.

«Treinta y un días en un mes, menos dos días que ya han pasado, menos los cuatro domingos que no tengo que trabajar dan veinticinco bajadas a ese lúgubre archivo», calculé mentalmente, y se me puso la piel de gallina. Aún tenía que bajar veinticinco veces más. En ese momento, me pareció una cantidad desproporcionada.

Me alegró encontrarme a Cody cuando regresé a la sala de lectura. Mejor que estar completamente sola en esos enormes espacios después del susto. Primero me miró atemorizado, luego se quitó rápidamente la gorra de la cabeza y se inclinó un poco a modo de saludo. Seguía sin decir una palabra.

De hecho, aún no lo había oído hablar.

—Buenos días, Cody —dije ante su reverencia.

A continuación le ayudé a recoger los libros que habían quedado sobre las mesas en la sala de lectura y a ordenarlos temáticamente para que luego pudiera recolocarlos.

Me retiré a mi cubículo cuando fueron llegando los primeros estudiantes al vestíbulo y me miraron con los ojos abiertos de par en par, como si fuera un mono de feria.

—Es la nueva asistente del bibliotecario —susurró alguien.

Me coloqué bien la blusa y me escapé.

Aún me esperaban un montón de libros nuevos sin etiquetas. Hacia las diez llamaron a mi puerta, cosa que me sorprendió. Hasta el momento, nadie había venido a buscarme allí.

—Pase —grité entre dientes, mientras me apoyaba en la palanca del aparato que remachaba las etiquetas metálicas en los lomos de los libros.

—Señorita Crumb —me dijo el señor Reed, al que reconocí solo por la voz.

Sonaron tres pasos rápidos y amortiguados en el suelo de madera y luego noté que un brazo me apartaba por el hombro. Una mano fuerte agarró la palanca, apretó conmigo y el aparato cedió.

Apenas tuve que hacer nada. El señor Reed había accionado con un solo brazo el mecanismo para el que yo necesitaba apoyar todo el peso del cuerpo.

Contuve la respiración, solté enseguida el mango y giré asombrada la cabeza hacia el hombre que tenía en la espalda, muy cerca. Sus ojos eran de color ébano.

Hasta que no vio mi expresión de terror, el señor Reed no fue consciente de lo delicada que era la situación que había creado. Retrocedió un momento.

—Disculpe, señorita Crumb —se apresuró a decir, como si se sintiera obligado a decirlo. Luego se recompuso. Respiró hondo un momento—. Venga, ha venido el mecánico —me comunicó.

Dio media vuelta y ya casi había franqueado la puerta antes de que yo pudiera reaccionar.

En mi fuero interno me resistía a sus palabras, pero lo superé y lo seguí. ¿Por qué tenía que darme órdenes, como si no tuviera voluntad propia? «¿Tendría la bondad de acompañarme?», «¿Le parecería bien dejar un momento su trabajo y venir conmigo?». ¿Tanto costaba decir algo así? ¿Es que le resultaba imposible ser educado?

El corazón volvía a latirme a toda velocidad. Por el susto anterior y por la rabia. Ese hombre tenía la capacidad de hacerme enfadar con solo una frase. Me daban ganas de coger un atizador y darle bien fuerte. Y eso que yo, por lo general, no soy una persona violenta.

Volví a seguir al señor Reed a la sala de lectura y subimos la escalera hasta la galería circular, pero estaba demasiado furiosa hasta para preguntar para qué necesitaba un mecánico una biblioteca y por qué yo debía conocerlo.

Por supuesto, yo misma habría llegado a la conclusión correcta de haber sido consciente de que al principio el señor Reed mencionó que la máquina de localización era una máquina de verdad. Sin embargo, tenía la cabeza demasiado ocupada en lanzarle mentalmente al bibliotecario insultos groseros para sacar una conclusión clara.

Cuando entraron en el cuartito donde había colgado el abrigo, de pronto abrí los ojos a otras cosas, al mirar por la segunda puerta, tras la cual apareció un bosque de ruedas dentadas.

—¡Señor Lennox! —gritó el señor Reed por la puerta, antes de desaparecer tras un piñón del tamaño de una rueda de automóvil, a través del cual se veían algunas correas, una enorme pluma metálica y varias manivelas.

El cobre, el acero y el latón brillaban muchísimo bajo la luz que entraba lateral por la estrecha ventana. Por un momento, me quedé petrificada.

—¿Jamie? —Oí que decía el señor Reed, más fuerte, y el traqueteo seguía por detrás.

—Estoy aquí —pronunció una voz desde la máquina; vi un cabello negro como el carbón entre un péndulo y una extraña construcción metálica—. La vara de transmisión entre la M y la L se ha desplazado. Seguramente, se ha aflojado un tornillo —explicó la voz.

Luego lo vi. Salió trepando entre las piezas, se colgó de una vara que le quedaba encima, sobre una colección de ruedas dentadas y apareció a escasos dos metros de mí con sus pesadas botas tocando el suelo. Era tan alto como yo, tal vez un poco más, tenía el rostro y el chaleco de piel manchados de grasa, los pantalones negros llenos de polvo, un amplio cinturón de herramientas en la cadera. Tenía los hombros anchos, el pelo negro recogido en una trenza en el cuello y una marcada barba de tres días. Costaba adivinar la edad por la grasa negra, pero no podía ser mucho mayor que yo.

—Señor Ree... —empezó. Luego parpadeó, sorprendido—. Oh, señorita. Eh, disculpe —balbuceó, puso cara de bochorno y desapareció tras la enorme rueda dentada—. ¿Señor Reed? —dijo.

Me costaba respirar.

¿Qué era esa máquina enorme y por qué se construía algo así en una biblioteca? Intrigada, di un paso tras otro, llegué al marco de la puerta. De pronto, estaba dentro. Me recogí la falda para que no se enganchara en ningún sitio, caminé por los estrechos pasos que quedaban entre las piezas, leí las placas y marcas, que no me decían mucho, sin cansarme de mirar. Olía a aceite lubricante y metal, a calor y fuerza. Pese a que no tenía muchos conocimientos prácticos sobre máquinas, esa creación me impresionó sobremanera.

—Ahí está. ¡Pero no puede pasearse por aquí sin más! —me reprendió el señor Reed.

Me percaté de que había olvidado por completo mi enfado con él. Ni siquiera sus rudas palabras podían mermar mi entusiasmo en ese momento.

—Es increíble —exclamé. Di una vuelta entera para captar el esplendor de la obra—. ¿Para qué sirve? —pregunté.

El gesto amargo del señor Reed se desvaneció ante mis narices.

—Encuentra libros —me explicó con suavidad, pero por desgracia no entendía lo que eso significaba—. Se lo enseñaré —se ofreció con demasiada pasión. Una sonrisa le asomó en la comisura de los labios.

Seguí al señor Reed, que salió del laberinto de ruedas dentadas, un camino que me habría costado encontrar sola. Atravesé el pequeño espacio que separaba la máquina de la galería circular.

El señor Reed caminó unos metros junto a la pared y luego se dirigió a un armario que antes me había pasado por alto, pues estaba hecho con las mismas tablas de madera que el resto de la pared. El bibliotecario sacó un manojo de llaves y abrió el contenedor. Se apoyó en la ancha puerta con cierto esfuerzo y la desplazó a un lado.

Ante mí apareció un podio con un teclado de máquina de escribir encima. Detrás había una serie de plaquitas y encima unos cuantos raíles metálicos que sobresalían de la pared.

—Supongamos que está buscando un libro. Sobre física o derecho societario —empezó el señor Reed con su explicación. Por primera vez, aquel día me miró de verdad.

Pese a que seguía siendo aquel bibliotecario desdeñoso, ya no parecía tan inaccesible como antes. Esa máquina le entusiasmaba. Le escuché con atención.

—Usted escribe con las teclas una palabra que describe el libro que está buscando; la máquina le saca todos los libros que se hayan vinculado anteriormente con esa palabra —continuó.

No podía creer lo que me estaba contando. Era realmente espectacular.

Al principio, me limité a mirarlo perpleja, pero al final logré volver a cerrar la boca y pasarme la punta de la lengua por el labio inferior para humedecerlo un poco antes de hablar.

—¿Podría... probarlo? —pregunté con timidez por mi posición.

En el rostro del señor Reed apareció una sonrisa. Una de verdad, que me sorprendió y al mismo tiempo me desconcertó.

—Por supuesto, señorita Crumb. —Se volvió hacia las teclas—. ¿Señor Lennox? —llamó por una de las aberturas a través de los raíles; por ellas se podía echar un vistazo a la máquina que se encontraba detrás.

—¡Ahora mismo acabo! —contestó la voz del chico joven desde las profundidades de la sala, seguida de un sonoro crujido—. ¡Arreglada y con cuerda, señor! Pero deme un momento para salir, antes de poner en marcha esta belleza.

Se sucedieron unos pasos ruidosos; luego el muchacho del rostro manchado de grasa apareció en la puerta.

El señor Reed hizo un gesto con la mano a modo de invitación; aparté la mirada del mecánico, que también me sonreía.

Me acerqué al podio vacilante, pensé un momento y luego puse los dedos sobre las teclas. Era extraordinariamente fácil presionarlas; cada letra que escogía aparecía en la plaquita de detrás. Con un suave chasquido fueron



apareciendo una T, una E, una R. Escribí «termodinámica» y respiré hondo, con la esperanza de que sucediera algo al instante. No ocurrió absolutamente nada.

—¿Lo he hecho mal? —pregunté.

El mecánico se echó a reír a mi lado. Sacó un trapo del bolsillo de los pantalones y se limpió la cara.

—Solo tiene que confirmarlo —me indicó el señor Reed, y señaló una pequeña palanca junto a las teclas.

La sujeté con cuidado, empujé hacia delante y, acto seguido, la máquina empezó a ronronear como un gato al que acarician.

Las ruedas dentadas se pusieron en movimiento, los resortes se extendieron, las correas dieron vueltas. No pude evitar inclinarme hacia delante y mirar por la abertura de la pared, como una niña que aplasta la nariz contra el cristal de una bombonería. Era como ver las estrellas por primera vez, y me daban ganas de soltar una carcajada por la sensación de euforia que sentía en el pecho.

Entonces algo se me acercó. Retrocedí asustada y salieron tres estrechas tarjetas de madera de la abertura, se colocaron al final del raíl y quedaron de pie, tambaleantes. Había visto esas tarjetas en mi despacho. Los dos agujeros en la parte superior eran para colgarlas de este raíl.

No obstante, lo más asombroso era que en todas esas tarjetas figuraban los títulos de los libros que trataban de termodinámica. *La termodinámica de procesos químicos*, de Helmholtz; *Estudios termoquímicos*, de Hermann Heinrich Hess; y un manual de física y química.

—Impresionante —dije.

El señor Reed seguía con una sonrisa en el rostro. Estaba muy atractivo cuando sonreía.

Sin embargo, de pronto la sonrisa desapareció, tensó los hombros, adoptó de nuevo su expresión seria y amargada y se aclaró la garganta al tiempo que sacaba un reloj de bolsillo plateado.

—Bien. Ahora que ya sabe qué es, le dejo con el señor Lennox —me aclaró, mirando de reojo el reloj y cuando ya casi se había dado media vuelta—. Él ha construido este monstruo y le explicará cómo puede colgar las fichas en los raíles. —Cogió las gafas del chaleco y se las colocó en la nariz—. Pero tenga cuidado con el cuarto escalón. Está suelto —dijo, hizo desaparecer de nuevo el reloj en el bolsillo y se fue.

Extrañada, lo seguí con la mirada hasta que desapareció en su despacho, sin saber cómo interpretarlo. ¿Quién era ese hombre? ¿Un bibliotecario

cohibido y anticuado o un visionario amante del progreso? ¿Y cómo se unían en una sola persona esas dos vertientes que me había mostrado hasta ahora?

## 8

### OCTAVO, O CUANDO PLANEÉ UNA OSADÍA

No era tan fácil entender cómo se clasificaban las fichas en la máquina de manera que se pudieran recuperar correctamente. A eso se sumaba que Jamie Lennox era un muchacho hablador, pero un pésimo profesor. Cuando por fin comprendí el sistema, también me había enterado involuntariamente de que la familia del señor Lennox era del norte de Inglaterra, de que todos eran relojeros, de que su padre concebía las máquinas y de que su madre no apreciaba nada el trabajo con grandes piezas.

Era educado y amable. Por algún motivo me caía bien, me daba igual que hablara demasiado. No era tonto, aunque no se expresara con tanta precisión como la alta sociedad, así que incluso contesté a sus preguntas sobre mi persona y cómo había acabado trabajando allí, pese a que no tenía por costumbre informar a hombres desconocidos de esos asuntos. Me hizo reír tres veces. Al final no pude evitar tener la sensación de que intentaba engatusarme con su encanto.

El sonido del Big Ben lo sobresaltó al cabo de una hora, se disculpó a toda prisa y recogió sus herramientas.

—Dígale al señor Reed cuando vuelva que la semana que viene me ocuparé del escalón. Ahora tengo que irme —me comunicó, y yo arrugué la frente.

—¿Cuando vuelva el señor Reed? ¿Adónde se ha ido? —pregunté.

El señor Lennox se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo sé que todos los miércoles hacia mediodía desaparece sin dejar rastro —respondió.

Lo seguí con la mirada mientras bajaba los escalones, saludaba a Cody y desaparecía por la puerta principal.

No podía dejar de pensar en aquello de que el señor Reed desaparecía sin más, así que me acerqué unos pasos a su despacho para escuchar en la puerta sin que me viera. La primera impresión fue que no había nadie dentro. Al cabo de unos segundos, se confirmó. Tenía mucha experiencia escuchando, sabía enseguida si un espacio estaba vacío o no.

Recorrí la galería circular, clasifiqué algunos libros que me llamaron la atención y seguí buscando con la mirada. No estaba ni en la sala de lectura ni en el vestíbulo. Subí los escalones y miré un momento en las alas laterales, pero el señor Reed había desaparecido.

El único lugar donde no busqué fue el archivo. Si estaba ahí, estaba fuera de mi ámbito de interés, no iba a ir a buscarlo.

Regresé a mi cubículo paseando. Estuve remachando plaquitas metálicas en lomos de libros hasta que me temblaron los brazos del esfuerzo; luego regresé al vestíbulo a clasificar las devoluciones.

Un vistazo al reloj me recordó que había olvidado hacer la pausa del mediodía; me enfadé un poco conmigo misma.

—Cody, ¿puedo hacerte una pregunta? —le dije al chico, que había vuelto para recoger el siguiente montón de libros.

Se miró furtivamente las manos y asintió, dudoso. No estaba segura de si me iba a contestar, pues de momento no había dicho nada en mi presencia.

Como no quería incomodarlo, decidí formular las preguntas de forma que pudiera contestar con un movimiento de la cabeza.

—¿El señor Reed desaparece todos los miércoles? —pregunté.

Cody asintió. Otro pequeño éxito de mi táctica.

—¿Luego vuelve?

Cody negó con la cabeza.

Realmente, era muy extraño. ¿El señor Reed se iba al mediodía y se tomaba la tarde libre, sin más? Era otro aspecto que no me encajaba con su manera de ser. Me parecía una persona de las que se quedan más tiempo del necesario, y no tanto de las que se van antes. Él mismo me había dicho que se tomaba muy en serio su trabajo.

Entonces ¿qué había más importante que su querida biblioteca?

—¿Sabe a dónde va? —pregunté.

Cody volvió a negar con un gesto, mientras cargaba unos libros de la estantería de pie que tenía delante en un carro de libros.

Por una parte, me molestaba quedarme sola y sin la supervisión del señor Reed en aquellas salas; por otra, me sentía aliviada. Su mirada invisible, siempre clavada en mí, había desaparecido, me sentía mucho menos

observada, aunque las miradas escépticas de los estudiantes me siguieran por doquier.

Ninguno de ellos temía a una mujer trabajadora; solían susurrar sobre mí. Sin embargo, ya estaba acostumbrada a eso. En casa, en nuestra ciudad, la mayoría me miraba de ese modo, tanto hombres como mujeres; cuchicheaban sobre esa chica rara que siempre se escondía tras sus libros.

Pues que hablaran. ¿Qué sabían ellos?

Fui a buscar un té y un bollo relleno a la cafetería. Puesto que el señor Reed no estaba, no tenía mala conciencia por desaparecer sin más fuera de mi horario de pausa; al fin y al cabo, me había saltado la pausa del mediodía.

Mientras hacía equilibrios con mi taza por el patio y el camino irregular hasta la biblioteca, atenta a no quemarme las manos, pensé en cómo podía organizarme para prepararme el té en la biblioteca de ahora en adelante, pues ese método resultaba muy incómodo.

Cuando llegué al cuartito a través del cual se accedía a las entrañas de la máquina, me senté junto a la mesa y saqué el bollo. El sitio no era nada acogedor, y me propuse liberar de trastos toda la pared trasera en cuanto tuviera tiempo.

Mi cabeza volvía una y otra vez al bibliotecario. «¿Qué estaría haciendo?», me asaltaba la pregunta, y lo estuve meditando mientras bebía un sorbo de té. Ya estaba frío.

El jueves empezó como el día anterior. Llegué a la biblioteca unos minutos antes que el señor Reed y su saludo matutino volvió a parecerme algo más amable que el día anterior. Clasifiqué los periódicos, pagué a Phillip Tams, recorrí el pasillo que llevaba al archivo con el mismo miedo en el cuerpo y luego desaparecí en mi despacho para imprimir las fichas para la máquina. Ya había sacado de las cajas la mitad de los libros nuevos, los había introducido en el catálogo, los había rotulado, los había remachado y había echado una ojeada a las palabras clave. Me parecía increíble lo que había conseguido durante los tres días anteriores. No podía imaginar que el señor Reed se sintiera orgulloso de mí algún día, pero yo sí lo estaba y eso no me lo podía quitar.

Cargué yo misma los libros nuevos en un carro y los llevé al lugar donde estarían en un futuro.

De pronto, oí la voz de Oscar unos estantes más allá:

—Disculpe, señorita, no se le ha perdido nada aquí.

El tono era demasiado elevado para el silencio que reinaba en la biblioteca.

—Tengo que consultar algo un momento —le contestó una voz de mujer, cuyo eco áspero reconocí enseguida.

—No, señorita. Esta biblioteca es para uso exclusivo de los estudiantes de la Royal University y sus mecenas. Usted... —le dijo Oscar, pero le interrumpieron.

—¡Todos hombres! Entiendo. ¡Pues me importa un bledo! —le soltó la mujer.

Estuve segura: era Elisa Hemmilton.

Dejé el libro que iba a clasificar en el carro y me acerqué a ellos a paso ligero.

—¡Señorita, deje el libro! —bramó Oscar, fuera de sí, agarrándose al borde de un grueso mamotreto.

Elisa entró en mi campo de visión, con el gesto torcido del esfuerzo y los dedos clavados en el volumen de piel al que se aferraba con desesperación.

Me coloqué junto a los gallos de pelea, estaban tan ridículos que en realidad era para reírse. Elisa le sacaba una cabeza a Oscar, pero él era el doble de ancho que la delgada Elisa. Tenían la boca desfigurada por la rabia, parecían caricaturas de sí mismos.

Me aclaré la garganta haciendo ruido.

Ambos dieron tal respingo que parecía que les había dado una bofetada. Oscar retiró las manos del libro. Elisa retrocedió un paso dando tumbos.

—Deme el libro —dije con severidad, y estiré el brazo en un gesto exigente.

Al principio, Elisa me miró sorprendida mientras le aguantaba la mirada como si fuera una desconocida, luego me observó con desconfianza, con los ojos entrecerrados. Me dio el libro sin rechistar.

Pesaba. No vi el título porque no quería perder de vista a ninguno de los dos para no ceder autoridad.

—Señorita Crumb... —dijo Oscar, pero le corté.

—Yo me ocupo —repuse con tono firme—. Gracias, Oscar. Ahora puede irse.

Seguí con el rostro severo.

Oscar me miró desconcertado mientras se iba sonrojando, al final asintió y se fue.

Esperé a que sus pasos se hubieran alejado lo suficiente y liberé la sonrisa que había estado conteniendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Elisa suspiró, aliviada.

—Maldita sea, me has dado un buen susto —susurró, y se abanicó con un guante granate—. Lo mismo podría decirte yo. ¿Por qué demonios te obedece ese mozo tan terco?

—Trabajo aquí —confesé, y le devolví el libro. Era un manifiesto sobre los derechos civiles de las razas en América—. Soy la nueva asistente del bibliotecario.

Parecía que en cualquier momento a Elisa se le iban a salir los ojos de las cuencas del asombro.

—Madre mía —exclamó.

Probablemente, era mejor charlar en un lugar donde no nos viera todo el mundo.

—Ven conmigo —le ordené.

Fui hasta el final de la estantería y miré hacia abajo. No había nadie en el largo pasillo y los estudiantes de la sala de lectura, que probablemente podrían vernos, estaban inmersos en sus libros.

Atravesamos el pasillo y abrí la puerta del despacho, donde aún había demasiado que hacer.

—¡Pero esto es increíble! —dijo Elisa entre risas en cuanto cerré la puerta.

Negué con la cabeza: no me hacía gracia tanta emoción.

—¡Si lo hubiera sabido! ¡Es increíble! —repitió ella, caminando de un lado a otro.

—No lo preguntaste —contesté con timidez.

Ella se detuvo un momento, dejó el libro y siguió caminando.

—Tienes toda la razón. Pensé que no era tan importante y ahora resulta que tienes buenos contactos. Fui una arrogante por no preguntar más. Me habría ahorrado romperme las medias en los rosales al entrar por la ventana —dijo.

La observé con una mirada insegura. Tendía a exagerar las cosas, desde luego.

—Elisa, ¿por qué te cueles en una biblioteca? —la corté.

Ella me miró perpleja.

—¡Porque necesito los libros! —dijo, como si fuera evidente—. Nuestra biblioteca es una broma en comparación con esta. Tenemos cientos de libros

sobre economía doméstica y arte. Sin embargo, los de derecho, política o filosofía siempre están en préstamo, pues hay muy pocos, o directamente no existen —se lamentó Elisa.

Me senté en una silla. Saqué otra que coloqué en diagonal a mí con la esperanza de que Elisa dejara de caminar y se sentara conmigo.

No obstante, estaba demasiado alterada para captar esa instrucción tácita.

—Nos proporcionan el conocimiento en porciones, como si fuéramos bobas y no pudiéramos entender más. Podría cortarme el pelo, pero entonces mi mecenas me abroncaría.

No era para reír, pero, aun así, no pude evitarlo. Esa manera tan original que tenía de mezclar lo importante y lo superficial en una frase era graciosa.

—No te rías, Animant —me reprochó, pero ya se le notaba la risa en la voz.

—Lo siento —intenté disculparme, y me recompuse un poco—. Así que te has colado aquí para leer un libro —confirmé, sin poder reprimir una sonrisa.

Yo adoraba los libros, pero jamás se me habría ocurrido colarme por la ventana de un edificio donde tenía prohibida la entrada.

Elisa se dejó caer en la silla que le había ofrecido y suspiró con fuerza. Tanto ir de aquí para allá también me tenía muy desconcertada.

—Sí, así soy yo —confesó. Miró con ansia el mamotreto que yacía en el borde de la mesa—. Quería leer unos cuantos párrafos, aunque en realidad necesitaría todo el libro. Entonces me pilló ese tipo —se quejó.

Pese a mostrarse contenida, vi su desesperación. Debía de ser muy frustrante no poder leer lo que quería o necesitaba.

Sentí el deseo de ayudarla. Era muy injusto que le prohibieran la entrada.

—Te lo presto —dije.

Elisa clavó su mirada en mí.

—No puedes hacerlo —repuso con dureza, pero con la esperanza reflejada en los ojos.

—Ya. Pero ¿quién se va a enterar? Te lo doy durante una semana y luego me lo devuelves —propuse.

Elisa no siguió con sus objeciones mucho tiempo.

—¿Y si se dan cuenta de que falta? —pregunté.

Me encogí de hombros. Nada más fácil.

—Lo apuntaré como prestado en una ficha, así nadie lo buscará —le aclaré.

No parecía muy convencida.



—¿Y a nombre de quién lo registrarás? —preguntó, y estiró el brazo hacia el libro para recuperarlo.

—Puedes inventarte uno —propuse.

Y me pregunté si no acabaría pagando aquella temeridad que tan emocionante me parecía en ese momento.

## 9

# NOVENO, O CUANDO EL AZAR ACABÓ DESTRUYENDO LIBROS

En la ficha de préstamo de Elisa habíamos escrito «Edward Teach», y durante todo el día sentí la emoción de haber violentado algo la ley.

No recordaba haber hecho nunca algo tan prohibido. Cuando me crucé con el señor Reed, me dio un vuelco el corazón por miedo a llevar el delito escrito en la cara.

No obstante, por mucho que lo sopesara, lo mirara por donde lo mirara, no me arrepentía y sabía que lo volvería a hacer. Era injusto negarle a una mujer la formación que recibía un hombre. Me daba igual lo que dictara la sociedad, pues solo contaba la opinión de los hombres.

Guardé el resto de mis libros en las estanterías, llevé el correo del señor Reed a la puerta de su despacho y me ocupé del orden general. Al mediodía comí con Elisa, que me esperó en la cafetería y me invitó a un pedazo de pastel. Estaba exultante, infinitamente feliz, pero logré disuadirla de comprar el pastel de chocolate entero.

Cuando salimos de la cafetería, empezaba a caer una llovizna suave, así que nos despedimos rápido porque ninguna llevábamos paraguas.

Me sentía bien en compañía de Elisa, quedaría más a menudo con ella.

Normalmente, me costaba entablar amistad con alguien, pero la gente en Londres era distinta que en casa.

Cuando el Big Ben sonó hacia las cinco, dejé mi trabajo y me despedí del señor Reed y de Oscar, que me siguió con una mirada de desconfianza. Era obvio que le molestaba que me hubiera tomado la libertad de decidir sobre sus funciones y tener que obedecer sin rechistar. Pero a mí no me inquietaba lo más mínimo.

Corrí a casa bajo la lluvia. Cuando llegué, el tío Alfred me saludó exaltado. Sus negocios lo habían mantenido fuera hasta ese mediodía. La tía Lillian estaba encantada de volver a tener en casa a su marido, y ambos estuvieron bromeando toda la tarde mientras yo terminaba *El viaje de Jackson Throug a la India*, para luego escuchar la historia del viaje del tío Alfred. Evitó preguntarme por mi trabajo, y yo tampoco lo mencioné, para que lo atormentara un poco más su mala conciencia.

Me acosté pronto y estuve escuchando la lluvia, cada vez más intensa. Se oía distinta que en casa, me desveló y empecé a darle vueltas a la cabeza.

Pese a que solo había pasado media semana, me sentía mucho mejor que al principio. Había logrado adaptarme al trabajo y ya no era tan terriblemente lenta. Desde que, gracias a Henry, ya no intentaba infundir respeto al bibliotecario haciéndolo todo lo más rápido posible, muchas tareas incluso me divertían. Desembalar los libros nuevos, o ver lo distintas que eran las áreas en las que los estudiantes tomaban prestados libros. Me gustaba el ambiente sosegado, cómo entraba la luz por la cúpula de cristal y el leve zumbido de las ruedas dentadas al moverse en la máquina de localizar, que desde ayer volvía a sonar en la galería.

Solo el archivo seguía siendo mi pesadilla, se me ponía la piel de gallina solamente de pensarlo.

Mis pensamientos no tardaron mucho en perder el rumbo y transformarse en sueños. La lluvia se convirtió en mar; mi cama, en una barca; y el olor de las velas apagadas, en el de las especias de la India.

Por la mañana, la lluvia caía infatigablemente, por lo que mi tío intentó convencerme de ir a la biblioteca en el coche de caballos. Sin embargo, a mí me parecía muy absurdo enganchar los caballos para un trayecto tan corto, así que solo permití que me dejaran un paraguas. Les aseguré por enésima vez que podía ir sola y me puse en camino.

La lluvia no era realmente intensa, pero las ráfagas de viento recurrentes le daban al recorrido un aire aventurero.

Tardé el doble, se me mojaron las medias, estuve a punto de perder el sombrero y maldije en voz baja cuando el viento empujó hacia atrás el paraguas con tanta fuerza que se rompió.

Como llegué más tarde que el día anterior, el señor Reed ya había llegado a la biblioteca y había abierto la puerta.

Aliviada, empujé la pesada madera y superé los peldaños que llevaban al vestíbulo. Dejé el paraguas destrozado junto a la puerta, distraída. Me sacudí los restos de lluvia.

Por mucho que me costara aceptarlo, tal vez mi tío tuviera razón en lo del coche.

Me limpié la lluvia de la cara y oí una voz que maldecía en voz alta. Por lo visto, el señor Reed estaba de mal humor. Más que de costumbre.

Me quité el sombrero con un suspiro y me atusé el pelo con gestos rápidos mientras atravesaba el vestíbulo hasta la sala de lectura. Estaba entrando cuando me recibió una inesperada ráfaga de viento y unas gruesas gotas de lluvia que golpeaban contra el suelo delante de mí. Me quedé helada, asustada, incrédula. Luego levanté la cabeza y alcé la vista hacia la cúpula de cristal, en cuya parte trasera se abría un agujero del tamaño de una persona.

¡No podía ser! ¿Qué había pasado?

De pronto, lo entendí todo. ¡Estaba lloviendo dentro de la biblioteca! Fui presa del pánico.

—¡Dios mío, los libros! —exclamé más alterada de lo que pretendía.

Me agarré la falda para correr hacia la escalera que tenía más cerca, un gesto muy impropio de una damisela.

—Señorita Crumb, ¡qué bien! —exclamó el señor Reed, aliviado cuando apareció en el tramo superior de la escalera. Aún llevaba puesto el abrigo y la bufanda de cuadros colgada del cuello, torcida, como si hubiera empezado a quitársela y lo hubieran interrumpido. Tenía el pelo oscuro empapado y pegado en la cabeza—. Ya pensaba que me iba a dejar en la estacada —comentó, se revolvió el pelo, nervioso; salieron gotas disparadas en diversas direcciones.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —pregunté.

En ese mismo instante, en la sala circular vi una valija de ultramar que sin duda era la culpable. Todo estaba lleno de esquirlas de vidrio. Había varios tablones de madera rotos, faltaba un trozo de barandilla y desde arriba caía la lluvia sobre los grandes charcos que se habían formado.

En el estante del fondo el papel inflado sobresalía de los ejemplares encuadernados en piel; el olor frío y húmedo de la tinta vieja impregnaba el aire: cuando vi los libros destrozados, se me encogió el corazón. Sentí un nudo en el pecho y tuve que recomponerme para no romper a llorar, pues habría sido muy poco profesional.

Noté una mano en el hombro, aún estaba demasiado impactada por la situación para reaccionar.

—Respire con calma. Lo conseguiremos —dijo el señor Reed con suavidad.

Aquello fue tan inesperado que me sacó de mi aturdimiento.

Lo miré asustada. Bajo los ojos cansados se dibujaban unas oscuras ojeras. Procuré recobrar la compostura, respirar más despacio, calmar el pulso.

Tenía razón. Lo íbamos a conseguir y el pánico no me iba a ayudar. Poco a poco.

El señor Reed retiró la mano y sentí el frío.

—Voy a ir a buscar a alguien que suba al tejado y retire los cristales rotos. Usted empiece a sacar libros de las estanterías y llévelos al otro lado de la sala —me ordenó, al tiempo que se colocaba la bufanda—. No tardaré mucho. No deje entrar a ningún estudiante..., a no ser que se ofrezca a ayudar.

Asentí y forcé una sonrisa, pero fue un lamentable fracaso. Estaba empapada y me estaba helando. La lluvia que seguía cayendo seguro que había destrozado cientos de libros. Estaba impresionada, fuera de control. No quería ni imaginar la cantidad de trabajo que nos esperaba.

—Señorita Crumb.

Desvié la mirada, que tenía clavada en el caos de cristal, pasta de papel y astillas de madera. El señor Reed me observaba. Parecía estar a la expectativa y tenía las manos contraídas, como si no fuera capaz de decidir si quería rozarme o no.

—La necesito —dijo con suavidad.

Asentí.

Me necesitaba. A pesar de ser solo una mujer a la que no paraba de atosigar. Me necesitaba allí, en ese momento, y yo iba a hacer lo posible por ayudarle.

—Sí, señor Reed —dije con la voz quebrada, y enderecé los hombros.

Le temblaron las comisuras de los labios, con la vista aún clavada en mí. Luego suspiró y se volvió hacia la escalera. Sus pasos resonaron en la sala. El golpe de la puerta al cerrarse me sacó de mi ensimismamiento.

Hice de tripas corazón, intenté calmarme pensando que mi trabajo era importante y volví a ponerme el sombrero en la cabeza. Corrí a buscar un carro de transportar libros vacío, luego entré en la zona de lluvia y saqué el primer libro de la estantería. Se oyó un chasquido cuando lo separé del que tenía al lado. Al apretar un poco la tapa, salió un chorro de agua azul marino.

Se me partió el corazón. Ya nadie podría salvar ese libro.

Los daños se limitaron a una parte de la sección de medicina, desde la G hasta la M, y solo a los libros de arriba de la sala circular. Los de abajo solo habían sufrido algunas salpicaduras que formaban manchas oscuras en las encuadernaciones de piel. Ya había vaciado tres estantes y los había apartado a un lado cuando el señor Reed regresó. Parecía aún más empapado que antes. Ordenó que encendieran la chimenea en la sala de estar; ni siquiera sabía que existía. Fui a buscarla y la encontré detrás de algunas cajas que hacía tiempo que quería ordenar.

La chimenea era pequeña, más bien parecía una estufa. Saqué una cesta con leña debajo de un montón de periódicos amarillentos. Por primera vez, me pareció una ventaja ser de campo: para mí, encender un fuego era una rutina diaria.

No tardé mucho en amontonar unas cuantas ramas finas, colocar unos troncos gruesos encima y rellenar el resto con astillas. En la cesta encontré unos cuantos fósforos y utilicé los periódicos para atizar el fuego. Cuando el calor aumentó y me calentó las manos, el rostro y el resto del cuerpo, suspiré encantada y permanecí unos segundos agachada sin más junto al fuego, antes de cerrar la tapa y salir corriendo a la galería.

El señor Reed empujó hacia mí un carro lleno de libros. Aliviada, comprobé que no estaban tan estropeados como los que había sacado yo antes de las estanterías.

—¡A la sala a secarse! —ordenó, y se apartó el pelo mojado de los ojos.

—Maldita sea —dijo Oscar cuando subió a la galería circular.

Cody iba detrás de él.

—¡Id a buscar un carro y sacad los libros de la zona de peligro! —instruyó el señor Reed a los muchachos.

De repente, paró de llover. Todas las miradas se alzaron y vieron a varios hombres extendiendo una gran lona de caucho sobre los cristales.

—Cambiamos de plan, chicos. Id al edificio de personal y decidle a la señora Christy que os dé paños para limpiar —aclaró el señor Reed.

Ambos volvieron a bajar la escalera sin decir esta boca es mía.

El señor Reed desvió la mirada hacia mí y sonrió. Fue el momento más surrealista imaginable. Estaba en su biblioteca, empapado de arriba abajo, con un libro destrozado en cada mano y, aun así, se alegraba de que ya no cayera más agua en sus sacrosantas salas.

—¿Cómo va con el fuego? —se interesó.

Dejó los dos libros en un montón con otros textos mojados insalvables y se acercó a mí.

Intentó disimular, pero vi que estaba helado.

—Está ardiendo —le informé.

Él reaccionó con cara de sorpresa. No esperaba que lo tuviera tan por la mano.

—Soy de campo, señor Reed —le aclaré.

Él asintió.

—Debería sentarse un rato delante del fuego a secar los libros, mientras yo sigo aquí fuera —le propuse, sin esperar su respuesta.

Empujé el carro que acababa de asignarme hacia él, me agarré la falda para saltar sobre un charco y me puse a despegar tiras de papel del suelo.

Por detrás oí el traqueteo de las ruedas del carro y sonreí para mis adentros: me había obedecido.

Tardé otra hora más en secarlo y limpiarlo todo. Unos cuantos estudiantes que habían aparecido por la mañana en la biblioteca ayudaron a sacar los fragmentos de cristal fuera, así como a retirar las placas metálicas de los libros destrozados.

Ciento veintitrés libros habían sido víctimas de la lluvia. A esos había que sumar algunos de los que pensábamos que aún podíamos salvar. Daba mucha rabia y cada plaquita metálica que acababa en la cajita era como una puñalada en el corazón.

Tendríamos que adquirir todos esos libros de nuevo. Por fortuna, había notas muy detalladas sobre todas las obras. Suspiré con resignación, pues sin duda sería yo la que tendría que buscar todas las señas y anotarlas con los datos de los libros.

Me estaba frotando las manos para entrar en calor, con la idea de ir a la sala de lectura para empezar a ordenar alfabéticamente las plaquitas por autores, cuando alguien me dejó una taza de té delante.

Seguí con la mirada esa mano delgada hasta su dueño. Henry ocupó una silla a mi lado.

—Me han contado lo que ha pasado —dijo.

Le sonreí con tristeza.

—Gracias por el té —contesté, y sujeté la taza caliente entre los dedos entumecidos.

—Llevo una tetera llena encima —repuso.

Solté una carcajada. Henry era una persona muy cariñosa. Igual que mi madre, pero ella era demasiado exagerada.

—Deberíamos subirle una taza al señor Reed —dije, y me levanté de la silla.

—Espera, espera. Para el señor Reed, ¿eh? —se burló mi hermano, y sacó una segunda taza del bolsillo del abrigo—. Veo que ha abandonado su trono de criatura del infierno —se mofó.

Lo miré con desaprobación.

—Cuando no es un incordio, tal vez —confesé.

Cogí la taza que me ofrecía Henry y la llené con el contenido de una tetera china.

—Estoy orgulloso de ti —me dijo él, que esbozó su sonrisa de hermano mayor.

No sabía exactamente qué quería decir con eso, pero lo dejé y me alegré de que no me soltara ninguna reprimenda.

Haciendo equilibrios con la taza entré en el cuartito donde el señor Reed estaba poniendo un tronco en el fuego.

—Mi hermano está abajo y ha traído té —le informé, y dejé la taza en un sitio libre que quedaba entre los libros.

El señor Reed los había repartido sobre la mesa, con la tapa abierta para que el papel ondulado se secara con el calor del aire.

—Gracias —contestó, y se enderezó al lado de la chimenea.

La ropa ya no estaba tan empapada como antes, y el pelo oscuro se le erizaba en la cabeza. Reprimí una sonrisa, pues esa imagen desaliñada lo hacía mucho más simpático que la de empleado reservado y rígido que solía adoptar.

—¿Su hermano? —preguntó el señor Reed, y cogió la taza—. ¿Henry Crumb?

—Sí —confirmé, con una sensación de extrañeza por el hecho de que se conocieran.

—Su hermano es un buen estudiante —dijo como por casualidad, y bebió un trago de té; saltaba a la vista que lo disfrutaba. Luego suspiró y se volvió hacia mí—. Bueno, lo mejor será que atienda primero los libros dañados y que me prepare una lista de las direcciones de los editores —me explicó.

Erguí los hombros.

—Ya he empezado a hacerlo —respondí, antes de volverme hacia la puerta.

El señor Reed también se dio la vuelta para dedicarse de nuevo a los libros, pero vi la sonrisa que estaba tratando de ocultar. Por un instante, me sentí realmente orgullosa de mí misma.



Tras los primeros quince libros que consulté en los expedientes, comprobé que faltaban todos los documentos de los últimos dos años y medio. No tenía ni idea de dónde buscarlos. Tras hojear varios, no encontré ningún indicio de que alguien los hubiera depositado en otro sitio o los hubiera eliminado.

Cuando se lo pregunté al señor Reed, se limitó a aclararme que tenía la información en su despacho y que me la llevaría en cuanto hubiera hablado con los agentes de la policía. Habían llegado unos minutos antes para ocuparse del caso del baúl. Expusieron una teoría sobre daños materiales premeditados, probablemente un ataque. Sin embargo, el señor Reed defendió su idea de que se trataba de un accidente y de que solo era una parte del equipaje que se había perdido durante un viaje en aerostato. Prometieron iniciar una investigación. Un cuarto de hora después, el señor Reed vino a verme con unas cuantas hojas sueltas.

Eran unas cuantas páginas de las que yo buscaba, pero no todas ni mucho menos.

Hice lo que pude con lo poco que tenía a disposición. De nuevo me salté la pausa del mediodía. Además de consultar los expedientes se habían acumulado muchas otras tareas que me mantenían a todo gas. Como la prensa y el pasillo del archivo, por ejemplo.

La lista que tenía entre manos era cada vez más larga. Al final solo me faltaban ocho libros que no encontraba en los expedientes.

Busqué al señor Reed para preguntarle por ellos, pero no lo encontré. Un señor mayor tocado con una gorra con visera y unos pantalones mojados se dirigió a mí para preguntarme por las nuevas ventanas que tendrían que poner. Le di largas diciendo que no podía darle información al respecto y seguí buscando al bibliotecario.

Oscar me advirtió de que los viernes, igual que los miércoles, el señor Reed solía desaparecer al mediodía, sin dejar rastro.

Pese a que aquel día el bibliotecario se había comportado de forma impecable, noté cómo la rabia volvía a acumularse en mi interior. ¿Cómo podía desaparecer de nuevo un día tan caótico? Sabía que había mucho que hacer y muchas decisiones que tomar. Además, yo no tenía la experiencia ni la autorización para hacerlo todo.

No obstante, el tiempo volaba; otras tres personas me preguntaron por decisiones importantes. Cuando el Big Ben por fin tocó las cinco, estaba completamente histérica, furiosa y aún con los ocho libros que me faltaban en

la lista. Me molestaba no poder terminarla, así que decidí ocuparme de los documentos por mi cuenta.

No podía ser tan difícil recoger unos cuantos expedientes de un despacho.

Esperé a las seis, para que Oscar y Cody se fueran; entonces se cerrarían las puertas de la biblioteca. Tenía mucho que hacer durante ese rato de más. Al final me colé arriba. Me habría gustado decir que sentí remordimientos por entrar en el despacho de mi superior, pero no sería cierto. Años de escucha tras las puertas habían embrutecido mi conciencia.

Casi esperaba encontrar la puerta cerrada, pero no lo estaba. La empujé lentamente.

Tenía muchas ideas en la cabeza de cómo sería la sala que había tras esas puertas. Aun así me quedé paralizada en el marco de la puerta cuando apareció ante mí el reino privado del señor Reed.

Con eso no había contado, ni mucho menos.

El espacio era un auténtico campo de batalla. Los libros y los papeles cubrían todo el sitio libre que había. El escritorio apenas se distinguía entre tantos montones por todas partes.

Las ventanas estaban cubiertas con cortinas que colgaban torcidas de las barras; de todos los armarios, sobresalía el caos hacia la sala.

Respiré hondo y noté el polvo. Encontrar los expedientes que necesitaba sería mucho más complicado de lo que esperaba.

## 10

# DÉCIMO, O CUANDO DEJÉ CLARAS LAS COSAS

*Nunca* me había sentido tan cansada. Hasta ese momento, mi vida se había basado en estar ociosa y leer en la cama. Me había alejado de toda responsabilidad y obligaciones. Ahora sabía por qué.

Regresé a casa dando tumbos. Ya era mucho después de medianoche. Caminé con la luz de una linterna y no me quedé dormida en el trayecto solo porque la constante llovizna me refrescaba la cara. Estaba demasiado agotada para temer la oscuridad.

De noche, la casa de mi tío era igual que las de la derecha o la izquierda, que me miraban con sus ventanas grises.

El señor Dolls me abrió la puerta después de golpear con suavidad con la aldaba y rezar para que a esas horas quedara alguien despierto que me oyera. Iba bien vestido y estaba totalmente despierto: me había estado esperando. El mayordomo me miró con preocupación, pero no dijo nada.

—No se lo diga a mis tíos —le rogué.

Él asintió sin cambiar la expresión de indulgencia de su rostro, surcado de arrugas.

—¿Desea comer algo, señorita? —preguntó en voz baja, y cogió la linterna, pues ya no la necesitaba en el pasillo, iluminado con velas.

—Solo quiero dormir, gracias —le contesté con un hilo de voz, y noté que se me empezaba a trabar la lengua.

Subí a rastras la escalera que daba a mi habitación, exhausta, me deshice de la ropa y lo dejé caer todo en el suelo sin mirar. Me daba igual que no tuviera ningún orden y que la humedad de la lluvia ahora tuviera la ocasión de dejar manchas de moho en el tejido. Había puesto tanto orden durante las últimas horas que podía seguir alimentándome de esa sensación.

Sin embargo, cuando por fin descansé la cabeza en la almohada, no logré encontrar la calma. No paraba de dar vueltas a lo que quedaba por hacer. Y a lo que ya había hecho.

Había clasificado cada documento, cada carta, cada libro, cada carpeta, cada texto, cada nota. Los había distribuido en montones y los había ordenado en dosieres. Habían aparecido documentos de los últimos dos años y no quería ni imaginar cuándo se había originado semejante caos.

¿Cómo podía trabajar así el señor Reed?

Me empujó el miedo a que el desorden se propagara. Una vez empezado, tenía que terminarlo.

Cuando salí de la biblioteca, el despacho del señor Reed estaba impecable. Habría podido recibir invitados de tan ordenado como estaba.

Encima de la mesa, que ahora estaba despejada para trabajar, dejé la lista de los libros que había que reemplazar, con las direcciones correspondientes. Estaban clasificados por grupos y ordenados alfabéticamente.

Tal vez se me podría acusar de ser demasiado perfeccionista, pero es que nunca podía soportar ese desorden en mi lugar de trabajo.

Tardé mucho en quedarme dormida. Apenas soñé y la lluvia que caía sobre el tejado casi no me dejó conciliar el sueño.

Al cabo de tres horas y media, llamaron a mi puerta: hora de levantarse. Notaba la cabeza sorprendentemente lúcida para lo poco que había dormido, pero sabía que esa extraña sensación no duraría mucho y que al mediodía me caería de cansancio.

Me vestí, me peiné el cabello enmarañado y me lo recogí en un moño sencillo. No daba para más.

Mi tío se sentaron conmigo en la mesa a desayunar. Me obligué a comer una tostada con mantequilla para que no notaran que algo no iba bien.

Con todo, la tía Lillian era demasiado observadora para dejarlo pasar sin más: clavó en mí sus ojos claros mientras se servía el té.

—Animant, ¿puedo preguntarte dónde estabas anoche? —preguntó con cautela.

El tío Alfred dejó el periódico a un lado.

—Estaba en la biblioteca —respondí sin rodeos, y me serví un poco de leche en el té.

—¿En la biblioteca? ¿Acaso ese bibliotecario te hace trabajar hasta la noche? —se indignó el tío Alfred, colérico.

Me dieron ganas de poner cara de desesperación, pero la tía Lillian me estaba mirando y no quería ofenderla.

—No, tío Alfred. Me quedé por voluntad propia —lo calmé. Sus ojos transmitían ira, las cejas pobladas le ensombrecían el rostro—. Un baúl de ultramar rompió la cúpula de cristal y la lluvia destrozó una parte de la sección de medicina. No podía irme —aclaré, aunque obvié que el señor Reed sí había podido irse.

Me había dejado sola con todo el embrollo; luego entré en el caos de su despacho como Alicia en la madriguera, solo que a mí no me esperaba el País de las Maravillas, sino más papel.

—¡Es horrible! —exclamó la tía Lillian—. ¿Lo sabías, Alfred? —Se volvió hacia su marido, que miraba desconcertado.

Él tampoco lo sabía.

—Supongo que me habría enterado más tarde —gruñó—. Entonces, Ani, ya que hoy solo trabajas hasta el mediodía, te propongo recogerte hacia las doce y media con el coche, luego podríamos comer juntos —dijo, tal vez para no tener que ahondar en eso de que en su universidad ocurrían cosas que él desconocía.

Lo miré con los ojos abiertos de par en par. No sabía que aquel día solo tenía que trabajar hasta el mediodía. Otra cosa que el señor Reed había olvidado decirme.

El tío Alfred se aclaró la garganta y mencionó que luego podíamos ir a la aeroestación, donde el señor Boyle aterrizaría hacia la una y media. Como nunca había visto un aerostato de cerca, sería una buena ocasión para matar dos pájaros de un tiro. Le lanzó una sonrisa cómplice a la tía Lillian cuando acepté la invitación. En mi fuero interno, me desesperé.

Probablemente, nos veían al señor Boyle y a mí prácticamente prometidos, solo porque habíamos mantenido una conversación agradable un día. Era más que ridículo. Durante las últimas semanas, no había pensado más de dos veces en él. Y, en ningún caso, con aire soñador. A mí no se me robaba el corazón tan rápido. En realidad, hacía mucho tiempo que dudaba de si era capaz de enamorarme.

De camino a la biblioteca repasé las tareas pendientes. Había desatendido los periódicos y en mi sala también quedaban cosas que hacer. Además, supuse que aparecerían más estudiantes de lo habitual. En primer lugar, porque era sábado y, por tanto, día sin clases. En segundo lugar, porque

muchos no habían tenido ocasión de estudiar en la biblioteca el día antes. Y, en tercer lugar, porque el ser humano era curioso y seguro que muchos estudiantes cogerían prestado un libro solo como excusa para ver el caos que había provocado el baúl de ultramar.

Un motivo más para alegrarme por irme al mediodía.

Había parado de llover, la niebla atravesaba el parque y la notaba fría bajo la falda. Llegué a la puerta de la biblioteca antes que el señor Reed. Cuando vi acercarse una silueta entre la leve neblina, casi me pareció conocida. Cada vez que posaba mi mirada, notaba una angustia en mi interior, una mezcla explosiva de intimidación y rabia.

Sin embargo, aquella mañana la ira era más fuerte que el resto de las sensaciones. Y es que la noche anterior había averiguado algo que me permitía dejar de obedecerlo sin rechistar.

—Buenos días, señor Reed —le saludé en un tono neutro.

Me miró.

—Buenos días, señorita Crumb —me devolvió el saludo, al tiempo que hurgaba en el bolsillo del abrigo en busca de la llave.

Por dentro me hervía la sangre.

—Señor Reed, ¿es cierto que el sábado puedo irme al mediodía? —le solté.

El señor Reed abrió la puerta.

—Correcto —me contestó, como si se tratara de una obviedad de la que hace tiempo que debería estar al corriente.

—¿Y por qué no ha tenido la bondad de comunicármelo, señor Reed? De no haberlo mencionado mi tío esta mañana, no lo hubiera sabido —le reprendí mientras entrábamos en la biblioteca.

Él se quitó el abrigo de camino a la sala de lectura y lo arrojó sobre el respaldo de una silla. Resopló y se volvió hacia mí, mientras se colocaba bien la corbata.

—Señorita Crumb —dijo con un suspiro, como si yo fuera una niña pequeña, pero esta vez no iba a aguantarlo.

—Ahórreselo. —Lo fulminé con la mirada—. Sería mejor que admitiese que no es infalible. No es culpa mía si no sé ese tipo de cosas, es su responsabilidad —le dije.

Aunque era incapaz de contenerme, temía que mis palabras fueran demasiado duras para iniciar esa conversación.

El señor Reed me miró con asombro.

—Pues sí que ha dormido mal —dijo.

Luego dio media vuelta, recuperó el abrigo con el mismo movimiento y se dirigió a la escalera dando zancadas.

—He dormido muy mal, sí. Pero ese no es el motivo de mi enfado —solté.

Quería retomar la conversación que el señor Reed había dado por terminada de forma tan brusca. Me sostuve la falda para seguirlo subiendo los peldaños de la escalera.

—¿También es culpa mía que no esté satisfecha con su trabajo?

Solté un bufido, furiosa, mientras caminaba tras él.

—Yo no he dicho eso —me defendí.

—No la estoy reteniendo. Puede irse cuando quiera y enviarle saludos a su tío de mi parte —comentó, mordaz, mientras asía el picaporte de su despacho.

—¡Eso le gustaría a usted! —repuse.

Clavo su mirada en mí.

—¡Sí, eso me gustaría! —contestó entre dientes.

Abrió la puerta y huyó de la conversación en la estancia que quedaba detrás. Sin embargo, dio un pequeño traspié y se agarró al marco de la puerta con cara de estupefacción.

Me dieron ganas de echarle en cara que el día anterior había dicho que me necesitaba, pero me limité a fruncir los labios, pues no me habría escuchado.

—Por Dios, ¿qué es esto? —exclamó, con los ojos tan desorbitados que me pareció enfermizo.

—Su despacho, señor Reed. ¡Como debería estar para poder trabajar de manera eficaz! —contesté, furiosa.

Me crucé de brazos. Me daba igual si parecía obstinada; había sacrificado horas de sueño para dominar el caos.

—¿Ha sido usted? —me preguntó.

Me miró airadamente. Pero no me iba a dejar amedrentar. Conocía sus puntos débiles.

—¡Por supuesto que he sido yo! ¡Pero eso debería ser tarea suya, no mía! —le contesté en el mismo tono.

El señor Reed apretó los dedos contra la madera del marco de la puerta hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—Es mi despacho, señorita Crumb. Aquí no se le ha perdido absolutamente nada.

Estaba a punto de estallar y había alzado la voz.

—Yo solo he intentado hacer mi trabajo. Ni siquiera ha conseguido prepararme la documentación que necesito. Si hubiera estado aquí, se lo

habría preguntado, pero prefirió esfumarse sin más —grité, con los brazos abiertos y señalando al bibliotecario con un dedo acusador.

—Tenía una cita —se defendió.

Aquello me sorprendió. Vi algo de debilidad y decidí atacar.

—Me dejó aquí sola cuando teníamos un gran problema. Fue insensible. Por lo menos, ¡podría haberme avisado!

Se me saltaron unas lágrimas de rabia.

—Eso no le da derecho a entrar en mi despacho y revolver todos mis archivos. ¡Ni mucho menos! —Se resistió, pero sonaba poco convincente.

Mis lágrimas le debilitaban. Me las limpié. Quería mirarlo de igual a igual. No quería que me compadeciera.

—¿Archivos? No me haga reír —exclamé. Poco a poco, me fui acalorando: aún llevaba el abrigo puesto. El calor de la discusión me quemaba en el pecho y empecé a toquetear los botones sin quitarle ojo de encima—. Como empiece a contarme que dentro del desorden había un sistema, le diré que es un mentiroso, señor Reed.

—¡No tiene ni idea!

—Claro que la tengo, le guste o no. Me ha atosigado y me ha despreciado desde que entré en esta biblioteca. Me tiene en poca estima y me riñe por ser lenta e incompetente. ¡Me hace parecer pequeña para sentirse grande! En eso, ¡usted no es mejor que yo! —solté, sin tomar aire, para que el señor Reed no pudiera interrumpirme—. Vive un desorden que le afecta mentalmente. Es demasiado desorganizado como para controlar su trabajo y descarga conmigo su frustración. ¿Sabe?, pensaba que quería hacerme la vida imposible al ocultarme tanta información, pero creo que me equivocaba. ¡Ahora sé que se le olvidó porque en su cabeza reina el mismo desorden que en su despacho! ¡Así de simple!

Respiré hondo, me quité el abrigo de los hombros de un tirón, dejé plantado al señor Reed y pasé por su lado camino del cuartito.

—Señorita Crumb —dijo el señor Reed, con la voz grave de la rabia.

Sin embargo, no le dejé hablar. Ahora no. Era mi momento y lo iba a mantener.

—¡No se atreva a volverme a criticar hasta que no se haya ocupado de ser perfecto!

Le lancé una mirada tan colérica que se le atragantó la respuesta y desapareció poco a poco en su despacho, como si se batiera en retirada.

Colgué el abrigo en su gancho y respiré hasta que en los pulmones ya no entraba nada. Luego solté el aire lentamente.



Me temblaban las manos y notaba la cabeza vacía. Toda la rabia acumulada desde el primer día de trabajo había desaparecido como por arte de magia. La había soltado a gritos. Sabía que, de ahora en adelante, todo sería distinto en esa biblioteca. Sin embargo, el gran cambio le correspondía al señor Reed. ¡Yo misma me ocuparía de eso!

## 11

# UNDÉCIMO, O CUANDO EL CORAZÓN ME DIO BRINCOS

El tiempo voló entre la clasificación de libros, el pesado acceso al archivo y un montón de devoluciones.

Cuando de pronto mi tío se aclaró la garganta a mi lado y se me cayeron tres volúmenes de historia mientras los ordenaba, me llevé una gran sorpresa al ver que ya era mediodía. Sin embargo, un vistazo al reloj del vestíbulo me confirmó que era puntual y fui a buscar mi abrigo.

Por un instante, me detuve delante de la puerta del señor Reed y me pregunté si debía irme sin más y dejarlo que siguiera enfurruñado en su despacho.

Porque eso era lo que hacía. Desde la discusión no había abierto la puerta y no había dicho ni una palabra.

Suspiré para mis adentros. Si me iba sin hablar de nuevo, la situación entre nosotros empeoraría durante los días libres, y me costaría un gran esfuerzo volver a aparecer el lunes.

Llamé a la puerta con suavidad. Un tenue ruido en un edificio tan silencioso que sin embargo desapareció por completo detrás de la puerta.

Oí el susurro de papeles, el crujido de madera al poner peso sobre ella y un suspiro de agotamiento.

—Adelante —dijo el señor Reed, y abrí la puerta una rendija.

El despacho aún estaba casi como lo había dejado el día anterior: los libros en las estanterías, los archivos en los armarios, las cortinas abiertas. Solo en el escritorio vi que el caos que había eliminado el día anterior volvía a abrirse paso.

El señor Reed estaba sentado en su silla con un montón de papel de carta, un tintero abierto, sobres y la lista de los libros destrozados delante, que

estaba repasando.

—¿Entonces escribía a todas esas direcciones? Ochenta y cinco direcciones, ochenta y cinco cartas.

—¿Señorita Crumb? —me dijo al ver que no reaccionaba y que estaba paralizada en el marco de la puerta.

Parpadeé.

—¿Está escribiendo todas esas cartas personalmente? —pregunté, asombrada, aunque en realidad solo había ido a despedirme.

—Sí —me contestó, escueto, aún más reservado de lo habitual.

Era la discusión la que se interponía entre nosotros. Yo la había empezado, así que también dependía de mí acabar con ella.

—Podría ayudarle —me ofrecí.

El señor Reed me miró. Se quitó las gafas de la nariz y me observó, por si tramaba algo. Pero yo solo quería ayudarle: no había ninguna intención oculta detrás.

El señor Reed apretó los labios, se relajó y bajó la mirada a las cartas que tenía delante.

—Es muy amable por su parte, señorita Crumb, pero a muchos de esos hombres los conozco desde hace años. Se ofenderían si no les escribiera personalmente.

Asentí, recordé por qué había llamado a la puerta en un principio y esboqué una sonrisa. No sabía exactamente por qué, pero había algo en la situación que me daba buenas vibraciones.

—Bueno, entonces me voy. Solo quería desearle que tuviera un buen día —le comuniqué al bibliotecario, que asintió.

—Buenos días, señorita Crumb —contestó en un tono más calmado, y di media vuelta para irme—. ¡Señorita Crumb! —Me retuvo el señor Reed, al tiempo que retiraba la silla y se levantaba a toda prisa.

Giré la cabeza hacia él y puse cara de intriga.

—¿Vuelve el lunes? —preguntó.

Me sorprendió haberle dado motivo para dudar.

—Sí, señor Reed —contesté antes de cerrar la puerta con suavidad.

Bajé presurosa la escalera y avancé hacia mi tío, que me esperaba en el vestíbulo. Me ofreció el brazo y me apoyé en él; de pronto, caí en la cuenta. El motivo de esa sensación agradable que me había suscitado una sonrisa. ¡El señor Reed había sido educado! Por primera vez, tanto sus palabras como su tono y la actitud habían sido de una educación exquisita. Sentaba bien notar aquella estima.

Merecía que me tratara con educación.

No era mucho, pero en ese momento me pareció lo mejor que me había pasado durante las últimas semanas.

No comimos en la cafetería, sino en un pequeño restaurante cerca del campus. Estaba amueblado con elegancia y la comida era tan buena que pedí un segundo postre.

Mi tío se burló de mí llamándome glotona. A la una y cuarto, nos fuimos en coche a la aeroestación.

Por algún motivo incomprensible estaba un poco nerviosa, pero no sabía exactamente si era por los aerostatos que estaba a punto de ver o por el regreso del señor Boyle.

Llegamos a la aeroestación y el coche de caballos se detuvo en el borde de la carretera. El tío Alfred abrió la puerta, salió y me ofreció la mano para que no me tambaleara en el escalón.

Me sentía nerviosa y un poco insegura, pero al mismo tiempo estaba ansiosa por entrar en el edificio que teníamos delante. Era alto, una construcción majestuosa, tenía arcos de piedra, enormes ventanales y un reloj con una decoración tan maravillosa en medio de la fachada que casi superaba a la del Big Ben.

Abarrotado como una estación de ferrocarril, la muchedumbre entraba y salía. Me mantuve muy cerca de mi tío para no perderme entre la aglomeración, los equipajes y los carros de maletas.

El tío Alfred se acercó al edificio sin vacilar. Lo seguí.

Pese a que el majestuoso edificio me fascinaba y el alboroto general de la gente me estaba provocando cierta euforia, cuando alguien pasaba por mi lado me despistaba. El susurro de las faldas, el griterío inquieto, cientos de zapatos que hacían resonar sus pasos, el aliento pegajoso de desconocidos, un hombro que me empujaba, una maleta que esquivaba por poco.

Pensaba que me gustaría más el trajín de la ciudad que la monotonía del campo, pero no pude evitar sentirme cada vez más angustiada y sin aliento, mientras la masa de gente nos apretujaba cuanto más avanzábamos en el vestíbulo.

Me acerqué a mi tío, mantuve la cabeza alta y procuré concentrarme en mis pasos.

Ya no podía estar lejos. Ante nosotros se abrió un lugar gigantesco al otro lado de los altos ventanales. Cuando contemplé el enorme dirigible que

acababa de aterrizar, me olvidé de todo lo demás. Fue como si el mundo contuviera la respiración; desapareció la muchedumbre de alrededor, las voces, las pisadas y el ajeteo.

Era un globo grande como un bloque de viviendas, y alargado como un balón de *rugby*, lleno de gas y aire caliente. La barquilla de debajo parecía minúscula, aunque sin duda podía dar cabida a una multitud. La madera estaba tallada con maestría, como los barcos de la Antigüedad, como si el capitán Nemo hubiera puesto a volar su *Nautilus*. Tenía la sensación de mirar dentro de una novela. Era como si las letras hubieran cobrado forma.

Resultaba increíble y sobrecogedor. No podía dejar de observar el aerostato, ni siquiera cuando ya hubo aterrizado y la gente salió en tromba de la barquilla. Los trabajadores tiraban cabos y trepaban por escaleras angostas hacia el globo curvado. Los pasajeros abandonaron el lugar y entraron en el edificio; otros salieron y subieron a la barquilla para un nuevo viaje, que me imaginaba tan fantástico que habría ido con ellos de buen grado.

—Qué honor, señorita Crumb —oí de pronto a un lado.

Me di tal susto que me salió un chillido.

Tenía el corazón acelerado cuando me volví hacia el señor Boyle, que se había situado a mi lado con discreción.

Yo estaba en primera fila, junto a una barandilla metálica, con las manos sobre la fría barra. No recordaba que se hubiera acercado nadie.

—Disculpe, no quería asustarla —se disculpó el señor Boyle, y en las comisuras de los labios asomó una sonrisa. Estaba tan atractivo como lo recordaba.

—Nuestra Ani es una soñadora —dijo mi tío entre risas; que hablara así me hacía sentir incómoda.

—¿Ha visto los aerostatos? ¿Qué le parecen? —me preguntó el señor Boyle, que ignoró el comentario de mi tío, cosa que agradecí.

—Realmente fascinantes —respondí, y sonreí: no podía evitarlo—. Son mucho más grandes de lo que había imaginado.

El señor Boyle me devolvió la sonrisa, una sonrisa amable y grata; como en nuestro primer encuentro, enseguida sentí que había cierta complicidad entre nosotros.

—Dígame, ¿cuánta gente cabe en un vehículo así? ¿Cómo es la barquilla por dentro? Ah, ¿y cómo es volar ahí? ¿Se nota cómo decae la fuerza gravitatoria cuando se toma altura?

Las palabras salían de mi boca sin poder evitarlo, y me avergonzó un poco mi curiosidad, que no mostraba de forma tan clara más que delante de Henry,

mi padre o mi tío.

Sin embargo, el señor Boyle ya me había conocido así; a fin de cuentas, también lo había acosado con preguntas una semana antes en nuestro primer encuentro.

El señor Boyle no se tomó mal mi curiosidad, ni mucho menos. Y se rio con afabilidad de mi verborrea.

—Procuraré contestar una pregunta detrás de otra, señorita Crumb —me prometió.

Noté la tensión de mi curiosidad en el estómago.

—Pero aquí no, queridos —intervino con rapidez mi tío, que nos señaló la puerta por la que habíamos entrado en el vestíbulo—. Salid fuera. Yo me ocuparé de tu equipaje.

—No es necesario, Alfred —se apresuró a decir el señor Boyle.

El tío Alfred hizo un gesto de despreocupación.

—Mi sobrina tiene sed de respuestas. No solo te hago un favor a ti si os dejo solos —añadió, sonrió y se fue en dirección contraria tras guiñarnos un ojo.

—Bueno —dijo el señor Boyle, mientras intentaba recordar cuál había sido mi primera pregunta—. Las barquillas dan cabida hasta a treinta personas. Podrían ser más si solo importara el espacio, claro, pero no sé exactamente si no interviene también el peso —empezó a explicar, y nos desplazamos despacio hacia la salida.

El gentío había vuelto a crecer, por lo que tuve que andar muy cerca del señor Boyle. Me daban ganas de cogerlo del brazo para no sentirme tan perdida entre la multitud, pero no me atrevía a hacerlo si él no me lo ofrecía.

—Las barquillas siempre son distintas. Esta vez toda la decoración interior era una pura obra de arte, pero también he volado en otras más sencillas —siguió diciendo.

Un hombre me dio un empujón, con tan poca fortuna que me caí de lado. Solté un grito del susto, noté un dolor en el hombro y acto seguido me vi de nuevo en brazos del señor Boyle, que me miraba un tanto asustado. Sus ojos color miel me examinaron de arriba abajo, y yo tenía los dedos clavados en su brazo.

Cuando me levantó y noté el suelo firme bajo los pies, me di cuenta de que había contenido la respiración y jadeé para tomar aire.

—Dis..., disculpe, señor Boyle —tartamudeé.

Necesité un momento para soltarle del todo el brazo. La gente seguía apretujándonos, y el señor Boyle aún no me había soltado. Me sostuvo de la

mano con cuidado y puso mi brazo sobre el suyo para que me mantuviera firme a su lado.

—No pasa nada, señorita Crumb, la recogeré encantado siempre que quiera —me confesó con una sonrisa descarada.

No pude evitar que, en ese momento, el corazón me diera un vuelco. Noté una sensación extraña en el estómago. La atribuí al susto que me había llevado.

Lancé una mirada rápida alrededor, pero el hombre que me había empujado hacía tiempo que había desaparecido entre la masa de gente.

El señor Boyle nos abrió camino hasta la salida, donde la gente se había ido dispersando. Por fin, pudimos salir al aire libre.

Una cosa estaba clara: no me gustaban nada las multitudes y era agradable tener al lado a un salvador con los ojos de color ámbar.

## 12

# DUODÉCIMO, O CUANDO APRENDÍ SOBRE EL VUELO

En realidad, había olvidado por completo la velada en casa de los Kent hasta que el señor Boyle me la recordó y me preguntó si me iba a ver allí por la noche. Sonrió y me sostuvo la mirada.

Le dije que sí sin pensarlo mucho y una especie de ilusión se apoderó de mí. Me puso nerviosa y me obligué a mantener una sonrisa constante. Además, ahuyentó el cansancio que debería haber sentido hacía tiempo.

Regresamos a la universidad en el coche, pues el tío Alfred y el señor Boyle tenían que volver al despacho para comentar los resultados del viaje de negocios del señor Boyle y orientar los pasos siguientes.

No sabía de qué se trataba, pero tenía la cabeza demasiado confusa para interesarme, algo muy poco propio de mí.

El cochero me llevó a casa, donde me esperaba una tarde libre, pensé con alivio. Sin embargo, la tía Lillian no dejó escapar la ocasión para arrastrarme a la ciudad para comprarme un vestido nuevo. Por supuesto, no estaría listo para la velada de aquella noche, pero tenía previsto un baile el sábado siguiente.

Pese a que, por lo general, los bailes no me interesaban, esta vez me invadió una peculiar sensación de alegría al pensar que podía encontrarme allí con el señor Boyle.

Pude escoger yo misma la tela y el corte del vestido. La tía Lillian me aconsejó. Para mi alivio, decidió no meterme nada en la cabeza, como tanto le gustaba hacer a mi madre.

Luego tomamos un té en una bombonería con una decoración preciosa; además, comimos una porción de tarta de calabaza y la convencí para hacer



una breve visita a una librería antes de volver a casa a prepararnos para la velada.

Nos ayudamos mutuamente a vestirnos. Un vestido de color azul cielo para mi tía, y otro del color amarillo del Sol para mí. Se arregló el peinado y luego me sentó en un taburete ante su tocador.

Me miré a los ojos, mientras la tía Lillian me peinaba; luego empezó a hacerme las trenzas. Miré con detenimiento el gris azulado claro de mi iris, observé las mejillas sonrosadas y me pregunté sin querer si al señor Boyle le gustaría.

Aquello me sorprendió. ¿El señor Boyle? Por supuesto, debería haberme dado cuenta mucho antes; al fin y al cabo, siempre había sido una persona analítica. Sin embargo, en este caso en concreto, mis propios sentimientos me resultaban tan ajenos que no los había podido ordenar tan rápido.

De hecho, estaba a punto de volver a caer en la ilusión. Por el señor Boyle. Estaba sorprendida de mí misma.

Hasta entonces, mis únicas ilusiones habían sido los libros o las galletas de almendra de mi tía abuela, pero nunca un hombre.

¿Cómo tenía que afrontar eso? ¿Debía resistirme de alguna forma? ¿O podía tomarme la libertad de dejarme llevar? ¿Y cuáles eran las consecuencias?

Por un momento pensé en acudir a la tía Lillian. A fin de cuentas, tenía experiencia en asuntos del corazón, pero temía que se lo pudiera contar al tío Alfred, que se lo podía comentar a mi padre. Y si lo sabía mi padre, ya no estaría segura frente a mi madre.

Así pues, mejor no.

Tío Alfred llegó puntual a casa y con ayuda de su mujer se arregló para salir, mientras yo estaba abajo en el salón, sentada en mi butaca de color verde oscuro leyendo uno de mis libros de reciente adquisición. Este trataba sobre la actualidad de las colonias africanas, siempre cambiantes.

Últimamente había leído muy poco, así que disfruté de los minutos que estuve ahí quieta, mientras mi mirada se deslizaba rápidamente sobre el texto negro y las palabras formaban frases en mi cabeza que se grababan en mi memoria. Eran momentos en los que sentía que era yo. Me daba igual todo lo demás y me abstraía del mundo que me rodeaba.

—Animant. —La voz de mi tía me arrancó la calma del momento y levanté la cabeza para mirarla—. ¿Vienes? —me preguntó, y metió sus

delgados dedos en unos guantes claros.

Estuve a punto de preguntarle adónde cuando me fijé en el vestido de color amarillo claro; se me aceleró el corazón.

Pese a estar en medio de un párrafo, cerré el libro, lo dejé en una mesilla y me levanté entre roces de la falda.

El tío Alfred bajó la escalera con gran alboroto, parecía más refinado que de costumbre, cosa que me asombró. El coche se detuvo y salimos.

El trayecto fue de un cuarto de hora, aproximadamente, y yo me revolví todo el rato en mi asiento, impaciente, hasta que por fin llegamos a casa de los Kent, con una iluminación majestuosa que sumergía toda la calle en un brillo dorado.

El tío Alfred nos ofreció la mano para bajar y entramos en el edificio, donde hacía una temperatura agradable. Nos guardaron los abrigos y mi tío me presentó a los Kent, un matrimonio mayor de sonrisa bondadosa y ojos amables. Nos dieron la bienvenida, el señor Kent elogió mi precioso rostro y comentó que su nieto tampoco estaba comprometido.

Tuve que forzarme a reír cuando mi tía soltó una risita, pero luego hice una leve reverencia y me escabullí a la sala contigua.

Aquella velada, a diferencia de la última a la que me había llevado la tía Lillian, era de verdad una pequeña reunión. Asistían unas veinte personas, por suerte la mayoría de ellas estaban casadas.

Había dos chicas de mi edad o un poco más jóvenes. Una no había sido agraciada con el don de la belleza, y el vestido con un generoso bordado no lograba compensar su falta, muy a su pesar.

La otra, la señorita Walker, enseñaba a todo el mundo, quisiera o no, su anillo de compromiso, demasiado grande, que le había regalado su queridísimo Herold la semana pasada. Por desgracia, él no había podido asistir aquella noche.

No me hizo falta hablar con ella para enterarme, hablaba demasiado alto.

El señor Boyle aún no había llegado, por lo que me llevé una pequeña decepción. Sin embargo, mantuve la compostura y procuré no parecer desagradable.

Cogí una copa de ponche como pasatiempo, me aseguraron que no era fuerte, pues los Kent no eran muy aficionados al alcohol. Un poco perdida, me coloqué junto a la chimenea, que era el lugar en todas las estancias donde menos fuera de lugar me sentía. Por supuesto, también podría haberme unido a uno de los grupitos y dedicarme a las futilidades, pero siempre me habían resultado desagradables.

Un joven cruzó su mirada con la mía, distraída. Se ausentó de la conversación en la que estaba participando y se acercó directo a mí.

Era delgado, iba bien vestido. Pese a que tenía la frente muy alta, su rostro no era delicado.

—La señorita Crumb, ¿verdad? —me dijo, y se apoyó en la chimenea a mi lado.

—Correcto —le confirmé—. ¿Con quién tengo el placer de hablar? —contesté, pese a que aún no estaba segura de si era realmente un placer.

—William Kent —se presentó. Al instante comprendí que ese era el famoso nieto soltero—. Los anfitriones son mis abuelos —añadió, como si no fuera obvio por su apellido.

Bebí un trago de ponche para no poner cara de desesperación.

El ponche era realmente suave, cosa que entonces lamenté.

—¿Está usted de visita en casa de sus tíos? ¿Lleva mucho tiempo en Londres? —me preguntó.

Me fijé en que le costaba mantener las manos quietas. Estaba nervioso.

—Hace una semana —le conté, y dejé que él decidiera si era mucho o poco.

—Ah, ¿y ya se lo han enseñado todo? —preguntó el señor Kent, aparentemente contento, pero pendiente de mi reacción—. Londres es una ciudad fantástica, ¿verdad?

Por supuesto, el señor Kent daba por sentado que no tenía nada más que hacer en mi vida que ver los monumentos de Londres. Probablemente, habría estado en lo cierto en el caso de cualquier otra chica, pero no en el mío.

—Siento decepcionarle, señor Kent, pero de momento no he tenido tiempo —confesé.

Me miró sorprendido. Al principio, no supo qué decir; por lo visto, no era la respuesta que esperaba. Probablemente, había preparado toda la conversación y ahora se sentía desconcertado.

—¿Entonces en qué ha invertido su tiempo? —preguntó, con una sonrisa insegura en los labios.

No sabía con certeza cómo reaccionaría si le contaba la verdad, pero al mismo tiempo sabía que tenía que hacerlo.

—He empezado en un trabajo. Invierto mi tiempo en trabajar —le expliqué.

Observé la expresión de su rostro, que por un momento se descompuso. Clavó los ojos en mí, horrorizado y con la boca abierta.

—¿Sus padres están al corriente? —preguntó, impresionado.

Contuve la respiración: no sabía si reírme o sentirme profundamente ofendida.

—Fue idea de mi padre —aclaré con la máxima indiferencia posible, pero noté la tensión en mi voz.

No lo había querido, pero reaccioné como si me hubiera ofendido.

—William, no todo el mundo opina que las mujeres no tengan nada que aportar a la sociedad más que engendrar niños y sonreír en silencio —intervino de pronto una voz.

Volví la cabeza. Mi estómago reaccionó antes que mi cerebro, pues sentí un agradable cosquilleo antes de identificar a quién pertenecía la voz.

—Señor Boyle —le saludé.

Soné entusiasmada, como si estuviera locamente enamorada. Me asusté de mí misma. No me reconocí.

—Yo jamás he dicho eso, Winston —se indignó el señor Kent, con el rostro ensombrecido.

Era evidente que se conocían bien. A juzgar por los comentarios cáusticos, no tenían muy buena relación.

—Ah, ¿no? Entonces tal vez debería dejar de ofender a la señorita Crumb con tanta grosería —le espetó el señor Boyle.

Yo no paraba a mirar a uno y a otro: los dos de frente, retándose con la mirada.

Ganó el señor Boyle, pues el señor Kent se mordió el labio inferior y cerró un instante los ojos. Los volvió a abrir, enderezó los hombros y se volvió hacia mí.

—Disculpe, señorita Crumb. No he escogido las palabras adecuadas para expresarme con moderación ante usted —dijo, exageradamente educado.

Asentí.

—Solo quería decir que es muy poco habitual que una mujer joven de su posición se dedique a semejante actividad.

—Y en eso no le falta razón —le respondí, para que supiera que lo perdonaba. Eso era lo que hacía una persona abierta y adulta. Y yo me tenía por tal. Aunque solo fuera porque el señor Boyle estaba a mi lado—. Hace dos semanas no me imaginaba viviendo en Londres y pasando el día clasificando libros.

El señor Kent asintió, sonrió y luego torció el gesto, como si de pronto le doliera una muela.

—Lo siento, señorita Crumb, pero no lo entiendo. ¿Por qué se dedica a un trabajo teniendo la posibilidad de hacer cosas mucho más agradables? —me

preguntó.

Y yo pensé lo mismo. Podría haberme quedado en casa a leer libros; sin embargo, allí estaba. Y el lunes volvería a la biblioteca.

¿Qué me impulsaba? ¿Qué hacía que ese trabajo fuera tan importante para mí? Porque es que era muy importante para mí. Al principio, era una vía de escape que me había llevado hasta Londres; luego fue el orgullo lo que hizo que me quedara. No obstante, ahora que había dejado de centrarme exclusivamente en la opinión del señor Reed, ya no sabía por qué lo hacía.

—Las mujeres también buscan darle un sentido a su vida, William —dijo el señor Boyle, pues yo tardaba demasiado en dar mi respuesta—. Considero que la señorita Crumb es una persona ambiciosa y muy curiosa. Y el afán de nuevos saberes es difícil de reprimir —exclamó.

Lo miré asombrada. Había dicho ambición y curiosidad. Pese a que nos conocíamos desde hacía poco, había resumido mi situación mejor que yo.

—El señor Boyle tiene razón —confirmé, y de nuevo esboqué una sonrisa.

Sentí un cosquilleo en el estómago y el corazón acelerado, aunque ninguna de las dos reacciones respondía a un motivo de peso.

—Sí, como siempre —masculló el señor Kent, que sonó bastante agrio.

Su reacción me sorprendió y lo miré intrigada.

Soltó un bufido, tragó saliva y mantuvo la mirada clavada en el señor Boyle.

—Es un asunto entre Winston Boyle y yo, señorita Crumb. No quiero molestarla más. Disculpe —dijo, hizo una reverencia rígida y se alejó.

En efecto, había sido muy irritante. Sentí la necesidad de conocer las circunstancias con el máximo detalle posible.

Desvié la mirada hacia el señor Boyle, visiblemente contrariado por la situación. Vio mi mirada y se aclaró la garganta, cohibido.

—Disculpe, señorita Crumb, debe de haberla asustado —dijo a modo de disculpa.

Le interrumpí enseguida, poniéndole una mano sobre el brazo. Me temblaban un poco las puntas de los dedos.

—Señor Boyle, como ya ha visto, no soy tan fácil de amedrentar. Porque soy curiosa —le dije con una sonrisa.

El señor Boyle parecía aliviado, se acercó un paso a mí: estábamos muy cerca, junto a la chimenea, como dos viejos conocidos que se susurran secretos.

—William Kent está enfadado conmigo, por decirlo con suavidad, porque el año pasado rompí el compromiso con su hermana —me confesó el señor

Boyle.

Me estremecí. Mi mirada siguió la suya y acabó en la pobre chica poco llamativa de rostro pálido, la que antes había considerado poco agraciada. ¿El señor Boyle había estado prometido? ¿Con ella?

Debió de intuir mi sorpresa, pues acto seguido inició su explicación.

—Nuestros padres habían acordado el enlace ya en nuestra más tierna infancia. El objetivo siempre había sido unir a nuestras familias. Como no tengo hermanas y los Kent solo tienen una hija, estaba decidido desde que Vanessa nació.

Hablaba con tranquilidad. Me sentí mejor.

—¿Y qué lo llevó a no cumplir el deseo de sus padres? —pregunté casi en un susurro, y noté el corazón aún más desbocado en el pecho.

El señor Boyle sonrió y sus labios dibujaron una curva tan agradable que por un momento se me quedaron los ojos clavados en ella.

—Vanessa es una buena chica. No quiero hablar de ella, de ningún modo —dijo, y acercó su rostro un poco más al mío para que nadie más que yo pudiera oírle—. Pero prefiero que una mujer sea igual que yo. No me gusta que sea una muñeca muda y sin opinión por culpa de la visión anticuada de sus padres.

Noté la piel de gallina en los brazos cuando entendí qué quería decir. Respiré hondo, contuve la respiración y luego miré al señor Boyle, en cuyos ojos color miel bailaba el reflejo del fuego de la chimenea.

—Pero propongo cambiar a un tema más ligero, para no seguir sudando —bromeó el señor Boyle, sin romper el contacto visual.

—Si le sirve de ayuda —contesté en tono jocoso, como si en realidad fuera él quien estuviera perdiendo la compostura, y no yo.

—Por supuesto, señorita Crumb. Además, le debo otro informe sobre mis viajes en aerostato —comentó, y señaló con la mano un estrecho sofá para que nos sentáramos.

Agarré la falda con dos dedos en un gesto muy femenino y levanté el dobladillo un mínimo del suelo para poder sentarme. Notaba como si mis pies flotaran en el aire, como el dobladillo de mi vestido. Me senté en el pequeño sofá con las rodillas flojas.

El señor Boyle se colocó a mi lado, con una interesante mezcla de inhibición y seguridad en la mirada. Empezó a hablarme de los vuelos mientras yo lo interrumpía con infinidad de preguntas.

En un momento dado, la señorita Walker se puso a tocar el piano, la tía Lillian cantó dos piezas muy bonitas y yo me sentí tan a gusto que ni siquiera

pensé en mis libros.

El señor Boyle hablaba, escuchaba, incluso se reía con mis comentarios irónicos. Había bebido un poquito de ponche, pero sabía que el calor que sentía en el estómago no respondía a eso.

## 13

# DECIMOTERCERO, O CUANDO MI ANTIGUA VIDA ME ATRAPÓ

*Deslicé* los dedos por el nuevo ejemplar de piel. Sonreí y puse el último libro en su nuevo sitio en la estantería. Respiré aliviada y me sentí bien.

Ya estaba, y eso que creía que nunca terminaría. Había tardado una semana en desembalar todas las cajas de libros que tenía esparcidas por la salita, registrarlas en las tarjetas y etiquetarlas.

Ahora la sala estaba ordenada. La había reestructurado siguiendo mi sistema.

Me permití un momento de tranquilidad, me acerqué a la barandilla de la galería circular y paseé la mirada por la sala de lectura.

Me sentía maravillosamente, animada y llena de buenos pensamientos. Era lunes al mediodía. Al cabo de poco tiempo, empezaría mi pausa.

El domingo había pasado tan rápido que me parecía irreal.

La velada del sábado por la noche había ido llegando a su fin y el señor Boyle me preguntó si quería pasar el domingo con él para hacer una excursión por los bosques otoñales de las afueras de Londres. Sin embargo, me vi obligada a rechazar la invitación porque no concebía un domingo sin ir a la iglesia. Mi padre era muy estricto en ese aspecto. Para él, el ir a la iglesia el domingo estaba por encima de todo. Aunque a menudo su rigidez me había parecido una carga, no había perdido la costumbre. Un domingo sin misa sería como un pastel de ruibarbo sin nata. Siempre tendría la sensación de que faltaba algo.

Sin embargo, el señor Boyle no se había dado por vencido. La tía Lillian lo invitó a comer después de la misa y me ofreció hacer una pequeña ruta por Londres, en vez de la excursión.



El señor Reed salió de su despacho, con la nariz metida en un libro y caminando hacia mí. Me quedé donde estaba y sonreí satisfecha, pues lo creía plenamente capaz de pasar por mi lado sin ni siquiera verme.

Aquella mañana me había saludado de peor humor que nunca y no me había importado en absoluto. Por muy mal humor que mostrara, no me molestaba. Estaba satisfecha conmigo misma, con mi trabajo y con el fin de semana que había pasado.

No sucedió nada destacable en la visita a la iglesia. Había ido con la tía Lillian a una iglesia pequeña y muy bonita cerca de su casa. Después de la larga velada, el tío Alfred no se había animado a acompañarnos. Decidí no mencionarlo nunca delante de mi padre.

Me había sentido un poco nerviosa. Apenas presté atención a lo que decía el cura. Durante el trayecto de vuelta, tuve tanto calor con el abrigo de invierno que tuve que quitarme los guantes de las manos sudadas y presionarlas contra el frío cristal del coche.

La comida ya nos estaba esperando, junto con el señor Boyle, que apareció tal y como había prometido.

Estuvimos conversando a gusto, pero estuve a punto de comer una tercera ración de los nervios, solo para tener algo que hacer y no mirarlo constantemente y ensimismada.

Era un hombre realmente guapo y su carácter afable también me resultaba muy agradable.

La tía Lillian nos sonrió con calidez y nos saludó con la mano cuando subimos al coche para nuestra excursión. Pese a la maravillosa sensación de estar en un sueño, tuve mala conciencia al ver la dulzura en su mirada. Como si albergara esperanzas conmigo a las que yo no podía corresponder.

Con todo, descarté la idea, dejé que el señor Boyle me guiara por Londres, comenté las ventajas e inconvenientes de la arquitectura moderna y contemplamos las enormes obras cerca de la torre de Londres, donde, según el señor Boyle, estaban construyendo un puente que constituyera un paso sobre el Támesis y al mismo tiempo pudiera garantizar un tráfico fluvial sin dificultades. Incluso me llevó a probar el tranvía de vapor. Con él, recorrimos el tramo de una estación y yo me llevé de regalo un severo ataque de tos.

Era fascinante, emocionante. Al final del día, el señor Boyle me dejó en casa sana y salva. Me sonrió y me deseó que tuviera dulces sueños. De nuevo

tuve esa peculiar sensación de remordimiento. Yo tambiénforcé una sonrisa y desaparecí en casa.

Aún no me explicaba de dónde surgía esa sensación que me carcomía levemente cuando pensaba en el señor Boyle. Lo más probable era que tuviera un poco de miedo. A fin de cuentas, era el primer hombre por el que mostraba cierto interés, y todos los sentimientos asociados me resultaban tan ajenos que no era capaz de clasificarlos tan rápido. Sin embargo, confié en que pronto remitiría y procuré concentrarme solo en los aspectos positivos del día anterior.

—¿No tiene nada más que hacer, señorita Crumb? —me dijo una voz grave, y salí de mis pensamientos con un parpadeo.

Seguía junto a la barandilla de la galería, con las manos sobre la madera lisa, que se había calentado bajo mis dedos. Fijé la mirada perdida en la sala de lectura.

—Yo... —empecé, sin saber cómo seguir.

Desvié la mirada hacia el señor Reed, que estaba a mi lado y parecía buscar con los ojos qué me había llamado la atención.

—Claro, señor Reed —admití cuando volví en mí del todo, con la esperanza de que no advirtiera que solo estaba soñando despierta—. Ahora mismo haré la pausa y luego me ocuparé de las devoluciones —le aseguré con una leve sonrisa.

—Ah, muy bien —dijo el señor Reed, que sonaba lleno de energía—. A escasos cinco minutos de la cafetería está la oficina de correos. ¿Sería tan amable de entregar allí las cartas que he escrito hasta ahora? —preguntó muy formalmente.

Lo miré con desconfianza. No me fiaba de tanta paz. La educación que el señor Reed se esforzaba por mostrar desde nuestro desencuentro me resultaba sospechosa. Me preguntaba qué ocultaba. La gente no cambiaba de la noche al día, y mucho menos los que te lanzan una mirada crítica cuando creen que nadie los ve.

—Por supuesto, señor Reed —le dije para afirmar mi predisposición.

—Dígale al funcionario de correos que es usted empleada de la biblioteca y cargará el franqueo a la cuenta de la universidad —comentó.

De pronto, llegó a mis oídos un ruido que no encajaba en absoluto. Me estremecí del susto al reconocer la voz que nos llegaba desde abajo. Enseguida miré hacia el pasillo que llevaba del vestíbulo a la sala de lectura.

Reconocí el abrigo y las exageradas plumas del sombrero. «¡Oh, no!», pensé. Me retiré de la barandilla hasta que la espalda chocó con la estantería.

—¿Señorita Crumb? —me preguntó el señor Reed, intrigado y con una mueca de irritación, mientras veía cómo me quedaba ahí, con el gesto torcido, mirando hacia abajo y conteniendo la respiración del susto.

A él también le habían llamado la atención las voces, demasiado ruidosas para la biblioteca. Y encima eran de mujer. Se acercó a la barandilla y miró hacia abajo.

—¿Conoce a esas mujeres? —me preguntó.

Me di cuenta de lo absurdo de mi comportamiento. Respiré con calma de nuevo, intenté deshacerme de esa opresión en mi pecho y enderecé los hombros mientras se acercaba la voz, que en ese preciso instante llegaba al extremo superior de la escalera. Di un paso desde la estantería hacia el medio de la galería circular.

—Animant —exclamó mi madre, exultante de verme.

Se separó de mi tía y se acercó a mí a toda prisa.

—Disculpe, es mi madre —le comuniqué al señor Reed, que seguía a mi lado mirando con cara de desaprobación a la mujer de la voz estridente.

Sin embargo, desvió la mirada hacia mí y puso cara de sorpresa. Me separé de él y me dirigí hacia mi madre.

—Por favor, mamá, esto es una biblioteca —le susurré.

Pero no me hizo caso, me estrechó entre sus brazos y me envolvió el rostro en su suave bufanda de cachemir.

—Ay, Animant, te he echado tanto de menos. No habría soportado ni un día más sin mi Ani —exclamó.

Tierra, trágame. No quería ni imaginar lo que debía de estar pensando el señor Reed de mí en ese momento. Debía de estar riéndose. Tal vez no de forma explícita, pero en su malvada cabeza seguro que se estaba riendo a carcajadas de mi desgracia.

—Madre —dije con un poco más de rotundidad.

Ella se separó con cara de desconcierto.

—Lillian me ha dicho que ahora tienes la pausa —comentó, molesta, sonaba como si fuera motivo suficiente para hablar tan alto.

—¡Yo sí, pero no la biblioteca! —reprendí con dureza a mi madre.

Ella puso cara de afectada. Era como si, por un momento, hubiéramos intercambiado los papeles. Suspiré para mis adentros y me controlé. Me zafé de ella y miré a mi tía, que se acercaba despacio a nosotras.

—Supongo que queréis llevarme a comer —le dije.

La tía Lillian asintió con una sonrisa, al tiempo que cogía del brazo a mi madre.

—Entonces os sugiero que me esperéis fuera. Termino rápido una cosa y voy a buscar mi abrigo —añadí, con la esperanza de tener unos minutos más para mí.

Para mi sorpresa, ambas estuvieron de acuerdo.

—Aquí el ambiente es realmente sofocante, Animant. ¿Cómo aguantas todo el día? —me preguntó mi madre, sorprendida, y miró alrededor angustiada. Observó el tramo de barandilla que el baúl caído del cielo había destrozado y abrió los ojos de par en par—. Pero ¿qué ha pasado ahí? —dijo de nuevo demasiado alto.

La empujé hacia la escalera.

—Ahora mismo voy —insistí, agradeciendo mucho que la tía Lillian se la llevara del brazo.

Cuando superaron el peldaño inferior y se dirigieron a la salida conversando en voz baja, conseguí respirar hondo y frotarme la cara con las manos.

No contaba con ello en absoluto. En principio, había ido a Londres solo para huir de mi madre. No se me había ocurrido ni por un segundo que pudiera seguirme hasta aquí.

Era una catástrofe, un desastre, una tragedia. Ahora mis tardes tranquilas con un libro y mis propios pensamientos silenciosos se llenarían con todo el entretenimiento que Londres podía ofrecer. Veladas, conciertos, reuniones para tomar el té, bailes, teatro y, en el peor de los casos, incluso ópera. Mi madre lo querría ver todo y me obligaría a acompañarla. Emperifollada, aburrida y con los comentarios constantes de mi acompañante en el oído, que en general solo girarían en torno a los jóvenes caballeros de la sociedad londinense.

Mi vida, que empezaba a ir bien, se asomaba a un abismo sin fondo. Volví a respirar hondo antes de ponerme en marcha. Intenté controlarme y no dramatizar demasiado la situación. A fin de cuentas, era adulta, lo superaría.

Me dirigí con paso prudente hacia el señor Reed, que seguía en el mismo sitio donde lo había dejado y me miraba con una sonrisa de satisfacción en la comisura de los labios.

¡Maldito canalla! Se reía de mí y de mi sufrimiento. De nuevo sentí el ardor de la rabia y le lancé una mirada furiosa antes de que pudiera abrir la boca para comentar la situación que acababa de presenciar.

—Las cartas, señor Reed —le recordé.

Él asintió con una sonrisa demasiado alegre mientras se daba la vuelta y caminaba a mi lado hasta su despacho.

Abrió la puerta y me colé dentro, aunque no me había invitado a pasar.

Su escritorio ya volvía a tener un aspecto desastroso. Suspiré.

—¿Cómo puede trabajar así? —Me salió en tono de reprobación.

Sin pensarlo mucho, saqué los primeros textos del caos de papeles que se habían acumulado y los recogí en un montón ordenado.

Eran cartas, una factura y unas cuantas páginas para el archivo. Negué con la cabeza. Así nunca conseguiría nada.

—Señorita Crumb —me dijo el señor Reed.

Aunque esperaba una reacción furiosa por haber revuelto de nuevo sus documentos, su voz transmitía una dulzura inusual. Demasiada para mi gusto, así que giré la cabeza hacia él con suspicacia.

El señor Reed seguía junto a la puerta, que había cerrado. Tenía una mano apoyada en un estante y la otra tocándose el pelo, distraído.

—¿Cómo puedo impedir que ordene mis cosas? —me preguntó con resignación, y me miró a los ojos.

Por lo menos, la burla había desaparecido de su rostro.

—Mientras no lo haga usted, ¡de ninguna manera! —contesté con severidad, como si aquello no pudiera discutirse. Lo atravesé con la mirada, pero él aguantó el tipo—. Soy su asistente, señor Reed, así que estoy aquí para facilitarle el trabajo. Y si puedo hacerlo recogiendo las cosas detrás de usted, lo haré —le aclaré con solemnidad.

En ese momento, juraría que vi asomar una sonrisa en sus labios.

—De acuerdo —cedió. Se acercó los escasos pasos que lo separaban de mí y me quitó los papeles de la mano; los intercambió por un montón de cartas—. Pero no antes de que haya pasado su pausa del mediodía con su encantadora madre —dijo con evidente sarcasmo.

Solté un bufido de desdén. Me había pillado.

—Es usted un hombre muy ruin, señor Reed —le solté muy seria.

Él soltó una carcajada y se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda. Era un hombre peculiar. Al principio, era un cascarrabias de manual, pero ahora se reía de mí.

—Probablemente. ¡Y ahora desaparezca! —exclamó.

Se acercó a la puerta y me la abrió con una leve reverencia, como alguien de alta alcurnia, pero solo para burlarse más de mí.

Pasé por su lado con la cabeza bien alta y tuve que contenerme mucho para no sacarle la lengua al salir del despacho.

Recogí mi abrigo a toda prisa y guardé las cartas. Me despedí en el mostrador de Oscar y Cody, que estaban atareados con las devoluciones de los estudiantes, pues todos querían irse a la pausa del mediodía. Finalmente, salí al frío día otoñal.

El cielo estaba nublado y el viento frío soplaba con fuerza. Mi madre y tía Lillian no estaban muy lejos, resguardadas del viento por un gran plátano, me hicieron señas cuando me vieron salir de la biblioteca.

—Por fin. No se deja esperando a tu madre en la calle, con este frío —dijo mi madre, sin perder la amplia sonrisa que lucía en el rostro y que la hacía parecer realmente feliz.

No obstante, su felicidad significaría mi ruina. Me cogió del brazo con resolución para tenerme cerca. Volví a encontrarme con esa mirada cómplice que siempre ponía cuando hablaba de jóvenes solteros y apuestos. Sentí que se me erizaba la piel de los brazos, pese a llevarlos tapados hasta los codos con guantes de piel: eso no tenía nada que ver con el frío.

—Pero ahora cuéntame, Animant —me pidió.

La tía Lillian soltó una risita a mi lado, como si fuera una niña pequeña.

—¿Quién es ese señor Boyle del que mi cuñada se niega a hablar? —añadió mi madre.

Se me encogió el estómago.

Sabía lo del señor Boyle. Mi vida había terminado.

## 13

# DECIMOTERCERO, O CUANDO MI ANTIGUA VIDA ME ATRAPÓ

*Deslicé* los dedos por el nuevo ejemplar de piel. Sonreí y puse el último libro en su nuevo sitio en la estantería. Respiré aliviada y me sentí bien.

Ya estaba, y eso que creía que nunca terminaría. Había tardado una semana en desembalar todas las cajas de libros que tenía esparcidas por la salita, registrarlas en las tarjetas y etiquetarlas.

Ahora la sala estaba ordenada. La había reestructurado siguiendo mi sistema.

Me permití un momento de tranquilidad, me acerqué a la barandilla de la galería circular y paseé la mirada por la sala de lectura.

Me sentía maravillosamente, animada y llena de buenos pensamientos. Era lunes al mediodía. Al cabo de poco tiempo, empezaría mi pausa.

El domingo había pasado tan rápido que me parecía irreal.

La velada del sábado por la noche había ido llegando a su fin y el señor Boyle me preguntó si quería pasar el domingo con él para hacer una excursión por los bosques otoñales de las afueras de Londres. Sin embargo, me vi obligada a rechazar la invitación porque no concebía un domingo sin ir a la iglesia. Mi padre era muy estricto en ese aspecto. Para él, el ir a la iglesia el domingo estaba por encima de todo. Aunque a menudo su rigidez me había parecido una carga, no había perdido la costumbre. Un domingo sin misa sería como un pastel de ruibarbo sin nata. Siempre tendría la sensación de que faltaba algo.

Sin embargo, el señor Boyle no se había dado por vencido. La tía Lillian lo invitó a comer después de la misa y me ofreció hacer una pequeña ruta por Londres, en vez de la excursión.

El señor Reed salió de su despacho, con la nariz metida en un libro y caminando hacia mí. Me quedé donde estaba y sonreí satisfecha, pues lo creía plenamente capaz de pasar por mi lado sin ni siquiera verme.

Aquella mañana me había saludado de peor humor que nunca y no me había importado en absoluto. Por muy mal humor que mostrara, no me molestaba. Estaba satisfecha conmigo misma, con mi trabajo y con el fin de semana que había pasado.

No sucedió nada destacable en la visita a la iglesia. Había ido con la tía Lillian a una iglesia pequeña y muy bonita cerca de su casa. Después de la larga velada, el tío Alfred no se había animado a acompañarnos. Decidí no mencionarlo nunca delante de mi padre.

Me había sentido un poco nerviosa. Apenas presté atención a lo que decía el cura. Durante el trayecto de vuelta, tuve tanto calor con el abrigo de invierno que tuve que quitarme los guantes de las manos sudadas y presionarlas contra el frío cristal del coche.

La comida ya nos estaba esperando, junto con el señor Boyle, que apareció tal y como había prometido.

Estuvimos conversando a gusto, pero estuve a punto de comer una tercera ración de los nervios, solo para tener algo que hacer y no mirarlo constantemente y ensimismada.

Era un hombre realmente guapo y su carácter afable también me resultaba muy agradable.

La tía Lillian nos sonrió con calidez y nos saludó con la mano cuando subimos al coche para nuestra excursión. Pese a la maravillosa sensación de estar en un sueño, tuve mala conciencia al ver la dulzura en su mirada. Como si albergara esperanzas conmigo a las que yo no podía corresponder.

Con todo, descarté la idea, dejé que el señor Boyle me guiara por Londres, comenté las ventajas e inconvenientes de la arquitectura moderna y contemplamos las enormes obras cerca de la torre de Londres, donde, según el señor Boyle, estaban construyendo un puente que constituyera un paso sobre el Támesis y al mismo tiempo pudiera garantizar un tráfico fluvial sin dificultades. Incluso me llevó a probar el tranvía de vapor. Con él, recorrimos el tramo de una estación y yo me llevé de regalo un severo ataque de tos.

Era fascinante, emocionante. Al final del día, el señor Boyle me dejó en casa sana y salva. Me sonrió y me deseó que tuviera dulces sueños. De nuevo



tuve esa peculiar sensación de remordimiento. Yo tambiénforcé una sonrisa y desaparecí en casa.

Aún no me explicaba de dónde surgía esa sensación que me carcomía levemente cuando pensaba en el señor Boyle. Lo más probable era que tuviera un poco de miedo. A fin de cuentas, era el primer hombre por el que mostraba cierto interés, y todos los sentimientos asociados me resultaban tan ajenos que no era capaz de clasificarlos tan rápido. Sin embargo, confié en que pronto remitiría y procuré concentrarme solo en los aspectos positivos del día anterior.

—¿No tiene nada más que hacer, señorita Crumb? —me dijo una voz grave, y salí de mis pensamientos con un parpadeo.

Seguía junto a la barandilla de la galería, con las manos sobre la madera lisa, que se había calentado bajo mis dedos. Fijé la mirada perdida en la sala de lectura.

—Yo... —empecé, sin saber cómo seguir.

Desvié la mirada hacia el señor Reed, que estaba a mi lado y parecía buscar con los ojos qué me había llamado la atención.

—Claro, señor Reed —admití cuando volví en mí del todo, con la esperanza de que no advirtiera que solo estaba soñando despierta—. Ahora mismo haré la pausa y luego me ocuparé de las devoluciones —le aseguré con una leve sonrisa.

—Ah, muy bien —dijo el señor Reed, que sonaba lleno de energía—. A escasos cinco minutos de la cafetería está la oficina de correos. ¿Sería tan amable de entregar allí las cartas que he escrito hasta ahora? —preguntó muy formalmente.

Lo miré con desconfianza. No me fiaba de tanta paz. La educación que el señor Reed se esforzaba por mostrar desde nuestro desencuentro me resultaba sospechosa. Me preguntaba qué ocultaba. La gente no cambiaba de la noche al día, y mucho menos los que te lanzan una mirada crítica cuando creen que nadie los ve.

—Por supuesto, señor Reed —le dije para afirmar mi predisposición.

—Dígale al funcionario de correos que es usted empleada de la biblioteca y cargará el franqueo a la cuenta de la universidad —comentó.

De pronto, llegó a mis oídos un ruido que no encajaba en absoluto. Me estremecí del susto al reconocer la voz que nos llegaba desde abajo. Enseguida miré hacia el pasillo que llevaba del vestíbulo a la sala de lectura.

Reconocí el abrigo y las exageradas plumas del sombrero. «¡Oh, no!», pensé. Me retiré de la barandilla hasta que la espalda chocó con la estantería.

—¿Señorita Crumb? —me preguntó el señor Reed, intrigado y con una mueca de irritación, mientras veía cómo me quedaba ahí, con el gesto torcido, mirando hacia abajo y conteniendo la respiración del susto.

A él también le habían llamado la atención las voces, demasiado ruidosas para la biblioteca. Y encima eran de mujer. Se acercó a la barandilla y miró hacia abajo.

—¿Conoce a esas mujeres? —me preguntó.

Me di cuenta de lo absurdo de mi comportamiento. Respiré con calma de nuevo, intenté deshacerme de esa opresión en mi pecho y enderecé los hombros mientras se acercaba la voz, que en ese preciso instante llegaba al extremo superior de la escalera. Di un paso desde la estantería hacia el medio de la galería circular.

—Animant —exclamó mi madre, exultante de verme.

Se separó de mi tía y se acercó a mí a toda prisa.

—Disculpe, es mi madre —le comuniqué al señor Reed, que seguía a mi lado mirando con cara de desaprobación a la mujer de la voz estridente.

Sin embargo, desvió la mirada hacia mí y puso cara de sorpresa. Me separé de él y me dirigí hacia mi madre.

—Por favor, mamá, esto es una biblioteca —le susurré.

Pero no me hizo caso, me estrechó entre sus brazos y me envolvió el rostro en su suave bufanda de cachemir.

—Ay, Animant, te he echado tanto de menos. No habría soportado ni un día más sin mi Ani —exclamó.

Tierra, trágame. No quería ni imaginar lo que debía de estar pensando el señor Reed de mí en ese momento. Debía de estar riéndose. Tal vez no de forma explícita, pero en su malvada cabeza seguro que se estaba riendo a carcajadas de mi desgracia.

—Madre —dije con un poco más de rotundidad.

Ella se separó con cara de desconcierto.

—Lillian me ha dicho que ahora tienes la pausa —comentó, molesta, sonaba como si fuera motivo suficiente para hablar tan alto.

—¡Yo sí, pero no la biblioteca! —reprendí con dureza a mi madre.

Ella puso cara de afectada. Era como si, por un momento, hubiéramos intercambiado los papeles. Suspiré para mis adentros y me controlé. Me zafé de ella y miré a mi tía, que se acercaba despacio a nosotras.

—Supongo que queréis llevarme a comer —le dije.

La tía Lillian asintió con una sonrisa, al tiempo que cogía del brazo a mi madre.

—Entonces os sugiero que me esperéis fuera. Termino rápido una cosa y voy a buscar mi abrigo —añadí, con la esperanza de tener unos minutos más para mí.

Para mi sorpresa, ambas estuvieron de acuerdo.

—Aquí el ambiente es realmente sofocante, Animant. ¿Cómo aguantas todo el día? —me preguntó mi madre, sorprendida, y miró alrededor angustiada. Observó el tramo de barandilla que el baúl caído del cielo había destrozado y abrió los ojos de par en par—. Pero ¿qué ha pasado ahí? —dijo de nuevo demasiado alto.

La empujé hacia la escalera.

—Ahora mismo voy —insistí, agradeciendo mucho que la tía Lillian se la llevara del brazo.

Cuando superaron el peldaño inferior y se dirigieron a la salida conversando en voz baja, conseguí respirar hondo y frotarme la cara con las manos.

No contaba con ello en absoluto. En principio, había ido a Londres solo para huir de mi madre. No se me había ocurrido ni por un segundo que pudiera seguirme hasta aquí.

Era una catástrofe, un desastre, una tragedia. Ahora mis tardes tranquilas con un libro y mis propios pensamientos silenciosos se llenarían con todo el entretenimiento que Londres podía ofrecer. Veladas, conciertos, reuniones para tomar el té, bailes, teatro y, en el peor de los casos, incluso ópera. Mi madre lo querría ver todo y me obligaría a acompañarla. Emperifollada, aburrida y con los comentarios constantes de mi acompañante en el oído, que en general solo girarían en torno a los jóvenes caballeros de la sociedad londinense.

Mi vida, que empezaba a ir bien, se asomaba a un abismo sin fondo. Volví a respirar hondo antes de ponerme en marcha. Intenté controlarme y no dramatizar demasiado la situación. A fin de cuentas, era adulta, lo superaría.

Me dirigí con paso prudente hacia el señor Reed, que seguía en el mismo sitio donde lo había dejado y me miraba con una sonrisa de satisfacción en la comisura de los labios.

¡Maldito canalla! Se reía de mí y de mi sufrimiento. De nuevo sentí el ardor de la rabia y le lancé una mirada furiosa antes de que pudiera abrir la boca para comentar la situación que acababa de presenciar.

—Las cartas, señor Reed —le recordé.

Él asintió con una sonrisa demasiado alegre mientras se daba la vuelta y caminaba a mi lado hasta su despacho.

Abrió la puerta y me colé dentro, aunque no me había invitado a pasar.

Su escritorio ya volvía a tener un aspecto desastroso. Suspiré.

—¿Cómo puede trabajar así? —Me salió en tono de reprobación.

Sin pensarlo mucho, saqué los primeros textos del caos de papeles que se habían acumulado y los recogí en un montón ordenado.

Eran cartas, una factura y unas cuantas páginas para el archivo. Negué con la cabeza. Así nunca conseguiría nada.

—Señorita Crumb —me dijo el señor Reed.

Aunque esperaba una reacción furiosa por haber revuelto de nuevo sus documentos, su voz transmitía una dulzura inusual. Demasiada para mi gusto, así que giré la cabeza hacia él con suspicacia.

El señor Reed seguía junto a la puerta, que había cerrado. Tenía una mano apoyada en un estante y la otra tocándose el pelo, distraído.

—¿Cómo puedo impedir que ordene mis cosas? —me preguntó con resignación, y me miró a los ojos.

Por lo menos, la burla había desaparecido de su rostro.

—Mientras no lo haga usted, ¡de ninguna manera! —contesté con severidad, como si aquello no pudiera discutirse. Lo atravesé con la mirada, pero él aguantó el tipo—. Soy su asistente, señor Reed, así que estoy aquí para facilitarle el trabajo. Y si puedo hacerlo recogiendo las cosas detrás de usted, lo haré —le aclaré con solemnidad.

En ese momento, juraría que vi asomar una sonrisa en sus labios.

—De acuerdo —cedió. Se acercó los escasos pasos que lo separaban de mí y me quitó los papeles de la mano; los intercambió por un montón de cartas—. Pero no antes de que haya pasado su pausa del mediodía con su encantadora madre —dijo con evidente sarcasmo.

Solté un bufido de desdén. Me había pillado.

—Es usted un hombre muy ruin, señor Reed —le solté muy seria.

Él soltó una carcajada y se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda. Era un hombre peculiar. Al principio, era un cascarrabias de manual, pero ahora se reía de mí.

—Probablemente. ¡Y ahora desaparezca! —exclamó.

Se acercó a la puerta y me la abrió con una leve reverencia, como alguien de alta alcurnia, pero solo para burlarse más de mí.

Pasé por su lado con la cabeza bien alta y tuve que contenerme mucho para no sacarle la lengua al salir del despacho.

Recogí mi abrigo a toda prisa y guardé las cartas. Me despedí en el mostrador de Oscar y Cody, que estaban atareados con las devoluciones de los estudiantes, pues todos querían irse a la pausa del mediodía. Finalmente, salí al frío día otoñal.

El cielo estaba nublado y el viento frío soplaba con fuerza. Mi madre y tía Lillian no estaban muy lejos, resguardadas del viento por un gran plátano, me hicieron señas cuando me vieron salir de la biblioteca.

—Por fin. No se deja esperando a tu madre en la calle, con este frío —dijo mi madre, sin perder la amplia sonrisa que lucía en el rostro y que la hacía parecer realmente feliz.

No obstante, su felicidad significaría mi ruina. Me cogió del brazo con resolución para tenerme cerca. Volví a encontrarme con esa mirada cómplice que siempre ponía cuando hablaba de jóvenes solteros y apuestos. Sentí que se me erizaba la piel de los brazos, pese a llevarlos tapados hasta los codos con guantes de piel: eso no tenía nada que ver con el frío.

—Pero ahora cuéntame, Animant —me pidió.

La tía Lillian soltó una risita a mi lado, como si fuera una niña pequeña.

—¿Quién es ese señor Boyle del que mi cuñada se niega a hablar? —añadió mi madre.

Se me encogió el estómago.

Sabía lo del señor Boyle. Mi vida había terminado.

## 15

### **DECIMOQUINTO, O CUANDO ME OCURRE UN PERCANCE DE LO MÁS DESAGRADABLE**

*Saqué* los libros para Elisa y se los di a través de la ventana de mi sala. No pudimos hablar mucho porque tenía que regresar a sus clases, pero me aseguró que nos veríamos pronto y tendríamos más tiempo para charlar. La despedí con prisas y cerré la ventana antes de que nos viera alguien.

Volví a sentir esa euforia de la primera vez, aunque más débilmente. Además, se desvaneció por completo en cuanto fui a buscar al señor Reed para hablarle de la habitación.

No obstante, no abrí la boca, me aparté un poco de su camino y clasifiqué su correo antes de dejarlo en la mesa de su despacho.

El mediodía llegó y procuré no pensar en que mi madre había vuelto a reclamar mi pausa para ella. Recogí mi abrigo y salí afuera a toda prisa, poco antes de la hora para encontrarme con ella, así no me humillaría delante del señor Reed.

Como había pronosticado Henry, preguntó por el broche que había visto en su habitación. Yo me hice la sorprendida y confesé con alivio que creía haberlo perdido.

Mi madre pareció darse por satisfecha. Me tragué el nudo que se me formaba en la garganta cuando pensaba en Henry y en su situación.

Me había obligado a jurar que no se lo diría ni a nuestros padres ni a nadie. A cambio, me prometió que muy pronto podría conocer a su querida Rachel. Confiaba en mí y yo no iba a traicionar su confianza.

Presenció con indiferencia la conversación entre mi madre y la tía Lillian sobre el guardarropa correcto para el otoño, el baile del sábado siguiente y el clima perfecto para una boda. Bebí en silencio un té que contrarrestó hasta

cierto punto el leve dolor de cabeza y me despertó un poco. No obstante, tampoco logró ahuyentar el desasosiego que sentía en mi interior.

—¿Qué te parece, Ani? —preguntó mi madre.

Con el ruido de tantas voces en la sala y el viento que corría delante de las ventanas, no había oído nada. Ojalá hubiera llevado un libro encima.

—¿Perdona? —pregunté con educación.

Mi madre puso cara de pocos amigos.

—Tu vestido, Ani. Para el baile del sábado.

Me aferré con más fuerza a la taza de té.

El baile. No me apetecía nada.

El sábado anterior creí que me hacía ilusión esa fiesta, imaginé lo agradable que sería la conversación con el señor Boyle y lo fácil que sería no estar pensando por una vez en espantar a todos los hombres a la primera de cambio solo para que a mi madre no se le ocurriera emparejarme con ellos.

Sin embargo, ahí estaba de nuevo: la mujer de las buenas intenciones. La madre perfecta por la que otras hijas desatendidas se pegarían. Sin embargo, esa dama entregada tenía una hija desagradecida y terca que prefería dedicarse a sus libros polvorientos que a las telas de batista o las sutilezas del coqueteo femenino.

Ese inminente baile sería una de las muchas torturas a las que estaba obligada a someterme.

—Ya he encargado un vestido a la modista con la tía Lillian —le informé, a pesar de que estaba segura de que mi tía ya se lo había contado.

Ambas mujeres se entendían perfectamente. Compartían el amor por el detalle y eran muy activas, cosa que las convertía en íntimas amigas.

—Pero, niña, de color marrón claro no impresionarás a tu querido señor Boyle. Estábamos pensando en rojo con bordado dorado y encaje claro —empezó a parlotear mi madre, que me imaginó flotando por la sala de baile como una reina.

Cerré los ojos un instante para concentrarme, estaba agotada y furiosa al mismo tiempo, y no entendía que ni siquiera en ese asunto me dejara tener mi propia opinión.

—No —repuse con brusquedad y una firmeza que nunca antes me había atrevido a mostrar ante mi madre—. Quiero que sea marrón claro. Y no tolero que digas que el señor Boyle es mi querido señor Boyle —dije muy seria.

Mi madre me miró con asombro.

En muy pocas ocasiones había manifestado mi opinión de forma tan directa. Pude ver en los ojos de mi madre que la había herido.

—Animant —pronunció mi nombre como si fuera una niña obstinada que simplemente no quería entender lo que le convenía—. No hace falta que niegues tus sentimientos. Lillian me ha contado que os ha visto, y yo estoy encantada. No seas tonta y no desperdicies esta oportunidad solo por esa absurda necesidad de hacerme enfadar por todos los medios a tu alcance —me reprochó.

Tomé aire, indignada.

Una vez más, no había entendido nada. Ni mis sentimientos por el señor Boyle (pues su deseo de lograr para mí una buena relación le hacían ver cosas que no sucedían) ni el motivo de mi protesta.

—Te aseguro que no es el caso, mamá. Solo porque sienta simpatía hacia un hombre no significa que sea el amor de mi vida —intenté explicar, pero para mi disgusto enseguida me volvió a quitar la palabra.

—Por supuesto, solo tienes que estar dispuesta a admitirlo. Cuando tu padre y yo nos conocimos, nos miramos a los ojos y supimos que estábamos hechos el uno para el otro. ¿Cómo puedes negar esos sentimientos? —me reprendió en voz baja.

Aquello ya fue demasiado.

Yo no era ella, no podía mirar a un hombre a los ojos, por muy bonitos que los tuviera, y saber en el acto que era el amor de mi vida. No sabía nada, me sentía fatal, fuera de combate, y dudaba de todo lo que creía saber de ese tema.

Negué vehementemente con la cabeza. No podía seguir así. Esa mujer no podía nublar me la razón hasta no saber qué pensar. Porque si me perdía a mí misma, empezaría a creer lo que me decía. La consecuencia sería que, al poco tiempo, estaría frente al altar con un hombre como el señor Boyle convenciéndome de que era lo correcto.

—Me mudo.

Las palabras salieron solas de mi boca. Mi madre interrumpió la frase que le estaba diciendo a mi tía y se me quedó mirando, perpleja.

—¿Qué significa eso, Animant? —me preguntó la tía Lillian.

Tragué saliva, tenía la garganta seca. Enderecé los hombros.

—Os agradezco de todo corazón a ti y al tío Alfred que me hayáis acogido con tanta generosidad, pero a finales de la semana ocuparé la habitación de personal —le comuniqué a tía Lillian, que estaba demasiado sorprendida para replicar.

—No seas tonta, Ani. No es conveniente. ¿Qué quieres demostrar con eso? —insistió mi madre, mientras hacía aspavientos con sus manitas en el



aire.

Dejé la taza de té con más ímpetu del necesario en el platillo fino.

—¡No quiero demostrar nada a nadie, mamá! Soy adulta. Tomo mis propias decisiones —afirmé con frialdad. Me levanté de mi silla, que arañó el suelo al empujarla hacia atrás—. Y tampoco voy a llevar ningún vestido rojo —añadí.

Hice un breve gesto con la cabeza, a modo de despedida, y las dejé sentadas a la mesa de la cafetería.

Me puse el abrigo andando y salí del edificio. Estaba tan enfadada que tenía ganas de gritar.

Regresé a la biblioteca a paso ligero. Me sentía segura entre las gruesas paredes de ese viejo edificio y el silencio que reinaba entre los libros. Con todo, la rabia no desapareció tras dejar el abrigo, así que bajé a mi cubículo para desahogarla sin que me vieran. Cuando cerré la puerta, emití un quejido que sonó como un grito ahogado. Di manotazos al aire con todas mis fuerzas y me costó contenerme para no dar patadas contra el suelo como una niña pequeña. Solo mi madre era capaz de sacarme de quicio hasta ese extremo. Estaba tan furiosa que sentía ganas de destrozar algo. Las presioné contra el pecho para no romper nada.

Tenía el corazón desbocado. Latía con fuerza contra mis palmas y volví a respirar, temblorosa.

Le había dicho que me mudaba. Sin más, sin haberlo acordado con el señor Reed. Era arriesgado y poco inteligente. En mi fuero interno deseaba poder retractarme, si por algún motivo me negaban la opción de ocupar la habitación de personal.

Cerré los párpados con fuerza y me obligué a mantener la compostura. Me puse de nuevo con el trabajo. No podía quedarme ahí eternamente dejándome envenenar por la ira.

Tenía que conservar la profesionalidad.

Sin embargo, no estaba dispuesta a ver a más gente y fingir que todo iba sobre ruedas. Además, de todos modos, me había ocupado de prácticamente todo lo que había que hacer en esa sala.

Salvo una cosa. Observé las fichas destinadas a la máquina de localización. Ya las había estampado para todos los libros nuevos, pero aún no había reunido la valentía suficiente para ir de nuevo allí y colocarlas.

Salí de mi aturdimiento con un bufido, saqué una caja vacía de un rincón y metí dentro todas las fichas. Salí a hurtadillas con la cabeza gacha, recorrí el pasillo de la sala de lectura y subí presurosa a la galería circular.

Avisté al señor Reed de lejos, pero evité mirarlo. Se me encogió el estómago con solo verlo. Ahora tenía que ir a la sala lo antes posible. Al mismo tiempo, esa desagradable sensación hizo que sintiera aún más rabia hacia mi madre.

Desaparecí a toda prisa en la pequeña sala de espera y respiré hondo. Sentía una presión desagradable de los pulmones contra el cuerpo. Me costaba respirar. Tanta agitación, las prisas al caminar y la rabia en el estómago me quitaban el aire. Tuve que sentarme un momento hasta que se me pasó el mareo.

A continuación, cogí la caja y clasifiqué las fichas alfabéticamente según la palabra clave más importante, como me había explicado el señor Lennox, el mecánico. Eso me distrajo un rato de mi enfado.

Levanté la caja bajo el brazo y accioné el pomo. Abrí la puerta que daba a la maquinaria de un golpe y procuré no dejarme intimidar por las ruidosas ruedas dentadas y las piezas que giraban.

Era fuerte y valiente, me repetía mentalmente. Reprimí esa peculiar sensación de estar entrando en el mundo de otra persona. Me sumergí como un cuerpo extraño en la maraña metálica y reluciente. Me sujeté la falda y me abrí paso hasta el sitio donde empezaban los escalones. No hacía ni una semana que el señor Lennox me había instruido sobre el sistema. Esperaba recordarlo todo.

Para que fuera más sencillo, dejé la caja en el suelo, saqué la libreta de notas del bolsillo de la falda y revisé los apuntes que había tomado al respecto. Parecía complicado, pero no podía ser tan difícil, ¿verdad? Al fin y al cabo, tampoco es que fuera tonta. Podía hacerlo. Daba igual lo que pensara mi madre sobre mí. Aunque me considerara una niña obstinada que no sabía lo que quería.

Subí el primer peldaño con decisión. La reja metálica crujió con fuerza bajo mis pies.

Iba a demostrarle a mi madre que sabía cómo ser feliz. Que mi camino en la vida también daría buen resultado.

Subí otro peldaño entre bufidos aiosos; luego, un tercero. Pisé con decisión, disfrutaba del ruido de mi ira bajo los pies.

De pronto, el metal cedió. El choque me sacudió todo el cuerpo cuando perdí pie y me desplomé. En un acto reflejo, me agarré a todo lo que podía agarrarme. Sentí el crujido de la tela al rasgarse y, de alguna manera, conseguí apoyar los pies en algo.

El peldaño metálico se hundió, golpeó contra una vara que giraba y patinó a un lado.

Noté un frío gélido en la espalda. No me atrevía a mirar hacia abajo, hacia las ruedas dentadas que seguían girando. Oía el latido del corazón y la sangre que corría a toda velocidad por las venas, respiraba entre jadeos.

¿Cómo podía haberme pasado algo así? No había ido con cuidado. En ese momento, recordé que el señor Reed me había avisado de que el peldaño estaba suelto.

La rabia me había cegado y ahora tenía que asumir las consecuencias.

Alcé la vista hacia el tubo contra el que estaba apoyada para no caer hacia delante, hacia la máquina. Era de latón. A simple vista, no supe qué fin tenía, ni si soportaría mucho tiempo mi peso.

La cosa se complicaba en los pies, pues la falda me tapaba la vista. Aun así, notaba que hacía equilibrios sobre un raíl muy estrecho que oscilaba si me movía demasiado rápido.

Parpadeé con intensidad y procuré concentrarme. No tendría fuerzas para sujetarme ahí eternamente.

Si me caía, no sería una experiencia agradable. Me rompería por lo menos un hueso, si no más.

—Oh, no. Oh, no —susurré en tono agudo.

Me tragué el pánico. Miré alrededor una vez más, vi los peldaños a mi lado, supe que solo tenía que dar un paso grande para quedar a salvo. Probablemente, incluso sería más fácil de lo que imaginaba. Me mordí el labio cuando empezó a temblar.

Me agarré con más fuerza al tubo y tragué saliva. Con cautela, retiré el pie del raíl para dar el paso, pero no pude seguir.

—Oh, no —exclamé un poco más fuerte cuando me di cuenta de que me había quedado atascada.

Volví a colocar a toda prisa el pie sobre el raíl, lo tanteé con esfuerzo y giré la cabeza todo lo que me permitía la postura.

—¡Maldita sea, esto no puede estar pasando! —protesté, al borde de las lágrimas.

El miriñaque se había quedado enganchado a algo con la caída; ahora estaba extendido hacia arriba por detrás como la capota de un cochecito abierta; la falda se había rasgado por un lado. La imagen era escandalosa. Encima, me impedía moverme ni cinco centímetros a un lado. Solo tenía dos direcciones: arriba o abajo.

Resultaba desesperante.

—Señorita Crumb. —Era la voz del señor Reed. Me quedé sin aire del susto—. ¿Está ahí dentro? He oído un ruido. ¿Señorita Crumb?

—Estoy aquí —dije con la voz tomada y casi irreconocible.

Cerré con fuerza los ojos para contener las lágrimas y noté que las manos cada vez me sudaban más.

—¿Va todo bien? —preguntó acto seguido el señor Reed, que sonaba alarmado.

Había notado al instante que algo no iba bien. Sus pasos sonaron fuertes en mis oídos. Sentí que mi corazón estaba a punto de salirme del pecho.

Cuando apareció y me miró, casi me muero de la vergüenza.

—¡No se acerque! —grité demasiado histérica.

Me agarré con más fuerza con una mano para no perder el equilibrio.

Los pasos se detuvieron y no pude reprimir un sollozo.

¿Cómo había acabado en una situación tan horrible? ¿Qué había hecho para merecer aquello?

—Señorita Crumb. —Oí repetir mi nombre. Aun así, me costó darme cuenta—. ¿Qué ha pasado? ¿No se encuentra bien? —preguntó el señor Reed, al tiempo que los brazos empezaban a dolerme bajo mi propio peso.

¿Por qué era tan débil? ¿Era el castigo por haberme pasado toda la vida sentada sin fortalecerme físicamente como me había aconsejado mi madre?

Oh, mi pobre madre. No me lo perdonaría si me ocurría algo. Por muy poco comprensiva que fuera a veces, se sentaría junto a mi cama de enferma, día y noche. En ese momento, deseaba que estuviera allí para ayudarme a su manera y a hacerme respetar.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó el señor Reed, que ahora sonaba también angustiado.

Me recompuse y separé la lengua del paladar.

—Estoy..., estoy atrapada —confesé.

Intenté soltar una mano del tubo para liberar la falda. Sin embargo, era imposible si no quería arriesgarme a resbalar con la otra mano.

—Voy a ayudarla —dijo el señor Reed en tono firme.

Me atronaban los oídos de la sangre que me corría por las venas.

—No —contesté, presa del pánico, y luego jadeé.

—Señorita Crumb —dijo el señor Reed, nervioso, pero no le dejé seguir hablando.

—¡No puede verme así! —chillé.

Empezaron a temblarme los brazos por el esfuerzo. Era lo más tonto y a la vez lo más bochornoso que me había pasado en la vida. Para morir de

vergüenza.

No sabía qué era peor, si un hueso roto o si la vergüenza de que un hombre me viera en calzas. No sabía exactamente cuánto dejaban ver las enaguas, pero estaba segura de que se me veía hasta el dobladillo de encaje de la ropa interior.

—La falda, la... falda —tartamudeé, llorando—. No puedo...

Deseé estar en cualquier otro sitio, de nuevo en el campo, en una aburrida velada con gente insulsa, pero no allí.

El señor Reed soltó un profundo suspiro. Lo oí, aunque el latido de mi corazón me parecía más fuerte que la máquina.

—No pasa nada, señorita Crumb, voy a llegar hasta usted, la ayudaré a salir y le juro por mi vida que ni miraré ni diré jamás una palabra sobre este incidente —insistió.

Me sorbí los mocos como había hecho Phillip Tams por la mañana.

—No puedo —repetí, y empezaron a fallarme también las piernas.

Iba a caerme y nadie podía evitarlo.

—Animant —dijo el señor Reed con severidad. Me estremecí del susto al oírle pronunciar mi nombre de pila—. Cierre los ojos, voy a buscarla —me ordenó.

Y yo cedí a mi destino. De todos modos, no podía evitarlo.

Cerré con fuerza los párpados, noté cómo me caían las lágrimas por la punta de la nariz y luego oí el ruido de los peldaños metálicos a mi lado.

Alguien tiró de la falda, se oyó cómo se rasgaba la tela en el aire y luego unas manos fuertes me sujetaron por la cintura.

Acto seguido, noté que se me relajaban las extremidades, cuando el señor Reed me levantó y, finalmente, me cogió en brazos. Me temblaba todo el cuerpo como un árbol pelado en la tormenta. Mis doloridos dedos ni siquiera eran capaces de agarrarse a mi salvador.

Bajó los peldaños sin soltarme, cogiéndome del brazo.

No me atreví a abrir los ojos hasta que me sentó con cuidado en una silla de la sala de espera. Lo primero que vi fueron las palmas de mis manos, rojas y brillantes, como si estuvieran ardiendo. Así las notaba. Estaba exhausta, me dolía la cabeza y tenía piernas y brazos totalmente entumecidos. Una mirada a la falda me confirmó que estaba rota en el lado derecho hasta la rodilla y que se intuían los volantes del miriñaque. Por lo menos, las piernas estaban tapadas. Arrugué la nariz hasta que se me ocurrió limpiármela. No obstante, antes de poder buscar un pañuelo en el bolsillo, el señor Reed ya me había dado uno. Era de cuadros, de color azul marino. Lo acepté vacilante. No me

atrevía a mirarlo a la cara por la vergüenza. Me sorbí los mocos sin disimulo y me limpié los rastros de lágrimas de la cara. Debía de estar horrible, completamente deshecha. Seguro que tenía el pelo hecho un desastre. Mi dignidad también había sufrido un duro golpe.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó el señor Reed.

Levanté la cabeza. Tenía los ojos clavados en mí, preocupado y sincero como nunca lo había visto.

—Sí, por favor —contesté con un hilo de voz.

Me aclaré la garganta. El señor Reed asintió y respiró resollando.

—Ahora mismo vuelvo —me aseguró, y salió de la habitación.

Me quedé sola con el corazón a mil por hora y el alivio de haber salido airoso una vez más. Pese a sentirme completamente agotada, me encontraba bien y no me había roto ningún hueso; aparte de las manos escocidas y un leve tirón en los músculos, no habría secuelas de aquel percance.

Intenté no pensar en la vista que había tenido el señor Reed de mis calzas y noté calor en las mejillas. Pese a que en mi mísera situación no le había prestado mucha atención, recordaba que había jurado no mencionar jamás el incidente. Hice un mohín, cohibida, y esperé.

El señor Reed volvió con un vaso de agua y me lo dio. Tembló en mis manos débiles, bebí unos cuantos tragos y procuré recomponerme.

—Por desgracia, no puedo ofrecerle un té —se disculpó el señor Reed, que buscaba algo con la mirada—. Tenía un licor en los cajones de abajo.

No pude evitar sonreír.

—No, nada de alcohol. —Solo me faltaba beber alcohol—. Y lo dejé en el armario de detrás de la puerta.

El señor Reed soltó una carcajada.

Parecía fuera de lugar reírse en una situación así, pero estaba tan agotada que se me contagió y también empecé a reírme por lo bajo. Qué día.

—Será mejor que se vaya a casa por hoy, señorita Crumb. Descanse —dijo.

Volví a pensar en mi madre. En lo que le había dicho antes. Mi sonrisa se desvaneció y noté una amargura en la lengua.

—No puedo ir a casa —contesté después de beber un trago de agua con disimulo.

El señor Reed me miró intrigado.

—Me he peleado con mi madre. Le he dicho que me buscaría otro alojamiento.

En cualquier otro momento, me habría dado apuro confesarle algo tan personal. Pero, después de todo lo que había pasado durante los últimos minutos, conservar algo de aquella dignidad no tenía sentido.

—¿Y adónde va a ir? —me preguntó.

Suspiré. Era el momento de preguntárselo.

—Mi hermano me comentó que había una habitación en el edificio de personal y quería preguntarle... —empecé, y necesité un instante para reunir las fuerzas necesarias para terminar la frase.

Sin embargo, el señor Reed ya me había entendido.

—¿Está segura, señorita Crumb? Es un cuarto realmente pequeño y seguro que no es tan cómodo como al que usted está acostumbrada.

Asentí.

—Si fuera el cuarto de la limpieza, también estaría dispuesta a mudarme —le dije muy seria.

Miré a los ojos al señor Reed para que viera la resolución en mi rostro. Cuando estaba en la máquina, había deseado llevar una vida aburrida hasta la extenuación, pero ahora que pensaba con claridad sabía que la decisión era tan firme como antes del accidente. Quería irme. Además, sin duda, tanto a mi madre como a mí, nos vendría bien guardar cierta distancia.

El señor Reed suspiró y se pasó las manos por el cabello despeinado.

—Está bien, como quiera. ¿Cuándo quiere instalarse?

—Mañana —dije.

Él negó con la cabeza.

—Mañana tengo compromisos —contestó. Efectivamente, al día siguiente era miércoles, cuando él desaparecería al mediodía sin dejar rastro—. Pero puede ver la habitación mañana por la tarde y, si le gusta, instalarse el jueves. Si de verdad le corre tanta prisa.

—Me corre prisa —le confirmé, antes de vaciar el vaso. Ya me sentía mucho mejor. La curiosidad se impuso sin avisar—. ¿Qué tipo de obligaciones tiene, señor Reed? —le pregunté con la mayor naturalidad posible, y procuré poner cara de inocente.

El señor Reed me miró, estudió un momento mi rostro y luego entrecerró los ojos en un gesto casi de desconfianza.

—Es usted demasiado curiosa —me reprochó, y con razón, claro.

Pese a que me sentía tentada a insistir un poco más, me controlé y cerré la boca.

El señor Reed cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra, se inquietó y empezó a dar vueltas al reloj de bolsillo de plata en la mano

derecha. Entendí que debía dejarlo libre para que pudiera regresar al trabajo.

—Señor Reed —le dije, y él volvió a prestarme atención—. Se lo agradezco. —Me di cuenta de que hasta ese momento no le había dado las gracias por su ayuda—. Me ha salvado.

Él me evitó, sin saber dónde mirar. Consultó un instante el reloj y se aclaró la garganta.

—Yo... voy a volver al trabajo —dijo sin hacer caso de mi agradecimiento.

Me pregunté si era por timidez.

—Quédese aquí un rato y váyase a casa cuando quiera —añadió con indiferencia.

Guardó el reloj en el bolsillo del chaleco y se fue.

Me quedé sola en el silencio del cuarto; mi única compañía fue el leve zumbido de la máquina, que llegaba de fondo. Imaginé cómo sería vivir sola mientras esperaba a que mis piernas temblorosas estuvieran listas para aguantar mi peso.



## 16

# DECIMOSEXTO, O CUANDO DEFENDÍ AL SEÑOR REED

*Para* no tener que volver a casa, estuve deambulando por los callejones de alrededor del recinto universitario hasta que encontré lo que buscaba: un sastre, una tienda de té y una librería.

Le encargué al viejo sastre que me arreglara el desgarrón de la falda con unas puntadas rápidas para que no se viera tan mal. Además, compré en la Twining's Tea Shop media libra de English Breakfast. Me pasé horas examinando todas las estanterías de la pequeña librería polvorienta y echando un vistazo a los libros, lo que le hizo un bien extraordinario a mi alma. Adquirí tres novelas, un tratado sobre los supuestos efectos de la guerra en la psique humana y dos cuadernitos sobre la defensa de la fe judía.

Pensé en Henry y decidí que iba a ayudarle a mi manera, leyendo mucho y dando explicaciones detalladas.

Cuando entré a hurtadillas en casa de mi tío hacia las cinco, estaba cansada, abatida y en mi fuero interno deseaba que mi madre no estuviera en casa.

Por suerte, el señor Dolls, el mayordomo, me informó de que las dos señoras Crumb habían salido a tomar el té.

No obstante, no me dijo que el tío Alfred sí estaba, así que estuve a punto de chocar con él al entrar en el salón.

—Animant, ¿ya estás aquí? —preguntó, y lanzó otra mirada al reloj de pie del pasillo.

Dio un paso a un lado y me dejó entrar en el salón.

Noté una sensación desagradable en el estómago, no sabía si mi madre y la tía Lillian le habían explicado lo que había anunciado por la mañana de manera tan desvergonzada. No quería que mi tío se enfadara conmigo. Él no

tenía nada que ver con todo el asunto y, probablemente, le haría daño mi mudanza.

—Animant, ¿puedo hablar de algo contigo? —preguntó mi tío cuando pasé por su lado.

—Mi estómago empezó a rugir. Así que lo sabía.

Asentí vacilante, me sentía culpable y tensa. Me senté en uno de los sofás pequeños. Me mordí el labio inferior, nerviosa, mientras mi tío abría el botón de la chaqueta y se sentaba ante mí.

—Lillian me ha dicho que tenías la intención de abandonar mi casa para mudarte al edificio de personal.

Fue directo al grano. Temblaba igual que cuando el señor Reed me había salvado de la máquina. Me dolía la cabeza, notaba las piernas y los brazos blandos como el pudín. El peso de la mirada del tío Alfred era de plomo.

—Es cierto —dije casi en un susurro.

—¿Puedo saber el motivo? —preguntó mi tío.

Advertí en su tono cierta tensión y algo de enfado.

No lo miré a los ojos, suspiré sin saber cómo decirlo.

—No aguanto a mi madre —empecé.

El tío Alfred hizo una señal de asentimiento, cosa que me animó a seguir hablando.

—Me atosiga y pretende imponer otras prioridades en mi vida. Si quiero superar con éxito este mes, no puedo dejar que me distraiga del trabajo. —Alcé la vista y me atreví a mirar a mi tío. Él asintió—. No quiero ofenderte, de verdad, no es por ti ni por la tía Lillian, pero...

—Lo entiendo —me interrumpió el tío Alfred, que se inclinó un poco hacia delante mientras su rostro adoptaba una expresión pensativa—. Ani, hasta ahora no te lo he preguntado, pero... —Hizo una mínima pausa y me examinó con sus ojos tapados por las espesas cejas—. ¿Te gusta trabajar? ¿Estás contenta pasando las horas en la biblioteca?

El nudo que me oprimía el pecho se diluyó y pude respirar de nuevo con libertad, al ver que el tío Alfred cambiaba de tema. Además, decía que me entendía, cosa que me producía un alivio extraordinario.

—Sí —dije sin más, y era la verdad.

Una sonrisa se dibujó en mis labios y me sentí realmente bien por estar segura de al menos una cosa.

Realmente, me gustaba trabajar en la biblioteca. Me gustaba saber qué había que hacer, llevarlo a cabo en un tiempo determinado y así hacer algo

útil. Ponía libros a disposición de otras personas, los ayudaba a encontrarlos y me gustaba deslizarme por los pasillos, ajetreada y con mirada severa.

Incluso el señor Reed, que me parecía la peor plaga de la humanidad, me caía más simpático. Tal vez no se debiera tanto a su comportamiento como a que ahora lo entendía mejor. No siempre había que interpretar sus comportamientos como malintencionados, como me ocurría al principio. En realidad, desde el día en que le había echado en cara todos sus errores, empezó a mostrarse más educado en el día a día.

El tío Alfred también hizo un amago de sonreír.

—Tu madre va vociferando por aquí. Aunque al principio me sorprendió mucho que te fueras, su mayor preocupación era que te negaras a ponerte un vestido rojo —me explicó mi tío.

Solté una carcajada. Sonaba muy propio de mi madre. Me puse seria de nuevo, miré al tío Alfred a los ojos y suspiré.

—De verdad que no quería herirte —dije.

Él se reclinó hacia atrás sobre los cojines de color malva.

—Bah, no te preocupes, Ani —contestó con un gesto despreocupado—. Ahora lo entiendo. —De pronto, su mirada se ensombreció como la noche—. Pero si ese bibliotecario de alguna manera te...

Empezó a maldecir, pero le interrumpí antes de que se dejara llevar por la rabia.

—Tío, aunque yo misma lo dudaba al principio, puedo asegurarte de que el señor Reed es un hombre decente —dije, a pesar de que ni yo misma habría pensado que jamás diría algo así.

Sin embargo, era cierto. Solo por haberme salvado de un accidente realmente desagradable y luego haber tenido la decencia de no usarlo para tomarme el pelo.

El tío Alfred soltó un bufido, cruzó las piernas, pero acto seguido separó los pies y se levantó.

—Lo que tú digas, niña —gruñó, como si se negara a dar credibilidad a mis palabras—. Pero si surge algo, ¡no dudes en decírmelo!

—Sí, tío —le aseguré, para que se calmara.

Al salir de la habitación, se iba tirando de la barba.

Mi madre y la tía Lillian llegaron a casa poco después de la cena para cambiarse rápido y luego asistir a una conferencia dos calles más allá. Cuando llegaron, yo ya estaba en mi habitación. Mi madre no se dignó ni a subir la

escalera para verme. La tía Lillian me dijo que estaba dolida y que se sentía agraviada, y que durante un tiempo seguiría regocijándose en ese sentimiento. Por mi parte, me limité a hacer un gesto de desesperación con la cabeza y me alegré de no tener que verla más ese día.

Cuando ya me había preparado para acostarme y hojeaba relajada los textos sobre la fe judía, repasé mentalmente el día siguiente.

Era miércoles, el señor Reed desaparecería hacia el mediodía y el señor Boyle me había invitado a almorzar. Se me cayeron los papeles de la mano del susto y resbalaron de la manta al suelo.

Lo había olvidado por completo. El sábado, el señor Boyle me había asegurado infinidad de veces que no tendría mucho tiempo esta semana, pero me quería invitar a comer el miércoles. Yo me alegré y pensé de qué hablaríamos.

Sin embargo, desde que mi madre había aparecido en la ciudad no hacía más que echar pestes, y podía considerarme afortunada por haberme acordado del almuerzo con el señor Boyle hoy y no al día siguiente, o no acordarme en absoluto. Se habría presentado en la biblioteca y me habría cogido completamente por sorpresa. Habría sido muy bochornoso para mí y probablemente ofensivo para el señor Boyle.

Recogí a duras penas los papeles del suelo. Ahora sí que no tenía la mente en calma para leer. Apagué la lámpara de la mesita de noche y procuré respirar de forma regular. El latido del corazón se fue calmando hasta que por fin me quedé dormida.

Fue un poco raro ver al señor Reed al día siguiente. Me sonrojaba solo con pensar en el incidente del día anterior, pero no lo mencionó, como había prometido, y se mostró tan gruñón como de costumbre.

El reloj marcaba justo las nueve y media cuando se abrió la puerta de la biblioteca y entró una mujer en el vestíbulo con un sombrero tan extravagante que por un momento fui incapaz de apartar la vista de él.

Estaba clasificando libros. Cody iba a devolverlos a las estanterías. Aún no me había dicho ni una palabra, y parecía aliviado por ver que yo tampoco se lo exigía.

La señora no se quitó el sombrero cuando atravesó el arco para llegar a la sala de lectura, lo que me hizo suponer que era más un adorno que una protección frente al mal tiempo que sufríamos desde la mañana.

Por suerte, el día anterior por la tarde habían colocado la vidriera nueva en la cúpula. No tardaron mucho y desde dentro de la biblioteca no quedaba rastro del incidente con el baúl.

Seguí a la mujer con la mirada, vi que Cody se escondía debajo de la escalera para no cruzarse con ella y que ella subía con elegancia la escalera con pasos cortos, mientras su *cul de Paris* demasiado amplio, que se apoyaba sobre el polisón, se balanceaba de un lado a otro como un barco en plena tormenta.

Pasé de la escalera al arco y la observé desde la sombra de una columna.

Fue directa al despacho del señor Reed. Levanté una ceja, intrigada. ¿Qué quería de él?

Llamó a la puerta, esperó con decoro y llamó de nuevo. En el despacho no hubo ni un movimiento y recordé vagamente haber visto al señor Reed unos minutos antes atravesar corriendo la sala de lectura. Pero ¿dónde se había metido luego?

La mujer llamó a la puerta una tercera vez, lanzó una mirada furtiva alrededor y luego forcejeó con el pomo de la puerta. Estaba cerrada, cosa que me pareció extraño. Nunca había encontrado la puerta del despacho del señor Reed cerrada.

Pasados unos diez minutos, durante los cuales estuvo paseando de un lado a otro delante de la puerta del despacho del señor Reed, leyó los títulos de algunos lomos y rodeó la consola de la máquina de localización; finalmente, la dama se rindió. Llamó a la puerta una última vez, luego dio media vuelta y volvió a bajar los peldaños.

Cody había retrocedido un poco más atrás en la sombra y ya no la veía.

Sin embargo, otros ojos se posaron sobre mí. La dama ni siquiera había bajado la mitad de la escalera cuando desvió la mirada hacia mi humilde persona. Me observó con una mezcla de desconfianza e intriga, y fue directa hacia mí.

Yo me mantuve impasible y no hice amago de alejarme de mi sitio junto a la columna, pese a que mi instinto me decía a gritos que pusiera pies en polvorosa cuanto antes.

—Buenos días —me dijo con suavidad cuando estuvo lo bastante cerca para que yo oyera su susurro.

Era más joven de lo que pensaba, tal vez rozaba la treintena. Su rostro era bello, proporcionado. Los ojos eran de un penetrante verde azulado. Los clavó en mí, coqueta.

—Buenos días —contesté con aspereza.

Me acerqué un paso a ella para darle a entender que no me dejaría intimidar.

Pese a que me parecía vulgar, enseguida me asaltó una comparación para esa mujer: la *Milady* de Alejandro Dumas.

—¿Las mujeres no tienen prohibido leer en esta biblioteca? —preguntó en un tono casi impertinente, con una sonrisa tan falsa como sus forzados modales.

—Es cierto —confirmé. Por un momento, me pregunté cómo se tomaría que yo no aclarara la situación y se viera obligada a preguntar por curiosidad. Con todo, mi buena educación me llevó a no tomarme en serio algo así—. Pero yo no estoy leyendo. Trabajo aquí —expliqué.

Acto seguido me planteé si molestaría a alguien que yo leyera un libro en ese edificio. Lo dudaba, más bien me parecía que era la primera mujer que podía coger y abrir libros de forma legítima en aquellas dependencias.

Ella abrió los ojos de par en par. Su boca maquillada dibujó una diminuta o.

—¿Ah, sí? —preguntó, como si me creyera capaz de mentirle.

Ahora entendía por qué Cody se movía entre las sombras. Aquella mujer era insoportable. No me caía bien, y eso solo con las pocas frases que habíamos intercambiado hasta ahora.

Era engreída, altanera y encima no parecía tener muchas luces.

—Sí, señora —repuse, y me contuve para no torcer el gesto.

Saltaba a la vista que no le sentó muy bien, pues arrugó la nariz en un gesto casi de asco.

—Señorita —me corrigió con dureza—. ¡Señorita Brandon-Welderson!

—Disculpe —me excusé sin prisa. Una sonrisa jugueteaba en mis labios, pues, por lo visto, había ofendido a la dama sin haberlo previsto—. No ha tenido la educación de presentarse, así que debe disculparme el error —añadí.

—Por supuesto, señorita... —dijo al instante, aunque le costaba disimular el enojo.

Se le tensaron las mandíbulas y me lanzó una mirada amenazante.

—Crumb —dije.

Ella enderezó los hombros sin querer. Levantó la cabeza con la intención de aparentar más altura que yo; aquel sombrero estrafalario la ayudaba en eso.

No obstante, por mucho que hiciera, yo no era baja; jamás me superaría en altura.

—¿Y qué función tiene usted aquí, señorita Crumb? —me preguntó directamente.

Sus ojos se desviaron un momento cuando uno de los estudiantes que teníamos cerca se levantó, nos miró malhumorado y fue a buscar otro libro de la sección de derecho. Probablemente, aún buscaba al señor Reed con la mirada.

Poco a poco me fui convenciendo de que el señor Reed no estaba en su despacho intencionadamente, así como de que había cerrado la puerta solo por aquella dama.

—Soy asistente de bibliotecario —le expliqué a regañadientes.

Pensé en cuál sería la mejor manera de decirle que aún me quedaba trabajo por hacer y que no podía seguir de cháchara.

Sin embargo, la manera de mirarme era tan desagradable que me pareció más inteligente no seguir incordiándola. A fin de cuentas, no sabía nada de ella; por tanto, me encontraba en clara desventaja.

—Ah, la asistente del señor Reed —puntualizó.

Me miró con una expresión indescriptible.

—Sí, señorita Brandon-Welderson —contesté.

Deseé no haber recordado bien su apellido.

—¿Y dónde está el señor Reed? —me preguntó.

Por el tono que empleó, parecía que era yo la que estuviera huyendo de ella. Tal vez sobreinterpretara sus frases porque me producía un fuerte rechazo y no podía quitarme de la cabeza la comparación con la hipócrita *Milady*.

—No lo sé. El señor Reed no está obligado a informarme de dónde está en cada momento —le dije educadamente.

La señorita Brandon-Welderson resopló como una yegua.

—Seguro que está escondido, ese canalla. Hay asuntos de extraordinaria importancia que debemos comentar y él se esconde en jueguitos inútiles como su máquina.

Me escupió la palabra «máquina» a los pies. Su forma de hablar resultaba ofensiva.

Por supuesto, el señor Reed era un hombre distraído, pero que lo llamara «canalla» y que considerara inútil su máquina de localizar me sentó como una puñalada en el pecho.

Tal vez influyera el que mi madre siempre utilizaba esa palabra conmigo cuando no salía de mi habitación por estar demasiado absorta en un libro. «Inútil» era la palabra de castigo de mi infancia.

—El afán por progresar del señor Reed no es inútil —repliqué, sin poder evitar que se me notara el enfado.

—Los chismes técnicos no son el progreso, señorita Crumb —me soltó. Me miró con sus venenosos ojos verdes—. ¡Que las mujeres estudiaran en esta universidad o, por lo menos, pudieran usar el fondo de la biblioteca, eso sería el progreso! —dijo en un tono más alto del que correspondía a una biblioteca. Luego levantó la nariz al aire, molesta, y se fue sin despedirse.

Pese a que por dentro bullía de rabia ante tanta insolencia, pude reconocer que algo de razón tenía.

Que las mujeres pudieran estudiar y leer allí oficialmente sería un avance que yo celebraría de todo corazón.

El señor Boyle me recogió puntual a las doce y media en el mostrador de la biblioteca. Le sonreí al verlo. A toda prisa, ayudé a Cody a prestar los últimos libros para que los estudiantes también pudieran hacer su pausa del mediodía.

El señor Boyle me ofreció el brazo y me apoyé en él con gusto. Volver a verlo me animó y me sentó bien después de tantas conversaciones serias últimamente.

Recorrimos el camino mojado de delante de la biblioteca en dirección a la ciudad. Había parado de llover, pero el cielo otoñal, cubierto de nubes oscuras, no auguraba una mejora del tiempo.

El señor Boyle se interesó por cómo había pasado los últimos días y le informé de que mi trabajo había ido como de costumbre y que mi madre me había puesto de los nervios.

No le hablé del incidente del día anterior. Nada me apetecía menos que contarle algo tan embarazoso.

No fuimos muy lejos, solo hasta un pequeño restaurante con sillas tapizadas de color azul marino y tapetes blancos sobre las mesas. Era acogedor y el ambiente era agradable. La chica que nos sirvió incluso encendió una vela en nuestra mesa. Agradecí la comida y el té caliente.

—Y entonces se le ocurrió que tenía que ponerme un vestido rojo en el baile del sábado. Un escándalo, como si quisiera mostrarme al mundo —le estaba diciendo.

El señor Boyle se rio. Yo también me reí, pues el desencuentro entre mi madre y yo quedaba tan atrás que el enfado había desaparecido.

—Pues a mí me parece que el rojo le quedaría muy bien, señorita Crumb —dijo él.



Noté un leve hormigueo en el pecho al ver sus ojos de color miel. Probablemente, era algo parecido al enamoramiento. La leve exaltación, la facilidad para hablar, las buenas sensaciones y el calor en el cuerpo.

Con todo, pese a que me parecía nuevo y emocionante, me preguntaba si eso era todo. En un volumen de poemas había leído sobre fuegos ardientes y anhelos que desgarraban el corazón. Sin embargo, lo que yo sentía no era una llama ardiente, sino un agradable fuego de chimenea.

Pensé en mi madre, que me atosigaba para que aceptara de una vez mis sentimientos. Y también recordé las palabras de mi tía, que me había dicho que a veces no basta con leer sobre el amor.

¿Eso significaba que ya estaba enamorada y que mis expectativas eran demasiado elevadas? ¿O era posible que fuera demasiado terca, obstinada y libre de pensamiento para poder sentir el amor verdadero?

Tal vez en algún momento debería contentarme con notar ese leve calor y el cosquilleo agradable. O bien me lo quitaba todo de la cabeza y decidía que mi vida sin un hombre siempre había sido mucho más fácil.

—Es usted muy amable, pero, aun así, prefiero pasar desapercibida que ser el hazmerreír de todo el mundo —dije sin interrumpir el contacto visual.

Sonreí al señor Boyle pese a tener la cabeza hecha un lío. No iba a tomar la decisión en ese momento, quería disfrutar de estar ahí y sentirme a gusto.

La chica nos llevó el té. El vapor del agua caliente se desdibujaba a la luz de la vela.

—¿Qué motivo tendrían para reírse de usted? —preguntó el señor Boyle, incrédulo.

Su sonrisa tenía un deje que podría considerarse descarado.

—Ah, pues unos cuantos —empecé, y puse el dedo frío sobre la taza—. Por ejemplo, no se me da muy bien bailar. Sería el hazmerreír de la gente —bromeé.

—No me lo puedo creer. Si el hombre guía bien, es casi imposible que una mujer baile mal —replicó.

Enseguida tuve preparada una réplica, pero dudé si decirla o no.

Lo miré: los ojos, pícaros; el cabello, audaz; los colmillos, demasiado afilados y que hacían que su sonrisa fuera perfecta. Me decidí:

—Entonces, ¿usted sabe guiar bien, señor Boyle? —pregunté sin perder la sonrisa, y con esa frase entré en un mundo nuevo.

El arte del coqueteo femenino. Había leído a escondidas *Casanova* y *Las amistades peligrosas*, había oído hablar de ello a mi madre, pero nunca había tenido oportunidad de aplicarlo en persona. No hasta ese momento.

—Absolutamente, señorita Crumb —me contestó. Noté un cosquilleo en el estómago por los nervios—. Así que no tiene nada que temer.

Sonreí, no tenía ni la más remota idea de qué contestar. Al coqueteo también se lo llamaba a veces «jugar con fuego», y esta vez ni siquiera sentí un poco de calor. Tal vez ese tipo de juegos no eran para mí. Igual que el amor.

Lo sopesaba todo demasiado, hasta que al final se me caía entre los dedos y solo quedaban los puntos objetivos.

Bebí un sorbo de té, muy correcta, y luego pregunté al señor Boyle por los últimos días.

Parecía un tanto molesto, pero cedió y me informó sobre el aburrido papeleo, del caso de unos antiguos compañeros de estudios sobre el que le habían pedido consejo y de mi tío, que desde el lunes, en todas las frases que no tenían que ver con el trabajo, hablaba en negativo de mi madre y de lo mucho que la tía Lillian se dejaba llevar por ella.

Así que no era la única que tenía un problema con mi madre, eso me aliviaba, pues ahora podía estar segura de que tío Alfred me entendió de verdad cuando le dije la razón por la que necesitaba mudarme.

—Pero mi madre no es mala persona. Es solo que tiene una manera muy desagradable de manifestar su decisión de querer lo mejor para todos —le aclaré, para que no pensara que era un monstruo.

Mamá era una mujer cariñosa que por desgracia se pasaba de la raya con frecuencia.

—Entonces..., ¿cuánto tiempo tiene previsto quedarse? —preguntó el señor Boyle.

—Por lo menos, dos o tres semanas más —contesté.

Por el rabillo del ojo, vi que la camarera se acercaba con nuestros entrantes. Mi estómago ronroneó un poco, pero, por suerte, el corsé lo amortiguó hasta pasar desapercibido.

—Vaya —exclamó el señor Boyle—. Ni siquiera tengo un consejo sobre cómo superar ese tiempo, mi madre es una persona muy callada y reservada.

—Ah, no se preocupe por mí. Ya he solucionado el problema —dije, al tiempo que cogía la servilleta y me la extendía en el regazo.

—Ah, ¿y qué tiene pensado hacer? —preguntó, sorprendido.

Justo cuando iba a inclinarse más hacia mí, apareció un plato de sopa caliente delante de él, sobre la mesa.

Desprendía un olor delicioso y tuve que contenerme para bendecir primero la mesa en silencio antes de tomar la cuchara y probar la sopa. Estaba

realmente exquisita, con patatas, verduras y un gran trozo de mantequilla.

—Me mudo —le comuniqué, y volví a esbozar una sonrisa porque me sentía orgullosa de haber dado el paso—. Hablé con mi hermano Henry y me aconsejó preguntarle al señor Reed por la habitación de personal, que ocuparé mañana.

Pese a que el señor Boyle ya había introducido la cuchara en la sopa, detuvo la mano a medio camino y me miró fijamente y boquiabierto.

—¿Quiere mudarse al edificio de personal? ¿Al cuarto del asistente de bibliotecario? —me preguntó tan estupefacto que su indignación me asustó un poco.

Sonaba a reprimenda, y yo me resistí.

—¡Por supuesto! —le confirmé, sin perder el contacto visual.

—Eso..., es decir..., señorita Crumb... Disculpe, pero no creo que sea buena idea —dijo, al principio brusco, aunque al final de la frase sonó mucho más firme.

—Ya está decidido, señor Boyle. —Soné algo descortés—. Pero puede exponerme sus consideraciones de forma objetiva —añadí, aunque a regañadientes.

Traté de mantener la compostura. Intenté comportarme con normalidad, comí una cucharada de sopa, me serví un pedazo de pan y esperé los argumentos del señor Boyle.

—Entonces... ¿ya ha visto la habitación? —me preguntó, desafiante.

Me molestó que lo dijera como si estuviera seguro de que cambiaría de opinión cuando la viera.

—No —mascullé—. Pero la visitaré esta tarde.

—Bien —dijo el señor Boyle, con la mirada aún clavada en mí. No había vuelto a tocar la sopa—. Entonces, prepárese, porque, además de ser una habitación pequeña e incómoda, para ir al aseo tendrá que salir a la escalera sin calefacción..., para usar el baño que hay al final del pasillo —dijo en un tono que distaba mucho de sonar relajado. Estaba irritado, inquieto y había perdido la calma—. Y no solo se trata de eso —continuó.

Lo escuché asombrada. Esa faceta del señor Boyle, por lo demás encantador y sereno, era nueva para mí. Resultaba interesante.

—Compartirá el baño con la persona propietaria del piso que pretende ocupar. Es decir, con el bicho raro del señor Reed —me soltó.

Parpadeé, dos veces. Eso no lo sabía. El señor Reed me había aclarado que no era muy cómoda, pero no que me iba a mudar a su casa.

—Con el señor Reed. ¿Cómo? ¿La habitación está dentro de sus dependencias? —pregunté.

Me sorprendió que el señor Reed no me lo hubiera dicho. En realidad, no debería sorprenderme que, una vez más, olvidara mencionar los detalles importantes.

—Sí y no —contestó el señor Boyle, esquivo, era evidente que se sentía aliviado al comprobar que me tomaba el asunto tan en serio como él—. Es una habitación que pertenece a sus dependencias y que está comunicada por una puerta. Pero tiene acceso propio desde la escalera. No obstante, es irrelevante, teniendo en cuenta el tipo de persona que es ese bibliotecario.

Necesité un momento para sopesar toda la información nueva y valorarla. Sin embargo, me llamó primero la atención otra cosa y fruncí el entrecejo.

—Disculpe, pero ¿qué quiere decir con el tipo de persona que es ese bibliotecario? —pregunté, indignada.

Yo también dejé la cuchara.

El señor Boyle soltó un leve bufido y frunció el entrecejo.

—Señorita Crumb, seguro que ya lo conoce. Es un tipo muy peculiar, con unos modales extravagantes y de dudosa moral. Sería una imprudencia que una joven se mudara con un hombre así —se explicó.

Por un momento, me quedé sin habla.

Por supuesto, llevaba razón en que el señor Reed era peculiar y que no tenía muy buenos modales, pero jamás le achacaría una falta de moral ni lo veía capaz de aprovecharse de la situación. Me había salvado de la máquina; en esa situación, demostró una honradez extraordinaria.

—Sí, lo conozco, señor Boyle. Igual que a mi tío. Le aseguro que el señor Reed es perfectamente capaz de comportarse como un caballero.

Me sorprendió hacer esa defensa de mi jefe. Últimamente, intercedía con cierta frecuencia para corregir la mala opinión que los demás tenían de él.

¿Por qué me había convertido de pronto en su defensora? En realidad, yo tampoco tenía muy buena opinión de él. Por lo menos, eso pensaba.

El señor Boyle no parecía muy convencido, y la mirada se le ensombreció aún más.

Era un desastre. No había imaginado así aquel almuerzo. Esperaba conversaciones relajadas, un cosquilleo en el estómago y temas interesantes. Nada de tensos intercambios de opiniones, esa constante actitud a la defensiva y tener que defender mis puntos de vista.

Y solo íbamos por los entrantes.

Debía darle un giro a la conversación, y rápido. Dejé la cuchara en la sopa, junté las manos en el pecho y respiré hondo. Luego me concentré, reuní fuerzas y buenos pensamientos, y dejé que la tensión desapareciera de mi rostro.

—Señor Boyle —le dije, en el tono de voz suave y conciliador que solía emplear mi madre cuando quería que mi padre renunciara a un compromiso para poder salir a pasear juntos—, agradezco su preocupación. Pero soy una mujer adulta que toma sus propias decisiones. Esta tarde veré la habitación, y luego lo pensaré bien. ¿Se queda más tranquilo así?

Él lanzó un profundo suspiro y dejó de oponer resistencia. Dejó caer los hombros, asintió con prudencia y se frotó los ojos con la mano.

—Por supuesto, señorita Crumb, tiene razón. Me inmiscuyo en cosas que no son en absoluto de mi incumbencia. Yo... —empezó a balbucear. Una tímida sonrisa asomó en la comisura de los labios—. Yo..., señorita Crumb, me preocupa mucho su bienestar —dijo finalmente.

Noté cómo volvía poco a poco el calor al estómago. Por una parte, se debía al alivio que sentía por haber dejado a un lado el enfrentamiento verbal; por otro, al brillo bonito y atractivo que había vuelto a sus ojos.

—Bien. Hablemos de otra cosa antes de ponerme más en ridículo —propuso el señor Boyle con picardía.

Eso me arrancó una carcajada.

## DECIMOSÉPTIMO, O CUANDO ME VI OBLIGADA A HACER UNA BUENA OBRA

*Regresé* a la biblioteca con sentimientos encontrados. Me debatía entre la felicidad y el temor a no tomarme lo bastante en serio mi entusiasmo. Era para tirarse de los pelos. Simplemente, no sabía qué pensar o sentir respecto al señor Boyle. Me desconcertaba. No podía pensar lógicamente.

De todos modos, no hacía daño a nadie si estaba un poco distraída o si me sorprendía a mí misma en un pasillo sin saber qué hacía ahí. A fin de cuentas, el señor Reed no estaba. Se había ido de nuevo a algún sitio a cumplir con sus importantes «obligaciones».

Hacía tiempo que suponía que, fuese lo que fuese, escondía un oscuro secreto. Su discreción resultaba muy sospechosa. Por otro lado, el sinfín de novelas que había leído no ayudaban a aplacar mi imaginación. Enseguida pensé en un amor secreto, hijos bastardos, espionaje en el palacio real o confabulaciones de hermandades que llevaban a cabo sus ceremonias a escondidas.

Por supuesto, también podía ser que simplemente acudiera a un club de lectura, pero eso no era tan emocionante como llenarme la cabeza con historias inventadas. Además, el sentido común me decía que allí debía haber gato encerrado. No podía ser algo sencillo.

Debía ser paciente para llegar al meollo de ese secreto; al cabo de poco tiempo, viviría en casa del señor Reed.

Hice un gesto con la cabeza, irritada. Solo pensarlo me confundía aún más. No imaginaba que lo que el señor Boyle me había dicho fuera cierto. No lo consideraba una persona sin honor, tampoco un hombre que se llevara a vivir a casa a una mujer joven y soltera, cosa que pondría en un brete su reputación.

Por muy despistado que fuera, por lo menos debería haberlo mencionado. Como mínimo, era lo bastante importante para recordarlo.

A las seis habíamos quedado para visitar la habitación. Si era cierto lo que el señor Boyle me había contado, volvería de nuevo al principio de mi problema, porque, sin duda, no quería vivir en casa del señor Reed.

El tejido de una chaqueta rígida susurró detrás de mí. Giré la cabeza con brusquedad para ver quién se colaba en mi fila de estanterías. Era Cody. Llevaba la cabeza muy alta, se retorció las manos y tenía una expresión de urgencia en el rostro.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté.

Enseguida supe que algo no iba bien.

Cody asintió. Maldije en mis adentros cuando se dio media vuelta y se fue a toda prisa.

Dejé a un lado el libro que estaba clasificando y lo seguí a paso ligero. Mis pasos resonaron sobre el suelo de mármol pulido.

Cody volvió corriendo a la sala de lectura, que aquella tarde estaba inusualmente vacía. Se detuvo de forma tan repentina que estuve a punto de chocar con él. Desvió la mirada hacia arriba y me señaló con el brazo extendido la galería circular.

Justo cuando iba a exigirle de malas maneras que me dijera de una vez lo que pasaba, lo vi: un niño pequeño y sucio estaba sacando todos los libros de la sección de medicina y los estaba esparciendo por el suelo.

Se me salieron los ojos de las órbitas del susto y se me aceleró el pulso. Me dominó la rabia.

—Yo me ocupo —mascullé en voz baja.

Ya podía irse preparando ese muchacho. Me agarré la falda para subir corriendo; cuando el chico me oyó llegar, giró la cabeza y dejó caer asustado el libro que acababa de sacar de la estantería. Cayó con estrépito sobre los tablones de madera del suelo. Noté una punzada en el corazón al ver que caía de lado; se abolló el lomo y se volvió a cerrar; las páginas se doblaron en el borde.

—¿Qué crees que estás haciendo? —rugí.

Él retrocedió del susto y pisó con sus botas mugrientas un libro de anatomía.

Me dieron ganas de gritar, pero no quería llamar la atención. Di tres pasos adelante y levanté el libro del suelo. Mientras me incorporaba, nuestras

miradas se cruzaron. La mía era colérica; la suya, temerosa. Para mi sorpresa, comprobé que el chico debía de ser mucho más pequeño de lo que pensaba. Tal vez seis o siete años. Tenía las mejillas tan sucias que costaba ver lo pálido que estaba.

Mi ira se evaporó y suspiré. Limpié el libro con las manos, comprobé con alivio que no había manchas en la piel y lo coloqué en su sitio.

El chico se quedó de piedra, con la mirada clavada en mí. Intenté calmarme antes de expulsarlo.

Me agaché a buscar el siguiente libro, el que estaba dañado. No estaba muy bien. La piel tenía un largo desgarrón, pues los daños causados por el agua el sábado anterior lo habían vuelto quebradizo y la abolladura había provocado daños en la encuadernación. Alisé con cuidado las primeras páginas, limpié una pequeña huella de mano que no desaparecía y luego lo dejé en un carro de libros para enviarlo a reparar más tarde.

Vi por el rabillo del ojo que el niño se movía. Se agachó y estiró una mano llena de hollín hacia un *Conjunto de tratados sobre la eliminación quirúrgica de partes individuales de órganos*.

—Aparta los dedos —le ordené.

Él retiró la mano enseguida, con los enormes ojos clavados en mí.

—Pero tendría que... —susurró.

—No, no tienes que hacer nada. —Cogí el libro del suelo—. No se te ha perdido nada aquí. ¡A casa!

—Pero... —Su voz infantil y trémula—. Pero, señora, necesito encontrar un medicamento —explicó.

Puse cara de incredulidad. Había cometido un error.

—¿Un medicamento? Esto es una biblioteca, niño, no una farmacia. Y esos libros no tratan de terapias con hierbas —le aclaré con sobriedad.

Me puse otro libro bajo el brazo.

—¿Y en cuál dice algo de medicina? —preguntó, con un gesto de desesperación. Le empezó a temblar el labio inferior, cosa que me ponía nerviosa.

—En ninguno —contesté con más aspereza de la que pretendía.

No sabía cuál era la mejor manera de decirle que aquello eran textos científicos de medicina y no libros de recetas.

Los labios le temblaron con más fuerza. El niño empezó a tiritar y lo soltó.

—¡Pero mi abuelita se morirá! —Grandes lágrimas brotaron de sus ojos.

Me quedé paralizada, sin saber qué hacer, impotente.



Mi madre decía que toda mujer alberga en su corazón un sentimiento maternal. Sin embargo, por lo visto, ese no era mi caso. Mi mayor preocupación no era el niño que lloraba, sino los estudiantes de la sala de lectura, a los que probablemente molestaba con el ruido. Por supuesto que me daba lástima, pero ¿qué podía hacer?

Cerré las manos en un puño y las volví a abrir. Estiré los dedos hacia el niño, pero dudé si era correcto tocar a un crío desconocido.

—Eh, escucha, no puedes... —dije, vacilante. Él soltó un hipido—. Por favor, no llores.

Al ver que de nada servían mis palabras, dejé de buscar el sentimiento maternal en mi interior y me concentré en las cosas que había aprendido: establecer relaciones lógicas, por ejemplo.

Por lo que sabía, el niño había acudido a la biblioteca para leer algo sobre medicamentos con la idea de ayudar a su abuela, gravemente enferma. Así pues, solo conseguiría que dejara de llorar si le daba a entender que su problema tenía solución.

—Muy bien —dije en voz alta para que se me oyera por encima de los sollozos—. Te ayudaré. Haré todo lo que esté en mi mano para que tu abuelita no muera. Pero, por favor, ¡para de llorar!

El niño se me quedó mirando y contuvo la respiración. Suspiré aliviada. Primer paso.

—¿Usted ayudará a mi abuelita? ¿Con medicina? —me preguntó el niño, que se sorbía los mocos.

Asentí mientras pensaba que me había metido en un buen lío.

—Ven —le ordené, y recorrí el pasillo circular hasta la sala de espera, donde lo dejé pasar y cerré la puerta.

Miró alrededor, indeciso, no paraban de caerle los mocos.

—Siéntate —le pedí.

Él se acercó con timidez a una silla.

Ayer estaba sentada en esa silla, también bañada en lágrimas, y el señor Reed me había dado un pañuelo. Por desgracia, no tenía ninguno; el del señor Reed estaba en casa de mi tía para lavarlo y devolverlo.

Sin embargo, al niño no le molestó tal cosa. Se frotó los ojos con la manga de la chaqueta y dejó colgar las piernas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Él sonrió un poco.

—Timothy —contestó.

Yo también me obligué a sonreír.

—Bien, Timothy. ¿Qué le pasa a tu abuelita exactamente?

—Tiene una tos muy fuerte —comentó—. Dice que le duele todo y que se ha acabado —continuó, y de nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas.

Miré alrededor a toda prisa por si encontraba algo que le llamara la atención para que no rompiera a llorar de nuevo; vi una punta de pañuelo que se había quedado enganchada en la puerta del armario. Me incliné rápido y saqué del armario el pañuelo, que en realidad era un trapo. Por desgracia, no tenía nada mejor a mano; de todos modos, el trapo estaba más limpio que la cara del niño.

—Ten, para la nariz.

Me sorprendió que funcionara. Cogió el trapo y se sonó la nariz.

—Gracias, señorita —susurró.

Me sentí peor y más inútil.

—Crumb —contesté—. Señorita Crumb. —Y luego volví al tema—. ¿Tu abuelita también tose sangre? —pregunté, en busca de indicios evidentes de tuberculosis.

El chico negó con la cabeza vehementemente.

—¡Mi abuelita no tiene tisis! —se indignó.

Al pronunciar la palabra «abuelita», transmitía un amor infinito. Aquel niño quería a su abuela por encima de todo.

—Está bien —repetí, mientras sopesaba qué otras probabilidades había—. ¿Una neumonía? ¿Gripe?

Timothy se encogió de hombros. No sabía si era aconsejable llamar a un médico, pues me parecía difícil explicarle a mi padre o incluso a mi tío por qué tenían que pagar los honorarios de un médico sin estar yo enferma. De haber tenido a mi disposición esa cantidad de dinero propio, habría sido posible, pero tendría que intentarlo por otra vía.

—Te propongo algo: yo trabajo hasta las cinco. Ven a la entrada de la biblioteca a esa hora e iremos a una farmacia. Allí compraremos un medicamento, ¿de acuerdo? —pregunté.

Él asintió.

—¡Sí! Sí, señorita Crumb —exclamó, entusiasmado.

Una sonrisa le iluminó el rostro. Al sonreír, quedaron al descubierto los incisivos que le faltaban, algo tan típico de su edad.

Suspiré para mis adentros.

Pasé las horas que quedaban hasta las cinco muy ocupada y terminé más tareas que antes del incidente con el niño llorón. Mi cabeza había pasado de pensar en el señor Boyle y mis sentimientos a dedicarse a los problemas de un niño, que podía abordar con mucha más objetividad.

Volví a guardar los libros de la galería circular en la estantería, puse una nota en el libro dañado y hasta abrí el correo del señor Reed, que no había tocado durante días. Eran unos cuantos intercambios epistolares menores sobre diversos temas literarios, dos consultas de extrema importancia que había que contestar esa misma semana y un escrito del decano de la Royal University de Londres en el que exigía al señor Reed que cediera y se dejara ver en el baile de la universidad que se celebraba ese fin de semana. Esto último me provocó una sonrisa, pues por mucho que quisiera no imaginaba al señor Reed en un baile.

Clasifiqué las cartas según el nivel de urgencia, ordené su escritorio, archivé expedientes y luego dejé los textos a la vista.

Las cinco llegaron antes de lo esperado; tuve un mal presentimiento cuando me puse el abrigo, bajé y me despedí de Cody.

No sabía si hacía bien, dudaba de la honestidad de las personas y estaba atrapada por mis prejuicios hacia las clases sociales más pobres. ¿Y si el niño no era más que un cebo que me estaba sacando el dinero del bolsillo? ¿Y si me llevaba a una trampa cuando fuera con él?

Además, tenía poco tiempo. Me quedaba una hora para volver al recinto universitario y ver la habitación en el edificio de personal.

Sin embargo, cuando vi al niño tiritando de frío, esperándome con esos enormes ojos de esperanza, me tragué mis elucubraciones y me acerqué a él.

—Bue..., buenas tardes, señorita Crumb —susurró él, tiritando.

Y entonces pasó: se me encogió el corazón y suspiré. Me llevé la mano al cuello, me quité la gruesa bufanda de lana y se la di al niño, que no llevaba más que una chaqueta fina de tela que no parecía que lo abrigara mucho.

—Ten, o te pondrás enfermo —le dije, y le enrollé la bufanda al cuello antes de que pudiera resistirse. Se hundió en el punto grueso y enseguida sentí cierto alivio—. Y ahora vamos, no tengo mucho tiempo —le ordené.

Noté la severidad en mi tono, con la que quería convencerme de que mis ideas seguían siendo objetivas.

Caminaba delante. Timothy me seguía a toda prisa. Salimos en silencio del campus y nos dirigimos al centro antiguo donde había encontrado el sastre

y la librería el día anterior. Sin embargo, ahora hacía más frío, había poca gente en la calle y la niebla lo sumía todo en una luz lóbrega. Me subí el cuello del abrigo para no quedar tan desprotegida y luego me volví hacia el niño que caminaba a mi lado procurando seguirme el ritmo. Tenía las manos hundidas en la bufanda, vi cómo rozaba una y otra vez la lana suave con los dedos como si fuera algo maravilloso.

—¿Cómo se te ha ocurrido buscar en la biblioteca libros de medicina? —le pregunté, solo por decir algo, pues la niebla era cada vez más espesa y no me sentía especialmente a gusto paseando por las sucias calles de Londres en compañía de un niño.

—No podemos pagar un médico —contestó Timothy—. Así que pensé que, si leía algo de medicina, luego lo haría yo y ayudaría a mi abuelita.

Puse cara de escepticismo.

—¿Sabes leer? —pregunté.

—Por supuesto, ¡voy al colegio! —refunfuñó él, muy ofendido.

Estaba realmente sorprendida. Ir al colegio también era muy caro, daba por sentado que me diría que lo había aprendido de un pariente.

—Ah, ¿sí? —dije, sin saber si creerle.

Vi el letrero de la farmacia y olvidé lo que iba a decir.

—Ahí está —le dije, y el niño aceleró el paso—. Pero compórtate. Nada de no estar quieto. Y habla solo cuando te pregunten —le advertí.

Timothy asintió a toda prisa, de modo que la mitad de la cara desapareció en la gruesa bufanda.

Entramos en la farmacia y un señor mayor se acercó por detrás del mostrador de su negocio.

—Buenas tardes. ¿Qué desean? —me preguntó con educación.

Luego miró al niño mugriento que entró por la puerta detrás de mí.

—Va conmigo —me apresuré a decirle al farmacéutico; por la expresión de su rostro parecía que iba a echar al niño con una escoba en un pispás.

El farmacéutico apartó la mirada de Timothy y la sonrisa profesional regresó a su rostro.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó de nuevo.

Apoyó las manos en el mostrador.

—Medicamentos para una señora mayor. Tiene mucha tos y se queja de que le duelen las extremidades —dije.

El farmacéutico desvió la mirada hacia Timothy y luego me volvió a mirar.

—Lo compra para él —dijo, al tiempo que señalaba a Timothy con la barbilla.

—¡Para mi abuelita! —soltó el niño.

Le lancé una mirada severa que lo hizo enmudecer en el acto.

El farmacéutico soltó un bufido y luego se aclaró la garganta.

—¿Tu abuela tose sangre o flema? —preguntó, y me sorprendió que se dirigiera al niño.

Timothy lo pensó un momento.

—Flema —dijo finalmente.

—¿De qué color?

—Amarilla.

—Pulmonía —murmuró el anciano, que me miró—. ¿Paga usted?

Asentí y me sonrió, dio media vuelta y abrió unos cuantos cajones. Sacó una bolsa de hierbas medicinales para inhalarlas, un remedio contra el dolor y una pomada para el pecho. Recomendó beber mucha agua hervida y tomar alimentos variados. Pagué los medicamentos, que eran muy caros. Supuse que les había puesto un precio más elevado porque me consideraba una bienhechora acaudalada o algo parecido.

Me enfadé con él, pero procuré que el niño no lo notara. En la verdulería de la esquina, le compré un saco de patatas, una calabaza pequeña, un manojo de zanahorias y seis manzanas. El niño parecía desbordado y me daba miedo haber exagerado por la rabia. Sin embargo, él se sentía tan feliz que me dio las gracias cien veces; me rodeó la cintura con sus escuálidos brazos.

Lo aparté con las puntas de los dedos, renuncié a recuperar la bufanda y le deseé que regresara bien a casa. Se fue al trote, con la bolsa llena de verdura en la espalda. Lo seguí con la mirada hasta que desapareció en la niebla.

Parpadeé y me pregunté si lo volvería a ver, si sabría qué había sido de él y de su abuelita.

Cuando un reloj del barrio de al lado tocó las seis, me sobresalté. Salí de mis pensamientos y regresé corriendo a la universidad.

Las figuras se deslizaban rápidamente con un aire espectral en la niebla espesa. El sol ya se había puesto cuando pisé los conocidos senderos adoquinados del recinto universitario.

Cuando oí sonar las seis en el Big Ben, aceleré el paso y me enfadé por llegar tarde. No me gustaba llegar tarde, era de mala educación.

Me encontré con el señor Reed en la zona de entrada del edificio de personal. Estaba conversando con un señor de mediana edad.

—Buenas tardes, señorita Crumb —dijo al verme.

Me acerqué ente jadeos a los dos caballeros.

—Buenas tardes, señor Reed —contesté.

No tenía ni la más mínima idea de que yo llegaba tarde.

El otro caballero también saludó y me observó con la mirada discreta de un empleado.

—Señorita Crumb, le presento al señor Christy, el conserje del edificio y el interlocutor para todo tipo de quejas y reparaciones pendientes —me explicó el señor Reed, que parecía muy animado.

Me sorprendió mucho, pues yo estaba más bien contrariada.

Tuve que recuperar el aliento, adaptarme a la nueva situación y desterrar de la cabeza que acababa de recorrer las calles nebulosas con un niño mugriento.

Eran como dos mundos distintos que se sucedían de forma tan directa como si me hubieran arrancado un buen libro en plena lectura.

—Su mujer es el ama de llaves y la cocinera. Si realmente se plantea mudarse aquí, tiene la opción de llevarse la comida a las siete a su habitación o mostrarse sociable y acudir al comedor que hay arriba —dijo, al tiempo que señalaba una puerta que nos quedaba a la izquierda.

Su verborrea me recordó el primer día en la biblioteca, cuando anoté todas sus palabras.

—Que tenga una buena tarde, señor Christy —dijo el señor Reed.

El conserje se dio un golpecito en la visera de la gorra, se dio media vuelta y desapareció por la puerta.

—Sígame, señorita Crumb —me invitó el bibliotecario, que pasó por los tablonés que crujían hasta la escalera de la derecha y subió de dos en dos los escalones.

Tomé aliento y lo seguí. Cada tramo de escalera tenía ocho peldaños; cada dos tramos, una planta. El edificio tenía tres, así que subí cuarenta y ocho peldaños hasta llegar al señor Reed, que me esperaba en el tramo superior. Parecía impaciente y agradecí que no hiciera comentarios sobre mi mala forma física.

Subí, sudando por el esfuerzo, y me agarré a la barandilla hasta que pude volver a fiarme de mi circulación. Arriba había varias lámparas encendidas; el resto de la escalera también me pareció muy clara y acogedora. El pasillo era estrecho y no muy largo. Se veían tres puertas.

—Es aquí —me informó el señor Reed.

Sacó un manajo de llaves de la chaqueta. Estuvo un rato buscando una llave, la metió en la cerradura de la puerta del medio y le dio la vuelta con un

ruido metálico.

No sabía qué esperaba, durante las últimas horas había olvidado pensar en ello y me dieron ganas de contener la respiración cuando empujó la puerta, pero me faltaba el aire, así que no dejaba de parpadear porque se me aceleró el pulso de la emoción.

Solté la barandilla y me acerqué, mientras el señor Reed me alargaba una de las lámparas de la pared.

Me dejó pasar primero. Entré en el pequeño cuarto, iluminado con la luz de la lámpara.

El señor Reed no se equivocaba: era realmente pequeño; ni se acercaba a lo que yo estaba acostumbrada en casa, pero me gustaba de un modo peculiar. Poco a poco, volví a sentir una calma interior.

Las paredes estaban revestidas con un papel pintado claro con un sencillo diseño, los muebles, una cama, una silla, una cama y dos estanterías; eran de madera oscura y no había alfombra que cubriera los tablones que tenía bajo los pies. En cambio, al fondo, en un rincón junto a la pequeña ventana, había una estufa negra, parecida a la de la sala de espera de la biblioteca. Como mínimo era lo bastante grande para calentar el cuarto y hacer un té. Los espacios pequeños con paredes cercanas siempre me habían parecido acogedores. Pese a que mi habitación la doblaba en tamaño, esta no me daba la sensación de ser estrecha.

Colgué la lámpara de un gancho junto a la puerta y lo observé todo con atención. Los muebles viejos, que parecían usados por muchos antiguos inquilinos y que, aun así, conservaban cierto encanto. Había algunos libros en los estantes; cuando avancé unos pasos en la habitación, medí con la vista el espacio que quedaba entre la segunda estantería y la pequeña estufa. Sonreí cuando caí en la cuenta de que era suficiente para poder instalar mi butaca de color verde oscuro.

Poco a poco, me di la vuelta, observé el estrecho catre al que probablemente me acostumbraría enseguida y luego me dirigí al señor Reed, que estaba de pie en la puerta, con los hombros apoyados en el marco. Me miraba expectante.

No sabía por qué, pero me resultaba desagradable que me observara mientras echaba un vistazo. Pasé por alto su mirada con serenidad, hice como si no me hubiera fijado y descubrí una segunda puerta.

Era modesta, también la habían empapelado, pero descubrirla fue como una puñalada en el corazón.

Me aclaré la garganta con discreción, adopté un tono neutral y miré al señor Reed.

—¿Adónde da esa puerta? —le pregunté.

Él bajó la mirada que antes mantenía con tanta firmeza. Apretó los labios y la expresión relajada desapareció de su rostro.

—Al piso de al lado —contestó con evasivas.

Noté que le incomodaba responder a la pregunta. Sin embargo, yo no iba a dejarlo ahí.

—¿Y quién vive ahí? —pregunté.

Lancé una mirada desafiante al bibliotecario.

—Yo —me contestó sin más.

Levantó la mirada como si esperara que fuera a desmayarme ahí mismo del susto. Pero no fue así porque ya lo sabía. Así que el señor Boyle estaba en lo cierto. Y, bueno, ahí estaba yo, en un cuarto que me gustaba pero que pertenecía al piso de un hombre.

No iba a rendirme tan rápido.

—¿Se puede cerrar la puerta? —pregunté.

El señor Reed puso cara de sorpresa.

—Siempre está cerrada —me aseguró muy serio.

Empecé a mordirme el labio en un gesto pensativo mientras observaba la puerta que se perdía en los colores claros de la pared.

Pensé para mis adentros que, si la puerta de verdad estaba siempre cerrada, no había ninguna diferencia con una pared normal.

—¿Quién tiene la llave? —pregunté, y miré de nuevo al señor Reed, que se había separado del marco de la puerta y volvía a estar erguido.

—Si se muda aquí, solo usted, señorita Crumb.

Era justo lo que quería oír. Sonreí.

—De acuerdo —dije, animada. Me dirigí a la salida y el señor Reed retrocedió unos pasos para dejarme sitio—. Me instalaré mañana mismo.



## 18

### DECIMOCTAVO, O CUANDO RECIBÍ UN CUMPLIDO INESPERADO

*Por* la noche, mi tía me dijo que el tío Alfred había hablado con ella y que estaba de acuerdo en que me mudara al día siguiente. Con todo, me pidió quedar como mínimo dos veces por semana con ella y mi madre al mediodía, y que el sábado siguiente fuera a comer para poder peinarme para el baile de la noche.

Acepté y le expliqué que de todos modos tenía la intención de pasar el sábado en casa de mi tío y luego ir con ellas al salón de fiestas.

Mi tía estaba exultante, pero también mencionó que mi madre aún no me había perdonado.

Yo me limité a encogerme de hombros. Podría vivir con ello. Sabía que entraría en razón. Al fin y al cabo, era mi madre y me quería.

Llegó el jueves y mi desasosiego interno creció. Pese a que la cabeza me decía que era perfectamente capaz de vivir sola, mi corazón no estaba tan convencido y se apoderó de mí una angustia de la que no era tan fácil desprenderse. Era como un pánico escénico que no pasaría hasta que me independizara.

Fui a trabajar, saludé al señor Reed, que sin duda no había dormido suficiente y gruñó un «buenos días» oculto tras la gruesa bufanda. Pese a que una semana antes ese gesto me habría parecido de muy mala educación, en ese momento me arrancó una sonrisa. Negué con la cabeza al pensar en aquel hombre, que de puertas para fuera mostraba cierta excentricidad, pero que, por dentro, solo era como todos los demás.

Además, visto con objetividad, podría describirse como muy atractivo. Si estuviera menos estresado, sacara a relucir la sonrisa de vez en cuando y tratara a la gente con una pizca más de amabilidad, no me extrañaría que las chicas jóvenes corrieran tras él en masa.

No obstante, no lo consideraba capaz de ser amable, ni que le gustaran ese tipo de situaciones.

Empecé como todas las mañanas por la prensa y tararé una canción infantil en voz baja para distraerme de mi propio miedo cuando bajé los escalones que llevaban al archivo.

Luego apareció Phillip Tams con la nariz roja, la gorra demasiado grande y un montón de periódicos bajo el brazo.

Cuando saqué la bolsita con el dinero del bolsillo y le di dos chelines sentí un pequeño momento de satisfacción respecto al día a día. Me había adaptado y me sentía a gusto. Ahuyenté el cosquilleo nervioso que notaba en los dedos y que intentaba convencerme de que no lo conseguiría sola.

Sin embargo, allí seguía, en la biblioteca. Me había superado, me había esforzado y me provocaba una gran satisfacción el haber hecho algo yo sola.

Curiosamente, era gracias al señor Reed. Me había espoleado y me había empujado a lograrlo sola. Al principio, lo odiaba, pero ahora me hacía sentir orgullosa.

Recordé que Henry me dijo exactamente eso al principio. Había estado en lo cierto. Llamé con suavidad a la puerta del despacho del señor Reed y esperé a que me diera permiso para entrar, cosa que sucedió enseguida.

El señor Reed estaba consultando un clasificador que rebosaba apuntes y ni siquiera alzó la vista cuando me acerqué a él. Lucía una expresión concentrada en el rostro, tenía las cejas oscuras fruncidas y las gafas se le habían deslizado hacia abajo en la nariz.

—Su correo —le dije, y le di el montón de cartas que me acababa de entregar un mensajero.

Él extendió la mano sin mirar y dejó las cartas sobre un montón de papeles, para seguir hojeando el clasificador.

Suspiré y volví a coger las cartas de la mesa. Me resultaba imposible entender a ese hombre, que no veía necesario echar un vistazo a su correo. Apoyé la cadera en el imponente escritorio y examiné los sobres.

Era la correspondencia habitual. Había un texto bastante más grande que los demás y un sobre de aspecto muy elegante, de papel caro y con un sello

plateado en el dorso.

En letras elaboradas, se podía leer: «Thomas Reed. Invitación al baile del consejo de la universidad». Era su invitación al baile del sábado, que a mi juicio llegaba demasiado tarde.

«Thomas». Pronuncié su nombre mentalmente, ni siquiera yo sabía por qué me parecía tan raro saber el nombre de pila del señor Reed. Era como si, de pronto, hubiera pasado de ser un jefe inaccesible a una persona normal solo porque sabía su nombre.

Me pregunté de nuevo cómo se comportaría el señor Reed en un baile. Si sería ese bicho raro, severo y maleducado, o el visionario apasionado que hablaba con un brillo en los ojos de libros y máquinas. O un señor Reed totalmente distinto que aún no había conocido.

Fuera quien fuera, en ese momento era un bibliotecario desordenado que reinaba en su caos y que me dejaba perpleja porque no veía necesario, pese a la petición personal de su decano, dignarse a ir a un acto de la universidad.

Saqué con decisión el sobre de entre los demás y se lo puse delante de las narices.

—Debería ir —dije.

El señor Reed se limitó a apartar a un lado el sobre con un gesto nervioso para recuperar el renglón que estaba leyendo.

—No me gustan ese tipo de eventos —me informó, y se volvió a empujar las gafas en la nariz.

Apenas me prestó atención, frunció el entrecejo y hojeó en sus documentos hacia atrás, buscando algo concreto.

Sin embargo, no se iba a librar de mí tan fácilmente. Ahí fuera esperaban libros sin clasificar, pero el señor Reed tampoco me había invitado a irme.

—A mí tampoco —repliqué, y me encogí de hombros—. Y aun así ahí estaré, porque mi madre necesita que vaya —afirmé sin mucha alegría.

El señor Reed encontró la página que necesitaba y escribió algunas notas de las líneas en un borrador con el borde doblado.

—Por suerte, mi madre ya no tiene poder sobre mí —me dijo sin inmutarse.

Me hizo gracia que, pese a la actitud concentrada, parecía estar conversando conmigo. Agarré con la punta de los dedos una página que había dejado la tarde anterior en esa esquina de su escritorio y la saqué de entre otros documentos que el señor Reed había amontonado sin más.

—Tal vez ella no, pero ese hombre sí —le dije.

Dejé caer la carta del decano de la Royal University de Londres, así como la invitación. El señor Reed detuvo su frenética búsqueda y se quedó mirando un momento el papel, que estaba segura de que aún no había leído, pese a habérselo dejado tan a la vista.

Paseó la mirada sobre aquellas líneas y soltó un bufido.

—¿Ahora también lee mi correo? —preguntó, antes de apartar la carta.

—Si no lo hace usted —contesté con insolencia.

El señor Reed hizo un gesto de desesperación con la cabeza mientras volvía a hojear hacia delante en su archivador.

—En algún momento, de tanto husmear, dará con algo que desearía no haber visto —profetizó en un gruñido.

Sonreí: eso era algo que me decían a menudo.

—Probablemente —admití, volví a dejar las otras cartas y me aparté del borde de la mesa para ponerme en pie. La amenaza era tan ridícula que solo podía reírme de ella—. Y luego iré corriendo a casa y lloraré sobre mi almohada —añadí con fingida seriedad.

El señor Reed dejó a medias la palabra que estaba apuntando.

Puso cara de asombro y por primera vez desde que había entrado levantó la vista por encima del borde de las gafas y me miró a los ojos. Tenía los ojos de color marrón oscuro, como una castaña.

—Le sienta bien el sarcasmo —comentó, y la leve sonrisa que asomaba en las comisuras de los labios me hizo ver que se trataba de un cumplido.

—Gracias —contesté, desconcertada. Recordé por qué había entrado en realidad en el despacho—. ¡Y lea su correo! —le reprendí.

Señalé el montón de cartas y salí del despacho mientras él me seguía con una mirada ambigua.

## 19

# DECIMONOVENO, O CUANDO LA INDEPENDENCIA RESULTÓ SER MÁS DIFÍCIL DE LO QUE ESPERABA

Elisa dio una vuelta sobre sí misma y luego se encogió de hombros.

—Es lo bastante grande —opinó sobre mi nuevo cuarto cuando Henry entraba por la puerta abierta y dejaba mi arcón junto a la cama.

—Con perdón, señorita Hemmilton, pero grande no es.

Se apoyó con los brazos en mi arcón y también echó un vistazo a mi cuarto. Se había quitado la chaqueta y se había arremangado la camisa como un obrero.

Elisa parpadeó en un gesto coqueto.

—Tampoco he dicho que fuera grande, señor Crumb, sino lo bastante grande —le corrigió con una sonrisa descarada.

Henry negó con la cabeza, sonriente.

Los dos se habían ofrecido a ayudarme en el traslado, y me sorprendió ver lo bien que se llevaban. Pero, en realidad, Henry era una persona tan afable que no debería sorprenderme.

—Por suerte no has traído todos tus libros —me dijo Henry con sorna, mientras colgaba en el armario el vestido que acababa de sacar de la maleta.

—Entonces tendría que dormir en el pasillo —comenté entre risas.

Elisa se rio conmigo.

—¿Dónde lo dejó? —me preguntó Henry, y señaló el arcón.

—Delante de la puerta —contesté.

Señalé la entrada disimulada al piso del señor Reed. Henry asintió, se puso en cuclillas y levantó ese objeto pesado para que no rayara el suelo de madera.

—¿Y esa puerta da de verdad al piso del bibliotecario? —preguntó Elisa.

Se acercó la bolsa de equipaje que había dejado en el escritorio, la abrió y empezó a colocar en la estantería los pocos libros que ya había acumulado en Londres.

—Sí, pero está cerrada —le aseguré, aunque me daba la sensación de que a ella no le preocupaba lo mismo que a los demás.

Acarició con las manos el tejido de lana de mi falda y luego sacó la siguiente prenda.

—Pero tienes una llave —comentó, y me miró por encima del hombro con osadía.

Justo lo que esperaba.

—Claro que sí, pero eso no cambia nada, porque nunca voy a abrir esa puerta ni a pisar la casa que hay tras ella —le dije en tono de convención.

Elisa se echó a reír de nuevo como una niña malcriada.

—Eso es muy aburrido —exclamó en tono dramático.

Disfrutó con la cara de escepticismo de Henry antes de volver a dedicarse a mis libros; leía el título antes de colocarlos uno junto al otro en la estantería.

Henry me rozó el brazo.

—¿Está todo arriba? —preguntó.

Miré alrededor. Dos arcones de ropa, tres bolsas de equipaje, una butaca. Parecía que ya estaba todo.

—Sí —confirmé.

—Entonces me voy, tengo una cita —respondió Henry.

Le empezaban a brillar las mejillas. Había quedado con Rachel, eso estaba claro.

—Gracias por tu ayuda —le dije, antes de darle un abrazo.

Él me lo devolvió, luego volvió a bajarse las mangas de la camisa y se puso la chaqueta y el abrigo.

—Y Ani —me dijo. Levantó la vista de las blusas que había en mi arcón—. Sigue siendo aburrida —me rogó.

Sonreí ante sus miedos infundados.

—Por supuesto, ya me conoces —le aseguré.

Me devolvió la sonrisa y luego se dirigió a la puerta.

—Hasta pronto, señorita Hemmilton.

Elisa le correspondió con un gesto incluso galante.

—Un placer —contestó entre risas ella.

Henry se colocó el sombrero de copa. Cerró la puerta tras él y nos dejó solas.

Elisa detuvo su actividad, esperó a oír los pasos presurosos de Henry en la escalera y luego se volvió hacia mí.

—Tu hermano es un hombre realmente fantástico —declaró con entusiasmo, al tiempo que se llevaba una mano al pecho.

—Y ya ha entregado su corazón a otra —añadí para que se quitara de la cabeza la idea pero, por supuesto, sin desvelar el secreto de Henry.

—Oh, qué lástima —dijo Elisa, contrariada, aunque no sonaba tan decepcionada como si se hubiera hecho esperanzas. Ella decía lo que pensaba, sin tapujos y sin tener en cuenta las convenciones.

Sacó de la bolsa los dos manuscritos sobre la fe judía, los observó un momento con cara de asombro y los dejó sin hacer comentarios junto a los demás libros en el estante.

—¿Crees que ahora te lo encontrarás más a menudo? —me preguntó mientras yo colgaba un montón de blusas claras.

—¿A Henry? —pregunté, confusa.

Elisa negó con la cabeza.

—No, al señor Reed —me aclaró.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero supongo que no.

¿Cómo iba a encontrarme con un hombre que en su puesto de trabajo apenas salía de su despacho o estaba siempre con la nariz metida en sus libros? Y yo no era mejor.

—Lástima —dijo Elisa con un suspiro.

—¿Por qué? —pregunté sorprendida.

—Ah, ya sabes —dijo. De nuevo apareció ese brillo juguetón en sus ojos—. He oído hablar mucho de él, pero no he llegado a conocerlo —respondió, y apoyó el trasero en mi escritorio—. Mi benefactora lo odia como la peste y habla tan mal de él que estoy segura de que está locamente enamorada.

Eso sí que era sorprendente.

—¿Tu benefactora y el señor Reed se conocen?

Elisa esbozó una sonrisa pícaro que dejaba claro lo poco en serio que se tomaba el mundo.

—De vista. Trabaja en el Departamento de Derecho de mi universidad y de vez en cuando se tratan.

—No puedo ni imaginar cómo alguien se puede enamorar del señor Reed —dije, casi consternada.

Colgué la última prenda en el armario de la pared, que ahora parecía demasiado lleno. No abriría los demás arcones hasta que necesitara de verdad

sacar un vestido.

—No lo digas muy alto —me advirtió Elisa entre risitas—. Seguro que puede estar escuchando en la puerta.

Me pareció una idea tan espeluznante que también solté una carcajada; ambas nos reímos como niñas.

Sentaba bien reír, estaba muy afligida desde que me había ido de casa de mi tío y mi madre se había despedido con un abrazo. Le había asegurado que nos veríamos mucho y se calmó diciendo que, de todos modos, solo quedaban dos semanas para volver a casa.

No quería ni pensarlo.

Elisa se llevó prestado *El viaje de Jackson Throug a la India* y se fue cuando la oscuridad se volvió negra poco a poco. Cuando le expuse mi inquietud por las horas que eran, hizo un gesto despreocupado y me aseguró que había caminado por la ciudad a otras horas. En el centro de Londres no podía pasar nada, afirmaba. Eso no era Whitechapel.

Cuando se fue, noté hasta qué punto llenaba de vida el lugar donde estuviera. Pese a que me gustaba pasar tiempo sola en la buhardilla, me sentí un poco acongojada.

Ahora estaba sola de verdad.

Metí un haz de leña en la estufa y recorrí el pasillo hasta el baño para llenar un hervidor de agua. El baño también era pequeño, pero suficiente. Aquel espacio cubierto de azulejos floreados incluía un amplio lavamanos, un espejo que ya estaba un poco desgastado en los bordes, un retrete y una bañera de latón con pies de león que incluso se podía llenar con agua caliente. Por supuesto, en casa hacía tiempo que la teníamos, pero no esperaba encontrarla en un edificio de personal. No necesariamente.

Debía de ser porque estábamos en Londres. Aquí iban un paso por delante, gracias a Dios.

Me preparé un té, me senté en mi butaca, que quedaba a la distancia perfecta de la estufa, y saqué de la estantería que tenía al lado el libro sobre las colonias de África que me había prestado mi tío.

Busqué la página donde lo había dejado la última vez y me puse a leer. Pese a saber que nadie me molestaría, no lograba sumergirme en la lectura.

La madera de la estufa crujía a medida que el fuego la iba consumiendo poco a poco. Fuera, el viento hacía que de vez en cuando los cristales vibraran un poco; cuando oí un ruido al otro lado de la pared, me asusté.



El señor Reed había llegado a casa. Probablemente, nunca nos encontraríamos en este edificio; sin embargo, ahora sabía esas cosas de él. Era extraño. Sabría cuándo se iba y cuándo llegaba. Tal vez incluso cuándo tuviera visita.

No obstante, albergaba mis dudas de que ese hombre recibiera visitas. No se mostraba especialmente comunicativo. Y si el piso era comparable a su despacho, en semejante caos yo tampoco recibiría invitados.

Intenté no prestar más atención a los ruidos que se oían al otro lado de la pared, leí otro capítulo y luego decidí acostarme.

Utilicé el resto de agua aún tibia del hervidor para lavarme y me cambié. Todo era muy raro, no era como en casa, sentía que las paredes me observaban. El cuarto era muy acogedor, con todas mis cosas dentro, pero aún no me había instalado de corazón y me costó cierto esfuerzo tumbarme en el estrecho camastro y apagar la lámpara.

La oscuridad se cernió sobre mí y la sensación de extrañeza creció. Solo el crepitar del fuego en el interior de la pequeña estufa era un ruido conocido. Intenté obviar que mi ropa de cama no desprendía el olor de siempre.

Tardé una eternidad en quedarme dormida; por lo visto, el señor Reed no se acostaba y no paraba de pasear por su piso, con los correspondientes crujidos del suelo de madera.

Cuando sonó mi despertador, no había dormido lo suficiente, me dolía la cabeza y notaba la espalda como si hubiera pasado toda la noche tumbada en el suelo. Apagué ese aparato enervante y me pregunté seriamente por qué demonios se me había ocurrido irme de casa de mi tío a pasar la noche en vela.

Solo el gruñido del estómago me sacó de la cama. Aparté la manta con un profundo suspiro. Rocé con los pies el frío suelo de madera y sentí en todo el cuerpo la desagradable sensación de tener la piel de gallina.

Era urgente hacerme con unas zapatillas o una alfombra, eso estaba claro.

Me puse unas medias gruesas, cogí una toalla de mano del armario y abrí un poco mi puerta. En el pasillo hacía aún más frío de lo que esperaba. Por fin entendí por qué la gente común necesitaba una bata. No todo el mundo podía permitirse el lujo de calentar toda la casa.

Como no había nadie en el pasillo, me colé temblando en el baño y me lavé como un gato. El agua estaba tan caliente que casi quemaba. Por mi parte, yo estaba tan helada que no sabía qué dolía más, si el agua o si el frío.

De regreso en mi cuarto, me sentía tan mal que lo primero que hice fue tumbarme de nuevo en la cama para entrar en calor.

No me lo había imaginado así, me tapé la cara con la almohada, frustrada. Quería sentirme independiente, libre y fuerte, y no desilusionada, sin fuerzas y congelada.

Seguro que pronto iría mejor, me animé a mí misma. Mis primeros días en la biblioteca también habían sido de todo menos agradables; sin embargo, ahora me sentía muy a gusto.

La idea me dio fuerzas para apartar la cara de la almohada y volví a sacar los pies de la cama caliente. Me vestí rápidamente, me peiné y me hice un sencillo recogido en la nuca. No tenía ganas de peinados complicados. Completé mi austera imagen con los pendientes de perlas de mi tía, que me había dado con una entrañable sonrisa.

La echaba de menos, a ella y a su alborozo matutino. A decir verdad, también añoraba a mi madre, que siempre me empujaba a sacar lo mejor de mí. No era el caso: me di por satisfecha con un resultado mediocre. Mi madre no habría estado contenta. Sonreí.

Me puse los zapatos, me envolví en el abrigo y bajé la escalera hacia el comedor.

Más que un salón era un espacio acogedor que recordaba a una cantina, con una gran estufa alicatada que procuraba una temperatura muy agradable a la estancia.

Me quité el abrigo y lo colgué de un gancho en la pared.

La señora Christy me vio. El día anterior solo la había visto un momento para saludarla, cuando nos presentaron a toda prisa. Era una mujer bajita, un poco rechoncha, con unos rasgos suaves en el rostro y la bondad de una abuela en la mirada.

—Señorita Crumb, se levanta pronto —dijo, y me indicó un lugar en el banco, cerca de la estufa, para que me sentara.

—Tardo mucho en desayunar —contesté.

La señora Christy soltó una carcajada.

—Qué bien —respondió con alegría, antes de enumerarme todas las delicias que había preparado esa mañana y entre las que podía escoger.

Cuando poco después vi ante mí una bandeja a rebosar, me sentí incapaz de decidir si comer primero la compota de albaricoque, el huevo, el jamón, el pan recién hecho o las gachas.

Empecé por la compota y supe que me había salvado el día. La comida era deliciosa, y la señora Christy, un regalo del cielo que se compadeció de mi

lamentable aspecto. La buena mujer me sirvió otra gran taza de té y una jarrita de leche; sentí ganas de lanzarme a su cuello de la alegría. Por desgracia, aún me faltaban fuerzas para eso.

—Me cae bien, señorita Crumb —dijo la señora Christy cuando ya había vaciado media bandeja y levanté la vista hacia ella, atenta—. Tiene buen apetito —aclaró, y se le formaron unas arruguitas alrededor de los ojos—. No como el señor Reed. Si no le llevara algo de vez en cuando, seguro que ese hombre habría muerto de hambre —se lamentó.

Luego saludó a un hombre que acababa de entrar en el comedor y que me presentó como el señor Hainz, que era asistente científico de uno de los profesores de la Royal University. Parecía parco en palabras y se tomó únicamente un café solo, como solía hacer la gente sencilla.

Cuando terminé de comer, noté una sensación agradable en el estómago, agradecí a la señora Christy la comida y llegaron tres señores más a desayunar. Me despedí con rapidez, recuperé mi abrigo y así me ahorré tener que recordar tantos nombres por la mañana.

Fuera, el aire era gélido, pero la estufa de cerámica me había calentado tanto que me sentó bien el frío en la cara.

No tenía prisa porque había salido demasiado pronto, así que me tomé un momento para contemplar el camino que transcurría por delante de los edificios y la parte del parque universitario bajo la luz del sol que asomaba lentamente. No era el rincón más bonito del campus; sin embargo, cuando el sol brilló naranja y cálido en el cielo despejado, me pareció el mejor lugar donde podía estar.

El tiempo en Londres era realmente imprevisible. Siempre encapotado y nebuloso, lluvioso y tormentoso; luego existían esos raros momentos en los que el sol se abría paso y hacía que la ciudad se convirtiera en la más bella del mundo.

—Buenos días, señorita Crumb —me saludó una voz.

Apenas logré disimular el susto que me había dado.

—Buenos días, señor Reed.

Él se acercó a mi lado mientras se ponía los guantes y se colocaba bien la bufanda; lo observé bajo la luz del sol matutino. Parecía cansado, algo que ya no me sorprendía sabiendo que apenas dormía y no desayunaba. Con todo, había en sus rasgos una fuerza inesperada.

Lo comparé mentalmente con los grandes de la historia, sobre los que tanto había leído. Los comandantes, inventores y visionarios de los libros, que también debían de tener ese aspecto.

Por lo menos, así me lo imaginaba yo.

Personas que, pese al esfuerzo, siempre miraban hacia delante. Que no sabían lo que les depararía la vida, pero que estaban dispuestos a todo.

Decidí seguir su ejemplo. Yo tampoco podía dejarme doblegar, pese a la noche anterior. También iba a permanecer firme para seguir mi camino.

## 20

# VIGÉSIMO, O CUANDO SUCUMBÍ A LA ILUSIÓN

El viernes por la mañana pasó volando. Aunque mi madre aún no me había perdonado del todo, el almuerzo con ella y con mi tía no resultó desagradable.

Les hablé de mi nuevo alojamiento. Mi madre no podía disimular de vez en cuando su expresión de asombro, pero se sintió halagada cuando confesé que en su casa siempre tenía las cosas más fáciles y que no era una situación que quisiera mantener a la larga.

Lo único que no mencioné fue el increíble desayuno, para no arruinar el buen humor de mi madre. Me aseguró con generosidad que ese tipo de experiencias también formaban parte de la vida, aunque yo sabía perfectamente que, si por ella fuera, aún estaríamos todas aburridas en nuestra pequeña ciudad de provincias. Sin embargo, no lo dije, me limité a sonreír y dejé que me diera palmaditas en las manos.

Al mediodía, el señor Reed desapareció de nuevo y yo ya estaba muerta de curiosidad. Tenía que haber una manera de averiguar adónde iba. ¿O no?

Seguirle no se me daría bien, pero tal vez apareciera otra persona que pudiera seguirle y pasara más desapercibida.

Hacia las tres, ya no tenía nada que hacer. No había libros que clasificar, nada que etiquetar ni otras cosas que tuviera que revisar. El despacho del señor Reed volvía a estar impecable; las cartas, abiertas y ordenadas según su importancia. Había dejado la invitación al baile sobre el escritorio para que la viera siempre que fuera a coger la pluma estilográfica.

Aburrida, pasé el dedo por las distintas secciones de libros. Fui incluso a los rincones a los que nunca iba nadie y volvía a poner en su sitio un libro si me llamaba la atención algo que no encajaba.

Sin el señor Reed, no tenía nada nuevo que hacer. Me sorprendió que pudiera pasar algo así. Al principio, creía que el trabajo no se iba a acabar nunca, pero ahora ahí estaba, con todo hecho.

Cerré los dedos alrededor de un ejemplar más bien nuevo y lo saqué: un volumen de historia no hacía nada entre debates políticos. *Las guerras entre kurdos y otomanos*, se titulaba la obra. Levanté una ceja, intrigada. En realidad, no había leído mucho sobre el Imperio otomano. Y en ese momento no tenía nada pendiente.

Arriba, en la galería circular, había muchas mesitas para estudiar que nunca se usaban porque eran demasiado pequeñas. Sin embargo, las butacas eran de lo más cómodas. Me senté de manera que no me viera todo el mundo, pero conservando una buena vista del vestíbulo a través de los arcos, por si Cody me necesitaba para algo.

Abrí el libro sobre la mesa, me senté en la butaca y un cosquilleo de ilusión se apoderó de mí. Hacía mucho que no lo sentía. Era la esperanza ante un libro demasiado grueso para leerlo de una sentada, sobre un tema en el que casi no había entrado. Pasé la primera página. Cuando una sombra se cernió sobre mí, salí con un susto de las trifulcas entre los otomanos y los safávidas. Me notaba aturdida, me dolía la espalda y no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado.

Cody estaba delante de mí, con los labios apretados. Señalaba hacia abajo.

Levanté la cabeza y tardé un momento en comprender lo que me quería decir. Abajo, en el vestíbulo, estaba mi madre. Por suerte, estaba callada, pero tampoco parecía contenta. Mi segunda mirada fue para el reloj: como si me hubiera quemado, me levanté de la butaca.

Ya eran las seis y media. Hacía media hora que había terminado mi jornada y que mi tía y mi madre me esperaban en la sastrería.

—Gracias, Cody —le dije al chico, que seguía junto a mi mesa y me miraba algo confuso—. Se me ha pasado la hora —le aclaré con una sonrisa—. Guarde ese por mí, por favor —le ordené mientras salía de mi nicho, y señalé el libro de historia—. Me voy, que tenga una buena tarde —me despedí.

Cody sonrió, dándome por imposible con un gesto.

Me pregunté si realmente hablaba con otras personas. ¿Era mudo del todo o solo le sucedía conmigo?

Me dirigí a la pequeña sala de espera, cogí a toda prisa mi abrigo y bajé corriendo la escalera antes de abrocharme un solo botón.

—Lo siento muchísimo —me disculpé.

Mi madre me fulminó con la mirada.

—Hemos recogido el vestido sin ti —repuso con aspereza mientras me escudriñaba. Luego me quitó el sombrero de la mano y me lo puso—. ¡Abróchate el abrigo, tenemos que irnos! —me ordenó, y yo obedecí mientras nos dirigíamos a la salida—. ¿De qué iba? —me preguntó cuando habíamos bajado dos peldaños hacia el camino.

—¿Perdona?

No sabía adónde quería llegar; por su tono sereno, tampoco podía saber si seguía enfadada conmigo o no.

—El libro, Animant. Seguro que no nos has cambiado por el trabajo. Te conozco, cuando te olvidas de la hora sin remedio es por un libro.

—De la guerra otomana —le contesté.

Soltó un bufido, pero vi un amago de sonrisa en sus labios.

—¿Cómo puedes leer algo así? ¿No es una lectura muy árida? —exclamó alterada, y me tomó del brazo.

Me eché a reír y me sorprendió sentirme tan bien en presencia de mi madre.

Pasar la noche en otro sitio había supuesto un cambio radical. El fin de una era y el comienzo de otra nueva. Pese a que no sabía que me iba a parecer importante, esperaba que mi madre y yo tuviéramos una mejor relación en adelante de la que habíamos tenido hasta ese momento.

Tal vez necesitaba irme para reconocerlo. Ahora ya no estaba obligada a obedecerla. No tenía necesidad de refutar sus ideas. De hecho, ahora podía empezar a escucharla.

El vestido de mi tía era realmente precioso, y el de mi madre, que se había hecho arreglar a toda prisa, solo le iba una pizca a la zaga.

Con todo, el mío superaba a los dos; hasta a mi madre le entusiasmó lo bien que podía quedar un sencillito marrón claro bajo la luz del candil.

—Brillarás como las joyas de oro —se maravilló, embelesada. Entonces se le ocurrió una idea—. Podríamos colocarle perlas en el cabello —le propuso a la tía Lillian, que se dejó contagiar por la euforia.

—O estrellitas doradas —añadió.

Las dos soltaron unas risitas de jovencitas.

Iba a darles plena libertad, la emoción que notaba en el estómago era muchísimo más fuerte de la que había sentido con el libro de historia; jamás me había hecho tanta ilusión una velada como la del día siguiente.

Nunca me había parecido que la pompa y las grandes celebraciones merecieran la pena. Siempre había preferido los libros a la compañía de otras

personas. Sin embargo, aquella noche, viendo el vestido que iba a llevar, me imaginé al lado del señor Boyle. Se reiría y me observaría con sus ojos de color miel, con una elegante copa de champán en la mano y la luz de una maravillosa araña de cristal emitiendo cientos de pequeños destellos sobre mi falda.

Ya había olvidado el Imperio otomano, la biblioteca y todas las molestias de la noche anterior.

El día siguiente era para soñar.

La noche del viernes al sábado fue bastante mejor. Tenía la cabeza tan ocupada con el baile que apenas reparé en la extrañeza del entorno. Tampoco oí al señor Reed. Terminé de leer una de mis novelas y me acosté pronto para compensar un poco el déficit de sueño del día anterior.

A la mañana siguiente, me sentí de nuevo entumecida y helada, pero la perspectiva de un buen desayuno me hizo entrar en calor.

La señora Christy me saludó amablemente y me dejó el té en mi sitio antes de sentarme, casi como si ya me estuviera esperando.

Le informé de que el sábado por la mañana no estaría en casa porque después del baile pasaría la noche en casa de mi tío; me deseó que pasara una noche fantástica.

Yo también lo esperaba.

Me encontré con el señor Reed cuando salía del comedor. Estaba bajando los peldaños y aún se estaba abrochando los últimos botones del abrigo. Luego se colocó bien la bufanda y se metió los extremos bajo la solapa. Fui a saludarle, pero entonces levantó la mirada y me detuve. Había algo distinto de lo habitual.

—Buenos días, señorita Crumb —me dijo el señor Reed.

Tuve que mirar dos veces hasta que detecté qué era lo que tanto me molestaba de su aspecto. Sorprendentemente, no parecía cansado. No veía las ojeras profundas y oscuras bajo los ojos; además llevaba el cabello bien peinado. Su postura erguida resaltaba su aplomo. Era increíble lo que podían importar esos detalles.

—Buenos días, señor Reed —contesté, aún sorprendida, pero hacía tiempo que ya no me prestaba atención.

Se sumergió de nuevo en su bufanda, con la otra mano empujó la pesada puerta de entrada y salió a la calle antes de que le hubiera devuelto el saludo. Reduje la distancia con él y recorrimos juntos el camino hasta la biblioteca.



No hablamos. Pese a que cualquier otro día me habría parecido lo más natural, aquel día me resultó agobiante.

Parecía haber otros cambios aparte del aspecto fresco del señor Reed, pero no lograba identificarlos.

En la biblioteca, primero me dediqué a las tareas matutinas; luego el señor Reed me encargó que compilara unas dos docenas de libros de los temas más diversos, para lo que la máquina de localizar me sería muy útil, pero desde mi vergonzoso incidente mantenía cierta distancia con ella.

Entre tanto, un mensajero llevó una gran caja de madera, que, como pude comprobar, estaba llena de libros. Todos eran ejemplares para sustituir los dañados durante el accidente con el baúl que habíamos tenido que adquirir de nuevo.

Así, no podía quejarme de aburrimiento, cosa que prefería, pues ningún libro de historia habría logrado distraerme de la agitación que sentía respecto al baile de la noche. Solo el tono autoritario del señor Reed y su empeño en que cada segundo de mi jornada fuera productivo me mantenían con los pies en el suelo. No sabía si agradecerélo o enfadarme por no poder dejarme llevar por mis ensoñaciones. Conté con impaciencia los minutos que quedaban para las doce y media. Cuando por fin llegó el momento, lo dejé todo en el acto y corrí a buscar mi abrigo.

—Buenos días, señor Reed —me despedí al pasar, con una gran sonrisa.

Él se subió las gafas en la nariz, en un gesto crítico.

—Nos vemos esta noche en el baile —dije para recordarle sus obligaciones.

Volví a fijarme en ese gesto suyo tan escéptico. No le di tiempo a contestar, pues ya estaba bajando los primeros peldaños; luego atravesé corriendo la sala de lectura hasta el vestíbulo.

—Buenos días, señorita Crumb —me dijo Oscar.

Le sonreí, abrí la puerta de la biblioteca y me recibió un viento fuerte.

Esforzándome por sujetarme el sombrero para que no se me escapara, me reí para mis adentros, aunque no tuviera ninguna razón para ello.

Noté que iba a ser una noche especial. Una noche que podía cambiar mi vida.

Estaba preparada.

## 21

# VIGÉSIMO PRIMERO O CUANDO SE ENCENDIERON LAS LUCES

*Sentí* un cosquilleo de emoción cuando un miembro del servicio me ayudó a bajar del coche de caballos. Pese a que pensaba darle las gracias en voz baja a aquel hombre que se estaba helando, se me pasó cuando levanté la vista y vi la majestuosa fachada del edificio.

Me quedé boquiabierta, jamás habría soñado que pudiera existir un lugar que pareciera salido de un cuento.

Una escalinata de piedra española conducía al porche, tras el cual se ocultaba una imponente puerta de madera. Los ventanales a un lado del edificio estaban bien iluminados. Todo parecía aún más maravilloso porque aquella noche había empezado a nevar.

El camino estaba iluminado por unas pequeñas farolas que hacían brillar el hielo; se me aceleró el corazón.

—Vamos, Animant, o se nos va a congelar la nariz —me dijo mi madre, que ya estaba a medio camino de la escalera.

Con aquellas palabras me devolvió a la realidad. Respiré hondo el aire gélido y procuré conservar una pizca de aquella sensación antes de ponerme en marcha y dirigirme hacia mi madre.

La arcada estaba iluminada con unos fantásticos candeleros curvados; cada haz de luz evocaba el polvo de estrellas en la tela de mi vestido.

No sabía que tenía una vena romántica. Sin embargo, en ese momento, me salió toda: sonreía como un ángel y me sentía como una princesa.

Se abrió la puerta cuando nos vieron llegar. La música salió desde el salón como una ráfaga de aire cálido, me envolvió y nos llevó hacia el interior del edificio.

El vestíbulo era precioso, con adornos florales, una gruesa alfombra roja y la omnipresente luz de las velas.

Mientras el tío Alfred se dirigía al hombre que se encontraba en la entrada del salón, se nos acercaron dos sirvientes vestidos de gala, de blanco, y recogieron con cortesía nuestros abrigos. Intercambiaron unas palabras rápidas y luego nos dejaron pasar.

Si la fachada del edificio ya me había fascinado, el salón de baile me dejó sin habla. Contuve la respiración, lo observé todo asombrada y supe que aquel era el lugar más imponente que había pisado jamás.

El salón estaba bien iluminado y el ambiente era cálido. Las paredes blancas, el suelo de mármol, el estucado, los adornos dorados, todo era magnífico. Los ventanales flanqueaban ambos lados de la estancia y del techo colgaban varias arañas de cristal.

—El señor Alfred Crumb. Acompañado de mi esposa Lillian, mi cuñada, la señora Charlotte Crumb, y su hija, la señorita Animant —se presentó el tío Alfred ante el maestro de ceremonias, que esperaba tras la puerta y recibía a todos los invitados.

La tía Lillian, mi madre y yo hicimos una reverencia ante aquel caballero esquelético que llevaba una peluca rizada muy barroca y luego avanzamos por el salón.

Una orquesta de cuerda tocaba en un estrado al fondo y la multitud de asistentes formaban grupitos que conversaban.

Levanté la cabeza y busqué a Elisa con la mirada. Ella asistía con su benefactora. También busqué al señor Boyle, que me había hecho saber a través de mi tío que se alegraba de volver a verme hoy y que esperaba que le reservara mi primer baile.

Con el estómago revuelto y la boca seca, apenas podía aguantar la emoción.

Mi tío se colocó a mi lado, saludó a dos caballeros que pasaron cerca y luego se volvió hacia mí.

—Tu madre y Lillian están buscando un asiento. ¿Te apetece acompañarme al bufé? —me preguntó, y vi la sonrisa oculta tras la espesa barba.

—Por supuesto, tío —contesté, amable, y le tomé del brazo cuando me lo ofreció.

—Sabía que podía fiarme de tu apetito. Si aparezco solo, seré de nuevo el hazmerreír del personal —me contó.

Sonreí. Así que yo era su coartada para que no se burlaran de él por glotón. En realidad, me daba igual, tenía que concentrarme en otros asuntos. La comida siempre me calmaba; además, me apetecía admirar las copiosas bandejas colocadas con gracia en el extremo del salón.

La gente pasaba por allí, cogía fruta y finos pasteles de hojaldre; cuando me puse en la boca la primera uva, enseguida me sentí mejor.

Un señor mayor, al que me presentó muy formal, se puso a hablar con el tío Alfred. Yo sonreí, hice una elegante reverencia, dejé que admirara mi belleza juvenil y luego me excluyeron de la conversación cuando empezaron a hablar de negocios.

Aproveché el momento para seguir impregnándome del ambiente. Antes los bailes y todo tipo de celebraciones me parecían un tormento; sin embargo, desde que estaba en Londres, conocía a personas interesantes con un espíritu abierto y ya no notaba la presión que antes ejercía mi madre. Me las arreglaba bastante bien.

—Sabía que te encontraría en el bufé —alguien me dijo.

Cuando me di la vuelta, sonreí al ver a Elisa, que torpemente se metió en la boca un pastelito de hojaldre.

Llevaba un vestido azul marino, cubierto de encaje negro. Elegante, sin llamar la atención. El laborioso recogido del cabello le resaltaba los pómulos y le confería un aspecto sumamente elegante.

—Estás fantástica —le dije con sinceridad.

Ella puso cara de desesperación, aunque vi que las mejillas se le teñían ligeramente de rojo y se metía un segundo dulce en la boca para disimular la vergüenza.

—Nunca me había puesto un vestido tan caro —me confesó, y le sonreí para reconfortarla—. Además, nunca seré tan guapa como tú —murmuró.

Cogí una fresa de una presentación artística con fruta. Me reí. Era muy raro estar ahí, dedicándonos cumplidos la una a la otra sin saber cómo reaccionar ninguna de las dos. Elisa también se echó a reír y le cogí de la mano, que ella apretó de forma amistosa.

Era fantástico tener una amiga. Poder alegrarse con alguien de las cosas bonitas era más divertido que hacerlo sola.

—Señorita Hemmilton, aquí está —dijo una voz de mujer que me sonaba vagamente.

Levanté la cabeza: la mujer del vestido rosa miró primero a Elisa y luego a mí, y yo tuve que contenerme para no estremecerme del susto.

Era la señorita Brandon-Welderson, esa mujer agotadora que me había puesto de los nervios el miércoles anterior en la biblioteca. Ahí estaba, con la cabeza alta, un desastre de peinado (ni la mitad podía ser de su propio pelo), intentando a toda costa quedar a mi altura y a la de Elisa, estirando el cuello. Llevaba el vestido tan apretado que era un escándalo. La falda con vuelo la estiraba visualmente aún más.

—Ah, señorita Brandon-Welderson. ¿Me permite presentarle a alguien? Esta es mi querida amiga Animant Crumb —dijo Elisa, y enseguida vi lo desagradable que le resultaba que nos conociéramos. Más tarde tendría que preguntarle por qué—. Animant, esta es mi generosa benefactora, la señorita Franzin Brandon-Welderson.

La sonrisa de Elisa parecía forzada, algo muy poco habitual en ella, siempre tan franca. En mi opinión, siempre había sido una persona que se mostraba tal y como era, sin pensar mucho en la opinión de los demás. Sin embargo, por lo visto, ante su benefactora sentía cierta obligación de controlar su afilada lengua.

En cierto modo, la entendía. Si yo necesitara presentar mi mejor versión ante una mujer rica para poder llevar la vida a la que aspiraba, sin duda habría hecho lo mismo.

Con todo, deseé que fuera otra persona y no esta, que me parecía tan ridícula. A partir de ese momento, por el bien de Elisa, por lo menos de puertas afuera, debería tomármela en serio. ¿Qué tipo de persona sería si cayera en una mala conducta después de haberme presentado como «su querida amiga»?

—Ya tenemos el placer de conocernos —dije con la dulzura de una joven dama, como mi madre siempre deseaba que me comportara con los hombres—. Buenas noches, señorita Brandon-Welderson. Está usted preciosa —dije con una leve sonrisa.

Hasta a mí me sorprendió la frialdad con la que la elogí sin pretenderlo.

La señorita Brandon-Welderson parpadeó sorprendida, no podía creer tanta cordialidad por mi parte después de nuestro último encuentro, que había sido más bien tenso.

—Señorita Crumb, me acuerdo —contestó, aunque sonaba un tanto insegura—. Trabaja en la biblioteca de la Royal University, ¿verdad? —preguntó, pese a que estaba claro que lo sabía perfectamente.

—Cierto —confirmé, sin mover una pestaña.

Luego vi que Elisa me miraba casi con incredulidad. Tenía multitud de comentarios mordaces en la punta de la lengua, indirectas que podrían

ofender a esa mujer sin que luego pudiera reprochármelo, pero me callé, seguí sonriendo y moví las pestañas.

—Entonces seguro que podrá informarme de si esperamos que el señor Reed aparezca esta noche. Hace semanas que intento comentar con él un asunto urgente y nunca lo encuentro donde se supone que debe estar —dijo, con un tono progresivamente más duro.

Estaba realmente enfadada con el señor Reed, pero también notaba cierta amargura hacia mí, algo que ya había advertido en nuestro último encuentro. Recordé que Elisa me había dicho que estaba convencida de que su benefactora se quejaba tanto del señor Reed que temía que estuviera enamorada de él. Al escucharla, pensé que tal vez tuviera razón.

—Siento decepcionarla. He advertido varias veces al señor Reed de que su presencia sin duda sería bienvenida en un acto de la universidad, pero es tozudo y se ha negado a decirme si, finalmente, vendría o no —le expliqué con grandes florituras, y le sonreí a modo de disculpa.

—Muy propio de él —murmuró ella, que frunció los labios, enojada, y dejó vagar la mirada.

De pronto, puso cara de sorpresa y se le movieron las comisuras de los labios cuando vio a alguien entre la multitud.

—Ah, ahí está el profesor Buttons. Disculpadme —nos dijo, sin siquiera hacer el esfuerzo de dedicarnos otra mirada, y se fue dando pasos cortos.

Respiré aliviada y me relajé..., todo lo que me permitía el estrecho corsé que llevaba.

Me volví hacia Elisa, que seguía observándome con asombro. Suspiré.

—Ahora necesito beber algo para enjuagarme tanto amaneramiento —le dije.

Elisa sonrió aliviada.

—¡Ay, Ani, menos mal! ¡Ya dudaba de que estuvieras en tu sano juicio! —exclamó, tal vez más alto de lo que debería.

Me eché a reír. Había estado muy convincente.

—No te preocupes, estoy en mis cabales. ¡Pero me sorprende! ¿La señorita Brandon-Welderson? ¿Cómo puede ser que te sometas a su esclavitud?

Agarré del brazo a Elisa y me la llevé hacia la larga mesa con las copas bellamente decoradas.

—Es una larga historia de pobreza, desesperación, orgullo roto y una botella de ron. Es rica y no puedo escoger —explicó, y con ello confirmó mis suposiciones.

No envidiaba a Elisa. Seguro que no había tenido una vida fácil, y aprovechaba las oportunidades, por muy ridícula que fuera su benefactora.

—Pero siempre logras sorprenderme —dijo volviendo al tema—. Nadie diría que eres tan liberal como yo. Cualquiera hubiera creído cada palabra que salía de tu boca. ¡Vaya actuación!

Hice un gesto despreocupado y cogí dos copas estrechas. Una se la di a Elisa y bebí un trago de la otra.

—No exageres. Solo lo he hecho por ti, para que mis vilezas no te afecten. No te sientas halagada, casi me ahogo con tanta hipocresía —afirmé.

Por supuesto, no había estado tan mal ni de lejos, pero Elisa lo entendió y se rio de mis sandeces.

—Te lo agradezco. Y de verdad que seguiré tu ejemplo. Soy completamente consciente del esfuerzo que puede suponer mi benefactora para el espíritu y el alma. A veces, cuando no puedo evitar decir alguna insolencia, finjo un ataque de tos para poder excusarme y alejarme de ella a toda prisa —me confesó con una sonrisa pícara.

Tuve que reprimirme para no soltar una carcajada.

—Eso también explica por qué pasas las noches en bares —repose.

Elisa volvió a poner cara de desesperación.

—Cualquier cosa es mejor que estar sentada en el salón delante de la chimenea escuchando los sermones de Newman —admitió. Luego hizo un gesto con la copa; el líquido se derramó y por poco no hizo un estropicio en su vestido—. Dios, me va a matar si me mancho —masculló Elisa, que alisó las arrugas de la falda para comprobar que no se había salpicado.

—Sujeta la copa con ambas manos. Así no se derrama nada y estás de lo más elegante —le aconsejé con un leve deje de burla en la voz.

Nos echamos a reír; en realidad, ninguna de las dos éramos especialmente elegantes.

Bebí otro sorbo de la copa. El líquido que contenía era claro, sabía un poco dulce y dejaba un agradable cosquilleo en la lengua.

Entonces mi mirada se posó en un par de ojos de color miel que me observaban. No pude evitar que una dulce sonrisa apareciera en mis labios y que el corazón se me acelerara.

Elisa se dio cuenta y se volvió para ver a quién miraba. Estaba muy claro: el señor Boyle y yo nos seguíamos mirando. Él también lucía una sonrisa cómplice.

—Animant, ¿hay algo que no me hayas contado por decoro? —me preguntó Elisa con una mueca.

Agaché la mirada cuando empecé a sentir mariposas en el estómago.

—Se llama Winston Boyle y trabaja para mi tío —me limité a contestar.

Elisa frunció los labios.

—¿Y?

Debía admitir que no esperaba sentirme tan bien solo por encontrarme con la mirada del señor Boyle. Y aún no habíamos hablado. Era fascinante cómo reaccionaba mi cuerpo, cómo me mareaba y al mismo tiempo sentía ganas de acercarme corriendo a saludarlo.

—Es muy simpático —le expliqué.

Elisa soltó un bufido de incredulidad.

—¿Muy simpático? Tendrías que verte. Como si los ojos se te hubieran convertido en estrellas. ¡Ha sido por él, Ani! Por mucho que intentes mentir, es evidente que sientes algo por él —dijo Elisa, divertida.

Sujeté la copa con las dos manos.

—Está bien —confesé. Comprobé encantada que el señor Boyle se ponía en marcha y se acercaba a nosotras—. Es simpático, atractivo, inteligente y me atrae mucho —respondí.

Soné muy serena, pese a que, poco a poco, empezaba a notar los nervios en las manos. Me alegré de poder asirme a mi copa.

Elisa me lanzó una mirada crítica y adoptó un gesto de incredulidad.

—¿Tienes pensado casarte con él? —me preguntó, como si dijera una cosa sin importancia.

Sin embargo, lo preguntaba en serio; parecía sentir un miedo extraño a conocer la respuesta.

Tuve que pensarlo antes de contestar. Por supuesto, sabía que el entusiasmo llevaba al enamoramiento, el enamoramiento al compromiso y el compromiso al matrimonio, pero aún no era del todo consciente de ello. La idea del matrimonio me asustó durante un instante. Lo mismo leí en la cara de Elisa.

Estaba claro que me gustaba el señor Boyle, pero, en ese momento, no podía ni imaginar casarme con él. Yo siendo la mujercita de un abogado que se ocupaba de la casa, cuidaba de él y cumplía con las obligaciones sociales comunes.

Tal vez estuviera un poco enamorada, pero eso no bastaba, ni mucho menos.

Le puse una mano en el brazo a Elisa y procuré sonreír.

—No, Elisa. No es tan fácil ablandar mi corazón de piedra. Tendría que pensarlo muy mucho para eso —dije.



Me pareció ver que Elisa suspiraba de alivio. Su sonrisa volvió, igual el brillo de granuja en los ojos.

—Entonces te dejo con tu admirador. Nos vemos luego —me susurró, sonrió con descaro y dio media vuelta.

—Buenas noches, señorita Crumb.

La voz cálida del señor Boyle sonó a mi lado. Levanté la vista para encontrarlo. A pesar de que la idea de casarme con él seguía asustándome, sabía que, llegado el momento, esa no sería la peor opción.

## VIGÉSIMO SEGUNDO, O CUANDO LAS LUCES SE FUNDIERON

*Aplaudimos* al presidente del comité de la universidad por su discurso de inauguración. Me hizo mucha ilusión cuando, al cabo de unos instantes, los músicos se dispusieron a tocar el primer baile para nosotros.

Puesto que su majestad, la reina Victoria, no había podido aceptar la invitación de la universidad y honrarnos con su presencia, el baile de inauguración era para todo el mundo. Me sentí casi descarada cuando el señor Boyle me ofreció su brazo con una sonrisa, lo acepté y fuimos los primeros en pisar la pista de baile. Una docena de parejas más se colocaron a derecha e izquierda. Tragué saliva, nerviosa. Nunca había sido buena bailarina, sin duda por falta de práctica. Tras mi presentación en sociedad había renunciado a bailar por falta de interés. Y, en algún momento, los hombres jóvenes dejaron de invitarme.

Sonaron los primeros acordes de la melodía. Me sentía demasiado alterada para recordar los pasos. Por suerte, las parejas de al lado empezaron con las figuras, dieron vueltas, se colocaron en su sitio y solo tuve que imitar lo que estaba viendo a mi alrededor.

El señor Boyle y yo nos acercamos. Me sonrió. Tenía que concentrarme en mis pies y no pude devolverle el gesto. Me rozó una mano con la suya, se me aceleró aún más el corazón y estuvimos de nuevo uno frente a otro.

Para ser sincera, tuve que admitir que tal vez habría sido mejor no meterme en la primera ronda de baile, pero los ojos cálidos del señor Boyle me habían hecho olvidar lo mala bailarina que era. Pero ¿qué importaba? El señor Boyle me guio e incluso me hizo reír.

El miriñaque saltaba al movimiento de las piernas y la tela del vestido brillaba bajo la luz de las velas. Era sorprendentemente fácil divertirse al lado

del señor Boyle.

Terminamos el baile de apertura, el rigodón y una de las contradanzas modernas sin que yo pisara a nadie ni molestara a la pareja de al lado. Incluso logramos hacer el cambio de pareja en cruz, pues el hombre del frac de color azul marino que me tomó de la mano era un bailarín muy enérgico y me empujó a mi sitio con brusquedad.

Con todo, me alegré cuando terminó la ronda de bailes y abandonamos la pista mientras todos aplaudían a los músicos.

—Superado —dije con un suspiro.

El señor Boyle se rio.

—Pero si lo ha hecho muy bien —afirmó.

Lo miré con escepticismo.

—Gracias por esa mentira —bromeé.

Él volvió a reír. Los ojos se le rasgaron e inclinó una pizca la cabeza hacia mí.

—Probablemente, no soy muy objetivo. En mi opinión, es usted maravillosa en cualquier situación de la vida —dijo él.

Se me atragantó la broma que acababa de inventar.

—Gracias —pude decir, y noté que las mejillas empezaban a arderme. No sabía qué hacer.

Sin embargo, el señor Boyle superó el momento de apuro con destreza, me ofreció el brazo para que pudiera apoyarme y recorrimos despacio el lateral del salón de baile.

—¿En el campo también hay bailes de este tipo? —me preguntó en tono desenfadado.

Me alegré de que me diera la oportunidad de recuperar la compostura.

—Bailes sí, pero de otro estilo —admití con una sonrisa—. No hay salones tan grandes ni tantos invitados. No son muy elegantes, los músicos suelen ser mediocres y hay que tener mucha suerte para encontrar compañía con la que merezca la pena hablar.

El señor Boyle puso cara de sorpresa.

—Suena muy decepcionante.

—No, solo se puede sentir decepción cuando se tienen expectativas. Y la vida en el campo nunca me las ha generado.

La vida en casa era aburrida, así que ¿por qué iba a esperar más emoción de un baile?

—¿Ni siquiera los bailes de los libros? —preguntó el señor Boyle con interés.

Me pareció encantador por su parte sacar el tema de los libros, pese a estar paseando por un baile tan fastuoso. Sonreí satisfecha y le apreté el brazo, solo porque era muy fácil estar cerca de él y me sentía muy relajada.

—Rara vez aparecen en los libros que suelo leer, y aún nadie ha conseguido representar tan bien la realidad como mis sentidos —le expliqué.

Al poco entendí lo que había dicho: había confesado que la realidad era mejor que los lugares ficticios, cosa que me sorprendió hasta a mí.

Siempre había sido de la opinión de que las personas jamás podrían entretenerme tanto como un buen libro. ¿Sucedió que ahora las personas de mi entorno eran distintas o que yo misma había cambiado?

Tal vez un poco de ambas cosas.

El corazón ya se me había calmado y conseguí volver a interesarme por las impresiones de alrededor.

La siguiente ronda de bailes había empezado. Las parejas se arremolinaban unas con otras al ritmo de la música. Volvieron a llenar el bufé. En un momento dado, lancé una mirada breve a mi madre, que se reía con ganas. Tenía la extraña sensación de que el mundo había recuperado el equilibrio tras una larga temporada. Como el final feliz de un cuento que te deja satisfecho.

—Me alegro de oírlo —me contestó el señor Boyle.

El ambiente era armonioso. Nunca habría pensado que un baile formal podría ser así. Lo único era que tenía la garganta un poco seca. Intenté aclararla y el señor Boyle ralentizó el paso un momento.

—¿Quiere que le vaya a buscar algo para beber? —preguntó, demostrando su tacto.

—Sí, es muy atento por su parte —contesté.

El señor Boyle me llevó hacia una columna de mármol para separarse de mí con cuidado. Esbozó una sonrisa encantadora e inclinó un poco la cabeza.

—Ahora vuelvo —dijo.

Se dirigió a las mesas de las bebidas, situadas en el otro lado de la sala. Lo seguí con la mirada, admiré su paso ligero, su distinción y la educación con la que trataba a los demás invitados.

Noté una mano caliente en el hombro. Fue tan imprevisto que solté un gritito que pasó desapercibido bajo el sonido de las cuerdas. Me di la vuelta, asustada.

—Siento mucho haberla asustado, pero necesito por un momento sus conocimientos técnicos —me soltó el señor Reed sin saludar, sin una mirada atenta y sin pensar que cabía la posibilidad de que yo no lo siguiera a ciegas.

Pero eso le importaba muy poco; se limitó a hacer un gesto con la cabeza en la dirección en que pensaba llevarme y se puso en marcha antes de que yo pudiera decir nada.

—Es usted imposible —mascullé.

Hice un gesto de disgusto con la cabeza, pero la curiosidad me pudo: nunca me había pasado que un hombre como el señor Reed necesitara mis «conocimientos técnicos».

Avancé hacia él y me miró sin ralentizar el paso.

—Sí que está de mal humor —dijo con aspereza.

Puse cara de desesperación ante su falta de modales. En ese sentido, era justo lo contrario que el señor Boyle, tan galante.

—Le habría gustado que primero alabara la belleza y la elegancia de su vestido —dijo el señor Reed con su grosería habitual.

Apreté los labios.

—No, señor Reed. No soy vanidosa —contesté, un poco molesta—. Me habría bastado con un simple «buenas noches».

El señor Reed se paró tan de repente que estuve a punto de chocar con él. Me miró.

Era extraño verlo tan bien vestido. Llevaba un elegante traje negro, el chaleco de color azul oscuro, la camisa blanca discreta, pero muy adecuada. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, la mirada no estaba alterada por las gafas de lectura y caminaba erguido. Casi tenía un porte aristocrático.

—Disculpe —me dijo, con el rostro serio—. Tiene toda la razón. Buenas noches, señorita Crumb.

Me desconcertó tanto que no daba crédito a lo que oía.

—Buenas noches, señor Reed —contesté.

Él asintió, cohibido.

—¿Puedo secuestrarla para contestar las preguntas de un caballero para las que dispongo de poca información? —añadió con tono nervioso.

Suspiré con modestia.

—¿De qué caballero se trata?

—Es profesor de medicina práctica en nuestra universidad y tiene una pregunta sobre uno de los libros que salió perjudicado en el incidente de la valija —me contestó.

Sentí una pequeña decepción por la banalidad del tema.

Dimos unos pasos hacia un señor mayor con una gran mata de pelo blanco. Tenía el pulgar metido en el bolsillo de la chaqueta, en un gesto muy inadecuado.

—¡Ahí está, señor Reed! —dijo, cortante.

La cara se le descompuso cuando me miró, como si yo tuviera orejas de gato. Intenté reprimir la desagradable sensación que me asaltó y sonreí como había hecho con la señorita Brandon-Welderson.

—Profesor Serway, le presento a mi asistente, la señorita Crumb. Ella podrá contestar a sus preguntas con detenimiento —añadió.

Asentí y esperé que eso fuera cierto.

El profesor Serway se aclaró la garganta, se volvió hacia mí casi a regañadientes y me escudriñó con la mirada.

—Ya se lo he preguntado al señor Reed, pero me ha dicho que últimamente ha estado tan ocupado que no puede estar seguro —empezó a decir el profesor Serway.

Esperé pacientemente a que me diera más información; intenté no buscar al señor Boyle con la mirada. Había abandonado mi sitio junto a la columna sin más, sin pensar en él. Cuando volviera, ¿me encontraría?

—En el plan de lecturas de mi curso actual está el libro *Diagnóstico moderno*, de Albert J. Miller, pero muchos de mis alumnos dicen que esa obra ha sido víctima del agua —empezó a explicar.

No era realmente una pregunta, pero podía intuir cuál era el problema. Recordaba incluso haber buscado la documentación del libro y que el autor había adjuntado una dirección en América.

—Correcto. Sufrimos un desafortunado incidente: una valija cayó en la cúpula de cristal de la biblioteca y la lluvia destrozó una parte de la sección de medicina. Entre otros libros afectados estaba el que acaba de mencionar.

El profesor Serway arrugó la frente, ya de por sí rugosa.

—¿Está usted segura? —insistió de mala gana.

Asentí.

—Sí, profesor —contesté con frialdad.

Ese hombre era de esa clase de personas que me hacían evitar eventos y bailes como este.

—¿Y estará disponible pronto?

Noté que se me tensaban las mandíbulas al intentar sonreír. Esa misma mañana, habíamos recibido una caja entera con ejemplares nuevos, pero la obra en cuestión no estaba entre ellos.

—El señor Reed ya la ha pedido, pero la carta tiene primero que atravesar el océano. Me sorprendería mucho que el libro tardara en llegarnos menos de seis semanas —añadí.

Vi la mirada de aprobación del señor Reed, satisfecho con lo detallada que había sido mi respuesta. Y yo que pensaba dedicarme aquella noche a divertirme y a olvidarme completamente del trabajo.

—¡Es indignante! —se quejó el profesor en voz baja, con una mueca de enfado.

Parecía que aquel libro era vital para él. Mi cerebro trabajó con rapidez, buscando información que tenía enterrada en algún sitio y que ahora necesitaba recuperar.

—Creo recordar dos libros que tratan de un tema parecido —señalé.

El profesor Serway hizo un gesto escéptico. Aun así, no me dejé intimidar. Recordé el título y el autor, y que había leído uno de los dos en casa de un amigo de mi padre, cuando estuvimos invitados en su casa de campo hacía tres años. Era médico y se jactaba de su colección actualizada de obras de medicina.

—Uno es el tercer volumen de una colección de libros especializados en medicina titulado *Cuerpo y espíritu*, y el otro se llama *Procedimientos de diagnóstico aplicados*. Tal vez encuentre en esos libros una alternativa a la obra que le falta —dije.

El profesor negó vehementemente con la cabeza.

—*Cuerpo y espíritu* no basta. Del otro no he oído hablar nunca —exclamó, disgustado.

Tuve que contenerme mucho para no sentirme atacada. Al fin y al cabo, solo intentaba ayudar.

—Es de Adram Sirasch —añadí, para que al menos supiera el nombre.

Pero al profesor casi se le salieron los ojos de las cuencas del susto.

—¿Un musulmán? —exclamó, levantando la cabeza.

—¡Un persa! —Le corregí con energía.

Además, no creía que la religión influyera en el conocimiento ni en la sabiduría en cuestiones médicas. Por mucha educación anglicana que tuviera, en determinados puntos tenía que dejar espacio a la tolerancia.

—Lo que la señorita Crumb quiere decir... —dijo el señor Reed.

—Sé perfectamente lo que quiere decir la señorita Crumb —le interrumpió el otro hombre con grosería—, y es una impertinencia hacerme semejante propuesta. Incluir un libro así en mi lista de lecturas cuestionaría toda mi autoridad en el mundo científico. Estaba dispuesto a considerarla una excepción, pero ahora sé que tengo toda la razón en no considerar a las mujeres personas de pleno derecho. ¡Y usted, señor Reed, debería librarse lo antes posible de esta carga!

Lo miré con consternación, procurando que no me afectaran sus palabras. No me importaba mucho lo que la gente dijera de mí, pero una ofensa tan directa fue un golpe durísimo.

—¡Profesor! —dijo el señor Reed con severidad.

Me resultaba desagradable estar allí, me sentía aturdida y el corsé me impedía respirar bien.

—Disculpen —susurré.

Sin comprobar si me habían oído, di media vuelta y me fui casi corriendo a buscar al señor Boyle.

—Señorita Crumb —me dijo. Me miró a la cara—. ¿Va todo bien? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó enseguida, preocupado, y me ofreció el brazo para que me apoyara en él.

Ver su cara, su mirada dulce y el aprecio en sus ojos hizo que me sintiera mejor. Al fin y al cabo, solo había sido el juicio de un profesor estafalario. Qué podía importarme lo que dijera. Sus agravios no significaban nada para mí.

—No vale la pena hablar de ello —afirmé, me puse una mano en el estómago y procuré respirar con calma.

—¿Quiere sentarse? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Solo tenía que salir un momento de ese salón, no estar rodeada de las voces de cientos de personas, la música y el penetrante olor a perfume.

—Disculpe, señor Boyle, pero necesito un poco de aire fresco —le dije.

Él asintió.

—Por supuesto. ¿Puedo acompañarla? —preguntó, servicial.

Sonreí sin querer.

—Con mucho gusto —contesté, y dejé que me llevara fuera.

Atravesamos el salón de baile para llegar a la galería acristalada. El señor Boyle abrió una puerta que daba a un estrecho balcón de piedra. Me dejó pasar primero y salí a la noche gélida. En el edificio hacía tanto calor que el aire frío resultaba agradable en la piel. Se me puso la piel de gallina en los brazos desnudos.

El ambiente ahí fuera era muy distinto. Las voces se amortiguaron, la música sonaba más baja y los diminutos copos de nieve caían sobre el parque iluminado por las farolas.

Todas las malas sensaciones se desvanecieron en mi interior, quedaron olvidadas y reemplazadas por una satisfacción imperturbable.

—Hace una noche realmente maravillosa —dije en un impulso.



Contemplé el brillo de la nieve bajo la luz tenue. Era como un hechizo.

—No solo es la noche —dijo el señor Boyle a media voz.

Alcé la vista, aturdida. Me volví hacia él y vi su mirada clavada en mí, elocuente. Estaba hablando de mí.

Mi euforia se esfumó con la misma rapidez con la que había aparecido y se me formó un nudo en la garganta. No tenía respuesta a esas palabras.

El señor Boyle dio un paso hacia mí y luego otro. De pronto, colocó las manos en mi cintura. En un primer momento, me cogió tan desprevenida que apenas era capaz de reaccionar.

—Animant, la adoro —murmuró, y el oro de sus ojos se volvió líquido.

De repente, aquello me sobrepasó. Primero, la extraña aparición del señor Reed; luego, los agravios de un profesor obstinado; ahora, el señor Boyle, que se acercaba demasiado. Me rozó con las manos. No me pareció oportuno e intenté retroceder. Sin embargo, el balcón era demasiado estrecho y el vestido demasiado prominente.

—Por favor, suélteme —le pedí con amabilidad.

El señor Boyle esbozó su sonrisa encantadora.

—Jamás. Estoy decidido a aferrarme a usted toda mi vida —contestó.

En un raptó de romanticismo, no había entendido que lo decía literalmente. Me resultaba desagradable que me retuviera, me daban ganas de huir. El pulso se me aceleró. Le puse las manos en el pecho para apartarlo de mí.

—¡Señor Boyle! —exclamé con más vehemencia—. ¡Mantenga las distancias! —le ordené.

Pero él me atrajo más hacía sí. Intenté escabullirme de su abrazo, pero era fuerte y yo tenía una movilidad limitada por el vestido apretado.

—No tiene por qué hacerse de rogar, Animant. Mis sentimientos son sinceros y no tiene motivos para avergonzarse —dijo con voz aterciopelada y la mirada intensa.

Sus labios estaban cerca de los míos.

De haber estado enamorada de él, habría podido ser el momento perfecto. La nieve, la luz tenue, la música de fondo. Un escenario romántico como solo se encontraba en las novelas. Y, al final, él me proponía matrimonio.

Sin embargo, no estaba enamorada de él: no me gustaba nada mi situación. El señor Boyle me resultaba molesto. Mi entusiasmo previo se desvaneció.

No podía ser verdad. ¿Cómo había llegado a eso? Acababan de insultarme y ahora tenía que oír una declaración de amor.

Él parecía convencido de que mis intentos de resistirme eran solo un signo de falsa modestia. Así pues, poco a poco, la frustración de no entenderme se fue convirtiendo en rabia.

—¡Señor Boyle! —le increpé.

Pero él tiró de mí con fuerza. ¡Ah, no, eso no estaba nada bien!

—¡No! —grité casi a la desesperada cuando acercó su rostro al mío, a punto de besarme.

—Suéltela —ordenó una voz profunda, con tanta fuerza que no me habría sorprendido que el suelo vibrara.

Levanté la mirada: nunca había agradecido tanto ver al señor Reed, aunque acabara de enfadarme con él. El señor Boyle se estremeció del susto y separó sus manos de mi cintura, de manera que pude poner distancia entre nosotros.

—¡No es asunto suyo! —masculló, disgustado. Se le torció el gesto—. ¡No moleste!

Pude ver amargura en el gesto del señor Reed, pero sus ojos transmitían una hostilidad evidente incluso bajo la luz apagada del balcón. Sentí sorpresa, alegría y alivio.

—Tal vez —dijo sin inmutarse ni apartar la vista del señor Boyle—. Pero tengo derecho a invitar a bailar a la señorita.

Me lo quedé mirando, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Perdone? —dijo el señor Boyle con aspereza.

Yo habría dicho lo mismo.

Me abrí paso junto a la barandilla del balcón para quedar fuera del alcance del señor Boyle y luego fui saliendo poco a poco.

Con tal de alejarme de allí, era capaz de bailar con el señor Reed.

## VIGÉSIMO TERCERO, O CUANDO BAILARON LAS LUCES

Me separé del señor Boyle. Lo miré un instante, pero me arrepentí enseguida de hacerlo: en sus ojos, vi decepción; se sentía herido.

Acababa de confesarme su amor. Probablemente, incluso tenía pensado proponerme matrimonio ahí mismo, y yo le correspondía huyendo de él como alma que lleva el diablo.

Por supuesto, no había sido muy elegante por su parte abordarme de ese modo, pero, a juzgar por la sorpresa que se leía en su rostro, estaba realmente convencido de que yo le correspondería.

Agaché la mirada, me sentí fatal. Me acerqué al señor Reed, que me ofrecía su brazo. Lo acepté con discreción, procuré no mirar atrás y dejé que me llevara al cálido salón.

La mirada de sufrimiento del señor Boyle me perseguía, ni siquiera el impresionante esplendor del salón me liberó por completo de ella.

Por suerte, no nos siguió. Por mi parte, me aferré demasiado fuerte del brazo del señor Reed, que no dijo nada.

En ese momento estaban en mitad de una ronda de baile; tendríamos que esperar a que empezara la siguiente para mezclarnos en ella. Me alegró contar con aquel breve respiro.

El señor Reed me guio a lo largo de la pista y se detuvo junto a una columna. En realidad, me daba igual adónde fuéramos. Solo quería huir de mis malas sensaciones.

—¿Qué buscaba usted fuera, en el balcón? —le pregunté.

Observé su rostro anguloso, su nariz recta, el cabello oscuro, la expresión introvertida que siempre ocultaba sus pensamientos.

—A usted, señorita Crumb —me respondió tras un momento de pensárselo. Giró la cabeza hacia mí. Eso explicaba por qué había aparecido en el balcón—. Ha desaparecido tan rápido después del incidente con el profesor Serway que quería ver cómo estaba.

Parpadeé sorprendida. No contaba con eso.

—Es..., es muy amable por su parte, señor Reed —confesé, a él y a mí misma.

Intenté entender cómo encajaba que se preocupara por mí con lo que sabía de su carácter. El señor Reed volvió a desviar la mirada hacia la gente que bailaba delante de nosotros.

—El profesor no se ha cubierto de gloria, precisamente. Y eso que usted le ha tratado con una profesionalidad exquisita —añadió, evitando mirarme—. Además, a fin de cuentas, yo la puse en esa desagradable situación.

Arrugué la frente, incrédula. ¿Se estaba culpando por las palabras insolentes de un viejo testarudo? ¿Y eso había sido un cumplido hacia mí? Las dos opciones me costaban de imaginar.

Le solté el brazo con cuidado.

—Le perdono —contesté, despacio, pues no sabía si tomarme en serio su disculpa o si me estaba tomando el pelo—. También me ha salvado usted de una situación desagradable —añadí.

Algo se movió en el rostro del señor Reed.

Levantó una ceja, nervioso o divertido, costaba saberlo.

—Eso pasa cuando se juega con los sentimientos de los demás —respondió sin tapujos, y me dedicó de nuevo una mirada oscura.

Me quedé sin aliento y noté una presión en el pecho. Seguía teniendo mala conciencia con respecto al señor Boyle.

—¡No he jugado con él! —me indigné.

Eso tenía que quedar claro. No había sido un juego. No había entablado relación con el señor Boyle para romperle el corazón con mi torpeza. En absoluto.

Sin embargo, el señor Reed me miró sorprendido.

—Entonces, ¿le quiere? —me preguntó, escéptico.

Era raro hablar de eso con él. No obstante, parecía la única persona capaz de ver la situación objetivamente. Si acudía a Elisa o a mi tía, seguro que la conversación no habría sido tan distante. Y no quería ni pensar en la opinión de mi madre.

—Pensaba que estaba enamorada de él —confesé, y suspiré para mis adentros.

Durante un tiempo, había creído que mi entusiasmo pasaría a ser algo más. Siempre me habían parecido sentimientos tibios, pero en esos momentos me pareció suficiente.

Y ahora ahí estaba, con la cabeza gacha, preguntándome de dónde habían salido todas esas sensaciones que ahora eran apenas un eco cansado en mi recuerdo.

—¿Pensaba? —repitió el señor Reed, que sonó demasiado divertido para mi gusto.

Lo fulminé con la mirada y un movimiento en las comisuras de los labios le delató.

—Señorita Crumb, con su permiso, si lo pensaba y no lo sentía..., bueno, eso no es amor —me aclaró.

Solté un bufido. Me humillaba que me instruyeran de esa manera, por eso solo conseguía contestar con descortesía.

—¿Cómo iba usted a saberlo? —me burlé, disgustada, sin pensarlo mucho.

De pronto me detuve, sorprendida.

La mirada del señor Reed, normalmente tan distante, se derritió ante mis palabras. Pude ver una expresión de descontento en sus ojos, así como un leve destello de desilusión.

—Tal vez me considere un tipo raro, insensible y gruñón, señorita Crumb, pero mi corazón no es de piedra. Soy perfectamente capaz de enamorarme —dijo con firmeza.

A pesar de que lo dijo en un tono neutro, se me puso la piel de gallina y se me erizó el vello.

—Disculpe. Lo he dicho sin pensar —contesté a media voz, y bajé la cabeza.

Notaba el corazón en la garganta. Era el segundo hombre al que, esa misma noche, hería por precipitarme, aunque de dos modos distintos.

Por suerte, justo en ese momento terminó la ronda de bailes. La orquesta hizo una breve pausa y las parejas fueron cambiando. El señor Reed me ofreció el brazo, lo acepté y salimos a la pista.

—Señorita Crumb, por desgracia, debo hacerle saber que soy un bailarín absolutamente deficiente —me confesó cuando se colocó frente a mí.

Sentí un gran alivio al oírlo, porque así rompió el incómodo silencio que no me atrevía a interrumpir después de haber sido tan insensible; además, me libraba de la necesidad de estar a la altura, pues mis habilidades en el ámbito del baile también eran más bien escasas.

—Entonces ya somos dos —respondí.

El señor Reed esbozó una sonrisa.

—¿En qué estaba pensando cuando le pedí que bailara conmigo? —dijo el señor Reed entre risas.

Me sorprendió mucho que se echara a reír en semejante situación. Nunca lo había visto reír: su risa era muy suelta, incluso bastante contagiosa.

—Es culpa mía, yo he accedido —respondí, divertida, e intenté relajar la postura cuando empezó a sonar la música.

Hice una leve reverencia al inicio del baile, y el señor Reed se inclinó ante mí.

Por suerte, el baile era un minué francés bastante lento que lograríamos superar de alguna manera. Nos acercamos, nos separamos y yo choqué sin querer con la dama que tenía a la derecha. Me sonrojé, el señor Reed se rio, ni siquiera intentó disimular.

Se tomó con humor que no supiera qué hacer con la señora que se acercaba a él en diagonal, que sus giros parecieran equilibrios sobre un montón de libros y que nos entorpeciéramos el uno al otro constantemente. Era increíble, pero bailaba aún peor que yo. Cuando me pisó y estuve a punto de caer, perdí toda seriedad y no pude hacer otra cosa que reír.

—Es usted el peor bailarín que me he encontrado nunca —le reproché cuando se encontraron nuestros caminos en un cuarteto.

—La he avisado —contestó él, divertido.

No podía creer lo distinta que estaba siendo la velada. Antes me hacía ilusión pasar ratos agradables con el señor Boyle y sus ojos de color miel; ahora estaba bailando una grotesca charada con un bibliotecario.

—Debe asistir a clases urgentemente o le prohíbo volver a invitar jamás a una dama a bailar —le dije.

Lo empujé en la dirección en la que debía ir. Yo tampoco era un modelo a seguir en el baile, pero, por lo menos, sabía copiar las figuras de mis compañeros.

El señor Reed, en cambio, era el caos personificado, pero tampoco en la pista de baile le importaba.

—Normalmente, tampoco hago estas cosas —repuso cuando volvimos a acercarnos y juntos dimos cuatro pasos hacia delante y hacia atrás—. Pero las situaciones extremas requieren medidas extremas, señorita Crumb. Y para salvarla a usted de su insensibilidad hacia los sentimientos de los hombres he tenido que ponerme en ridículo en público —me susurró.

Le miré confusa. Pasé por alto su reproche y recuperé el buen humor; tras lo sucedido en el balcón, era sorprendente.

—Entonces ¿va a los bailes, pero no baila nunca? —pregunté, consciente de que él podría hacerme la misma pregunta: yo también iba a bailes sin participar. Pero él podía no ir. A mí me obligaba mi madre.

Nos volvimos a separar antes de que pudiera contestarme y tuve que esperar a que diera un sencillo giro con la dama a la que yo había empujado antes. La señora lanzó una mirada despectiva al señor Reed cuando la soltó, pese a que tendría que guiarla durante una ronda más; me miró aún más coléricamente a mí cuando cambié mi sitio por el suyo y repetí con su acompañante el mismo movimiento. Era un bailarín excelente y yo llegué sana y salva a la siguiente figura.

—Normalmente, no voy a bailes —informé al señor Reed cuando volví a estar lo bastante cerca. Me agaché con torpeza por debajo de su brazo, que no había subido lo suficiente—. Son exhibiciones absurdas de riqueza, modales exagerados y ganas de exhibirse públicamente para sacar un buen partido —añadí con desdén cuando aparecí a su lado y comprobé asombrada que había salido por el lado equivocado.

Cuando los dos nos dimos cuenta, nos echamos a reír como colegiales después de una travesura y nos ganamos miradas demoledoras de todas partes.

La música terminó, la gente que nos rodeaba aplaudió a la orquesta y nos dirigimos con las demás parejas a la contradanza más fácil de la temporada. Dios se apiadó de nosotros, pues la mayoría del tiempo nos quedamos en nuestro sitio y dejamos espacio a las parejas que pasaban por delante para que pudieran moverse alrededor.

—Solo voy a bailes cuando tengo asuntos de trabajo que tratar, o cuando mi asistenta me presiona hasta sacarme de quicio —aclaró el señor Reed.

Puse cara de desesperación por la indirecta.

—Piense algo mejor de lo que culparme —respondí.

A lo lejos, en el otro extremo de la formación, la primera pareja de baile empezaba con la secuencia de pasos. Si teníamos suerte, ni siquiera nos tocaría bailar antes de que terminara la pieza.

El señor Reed se rio de mí. Verlo tan relajado me sorprendía. Por lo general, no era así, en absoluto. Y debía admitir que le sentaba bien. Parecía más contento y un poco más feliz que con su gesto adusto. Se reía también con la mirada, se le dibujaban diminutas arrugas en el rabillo de los ojos. Su rostro parecía más alegre, más joven. Me pregunté cuántos años tendría.

A juzgar por el rastro de desolación que reinaba en el sistema de archivo de la biblioteca, hacía unos tres años que trabajaba ahí, cosa que no indicaba gran cosa. Su estilo al vestir y la seguridad en sí mismo me hacían pensar que rozaba la treintena, pero no podía ser mucho mayor de treinta y cinco años. No tenía canas y no se le habían formado arrugas en la frente.

—¿Y cuál es su excusa para no saber bailar? —me preguntó mirándome a los ojos.

Era una sensación extraña: nunca habíamos hablado de naderías. Sonreí con sorna.

—Soy torpe, mi incidente con la máquina de localizar lo dejó claro...

—Le daría toda la razón... —me interrumpió, mirándome muy seriamente —, si no hubiera jurado no volver a decir una palabra sobre ese incidente.

Asentí.

—He estado en muchos bailes a lo largo de mi vida y he bailado en muy pocos porque me pasaba las horas detrás de una cortina, con la nariz metida en un libro —contesté, y noté cómo me sonrojaba.

La verdad me abochornaba si no la adornaba con muchas capas de retórica, bromas cínicas y una pizca de arrogancia. Con todo, me sentó bien decirlo.

—Me gustaría decir que me sorprende, pero no sería cierto —dijo el señor Reed con aspereza.

Una pareja pasó entre nosotros y ejecutó su ronda alrededor. A continuación, se sucedieron más parejas en breves intervalos, por lo que no pudimos seguir conversando. La pieza terminó y apenas nos habíamos movido del sitio.

Me dieron ganas de suspirar de alivio, pues el maestro de ceremonias dio la señal para el siguiente baile. Por poco, se me para el corazón. Antes pensaba que nos habíamos librado, pero el destino nos golpeó con el doble de fuerza.

Levanté la vista hacia el bibliotecario, que se había colocado a mi lado; retrocedí unos pasos a toda prisa.

—Lo siento, señor Reed, pero no puedo bailar esta danza —me apresuré a excusarme antes de que él pudiera decir nada, y retiré las manos cuando él quiso sujetarme.

El señor Reed soltó un bufido y me miró con esa expresión irritada que tan bien conocía y que casi me resultaba familiar.

—Señorita Crumb, el vals es el único baile que domino —contestó con severidad.



Me tomó de las manos pese a mi resistencia y me colocó en una posición de baile que a mí me pareció extraña; la había visto, pero nunca la había ejecutado.

Estábamos muy cerca, como debía ser. Me hervía la cabeza de miedo, caos e inseguridad. Mis manos no sabían adónde ir, los pies no tenían ni la más mínima idea de qué hacer; cuando el señor Reed subió la mano por mi espalda, me mareé.

Por un momento, pensé en huir de la pista de baile, sin más, pero habría sido aún más vergonzoso y una ofensa para el señor Reed; en realidad, era yo quien lo había metido en esa situación.

—Lo conseguiré, Animant. Es usted lista, y yo soy testarudo —me dijo.

Pero apenas podía escucharle. Me sujetó con más firmeza y sentí que el corazón estaba a punto de salirme del pecho. Sonó la música.

El señor Reed dio el primer paso al tiempo que me empujaba hacia atrás. Tuve que seguirlo.

—Atrás, a un lado, ya. Delante, a un lado, ya... —me susurraba al oído siguiendo el compás de tres por cuatro.

Procuré seguir sus indicaciones. Sorprendentemente, solo tardé unos compases en aprender el truco. No eran movimientos complicados; nada de interminables sucesiones de pasos que recordar, como sucedía en las contradanzas. Con apenas unos cuantos pasos, salía un baile entero.

Ese era el nuevo tipo de baile. Enseguida comprendí por qué unos años antes había provocado un escándalo en la alta sociedad, pese a que el pueblo llano parecía tener menos problemas con él. Eran los movimientos de dos personas que se fundían en una sola. Al pensarlo, sentí una gran inseguridad.

El señor Reed me guio con una severidad que no me dejaba alejar del paso. No me di cuenta, hasta que empezó a dolerme, de que me estaba mordiendo el labio inferior de los nervios.

—Ahora giraremos —me avisó el señor Reed, y sus pasos nos llevaron ya al giro.

Mi vestido ondeó, los pies apenas rozaron el suelo; de pronto, noté la cabeza muy liviana.

—Lo hace muy bien —me alabó.

Noté el deje burlón en su voz grave. Quise contestarle con un sarcasmo, ocultar la vergüenza tras una máscara de palabras bien escogidas, pero no lo logré. No podía hacer otra cosa que seguir sus pasos. Cuando, de pronto, terminó la música, la gente se puso a aplaudir y el señor Reed me soltó. Estalló una burbuja y regresé a la realidad del salón.

Me tambaleé a un lado, pues aún no había recuperado el equilibrio. Por suerte, el señor Reed reaccionó enseguida: me sujetó para que me mantuviera erguida y me dedicó una sonrisa cómplice.

Me sorprendió darme cuenta de que estaba disfrutando.

## VIGÉSIMO CUARTO, O CUANDO MI MADRE NO ME ENTENDIÓ

*Estaba* en la cama, desvelada y contemplando la manta oscura. La casa de mi tía estaba en silencio y me alegré de no tener que pasar la noche en mi cuarto del edificio de personal.

Separada solo por una puerta del señor Reed.

Me resultaba imposible ordenar los pensamientos, que volvían una y otra vez al señor Reed y ese vals.

Tras el baile, me había dejado bajo la custodia de mi amiga Elisa y había desaparecido entre la gente con un «buenas noches».

Elisa se me quedó mirando con los ojos abiertos de par en par y exigió que le contara la historia con todo lujo de detalles. Fue laborioso, pero me sentó bien, porque me ayudó a reflexionar.

Pasamos la velada saqueando el bufé y riéndonos del aspecto de otras personas. Hacia el final tuve que convencer a mi madre de que no buscara al señor Boyle para invitarlo a comer al día siguiente. Habría sido realmente desagradable.

Tuvo la amabilidad de no aparecer más, y sentí de nuevo una punzada de mala conciencia.

Pese a todo, no duró mucho, tenía la cabeza hecha un lío y mis pensamientos se repetían. Siempre volvían al señor Reed. Cómo se reía, su mirada sincera, la familiaridad de sus rasgos, el tacto de su mano en la mía, sus dedos en mi espalda.

Me reprendí por mi conducta. ¿Cómo podía ser alguien tan insensato de caer de una falsa ilusión en otra? No lo iba a permitir, sin duda. ¡Esta vez no! Era una persona inteligente, debería ser capaz de no repetir mis errores.

Me puse de lado, obstinada, deseando no tener la cabeza tan ocupada y tan pocos planes para el día siguiente. Dadas las circunstancias, sería imposible distraerme.

Cuando me despertaron por la mañana, me dio la impresión de apenas haber pegado ojo. La lluvia golpeaba incansable contra la ventana y no quedaba ni el más mínimo destello de mi paraíso invernal.

Ni siquiera en mi cabeza.

Me recompuse, salí de la cama y me preparé para mi visita dominical a la iglesia.

Aparte de mí, aquella mañana no había nadie en pie. Hasta mi madre seguía dormitando tranquilamente y sentí un leve deseo de que mi padre estuviera allí para sacar a toda la casa de sus sueños y obligarlos a acompañarme.

Cumplidora, le dije al señor Dolls que enganchara los caballos al coche, me envolví en mi abrigo y cogí prestada la bufanda de mi madre porque aún no me había comprado una nueva.

Llovía a cántaros. Intenté recordar si había sido igual el día anterior al regresar a casa. Me acordaba vagamente del tamborileo en el techo del carruaje y de que mi madre me advirtió de que tuviera cuidado con la tela del vestido.

Así pues, había llovido. Estaba demasiado confusa.

Durante la misa eché tres cabezadas en mi banco, a pesar de que era realmente incómodo y de que el sermón parecía interesante.

Con todo, ese tipo de rutina me daba la seguridad de seguir siendo yo misma. Nada había cambiado, todo era como en los viejos tiempos. Yo era Animant Crumb, la hija de mi padre, una buena anglicana, una asistente de bibliotecario muy trabajadora, la chica de mente lógica y corazón reservado. Y me sentía bien como era.

Después de la iglesia regresé a casa de mi tío. Estaba demasiado agotada para volver a mi cuartito, encenderme el fuego y sucumbir a mis pensamientos.

Mi madre y la tía Lillian estaban en el salón, riendo, cuando el señor Dolls me abrió la puerta y me ayudó a quitarme el abrigo. Era un hombre silencioso

y solícito. Le di las gracias en voz baja, aunque sabía que solo formaba parte de su trabajo.

Me hizo un leve gesto con la cabeza y luego desapareció de nuevo en el fondo.

—¡Ani, siéntate con nosotras! —exclamó mi madre cuando ni siquiera había cruzado la puerta. Me indicó con un gesto entusiasta que me acercara a ella—. Tengo que decirte lo contenta que me puse cuando te vi bailar con el encantador señor Boyle. Fue precioso —dijo.

Me entraron ganas de dar media vuelta y huir de la conversación, pero sabía que tendría que enfrentarme a ella tarde o temprano, así que afronté mi destino y me coloqué al lado de mi tía en el sofá claro.

—Mamá, por favor —intenté frenarla, pero para mi desgracia no había terminado, ni mucho menos.

—Estabais espléndidos, como si estuvierais hechos el uno para el otro —continuó, entusiasmada.

Recordé que había estado muy bien bailar con él. Fue agradable, edificante, pero luego salió todo mal. El balcón, la confesión amorosa y mi rechazo. Se me erizó el vello.

—Es como si... —Siguió con una mirada soñadora, pero la interrumpí.

No soportaba que en su cabeza sonaran ya campanas de boda y estuviera imaginando el diseño de mi vestido.

—Le rechacé —dije, escueta.

La sonrisa soñadora desapareció del rostro de mi madre.

—¿Qué? ¿De verdad? ¿Te hizo una proposición? —exclamó mi tía a mi lado.

Se apoyó en mi brazo y yo di un respingo del susto. Mi madre solo era capaz de mirarme, boquiabierta. Por mi parte, me dolía la cabeza y me apetecía un té, pero suspiré y ordené mis ideas de manera que produjeran frases coherentes.

—No me hizo ninguna proposición, pero seguro que lo habría hecho de haber tenido más tiempo —confesé, a ellas y a mí misma.

Sin duda, habría ocurrido si no se hubiera acercado a mí tan deprisa y el señor Reed no me hubiera salvado de esa desagradable situación. De nuevo volvía a pensar en él; me dieron ganas de taparme la cara con las manos. ¿Por qué tenía la cabeza tan llena de pensamientos inútiles?

—Oh, no, Ani, ¿qué has hecho? —susurró mi madre, estupefacta. La sangre le subió a las mejillas y la frente. Estaba furiosa; era más que evidente—. ¡Era perfecto! ¡El hombre perfecto! Encantador, atractivo, ingenioso.

Estaba a tu altura. Y tú también te habías dado cuenta, ¡lo sé! —me reprochó, furiosa.

Apreté los labios y procuré no decir nada.

—¿Cómo puedes hacer algo tan horrible, Animant? —exclamó. De pronto, se levantó de la butaca. Me asusté—. Vas a escribirle una carta ahora mismo. ¡Vas a explicarle que fue un error rechazarlo y luego lo invitarás a comer aquí! —prosiguió.

Me pareció cada vez más alta y más siniestra. Se había pasado de la raya. Me costaba respirar de la impresión, no podía entender qué me estaba pidiendo. Yo también me levanté de mi sitio. Hasta entonces nunca me había parecido importante, pero en ese momento me sentó bien ser más alta que ella.

—No lo voy a hacer, mamá. ¡No siento nada por el señor Boyle, y no voy a seguir fingiendo otra cosa! —contesté, y cerré las manos en un puño.

Mi mala conciencia me asestó una puñalada, pero las cosas eran como eran. Había hecho que el señor Boyle se enamorara de mí, consciente o inconscientemente, y luego lo había dejado en la estacada sin más explicación. Creía que podría encariñarme con él, pero solo estaba alimentando mis propias locuras. Y ahora el pobre señor Boyle pagaría el pato.

A mi madre empezó a temblarle la nariz. Esperé que siguiera lamentándose, pero tuvo una reacción muy distinta. Empezaron a temblarle también los hombros y se le llenaron los ojos de lágrimas. Rompió a llorar y yo me quedé ahí como una estatua de cera.

Mi tía se acercó a ella con cuidado, le rodeó los hombros con el brazo con cariño y la llevó de nuevo a la butaca.

—Ya, ya... —dijo.

Estuvo hablando en voz baja con mi madre mientras ella derramaba lágrimas de desesperación, pero esta vez no parecían fingidas. Se sentía consternada y herida.

Por mi parte, me sentía fatal, no sabía qué hacer, no podía moverme, solo volvía a tener esa sensación de incapacidad para manejar sentimientos profundos.

Debía de tener el corazón de piedra, pues no sentía nada. El dolor de mi madre me resultaba incomprensible. Lo único que podía hacer en ese momento era salir del salón, hurtar tres libros del despacho del tío Alfred y volver a mi cuarto de invitados.

Abrí uno a toda prisa por la primera página sin haber visto siquiera el título y me puse a leer para no tener que seguir reflexionando sobre la vida. No quería pensar en mi madre, ni en el señor Boyle, ni mucho menos en el señor Reed.

Intenté avanzar en dos de los tres libros; luego me hundí en la cama, con dolor de cabeza. Estaba exhausta y superada por el lenguaje jurídico con el que había estado ocupada las últimas horas.

Apenas me atrevía a bajar, pero el estómago me apremiaba de una manera terrible. Lo que más me apetecía del mundo era un té.

Calculaba que debía de ser última hora de la tarde. No tenía reloj y las nubes oscuras de la lluvia no me dejaban vislumbrar hasta qué punto había avanzado el día.

Seguía lloviendo y miré por la ventana: las gotas tamborileaban contra el cristal. Vi cómo caían y acabé pensando en mi madre.

Sabía que la había decepcionado. Tenía esperanzas puestas en el señor Boyle y yo las había echado a perder. Sin embargo, ¿estábamos hablando de mi vida? ¿Por qué no éramos capaces de ponernos de acuerdo en ese punto?

Me deshice de la pereza con un suspiro y decidí plantearme de nuevo el asunto, para verlo con más claridad. Salí de mi habitación y fui a la planta baja.

Encontré a mi tía en el comedor, frente a una taza de té. Con voz cansada, me invitó a sentarme. Me acerqué a ella despacio, mientras procuraba leer en su rostro su estado de ánimo, pero no supe deducirlo.

—¿Cómo está mi madre? —le pregunté, insegura, y me senté en la silla que tenía enfrente.

—Sobrevivirá —se limitó a decir.

Llamó al señor Dolls para que me trajera un té. Faltaba poco para las cinco.

—Tiene los nervios destrozados y no te entiende. Y yo tampoco he conseguido hacérselo entender en su estado actual —me informó mi tía, que se acarició agotada la frente mientras yo desviaba la mirada hacia mis manos en un gesto humilde.

—Entonces... ¿me entiendes? —pregunté a media voz, pues era lo que se deducía de su explicación.

Ella movió la cabeza de un lado a otro, lo vi por el rabillo del ojo; luego bebió un sorbo de té.

—Comprendo que no quieras casarte solo por complacer a tu madre. Pero no entiendo cómo has conseguido no enamorarte del señor Boyle cuando

todos los demás le tenemos en tan alta estima —me explicó la tía Lillian.

Solté un profundo suspiro.

El señor Dolls me trajo un té y yo le di las gracias en silencio, con la mirada, cuando me dejó al lado una bandejita con bocadillos. Fue muy amable por su parte.

—A lo mejor es que no soy capaz de enamorarme —murmuré, al tiempo que cogía un bocadillo y le daba un mordisco.

—¡Eso es una tontería, Animant! —respondió mi tía, casi enfadada.

La miré. Tenía los codos apoyados en la mesa; la frente, por lo general tan lisa, la vi llena de arrugas. Parecía mayor de lo habitual, más cansada.

—Yo ya tenía veintiséis años cuando conocí a tu tío. Mi familia me había dado por perdida hacía tiempo y me había tachado de solterona. Siempre creí que no existía el hombre para mí —me explicó.

No lo sabía. Y pensaba que era más joven.

—Entonces conocí a Alfred, y fue como una tormenta en mi alma. Estaba tan enamorada que le entregué mi corazón en el acto. Por fin supe lo que significaba el amor en realidad —añadió.

Escuché sus palabras sin saber adónde quería ir a parar, pero su mirada me retenía, transmitía que lo que venía era realmente importante.

—Animant. Tú no eres una chica sin recursos ni estás desesperada. Por favor, no te cases con un hombre si por lo menos no te sientes como yo con tu tío. De lo contrario, querida, tendré que quitarte la idea de la cabeza por la fuerza —me amenazó.

Noté que un calor agradable empezaba a extenderse por mi pecho. Hacía mucho tiempo que deseaba que alguien me dijera esas palabras. Sonreí. Sentí que alguien me comprendía. Es más: deseé que algún día me arrollara esa tormenta en el alma y entregar mi corazón.

—Gracias —susurré.

La tía Lillian me devolvió la sonrisa.

—No te preocupes por tu madre. Lo superará —dijo con un gesto despreocupado—. Tal vez sea mejor que vuelvas a tu cuarto de personal y dejes que esté de morros unos cuantos días. Cuando podamos volver a vernos para almorzar, te lo haré saber.

Asentí, bebí mi té y me comí hasta la última miga de todos los bocadillos.



## 25

# VIGÉSIMO QUINTO, O CUANDO PERDÍ EL APETITO

*Terminé* de beber, le di un abrazo a tía Lillian y le dije al señor Dolls que pidiera el coche para regresar al edificio de personal con los pies secos.

No había parado de llover. Incluso ahora lo hacía de un modo más intenso; fuera estaba tan oscuro que parecía que ya había anochecido.

De regreso en mi pequeño cuarto frío, ordené unas cuantas cosas, encendí el fuego y bajé a cenar al comedor. Tenía un hambre de lobo y devoré tal cantidad de tortitas que la señora Christy no daba abasto para hacerlas en la sartén grande.

Ella se limitó a reír y a servirme una compota casera de manzana. A continuación, subí a rastras a mi cuarto, ahora ya calentito, con esa agradable sensación de tener el estómago lleno.

Estaba tan agotada que apenas hubiera podido leer una línea, así que me acosté y me quedé dormida en el acto.

Por suerte, dormí tranquila y sin soñar, pese a que al otro lado de la ventana se desató una tormenta. Dormí tan profundamente que cuando oí que llamaban a golpes a la puerta me desperté con un susto.

Soñolienta, apenas entendía de dónde procedía ni qué significaba ese ruido. Entonces oí a la señora Christy.

—Señorita Crumb, ¿está usted bien? —preguntó con voz maternal a través de la puerta.

Me senté en la cama con dificultad. Me froté los ojos, procuré mantener el equilibrio, pensar con claridad y me tambaleé descalza sobre el frío suelo.

Giré la llave como en estado de trance y abrí la puerta.

—Sí, claro. ¿Qué le hace pensar lo contrario? —pregunté a media voz, y miré medio dormida su rostro redondo.

—Bueno, señorita. No ha bajado a desayunar y he pensado... —empezó, titubeante.

Me observó con disimulo, pues estaba en camisón frente a ella.

Un momento, ¿había dicho desayuno?

La cabeza me daba vueltas. Eché un vistazo a las manecillas del despertador. ¡No había sonado!

Ya eran las siete y cuarto y sentí que me daba un vuelco el corazón. Al instante, la cabeza despertó del todo.

—Oh, no, ¡me he quedado dormida! —exclamé, disgustada. Me toqué con los dedos el cabello revuelto de dormir. ¡Nunca me había pasado algo así! Seguramente, me olvidé de poner el despertador—. Discúlpeme —me disculpé.

La señora Christy se limitó a asentir con una sonrisa en los labios antes de cerrar de nuevo la puerta y dejarme sola con mi pánico.

Corrí a lavarme y vestirme, me pillé los dedos dos veces en los ganchitos del corsé y necesité varios intentos hasta que conseguí abrocharme bien la blusa.

Estaba aturdida. Me pasé el peine por el pelo, lo recogí lo justo y me enfundé enseguida el abrigo.

Por desgracia, ya no quedaba tiempo para el desayuno. Bajé corriendo la escalera con la esperanza de que la copiosa cena de la víspera evitara que me incomodara el estómago. A fin de cuentas, solo tenía que aguantar hasta el mediodía. Sin embargo, cuando me encontré a la señora Christy en la puerta y me puso en la mano un paquete envuelto en una tela, me habría tirado a su cuello..., de no haber tenido tanta prisa.

—¡Es usted un ángel! —exclamé.

Ella se despidió entre risas con un gesto.

Recorrí el camino hasta la biblioteca a toda prisa, bajo la fina llovizna que sucedió a la tormenta. Llegué sin aliento, acalorada y con el cabello empapado. Alcancé la puerta del vestíbulo seis minutos tarde, exactamente.

Mientras corría, me desabroché el abrigo, atravesé velozmente la sala de lectura y subí la escalera hasta la galería circular. De pronto, me enredé con las mangas. Me costó salir sin arrancarme un botón y estuve a punto de chocar con el hombre que salió de la puerta justo a mi lado.

Vi al señor Reed, con su traje marrón, las gafas en la nariz y su mirada sombría clavada en mí. Mi corazón, que ya latía con fuerza por las correrías, empezó a dar brincos al verlo, se aceleró aún más y me dejó sin respiración, ya de por sí entrecortada.

—Llega tarde —masculló, malhumorado.

Se empujó las gafas desde la punta de la nariz y se dio la vuelta, sin más.

Me encontraba fatal. Tenía problemas de circulación. Me apoyé con una mano en el marco de la puerta del despacho del señor Reed, por la que había desaparecido sin dignarse a mirarme de nuevo.

—Disculpe —dije con un hilo de voz. Respiré hondo, temblorosa, para llenar los pulmones ardientes de aire—. Yo... —empecé a explicarle lo que había pasado, pero me interrumpió con brusquedad.

—No me interesa. ¡Usted haga su trabajo! —me reprendió, al tiempo que cogía unos documentos de su escritorio.

Noté una punzada en el pecho; lo atribuí a mi mal estado físico, pero, en realidad, respondía a cómo me había respondido el señor Reed.

—Sí, señor —dije, turbada, casi me atraganté con mis propias palabras.

Huí a la pequeña sala de espera de al lado. Me senté, colgué el abrigo en el respaldo de la silla y volví a respirar hasta que dejaron de dolerme los pulmones y solo quedó un leve dolor de cabeza.

En vano, intenté comprender la conducta del señor Reed. ¿No habíamos estado dos días antes en una fiesta y habíamos bailado juntos? ¿No se había mostrado amable, perspicaz, incluso divertido?

Hice un gesto de desesperación con la cabeza. ¿Qué esperaba? ¿Que siguiera siendo así? ¿Que a partir de ahora me recibiera con una sonrisa y además me hiciera la corte? Claro que no.

Era mi jefe y yo era su asistente. No había más. A decir verdad, se había comportado como siempre: sin educación y bruscamente. Era mejor así. Había notado que empezaba a sentirme entusiasmada, pero era absurdo e inoportuno.

¿El señor Reed y yo? Nunca jamás.

Necesitaba ese chasco para volver a centrarme. Todo iba bien. Yo estaba bien. El peso en mi alma era un error.

Me ocupé de los periódicos, tras pagar a Phillip Tams, que estaba acatarrado. Luego fui hasta el archivo, que me daba tanto miedo como el primer día.

Me senté en la sala, clasifiqué los libros que habían llegado el domingo y creé anexos en las entradas que ya existían. Me escudé en los documentos para no volver a cruzarme tan pronto con el señor Reed. Ni siquiera sabía por qué me sentía tan miserable al pensar en él.

Saqué las plaquitas metálicas pertenecientes a los libros de una cajita donde las tenía guardadas y me acerqué a la remachadora. Tras fijarlas en los

libros, sujeté la palanca con un bufido. Tendría que hacer bastante fuerza.

Me concentré, me apoyé contra la palanca, usé el peso del cuerpo para bajarla y suspiré aliviada cuando el aparato se desplazó con un crujido.

Era mi primera tarea y ya me dolían los brazos.

Aunque intenté evitarlo, recordé cómo el señor Reed había entrado en la sala aquella vez. Solo necesitó un brazo para mover la palanca. ¿Cómo podía ser? ¿De dónde sacaba tanta fuerza un hombre que se pasaba la vida sentado en un escritorio consultando libros? Cuando me sacó de la máquina, tampoco pareció que le costara levantarme, y yo no era precisamente ligera. Para ser mujer, era bastante alta. Con eso ya habría bastado, pero mi buen apetito hacía lo demás.

Me llevé la mano a la barriga, ensimismada. Noté el vacío en el estómago bajo el corsé. Se me había olvidado tomar el desayuno que me había dado la señora Christy.

Sorprendentemente, en ese momento no me apetecía comer. Por algún motivo, aún me sentía confusa como el día anterior, pese a haber obtenido la mejor excusa para mandar al cuerno mis distorsionados sentimientos. Y ahí estaba yo, sintiéndome fatal.

Me ponía furiosa. La vida podía ser muy fácil, pero mi mente se negaba a aceptarlo.

Levanté de nuevo la palanca, saqué el libro y cogí el siguiente. Por lo menos, eso ayudaba a aplacar mi ira.

Cuando iba por el noveno, el sonido del Big Ben me recordó que ya eran las once y que Oscar y Cody pronto necesitarían mi ayuda en el mostrador del vestíbulo. Había contenido la rabia y me dolían los brazos.

Con todo, seguía sin tener apetito.

Me limpié las manos polvorientas con un trapo y me arreglé el cabello, al que tan poco tiempo había dedicado esa mañana. Aunque sin espejo, conseguí peinarme la melena rubia en una trenza y recogerla en la nuca en forma de moño. No era muy laborioso ni especialmente elegante, pero bastaba para estar presentable.

Me dirigí al vestíbulo a paso ligero, siempre con el leve miedo de toparme de forma imprevista con el señor Reed y llevarme una dura reprimenda. Era un temor absurdo, pero no podía evitarlo.

Delante del mostrador se amontonaban los libros devueltos. Empecé a repartirlos por distintos carros después de saludar a toda prisa a Cody y a Oscar. Estaban bastante ocupados atendiendo a los muchos estudiantes que abarrotaban la biblioteca y que hacían un ruido poco habitual en aquel lugar.

—¿Qué está pasando? —pregunté cuando Oscar se acercó lo suficiente a mí.

—Termina el primer plazo de entrega de trabajos. Hay una semana que es un infierno —me informó con rapidez; luego sacó del cajón la tarjeta que buscaba.

Asentí y dejé que siguiera.

Ya no llamaba la atención de nadie. La mayoría de los estudiantes me habían visto en la biblioteca durante las últimas dos semanas; se habían acostumbrado a mi presencia. Eso me tranquilizaba.

Cuando terminé de clasificar y empujé el primer carro hacia la sección de derecho, noté una mirada clavada en mí. Descarté esa sensación y dejé el carro bajo la escalera, para que no obstaculizara el paso. Bajo la sombra de la galería circular, intenté ver el título del libro que estaba sacando del carro, para poder devolverlo a su sitio.

Alguien se aclaró la garganta a mi lado. Giré la cabeza, molesta. Cuando me topé con el señor Boyle, casi se me para el corazón.

Estaba justo a mi lado. Nervioso, sostenía su sombrero entre los dedos. Me miraba fijamente, con ternura.

—Buenos días, señorita Crumb —me saludó, muy cortésmente.

Yo solo pude pensar en huir. Quería irme, no tener esa conversación, pero no sabía cómo.

—Señor Boyle —logré decir, y me aferré al libro que acababa de coger.

No podía decir nada, notaba una presión en la garganta y me costaba tragar.

—He venido a disculparme —dijo.

Parpadeé confundida. Me parecía raro que quisiera disculparse cuando era yo quien le había tratado con tan poco tacto. ¿Qué me había perdido?

Tragó saliva, nervioso, se mordió el labio inferior y bajó la mirada, turbado.

—Yo... he entendido que el sábado actué con demasiado ímpetu. La asusté y es comprensible que, como chica decente que es, emprendiera la huida —acabó diciendo con dificultad.

Seguía sin saber qué decirle, pero él aún no había terminado.

—Por eso he venido, para presentarle mis disculpas. En persona. Yo... quería invitarla a comer. Si usted me perdona —acabó, bajando la voz, y me tendió la mano a modo de invitación.

Se me encogió el estómago. Por desgracia, no había entendido que mi huida del sábado había sido un rechazo. Seguía convencido de que nos unía

algo más, y me ponía en el aprieto de tener que decírselo ahora.

Habría preferido desmayarme para poder salir de allí, pero tampoco estaba tan mal, por lo que tuve que afrontar la situación.

Apreté con más fuerza el libro y pensé en mi madre. Qué fácil sería hacerla feliz, aceptar la mano del señor Boyle y que todo quedara olvidado.

Sin embargo, así no haría más que engañarme y abocarme a la infelicidad. Y al señor Boyle.

—No puedo —dije.

En sus ojos color miel se intensificó aún más el arrepentimiento.

—Lo siento, de verdad. Estaba eufórico. El baile...

—No, señor Boyle, le perdono. —Lo iba a liberar de su tormento interior solo para causarle otro mayor—. No puedo comer con usted porque no quiero seguir dándole la falsa impresión de que siento algo más que una buena amistad —dije.

Soné más firme de lo que me sentía. Era horrible decirle eso a la cara a otra persona.

Había leído sobre damas muy solicitadas que rechazaban a centenares de pretendientes. Se presentaba como una diversión, como si así fueran más conscientes de su belleza y gracia, como si se sintieran reforzadas. No era así. Me sentía fatal, como una víbora o una bruja maligna.

El señor Boyle se había quedado estupefacto; bajé la mirada a mis dedos, que seguían aferrados a las tapas de piel del libro.

—¿Me está rechazando? —dijo, sorprendido, en un tono más alto de lo habitual, demasiado para una biblioteca.

Por el rabillo del ojo, vi que se tambaleaba y que se apoyaba con la mano en la escalera que tenía al lado. Negó con la cabeza y soltó una risa amarga, como si no pudiera creer lo que acababa de decir.

De pronto, se hizo el silencio alrededor, mi estómago rugió y me sonrojé de vergüenza. No levanté la mirada, no quería ver cómo nos observaba todo el mundo.

—Yo... —dije, vacilante, pero el señor Boyle ni siquiera me oyó.

—¿No soy lo bastante bueno para usted? —soltó.

Advertí el dolor en su voz.

No era lo que quería. Nada de todo eso. Tampoco pretendía que se sintiera poca cosa. Porque no lo era. Era un hombre fantástico, encantador, educado, galante y atractivo.

Simplemente, no le amaba.

—No se trata de eso, en absoluto.

—Sí, Animant, se trata de eso.

Su voz resonó en la sala de lectura. El mundo alrededor contuvo la respiración. No me pareció correcto que se dirigiera a mí por el nombre de pila.

—Por favor, baje el tono —le rogué, deseando que me tragara la tierra.

Ahora todo el mundo sabía que había rechazado a un hombre. Una información que no pretendía compartir con todos los estudiantes de Londres.

—¡Hablo tan alto como considero adecuado, teniendo en cuenta que me acaba de arrancar el corazón del pecho!

No se me ocurría absolutamente nada que pudiera liberarme de esa situación, pero tal vez ese fuera mi castigo por haber cometido un delito contra un hombre enamorado.

Di un respingo cuando de repente alguien bajó corriendo la escalera. El señor Reed asomó por la esquina como una demoniaca criatura del infierno. Tenía el rostro contraído en una mueca de enfado. Aun así, se me aceleró el corazón, porque, una vez más, había venido a salvarme.

Probablemente, lo que pretendía más bien era recuperar la calma para su biblioteca, me dije. En cualquier caso, fuera para lo que fuera, ya me iba bien.

—Señor Boyle —dijo el bibliotecario cuando se acercó a nosotros.

Este torció el gesto en una mueca involuntaria.

—¡Usted otra vez!

El señor Reed ni siquiera pestañeó.

—Sí, resulta que soy yo. Y estoy aquí para pedirle que salga del edificio —respondió, más gruñón que nunca.

—La señorita Crumb y yo estamos manteniendo una conversación.

Me puse rígida: si proponía que lo acompañara fuera, no podría negarme. No sería capaz.

—Señor Boyle —contestó el señor Reed con un deje nervioso en la voz —, sinceramente, este no es el lugar adecuado, y la señorita Crumb tiene que trabajar. Si le impide seguir con su labor, me verá obligado a expulsarle.

El tono era cada vez más duro; la actitud, más amenazadora; a la mirada oscura se añadía que volvía a tener ojeras.

El señor Boyle soltó un bufido.

—Me voy —dijo.

Sentí ganas de soltar un gran suspiro de alivio.

—Pero solo para no importunar a la señorita Crumb. ¡No porque haga caso del hijo de un carnicero! —masculló, se volvió con brusquedad hacia mí, que me quedé de piedra.

Me miró, con la tristeza y la decepción reflejada en los ojos; por un momento, pensé que me dirigiría de nuevo la palabra. Sin embargo, no lo hizo. Incluyó un poco la cabeza a modo de despedida. Asentí un poco, automáticamente, y se fue a toda prisa.

Los estudiantes que estaban alrededor y nos miraban boquiabiertos volvieron a darse la vuelta, abochornados, procurando no mirar a nadie. Incluso hicieron espacio al señor Boyle para que pudiera irse lo más rápidamente posible.

Entonces me permití respirar. Ese terrible desencuentro había terminado. Al menos, por el momento.

El señor Reed se acercó a mí, estiró la mano y, con un gesto burdo, me quitó el libro que tenía contra el pecho.

Levanté la vista y me topé con su mirada hostil, clavada aún en la dirección por donde el señor Boyle había desaparecido. Al parecer, sus palabras le habían ofendido de verdad.

La gente que había en la biblioteca regresó a sus tareas, pero ni él ni yo nos movimos. Nadie dijo una palabra.

Repasé lo que había pasado: la decepción del señor Boyle, su enfado, mi incapacidad para solucionar la situación y la aparición del señor Reed, que me había librado de aquello. Aún tenía el corazón acelerado y me acerqué un poco al bibliotecario para estar un poco más cerca de él. Aquello también era absurdo.

—¿Es usted hijo de carnicero? —pregunté en voz baja.

La pregunta también me sorprendió a mí misma, en medio de todo aquel batiburrillo que había en mi cabeza. En realidad, no sabía casi nada de él. Pero, aun así, no esperaba que fuera de clase trabajadora. Por cómo miraba con desprecio a la gente, pensaba que era el hijo excéntrico de unos padres ricos.

Pero ¿un carnicero?

Me miró vacilante y cansado. No se movió de donde estaba, tan cerca de mí.

—Sí —contestó.

Quisiera o no, me había picado la curiosidad. Necesitaba que hablara conmigo, que me explicara todo aquello. En el baile se había abierto conmigo, pero hoy apenas había dicho esta boca es mía. Todo lo que salía de su boca era grosero.

—¿Y cómo llegó a ser bibliotecario? —pregunté, con la siguiente pregunta quemándose en la lengua. Tuve ganas de interrogarlo hasta que me



contara algo—. ¿Siempre le interesaron los libros? ¿No quería seguir el oficio de su padre?

Pero su mirada no se volvió más amable. Más bien al contrario. Se me encogió el estómago.

—No pregunte tanto —respondió, y desvió la mirada hacia el título del libro que me había quitado—. No todo el mundo tiene el honor de proceder de una casa rica —añadió.

Entendí qué era lo que le había ofendido del señor Boyle.

Se colocó las gafas con torpeza, dio media vuelta y se acercó a la estantería que tenía al lado para dejar el libro en su sitio.

Cogí el siguiente libro, lo giré en las manos y se lo pasé. Sin hacer comentarios, lo colocó en la estantería.

Normalmente, no entraba dentro de sus funciones, pero no me sorprendió. Colocar libros en su sitio era tranquilizador. A mí también me pasaba, así que le di el siguiente.

Esta vez no lo solté cuando me lo quiso coger. Él me miró intrigado.

Respiré hondo, reuní todo mi valor y abrí la boca.

—No tengo tanto mundo como otros, señor Reed —le dije; nuestras puntas de los dedos se rozaron en el lomo del libro—. Pero, si algo sé, es que el honor y la riqueza no van unidos necesariamente.

El señor Reed no me contestó, pero yo tampoco le exigí una respuesta. Retiré la mano y le di el libro. Un cosquilleo me subió desde el dedo hasta el codo.

Le estuve dando libros en silencio. Él los fue colocando en su sitio en la estantería. Encontraba su lugar mucho más rápido que yo, como si se lo supiera de memoria. Pocas veces se volvía hacia mí y vi aún más claro que parecía exhausto, abatido.

Cuando se puso a toser desde lo más profundo de los pulmones y procuró disimularlo, estuve segura.

—Señor Reed, ¿está usted enfermo? —pregunté sin tapujos.

Él frunció el entrecejo.

—Un resfriado no mata a nadie —gruñó, mirándome por encima de los cristales de las gafas. Tenía los ojos vidriosos. Sin duda, estaba enfermo.

Eso explicaba su actitud aún más lacónica, su mal humor y las miradas furiosas. No era que de pronto me odiara; simplemente, no se encontraba bien.

Me dejé de emociones y pensé con lógica: alguien enfermo no debería trabajar, y mucho menos si al hacerlo trataba mal a sus empleados.

No le dije que mucha gente había muerto de un resfriado. Me acerqué con resolución a él y, sin previo aviso, le puse una mano en la frente. Estaba ardiendo. Además, noté que estaba temblando.

Él retrocedió, se quitó las gafas de la nariz con un bufido y se frotó los ojos cansados. Me preocupó.

—Tiene gripe. Debe guardar cama —insistí.

Él negó con la cabeza vehementemente.

—Señorita Crumb, aquí hay bastante que hacer. No puedo malgastar el tiempo en...

—Claro que puede. Lleva toda la mañana de un humor de perros y no creo que haya trabajado mucho en este estado —repliqué sin más, y me alegró notar que había recuperado la calma interior.

—Hay cartas que contestar —murmuró.

Hice un gesto escéptico. Hasta ahora, no había visto que considerara prioritario ocuparse del correo.

—Los señores que llevan semanas esperando una respuesta seguro que podrán aguardar unos días más —repuse.

—Yo... —Se agarró la cabeza y se tapó los ojos con la mano—. Maldita sea, no puede ser que ni siquiera pueda discutir con usted de algo tan banal —gruñó para sus adentros.

Al darme cuenta de que había vencido, reprimí una sonrisa. Me haría caso y se iría a casa. Por mi parte, podría hacer mi trabajo tranquilamente y sin tener que esconderme de su mal humor.

—Váyase a casa, señor Reed. Acuéstese y deje que la señora Christy le prepare una sopa —le dije.

No era una propuesta, sino una orden. Y él lo sabía. Al principio, me miró con una leve desconfianza. Sus ojos oscuros parecían perforarme. Se me aceleró el corazón. Luego cerró los ojos, casi rendido, y se cruzó de brazos.

—Está bien. —Arrugó la frente—. Usted me sustituye y se ocupa de todo. Y, por lo más sagrado, ha de prometerme que no va a tocar nada de mi despacho.

Le sonreí.

—Por supuesto, señor Reed.

Él negó con la cabeza, me lanzó otra mirada colérica y se dio la vuelta.

—Tiene que quedarse hasta las seis —dijo cuando ya estaba subiendo la escalera.

Me sorprendió que me lo dijera de forma tan explícita a pesar de que ya me lo imaginaba.

—Lo haré, señor Reed —dije, con lo que me gané las miradas airadas de unos cuantos estudiantes que alzaron la vista de sus libros en la sala de lectura.

## VIGÉSIMO SEXTO, O CUANDO EMPECÉ A PREOCUPARME

*Oscar* no había exagerado cuando había dicho que sería un infierno. Me pasé casi toda la tarde con la devolución de libros; el resto del tiempo lo dediqué a dejar en su sitio los ejemplares que los estudiantes habían colocado mal.

Pese a todo, no se acababa nunca. El caos seguía extendiéndose, así que renuncié incluso a la pausa del mediodía. De todas formas, no habría podido engullir nada.

Entre tanto me había metido en la boca unas migas del pan que la señora *Christy* me había dado, no tenía tiempo para más.

Cuando la biblioteca se fue vaciando, poco a poco, hacia las seis, respiré aliviada, dejé el libro de derecho que acababa de sacar de la estantería de filosofía, lo puse en el siguiente carro y fui a la sala de lectura a ordenar el material que los estudiantes habían dejado sin cuidado sobre las mesas.

*Cody* y *Oscar* me ayudaron. *Oscar* me aseguró que al día siguiente estarían los dos para ayudarme, hasta que el señor *Reed* se recuperara de la gripe.

Se lo agradecí, me despedí de ellos y estuve ordenando libros hasta las seis y media.

Hacia el final reprimí la necesidad de pasar de nuevo por todos los estantes para encontrar posibles volúmenes mal colocados; habría tardado horas y estaba exhausta.

Por lo menos, me había distraído de mis agitados pensamientos. Esa era la auténtica bendición de ese trabajo: durante un tiempo, podían dejarse a un lado las preocupaciones y liberar la mente.

Ahora podía pensar con más claridad acerca del pobre señor *Boyle*, las situaciones confusas, la decepción de mi madre y lo que sentía o no por el

señor Reed.

El señor Boyle solo necesitaba tiempo y distancia, y yo no podía hacer más que apartarme de su camino.

A mi madre también le hacía falta tiempo, pero decidí reunirme con ella de nuevo. Necesitábamos mantener una conversación sencilla en la que le explicara cómo me hacían sentir sus planes. Siempre había reaccionado a la defensiva, pero nunca había intentado hablar con ella.

La situación con el señor Boyle me había enseñado que a menudo una palabra sincera causa menos problemas que dejar pasar las cosas sin más con la esperanza de que al final llegue el mejor resultado.

Y en cuanto a lo que había sucedido con el señor Reed, solo podía ser la consecuencia de una velada emocionalmente agotadora. Me había salvado de una situación comprometida y había conversado conmigo con amabilidad. Y mi mente había reaccionado sintiéndose atraída, era algo comprensible.

Pero no podía fiarme de ese tipo de sensaciones. Aquello no era más que ruido que desaparecía rápidamente. Me propuse no seguir pensando en ello y emprendí el camino a casa.

Volvía a llover con fuerza. Cuando llegué a la puerta del edificio del personal y me dio la bienvenida el calor de la casa, me sentí contenta.

De la cocina me llegó el olor a pescado asado, pero no tenía mucho apetito, a pesar de que casi no había comido.

Cerré la puerta con un suspiro. Tal vez yo también había enfermado. El apetito era algo que nunca me fallaba.

Me sacudí las gotas de lluvia del abrigo y me volví hacia la escalera para desaparecer en mi habitación. Sin embargo, justo en ese momento se abrió la puerta de entrada al comedor. La señora Christy salió al pasillo. Llevaba en las manos una cesta con haces de leña. Me miró sorprendida.

—Señorita Crumb, buenas noches —me saludó.

Sonreí.

—Buenas noche, señora Christy —contesté.

Me quedé un poco indecisa al pie de la escalera.

—¿No va a cenar?

Noté una necesidad de suspirar que reprimí a toda prisa; sonreí y rechacé la oferta, agradecida.

—He tenido un día muy ajetreado. Será mejor que me retire —me justifiqué.

La señora Christy hizo un gesto de preocupación.

—Ay, señorita Crumb, ¿no estará usted también enferma? —preguntó con angustia en los ojos—. El señor Reed tampoco ha querido comer, aunque eso no es que sea nada extraordinario. Pero es que ni siquiera ha abierto la puerta para tomar un té —dijo con un bufido.

Se la notaba preocupada.

—¿Entonces le ha contestado? ¿Está segura de que no le ha ocurrido nada? Tenía mucha fiebre cuando le dije que se fuera a casa —pregunté con cierta precipitación.

La señora Christy hizo un gesto de impotencia.

—Señorita Crumb, debe entender que el señor Reed es un cascarrabias. Jamás me atrevería a entrar en su cuarto sin permiso.

Asentí. El señor Reed le daba miedo.

Así pues, no había comido mucho más que yo en todo el día, cosa que no era nada bueno para un enfermo.

Me sentí angustiada. Descarté la idea de que solo deseara que el señor Reed se recuperara para evitar la carga de la responsabilidad y mantener mi día a día habitual. La biblioteca se había sumido en el caos y yo no había estado a la altura.

—Deme la comida del enfermo. Lo intentaré yo esta vez —me ofrecí.

La señora Christy asintió.

—Es usted muy buena chica.

Pero yo sabía que no lo hacía por bondad.

Dejó la cesta en el suelo y atravesó corriendo la puerta que daba a la cocina. Tardó apenas cinco minutos en regresar con una bandeja en la que llevaba un cuenco con sopa espesa, unos cuantos bocadillos pequeños, una tetera y dos tazas. Me sorprendió. ¿Esperaba que el señor Reed y yo tomáramos juntos el té? Impensable.

—Mucha suerte —me deseó la señora Christy, que me dio la bandeja y desapareció con una sonrisa tímida en la cocina.

Parecía aliviada de no tener que volver a llamar a la puerta de aquel hombre. ¿Cómo había tratado el bibliotecario a esa pobre mujer para que ella se sintiera tan intimidada?

Trabajosamente, subí la escalera. Necesité echar mano de toda mi concentración para no tirar nada de lo que llevaba en la bandeja, haciendo equilibrios. La dejé sobre el armarito del pasillo, abrí mi puerta, me deshice del abrigo y volví a salir para llamar a la puerta del señor Reed.

No se oía nada. Volví a llamar y esperé. Me pregunté cómo sería su cuarto. Cambié el peso de un pie a otro.

Seguía sin ocurrir nada.

¿Habría salido? No creía.

Llamé por tercera vez, esta vez un poco más fuerte y con más energía, pero nada.

La señora Christy tenía razón: no tenía sentido quedarse ahí sintiéndose ignorada.

Dejé la bandeja en el armarito del pasillo y volví a mi cuarto.

La puerta se cerró de un golpe y me desplomé en mi butaca. Destrozada tras esa dura jornada laboral, suspiré. De pronto, el incidente con el señor Boyle me parecía muy lejano, como si ya hubieran pasado semanas.

Sin embargo, recordaba con precisión cuando las puntas de los dedos del señor Reed y las mías se habían rozado en el lomo de un libro.

El señor Reed se había mostrado muy huraño; sin embargo, todo quedó perdonado y olvidado en el momento en que vi que tenía fiebre.

Seguro que luego se fue a casa dando tumbos, se acostó en la cama. No abriría porque estaba profundamente dormido.

Eso esperaba. En realidad, no sabía si el señor Reed sería razonable con su enfermedad. Probablemente, se le había ocurrido trabajar un poco más en casa, se había sobrepasado, se había desmayado y se había dado un golpe en la cabeza tras sufrir una bajada de tensión.

Me levanté de mi butaca y procuré descartar esos pensamientos, pero no paraba de asaltarme la imagen de un hombre tumbado en el suelo, desangrándose solo en su cuarto porque su ama de llaves no se había atrevido a entrar en su habitación. Me acaloré y sentí la necesidad de asegurarme de que estaba bien.

Atravesé mi cuarto sin hacer ruido, me contuve, saqué un libro de la estantería, lo abrí, no leí ni una frase y lo volví a dejar.

Era inútil: necesitaba averiguar si estaba bien.

Aunque no estuviera tan mal y solo estuviera tumbado en la cama, ¿quién iba a cuidar de él? ¿Le dolían las extremidades doloridas, tenía la cabeza espesa y estaba demasiado débil para abrir la puerta?

Pensé que no era asunto mío. Incluso lo dije en voz alta para convencerme, pero no funcionó.

No tardé ni cinco minutos en abrir mi puerta, salir al pasillo y llamar de nuevo a la del señor Reed, tan fuerte que me dolieron los nudillos. No hubo respuesta. Apoyé la oreja contra la madera, escuché con la experiencia de años haciéndolo, pero no oí ni el vuelo de una mosca.

Mi mente me decía que mis miedos eran solo producto de mi desbordada imaginación, pero mi corazón no estaba dispuesto a dejarse convencer y gimoteaba aún más fuerte en el pecho.

—¡Señor Reed! —grité, sin aliento, un tanto histérica, y volví a gritar su nombre.

Apreté el pomo a modo de prueba, solo para ver si la puerta estaba realmente cerrada. No se abrió, por supuesto.

Me retorcí las manos, intenté reflexionar sobre los sentimientos confusos que me nublaban la cabeza y comprendí que la solución estaba en mi mano. Solo me faltaba decisión.

Moví la cabeza hacia la nuca, noté la musculatura del cuello en tensión, cerré los ojos un momento y me mordí el labio inferior.

Seguía resistiéndome, pero sabía que lo iba a hacer. Así pues, ¿para qué esperar?

Volví corriendo a mi habitación, cerré la puerta y me acerqué a una de mis estanterías. El cofre con la tapa tallada estaba ahí. Abrí el cierre que no pensaba volver a utilizar hasta que me mudara del cuarto. Saqué la llave y desvié la mirada hacia la puerta, la que había jurado no abrir jamás. La que le dije a mi hermano y a mi amiga Elisa que no necesitaría.

Me acerqué a ella, empujé con todas mis fuerzas mi arcón de la ropa hacia la cama y metí la pesada llave en la estrecha cerradura.

El cerrojo chirrió cuando lo moví; mientras ponía la mano sobre el pomo, noté una sensación desagradable en el estómago.

Presioné hacia abajo el frío metal, contuve la respiración y tiré de la puerta hacia mí.

Justo en el marco, a mis pies, había un montón de libros. No sabía qué esperaba, pero me sorprendió. Era como un pequeño muro que quería cerrarme el paso y, al mismo tiempo, un saludo de mi propio mundo. Al fin y al cabo, eran libros.

Con cuidado, aparté el montón a un lado y escuché en el silencio. No se oía nada, salvo el latido de mi alterado corazón.

Despacio, entré en un pequeño pasillo de tablones de madera. A la derecha, la puerta del piso; a la izquierda, una puerta que daba a la habitación contigua. Solo estaba entornada. El pasillo era estrecho. En la pared había algunos percheros de los que colgaban algunas chaquetas, un abrigo, una bufanda y un sombrero.

Respiré hondo, noté el polvo en el aire y tuve que esforzarme para no seguir avanzando.



—¿Señor Reed? —dije, vacilante, y mi voz sonó débil y tomada—. ¿Señor Reed? —Lo intenté de nuevo, sin mejores resultados que antes.

Apoyé una mano en la madera lisa de la puerta y la empujé despacio. Aún se imponía un silencio sepulcral; los tablones del suelo crujían bajo mis pies. Me daba miedo encontrarme con un cadáver. Tal vez no debería leer según qué novelas. Seguro que no hacerlo me habría facilitado un poco mi paseo diario al archivo.

—Señor Reed. Soy yo, Animant Crumb —dije.

También podía ser que el bibliotecario estuviera tan tranquilo sentado en su butaca y me preguntara hecho una furia qué se me había perdido en su piso. Con todo, lo prefería mil veces a encontrarlo bañado en sangre en el suelo.

Allí dentro hacía un frío increíble. Crucé los brazos en el pecho, intentando controlar los temblores.

—No abría, por eso... estaba preocupada.

Tragué saliva con un nudo en la garganta.

Empujé la puerta un poco más y entré en un espacio oscuro y frío. La estufa estaba apagada; las lámparas de gas no estaban encendidas. Por detrás, apenas entraba una luz tenue desde el pasillo que llegaba desde mi habitación.

El espacio que tenía delante era el salón. Había una butaca y un sofá pequeño alrededor de una mesa de madera baja, todo muy oscuro y poco usado. Sobre la mesa había libros esparcidos.

La alfombra del suelo estaba desgastada, pero amortiguaba mis pasos a medida que avanzaba.

Vi la zona de trabajo: aquello me infundía respeto. A pesar de que estaba muy oscuro, vi las estanterías que cubrían las paredes de toda la parte trasera de la estancia, desde el suelo hasta el techo atestadas con infinidad de libros.

Sabía que había entrado sin permiso en la casa de mi jefe, temerosa de que le hubiera pasado algo. Pero era incapaz de apartar la mirada. Ojalá tuviera yo una habitación así.

Cuando un día ocupara una casa o un piso, ya fuera casada o no, me prometí por lo más sagrado tener una habitación como esa.

Di un respingo al oír una tos apagada. Se me aceleró el corazón y la sensación de que alguien me observaba me subió por la nuca. Miré alrededor a toda prisa, parpadeé nerviosa y descubrí una puerta a mi lado, entre las estanterías. Estaba abierta, como un agujero negro en expansión. Me quedé mirando la oscuridad. Me obligué a respirar tranquila, a recuperar la lucidez y

decidí encender la luz. ¿De qué servía estar a oscuras y asustarse con cada sombra?

Vi la lámpara que tenía más cerca. Estaba junto al escritorio, con los fósforos justo al lado. La encendí con un movimiento decidido de muñeca.

La luz cálida de la llama iluminó la habitación y me dio una sensación totalmente distinta.

Ahora se leían los títulos de los lomos de los libros, se veían las manchas de té en la mesa, donde una taza había dibujado círculos en la madera. Seguí con el dedo índice uno de los círculos y me dije que no había espíritus. Levanté la lámpara, ese trasto pesado de latón de la mesa y me volví para arrojar luz sobre la oscuridad. El brillo de la lámpara atravesó la oscura rendija de la puerta y cayó sobre una cama grande. Me acerqué unos pasos a ella, vi que la manta se movía, oí otra tos y luego, por fin, le vi la cara.

El señor Reed estaba tumbado en su cama, con el plumón hasta la barbilla. Tenía la piel pálida, la frente empapada en sudor y los labios rojos por la fiebre.

Tenía un aspecto horrible, pero me quité un gran peso de encima: estaba vivo, tumbado en su cama; nada indicaba que no hubiera querido abrir la puerta. Saltaba a la vista que no se encontraba bien y que no había nadie que se ocupara de él.

—Señor Reed —susurré, me acerqué más a su cama y dejé la lámpara en la mesilla de noche.

Él se limitó a toser, pero no abrió los ojos y giró la cabeza en la almohada húmeda de sudor. La luz de la lámpara le dibujó unas ojeras aún más oscuras bajo los ojos y sentí verdadera lástima.

Aunque hubiera querido, no habría podido irme. Tenía que cuidarlo. No era oportunismo. Era moralmente inaceptable dejarlo en ese estado. Además, ahora que había llegado hasta allí.

Suspiré, dejé la lámpara y regresé al escritorio a recoger los fósforos. Recorrí la vivienda, presurosa, encendí todas las lámparas, lo que hizo que me sintiera mucho más a gusto. El piso del bibliotecario era pequeño y modesto, pero suficiente. De todos modos, yo prefería los espacios pequeños.

Salí por la puerta de delante para recoger la bandeja de la escalera, la llevé haciendo equilibrios por el pequeño pasillo y la dejé sobre la mesa del salón. Aquello me distrajo un poco de mis obsesiones.

El té estaba tibio y decidí encender el fuego. Hacía un frío atroz, circunstancia que no nos beneficiaba ni a mí ni al señor Reed y su deteriorada salud.

Con una maniobra hábil, llené la estufita de madera que encontré en una cesta en el rincón, la encendí y dejé la tapa abierta para que llegara el mayor calor posible a la sala. Dejé la tetera sobre la placa de encima y salí del piso.

Esta vez fui al baño a buscar una palangana y un trapo. Llené la palangana de agua fría y volví a la cama del señor Reed. Moje con cuidado el trapo en el agua, dudé un momento y limpié con cautela las gotas de sudor de la frente del bibliotecario.

Luego me quedé un ratito ahí, sin saber qué hacer.

Recordé la última vez que había estado tan enferma. Había sido mucho tiempo atrás, pero aún me acordaba de mi madre sentada en mi cama, cogiéndome de la mano y cantando. Aquella vez me cuidó, me llevó el té, me obligó a comer, incluso me compró libros nuevos.

Era una parte importante de su existencia. A pesar de que a menudo creía que éramos completamente distintas, en ese momento vi claramente el parecido entre nosotras. Yo también estaba frente a la cama de un enfermo y necesitaba ocuparme de él.

Fui a buscar una silla al despacho, la coloqué junto a la cama, puse un poco de madera en la estufa, cerré la tapa y cogí el té humeante de la placa.

El espacio se había calentado bastante. En poco tiempo, incluso logré una temperatura agradable.

Regresé al dormitorio con la bandeja, la dejé en la mesilla de noche junto a la lámpara y me senté en la silla.

Ahora me alegraba de que la señora Christy hubiera puesto dos tazas. Me serví té y sujeté la taza entre los dedos mientras me quedaba ahí sentada sin miramientos a observar cómo el señor Reed dormía.

Hasta entonces rara vez me había tomado el tiempo de observarlo bien, pero desde que habíamos bailado aquel vals, desde que mi alma me había hecho creer que podía sentir algo por él, lo veía con una luz nueva.

Los rasgos de la cara seguían siendo duros incluso durmiendo. Las pestañas caían oscuras sobre las mejillas y tenía el entrecejo fruncido por la fiebre. Me fijé en su nariz recta, con una leve curvatura, pero no tan pronunciada como para llamar la atención. Las mejillas y la barbilla no estaban tan bien afeitadas como las acostumbraba a llevar, y tenía el cabello oscuro revuelto y pegado por la humedad. Aun así, en ese momento me pareció muy atractivo.

Bebí un trago de la taza: una infusión de hierbas que no estaba muy buena y era bastante fuerte. Dejé la taza a un lado y volví a colocarle el trapo en la

frente. Intenté no tocarle la piel; aun así, noté ese cosquilleo de emoción en la barriga.

Cuando empezaron a temblarle los párpados, me asusté. Pensé en marcharme, pero era demasiado tarde. El señor Reed abrió los ojos antes de que pudiera moverme del sitio. Me miró. Se estremeció un poco del susto, pero luego volvió a toser y notó el trapo en la frente.

Estaba nerviosa, insegura, y no sabía qué esperar. Sin embargo, estaba decidida a quedarme. Hasta entonces, la experiencia me había demostrado que podía ser más testaruda que él, si le ponía la fuerza de voluntad suficiente.

Le llené la segunda taza de té para tener algo que hacer y no dar opción a que me temblaran los dedos.

—No debería estar aquí —dijo con la voz grave y ronca por el sueño y el resfriado.

Por un momento, se me erizó la piel.

—¡No se mueva y bébase esto! —le ordené, fingiendo seguridad, y le pasé la taza.

—Lo digo en serio, Animant. No debería estar sola en el piso de un hombre —insistió, sin hacer amago de coger la taza.

Me había llamado por mi nombre de pila. Noté un nudo en la garganta. A pesar de que no era lo correcto, no me pareció mal. No como me había sucedido con el señor Boyle.

—¿Cómo ha entrado, por cierto? —preguntó sin esperar mi reacción.

Empezó a incorporarse despacio. Llevaba una camisa de lino fino abotonada con descuido. Aparté la mirada y la clavé en la superficie oscura del té que tenía en las manos.

—Por la puerta —contesté con temor.

El señor Reed asintió, como si comprendiera.

—Por supuesto —murmuró.

Aproveché el momento en que se sumía en sus pensamientos para darle la taza, que aceptó con un movimiento inconsciente.

No se dio cuenta hasta que la tuvo en la mano. Puso cara de pocos amigos.

—Bébaselo —le indiqué.

Esta vez obedeció. Se llevó la taza a los labios, se bebió todo el contenido de un trago y me la devolvió con una expresión de disgusto.

—Puaj, ¿qué es ese brebaje? —preguntó.

Reprimí una sonrisa. El pelo le salía disparado en todas direcciones, el rostro seguía pálido, pero esa mueca le devolvía a la vida.

—No lo sé. Ha sido cosa de la señora Christy. También le ha preparado unos cuantos bocadillos y una sopa.

Me volví hacia la bandeja que tenía al lado para llenarle la taza.

—No tengo hambre. Por su bien, sería mejor que se fuera.

Respiré hondo para tomar fuerzas; estaba decidida a no dejarme doblegar.

—No me iré hasta que haya comido algo —dije como condición, moví la barbilla hacia delante y apreté los labios.

El señor Reed cerró los ojos un momento y resopló.

—Es usted la persona más obstinada que he conocido en mi vida —gruñó.

Eso significaba que prácticamente ya había ganado. Otra vez.

—Me lo tomo como un cumplido —repuse.

El señor Reed volvió a mirarme. La luz de la lámpara daba un suave brillo de color marrón chocolate a sus ojos; en la comisura de los labios amagaba una sonrisa. Sacudió levemente la cabeza. Yo no acababa de irme, pero toda la seguridad en mí misma se desmoronó ante su mirada. Notaba el pulso acelerado, sentía la sangre en las orejas, tenía el estómago encogido y el corazón ardiente.

Eso es lo que se sentía al estar enamorada.

## VIGÉSIMO SÉPTIMO, O CUANDO BEBIMOS TÉ

El señor Reed se tomó aproximadamente la mitad de la sopa e incluso le dio dos mordiscos a un bocadillo antes de sumirse poco a poco en el sueño.

Yo le dejé hacer, casi me sentí aliviada de no tener que seguir fingiendo severidad y le volví a poner el trapo frío en la frente. Me levanté sin hacer ruido, le busqué un libro, se lo dejé junto a la cama y apagué las lámparas. Para conservar el calor un rato más, aticé el fuego de la estufa. Finalmente, salí del piso por la puerta prohibida.

La cerré despacio, giré la llave en la cerradura y la dejé ahí.

Respiré varias veces y me pregunté por enésima vez cómo podía haber pasado. El corazón me latía demasiado deprisa, tenía las rodillas flojas y apoyé la cabeza contra la madera de la puerta.

Precisamente, el señor Reed. Qué absurdo.

Era gruñón, maleducado y tendía a hacer comentarios maliciosos y a alegrarse por el mal ajeno, además de ser un bicho raro. Era desordenado, caótico, justo lo contrario de lo que había imaginado.

Sin embargo, ya no podía seguir engañándome. Noté esas mariposas en el estómago y no me podía quitar su mirada de la cabeza. Sus ojos divertidos, su sonrisa oculta, la manera de observarme por encima de la montura de las gafas.

Cómo corrió en mi ayuda para salvarme de la máquina, cómo miró avergonzado al suelo cuando le di las gracias. Cómo me salvó de aquella desagradable situación con el señor Boyle.

No obstante, lo que más me gustaba era la imagen de él empapado entre los libros destrozados, con el cabello goteando, aturdido, pero con esa sonrisa en los labios porque había dejado de llover dentro de la biblioteca.

Me retiré de la puerta, tragué saliva, di media vuelta y me desplomé en mi cama.

¡Era un desastre! No debería haber pasado.

Había empezado a creer que de verdad tenía el corazón de piedra y que nunca podría enamorarme. ¡Y ahora esto!

Mi madre no podía enterarse. ¡Jamás!

El martes fue aún más estresante que el día anterior, cosa que agradecí, pues esperaba poder concentrarme en el trabajo. Sin embargo, fracasé estrepitosamente. Mis pensamientos no paraban de vagar. Inquieta, casi aturdida, no había desayunado ni comido bien.

No paraba de pensar en cómo estaría el señor Reed, qué estaría haciendo, si oía a la señora Christy cuando llamaba a su puerta. ¿Había comido algo, aún tendría fiebre, pensaba en mí?

Era absurdo, lo sabía. Sin embargo, no podía evitarlo.

Me quedé casi dos horas más para terminar algunas cosas. Cuando el señor Reed volviera a tenerse en pie al día siguiente, no quería que me tomara por una incompetente.

Suspiré para mis adentros, cerré la puerta de la biblioteca y volví a casa tan deprisa como pude, bajo la llovizna.

La niebla pendía sobre Londres, la cubría con un manto frío y húmedo. No sé por qué, en ese momento, me acordé del joven Timothy y de su abuela.

¿Habría sobrevivido? ¿Cómo le iría al chico?

Solo lo había visto esa tarde, había formado parte de su vida durante unas horas y luego había desaparecido. Me impresionó y me habría gustado saber si mi buena acción había servido de ayuda.

Me senté en el comedor del edificio del personal y dejé que la señora Christy me sirviera un té. Me miró con cierta lástima, me añadió unos bocadillos y un pudín dulce y me obligué a comer para no tener un motivo más de preocupación.

Le di vueltas al pudín, desganada, y ella volvió de la cocina para llevarse la taza vacía en un gesto rutinario.

—¿Señora Christy? —dije, antes de que desapareciera de nuevo. Ella me sonrió—. ¿Puede informarme del estado del señor Reed? ¿La ha dejado pasar hoy? —pregunté, intentando sin éxito que no se notara lo interesada que estaba en averiguarlo.

—Sí, señorita. Pero no ha comido mucho —me informó con amabilidad.

Por suerte, aquello no llamó su atención. Probablemente, me tomaría solo por una empleada educada, y no por una chica que se había enamorado de su jefe.

—Estaba muy pálido, pero lo bastante bien como para quejarse de la infusión —se enfadó ella. Aparecieron unas arrugas profundas en su rostro redondo.

Me reí por lo bajo, me metí dos cucharadas más de pudín en la boca y luego me disculpé. Sin embargo, esta vez fue la señora Christy quien me retuvo.

—Señorita Crumb —dijo, y me miró abochornada—. ¿Sería tan amable de subirle la bandeja al señor Reed? —preguntó, cohibida.

Asentí.

A decir verdad, incluso me alegré de que me lo pidiera. Así me daba una razón legítima para llamar a la puerta del señor Reed.

Recogí la bandeja y luego inicié el ascenso de la escalera, que ese día me pareció mucho menos empinada que de costumbre. Me quité el abrigo a toda prisa, revisé el peinado y la ropa en el espejo, y luego volví a salir al pasillo para llamar a la puerta del señor Reed.

Estaba nerviosa, esperaba que me abriera, pero, al mismo, tiempo me daba miedo. Luego estaba la incógnita de si me invitaría a entrar. Al fin y al cabo, estaba enfermo y necesitaba tranquilidad. Por otra parte, llevaba todo el día solo y probablemente tenía ganas de conversar, un poco de compañía, alguien que le obligara a comerse la sopa. Sin embargo, quizá no quería y solo estaba haciendo el ridículo llamando a la puerta del señor Reed como una boba inocente con el cabello acicalado.

Podría haber estado sopesándolo eternamente, pero paré cuando se abrió la puerta y el corazón se me encogió del susto.

—Señorita Crumb —dijo el señor Reed, con el pelo desgredado, los ojos somnolientos y la voz ronca de toser.

Lo veía a diario, pero hasta ese momento es como si no me hubiera dado cuenta de su atractivo. O hasta ahora no lo había visto. Ni lo había sentido. Ahora, en cambio, ahí estaba, con un revoloteo tal en el estómago que se me extraviaban las palabras.

—¿Va todo bien? —me preguntó el señor Reed.

Tuve que concentrarme mucho para no sonrojarme. Sería el colmo de una escena tan lamentable.

Me recompuse, procuré recordar a la desesperada por qué estaba ahí y me salvó el olor a caldo de gallina.



—Le traigo algo de comer de parte de la señora Christy —dije, evitando mirarle a la cara.

Debía comportarme con absoluta normalidad, obviar mis ideas inútiles o pronto notaría que algo me pasaba. Lo último que quería era hacer el ridículo delante del señor Reed. Qué pensaría si supiera que se me aceleraba el corazón cuando pensaba en él. Se reiría de mí o se pondría furioso. O peor: me despediría y no querría volver a verme jamás. Así pues, respiré hondo, me volví hacia la bandeja y la levanté.

Él asintió, ausente, la cogió y se quedó quieto en la puerta.

—¿Y ahora? —preguntó.

Me miró, un tanto confuso, tal vez porque yo seguía ahí. Pero quizás es que no lograba disimular mi mirada esperanzada.

—Ahora podría invitarme a pasar —dije con osadía, procurando sonar como siempre, aunque no estaba segura de si aquello lo hubiera dicho en otras circunstancias.

El señor Reed hizo una mueca burlona.

—¡Para que me obligue a comérmelo todo! Sería como pegarse un tiro en el pie —dijo.

Aunque bromeaba, me sentó como una puñalada.

—Como quiera —contesté con frialdad, y me crucé de brazos—. Entonces tendrá que renunciar a mi compañía —dije, y me alejé un poco hacia mi habitación.

No podía disimular mi decepción. Por supuesto, era poco probable pasar la tarde con el señor Reed, pero la esperanza es lo último que se pierde.

—¿Señorita Crumb?

Me volví hacia él. La sorna había desaparecido de sus ojos.

—He tenido un día muy aburrido —confesó entre dientes.

No pude reprimir una sonrisa. Realmente, ese hombre no era fácil.

—Tal vez debería informarle sobre lo sucedido hoy en la biblioteca —le dije.

Él asintió y me aceleró el pulso.

—Eso sería muy sensato. A fin de cuentas, soy el bibliotecario —repuso el señor Reed, dio un paso a un lado y me dejó sitio en el estrecho pasillo.

Por un momento, tuve frío y calor a la vez. No dudé, atravesé la puerta y pasé junto al hombre que desataba en mí unas sensaciones tan nuevas que no era capaz de controlar.

Las lámparas ardían en el salón, pero la chimenea ya se había apagado y hacía un frío desagradable en la vivienda.

—¿Por qué no enciende el fuego? ¡Se va a morir de frío! —exclamé, indignada, y fui directa a la estufa.

Realmente, era una irresponsabilidad estar en una habitación fría en semejante estado. Miré al señor Reed por encima del hombro preocupada y furiosa al mismo tiempo. Estaba dejando la bandeja en la mesa, entre el sofá y la butaca.

Se dejó caer visiblemente agotado en la butaca y cerró los ojos. El señor Reed no parecía muy sano. Aunque estaba mejor que el día anterior, aún no se había recuperado del todo.

—Lo he intentado, señorita Crumb, pero no he estado en condiciones de hacerlo —me contestó, débil.

Me arrepentí de haberlo reprendido. No contesté nada, abrí la estufa y empujé las cenizas por la ranura al recipiente de debajo. No tardé mucho en cortar madera de diferentes grosores y encender el fuego, luego cerré la tapa de la estufa.

—Se le da muy bien —murmuró el señor Reed, con la mirada clavada en mí, pero con la cabeza en otra parte.

Me limpié las manos con un trapo que colgaba de la cesta de la madera, me levanté y me puse bien la falda.

—Y usted debería volver a la cama —dije.

Él negó con un gesto débil.

—Entonces usted se queda sentada al lado y yo me siento como un viejo —dijo, y se frotó las manos frías. La bata parecía de lana, pero no lo protegía bien del frío de la estancia—. Es mejor para los dos estar en el salón. Por mi orgullo y por su reputación.

Sabía a qué se refería y acepté.

No quedaría en muy buen lugar si se supiera que había entrado en el dormitorio de un hombre. Por supuesto, lo había hecho para cuidar de un enfermo, pero a nadie le importarían los motivos una vez corriera la información.

Conocía a las cotillas de la nobleza rural, las damas aburridas, las jóvenes traviesas. Y los hombres tampoco estaban libres del chismorreo. Explicaban lo mismo tantas veces que al final ya no tenía nada que ver con la realidad. Lo único que quedaría sería que había estado con el señor Reed en su dormitorio.

No me consideraba ni lo bastante importante ni conocida para ser objeto de habladurías, pero solo faltaría que aquello llegara a oídos de mi tío. Entonces, todo habría terminado. A mi madre se le partiría el corazón

definitivamente. Por su parte, si perdiera el honor, mi padre se moriría del susto.

Me senté en el sofá, a cierta distancia del señor Reed, cogí la tetera de la bandeja y le serví una taza. Esta vez también había dos.

Él tomó la taza, olió la infusión de hierbas y arrugó la nariz, con gesto juvenil. Al hacerlo se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Acábeselo —le ordené.

Una vez más, disimulé los nervios hablándole con severidad, tal y como había hecho la tarde anterior. Era una forma de sentirme menos insegura. El señor Reed se llevó la taza a los labios y la vació de un trago, como si bebiera cerveza en jarra.

Seguro que había bebido cerveza alguna vez. De momento, yo había tenido poco contacto con esa bebida, que se consideraba propia de la clase trabajadora. No era adecuada para alguien de mi posición social.

Me vino a la cabeza de nuevo que el padre del señor Reed era carnicero. Intenté imaginar cómo debía de ser su día a día por aquel entonces. Pensar en él como un niño mugriento que arrastraba cerdos por el patio y desayunaba pan con salchicha y cerveza. Lo veía en mi mente, pero la imagen no coincidía con el hombre que tenía sentado delante. Los rasgos angulosos de su rostro, demasiado afilados para considerarse bellos a ojos del mundo. Tenía los ojos hundidos y oscuros, ávidos de conocimiento, y los dedos largos, perfectos para pasar hojas. No obstante, bien mirado, las palmas de la mano eran grandes como las de un obrero. También sabía que era más fuerte de lo que parecía.

A decir verdad, apenas conocía a ese hombre.

Dejó la taza en la bandeja y se la volvió a llenar, para su disgusto.

—¿Me hace un favor? —preguntó el señor Reed, rompiendo el silencio.

Miró con desagrado la taza que le había vuelto a dar. Me pareció que era una buena ocasión para saciar mi curiosidad.

—Depende —contesté.

Me sorprendió mantener la calma por fuera, a pesar de sentirme tan confusa por dentro.

—Por favor, hágame un té de verdad. No me gusta beber esto.

Más que pedírmelo casi me lo suplicó, con esa mirada de ojos oscuros fija en mí. ¿Qué debía de ver cuando me observaba?

Dejé la taza. Mantuve una expresión neutra, aproveché para no mirar al señor Reed e intenté centrarme en lo más práctico. Tenía té en mi habitación, y seguro que el señor Reed también tendría en el piso. Pero no iba a ponérselo tan fácil.

—¿Cuánto tiempo hace que es bibliotecario, señor Reed? —pregunté.

Se le formó una arruga entre las cejas.

—¿Qué tiene eso que ver con el té? —replicó.

Intenté mantener la compostura cuando me volví para mirarle a la cara.

—Nada —admití, e hice un gesto despreocupado—. Pero puede contestar a mis preguntas y conseguir un té a cambio. O lo deja y le obligo a tomarse eso.

Volví a coger la taza que acababa de dejar en la bandeja y se la puse en las narices en un gesto desafiante. Se me quedó mirando un momento, desconcertado, y luego respiró profundamente.

—Y luego dice que yo soy malo —dijo con esa expresión enfurruñada que tantas veces había visto. Se hundió un poco en su butaca—. Estoy enfermo, sea indulgente conmigo —refunfuñó como un niño pequeño.

Estuve a punto de soltar una carcajada.

—Yo jamás he dicho eso —repuse.

El señor Reed hizo un gesto de sorpresa.

—Claro que sí. Lo recuerdo perfectamente —afirmó, se mantuvo a la defensiva un momento y luego suspiró—. Tres años.

—¿Perdón? —pregunté.

—Hace tres años que soy bibliotecario —repitió.

—Por supuesto, podría haberlo sabido.

—¿Cómo? —preguntó con asombro.

Me levanté del sofá y él me siguió con la mirada.

—El rastro de la devastación lo delata —afirmé con una sonrisa.

Los documentos de la biblioteca se habían llevado de forma impecable hasta hacía tres años; luego se habían actualizado durante medio año de forma chapucera; al final, quedaron muy incompletos.

Salí para ir a buscar mi tetera y llenarla de agua en el baño. La puerta solo estaba entornada para que el señor Reed no tuviera que moverse más de lo que fuera conveniente.

En mi habitación, cogí el té y una tetera. Cuando la dejé sobre la placa de la estufa, ya tenía la segunda pregunta en los labios y la ilusión en el estómago.

—¿Qué hacía antes de ser bibliotecario? —pregunté, mirándolo fijamente: no se había movido de la butaca.

—¿En serio pretende interrogarme?

Me encogí de hombros. Solo estaba intentando aprovechar la oportunidad que se me había presentado.

—Solo un poco —dije con cara inocente.

El señor Reed apoyó la barbilla en la mano para ocultar su sonrisa, pero sus ojos lo delataron.

Abrí el paquete de Earl Grey que había llevado y olí el aroma a bergamota. Una sensación de calma se apoderó de mí. Tal vez fuera por el familiar olor del té o por el calor de la estufa. Quizá por el propio señor Reed. No sabía por qué.

—Yo ocupaba su puesto. También durante tres años —dijo el señor Reed. Tardé un momento en comprender que había contestado a mi pregunta.

—¿Era asistente de bibliotecario? —exclamé, sorprendida.

Él asintió. Llené de té la pequeña tetera al tiempo que hacía mis cálculos mentales. Junto con los estudios, eso exigía diez años.

Lo observé y me pregunté cuántos años tendría. Cogí la tetera de la estufa cuando empezó a emitir un leve silbido.

El señor Reed se inclinó despacio hacia delante y abrió un libro que tenía delante en la mesa. Sus movimientos mostraban cansancio, la postura vencida. Aunque se esforzaba por aparentar normalidad, resultaba evidente que estaba enfermo.

Serví el té y volví con la tetera al sofá, donde tomé asiento de nuevo.

—¿Cuántos años tiene, señor Reed?

Tal vez nunca volvería a hacer esa pregunta con tanta ligereza. Para no tener que mirarle de nuevo a los ojos, serví un poco de té en la segunda taza de la bandeja. Me temblaban un poco las manos.

—Tengo veintisiete años. ¿Y usted?

Cerró el libro, lo dejó sobre su pierna y aceptó la taza. O sea, que había empezado a estudiar con diecisiete años. Eso sí que era llamativo.

—Tengo diecinueve años —respondí.

Por primera vez en mi vida, me sentí incómoda con mi edad. Por una parte, porque ya tenía unos años y no había vivido tantas cosas como él (a mi edad, él ya habría cursado la mitad de sus estudios). Por otra, porque aún era joven y podía no considerarme una interlocutora válida.

Nos llevábamos ocho años, que era muy poco, incluso lo ideal para mantener una relación. Sin embargo, en ese momento daba la sensación de

que nos separaba todo un mundo.

El señor Reed volvió a levantar una ceja, intrigado, provocador, pero no dijo nada, por más que yo deseaba que dijera algo, para no quedarme con la intriga. Se llevó la taza a los labios, cerró los ojos y disfrutó del primer sorbo. Como si no hubiera deseado otra cosa en todo el día.

Lo miré de refilón hasta fijarme en el libro que seguía en la pierna del señor Reed. Era un breve volumen de poemas de un autor que desconocía.

—¿Lee poesía? —pregunté, pues no soportaba no decir nada.

Sabía que ambos apreciábamos a las personas que sabían guardar silencio, pero ahora mismo no estaba segura de contar con el aplomo necesario.

—¿Usted no? —contestó el señor Reed, que dejó una taza de té a un lado para volver a coger el libro.

—No mucho. Prefiero el ensayo —confesé, confiando en que eso le agradara.

Quería gustarle. En mi vida me había sucedido algo así. ¿Qué pensaba? ¿Qué quería? ¿Yo era eficiente o lo hacía todo mal? Tal vez le gustara mi diligencia, o quizás eso me descartaba como candidata a su corazón, por su sobriedad necesitaba más bien el complemento de un alma soñadora.

O tal vez lo había estropeado todo desde el principio por haberme atrevido a hacerle frente, por entrometerme en la esfera privada de su despacho y su correspondencia, por haber ido de sabihonda y haberle retado.

¿Quién podía adivinar lo que pensaba un hombre como Thomas Reed?

—Me gusta —dijo en tono amable.

Aquello estaba pasando de ser un interrogatorio a una conversación.

—¿Por qué? —pregunté, sin saber qué hacer con los dedos.

Frunció el entrecejo y miró pensativo a su alrededor.

—La lírica tiene algo —empezó con vaguedad. Suspiró suavemente—. O tal vez sea solo porque soy incapaz de crearla yo —comentó sin más.

Volvió a dejar el libro en la mesa. Volvió a quedarse en silencio, cogió la taza de la bandeja y bebió mientras yo notaba cómo pasaban los segundos. Parpadeó y se irguió bruscamente en su butaca.

—Madre mía, qué maleducado soy —murmuró, levantándose.

—¿Adónde va? —exclamé, alarmada.

También me levanté. ¿Qué se le había ocurrido ahora?

—Quería ir a buscarle una taza —explicó el señor Reed con voz cansada.

Noté que me subía un calor por el estómago. Era el gesto más educado que había mostrado hacia mí.

—Siéntese. —Estiré los brazos y con ese gesto le obligué a desplomarse de nuevo sobre la butaca—. Yo iré a buscarme una taza. Ya volverá a intentar ser educado cuando se recupere —bromeé.

No pude reprimir la sonrisa que acompañó a aquel cosquilleo en el estómago. Era casi grotesco pensar en la poca amabilidad que le hacía falta mostrar a ese hombre para que no dejara de pensar en él.

—¡Puedo ser muy educado cuando quiero! —se defendió el señor Reed, al que no se le había escapado la indirecta.

Frunció los labios, enfurruñado como de costumbre.

—Entonces será que la mayoría de las veces no lo quiere lo suficiente —dije, en una respuesta muy mía y algo incontrolada.

Me volví rápido hacia la vitrina de cristal en la que me había parecido ver tazas, me acerqué a ella y la abrí.

—Probablemente —admitió el señor Reed, que se bebió el té y sonrió con disimulo.

## VIGÉSIMO OCTAVO, O CUANDO EMPECÉ A AIREAR SECRETOS

*Como* en la víspera, esta vez también forcé al señor Reed a comer un poco. Luego me despedí a una hora decente para acostarme.

Él me dio las gracias por el té y me dijo que al día siguiente iría a trabajar. Intenté disuadirlo, pero me contó que no podía aplazar las obligaciones a la tarde. Ahí estaban de nuevo, las misteriosas obligaciones del miércoles y el viernes por la tarde.

Me reconcomía que fuera una parte de la vida del señor Reed tan importante que no estaba dispuesto a desatenderla ni siquiera en su estado, y no tener ni idea de qué se trataba.

Me preparé y me acosté. Sin embargo, el sueño se hizo esperar. Giraba de izquierda a derecha, nerviosa, y pensaba en las peculiares maneras del señor Reed, amable y distante a la vez. No era muy hablador y resultaba difícil sonsacarle las cosas.

Aún sabía muy poco de él, pero no me importaba porque lo tenía por buena persona. Por lo menos, es lo que me parecía ver al mirar más allá de su fachada de arrebatos de mal humor y la tendencia a la descortesía.

No obstante, esas misteriosas obligaciones eran para mí como una espina clavada, una piedra en el zapato.

¿Y si en realidad era un espía o pertenecía a un culto que llevaba a cabo rituales malignos? Eso explicaría por qué dormía tan poco.

Con todo, para mí era peor la idea de que tuviera una amante. Por muy secreto que fuera, sería terrible que quisiera a otra.

De todos modos, era mucho peor no saberlo.

Tal vez saberlo supondría incluso una liberación. Mi corazón entendería lo absurdo que era hacerse ilusiones con un hombre que no podía tener.



Entonces actuaría con lógica y podría seguir con mi vida, lejos de un amor que no llevaba a ninguna parte.

En algún momento, me quedé dormida, pero antes de las seis y media ya estaba despierta. Había sufrido pesadillas, notaba el cuerpo pesado y en un primer momento creí que yo también iba a enfermar. Sin embargo, no tenía las extremidades doloridas ni fiebre, no me goteaba la nariz y el cuello estaba perfectamente. Solo notaba cierto dolor de cabeza.

Renuncié a seguir atormentándome intentando coger el sueño, me levanté y me lavé en el baño. Me arreglé el pelo, me cuidé las uñas y la piel, y luego dediqué un tiempo a pensar con calma en lo que quería hacer ese día.

Por supuesto, esa mañana fui la primera en aparecer en el comedor. La señora Christy me lanzó una mirada de sorpresa cuando me vio entrar.

Me preparó un té y gachas con compota de ciruela. Me lo comí aunque no tenía apetito. Mi cabeza me decía que luego me sentiría mejor, y así fue.

Fui a la biblioteca antes de hora, me centré en el trabajo, recogí unos cuantos archivos esparcidos por el despacho del señor Reed, a pesar de que le había prometido que no lo volvería a ordenar. Me convencí con la excusa de que no estaba ordenando del todo. Suspiré y me quedé quieta, con un montón de papeles en la mano.

Todo aquello me estaba volviendo loca. Si hubiera sabido cómo era enamorarse, jamás lo hubiera deseado para mí.

Solo con ver la incómoda silla de madera tras el escritorio, pude imaginar la mirada hosca del señor Reed, dando órdenes y estudiando muy concentrado algún documento. Tal vez siguiendo con el dedo los renglones, buscando algo. Su mirada escéptica, una sonrisa oculta o una sentencia en los labios que solo servía para sacarme de quicio.

Con cuidado, reuní los papeles en un montón y empecé a clasificarlos.

No me lo podía quitar de la cabeza.

Sin embargo, el trabajo me esperaba e iba a hacer todo lo posible por centrarme en él. Salí del despacho del señor Reed y cerré la puerta cuando oí a Oscar abajo, en el vestíbulo. Estaba con Cody. Decidí encararles la excursión al archivo. Al menos así descansaría un día de ese horror.

Por suerte, hubo tantos estudiantes como el día anterior, por lo que tuve mucho que hacer. Conseguí ser productiva, sentirme útil y dominar mi vida laboral. Estaba en la sección de filosofía cuando alguien reclamó mi atención aclarándose la garganta.

Dejé el libro que tenía en la mano en su sitio y giré la cabeza para ver quién me estaba interrumpiendo en mi trabajo. Era la señorita Brandon-Welderson. Por sus labios fruncidos, vi claramente que estaba enfadada.

Esboqué una sonrisa falsa, logré no poner cara de desesperación y bajé de la escalera.

—Buenos días, señorita Brandon-Welderson —la saludé educadamente, pero sin la alegría que había mostrado en el baile. Aún no estaba lo bastante calmada para eso, tenía los nervios a flor de piel.

—Buenos días, señorita Crumb —respondió.

Su mirada se volvió un poco punzante, hostil, mientras procuraba centrarse en la mía. En su cabeza dominaba un monstruo con un adorno de flores decorado con perlas y todo tipo de baratijas. Debía de pesar tanto que a la señorita Brandon-Welderson le costaba mantener la cabeza recta sin tambalearse.

—Estoy buscando al señor Reed. Como tantas veces —dijo, aunque ya me lo había imaginado—. Una vez más, el joven del mostrador no me ha dicho ni una palabra; el otro me ha enviado a hablar con usted —se indignó, y yo me aferré a mi sonrisa—. Es una desfachatez que me traten así, exijo saber dónde está el señor Reed. Ya hace seis semanas que recorro el camino hasta esta biblioteca todos los miércoles por la mañana y ni una sola vez he encontrado a ese bibliotecario del demonio. Es una broma. ¿Ese hombre trabaja? —exclamó. Por muy furiosa que estuviera, parecía consciente de estar en una biblioteca, pues pese al enfado no alzó la voz—. Y no se atreva a venirme con falsas excusas...

Indignada, me clavó el dedito cubierto por el guante en el pecho. Su rabia se volvió tan de repente contra mí que me cogió tan por sorpresa que no logré reaccionar.

Intenté decir algo y calmar a esa mujer enojada, pero no me dejó.

—Bailó con el señor Reed en el baile. Los vi. ¡Comparten manta! —prosiguió, obstinada.

Entonces lo entendí: no estaba furiosa conmigo, estaba celosa porque había bailado con el señor Reed.

Se me aceleró el corazón al pensar en el baile y en que alguien como la señorita Brandon-Welderson hubiera interpretado por nuestros gestos más de lo que había. Y enseguida nació en mí la esperanza de que así fuera.

No obstante, no era necesario que la señorita Brandon-Welderson lo supiera.

—No es cierto, señorita. Se lo aseguro —le dije con suavidad. Me pregunté si estaba mintiendo o si solo me estaba convenciendo de hacerlo—. El señor Reed me salvó de una situación muy desagradable, como corresponde a un caballero, nada más —afirmé.

Ojalá no fuera solo eso.

—Ah —dijo la señorita Brandon-Welderson, que arrugó la naricilla de ratón y movió las pestañas, que llevaba pintadas—. Yo..., yo pensaba...

Respiró hondo, intentó calmarse y aproveché el momento para salvarla de la vergüenza de terminar la frase que había empezado.

—Ya está olvidado —dije.

Esta vez mi sonrisa fue algo más auténtica, no porque me resultara simpática, sino porque me estaba riendo de ella. No estaba bien ni era de buena educación, pero, bueno, jamás se enteraría de ello.

—Sin embargo, por desgracia, debo decirle que el señor Reed no está —añadí.

El rostro de la señorita Brandon-Welderson se ensombreció al instante.

—¿Y por qué, si se puede saber?

—Está indispuerto —contesté vagamente.

Instintivamente intentaba ocultarle el motivo, aunque no sabía por qué. Tal vez porque temía que fuera a buscarlo y ocupara mi lugar. Yo era la única que debía ocuparse de él, de cuidarlo.

—¿Indispuerto? ¿De verdad va a cubrirle con excusas tan poco originales, sin más, mientras él se esconde para huir de los asuntos más importantes? —me soltó con osadía.

Abrí de par en par los ojos por la sorpresa, pues no la creía capaz de semejantes insolencias. Debía de sentirse muy desesperada para atacarme de ese modo.

Tenía que decírselo, ahora. Solo para demostrarle lo injusta que era conmigo.

Todo mi cuerpo se tensó, levanté sin querer un poco la barbilla y la mirada se volvió más cortante.

—El señor Reed no se esconde. Guarda cama desde el lunes por la tarde, se está curando de un fuerte resfriado —solté lo que hasta hace un momento consideraba un secreto—. Y si no quiere creerme, puede preguntarle al ama de llaves del señor Reed —añadí, procurando mantener la compostura.

Normalmente, no me costaba estar por encima de esos sencillos reproches, pero en ese momento no pude. Tal vez fuera por lo que sentía por el señor Reed.

A la señorita Brandon-Welderson se le demudó el gesto.

—¡Dios mío, pobre hombre! —exclamó demasiado alto, pero estábamos lo bastante lejos de la sala de lectura para que no fuera más grave—. ¿Tiene fiebre? ¿Se recuperará? ¿Ha ido a verle un médico? —me preguntó de corrido, verdaderamente preocupada.

Ya no había duda de lo que sentía por él. Esa mujer no era capaz de ocultar sus sentimientos, su rostro era como un libro abierto.

No era fea. Si se obviaba su carácter insufrible, era una mujer razonablemente joven y guapa. Era rica y puede que incluso más culta de lo que había podido advertir en nuestras escasas conversaciones. Además, puede que una vez roto su espinoso caparazón, fuera hasta simpática a su manera.

Bien pensado, ahora éramos rivales. Dos mujeres con un carácter difícil que se pelean por el favor de un hombre que desconoce lo que ellas sienten por él.

Al observar a la señorita Brandon-Welderson, pensé que, pese a todo, tenía pocas opciones con el señor Reed. Al mismo tiempo, me vi a mí.

—La señora Christy se ocupa de él. Pronto se encontrará bien de nuevo —le aseguré sin inmutarme.

Me sentí fatal, pero quería deshacerme de ella cuanto antes. Le dije que tenía mucho trabajo y conseguí que se fuera.

A partir de ese momento, el tiempo pasó lento. Seguía pensando en el señor Reed y la señorita Brandon-Welderson. Por muy imposible que me pareciera esa relación, ya no podía dejar de compararla con la mía.

No es que yo fuera fácil, precisamente. También podía ser amable y encantadora, claro; podía mostrar mi mejor cara y sonreír con simpatía, pero por dentro no era una persona muy amable. Era alguien lógico, a quien le gustaba tener el control de la situación y que miraba con desprecio a los que no eran tan inteligentes como yo. Era estricta, de un perfeccionismo que ponía de los nervios. Y ahora, en ese momento, seguro que estaba siendo demasiado crítica conmigo misma. Sin embargo, cuando uno empieza a observar sus puntos flacos, cuesta reparar en los buenos.

A eso se añadían mis otras inseguridades respecto de las actividades secretas del señor Reed. Si resultaba que era algo horrible, tendría que olvidarme de mis sentimientos.

Pero ¿sería tan sencillo? Nunca había leído nada sobre cómo aliviar el sufrimiento amoroso de una forma simple. En realidad, dudaba de que hubiera

un método eficaz.

Hacia el mediodía ya estaba tan deprimida que decidí ir a buscar algo de comida a la cafetería.

Como mi amiga tenía poco tiempo, yo estaba peleada con mi madre y había ahuyentado a mi admirador, no me quedaba otro remedio que sacar el libro que llevaba en el bolsillo del abrigo y comer sola. Pedí una comida copiosa, pese a que seguía sin tener hambre, y me la comí casi toda simplemente porque estaba acostumbrada a comer en situaciones de estrés.

Cuando estaba en las últimas cincuenta páginas de mi ensayo y con el segundo trozo de pastel, tomé una decisión para resolver mi problema actual: iba a averiguar cuál era el secreto del señor Reed. Cuando lo supiera, ya seguiría pensando en todo aquello.

¡Aunque tuviera que perseguirlo en persona!

Sin embargo, me llegó una señal del destino cuando di una pequeña vuelta por el parque desde la cafetería y pasé por delante de infinidad de panaderías y tiendas. El tiempo era como el de un sueño de finales de otoño. El sol brillaba dorado sobre los tejados londinenses y un fuerte viento bailaba con las hojas grisáceas.

Lo reconocí por la chaqueta demasiado grande, las botas mugrientas y el cabello pelirrojo que sobresalía de la bufanda. Era Phillip Tams, que tenía puesta la nariz roja contra un escaparate donde había todo tipo de dulces.

Pese a que por la mañana me había entregado la prensa y le había dado dos chelines a cambio, hasta entonces no caí en la cuenta de que podía servirme para mis fines. Probablemente, pasaría más desapercibido si seguía al señor Reed que si lo hacía yo.

—Buenos días, Phillip —le saludé, sacándole de sus dulces sueños del susto.

Me coloqué a su lado delante del escaparate, a la debida distancia del cristal, y contemplé la exposición.

—Buenos días, señorita Crumb —dijo.

Recordé el primer día que nos vimos. Me llamó ratón y yo le reñí. Desde entonces, siempre se había comportado correctamente.

Phillip retrocedió un paso del escaparate e intentó mantener también la distancia. Seguí su mirada hacia una torta de crema blanca, que, teniendo en cuenta sus circunstancias, probablemente jamás podría permitirse.

—Phillip, ¿tendrías tiempo de aceptar un encargo? —le pregunté directamente.

Él me miró intrigado y se frotó la nariz con los dedos.

—¿Una nota para su hermano? —preguntó.

Negué con la cabeza, sonriente.

—No, esta vez no. Es un asunto un poco más delicado —confesé.

El niño arrugó su frente pálida.

—¿Sabes que el señor Reed va a atender unas obligaciones especiales todos los miércoles y los viernes? —pregunté.

Phillip se encogió de hombros, estaba muy gracioso con esa chaqueta enorme.

—No. ¿Qué tipo de obligaciones? —me preguntó...

Los ojos se le iban al pastel, cuyo glaseado brillaba bajo la luz del sol.

—Eso es lo que hay que averiguar —respondí.

Los ojos del niño se volvieron a clavar en mí.

—¿Quiere que espíe al señor Reed? —preguntó, asombrado.

Por un momento, me sentí perdida.

—Sí —contesté con determinación: no tenía elección.

Phillip seguía indeciso, así que pensé en darle un aliciente que no le sería fácil rechazar.

—Y te pagaré con una torta de crema de esas. Entraremos en la pastelería, nos sentaremos a una mesa y te compraré lo que elijas —le ofrecí.

Se le pusieron los ojos como platos.

—Si me pilla, me despedirá —susurró Phillip, pero se le estaba haciendo la boca agua. Había dado con una de sus debilidades; ni siquiera había tenido que hurgar demasiado: era evidente.

—También puedes negarte, claro —dije con falsa generosidad; estaba disfrutando demasiado de aquello—. ¡Pero mira! —exclamé con entusiasmo, y le señalé con el índice un pastel al fondo del expositor—. Los hay hasta con glaseado de chocolate —me entusiasmé.

A Phillip se le ensombreció el semblante cada vez más.

—Es usted una mujer muy mala, señorita Crumb —gruñó contra la bufanda.

Yo le sonreí. A él no le quedaba otra opción y yo conseguía lo que quería.

## 29

# VIGÉSIMO NOVENO, O CUANDO DESAYUNAMOS

Me comí las gachas y luego pasé una página del informe de viajes por el Ártico que había empezado el día anterior. Iba a coger cuchillo y tenedor para dedicarme a la tostada y las alubias cocidas cuando alguien me puso otra taza enfrente.

Levanté la mirada de mi desayuno y me quedé petrificada; el corazón se me aceleró al ver que el señor Reed apartaba la silla de enfrente y se sentaba.

—Buenos días, señorita Crumb —dijo a su manera, entre huraña y cansina.

Tuve que obligarme a superar el susto y devolverle el saludo.

—Buenos días, señor Reed —me salió; solo me atranqué un poquito: era fácil pasarlo por alto.

Sin embargo, tras aquella aparición inesperada no pude evitar que la sangre me subiera a las mejillas. Así pues, bajé la mirada hacia el libro, cohibida. Por supuesto, ya no recordaba una palabra de lo que estaba leyendo.

—¡Ah, señor Reed! —exclamó con alegría la señora Christy, que desvió mi atención—. ¿Va a desayunar aquí? —preguntó el ama de llaves con cara de sorpresa; se acercó a nosotros mientras se secaba las manos en el delantal.

—Ese soy yo, señora Christy —confirmó el señor Reed.

Ella se llevó la mano al pecho de la risa.

—¡Lo que hay que ver! —dijo entre risas, asombrada.

Yo también sonreí ante la exagerada reacción de la señora Christy.

El señor Reed no se rio, pero advertí una sonrisilla en la comisura de los labios; algo que solo se veía si te fijabas atentamente.

—Tráigame lo que toma la señorita Crumb —dijo sin inmutarse.

La señora Christy se echó a reír de nuevo.

—No creo que sea capaz de engullir ni siquiera de lejos las cantidades que toma la señorita Crumb —comentó, divertida.

Se me atragantó la risa. Seguro que no lo había pensado mucho, pero al oír aquello casi me muero de vergüenza. Era innecesario que el señor Reed supiera que comía mucho. No era propio de una dama y me hacía quedar como una vulgar pueblerina.

—¿Le gusta comer? —me preguntó el señor Reed, con cara de sorpresa y mientras cogía la taza de té.

Noté que se me sonrojaban aún más las mejillas y deseé que no me hiciera esas preguntas. Me mordí el labio inferior, insegura. Vi toda esa comida en mi plato (que pensaba terminarme) y supe que era inútil mentir.

—Yo, eh..., sí —tartamudeé.

Lo miré de reojo: tenía la cabeza apoyada en la mano para que no viera que sonreía, aunque los ojos lo delataban. Luego se aclaró la garganta discretamente, cambió de mano la taza y bebió un sorbo.

—Eso seguro que es bueno. A mí comer siempre me ha parecido una pérdida de tiempo —confesó.

No supe qué podía hacer con esa información. La situación en sí me resultaba muy extraña, como si en realidad aún estuviera en la cama y todo fuera un sueño.

El señor Reed y yo desayunamos juntos. No podía ser más raro. Además, él se estaba esforzando por mantener algo parecido a una conversación. No era el mejor tema del que hablar, pero el ambiente entre nosotros era relajado, amigable.

—Por esto está flaco y es propenso a coger resfriados fuertes —contesté.

—También es cierto —admitió.

Me sorprendió que no le afectara mi réplica. Por lo visto, además de dar golpes, sabía encajarlos.

Aunque puede que mi pulla no lo hubiera afectado. A mí, su estilo directo me parecía maleducado, pero puede que donde yo oía descortesías, él viera meras observaciones.

La señora Christy le trajo un plato y un cuenco con gachas, justo lo que yo había tomado.

—Eso sí que es mucho —dijo con los ojos muy abiertos.

Suspiré para mí, al tiempo que mis mejillas no dejaban de brillar.



Terminamos juntos la comida, nos pusimos los abrigos y salimos del edificio de personal sin intercambiar más palabras. Por mi parte, no sabía qué decir, mientras que el señor Reed parecía ensimismado, aunque puede que lo que sucedía es que no estaba recuperado del todo, que aún se sintiera débil.

No hacía tan buen día como el anterior; el que ayer había sido una brisa agradable, hoy era un viento gélido y cortante.

El señor Reed aceptó la llave que le di poco antes de llegar a la puerta de la biblioteca y abrió él mismo, como siempre.

Entramos en el vestíbulo, oscuro ante nosotros. Todo estaba como siempre. Sin embargo, al mismo tiempo, lo notaba distinto. Estábamos ahí solos, el señor Reed y yo, rodeados de infinidad de libros. Era como siempre que íbamos a la sala de lectura en las dos semanas anteriores, pero yo me sentía diferente, extrañamente unida a él. Era como si, de pronto, observara el mundo desde otro ángulo, desde el cual los libros pasaban a un segundo plano y el señor Reed ocupaba un lugar principal.

Me quité la gruesa y suave bufanda de cachemir que había comprado el día anterior. Me llamó la atención que el señor Reed no subiera delante de mí la escalera hacia la galería circular, sino que se detuviera en el descansillo y me dejara pasar con un gesto casi aburrido.

Fue un gesto imperceptible y esperable en cualquier otro hombre, pero no en él, que jamás había tenido en cuenta esas nimiedades. Se me aceleró el corazón, noté un leve aleteo en el estómago y sonreí para que supiera que apreciaba su esfuerzo por mostrarse educado.

Subí los peldaños y desaparecí con decisión en la sala de espera, para calmarme.

Era una mañana memorable llena de sorpresas extrañas que no sabía interpretar. En realidad, me inquietaba y me hacía feliz al mismo tiempo.

Había mucho que hacer y salí del cuartito mucho más animada que en los últimos días.

El señor Reed no había cerrado la puerta de su despacho y caminaba de un extremo de la estancia al otro, recopilaba documentos y se recolocaba las gafas con gesto concentrado.

—¿Ha estado ordenando en mi ausencia, señorita Crumb? —preguntó sin mirarme.

Noté el tono de reproche, pero no lo decía muy en serio.

—Quizás un poco —confesé.

Me lanzó una mirada malhumorada por encima de la montura de las gafas. Noté que me fallaban las rodillas.

El señor Reed siguió revolviendo en sus documentos; hurgaba con los dedos en el montón de papel. Con las prisas empezó a morderse el labio inferior. Pensé que podría quedarme en la puerta para siempre, observándolo.

Me gustaba de verdad. Su rostro anguloso, que pese a la delgadez conservaba unos fuertes rasgos viriles. Los ojos rasgados y oscuros, que se deslizaban rápidamente por los renglones, atentos. Los hombros, más anchos de lo que parecía a simple vista, ocultos por la ropa.

—Señorita Crumb —me dijo, entre la educación y la amenaza, pues lo estaba mirando fijamente sin motivo aparente y se había dado cuenta.

Parpadeé y retrocedí un paso con la esperanza de no haberme delatado del todo.

—Disculpe —murmuré en voz baja, me retiré y luego bajé la escalera a toda prisa con mariposas en la barriga, hasta llegar a la sala de lectura.

Como era jueves, esperé a Oscar, que hoy tenía turno. Sin embargo, no estaba, así que me dediqué a mis tareas diarias. Abrí los puños de la blusa y me subí las mangas antes de recoger los periódicos del día anterior de los soportes. Durante las últimas semanas había aprendido que era el método más eficaz de no ensuciarse la blusa con tinta de imprenta.

Eché una ojeada al primer periódico. Me vino a la cabeza Phillip Tams, al que había sobornado con un pastel de chocolate para que espicara al señor Reed. Cómo podía haberme olvidado.

Noté por un momento una náusea en el estómago y supe perfectamente en qué momento se me había olvidado algo tan importante: cuando el señor Reed se sentó conmigo en la mesa del desayuno.

Si Phillip lo había seguido el día anterior, dentro de unos minutos sabría cuál era el secreto del señor Reed. En cualquier caso, estaría mucho más cerca que antes de saberlo. Me mareé, me sentí mal, noté frío y calor; de repente, ya no estaba segura de que hubiera sido buena idea. ¿Y si descubría algo horrible? ¿Algo que no quería oír, como había pronosticado el señor Reed un día? Me dijo que mi curiosidad llegaba demasiado lejos y que averiguaría cosas de las que luego me arrepentiría de saber.

¿Era demasiado tarde para retractarse?

Debí de estar un buen rato ahí quieta, pues, cuando Oscar me dio los buenos días y me arrancó de mis cavilaciones, seguía con el periódico en las manos y ni siquiera había empezado a abrir la tuerca del cierre.

Le devolví el saludo con educación, demasiado atrapada en mis miedos para volverme hacia él. Solté un bufido para mis adentros y giré con fuerza el cierre. Solté todos los periódicos, los amontoné y esperé.

Por supuesto, tenía otras cosas que hacer; no obstante, si no acababa con eso, no podría concentrarme en nada más.

Lancé unas cuantas miradas discretas al señor Reed, que seguía en su despacho. Esperaba que no se moviera de allí.

Pasada una eternidad (que según el gran reloj del vestíbulo solo había durado ocho minutos), por fin se abrió la puerta y una cabellera roja asomó tras un gran montón de papel en la sala de la biblioteca. Corrí hacia él demasiado deprisa. Incluso le cogí el montón de periódicos a Phillip y lo dejé en el mostrador, junto a los míos.

—Buenos días, señorita Crumb —dijo el niño con una educación que en ese momento me pareció muy superficial.

Le di los dos chelines que se ganaba todos los días con su servicio de los periódicos.

—Buenos días, Phillip —dije, muy nerviosa, mientras él se guardaba el dinero, se rascaba la cabeza, avergonzado y miraba a todas partes, como había hecho yo antes.

Si alguien nos hubiera observado, enseguida se habría percatado de que estábamos tramando algo. En realidad, yo era una buena actriz, pero en ese momento estaba demasiado nerviosa.

Phillip se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un recorte de prensa y me lo dio. Lo cogí, puse cara de desconcierto y lo desdoblé con cuidado.

—Lo seguí hasta esta dirección. Ahí desapareció en la casa. No salió hasta al cabo de tres horas —me explicó Phillip a media voz.

En la letra garabateada sobre el artículo impreso se leía una dirección. Me sentí decepcionada y aliviada al mismo tiempo.

—¿Con eso basta para un pastel? —preguntó Phillip, esperanzado, que se tocaba los dedos mientras se le sonrojaban las mejillas poco a poco—. No me atreví a acercarme más.

Asentí. Se había esforzado y había arriesgado su trabajo.

—Claro que basta —admití, y le sonreí para calmarlo—. ¿Qué te parece el lunes que viene? ¿Al mediodía? —propuse.

—Sí, tengo tiempo. Siempre tengo tiempo —exclamó.

Me hizo gracia su gran predisposición cuando se trataba de pasteles.

—Entonces, trato hecho. Gracias, Phillip —le confirmé.

Le di la mano. La aceptó vacilante y la apretó muy flojo. Me fijé en que las manos parecían muy grandes para su temprana edad. Incluso más grandes que las mías. Seguro que un día llegaría a ser un hombre imponente, dentro de unos diez años.

Se inclinó con torpeza, me dio los buenos días y desapareció por el pasillo dando unos brincos que mostraban su desbordante alegría.

Sonreí, pero lo hice con el corazón en un puño, notaba la pesada carga del recorte de prensa que tenía entre los dedos.

Ahora dependía de mí averiguar qué había en esa dirección. Y no estaba muy segura de si realmente quería seguir por ahí.

Me metí el papel en el bolsillo de la falda de cuadros azules, me recompuse y pasé lo antes posible a otros asuntos, entre ellos el temido paseo hasta el archivo.

Durante el transcurso de la mañana llegaron tres cajas del encuadernador, que había arreglado todos los libros dañados. Encargué que las llevaran a mi sala, las abrí y encontré encima una nota para mí. El encuadernador, el señor Clockwood, me daba las gracias por la lista detallada de los defectos y el buen empaquetado que tanto había echado de menos durante los dos años anteriores. Me alegré de que alguien apreciara mi trabajo, aunque no nos conociéramos en persona.

Volví a guardar los libros en su sitio, actualicé los expedientes, fui ordenando detrás de los estudiantes y ayudé a tres a encontrar un libro con ayuda de la máquina.

Un chico joven requirió mi atención para comentar las ventajas de dos libros distintos de física que, de hecho, yo había leído. Intenté recordar su nombre, pues ya le había prestado un libro más de una vez. Pero como no me acordé, concluí rápidamente la conversación, para no ponerme en evidencia.

Cuando por fin fueron las doce y media, recogí el abrigo y salí de la biblioteca al cielo encapotado que presidía Londres. No había vuelto a ver al señor Reed desde primera hora, seguía atrincherado en su despacho intentando recuperar los dos días y medio perdidos. No me atreví a preguntarle si quería acompañarme a comer, aunque había coqueteado con la idea. Sin embargo, el papel que tenía en el bolsillo parecía pesar una tonelada: era como si fuera a atravesar la tela gruesa de mi falda; así era el peso de su secreto.

Abatida y alterada, caminé un poco cuando a lo lejos se dibujó una silueta conocida.

—¡Ani! —me gritó Elisa con alegría.

Me saludó entusiasmada, se levantó el dobladillo del vestido y corrió un poco hasta mí, como solo se atrevería a hacer una chica de la calle. Me alegré de verla. Ahora que veía el brillo pícaro en sus ojos y su sonrisa traviesa, me di cuenta de hasta qué punto la había echado de menos durante los últimos días.

—Quería comer contigo, pero llego muy tarde. Me daba miedo no verte —me explicó cuando se acercó a mí.

Me sentí muy feliz de tener tiempo para charlar. Sentí un gran alivio y ganas de compartir mis oscuros secretos, hasta entonces desconocidos. Movida por un impulso que rara vez sentía, abracé a Elisa, a quien pillé desprevenida.

—Comer es buena idea —dije cuando la solté.

Ella me miró de arriba abajo con una sonrisa, sorprendida, aunque se la veía preocupada.

—¿Va todo bien, Animant? —me preguntó.

Mi sonrisa embarazosa se desmoronó.

—No lo sé —admití.

Y no solo lo admitía ante Elisa, sino también ante mí. Como solía ser tan lógica y obstinada, me mantenía en pie, me decía que lo tenía todo bajo control..., pero, aun así, me había enamorado locamente de mi jefe, lo espiaba para ir a averiguar sus sucios secretos, me sentía desbordada por mis propios sentimientos y deseaba que alguien me dijera que no me estaba pasando nada raro.

Y ese alguien tenía que ser Elisa. No tenía a nadie más.

Desde luego, no podía decírselo a mi madre, que pondría el grito en el cielo. Mi hermano tenía sus propios problemas. Mientras que la tía Lillian se estaba ocupando de mi madre.

Elisa era la única opción posible, pero también era la que prefería.

Nos sentamos en una fonda en la que probablemente jamás habría entrado sola, pero que era más propia de Elisa. Mi amiga me aseguró que el cordero era el mejor de todo Londres. El espacio era reducido y con muchos recovecos, con bancos de madera oscura y unos gruesos manteles de lino sin blanquear en las mesas.

Ambas pedimos cordero con patatas. A Elisa se le iluminaron los ojos de la ilusión cuando la mujer mayor que había anotado nuestro pedido se fue a decírselo al cocinero y a prepararnos un té. Pese a su curiosidad, logré preguntarle primero por cómo estaba y por cómo le habían ido los últimos días. Sin embargo, dio por zanjado el tema rápido diciendo que solo había estudiado; por lo demás, su vida había sido un aburrimento.

Eso nos llevó directamente a mí, pues Elisa estaba hambrienta de novedades emocionantes.

—Bueno, ¿qué novedades hay? ¿Qué ha pasado que te ha alterado tanto como para saludarme con un abrazo? —me preguntó con una sonrisa.

Lo primero que pensé fue en el señor Reed. Últimamente, no paraba de alterarme. No recordaba cuándo había estado tranquila por última vez.

Pese a llevar tanto tiempo reprimiéndolo y hacer todo lo posible por evitarlo, me sonrojé.

—¡Dios mío! —exclamó Elisa. La gente de las mesas de alrededor nos miraron. El local estaba lleno a esa hora del almuerzo—. ¿Estás enamorada? —añadió, esta vez en voz más baja, pero no menos estupefacta.

Aún notaba las mejillas más calientes y tuve que agachar la mirada para no morirme de vergüenza. ¿Cómo había llegado a esa conclusión tan rápido? ¿De verdad era tan evidente? ¿Se lo habría contado si no lo hubiera deducido ella? Probablemente no, supuse, al tiempo que intentaba ordenar mis ideas.

En realidad, pretendía hablarle a Elisa de las misteriosas obligaciones del señor Reed y de que había sobornado al pequeño Phillip Tams para que me consiguiera la dirección. Le habría pedido consejo sobre el asunto y me habría callado el resto.

Pero ya no podía ser.

—¿Quién es? ¿No será ese señor Boyle? ¿Se ha disculpado por el incidente en el baile? ¿Se ha ganado tus afectos?

Negué con la cabeza.

—No es el señor Boyle. Aunque el lunes me pidió disculpas, en la biblioteca —le aclaré.

Elisa se inclinó hacia mí, con los ojos como platos de la emoción.

—¿Y qué le dijiste? —me preguntó.

Por un instante, albergué la esperanza de haberla distraído con aquel asunto. Pero sabía que la distracción duraría poco.

—Acepté sus disculpas y, lamentablemente, tuve que explicarle que no quería volver a verle.

Me sorprendió pensar que aquello hubiera ocurrido a principios de la semana. Desde entonces el mundo parecía haber cambiado completamente.

—¿De verdad pensaba que le resultaría tan fácil ganarse tus favores? — bromeó Elisa, y la sonrisa volvió a sus labios delgados—. Qué bobo. ¿Cómo se lo tomó?

—No muy bien —dije, y recordé su rostro airado, la expresión herida y sus duras palabras. De nuevo, me avergonzó haber llegado tan lejos—. Me montó un numerito.

—¿En la biblioteca?

Elisa se llevó las manos al pecho. Era con diferencia lo más emocionante que había oído durante la semana y lo estaba disfrutando al máximo.

—Sí —contesté, escueta, pues la mujer mayor regresó con nuestros té, un brebaje oscuro donde flotaban las hierbas—. ¿Qué es esto? —le susurré a Elisa, asqueada: no iba a beber un trago de aquello; fuera lo que fuera, seguro que no era té.

—Eres una esnob —dijo Elisa entre risas.

Cogió su taza y se la llevó a los labios. No me sentí atacada por su comentario; en realidad, tenía razón. Probablemente era una esnob, pues no tenía ni idea de que el té solo se bebía en mi entorno social.

—¿Cómo te libraste del señor Boyle?

—El señor Reed lo echó porque estaba armando demasiado jaleo — contesté sin más.

Procuré sonar lo más neutral posible, pero el corazón se me puso a mil.

Elisa asintió.

—Por supuesto. El bibliotecario —dijo, bebió otro sorbo de su brebaje y, de pronto, abrió los ojos de par en par—. ¡Por supuesto! ¡El bibliotecario! — exclamó.

Ahí se acabó todo. Lo sabía y no podía hacer nada para convencerla de lo contrario..., más que mentir descaradamente.

En mi fuero interno quería que no se enfadara o se llevara una decepción. En el baile ya le había afectado que mostrara un interés tan evidente por el señor Boyle. Tuve que insistir en que no quería casarme con él para calmarla. Sin embargo, ahora que se trataba del señor Reed, mis sentimientos me elevaban a unas alturas que no sabía que existieran, pues no estaba segura de si podría prometer lo mismo tan fácilmente.

No se enfadó. Al contrario, entornó los ojos con picardía, torció la boca en una sonrisa descarada y soltó una risita.

—¡La señorita Brandon-Welderson te odiará! —exclamó entre risas, resaltando cada palabra. Ni siquiera me había dejado contestar, sabía que tenía razón y yo tampoco la contradije—. ¿Quién lo sabe? —me preguntó, sin parar de revolverse en la silla, de manera que la tela de las enaguas no paraba de crujir.

—¡Nadie en absoluto! Y tienes que jurarme que no se lo vas a contar a nadie —contesté con vehemencia.

Ella levantó las manos enseguida.

—Mis labios están sellados —me prometió, y se reclinó en la silla—. En realidad, debería haberlo sabido antes —me dijo.

—¿Cómo ibas a saberlo? —pregunté molesta, en tono provocador.

—Ay, Ani —dijo Elisa con un suspiro, y me lanzó una sonrisa cómplice—. Vi cómo te miraba después de bailar ese vals. Créeme: esa mirada habría derretido el corazón a cualquiera.



## TRIGÉSIMO, O CUANDO ACTUÉ POR RABIA

*Necesité* toda la comida para convencer a Elisa de que el señor Reed no correspondía mis sentimientos. Su cabeza ya había empezado con historias de folletín.

Por mi parte, tuve que ir con cuidado para no caer en esa trampa. Cuesta mucho romper las falsas esperanzas y no quería obsesionarme con sentimientos que ni siquiera sabía si eran ciertos.

Resultaba obvio que su trato hacia mí había cambiado: se había vuelto más educado y atento, se esforzaba por entablar conversación, incluso apreciaba mi compañía. Nada de eso era así cuando nos conocimos. Pero bien podrían ser señales de que la relación laboral había mejorado.

Elisa se rio de mí por ponerme a la defensiva. Preferí no contarle que había estado en casa del señor Reed: solo hubiera servido para que interpretara más de lo que había. Y aquello ya era lo suficientemente embarazoso como para ponerle más pimienta.

Había esperado más bien que se opusiera a que pudiera sentir algo así, pues ya antes había rechazado al señor Boyle. Cuando se lo pregunté, se encogió de hombros y me dijo que el señor Boyle era un aburrido redomado y que nunca me iba a entregar a alguien así.

Finalmente, Elisa me pasó los libros que había tomado prestados, me dio las gracias cien veces y nos despedimos con un breve abrazo que esta vez inició ella.

Procuré no pensar en el señor Reed ni en qué implicaban las palabras de mi amiga. Eran pensamientos inútiles que no llevaban a nada, me volvían loca y me confundían aún más.

Mientras no supiera el secreto del señor Reed, todo podría dar aún otro giro.

Regresé con paso firme a la biblioteca, bajo un tiempo inclemente. Llevaba conmigo un libro sobre viejos casos judiciales controvertidos y uno sobre derecho civil en el sur de Inglaterra.

Cuando entré en el edificio me coloqué rápidamente tras el mostrador del vestíbulo para tachar los libros de Elisa de nuestra falsa tarjeta de préstamo y devolví los dos volúmenes a su sitio antes de quitarme el abrigo.

Cuando me volví de nuevo hacia el mostrador, Oscar acababa de regresar, me sonrió con amabilidad y me dio dos montones de cartas sin decir nada.

—Ah, gracias.

Los dejé uno encima de otro y les eché un vistazo mientras me dirigía a la escalera. Eran varios textos de autores, una nota de un profesor cuyo nombre había visto varias veces en cartas dirigidas al señor Reed y una carta formal del decano que me dieron ganas de abrir. Sin embargo, me contuve y pasé a la siguiente carta.

Era una nota doblada y con mi nombre escrito. Levanté una ceja, sorprendida, y subí la escalera. La nota era de Henry: me invitaba a almorzar el sábado para celebrar un encuentro especial conmigo. Noté la alegría en el pecho: iba a presentarme a su prometida; no pude reprimir una gran sonrisa.

Pero se desvaneció cuando vi la siguiente carta, que apareció bajo la nota.

El papel estaba desteñido y pesaba. Me detuve en medio de la escalera cuando leí mi nombre en él. Le di la vuelta al sobre y solo encontré unas iniciales en el dorso: C. C., escrito con arabescos en un rosa rojizo.

¡La carta era de mi madre!

Llevaba tres semanas trabajando en la biblioteca y no había recibido una sola carta, y esa tarde había dos para mí.

Subí los últimos peldaños, sorprendida. Comprendí por qué Oscar me había dado las cartas en dos montones. Uno era para mí.

No me atreví a abrir la carta de mi madre ahí, en la puerta; la guardé con la nota de Henry en el bolsillo y empecé a desabrocharme con una mano los botones del abrigo.

De todos modos, no llegué a la salita de espera para dejarlo porque una imagen extraña me irritó. A través de la puerta abierta del despacho del señor Reed, vi una cinta azul. Vi una cesta de fruta de monstruosas dimensiones y de decoración pomposa sobre su escritorio.

El bibliotecario estaba delante, apoyado en la pared, de brazos cruzados, con la mirada sombría sobre la montura de las gafas clavada en ese engendro

de lazos de seda azul y manzanas de color rojo chillón, como si intentara que el regalo ardiera en llamas con la fuerza de su ira.

Debería haberme dado la vuelta y colgar el abrigo, pero mi curiosidad innata me llevó a decir algo.

—¿Qué es eso?

El señor Reed me observó.

—Es un regalo que me han traído personalmente. De la apreciada señorita Franzin Brandon-Welderson, para mi pronta recuperación —escupió las palabras como si le quemaran en la lengua.

Debería haber seguido andando. Noté un nudo en la garganta.

—¿Le ha dicho usted que estaba enfermo?

Su mirada me hizo retroceder. Suspiré y di un paso en su despacho.

—Algo tenía que decirle. La pobre mujer hace seis semanas que viene aquí y nunca lo encuentra.

Noté tensión en la sala. Se le veía más que enfadado y yo no sabía cómo comportarme. No me sentía culpable, al fin y al cabo tampoco es que hubiera revelado un secreto, pero no me sentía bien.

—¿Pobre mujer? Por favor —se burló el señor Reed, que volvió a observar la cesta de fruta—. Es una persona insufrible, ruidosa e impertinente.

Me quedé de piedra, asustada. Mantuve las cartas en mi mano. Nunca lo había oído hablar así de nadie. No es que fuera cuidadoso a la hora de expresarse, pero jamás le había oído soltar tales insultos.

—No me encuentra porque la evito —añadió.

A mí la señorita Brandon-Welderson tampoco me parecía una persona agradable, pero en ese momento me dio pena. Se esforzaba, era una persona comprometida y no era justo que ni siquiera le diera la opción de desearle que se recuperara.

—¿No sería más fácil escuchar lo que tenga que decir y así librarse de ella? —pregunté.

Su enfado me encogía el corazón, pero no me amedrentaba fácilmente.

El señor Reed se separó de la pared, se acercó dos pasos al escritorio y luego se dio la vuelta y regresó a su sitio junto a la pared.

—Creo... —dijo—. No, no creo, sino que sé que entonces nunca me libraré de ella. Y no tiene nada nuevo que decirme —masculló, y apoyó de nuevo la espalda.

Se le veía inquieto. Me pregunté qué le había hecho realmente la señorita Brandon-Welderson. No solía sentir mucha simpatía por el prójimo, pero aun así lamentaba su inquina.

—Quiere hablar conmigo sobre abrir la biblioteca a las mujeres estudiantes —dijo el señor Reed. Se quitó las gafas y se apretó la base de la nariz con el pulgar y el índice—. Aunque debería saber que es algo que no está en mi mano.

Así que por eso iba a la biblioteca: intercedía por mujeres como Elisa. Eso hacía que la mirara con más aprecio, justo lo contrario que me pasaba con el señor Reed.

—¿Y no es digno de halago que interceda por ese tipo de cosas?

—Señorita Crumb —dijo tras soltar un bufido—, no sea tan ingenua y no caiga en su hipocresía. La señorita Brandon-Welderson no es más que una presuntuosa mentecata que juega a hacerse la bienhechora —se burló.

Un escalofrío recorrió mi espalda, pese a no haberme quitado aún el abrigo. Me horrorizó ese comportamiento en el hombre del que estaba enamorada. Paralizada, con las cartas en la mano, me tentó la idea de largarme de allí.

—Cree que sabe perfectamente lo que le conviene a la gente —siguió despotricando—. Se jacta de su predisposición a ayudar y de su filantropía, pero no tiene ni idea del mundo que hay ahí fuera. Es una presuntuosa que nació rica y que se adorna con plumas. Pero no ha puesto un pie en su vida en las barriadas pobres de Londres.

Aquello fue como un puñetazo en el estómago. Estaba hablando de la señorita Brandon-Welderson, pero podría estar diciendo eso mismo de mí. Yo era de buena familia, estaba desempeñando un trabajo que no necesitaba para sobrevivir y nunca había estado en los barrios pobres de Londres. Solo conocía mi mundo y no veía más allá de mi vida apacible, entre la buena comida y los libros. Rara vez me había parado a mirar otra cosa.

Sus palabras me hirieron en la misma medida en que me sacaron de mis casillas. Me sentí indefensa ante sus prejuicios. Estaba hablando de algo que yo no entendía, pues era evidente que me faltaba información. Eso me hacía sentir aún más incompetente. El corazón me latía demasiado rápido, la sangre me hervía en las venas y empecé a sentir una presión en la cabeza.

—Se pavonea como si fuera la mismísima reina. Va lanzando bagatelas de sabihonda, en vez de ocuparse de los problemas reales de nuestra sociedad —añadió.

—Pare —dije, sin poder evitarlo, cansada de su desdén.

Se volvió hacia mí con cara de sorpresa. Llevaba el pelo revuelto porque se lo había manoseado con el enfado, y llevaba abierto el botón superior de la camisa.

La expresión de la cara debió de delatarme, pues el señor Reed advirtió en el acto que algo no iba como esperaba.

—Señorita Crumb, ¿va todo bien? —preguntó directamente.

De pronto, todo el odio había desaparecido de su voz. Ahora parecía preocupado. Pero yo no quería eso. ¡Se podía meter esa actitud por donde le cupiera!

—¡No me venga con esas! ¡No puede ir lanzando ofensas y luego mirarme como si no lo entendiera! —exclamé con rabia.

En el marrón de los ojos del señor Reed se reflejaron las ideas que le pasaban por la cabeza.

—No estoy hablando de usted, señorita Crumb —intentó aclararme en tono conciliador.

—¡Maldita sea, señor Reed! Está hablando de mujeres ricas que no tienen nada mejor que hacer con su vida que quitarle el trabajo a la clase trabajadora. —Estrujé las cartas en las manos—. ¡Sería hipócrita excluirme!

—No tiene ni idea de lo que habla —alzando la voz, con un tono más duro.

Aunque pueda sonar extraño, me dolió menos que las palabras que había dicho tratando de ser amable. Ya estaba harta. Que me tomara por una boba y una ignorante, no me importaba. ¡Ya me las arreglaría sin su opinión!

Meforcé a recuperar la calma, hice acopio de toda la dignidad que me quedaba y me acerqué con decisión al escritorio.

—Está bien —dije, con voz fría—. Entonces será mejor que yo y mi inteligencia de poca monta nos vayamos a otra parte. —Dejé las cartas en el borde de la mesa; la ira había hecho que arrugara mucho el papel—. Mientras, siga sentado sobre su trasero, derrochando sabiduría.

Me miró confuso, antes de que diera media vuelta y abandonara el despacho. Necesité todo el autodominio del que fui capaz para no dar un portazo. Giré en la galería circular y regresé hasta la sala de espera sin volver la vista atrás.

Desaparecí en el cuartito, me quité el abrigo e intenté mantener la compostura. Si cedía ahora a mis sentimientos, me pondría a gritar hasta quedarme sin voz; luego seguro que lloraría hasta vaciarme de lágrimas. No podía permitirme ninguna de las dos cosas, solo me harían sentir aún más débil.

Solo el orgullo me mantenía erguida. Me aferré a la rabia para controlar el dolor.

Bajé a la sala de lectura y me dediqué a mis tareas, que por suerte eran suficientes para ocupar el tiempo. Empecé a clasificar libros como una posesa. Oscar no paraba de mirarme con disimulo, no se atrevía a dirigirme la palabra y al final me encerré en mi cuarto, donde aún permanecían parte de las entregas que no había etiquetado. De pronto, me faltaban fuerzas para todo.

Sin embargo, volvía a notar la rabia en la boca del estómago.

¿Por qué era así el señor Reed? ¿Por qué no podía ser un caballero amable, reservado, que pensaba lo que decía, y no alguien que soltaba constantemente improperios y despreciaba a los demás sin importarle sus sentimientos?

Para mi disgusto, de pronto oí a Henry en mi cabeza, diciéndome con una sonrisa que yo tendía a hacer exactamente lo mismo. Lo ignoré: ahora no quería ocuparme de eso. Prefería acumular toda la rabia posible para no pensar en mis propios defectos.

Estaba recogiendo unos cuantos libros en la sala de lectura cuando oí una serie de voces ásperas que hablaban demasiado alto. Me di la vuelta y miré hacia el vestíbulo por el arco de medio punto, desde donde Oscar me miró en busca de ayuda. Desvié la vista hacia el reloj. Eran las cinco y media. Solo quedaba media hora y estaría a salvo; en casa podría revolcarme en la autocompasión.

Dejé el montón de libros que había recogido en uno de los carros y caminé entre las mesas hacia Oscar. Los estudiantes que quedaban me siguieron con la mirada, pero hacía tiempo que había dejado de importarme.

Atravesé con decisión uno de los arcos y enseguida vi a los responsables de las risas. Eran media docena de hombres con chaquetas robustas, zapatos sucios y sombreros deformados. Parecían salvajes. Por mucho que lo intentara, no podía imaginar qué se les había perdido por allí. Seguro que esos caballeros no habían venido a leer a la biblioteca.

Con todo, no me dejé confundir. Mi mal humor me sirvió para volverme aún más decidida. Me acerqué con la cabeza alta hacia esos alborotadores.

—Caballeros —los saludé a media voz, con la dureza suficiente para que me oyeran—, estaban hablando demasiado alto —añadí sin tapujos.

Ellos enmudecieron y luego soltaron una risa contenida en sus barbas.

—Lo siento, señorita —me dijo uno de ellos, y se quitó el sombrero. Parecía un poco mayor que los demás, de treinta y tantos años; sus ojos eran

simpáticos, y la sonrisa, cálida y sincera—. Normalmente, no somos así — intentó convencerme, pero no me dejé ablandar tan fácilmente.

—¿Puedo ayudarles en algo? —pregunté, forzando una sonrisa distante.

—Esta bella señorita quiere deshacerse de nosotros —bromeó otro de los hombres, que llevaba una gorra ancha con visera gris.

Apoyó un brazo en el hombro del mayor. Ambos me miraron de arriba abajo con una sonrisa. Los tres eran muy altos: tuve que alzar mucho la vista para verlos bien, algo poco habitual en mi caso, dada mi estatura.

—Hemos venido a llevarnos a Thomas Reed a tomar algo —dijo el mayor con gesto divertido.

Me sorprendió tanto la respuesta que no supe qué contestar. ¿Esos hombres, obreros, habían venido a llevarse al señor Reed a tomar algo? Me resultaba tan inconcebible. ¿Tan equivocada estaba con la imagen que me había creado del bibliotecario?

—El señor Reed suele trabajar hasta las seis o las siete. Dudo que saque tiempo para unirse a sus planes —dije.

En realidad, no lo sabía, pero me fie de mi intuición.

—Él le ha dicho que nos diga eso, ¿no? —apuntó un tercero, malhumorado, el único rubio. Tenía la nariz recta y llamativamente estrecha; llevaba la barba más corta que los demás y con un brillo rojo.

—Pero ¿esta quién es? —preguntó alguien al que no veía muy bien, tras ellos.

—Soy la asistente del bibliotecario —respondí.

Entonces vi la cara del hombre. Era alto, tenía el rostro enjuto, el cabello muy oscuro que le caía en la frente y, pese a llevar barba, me asusté cuando los ojos del señor Reed me miraron desde su rostro.

—¿Trabaja aquí? —dijo el hombre de la gorra con visera; divertido, frunció los labios con picardía.

Los otros me observaron con interés. Me sentí más insegura.

—Thommy tiene una asistente preciosa. Qué envidia —comentó un quinto hombre, de complexión rechoncha, que alborotó el pelo de un sexto acompañante, bastante más joven.

—Yo también —coincidió el hombre de la gorra con visera.

El mayor se rio de ellos.

—¡Están hablando demasiado alto! —susurré intentando mantener la calma.

Los cinco empezaron entonces a cuchichear; no paraban de reír. Uno de ellos me observaba atentamente: sus ojos marrones me estudiaban; los

mismos ojos de los que me había enamorado.

Retrocedí un paso, aparté la mirada y estaba a punto de irme cuando oí la voz que tantas veces había acudido en mi ayuda.

—Dios mío, ¿qué hacéis vosotros aquí? —dijo el señor Reed.

Tenía una expresión malhumorada, se quitó las gafas de la nariz y cerró el libro que tenía en las manos, nervioso.

Respiré aliviada.

—No te hagas el inocente. Solo porque no nos contestes no significa que no hayas recibido nuestro correo —dijo el mayor de todos, y puso los brazos en jarras en un gesto desafiante.

Era evidente que se conocían. En un primer momento, me sorprendió, pero no debería ser así: el señor Reed no era de la clase alta. Era hijo de un carnicero. Tal vez esos chicos fueran algo parecido a unos amigos. Pero ¿por qué me parecía tan raro que pudiera tener amigos?

—Ya os he dicho que no voy con vosotros —gruñó.

Se colgó las gafas del chaleco y se metió las manos en los bolsillos como para dar a entender que se aburría.

Probablemente, no eran amigos.

—Eso ya nos lo ha dicho tu encantadora asistenta —dijo el hombre de la gorra con visera, que me guiñó el ojo con descaro, como si yo fuera una muchacha a la que quisiera impresionar en plena calle.

Ni pestañeé, aunque por dentro me estremecí.

—¿Ah, sí? Entonces hacedle caso. ¡Largo! Lo estáis ensuciando todo —protestó el bibliotecario.

A mis oídos, aquel exabrupto sonó muy duro e insultante, pero los hombres se rieron como si hubiera contado un chiste.

—Ven ahora mismo, señoritingo. Hace una eternidad que no te vemos —insistió el mayor, que hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Quedamos una vez al mes —añadió el rechoncho.

El joven que estaba a su lado cruzó los delgados brazos.

El señor Reed los miró sin inmutarse.

—¡Le diré a mamá que no has venido con nosotros! —soltó el más joven escapándosele un gallo en la voz.

—No le vas a decir absolutamente nada a mamá —dijo el señor Reed, que sacó las manos de los bolsillos y se acercó un paso a él—. Además, ¿desde cuándo puede venir el pequeño con nosotros?

Al final comprendí qué estaba pasando. Abrí los ojos de par en par y me fijé mejor en los hombres. Ahora me parecía evidente el parecido entre ellos.



—¡Ya tengo dieciséis años! —se indignó el joven.

—¿Todos son hermanos del señor Reed? —pregunté, sin poder contener mi curiosidad.

Todos ellos clavaron sus miradas en mí.

El tipo de la gorra me sonrió.

—Todos, señorita —me confirmó—. ¿Y con quién tenemos el placer de hablar?

Tal vez fuera un poco directo, pero era bastante más cortés que su hermano.

—Animant Crumb —me presenté.

La sonrisa del chico se volvió pícara.

—Eh, Thommy, si no vienes tú, seguro que podemos llevarnos a tu asistente —dijo de pronto.

—¡En ningún caso! —dijo el señor Reed, cortante.

Su mirada era lóbrega, y su actitud, casi amenazante. En ese momento, recordé que seguía enfadada con él.

—Por qué no, seguro que sería divertido —comentó el rubio.

El rechoncho se rio.

—¿Qué opina la señorita? —preguntó el mayor.

En un primer momento, no me había tomado la propuesta en serio. Sin embargo, por lo visto, me había equivocado. Me sentí abrumada: no sabía qué decir.

—¡No opina nada en absoluto porque os lo prohíbo! —apuntó mi jefe, que se interpuso entre sus hermanos y yo.

A pesar de que un momento antes había estado dispuesta a olvidar que seguía enfadada con él, ahora sentí que las cosas habían cambiado.

—¡No es mi padre, no puede prohibirme nada! —repliqué, y tuve ganas de darle una patada en la espinilla.

¿Por qué se comportaba de una manera tan increíblemente insoportable? ¿Qué le había hecho para que me desacreditara de esa manera?

Volvía a aferrarme a la rabia.

El señor Reed se volvió hacia mí, con una mirada sombría.

—No tiene ni idea de dónde se mete. ¡No puede irse sin más con unos perfectos desconocidos! —dijo.

Pero a esas alturas hubiera sido imposible que le escuchara o atendiera a razones. Era terca, y no sería tan fácil hacerme cambiar de opinión.

—No son perfectos desconocidos. ¡Son sus hermanos! Y no creo que sus modales sean peores que los suyos —repliqué, y levanté la barbilla,

desafiándole.

Había empezado él. No iba a ceder solo para que luego pudiera pavonearse de haberme salvado. Tuve ganas de gritar.

—Maldita sea, realmente no me deja elección —gruñó el señor Reed, alterado. Resopló—. Quedamos a las siete delante de la biblioteca. ¡Y más os vale que seáis puntuales!

Sus hermanos sonrieron entre sí, antes de que mi jefe se diera la vuelta y desapareciera en su despacho.

## 31

### TRIGÉSIMO PRIMERO, O CUANDO PREGUNTÉ DEMASIADO

Eran las siete menos veinte y ya estaba delante de la biblioteca. Por supuesto, tenía claro que llegaba demasiado pronto, pero no aguantaba más en mi cuartito por los nervios.

Me había cambiado, pero procurando mantener la sencillez. No tenía ni idea de lo que me esperaba, pero no había nada más bochornoso que vestirse con demasiada elegancia.

Por eso llevaba una blusa de lino de color azul marino con una falda de lana de cuadros granate. Era un conjunto discreto por el color y el material, pero sin ir desaliñada; la blusa tampoco era tan seria como las que solía llevar: no quería que me tomaran por una mojigata.

Me desesperé conmigo misma y me froté las manos para entrar en calor. Evidentemente, le había dado demasiadas vueltas a qué ponerme. Y solo porque iba a pasar una tarde con el señor Reed. Traté de no pensar demasiado y seguir enfadada con él.

Habíamos discutido. Además, él tenía una opinión horrible de las mujeres como yo y, sin duda, jamás se enamoraría de mí.

Tenía que ser positiva. El señor Reed había herido mi orgullo y yo estaba dispuesta a sacar a sus hermanos toda la información que pudiera sobre su vida. Solo así podría satisfacer la curiosidad que me roía por dentro.

Estuve unos diez minutos sola en la niebla cada vez más espesa, cerca de la biblioteca, hasta que vi que se acercaba a mí un grupo de hombres indefinido. Me volví hacia ellos cuando los oí. Enseguida me vieron.

—¿Ves? Te lo he dicho —dijo uno, que estiró la mano al otro, que metió la mano en el bolsillo de los pantalones y le dio una moneda.

Puse cara de escepticismo. Habían apostado a si estaría esperándoles o no.

Probablemente, en cualquier otro caso, también habría apostado en mi contra. No era de esas personas a las que les gustaba salir, ni mucho menos si no sabía adónde. Los hombres nunca eran mi compañía preferida; las conversaciones aburridas que se prolongaban para justificar solo la ingestión de alcohol raramente me interesaban.

Sin embargo, esta vez todo era distinto. Era una cuestión de orgullo. Y el orgullo superaba al miedo o la pereza, más que la rabia o la pena. Tenía que demostrarle que era libre y que él no tenía poder sobre mí. Y mucho menos después de haberme ninguneado.

En realidad, tal vez era a mí misma a quien quería demostrárselo.

Era absurdo e infantil. Lo sabía. Pero no podía evitarlo.

—Buenas tardes, señorita —dijo el hombre de la gorra con visera con una sonrisa de oreja a oreja. Se metió en el bolsillo la moneda que acababa de ganar.

Su hermano llegó tras él.

—Buenas noches —contesté.

Los demás me hicieron un gesto con la cabeza. Nadie dijo nada, la mayoría de ellos parecían nerviosos. Solo uno seguía callado, con la mirada perdida a lo lejos. Me alegré mucho de no verle los ojos.

Suspiré y decidí romper la tensión, para que no durara toda la tarde.

—Bueno, aún quedan diez minutos hasta que el señor Reed se digne dejar su trabajo. Si es puntual. Les propongo que aprovechemos el tiempo para conocernos —dije, queriendo sonar despreocupada.

—Eso sí que es buena idea —dijo el hombre de la gorra.

Le sonreí.

—Bueno, yo soy Tobias Reed —dijo.

Claro, pensé: todos ellos eran el señor Reed. Resultaba fascinante y perturbador al mismo tiempo; tendría que llamarlos a todos por el nombre de pila.

—Encantada.

Nos dimos la mano, algo poco habitual en mujeres de mi posición. La mano estaba caliente y el apretón fue firme.

—Yo soy Jonathan Reed —intervino el que me parecía el hermano mayor.

También me dio la mano, y así seguí con todos.

El hombre un poco rollizo se llamaba Lucas y tenía los dedos sudorosos. El rubio se llamaba Jimmy, sonrió con alegría; tenía las manos aún más frías que yo. El más joven era Finsley; me miraba como si nunca le hubiera dado la mano a una mujer. Por último, Tobias me presentó al hermano que se parecía más al bibliotecario.

—Este es Ian. Es algo tímido —bromeó Tobias.

Le dio un codazo en el costado a Ian, que lo fulminó con la mirada y me dio la mano, pero sin mirarme a los ojos.

Esperaba acordarme de todos los nombres. Tenía ganas de sacar una libreta de notas y ordenarlos por edad. Pero, bueno, solía ser bastante buena con eso: esperaba recordarlos todos.

El señor Reed salió de la biblioteca poco antes de las siete. Intenté prestarle la menor atención posible. No necesitaba a nadie que cuidara de mí, y mucho menos estaba de humor para oír una de sus reprimendas.

Además, eso me servía para contener mis sentimientos hacia él. Estar cerca de él había hecho que me sintiera aún más conturbada. Pero si me distanciaba algo de él, podría pensar con mayor lucidez.

Pese a mi firme propósito y a todas las barreras que había levantado en mi cabeza, empecé a notar un cosquilleo en el estómago cuando el señor Reed se acercó a nosotros y se paró a mi lado.

Se ajustó la bufanda al cuello y miró más que enfurruñado al grupo. El bolsillo izquierdo del abrigo estaba un poco deformado. A mí solía pasarme como a él, pues allí llevábamos el libro de marras que siempre estábamos leyendo (en mi caso, cuando podía despistar a mi madre).

El cosquilleo en el estómago empeoró. Sentí que me ruborizaba, aunque podía echarle la culpa al frío. Un detalle tan ínfimo como un libro en el bolsillo y ya volvía a sentir ese vínculo tan difícil de definir.

—¿Adónde vamos? —preguntó el señor Reed, sin hacer siquiera el esfuerzo de saludarnos uno a uno. Ni siquiera a mí.

—Al Fingerhut —contestó Jonathan, el mayor.

Nos pusimos en marcha lentamente.

—Hay una eternidad de camino —indicó el señor Reed, irritado.

Jimmy le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Desde cuándo te da pereza caminar? Pasas demasiado tiempo sentado sobre tu trasero de burócrata, ¿eh? —bromeó.

—No es por mí. Vais a arrastrar a una dama por media ciudad —contraatacó su hermano con cara de pocos amigos.

Alcé la vista, sorprendida. Tal vez el señor Reed no fuera muy educado, pero cuidaba de mí. Ya había muchos momentos en los que demostraba que no le era del todo indiferente.

—Por muy lejos que esté, en el campo, los largos paseos son una ocupación habitual —dije antes de que me lo preguntara.

Me alegré de haberme puesto los zapatos cómodos.

—¿No es de Londres? —preguntó Lucas, que se acercó a mí, de manera que el señor Reed tuvo que retroceder para no quedar fuera del camino.

Lo miré un momento. Seguía cerca, afortunadamente.

—No, por desgracia no. Soy de una ciudad muy pequeña. Está cerca de Bath —aclaré.

Lucas asintió. Su expresión me decía que sabía de lo que le estaba hablando.

—Tiene que hacer calor allí —comentó, lo que confirmó mis sospechas.

Su rostro era un poco más fofo que el de su hermano, pero también tenía un mentón fuerte que le daba cierto atractivo.

—Bueno, el calor es relativo. Aunque, eso sí, hace más calor que en Londres —respondí, mientras seguíamos avanzando en la niebla—. Es por la corriente del golfo y el viento del sudoeste —añadí, encantada de poder compartir mis conocimientos. Seguro que mi madre habría arrugado la nariz al oírme.

Sonreí al pensarlo y comprobé que la echaba de menos, aunque solo hubiera pasado cuatro días sin verla. Hoy tampoco había abierto su carta.

—¿Cómo es que trabaja en una biblioteca de Londres? —preguntó Tobias, que caminaba por delante de nosotros y se dio media vuelta.

Miré al grupo un tanto avergonzada, pues no estaba acostumbrada a tanta atención. Me encogí de hombros, aunque apenas se vio bajo la bufanda gruesa.

—Es una larga historia —dije a media voz.

Tobias se echó a reír.

—Nos espera un largo camino —respondió, con una sonrisa tan encantadora que me dejé convencer.

Me gustaban los hombres encantadores. Sin embargo, por lo visto, no era capaz de enamorarme de ellos: mi corazón prefería a un cascarrabias solitario.

—Está bien —cedí, y sonreí con más ganas. Tobias no me dejó otra elección—. En casa no hacía otra cosa que leer.

Todos empezaron a sonreír y a lanzar miradas elocuentes al bibliotecario, que caminaba justo detrás de mí.

—Conocemos a alguien así —dijo Jimmy, que le dio un codazo juguetón al señor Reed.

Él miró con desinterés en otra dirección, con las manos en los bolsillos del abrigo; caminaba a su ritmo y como si todo aquello no fuera con él.

Salimos del parque de la universidad al lío de calles del centro de Londres. La niebla quedó detrás de nosotros y la oscuridad se fue cerniendo poco a poco sobre la ciudad.

—¿Y luego?

Tobias no aflojó para que volviéramos a la conversación y yo me quité de la cabeza la imagen del señor Reed de joven, sentado en su casa junto a la estufa devorando con los ojos las páginas de un libro.

—Mi tío vino de visita. Trabaja en el departamento de personal de la universidad y buscaba desesperadamente un asistente de bibliotecario. —Me sonó como si hubieran pasado meses.

Desde entonces habían pasado tantas cosas que no podía creerlo. Había conocido un mundo completamente nuevo, gente nueva, nuevos valores, nuevos sentimientos.

—¿Y se presentó enseguida? —me preguntó Lucas.

Negué con la cabeza, divertida.

—No. De hecho, prefería quedarme en mi buhardilla con mis libros —expliqué.

El señor Reed soltó un bufido. No me volví hacia él, pero noté una presión en el pecho: ¿hubiera deseado que me hubiera quedado allí? Enseguida me dije que pensar así no me llevaría a nada. Además, me había hecho el propósito de no pensar demasiado en él.

—Pero mi madre está obsesionada con la idea de casarme lo antes posible y aproveché la oportunidad para escapar —continué en tono desenfadado.

Los hombres se echaron a reír. Intenté no sonar demasiado seria. No quería que creyeran que ese era el motivo por el que seguía allí.

—Llegué a Londres y empecé a oír historias de terror sobre un bibliotecario estricto y gruñón del que huían todos los asistentes porque era extremadamente desagradable y malvado con ellos —conté.

Aproveché para poner un poco en evidencia al señor Reed delante de sus hermanos; eso me ayudaba a mantener el control de la situación. Era

fundamental tener la sartén por el mango.

—Thommy, ¡pero qué monstruo eres! —rugió Jimmy entre risas.

Tobias adoptó una expresión pícara en el rostro.

—¿De verdad los asistentes salen corriendo? —le preguntó a su hermano.

El señor Reed se esforzó por mantener una expresión neutral, pero estaba claro que le molestaba tener que contestar a esa pregunta.

—La señorita Crumb sigue ahí —intentó contraatacar.

Solté un bufido burlón.

—¡Eso no cuenta! Me dijo que yo era la cabeza cuadrada más testaruda que le había sacado de quicio jamás.

Tobias se divertía de lo lindo con nuestra disputa, pero el señor Reed parecía haber mordido algo amargo.

—¿Le gusta trabajar en la biblioteca? —dijo el joven Finley desde delante; el gallo en la voz le delató, pese a que la oscuridad poco a poco lo iba envolviendo todo.

La sonrisa se dibujó sola en mis labios y sentí un maravilloso calor en el estómago.

—Sí, mucho —admití.

Noté cierto malestar cuando me di cuenta de que solo estábamos hablando de mí. Logré desviar la conversación hacia la vida de los demás. Me enteré de que el padre del señor Reed no era un carnicero cualquiera, sino que era el propietario de una reputada granja de vacuno en las afueras de la ciudad. Allí criaban vacas y luego las sacrificaban para entregarlas en los hogares más acaudalados de Londres. Salvo el bicho raro que se había hecho bibliotecario, los demás trabajaban en la granja: eran granjeros hasta el tuétano.

—Thomas siempre fue distinto. Hacía todo lo posible para que le consiguieran algo que leer. Cuando nosotros estábamos fuera jugando, él solía sentarse en algún sitio en la sombra para ponerse a leer —me contó Jonathan.

Esa historia encajaba a la perfección con la imagen que me había hecho de él.

Jonathan ahora caminaba a mi lado; Lucas charlaba más atrás con el señor Reed. Ian y Jimmy también estaban con el bibliotecario, pero desde ahí delante no entendía de qué charlaban.

—¿Y cómo llegó a Londres para ser bibliotecario? —pregunté sin rodeos, pues estaba segura de que el señor Reed tampoco me oía.

Jonathan levantó una ceja.

—¿Por qué no se lo ha preguntado usted?

Solté un suspiro exagerado.



—Lo he hecho, pero no es muy hablador —respondí.

Jonathan me sonrió. Los hermanos del señor Reed eran muy distintos de él. No solo por el trabajo, sino sobre todo por el carácter relajado y alegre que mostraban la mayoría y que pocas veces había visto en el señor Reed. Gracias a la noche del baile, sabía que era perfectamente capaz de ser así, pero, por lo visto, reservaba ese rasgo de su carácter para las ocasiones especiales.

—¿De verdad? Cuando era más joven, hablaba todo el tiempo. Solo callaba cuando le daban un libro —comentó Jonathan.

No pude evitar reírme. Eso sí que no me lo esperaba. Jonathan no me decepcionó, sabía cómo había llegado el señor Reed hasta la biblioteca.

Llegamos a uno de los carteles que indicaba el tranvía de vapor que tanto me fascinaba. Nos paramos ahí a esperar el siguiente trayecto.

—Siempre iba con nuestro padre a la ciudad, cuando entregaba mercancía, pues soy el mejor con las matemáticas —me contó Jonathan mientras esperábamos.

Asentí, completamente concentrada en las palabras de Jonathan y dejé de levantarme la falda para evitar arrastrar la inmundicia y la suciedad de las calles de Londres. Sin embargo, qué me importaba tener el dobladillo sucio cuando por fin podía averiguar más cosas del hombre al que amaba. Mientras escuchaba a su hermano, el corazón me iba a mil.

—Hubo una fiesta cerca de la universidad, y los preparativos fueron un infierno. Tuvimos que esperar una eternidad para que alguien se enterara de a quién debíamos entregar la carne y quién nos iba a pagar. Thomas no tardó mucho en decir que tenía que hacer algo y desapareció.

A lo lejos se oyó el traqueteo de la máquina que se acercaba poco a poco. Luego el tranvía tomó la curva y se paró delante de nosotros. El interior estaba bien iluminado; ya había oscurecido mucho. Algunas de las lámparas de gas cercanas estaban encendidas y arrojaban su luz crepuscular sobre las calles levemente brumosas.

Era Londres desde un lado muy distinto: una vida nocturna que no habría visto jamás de haberme quedado en casa, obediente, o si hubiera ido en coche. Un Londres con sombras y olores desagradables, callejones oscuros y el ruido del tranvía. Pero también con el encanto inconfundible de la aventura y la libertad.

El vehículo redujo la velocidad, dejó oír el chirrido de los frenos y soltó con un suspiro una espesa columna de humo negro al cielo nocturno cuando se detuvo.

Jonathan abrió el pestillo de la puerta, que no quedó muy lejos, y noté la emoción en el estómago cuando me sujeté la falda con una mano y con la otra me así a un tirador para subir los peldaños hasta el vagón.

—¿Adónde se fue? —le pregunté a Jonathan para no perder el hilo de la conversación, y estuve a punto de tropezar con el último peldaño.

Jonathan me tendió la mano para ayudarme, pero me sujeté a una barra.

—¿Todo bien? —preguntó.

Asentí. Un caballero me habría ofrecido el brazo para llevarme hasta uno de los asientos, pero a un hombre que trabajaba en una granja no se le ocurrió hacer tal cosa.

Lo acepté sin decir nada, pues no sabía hasta qué punto era habitual en sus círculos sociales. Tal vez eso explicaba también tanta mala educación por parte del señor Reed.

Me senté en uno de los bancos de madera y latón. Sentí una suerte de euforia por poder viajar en tranvía. Ya me había atrevido a subir una parada con el señor Reed, pero su evidente rechazo por los medios de transporte de las clases bajas había empañado mi alegría.

Los demás subieron al vagón y el señor Reed cerró la puerta, que emitió un ruido metálico cuando pasó el pestillo.

Alzó la vista y por un instante nuestras miradas se cruzaron. Le sonreí, estaba demasiado alterada para disimular. Él hizo un breve gesto con la cabeza. Se sentó a cierta distancia, junto a su hermano menor, que parecía igual de fascinado con el viaje.

Jonathan se quedó de pie a mi lado y miró alrededor como si estuviera controlando que estuvieran todos. El tranvía se puso en marcha entre crujidos y traqueteos. Por mi parte, le supliqué con la mirada que prosiguiera con su relato.

—Estuvimos buscando a Thommy como mínimo una hora. Mi padre estaba fuera de sí. Al final lo encontramos en la biblioteca, tras una enorme montaña de libros.

Me podía imaginar cómo debió de sentirse el señor Reed en ese momento. A mí también me impresionó la biblioteca, pero nunca en mi vida había tenido problemas para sacar de algún sitio material de lectura. Para él debió de ser como entrar en un paraíso.

—Tuvimos que obligarle a dejar los libros y a volver a casa con nosotros. Pero jamás volvió a ser el mismo. Ya no le interesaban los animales ni el trabajo en la granja, no fue a ningún baile y siempre se retiraba cuando nos acercábamos siquiera a Londres.

Fuera, las luces de Londres pasaban. Me asusté cuando de pronto Tobias se inclinó sobre el respaldo de mi banco.

—Sí, me acuerdo de eso. Pero entonces apareció esa chica y le dijo que podría besarla si iba a un baile —dijo con una sonrisa descarada—. Jamás olvidaré la cara que puso cuando él se negó —dijo entre risas.

Aunque eso hubiera sucedido hacía muchos años, noté un nudo en el estómago. El tranvía traqueteó sobre una bache y tuve que agarrarme a una de las frías barras metálicas. Viajar allí era incómodo y hacía mucha corriente, pero jamás cambiaría esa experiencia por un trayecto en coche de caballos.

—No lo olvidas porque pudiste besarla tú después de que Thommy la rechazara —intervino Jonathan con un gesto de desaprobación.

Tobias sonrió con picardía.

—Alguien tenía que consolarla.

Pensé que así debía ser tener seis hermanos.

Reprimí la curiosidad por saber si el señor Reed había ido detrás de muchas chicas y me concentré en el tema original, mientras me colocaba bien el sombrero para que no me resbalara de la cabeza con las sacudidas del tranvía.

—¿Y cómo acabó el señor Reed quedándose en la ciudad para ser bibliotecario? —pregunté.

Jonathan arrugó la nariz, divertido.

—Le interesa de verdad, ¿eh? —comentó con sorna.

Asentí con determinación para no dejar entrever mi inseguridad.

—Es muy raro que llame «señor Reed» a Thomas —intervino Tobias desde un lado.

Sin embargo, no esperó respuesta. Miré a Jonathan para obtener mi respuesta.

—Estaba ese viejo bibliotecario que se fijó en él y que le ayudó: le dio un cuartito y le pagó los estudios. Creo que se llamaba Hitches —dijo Jonathan.

Tobias negó con la cabeza.

—No, Higgs —contestó, y se sentó de nuevo en su sitio, detrás de mí.

—Hillwich —dijo una voz desde atrás.

Me di la vuelta con un respingo. Había sido el señor Reed, que seguía su conversación con Jimmy y Lucas, pero que estaba atento a lo que decíamos. Y yo que pensaba que podía preguntar por todo sin inhibiciones, sin que él se diera cuenta.

—Sí, exacto —reconoció Jonathan, que no pareció molesto por que nos hubiera estado escuchando todo el tiempo—. Era un tipo viejísimo, bastante

peculiar. Vio en él al hijo que nunca tuvo.

—Apenas venía a casa. Además, cuando lo hacía, no paraba de discutir con nuestro padre —dijo Tobias.

Jonathan también puso el semblante serio. Aquello los corroía a todos por dentro.

—A mamá casi se le rompe el corazón cuando nuestro padre lo echó —añadió Tobias, que se rascó la frente; la gorra se le movió un poco.

—Pero seguro que eso no le interesa —apuntó Jonathan, que fulminó con la mirada a Tobias para que cambiara de tema.

Pero sucedía lo contrario: eso me ayudaba a entender mejor a ese hombre que era un misterio para mí desde hacía tres semanas.

—Claro que sí —aseguré—. Que me cuenten esas cosas hace que todo sea más fácil de entender. Me ayuda a darle un contexto a las cosas —dije, y los dos hombres asintieron—. ¿Por qué lo echó? —pregunté.

Me sentí un poco mal por seguir hurgando en el asunto. Tal vez debería cambiar de tema para no avergonzar más a los chicos.

Traqueteamos por una curva y la sacudida fue tal que estuve a punto de caerme del banco. Miré a los demás, que estaban como si nada: estaban acostumbrados a esos vaivenes.

—Se sintió traicionado porque Thommy ha estudiado y porque ahora va con la gentuza de clase alta a fiestas elegantes —dijo Tobias por encima del traqueteo.

Seguía con la sonrisa en la comisura de los labios, a pesar del tema de conversación. Era un gesto pícaro: me recordó la sonrisa disimulada que le había visto con frecuencia al señor Reed.

—Para eso tendría que asistir a esos eventos —dije con resolución, y decidí que ya sabía lo suficiente. Sentía curiosidad, pero no estaba bien seguir hurgando en su vida.

—¿No va? —preguntó Tobias, que parecía sinceramente sorprendido.

Me eché a reír, intentando sonar despreocupada, y preguntándome cómo se creían que era la vida de su hermano.

—No, que yo sepa. Tuve que presionarle para que asistiera al baile oficial de la universidad.

Tobias también se rio.

—Entonces no ha cambiado tanto.

Jonathan también recuperó la sonrisa.

No me había dado cuenta hasta entonces de lo agradable que era estar a gusto entre mucha gente.

—Seguro que no bailó con nadie y que se dedicó a entablar conversaciones intelectuales con profesores anticuados —intervino Jimmy, que se había colado con sigilo en el banco de Tobias, con el joven Finley a remolque.

Empezaron a reírse de lo asocial que podía llegar a ser su hermano.

—Algo por el estilo —dije, sonreí y los ojos se me fueron hacia el señor Reed, que seguía sentado detrás, en el banco, con Ian y Lucas a su lado.

Él también me miró, seguro que había oído lo que decíamos; nuestras miradas volvieron a encontrarse.

Mi corazón se aceleró, noté un cosquilleo en el estómago y un cálido estremecimiento me bajó por la columna vertebral cuando me adentré en la oscuridad de sus ojos, que me hablaban de un vals, de su mano en mi espalda y de la cercanía de nuestros cuerpos mientras nos movíamos por la pista de baile.

Tal vez el señor Reed fuera una persona reservada, pero conmigo había hablado, reído, incluso bailado. Me había dejado entrar en su casa cuando no se encontraba bien, apreció mi compañía pese a haberme dicho más de una vez lo enervante que podía llegar a ser.

A pesar de que con frecuencia podía ser brusco y maleducado, e irascible (a propósito y sin querer), me di cuenta de que en su interior podía haber muchas más cosas de lo que había pensado hasta ese momento.

## TRIGÉSIMO SEGUNDO, O CUANDO FUI VÍCTIMA DE UNA BROMA

*Calculo* que llevábamos un cuarto de hora de trayecto cuando bajamos del tranvía de vapor. Las piernas me fallaban de tanta vibración, y tenía el estómago revuelto.

Pese a todo, había sido una buena experiencia que volvería a repetir, con esa máquina que daba vueltas y que te llevaba de un lado a otro.

Mi madre se habría puesto furiosa.

No caminamos mucho más. Cruzamos una placita en la que nos encontramos con otro grupo de hombres con ropa de trabajo, pasamos junto a una bomba de agua y luego giramos por un callejón.

Si me hubieran abandonado ahí y tuviera que encontrar sola el camino a casa, habría acabado perdida sin remedio. Ni siquiera sabía en qué barrio nos encontrábamos.

Llegamos a una tasca muy pequeña. Una luz cálida atravesaba las ventanas lechosas hasta la calle, que en comparación con las demás por las que habíamos pasado estaba casi limpia. En unas grandes letras, en un cartel de madera sobre la entrada, se podía leer: Fingerhut. Jonathan abrió la pesada puerta de entrada.

Me sonrió y me dejó pasar, como haría un caballero. El gesto me hizo gracia porque no encajaba con su rudo aspecto. La barba desaliñada, el sombrero deformado y la complexión ancha, visible pese a la chaqueta gruesa, hacían que el gesto fuera un poco más gracioso.

Bajé los dos peldaños que conducían al salón. La madera crujió bajo mis pies y muchas cabezas se volvieron hacia mí. Sobre todo había hombres sentados a las mesas, toscos y trabajadores.

Tuve la sensación de estar fuera de lugar. Aquel no era mi mundo, ni salir de noche era mi estilo. ¿Cómo se comportaba una con seguridad en una tasca? ¿O no estaba bien mostrar seguridad?

Jonathan me quitó el abrigo y nos sentamos alrededor de una mesa libre que había en la parte del fondo.

Vacilante, me metí con la falda ancha en el tosco banco de madera, lo que me resultó bastante difícil. No me sorprendió que Tobias y Jonathan se sentaran a mi lado.

El señor Reed acercó un taburete. Se sentó frente a mí, en diagonal. Con el ceño fruncido, me pregunté por qué yo no había hecho lo mismo, en vez de meterme en un banco tan estrecho en el que los dos hombres que tenía al lado no mantenían la distancia conveniente. Sin embargo, ya era demasiado tarde. No iba a quejarme, para que luego él pudiera decirme que no hacía falta que los acompañara.

Dejé que los chicos pidieran mientras Tobias me prometía que estaba a punto de probar la mejor cerveza de Inglaterra. Cuando comenté que no tenía con qué comparar porque nunca había bebido cerveza, puso cara de asombro y afirmó que entonces nunca había vivido de verdad.

El ambiente era relajado, lo que me ayudó a calmar un poco los nervios. El señor Reed no dijo mucho, se mantuvo fuera de la mayoría de las conversaciones, aunque sus hermanos intentaran incluirlo una y otra vez. Era justo el tipo cerrado y gruñón que trabajaba cada día en la biblioteca; por alguna razón, me molestaba. Tenía la leve esperanza de que se abriera un poco. A fin de cuentas, aquella era su familia.

Sin embargo, él se aislaba. Cuando encima sacó un libro, me entraron ganas de reprocharle a gritos su descortesía.

No obstante, lo dejé porque justo en ese momento me reconocí en él. Me vi en el salón con mis padres. Las hermanas de mi madre habían venido de visita y yo no hacía otra cosa que dedicarme a Julio Verne. A todas les molestaba mi actitud ausente, y yo las despreciaba a todas: me parecían unas cotorras bobas. Yo no era mejor que el señor Reed, cosa que me hizo reflexionar.

Verlo desde fuera me dio otra perspectiva, y me puse furiosa conmigo misma. No quería ser así, en absoluto.

Henry tenía razón. El señor Reed y yo nos parecíamos. No quería aceptarlo, pero yo era igual de maleducada; lo que pasa es que me había imaginado que no lo era. Además, era poco sociable y me negaba a asistir a cualquier celebración.

Mi estancia en Londres me había cambiado un poco; tal vez incluso el señor Boyle me había ayudado a desarrollar mi personalidad. Aunque a veces me gustara olvidar que existía y lo que le había hecho al pobre tipo, solo lo evitaba para que no me atormentara la mala conciencia.

Me plantaron un vaso grande delante, cosa que me sacó de mis cavilaciones. El contenido era oscuro, casi negro. Encima había una gruesa corona de espuma de color crema. Los demás también tuvieron su vaso. Luego se repartieron unos vasitos diminutos en los que se agitaba un líquido de color ámbar.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Jonathan, al tiempo que observaba cómo agarraba el vasito y lo hundía tal cual en su cerveza.

—Es *whiskey* —me aclaró. Miré con interés cómo los demás sumergían los vasitos de *whiskey* en su cerveza—. ¿Usted también? —me ofreció.

Sonreí y negué con la cabeza.

—No, gracias. Primero probaré la cerveza... así.

Jonathan sonrió, levantó el vaso y bebió el primer trago.

—¿Por qué es tan oscura? —pregunté, y di un par de vueltas al vaso.

Ya había visto cerveza otras veces, incluso había leído sobre el tema, pero siempre había creído que tenía que ser más clara.

—Porque es cerveza irlandesa —me aclaró Ian.

No me lo esperaba. Estaba sentado junto al señor Reed, justo delante de mí, con esa extraña dulzura en la mirada que me ponía de los nervios y que no podía aguantar, pues me recordaba mucho a su hermano.

El señor Reed, en cambio, solo miraba su libro, cuyo título no alcanzaba a leer. No era especialmente grueso ni muy grande, así que deduje que sería poesía.

—Ah —dije.

Me llevé a los labios el vaso, que parecía demasiado grande; noté el cosquilleo de la espuma en el labio superior y luego llegó el primer trago. Era mucho más amarga de lo que esperaba, así que torcí el gesto sin poder evitarlo.

Los hombres se echaron a reír. Bebí otro trago, que no fue mejor.

—La mejor cerveza de todas —me aseguró Tobias, que ya tenía lágrimas en los ojos de la risa y que empujó hacia mí un minúsculo vaso de *whiskey* que yo ni toqué.

Hasta entonces no había bebido cerveza, pero sí que sabía que el *whiskey* contenía mucho más alcohol. Y nunca he disfrutado especialmente con las bebidas de alta graduación.



—Bueno, Thommy. Ahora te toca a ti contar —dijo Jimmy.

Bruscamente, le arrebató el libro al señor Reed, justo cuando, por una instante, prestó atención a la realidad.

—No tengo nada que contar —respondió el bibliotecario, que intentó recuperar el libro, aunque renunció al instante al ver que Jimmy se lo había quitado y sería absurdo intentar cogerlo.

—Hace un mes que no te vemos. Algo habrá pasado en un mes —comentó Jimmy.

Los otros le dieron la razón.

—No —respondió.

Solté un gemido, alterada.

—No sea usted tan reservado. Sé que puede ser de otra manera —le reprendí, pese a haberme propuesto no hacerlo.

No soportaba que viera tan poco a su familia y que encima se mostrara ausente. En todo caso, allí estaba yo: me ocuparía de que hablara con sus hermanos.

—Entonces, ¿no siempre es un gruñón y un descarado? —bromeó Tobias.

—No, a veces hasta se ríe —respondí, y sentí la necesidad de sacarle la lengua al señor Reed. Ese hombre era capaz de desquiciarme—. Pero hoy tiene un día especialmente malo —añadí, y enseguida pensé que había hablado de más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tobias.

Evité la mirada de odio del señor Reed bebiendo cerveza.

—¿Es por el tiempo? ¿O alguien te ha puesto de los nervios? —preguntó Jimmy mientras el señor Reed apretaba los labios.

Estaba sentado y con la mirada fija, pero supe que se retorció por dentro. Podría haberme dado pena porque conocía muy bien esa sensación de cuando mi madre curioseaba demasiado en mi vida, pero no pude evitar disfrutar de su sufrimiento. Entonces volví a comprender cómo nos parecíamos. Él también se había reído de mí cuando mi madre me había puesto en ridículo en su presencia.

Así pues, en realidad, casi podía considerarse una revancha.

—Es por una mujer —intervino Lucas.

El señor Reed hizo un gesto con la mano, lo que le delató.

—¡Siempre es por una mujer! —añadió su hermano.

Me tragué enseguida el amargo sorbo de cerveza que tenía en la boca y tosí contra la mano.

—¿Es Margret? —dijo Tobias—. ¿O cómo se llamaba esa chica que siempre cocinaba para él?

—Jane... *Noséqué* —dijo Jimmy.

Todos parecían muy interesados en el tema. Incluso yo, aunque en mi caso tenía el estómago encogido y el corazón desbocado en el pecho.

—Hace demasiado tiempo. Esa panadera era maravillosa. No creo que no haya pillado a otro durante este tiempo —repuso Jonathan.

Además de sonar raro, me dio cierta pena.

Hacía tiempo que había comprobado que el señor Reed era un hombre que podía atraer a las chicas, pero como hasta entonces no había visto a ninguna, salvo a la señorita Brandon-Welderson, había cometido la insensatez de considerarme el único partido a su alcance. Obviamente, era un error.

Solté el vaso de cerveza y dejé que el líquido amargo me cayera en el estómago con la esperanza de sentirme mejor. No funcionó.

—¿La hermana de Monty no se había interesado también por él? —preguntó Finley.

Al señor Reed se le ensombreció el semblante aún más. Bebió de su cerveza procurando no mirar a nadie. Por lo menos, a mí no.

Me sentí fatal. ¿Por qué había hecho esa estúpida insinuación? Ya lo decía la Biblia: el que cava una fosa caerá en ella.

—Sí, Mary-Jane. Practicó su caligrafía durante meses. ¿Sigues recibiendo cartas de ella? —insistió Tobias, que era el mejor interrogando a otras personas.

—No, ya no recibo cartas —contestó el señor Reed, cansado.

Desvió la mirada hacia mí, pero no tuve tiempo de interpretarla.

—¿Te molesta? —Intentó sonsacarle Jimmy.

El señor Reed soltó un bufido.

—Ah, sí, ¡ya lo sé! —soltó Tobias.

Me cansé: no quería oír nada más de mujeres.

—Es esa vaca emperifollada que te acechaba —añadió Tobias al cabo de un momento.

Pensé en la señorita Brandon-Welderson. Pero ¿por qué iba a referirse a ella?

—¿Cuál? —preguntó Jonathan.

Tobias se inclinó hacia él. Empezaba a agobiarme bastante.

—Sí, esa. Le entregábamos carne a sus padres todos los viernes. De niña era una bruja fea. Ahora ni siquiera sabe que Thommy era el chico al que fastidiaba —apuntó Tobias.

A Jonathan se le iluminó el rostro cuando también cayó en la cuenta de a quién se refería.

—¡Franzin! —exclamó.

Así pues, estaban hablando de la señorita Brandon-Welderson.

—¿Brandon-Welderson? —dije sin poder evitar mi curiosidad.

Tobias se echó de nuevo a reír.

—¿Se conocen? —preguntó Jonathan.

Me encogí de hombros.

—Bueno, conocerse sería exagerar. Nos hemos visto unas cuantas veces.

Miré al señor Reed, que había cerrado los ojos, resignado. La conversación había tomado una deriva con la que no estaba en absoluto de acuerdo. Pero no era tan fácil parar a sus hermanos.

—Antes era una desgraciada —dijo Jimmy, con cierta dureza en el tono.

Compartía el odio del señor Reed hacia esa mujer, un sentimiento que no se fundaba solo en sus insufribles maneras.

—¿Esa fue la que dijo que Thommy le había robado el broche? —dijo Lucas.

Los demás asintieron.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté.

—Era una niña engreída. Había cambiado de sitio el broche y luego acusó a Thommy —contestó Jonathan—. Más tarde, todo se aclaró, pero para entonces ya había corrido la voz de que uno de los hijos del señor Reed tenía las manos largas; mi padre perdió muchos clientes.

Negué con la cabeza. Eso explicaba el odio expreso del señor Reed hacia la señorita Brandon-Welderson. Aquello también significaba que en su arrebato de ira de aquella tarde probablemente no estuviera hablando de las mujeres ricas que trabajaban en general, sino de ella en particular.

—¿Por esa nimiedad? —dije tomando el vaso.

Habría preferido esconderme tras el libro que llevaba encima, pero aún estaba en el abrigo, que Jonathan había dejado fuera de mi alcance.

—Así es la clase alta. Nos consideran a todos unos ladrones —contestó Jonathan.

Me estremecí. Me avergoncé por pertenecer a esa clase. Nunca había considerado a nadie un ladrón, que yo supiera, pero tal vez fuera solo por mi falta de mundo.

Bebí otro trago de cerveza. La corona de espuma ya se había hecho pequeña, pero, por lo demás, me daba la impresión de que no había menos. Ya tenía el sabor amargo en la lengua, pero con cada nuevo intento me

costaba un poco más, así que ahora ya percibía un leve dulzor y un pequeño ardor en la garganta.

—Creo que deberíamos hablar de por qué Ian intenta ocultar el chupetón que lleva en el cuello —soltó el señor Reed, como si tuviera calculado el momento de decirlo.

Enseguida sus hermanos le siguieron la corriente.

—¿Qué? —exclamó Jimmy, que se levantó a toda prisa del banco y agarró la bufanda de Ian; no se la había quitado desde que habíamos entrado en la tasca.

—¿Es eso cierto? —exclamó Tobias.

Los demás también acosaron a Ian, le arrancaron la bufanda tras una pequeña lucha y dejaron al descubierto una mancha inconfundible de color azul rojizo en el lado derecho del cuello.

A pesar de no tener ninguna experiencia en asuntos de amor, sabía perfectamente cómo surgía esa marca. Ahora Ian me daba pena de verdad: ahí sentado con la cara roja, intentando negarlo todo mientras el señor Reed recuperaba con disimulo su libro y abría satisfecho por la página donde había dejado de leer.

Había conseguido dejar de ser el centro de atención. Y yo también. En ese momento, no me apetecía oír una sarta de insultos contra la alta sociedad.

Bebí más cerveza y escuché que Ian, realmente cohibido, pronunciaba entre dientes el nombre de la chica responsable; incluso se rio cuando Tobias se enfadó.

—Lo superarás —comentó Jonathan en tono burlón.

Tobias puso morros.

Estuvimos un rato más riéndonos de él, dejamos que Jimmy contara la historia de cómo una vez sus vacas aparecieron muy por la mañana en el dormitorio de sus padres, y en algún momento me instaron a enumerar todos los títulos que había leído, solo para beber por turnos un chupito de *whiskey* con cada palabra en la que apareciera una «Y».

Al cabo de un rato, les pedí que me liberaran de seguir con el juego. Por su parte, el señor Reed también se negó a participar y se atrincheró tras las páginas de su libro.

De vez en cuando, daba un sorbito a mi vaso de cerveza, mientras los demás se tomaban la tercera o la cuarta. Poco a poco, me fui sintiendo más y más a gusto.

No sabía lo divertido que podía ser juntarse con una compañía tan desenvuelta. Ahora comprendía por qué a Elisa le gustaba tanto pasar así la

noche. Me reí como nunca en mi vida y me olvidé de todas mis preocupaciones.

—Thomas, deja de una vez el libro —le ordenó Jimmy entre risas, al tiempo que intentaba quitárselo.

Pero esta vez al señor Reed no se dejó engañar tan fácilmente.

—¡Eres un aguafiestas! —se lamentó Jimmy.

Los demás, entre gritos, le dieron la razón.

—Sí, Thommy. Es de muy mala educación —añadí de muy buen humor; no podía reprimir la risita que me subía por la garganta y me asomaba a los labios.

El señor Reed giró la cabeza cuando me oyó reír de ese modo, entornó la mirada y dejó caer el libro. Seguí riéndome. Noté que la sala se balanceaba un poco hacia a un lado y me reí aún con más fuerza al tiempo que me apoyaba en la mesa con torpeza para no caer al suelo.

—¿Qué había en su vaso? —preguntó el señor Reed.

No entendía por qué se ponía tan duro. Siempre se ponía tan serio... Eso no era nada divertido.

—¿Cerveza? —respondió Tobias, que levantó una ceja.

Levanté mi vaso de cerveza, logré incluso cogerlo pese a que parecía que se me escapaba e intenté beber un trago de esa cosa amarga que cada vez me quemaba más en la garganta. Sin embargo, de pronto el vaso desapareció de mi mano.

—Pero ¿cuántos le habéis metido dentro? —dijo el señor Reed, enfadado.

Mis ojos lo encontraron frente a mí, en la mesa. Ya estaba ahí sentado, pero mi percepción no acababa de funcionar bien.

—Venga, vamos. Es una broma. ¡Solo queremos animarla un poco! —respondió Tobias a mi lado.

Me eché a reír sin saber por qué.

—¿Cuántos? —repitió el señor Reed, que casi podría haber matado a Tobias con la mirada.

—Cuatro —contestó Jonathan.

¿De qué estaban hablando? Odiaba que los demás fueran más listos que yo.

—¿Cuatro? —le increpó el señor Reed, volviéndome a mirar.

Sus ojos oscuros ardían de rabia. Me pareció tan increíblemente atractivo que tuve ganas de declararme allí mismo. Pero alguien empezó entonces a tocar unos instrumentos de cuerda. ¿De dónde salían?

—Pero se ha bebido la mitad —se defendió Tobias.

Noté que un brazo me rodeaba los hombros. Los instrumentos de cuerda enmudecieron.

—¡Es una Guinness con cuatro chupitos de *whiskey*! Puedes estar contento de que solo se haya bebido la mitad. ¡Estáis completamente locos! —le regañó el señor Reed con cara de pocos amigos.

—Deberías reírte más, Thommy —dije, divertida, con una cantinela en la voz—. Está usted muy guapo cuando se ríe —afirmé.

Varias personas a mi alrededor empezaron a partirse de risa.

—¡Nos vamos! —ordenó el señor Reed.

Su mirada era implacable y no admitía réplica.

Un momento, ¿se refería a mí? ¿Por qué teníamos que irnos de repente?

—¡No, no quiero! —refunfuñé como una niña pequeña, pese a saber que no tenía nada que hacer contra su terquedad.

Hice un amago de coger mi vaso, que, por algún motivo, estaba demasiado lejos.

—¡Venga ya, Thomas! No te cabrees. Solo queríamos divertirnos —se disculpó Jonathan.

Asentí porque había oído la palabra «divertirnos», cosa que era realmente divertida.

—¡Pues divertíos con otra persona! Y ahora dejadla. Me la llevo a casa. —Su voz no sonó tan airada como un momento antes.

—Como quieras —cedió Tobias.

Noté que se alejaba de mí. Dejaron libre el banco a mi lado y el señor Reed rodeó la mesa para llegar hasta mí.

—Deme la mano, señorita Crumb —me dijo, y estiró el brazo hacia mí.

Parpadeé, noté que una intensa mezcla de sentimientos burbujearan en mi interior y le di la mano como una señorita.

—¿Es que quiere bailar conmigo? —le pregunté y le dediqué la sonrisa más encantadora de la que fui capaz.

Los chicos soltaron tal carcajada que me pareció que se iba a oír en medio mundo, al tiempo que el señor Reed me ponía en pie.

Mi sonrisa se desvaneció cuando se me nubló la vista. Lo vi todo negro y el espacio de alrededor empezó a dar vueltas.

—Dios mío, ¡sois tan idiotas! —dijo el señor Reed que los reñía muy cerca de mí.

Noté sus manos en mi cintura; me mantenían erguida en el tiovivo que se movía alrededor.

—Volveremos dentro de un mes —aseguró alguien, pero ya no distinguía las voces.

Alguien me ayudó con el abrigo sin que las manos desaparecieran de mi cintura; dejé que pasara, sin más: eso no me preocupaba.

—Ja, ja —oí que decía el señor Reed, mientras empezaba a empujarme en una dirección.

Lo seguí, me agarré a su brazo y me esforcé por poner un pie delante del otro.

—Saludad a mamá y vigilad a Finley —les dijo a sus hermanos.

Empecé a subir los peldaños dando tumbos. La puerta crujió y salimos fuera. Me recibió el aire frío: fue como si hubiera chocado con una pared; hizo que el mundo temblara aún más y noté que el estómago me daba vueltas.

Tuve arcadas. Sentí que iba a caer e intenté apoyarme con las manos... en algo. Toqué con los dedos una piedra áspera, a la que me aferré. El alcohol subió ardiendo por el esófago y vomité junto a la pared de la casa. Noté otra arcada, escupí en la calle, se me distendió el estómago y logré respirar de nuevo.

Me dolía el cuello, noté en la lengua la bilis amarga y los repugnantes ácidos gástricos; con cada bocanada de aire frío, mi mente se despejaba un poco más.

De pronto, sentí un cansancio infinito; las piernas apenas aguantaban mi peso; cuando intenté reincorporarme, noté unas manos que me sujetaban las piernas.

El señor Reed, detrás de mí, me sujetaba con fuerza e incluso me daba un pañuelo de bolsillo para que me limpiara la boca. Como si no me sintiera ya lo bastante mal, ahora encima se me caía la cara de vergüenza.

Nunca me había pasado nada tan impropio de una dama. Ni siquiera mi incidente con la máquina me resultó tan bochornoso como ese momento.

Me había emborrachado y luego había vomitado en mitad de la calle. Y encima el hombre del que estaba enamorada me había visto, incluso me había ayudado a no perder aún más la dignidad.

Ahora no podía mirarlo a los ojos, estaba avergonzada y solo quería irme a casa.

—Eh, tú —gritó el señor Reed.

De una sombra al principio del callejón salió una figura. Era delgada y no muy alta. Un muchacho, de unos doce o trece años. El señor Reed se metió una mano en el bolsillo del abrigo mientras me sujetaba con la otra, sacó una moneda y la dejó en la mano del chico.

—Consíguenos un coche. Luego te daré otra moneda.

El muchacho salió corriendo del callejón a la calle para buscar un coche. Por suerte no tuve que subir al tranvía de regreso a casa. Eso habría sido demasiado.

—¿Se siente en condiciones de caminar un poco? —me preguntó en voz baja.

Que fuera tan amable conmigo me avergonzaba todavía más.

—Lo siento mucho —susurré, y la voz me irritó la garganta.

—No es culpa suya. Mis hermanos le han gastado una broma y la han emborrachado —dijo, molesto.

Empezamos a caminar despacio, alejándonos de donde había vomitado. El viento soplabla en contra. Sin embargo, yo tenía tanto calor que no notaba el frío.

Tenía la cabeza espesa y casi no me tenía en pie.

—No hacía falta que me acompañara —le dije con dificultad, intentando aguantarme sola para que no tuviera que sujetarme.

No lo logré, no paraba de inclinarme hacia él. Y me sentía demasiado mal y abochornada como para disfrutar de la emoción que me recorría el cuerpo una y otra vez. El alcohol intensificaba aún más esa sensación.

—Sí, en eso tiene razón —dijo el señor Reed mientras lo observaba con disimulo.

Él observaba la calle con gesto relajado. No sabía cómo podía mantener la calma en esa situación.

Me llegó al oído ruido de cascos, pero no lo reconocí hasta que no tuve el coche al alcance de la vista. Se detuvo al lado, en el margen de la calle; el muchacho saltó del pescante y el cochero saludó con un leve gesto con el sombrero de copa. El señor Reed le puso otra moneda en la mano al chico y abrió la puerta del coche de caballos.

Parpadeé y me pregunté cómo iba a conseguir subir los peldaños del coche cuando el señor Reed puso las manos en mi cintura y me levantó.

Solté un grito del susto, pero enseguida me agarré al marco de la puerta y me deslicé en el banco ligeramente acolchado. Él me siguió como una sombra que por un instante llenó todo el marco de la puerta; luego se sentó a mi lado, apretujado en ese espacio realmente reducido.

Le indicó con un grito al cochero adónde debía llevarnos y luego cerró la puerta.

Estaba intentando sentarme, sujetarme para mantenerme erguida por mí misma; sin embargo, cuando el señor Reed me rodeó con el brazo, acerqué mi



cabeza a su hombro.

El coche se puso en marcha a trompicones sobre los gruesos adoquines y solté un gemido cuando el estómago empezó a hacer ruido.

—¿Animant? —me dijo el señor Reed.

Estaba demasiado oscuro para verle la cara.

—Nunca más volveré a beber alcohol —me lamenté.

Me llevé la mano a la barriga, que por suerte estaba bien sujeta por el corsé; no quería ni imaginar el dolor de cabeza que tendría al día siguiente.

—Seguro que será lo mejor.

Suspiré para mis adentros.

¿Qué pasaba? En un momento dado, era muy amable; al instante siguiente, no. ¿Qué estaba haciendo mal?

Por mucho que me rompiera la cabeza, no lograba entender qué sucedía.

—¿Por qué me odia, señor Reed? —pregunté, pues tenía la lengua más suelta de lo normal.

—No la odio.

Pero no sabía si era cierto. Además, apenas podía mantenerme despierta en la oscuridad del coche; solo cada pocos metros una farola arrojaba su tenue luz.

—Pero siempre me dice... groserías... —le reproché.

A pesar de mis palabras, arrimé aún más la mejilla al hombro del señor Reed. Al día siguiente, me moriría de vergüenza, pero en ese momento la embriaguez me protegía.

El brazo con el que me rodeaba era cálido; la mano que notaba en el costado, muy agradable. Por su parte, mis pensamientos, que avanzaban lentos pero seguros hacia el mundo de los sueños, me devolvieron al baile.

—En el baile fue usted mucho más amable —murmuré contra su abrigo.

Ojalá estuviéramos allí de nuevo, bailando. Charlaría conmigo y nos reiríamos.

—Tiene razón. —La voz del señor Reed me sacó del sopor en el que había caído—. Fui más amable.

—¿Estaba borracho? —pregunté, sin saber si esa pregunta tenía sentido, pero me parecía lo más lógico que podía decir.

—No. No estaba borracho.

El coche traqueteó por última vez sobre un fondo muy irregular y luego continuó con mucha más calma. Habíamos salido del barrio obrero; las calles en el centro de Londres tenían un adoquinado más regular; además, estaban mejor iluminadas.

—No era consciente de las consecuencias —prosiguió el señor Reed.

Cuando iba a preguntarle qué había querido decir, se volvió hacia mí, apoyó la mejilla en mi cabeza e imaginé que su abrazo me estrechaba más contra él.

No obstante, tal vez era yo la que me arrimaba más a él. ¿Cómo saberlo con exactitud?

Se me paró el corazón, noté un cosquilleo en la piel y pensé que me iba a desmayar en cualquier momento si no conseguía convencer pronto a mis pulmones de seguir respirando.

El señor Reed apenas se movió, así que no me quedó duda de que el gesto era intencionado. Respiré hondo, temblorosa.

Solo me cabía esperar que estuviera pasando de verdad y que no llevara ya unos minutos dormida, que todo resultara ser un sueño confuso.

—Debo disculparme por lo de esta tarde —dijo, con la voz más grave que de costumbre, bronca y un tanto cansada.

Se me erizó la piel de los brazos.

—Casi todo lo he dicho por rabia. No lo pensaba de verdad. Y, sin duda, no iba contra usted, solo contra la señorita Brandon-Welderson —añadió.

Oyendo el sonido de su voz, mi corazón gemía en mi pecho. El señor Reed resopló y noté su aliento en mi cabello.

—Es por ella. No puedo olvidar cómo estropeó tantas cosas por cobardía, por ignorancia y desconocimiento. ¡Y verla ahora dándose esos aires me saca de quicio! —Gruñó.

El tono de su voz me hizo reír. Fue solo una risa pequeña, cansada, pero impidió que me durmiera.

—Pero lo peor —continuó, levantando la cabeza para echar un vistazo por la ventana— es que, por lo visto, no tiene ni idea de que yo y ese niño de entonces somos la misma persona. Y luego se planta con esos sombreros pueriles y habla conmigo como si nos pareciéramos. No la soporto. Me falta autocontrol, o sutileza, o esa enorme hipocresía que usted ha logrado perfeccionar —dijo.

Me eché a reír de nuevo: siempre conseguía hacerme un cumplido y ofenderme al mismo tiempo.

—Esta noche está hablando mucho —dije sin atreverme a levantar la cabeza, pues no quería apartarme de su hombro. En realidad, tal vez tampoco fuera capaz de hacerlo.

—Solo intento mantenerla despierta —contestó el señor Reed, pero noté una sonrisa en su voz.

Tenía razón: me habría quedado dormida hacía un rato si no me hubiera hablado.

—Muy noble por su parte —respondí, casi sin poder seguir con los ojos abiertos.

El señor Reed soltó un profundo suspiro.

—No, Animant. No soy noble —dijo, serio—. De eso puede estar segura. No tengo madera de caballero. Y tampoco seré nunca lo bastante educado y encantador como para estar a su altura.

«Eso no es cierto», pensé.

Y lo quise decir, pero no lo conseguí. La mente se me nubló. Lo único que me llevó a mi sueño fue esa cálida sensación que se había instalado en mi corazón.

## TRIGÉSIMO TERCERO, O CUANDO DESCUBRÍ EL SECRETO DEL SEÑOR REED

Me sentía fatal. Me dolía todo, notaba un zumbido en la cabeza y tenía la boca reseca. Aún no me había movido ni un milímetro y ya sabía que no quería levantarme.

Estaba tumbada en mi cama del cuartito de personal, parpadeando ante la tenue luz, preguntándome por enésima vez cómo había llegado a casa.

Alguien tuvo que llevarme, y suponía que ese alguien era el señor Reed.

Las cortinas estaban corridas con cuidado; los zapatos, junto a la puerta; busqué en vano mi abrigo con la vista.

Me volví hacia un costado con un gemido. Noté cómo me apretaba el corsé que aún llevaba puesto y me estremecí al notar una presión en la cabeza.

Busqué el despertador con la mirada, pero no estaba. Intenté recordar qué día era mientras hacía caso omiso del fuerte tirón que notaba en el cuello y que se extendía como un pinchazo en la cabeza.

En la estrecha mesita de noche que tenía junto a la cama pude ver un vaso con agua y una nota doblada. Parpadeé, busqué un instante más el despertador hasta que caí en la cuenta que en la nota estaba escrito mi nombre. Tal vez debería haberme sorprendido, pero aún no estaba lo bastante despierta para eso.

Me incorporé con gran esfuerzo, noté un mareo aún más intenso y me moví milímetro a milímetro para no vomitar.

De pronto, apareció en mi cabeza un recuerdo. Yo, apoyada en una pared, en plena oscuridad, vaciando el estómago en plena calle.

Contuve la respiración, procuré retener las imágenes, pero se me escapaban una y otra vez. Una bruma de sensaciones e ideas me ocupaba la cabeza y no me dejaba ver.

Como un sueño que se evaporara al despertar.

¿Qué había hecho?

Recordaba con exactitud que los hermanos del señor Reed se habían presentado en la biblioteca. Nuestra discusión, mi despecho y luego cuando me fui con una horda de hombres a una tasca.

También recordé el tranvía de vapor, la fonda, el banco en el que me había sentado. Me acordé de las bromas de Tobias y de las historias de Jonathan. Incluso recordaba el sabor amargo de la cerveza irlandesa. Con todo, en algún momento me abandonó la percepción consciente.

¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podía haber sido tan tonta como para ir sola con tantos hombres? ¡Lo que podría haber pasado!

Desde un principio, había confiado en que el señor Reed cuidaría de mí. Entonces no era tan consciente, pero en ese momento se me cayó la venda de los ojos y comprendí que cuando estaba cerca de él me atrevía a hacer las cosas más increíbles porque tenía la sensación de que siempre acudiría a salvarme. Era una tontería por mi parte suponer ese tipo de cosas y encima creerlas.

Levanté el vaso, vi que me temblaba la mano y bebí el agua como si no hubiera ingerido nada en días. El frescor le sentó bien a mi garganta maltrecha; ya no me costaba tanto tragar.

Respiré hondo y saqué el aire; luego volví a dejar el vaso en la mesita de noche para coger la nota que, ahora que estaba más despierta, me llamaba más la atención.

Observé intrigada la letra, que me resultaba vagamente familiar. Desdoblé el papel. Era solo una línea, pero, aunque la letra no era ni grande ni ordenada, resultaba fácil de leer: «Le doy el día libre. Duerma. T. R.».

Se me aceleró el pulso. Aunque no era una nota de amor, ni mucho menos. Solo que la hubiera escrito el señor Reed me provocaba un cosquilleo en el estómago y un leve mareo en la cabeza.

Como una chica de pueblo loca de amor, apreté la carta contra el pecho, cerré los ojos y noté cómo me palpitaba el corazón.

Era solo una sensación surgida entre la bruma que asolaba mi cabeza y que me hacía feliz sin poder definirla.

Volví a hundirme en mi almohada, despacio, con la carta aún contra el cuerpo. Estaba pensando en si no sería mejor librarme del corsé cuando volví a quedarme dormida.

Cuando desperté, la emoción había desaparecido. A cambio, tuve otra sensación. Me levanté de un salto demasiado rápido, me balanceé como un barco en plena tormenta y salí corriendo descalza de mi habitación: directa al baño.

Noté un retortijón en el estómago, arcadas y vomité. Se me saltaban las lágrimas al hacerlo; me colgaban mechones de pelo. Aquello era humillante.

Seguí un momento sentada en el suelo hasta que mi estómago se hubo calmado. Me levanté con gran esfuerzo y fui dando tumbos hasta la pila.

Abrí el grifo del agua fría, dejé que corriera sobre las manos y me lavé la boca. Era repugnante, me daba asco a mí misma por lo que había hecho. ¿Qué había bebido que me había sentado tan mal?

¿De verdad podía ser por un vaso de cerveza que ni siquiera había terminado? Era poco probable.

Levanté la cabeza, la notaba pesada como llena de plomo. Me atreví a mirarme en el espejo. Un fantasma me devolvió la mirada. Di un respingo.

La piel, normalmente rosada, estaba pálida; los ojos, rojos; el cabello, hecho un sucio ovillo rubio del que sobresalían mechones y horquillas. Me vinieron ganas de meterme en la cama y de no salir nunca más.

Me ardía la garganta, tenía un olor amargo pegado en la nariz y me volvió a la cabeza el callejón oscuro donde había vomitado. Debió de ser delante de la tasca.

De pronto recordé las manos que me habían sujetado. Había alguien y me había ayudado.

Me tapé los ojos con las palmas por la vergüenza. Ese alguien era Thomas Reed. Me había sujetado mientras vomitaba. Lo había visto todo.

Quise morirme ahí mismo.

Eso era lo peor que me podía haber pasado. No, no: seguro que había hecho algo peor. No recordaba prácticamente nada. Así pues, quién sabía qué había ocurrido después. Tal vez tuve un comportamiento impresentable o había dicho algo que jamás podría retirar.

¿Y si le había confesado lo que sentía por él?

Me hundí en los fríos azulejos solo para notar el suelo firme, y me fundí en un charco de autocompasión y figuraciones catastróficas.

Tal vez no había revelado mis sentimientos, pero había sacado a relucir mi verdadero carácter del que tanto se quejaba mi madre y que había ahuyentado a tantos hombres jóvenes. Quizá me había mostrado altanera y resabiada;

había ofendido a los hermanos Reed con mis bruscos modales o había menospreciado a alguno.

Elisa estaba en lo cierto. Era una esnob, una niña de clase alta que no tenía ni idea del mundo que había ahí fuera. Me consideraba a mí misma mejor, aunque no lo era.

Y ahora ahí estaba, sentada en un baño con un olor ácido a vómito, maldiciéndome a mí misma.

Notaba un zumbido en la cabeza y me controlé para no romper a llorar. Me sentía muy tonta; si el señor Reed me viera en ese momento, haría las maletas para no regresar jamás. No podría soportar semejante deshonra.

Así pues, me puse en pie junto al borde del lavamanos, intenté calmar mi respiración y me convencí de que todo se debía a mi lamentable estado físico, que me hacía pensar cosas sin sentido. Suspiré, sentí cómo se me helaban los pies poco a poco y eché mucho de menos a mi madre. Me entraron ganas de ir a verla, y dejar que me abrazara. Quería que me dijera que todo iba a salir bien y que me trajera té y bollos a la cama. Mi madre tenía muchos defectos, pero su manera de cuidar no era uno de ellos.

Me arrastré hasta mi cuarto, me desnudé despacio y busqué ropa nueva. Me quité provisionalmente las horquillas, me peiné y me recogí el pelo en una sencilla trenza. No tenía fuerzas para nada más.

Me puse los zapatos (tardé una eternidad) y busqué mi abrigo. No estaba en mi cuarto. Mi bufanda también había desaparecido; me esforcé por recordar qué había pasado con ella, pero nada. Tiré de la manta de lana que alguien había dejado sobre mi colcha, me la coloqué sobre los hombros y me puse en camino.

Procuré ser sigilosa y rápida para no encontrarme con la señora Christy y salí a la fría mañana. Bueno, me pareció que aún era por la mañana, porque, además del abrigo, tampoco había encontrado el despertador; por otro lado, había demasiada niebla para ver la hora en los relojes de las torres de los edificios colindantes. O, por lo menos, la posición del sol.

Débil, crucé arrastrando los pies el parque de la universidad, conté las farolas de las calles y por fin llegué a la entrada que casi marcaba el final de mi camino.

La casa de mi tío se erguía estrecha y sublime ante mí. Me pareció que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado allí.

No tenía fuerzas para plantearme cómo reaccionarían mi tía o mi madre ante mi repentina visita. Tenía la cabeza demasiado ocupada; estaba aterida porque la manta no era lo bastante gruesa y me dolían los pies.

Llamé al timbre y esperé. Por suerte, no demasiado, pues el señor Dolls era un mayordomo muy eficaz.

—Buenos días, señor Dolls —le saludé antes de que me reconociera, con la manta sobre la cabeza.

—Buenos días, señorita Crumb —dijo, sorprendido. Me dejó entrar y recogió la manta como si aquello fuera de lo más habitual—. Su tío no está en casa, pero las señoras están en el salón —añadió, muy formal.

Le dediqué una sonrisa cansada. Él me miró con cierta preocupación, pero yo no tenía ganas de contarle cómo me encontraba.

—¿Le apetece un té? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Gracias, señor Dolls.

—Es un placer —dijo, y en la comisura de los labios asomó una sonrisa. De joven debió de haber sido muy atractivo, pensé.

Fui al salón, recorrí la gruesa alfombra hasta la puerta y oí las voces de mi madre y mi tía. Me resultaban tan conocidas que noté calor en el corazón y golpeé muy rápido la madera pintada de color claro antes de abrir la puerta.

Ambas estaban sentadas de espaldas a mí, junto a la chimenea encendida, riéndose como niñas pequeñas. Mi tía ladeó la cabeza y me vio.

—¡Ani! —exclamó con alegría, y se levantó de la silla.

Durante una fracción de segundo, temí que mi madre no se alegrara de verme, pero era un temor infundado: se puso en pie igual de rápido que mi tía y se acercó corriendo a mí.

—Animant —dijo entre risas, que desaparecieron en el acto en cuanto me observó—. Ay, mi niña, ¿no te encuentras bien? ¡Estás horrible! —exclamó, preocupada. Me estrechó entre sus brazos—. Estás muy fría. Ven ahora mismo a la chimenea —añadió, y me arrastró hacia allí.

Disfrutaba de lo que antes me habría puesto de los nervios, así que dejé que me sentara en la butaca. Me fue a buscar una gran manta de punto, le cogió al señor Dolls mi té y me cuidó como si el domingo anterior no hubiéramos discutido. Me sentía tan débil que me dieron ganas de llorar, pero las bromas de mi tía me lo impidieron. Al menos durante un rato, pude olvidar el mundo exterior.

—¿Y qué has decidido para la velada de mañana? —preguntó mi madre. La miré intrigada por encima de mi segunda taza de té.

—¿La velada de mañana? —pregunté.

Ella arrugó la frente.

—¿No recibiste mi carta? —dijo ella, sorprendida.



Entonces lo recordé. Ni siquiera había abierto la carta de mi madre.

Primero se entrometió la pelea con el señor Reed, luego mi enfado y después la noche en la tasca, de la que tenía tantas lagunas como antes. Tampoco había encontrado mi abrigo. Y la carta estaba en el bolsillo del abrigo, así que...

—Sí, pero se me olvidó leerla —respondí.

—Ay, niña, trabajas demasiado —me dijo mi madre tras soltar un suspiro de resignación.

No pude evitar sonreír. Jamás hubiera pensado que alguien llegaría un día a decirme eso. Además, que no la hubiera leído no tenía nada que ver con el trabajo.

—Por cierto, ¿hoy no trabajas?

Mi sonrisa se desvaneció. Pensé enseguida en el señor Reed y en la nota que me había dejado. Eso me provocó sentimientos tan encontrados que se me formó un nudo en el estómago.

—Hoy tengo el día libre —dije sin más.

Era cierto y, al mismo tiempo, no desvelaba nada. Mi madre se desmayaría del susto si supiera que la víspera me había emborrachado con siete hombres de otra posición social en una tasca de obreros.

Me costaba creerlo. Yo siempre había sido la sensata; mi hermano era quien se metía en aventuras. Yo me quedaba en casa con mis libros, mientras él se iba por ahí con amigos equivocados y hacía trastadas.

—Qué considerado, ya que hoy no te encuentras muy bien —dijo mi madre con una sonrisa que le devolví.

Sí que había sido muy considerado. Por algún motivo, el día anterior había bebido demasiado y el señor Reed me había dado el día libre. Torcí el gesto.

Había sido un detalle por su parte, pero no lo tenía por una persona que fuera amable de corazón. Por supuesto, no era el hombre malvado que pensaba al principio, pero seguía siendo un excéntrico.

Me invadió la vaga sensación de que podía haber algo oculto, algo relacionado con la noche anterior. Pero ¿qué había pasado?

Resultó que la carta de mi madre era también una invitación. Los Winterglowe, una familia amiga de mi tía, celebraban el sábado por la noche una velada y le preguntaban con amabilidad si quería asistir, para conocer por fin a su joven sobrina.

Acepté, para gran alegría de mi madre, y me sentí bien: esa sería una fiesta en la que sabría cómo comportarme. Le daría una sensación de normalidad a mi vida. De hecho, aburrirme en una fiesta como esa no me vendría nada mal.

Me quedé a almorzar y luego me obligaron a comer otro trozo de pastel. Mi madre se quedó impresionada al ver lo poco que comía. Insistió en que necesitaba descansar con urgencia para recuperarme.

Le di la razón, comí sin muchas ganas los restos del pastel y pensé en el señor Reed.

Thomas Reed, el hombre que me había robado el corazón. Y yo no sabía qué pensaba él de mí. El día anterior se había molestado conmigo porque me había enfadado con él. Me había puesto terca y le había obligado a salir con sus hermanos..., y al final yo había acabado vomitando en un callejón oscuro.

Quería morirme de vergüenza. A esas alturas, debía de tener una opinión espantosa de mí. Una chica tonta que quería hacerse la valiente y luego salía mal parada.

Pese a todo, estaba ansiosa por verle. Tenerlo enfrente y averiguar cómo estaban las cosas entre nosotros. Si lo había estropeado todo más o sucedía lo contrario.

Me fui con el pretexto de descansar un poco; incluso logré librarme de mi madre, que no entendía por qué no podía descansar en el cuarto de invitados. Me deseó una pronta recuperación e intentó que me comprometiera a almorzar con ellos el sábado. Entonces volví a pensar en Henry: teníamos una reunión secreta de hermano..., es que nos veíamos muy poco.

Mi madre soltó una risita, todo aquello le parecía muy entrañable, así que no hizo ninguna pregunta curiosa.

Un carruaje me llevó al edificio de personal, donde me encontré con la señora Christy, con mi abrigo en la mano. Me riñó por haber salido sin él y me lo dio.

—Se lo he limpiado. El señor Reed me lo ha traído esta mañana a primera hora; me ha dicho que usted no se encontraba nada bien. Pensaba que había cogido algo.

Sonreí. Sorprendentemente, ya me encontraba mejor. Los cuidados de mi madre me habían animado y la comida me había fortalecido. Aún me sentía muy floja, pero más animada.

—No, ya me encuentro mejor. Este mediodía he estado con mi madre —expliqué brevemente para tranquilizar a la señora Christy.

Ella esbozó una sonrisa bondadosa y me dio palmaditas en el brazo.

—Ay, niña, ve con cuidado. Un estómago débil no se recupera tan rápido —añadió, luego se volvió hacia la puerta de la cocina y regresó a sus cazuelas.

Tardé un momento en comprender lo que había querido decirme, luego levanté el abrigo para olisquearlo. Si estaba en lo cierto, lo había manchado de vómito. El señor Reed se había ocupado de que volviera a estar limpio.

De nuevo esas insólitas atenciones que no me explicaba. No me alegraba del todo de ellas, pues temía que ocultara algo que no era capaz de ver. El señor Reed no era una persona cuidadosa.

El abrigo olía a jabón. Por suerte, no había rastro de ningún olor ácido.

Subí despacio a mi habitación, me arreglé un momento y luego salí hacia la biblioteca. Tenía el día libre, pero la tensión que notaba en mi interior no me permitía sentarme con calma a leer algo.

Necesitaba ver al señor Reed. Tenía que hacerlo. El dolor de cabeza me hacía sentirme débil y sentimental. No tenía ni idea de qué pretendía con mi visita, pero esperaba saberlo cuando lo tuviera delante.

Sin embargo, en la biblioteca me topé con otro problema: era viernes por la tarde, por lo que el señor Reed no estaba.

Lo había olvidado por completo. Estaba atendiendo sus misteriosas obligaciones.

Me llevé una buena decepción. Todo se estaba desmoronando y me sentía fatal. Nada estaba saliendo como deseaba.

Desconcertada, salí de la entrada principal y caminé unos pasos por el parque. No sabía qué hacer.

No había mucha gente en la calle, pues volvía a hacer frío; apenas se veía alguna figura con abrigo oscuro que caminaba a toda prisa por el campus.

Anduve un poco sin rumbo, pasé por la cafetería y por fin vi a lo lejos el escaparate de la pequeña pastelería donde me había encontrado a Philipp Tams unos días antes.

Me abrí con disimulo los botones del abrigo (pese a que así el aire frío se me colaba por el vestido) y metí la mano en el bolsillo de la falda. Era la misma que había llevado al trabajo el día anterior; despacio, saqué el recorte de prensa que me había dado Phillip.

Se me formó un nudo en la garganta, me costaba tragar. Allí estaba la dirección donde se encontraba el señor Reed en ese mismo momento.

Sería muy fácil salir a la calle, hacer un gesto a un coche de caballos y pedirle que me llevara hasta allí.

¿No era ese mi plan en realidad?

Me debatía entre el sentido común y la curiosidad. Entre el deseo de respetar la intimidad del señor Reed y las ganas de verlo.

No obstante, era una tontería. No tenía ni idea de lo que me esperaba. Si me encontraba con otra mujer: no sería el mejor día para recibir semejante golpe.

Sin embargo, ¿de verdad era mejor regresar a casa a imaginar los peores escenarios? ¿No lo había hecho ya bastante?

Se levantó un viento que sopló entre las hojas caídas; yacían grises en el borde del camino. Y ese mismo viento me empujó hacia delante, en dirección a la calle. Me dejé llevar. Al principio, caminé despacio; luego cada vez con más resolución: supe que iba a hacerlo. Iba a ir a descubrir el secreto del señor Reed.

Llegué a la calle y encontré cerca de una casa de té un coche desocupado. El cochero me saludó con educación. Le di el recorte de prensa con la dirección. Asintió con la cabeza, me miró con ciertas dudas y luego bajó del pescante para ayudarme a subir al coche.

Me senté en el banco, frío y sin acolchar. Me envolví bien en el abrigo y solté el aire, que formó una nube visible. Hacía un frío terrible, mucho más que la noche anterior. De pronto, cuando el coche se puso en marcha traqueteando sobre los adoquines, evoqué la vaga sensación de un brazo en mi cintura, mi cabeza apoyada en su hombro fuerte y un cálido aliento en el cabello.

Parpadeé para ahuyentar esa imagen como en un sueño. ¿Había sido real o eran solo imaginaciones mías?

Atravesamos el centro, recorrimos calles por las que nunca había pasado; incluso a lo lejos se entreveía el Támesis.

Suerte que había cogido un coche y no había intentado encontrar la dirección por mí misma. Ni siquiera habría sabido qué tranvías coger para ir en la dirección correcta.

El mundo pasaba por mi lado: casas y personas, el ruido de cascos y sonidos cotidianos. Pensé en lo que podía encontrarme. Iba a ir a esa dirección a descubrir más.

Esperaba obtener muchas respuestas. Ya no era mera curiosidad por saber qué hacía el señor Reed. Quería saber si aún estaba enfadado conmigo, qué había ocurrido la noche anterior y si mi comportamiento lo había estropeado todo.

Al mismo tiempo, me serviría para verificar cuál era el carácter del señor Reed y orientar mis sentimientos. Sabría a qué atenerme, si debía dejarme

llevar del todo por lo que sentía u olvidarme del todo antes de que aquello acabara conmigo. El mundo pendía de un hilo y yo me acercaba a un momento importante.

Me dolían la cabeza y los hombros con cada salto brusco del coche. Volví a prestar atención a la calle. Habíamos salido del centro de Londres y atravesábamos una de esas zonas donde la gente no parecía tan acomodada. Las casas estaban descuidadas, los cristales de las ventanas sucios y las cuerdas de tender vacías se extendían por encima de la calle. También había poca gente en la calle que hiciera frente al frío. Me pregunté dónde estábamos.

El coche se detuvo cuando menos lo esperaba. Me volví sorprendida hacia el cochero. Él saltó del pescante, abrió la puerta y me ofreció la mano para bajar.

Pisé la calle, oí un chasquido y noté que mis pies se hundían en la mugre. Me levanté la falda enseguida, pero ya era demasiado tarde. El dobladillo ya había rozado el suelo.

—¿De verdad es aquí? —pregunté al cochero, vacilante.

El hombre asintió.

—Sí, señorita. La casa que busca está ahí —me contestó, al tiempo que me señalaba con el dedo un viejo edificio en el otro lado de la calle.

Era más alto que los demás, con las ventanas igual de tapadas; en algunas titilaba una luz cálida. El cielo se había cubierto tanto que por la tarde ya casi había oscurecido; me estaba helando con el viento gélido.

Un hombre pasó por nuestro lado, me observó con detenimiento e incluso giró la cabeza hacia mí cuando cambió de acera.

Llevaba el vestido que solía ponerme para trabajar en la biblioteca. Pese a que yo lo consideraba modesto, destacaba entre tanto lodo y pobreza. Estaba diciendo a gritos que tenía dinero. De pronto, sentí miedo.

Sola en esa calle, seguro que en breve me asaltarían.

Saqué mi bolsita y le puse una moneda en la mano al cochero.

—¿Sería tan amable de esperarme aquí un rato? —le rogué.

Él puso cara de asombro al ver la moneda.

—Por supuesto, señorita. Como desee —contestó.

Esbocé una leve sonrisa.

Me rugía el estómago, el corazón latía demasiado rápido y mi imaginación evocaba las imágenes más espeluznantes.

El señor Reed con una banda de conspiradores. El señor Reed con una túnica roja sobre un cadáver. El señor Reed en un dormitorio, en brazos de

una mujer maravillosa a la que yo no le llegaría ni a la suela de los zapatos.

Algo frío me rozó la nariz y se derritió. Aún no me había movido del sitio. Seguía mirando fijamente al otro lado de la calle hacia la casa con el revoque desconchado. Del cielo empezaron a caer unos gruesos copos de nieve blanca.

—¿Señorita Crumb? —me dijo alguien de repente.

Di tal respingo que estuve a punto de caer sobre el suelo fangoso.

En un primer momento, no vi a nadie; luego noté un roce en la mano. Me estremecí de nuevo cuando unos dedos helados me acariciaron el dorso de la mano. Había olvidado ponerme guantes.

A mi lado vi a un muchacho con el pelo enmarañado en el que se depositan los copos de nieve. Me sonrió, pero tenía la cara tapada casi por completo por una bufanda de cachemir.

Mi bufanda de cachemir.

—¡Timothy! —exclamé, sorprendida; no podía creer que volviera a verlo. ¿De dónde había salido?

—¿Qué hace usted aquí? ¿Venía a visitarme? —me preguntó, y su rostro rosado me hizo olvidar todos los miedos.

—Yo..., eh... —tartamudeé, completamente desconcertada. Me recompuse—. ¿Cómo está tu abuela? —pregunté, esperando no meter la pata.

Sin embargo, en el rostro sucio de Timothy la sonrisa se volvió incluso más amplia.

—¡Muy bien! —exclamó, exultante.

Noté que me sacaba un peso de encima. Sonreí por que mi buena acción, entonces obligada, hubiera servido de algo. Tal vez sin mí, el resultado hubiera sido el mismo, pero quizás había salvado la vida de la abuela de ese niño. Jamás habría imaginado que podría sentirme tan bien.

—Venga conmigo. Seguro que mi abuela querrá conocerla —afirmó, metió su manita en la mía y tiró de mí por la calle, directo a la casa donde debería estar el señor Reed.

Mi corazón latía con fuerza mientras seguía al niño. Aquello no iba bien. Aún no había llegado.

No podía encontrarme ahora con el señor Reed.

¿Qué pensaría al verme? Enseguida sabría que lo había estado espiando. Era su secreto, siempre había criticado mi curiosidad.

Timothy abrió la puerta de un empujón, y yo estaba demasiado ocupada con mi pánico para que se me ocurriera librarme de él. Subí a trompicones los peldaños que conducían al vestíbulo, que estaba lleno de gente. No sabía adónde mirar.

Tenía que andar con cuidado, no llamar la atención; de lo contrario el señor Reed se disgustaría y castigaría mi curiosidad.

—Esta es mi abuela —dijo Timothy.

Entonces lo vi, al lado de la puerta, de espaldas a mí. Lo reconocí por la postura, por la manera de ladear la cabeza, por la patilla de las gafas que se le veía detrás de la oreja. El castaño oscuro del cabello, el traje, las maravillosas manos que tenía cruzadas en la espalda.

Timothy tiró de mis dedos y giré automáticamente la cabeza hacia él. Enfrente vi a una mujer mayor. Tenía el rostro lleno de profundas arrugas; los ojos, de un color azul acuoso; el cabello blanco bajo un sencillo pañuelo. Su postura inclinada parecía amable y las comisuras de los labios tendían hacia arriba naturalmente.

—¿Señorita Crumb? —dijo el señor Reed a mi espalda.

Casi se me para el corazón.

Señor, protégame.

—¡Señor Reed, señor Reed! —exclamó Timothy, exaltado.

Me quedé tan de piedra que apenas podía moverme entre tanta gente. El niño me soltó la mano y se puso a dar brincos delante del señor Reed.

Lo miré, observé su rostro enjuto, sus ojos marrones, tan desconcertados.

—Esta es la señorita que salvó a mi abuela. Le compró medicamentos —informó Timothy con entusiasmo.

Agaché la mirada. La situación me había sobrepasado: no sabía qué hacía allí en realidad. De pronto, lo vi claro. No era ni una conspiración contra la reina ni una hermandad secreta; sin duda, tampoco un amor secreto.

Miré alrededor con discreción, pero solo vi niños de todas las edades y algunos padres que los abrigaban con chaquetas gruesas o que los sujetaban de la mano para marcharse.

Fuera lo que fuera, acababa de terminar.

—Bueno, en realidad, me salvó la sopa de verdura —intervino la mujer mayor a mi lado. Me sonrió. La miré, sin saber cómo comportarme—. Se lo agradezco. Fue el regalo más bonito que nos han hecho jamás. De verdad, me salvó la vida. —Me tomó la mano, la atrajo hacia sí y posó sus labios arrugados en el dorso—. Es usted un ángel —añadió.

Timothy me sonrió con tantas ganas que temí que las comisuras de los labios le llegaran hasta las orejas.

—No hay de qué —balbuceé, y conseguí retirar la mano sin que pareciera que la rechazaba.

Era incapaz de enfrentarme a algo así. Nadie me había estado tan agradecido en toda mi vida como para besarme la mano. Tampoco nunca le había salvado la vida a alguien.

—Adiós, señor Reed —dijo una voz desde la puerta.

Él se despidió con un gesto de la mano.

—Hasta la semana que viene —contestó él, mientras yo intentaba recobrar la compostura de alguna manera.

Me había metido en un lugar que no era para mí; todo aquel barullo alrededor me confundía. Demasiadas impresiones, demasiado poco control. No me gustaban las multitudes.

—Me gustaría pagárselo —dijo la señora mayor, que revolvió en el bolsillo en busca de su bolsita desgastada.

Negué con la cabeza.

—No, no. No tiene por qué. No necesito su dinero —respondí.

De pronto, una mano me rozó el brazo.

—Señorita Crumb —intervino el señor Reed.

Pese al grueso abrigo, se me puso la piel de gallina en el brazo. Volví a mirarlo. ¿Estaba enfadado conmigo? Su rostro era solo una máscara de profesionalidad neutra, cosa que me hacía temer lo peor.

—Por favor, no quería molestar —intenté excusarme.

Retrocedí un paso, pero al hacerlo choqué con una niña de unos doce años que me miraba con los ojos asombrados.

—No molesta en absoluto. —El señor Reed ignoró mis fórmulas de cortesía y su mirada se volvió un poco más dura—. Me gustaría que habláramos —dijo con severidad.

Y yo tuve ganas de salir corriendo de allí. ¿Qué pensaba? Había sido una estúpida al creer que era buena idea espiarle, pero no podía evitarlo: era curiosa por naturaleza. Igual que escuchar a escondidas o abrir correo ajeno.

Con todo, me dio vergüenza que me pillara. Sobre todo porque ninguno de mis temores se había confirmado; por tanto, no tenía cómo justificar mi actitud.

—Señor Reed...

Pero él me arrastró entre la multitud y me llevó por una puerta a la habitación contigua. Había muchas mesas donde habían colocado las sillas correspondientes. Delante del todo, junto a la pared, había una pizarra; en la chimenea de al lado, se consumía el último haz de leña.

Era un aula.



De pronto, todo tenía sentido. Los niños fuera, en el vestíbulo, el esmero del señor Reed y su empeño por cumplir con aquella obligación siempre a la misma hora.

—¿Da clases a niños? —pregunté.

Lo miré. Ya me había soltado el brazo.

—Sí —respondió, disgustado—. Pero es mucho más importante la pregunta de qué hace usted aquí —añadió, descortés.

¿Ese era el secreto? Tanta preocupación y tantas horas sin dormir para esto. Había creído que ese hombre era capaz de cosas tan horribles que descubrir la verdad me dejó en *shock*: iba a dar clases a niños.

Me sentí aún más avergonzada.

—Pero ¿por qué esconde algo así? —pregunté.

Él me sujetó por los brazos. Di un respingo del susto cuando me topé con su mirada, tan dura. Tenía el corazón desbocado y me había ruborizado. Apenas me atrevía a devolverle la mirada.

—Señorita Crumb —me advirtió el señor Reed.

Me había hecho una pregunta: quería saber qué hacía allí. Me aclaré la garganta: no podía mentirle, eso solo conseguiría empeorarlo todo.

—Le he estado espiando —confesé a media voz.

Esperé su arrebato de ira. Iba a reñirme y reprenderme, y con toda la razón.

No obstante, no ocurrió nada. Se limitó a levantar la ceja izquierda.

—Eso ya lo tenía claro —dijo con un deje sarcástico, y la mirada se volvió más sombría—. Pero ¿por qué está aquí y no guardando cama? ¡No le doy el día libre para que recorra medio Londres, en vez de recuperarse de la resaca! —me reprochó.

Parpadeé desconcertada. El tono era severo, pero las palabras no.

—¿Acaso se preocupa por mí? —pregunté, sin salir de mi asombro.

—¡Sí, maldita sea! ¡Claro que me preocupo!

No podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero soy yo la culpable. ¿Qué importa que no me encuentre bien? —le pregunté, demasiado sorprendida para enfadarme por su tono autoritario.

—¿Qué? —contestó el señor Reed.

Era evidente que lo había cogido con el pie cambiado. Soltó un bufido, se quitó las gafas e hizo un gesto de amargura.

—No se acuerda —afirmó; el enfado se había esfumado.

Asentí. Así era: no me acordaba de nada.

—Por lo menos, no de muchas cosas —admití.

Por un breve instante, creí leer algo parecido a la decepción en los ojos del señor Reed. Sin embargo, luego bajó la mirada a sus gafas y ya no estuve tan segura.

—No fue culpa suya —dijo—. Mis hermanos le pusieron *whiskey* en la cerveza porque creyeron que sería divertido emborracharla. Me disculpo por ello.

Se colocó las gafas en el chaleco marrón oscuro, colgadas por una de las patillas.

—Ah —alcancé a decir, al tiempo que empezaba a martillearme la cabeza.

Eso era mucho más lógico que el que yo me hubiera emborrachado intencionadamente. Se me ocurrió otra cosa: si el señor Reed se disculpaba en nombre de sus hermanos, era porque se consideraba responsable de sus acciones. Por eso me había dado el día libre y me había dejado dormir. Por eso ahora se preocupaba por mí. Por la culpa.

Solté un leve suspiro: ahora entendía parte de su comportamiento. Sin embargo, al mismo tiempo, noté una puñalada en el corazón más hiriente que un dolor de cabeza.

Esperé con paciencia mientras el señor Reed recogía sus carpetas; un niño que se sorbía los mocos barrió el aula y el vestíbulo con una escoba ancha. No dije nada, ya no me sentía fuera de lugar. Luego salimos al exterior, tras cerrar las puertas.

—Buenas noches, señor Reed —se despidió el muchacho, que me lanzó una mirada furtiva.

—Buenas noches, Jim —contestó el señor Reed, que hizo desaparecer el manojito de llaves en el bolsillo del abrigo.

—¿Es su prometida? —preguntó de pronto el muchacho.

Aunque procuré mantener la compostura, me sonrojé. La mera idea de estar prometida con el señor Reed me descomponía.

—No, Jim. Vete a casa antes de que te resfríes aún más —le ordenó con aspereza.

El chico se echó a reír, se puso bien la gorra y salió corriendo entre la nieve, calle abajo.

El señor Reed hizo un gesto de desesperación y miró al cielo. Los copos de nieve flotaban espesos y grandes hasta el suelo; lo cubrían todo muy despacio, como con una capa de azúcar.

—Entonces, ¿tiene una prometida? —pregunté como por casualidad, al tiempo que pisaba con cierta inseguridad el suelo, que ahora resbalaba más.

—Señorita Crumb, ¿de dónde iba a sacar el tiempo para eso? —me contestó, irritado.

No pude evitar sonreír. Era el tono que empleaba siempre que me mostraba demasiado curiosa para su gusto. De todos modos, no se había enfadado cuando había descubierto su secreto. Era como si ya se imaginara que iba a suceder.

Me pareció bien, aunque no debería gustarme que tuviera esa imagen de mí.

Al otro lado de la calle, mi coche de plaza seguía esperando. El cochero estaba apoyado en el pescante, fumándose un cigarrillo.

—¿Es suyo? —me preguntó el señor Reed. Asentí—. Por lo menos no ha venido a pie —gruñó, y me ofreció el brazo.

Me sorprendió y dudé antes de apoyarme en él. Era un gesto muy oportuno con el suelo resbaladizo, pero era mucho más cercano de lo que estaba acostumbrada.

Enseguida avancé con paso más seguro y cruzamos juntos la calle.

—Yo voy a irme a casa. ¿Cuáles son sus planes? —me preguntó.

Sonreí sin un motivo concreto; solo porque el señor Reed me había hecho una pregunta.

—Yo también iría a casa.

Me sujetó cuando subimos a la acera del otro lado y resbalé. El cochero tiró la colilla del cigarrillo al puré de nieve de la calle y rodeó el coche para abrirme la puerta. El señor Reed me prestó su mano y sentí un intenso cosquilleo en el estómago cuando nuestras manos se rozaron. Sus dedos largos se cerraron cálidos alrededor de mi mano delicada y subí lentamente el peldaño, solo para no tener que soltarlo enseguida.

Solo eran las manos, pero era una sensación maravillosa que alimentaba mi imaginación y que me llevó a pensar en cómo sería que me abrazara. Muy cerca de él, con la cabeza en su pecho y los brazos rodeándome. Me daría calidez y seguridad, me protegería, por más que me dijera algunas pequeñas vilezas para fastidiarme. Yo me reiría de todo eso.

Entonces me soltó la mano y mi sueño se esfumó.

El cochero se preparó, cerró la puerta y yo me paré de pronto.

—Espere —le dije. Miré al señor Reed, que se subió el cuello del abrigo y luego hundió las manos en los bolsillos—. ¿No viene? —le pregunté.

—Yo siempre voy en tranvía —respondió, algo desconcertado.

Hice un gesto vehemente con la cabeza.

—¡Pero no con este tiempo! Y sobre todo no si vamos al mismo destino. ¡Sería absurdo!

El señor Reed soltó un profundo suspiro. Se formó una nube en el aire con su respiración y los copos de nieve se le acumularon en el cabello.

—Tal vez tenga razón —admitió.

Se debatió un poco más; luego tiró de un asidero y se metió en el interior entreabierto del carruaje.

Me hice a un lado para dejarle espacio; cuando se sentó tan cerca de mí, me invadió la sensación de que aquello ya había pasado.

Tragué saliva, uní las manos en el regazo porque no sabía qué hacer con ellas y el carruaje se puso en marcha.

—¿Ayer también fuimos en un coche de caballos? —pregunté en voz baja; mi voz estuvo a punto de perderse en el golpeteo de las ruedas.

—Sí —respondió él, con la mirada fija en la calle.

Y yo intenté recordar lo que había pasado apenas unas horas antes. Vi las luces difusas de las farolas de la calle y de nuevo esa sensación fugaz de un brazo rodeándome la cintura. Sin embargo, no me acordaba de todo.

—¿Estaba... consciente? —pregunté.

En el rostro del señor Reed apareció una sonrisilla.

—Sí, señorita Crumb. Incluso charlamos —respondió con cierta sorna, probablemente porque sabía la vergüenza que me daba todo aquello.

—¿De qué? —pregunté.

Me miró con una sonrisa pícara, como la de un colegial que me hubiera escondido los libros. Sentí que el corazón me latía tan fuerte en el pecho que casi me dolía.

—Ya lo recordará usted misma.

No pude reprimir el impulso de castigarle por esa vileza. Le di un puñetazo juguetón en el brazo. Él se echó a reír.

—¡Es usted horrible! —bromeé.

—Y lo dice precisamente la señorita Metomentodo. Su curiosidad supera sus buenos modales.

Me ruboricé, otra vez. Me parecía milagroso que el señor Reed no estuviera completamente fuera de sí y no me cantara las cuarenta al verme en su escuela. En cambio, aprovechaba cada ocasión para restregarme por las narices lo penoso de mi comportamiento. Eso también era un tipo de castigo.

—Pensaba que ocultaba algo peor que enseñar a leer y escribir a niños — intenté defenderme.

Sabía que, aunque hubiera sido solo por curiosidad, no debería haberlo espiado. Aunque ahora que sabía su secreto era fácil decirlo.

—¿Por ejemplo? —preguntó el señor Reed.

Me hundí un poco.

—Pensaba... que usted... —Agaché la mirada para no ver cómo se divertía con mi incomodidad—. Pensé que podía ser un conspirador. O pertenecer a una secta secreta. O algo así —solté, y me pareció muy absurdo.

Él puso cara de incredulidad.

—Lee demasiados libros —aseguró, y se reclinó en el incómodo banco—. Puede que no vaya con regularidad a la iglesia, pero soy anglicano, sin duda.

—Pero se mostraba tan ausente y actuaba con tanto secretismo... ¿Qué iba a pensar? Tenía que ser algo horrible si no podía soltar prenda. —Me froté los dedos, que se me estaban enfriando poco a poco. ¿Dónde había dejado los guantes?—. Pero ¿por qué esconde algo así? ¿No es encomiable un trabajo como ese?

—Pues no me van a caer elogios por ello, señorita Crumb —dijo, tras lanzar un suspiro. Se irguió—. El hecho de que me sienta responsable de compensar un poco las injusticias de nuestra sociedad no me convierte en buena persona. No quiero presumir de ello ni que los demás me tengan por mejor persona de lo que soy —gruñó.

Desvió la mirada hacia la calle. Otra vez el buen ambiente se había desvanecido. Lo seguí mirando. Entendía a qué se refería, pero no podía estar de acuerdo.

Ahora que conocía el secreto, sabía que era mucho mejor persona de lo que se consideraba a sí mismo. No solo ayudaba a niños pobres que no podían permitirse ir a la escuela, también me había ayudado a mí en numerosas ocasiones.

Él le restaba importancia, se hacía el malo y había hecho de su talante irascible todo un arte. Sin embargo, por dentro, tras los desplantes, la brusquedad y los comentarios maleducados, había un hombre decente, con coraje y de buen corazón. Cumplía sus promesas, siempre acudía en mi ayuda cuando lo necesitaba y sacaba lo mejor de mí.

Por eso le quería.

Tal vez ese caparazón con el que se cubría estaría allí siempre. Pero aprendería a lidiar con él.

## 34

# TRIGÉSIMO CUARTO, O CUANDO CONOCÍ A RACHEL

El sábado por la mañana desayuné sola. Con la ilusión que me hacía repetir un desayuno juntos. Así pues, me llevé una buena decepción.

No me comí ni la mitad de lo que me sirvió la señora Christy. Me sentía muy inquieta. Me daba vergüenza, pero estaba ansiosa por irme de una vez a la biblioteca.

A las siete y veinte, salí del comedor. Justo cuando me estaba abrochando el abrigo en el pasillo, el señor Reed bajó los escalones a trompicones. Parecía cansado, como siempre, y se envolvió la bufanda en el cuello con gesto irritado. Tenía los hombros en tensión, los cabellos más desgredados de lo habitual y cierta angustia en la mirada.

Con todo, a mí no me engañaba. Ya lo había visto en casi todos los estados de ánimo. La alegría que sentí en el pecho al verlo hizo el resto.

—Buenos días, señor Reed —le dije, procurando sonar natural para que no me tomara por una gallina asustada. ¿A quién le gustaban las personas alegres por la mañana temprano?

Alzó la vista y advirtió mi presencia al pie de la escalera; las arrugas de la frente se relajaron al instante.

—Animant —dijo, y luego cambió de opinión—. Quiero decir, señorita Crumb —se corrigió, parpadeó distraído y se atascó en la bufanda.

Tuve que reprimir una sonrisa, no sabía cómo interpretar esa reacción.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Me puse la bufanda y abrí la puerta que daba a la calle. Salí al abrumador paisaje invernal en el que se había convertido Londres en una noche; pese a la niebla espesa, brillaba bajo la tenue luz del día.

—No —gruñó él, que levantó una ceja.

Me lanzó una mirada rápida y arrugó la frente de nuevo. Cuando temía que de nuevo guardara un gran secreto y no me dejara entrar en sus pensamientos, siguió hablando:

—Tengo una reunión con dos miembros de la junta directiva. Irán esta mañana a la biblioteca y tendré que mantener interminables y fatigosos debates que al final no darán ningún resultado —se lamentó mientras caminábamos juntos sobre la nieve.

Si las farolas no marcaran el camino a ambos lados, habría sido difícil reconocerlo.

Oculté mi sonrisa en la bufanda para que no viera cuánto me divertía su desgracia. Metí las manos más al fondo de los bolsillos. Al principio de mi estancia en Londres, aún me preguntaba qué tipo de personas horribles lograban provocar semejante enfado en el señor Reed. Ahora sabía que ninguna era mala.

Era un cascarrabias, un hombre al que le gustaba que lo dejaran en paz con sus cosas y que se sentía molesto con cualquier intromisión. Solo era un poco excéntrico.

—Esos petimetres de alta cuna que no tuvieron que hacer nada para conseguir una silla en la junta directiva más que dar su apellido —siguió quejándose.

—Les prepararé té. Seguro que lo superará.

Él resopló, nervioso. Entramos en la biblioteca y nos dirigimos a nuestro trabajo diario. Se había creado un curioso equilibrio entre nosotros, cosa que me animaba.

Organicé los periódicos, sobreviví al archivo, ordené un poco y luego llegaron los señores de los que había hablado el señor Reed.

No me devolvieron el saludo cuando me acerqué a ellos, pero sí permitieron que les recogiera los abrigos. En general, me trataban como si fuera una criada; de pronto, entendí por qué para el señor Reed no era precisamente un placer conversar con esos dos caballeros estirados.

Desahagué la rabia solo con las hojas de té, preparé una bandeja y llamé con suavidad a la puerta del despacho del bibliotecario. Pese a todo, me mostré muy solícita, fingí ser la chica perfecta y buena, y sonreí al señor Reed, para animarlo.

A él le dio la risa.

Fue un comportamiento muy infantil, pero no me avergonzaba de ello. No pude evitar reír yo también, cerré la puerta con rapidez y me centré en el trabajo.

Clasifiqué libros, recibí una caja de ultramar e intenté sacarle alguna palabra a Cody. Sin embargo, pasados unos minutos, huyó a la sección de química. ¿Por qué me sentía de tan buen humor?

Estaba animada, incluso un poco soñadora, a pesar de que el señor Reed no se mostraba distinto conmigo.

O tal vez fuera justo por eso. Me había visto en una situación muy desagradable, me había sujetado mientras yo vomitaba en la calle. Me había llevado a casa; probablemente, incluso habría cargado conmigo escaleras arriba. Pero, aun así, todo seguía como antes entre nosotros.

¿O no? Él seguía tan gruñón como siempre, pero no había la misma tensión. Era como si se hubiera roto un nudo en mi interior y pudiera respirar con más libertad. Porque ahora entendía quién era. Porque el señor Reed era una buena persona y no me odiaba, pese a conocer mis debilidades. Igual que yo había visto las suyas.

El mediodía llegó rápido y ellos seguían hablando. No molesté a los señores, me despedí rápido de Cody y salí corriendo a la nieve.

Era sábado, el trabajo estaba hecho y había quedado con mi hermano para almorzar.

Había sido muy impreciso en su nota, pero supuse que vendría a recogerme. Formé unas cuantas bolas de nieve por si acaso a Henry se le ocurría alguna tontería y me sentí eufórica por estar a punto de conocer a la mujer que le había robado el corazón a mi hermano.

A decir verdad, últimamente había pensado poco en ellos; tenía la cabeza y el corazón ocupado en asuntos muy distintos. Aun así, había leído el tratado sobre judaísmo y sentía mucha curiosidad por lo que estaba por llegar.

Henry apareció con un retraso de un cuarto de hora. Yo ya tenía la nariz muy fría cuando por fin lo vi llegar corriendo por el camino. Me agaché y prensé una bola de nieve, la giré un momento en la mano y se la lancé lo más lejos posible.

De niños, nos encantaba el invierno. Era mi estación preferida, cuando mi hermano y yo pasábamos mucho tiempo juntos. En verano, él siempre estaba fuera con sus amigos, pero en invierno, cuando había demasiada nieve para llegar a la siguiente casa, siempre estábamos los dos solos.

Henry vio llegar la bola de nieve, se encogió y se apartó a un lado, de manera que la bola pasó volando por su lado y le dio a la persona que iba detrás de él, que yo no había visto.



Me asustó mi propia travesura, al principio no supe si reír o disculparme a toda prisa.

Los dos se detuvieron en el camino, Henry me tapaba la vista con la espalda, me apresuré a levantarme un poco la falda para correr hacia ellos.

Henry ayudó a la joven dama a quitarse la nieve del abrigo mientras ella intentaba limpiarse la humedad de la cara. Debía de ser la prometida secreta de Henry.

Ralentiqué el paso y me invadió una sensación de lástima y vergüenza. Le había dado en toda la cara.

—Ay, lo siento mucho —exclamé, y entrelacé los dedos para no hacer ningún movimiento en falso. Era la peor primera impresión que podía dar. Henry estaría furioso—. Quería darle a Henry. No sé qué me ha pasado —intenté justificarme de algún modo.

La chica no paraba de mirarme, perpleja. Era preciosa, con la cara redonda y unos llamativos labios gruesos. Me miraba asustada con sus enormes ojos mientras yo me mordía el labio inferior, cohibida.

—De acuerdo, ha sido culpa mía —dijo Henry. Con alivio, vi que intentaba reprimir una sonrisa. Entonces no estaba enfadado conmigo—. No debería haberme apartado. Ha sido un acto reflejo —aclaró. La sonrisa fue apareciendo poco a poco—. Esta es mi hermana pequeña, Animant —me presentó, y la joven me miró con timidez—. Ani, esta es Rachel Cohen. La chica con la que quiero casarme.

—Encantada —dije, hice una leve reverencia porque no sabía qué otra cosa hacer.

Sonreí cohibida. Era el peor primer contacto de todos los tiempos. ¿Qué debía de pensar de mí?

—Igualmente —contestó Rachel a media voz, y se apartó un mechón oscuro de la cara—. Creía que me habías dicho que tu hermana era una persona muy moderada —le dijo Rachel a Henry; poco a poco recobró la compostura.

¿Así me había descrito Henry? Una persona moderada. ¿Esa era la imagen que daba?

—Cuando no se vuelve un poco loca, sí —repuso Henry, desenvuelto.

Los dos se me quedaron mirando. Henry, con una sonrisa; Rachel, con curiosidad.

—¡No estoy loca! —me defendí enseguida—. Solo estoy..., estaba... —balbuceé, sin saber exactamente qué quería decir—. La nieve se ha apoderado

de mí —exclamé finalmente con un suspiro, y agaché la mirada hacia las manos.

Rachel se echó a reír de repente. Soltó una carcajada sonora y clara; con los dedos enguantados buscó los míos.

—No pasa nada, Animant. No estoy enfadada —me aseguró. Por suerte, Rachel era más generosa que yo; en su lugar, seguro que me habría enfadado —. Vamos a comer algo y a hablar de cosas alegres —dijo para cambiar de tema.

Tomó el brazo que le ofrecía mi hermano. Henry no dijo nada, se limitó a sonreír y a dejar que las cosas siguieran su curso.

—Henry me ha contado que trabajas —dijo Rachel cuando nos pusimos en marcha.

La soltura con la que habló hizo que me sintiera aliviada y a gusto con ella.

—Sí. Trabajo de asistenta de bibliotecario —confirmé, y nos pusimos a charlar sobre mi trabajo y la difícil situación de una mujer en el entorno laboral.

Rachel era franca y curiosa, afrontaba las cosas con pocos prejuicios y transmitía una alegría que hacía que le cogieras cariño. Por supuesto, también revelaba una cierta ingenuidad; daba la sensación de que, en general, solo quería ver lo bueno y se mostraba muy reservada cuando alguien hablaba de ella. Con todo, estaba contenta con la elección de mi hermano.

Era evidente que él también, a juzgar por las miradas que intercambiaban y que hacían que se me encogiera el corazón.

Me daban envidia, y me pregunté si algún día tendría algo parecido.

Por supuesto, el señor Reed y yo estábamos muy bien, pero eso solo significaba que no nos peleábamos y que no estábamos enfadados. Pero eso no implicaba que viera en mí otra cosa que una compañía agradable.

Tal vez incluso una amiga. A fin de cuentas, siempre corría a ayudarme, hasta se ocupó de mí cuando no me encontraba bien.

Pero ¿cómo conseguiría que un hombre como el señor Reed viera algo más en mí? ¿Sería capaz de hacer que alguien como él se enamorara de mí?

Con el señor Boyle no lo había provocado intencionadamente, por eso tampoco sabía cómo conseguirlo.

La comida estaba buena; el postre, aún mejor. Henry contó cómo se conocieron Rachel y él. Estaban en una pequeña tetería y los dos fueron a coger a la vez el último paquete de té de Darjeeling. En un gesto tópico, clásico y cursi, Henry le dejó el paquete a cambio de poder volver a verla.

—No fue tan fácil. Mi padre es muy estricto con lo de salir —dijo Rachel, con una sonrisa tímida. No había comido mucho y no paraba de jugar con nerviosa con el encaje de la manga; me observaba con atención cuando creía que no la veía—. Siempre tiene miedo de que me pueda pasar algo —añadió, y luego hizo un gesto con el hombro izquierdo. Los pendientes de perlas oscilaban de un lado a otro—. Por nuestra posición social —añadió, y me miró primero a mí, luego a Henry y después de nuevo a mí.

Supuse que con eso no se refería a que su familia dispusiera de cierta fortuna, sino a su ascendencia judía.

—Se lo he dicho —le confirmó Henry ante su mirada.

Ella se quedó paralizada en la silla, con los ojos clavados en mí.

No sabía qué decir. ¿Cómo se responde a una mirada así?

—Tengo una pregunta —dije—. ¿De verdad hoy en día seguís viajando hasta Jerusalén por la fiesta de los Tabernáculos? —Solté lo primero que me pasó por la cabeza, para que supiera que estaba informada.

—¿Esa es tu pregunta? —preguntó, incrédula.

Asentí. Parecía alterada. La pobre chica debía de haber oído las cosas más horribles para mirarme con semejante pavor.

—Ya te dije que no le importa de dónde vengas —dijo Henry con naturalidad, bebiendo un trago de té.

—Gracias —susurró Rachel. En ese momento, caí en la cuenta de que estaba al borde de las lágrimas—. Significa mucho para mí —dijo, llorosa.

Miré hacia otro lado: no quería ver llorar a esa criatura tan dulce delante de mí, y no sabía cómo reaccionar. Para eso ya estaba Henry, que tomó su mano y le dio un leve apretón mientras se miraban a los ojos.

Entre tanto, le di vueltas al pastel y me llevé un poco a la boca.

—Tienes que venir a nuestra boda —dijo Rachel.

Tragué en el acto el glaseado de chocolate. Tosí, contenida, antes de contestar y noté cómo la pura desconfianza me corría por las venas.

—¿Qué motivo podría tener para no ir a vuestra boda? —respondí.

Observé a mi hermano, que miraba a todas partes menos a mí. Ahí estaba pasando algo.

—Hemos pensado casarnos en secreto. Si le presentamos a papá los hechos consumados, ya no podrá oponerse —dijo Henry.

Me llevé la mano a la boca del susto.

—¡No puedes hacer eso, bajo ningún concepto! —exclamé, indignada, y lo fulminé con la mirada—. Mamá se moriría, y no creo que papá estuviera

más dispuesto a aceptar vuestra relación después de eso —dije, y dejé el tenedor a un lado.

Eso, aparte de enfadar a papá, le heriría en su orgullo y probablemente alejaría a Henry de la familia.

—Pero, Ani, ¿qué alternativa hay? —preguntó Henry.

Resoplé. Se me disparó la cabeza, intenté pensar cuál sería la mejor manera de hacerlo; tenía que haber una solución. ¿Para qué había leído tantos libros en mi vida si no me servía de nada ese conocimiento?

Había leído sobre religiones, sobre la guerra y maniobras tácticas. Aun así, no era lo bastante creativa para inventarme algo por mí misma. Pero tenía que hacerlo.

—Ya pensaré algo —afirmé.

Henry se me quedó mirando, incrédulo.

—¿Tú? ¿Y qué vas a hacer tú? —me preguntó.

No me gustó mucho su tono. Seguro que se había devanado los sesos más de una vez con eso. Con todo, estaba decidida a ayudarlos.

—Siempre te he sacado de apuros, así que ten un poco de confianza —respondí, con la rabia en la boca del estómago.

Henry respiró profundamente.

—Tienes razón —confesó. Apretó la mano de Rachel, que había seguido nuestra conversación en silencio—. Escríbeme cuando se te haya ocurrido algo.

## TRIGÉSIMO QUINTO, O CUANDO ME QUEDÉ SIN AIRE

—*Animant*, vigila el dobladillo —me reprendió mi madre. Hice un gesto de desesperación—. No pongas esa cara. Ya no eres una niña —prosiguió en el mismo tono.

Se apoyó en la mano de mi tío, que la ayudó a bajar del carruaje.

El corsé me apretaba las costillas. Era desagradable, no entendía por qué mi madre siempre tenía que ajustármelo tanto.

—Entonces no me hables como si aún lo fuera —repliqué. Conseguí sonar completamente neutra.

Mi madre me miró desconcertada mientras me colocaba bien la bufanda y me arreglaba el vuelo del vestido.

—Cómo has crecido —dijo de pronto con admiración.

Entonces fui yo la que la miró sorprendida. ¿Qué le pasaba hoy por la cabeza?

—Entremos ya, aquí fuera hace un frío atroz —intervino la tía Lillian.

Habían barrido la calle delante de la casa, por lo que era fácil transitar por ella. Bajo la escasa luz de las farolas brillaban alrededor los centelleantes cristales de hielo. Desde la casa bien iluminada nos llegaban voces alegres y música amortiguada. Era la residencia de la familia Winterglowe, que esa noche daba una fiesta privada.

Había accedido a ir, aunque, por supuesto, no contaba con que fuera a comprarme un vestido para la ocasión: uno granate, con un ribete dorado; para lucirlo, tenía que dejar de respirar. Pero por no escucharla, me lo puse sin rechistar. Solo esperaba que ninguna persona de las que asistían a la velada me conociera, pues mi madre y mi tía me habían emperifollado como si fuera una muñeca.

El tío Alfred ofreció el brazo tanto a su esposa como a su cuñada, de manera que subió los peldaños de la entrada con una dama a cada lado, como un galán. Su buen humor me decía que también se sentía un poco así.

Me levanté el ruedo borbado de la falda, que pesaba más de lo necesario, y seguí a los tres hasta la entrada.

Llamamos a la puerta, nos dejaron pasar enseguida y unos sirvientes con una vestimenta muy formal nos recogieron los abrigos.

—Lillian, Alfred. Me alegro de veros —saludó una mujer elegante a mis tíos.

Le dio un breve abrazo a mi tía y le hizo un gesto amistoso a mi tío.

Era aproximadamente de la edad de mi madre, tenía el cabello dorado recogido con mucho esmero y lucía una llamativa joya azul en el cuello. La tía Lillian la llamaba Jane y correspondió a su alegría, aunque en su caso me pareció algo impostada.

—Estas son mi cuñada, la señora Charlotte Crumb, y mi sobrina, Animant —nos presentó el tío Alfred.

Mi madre hizo un gesto elegante con la cabeza, pero no le hicieron ningún caso. Jane fue directa a mí, me abrió los brazos y me dedicó una sonrisa entrañable, como si fuéramos viejas amigas.

Enseguida me sentí incómoda. Estaba bastante segura de no haber visto nunca a esa mujer, y su reacción me pareció muy exagerada.

—Cómo me alegro de conocerla, Animant —dijo, y me abrazó igual que había hecho con mi tía—. Me llamo Jane Winterglowe. He oído hablar mucho de usted —afirmó.

Aquello fue demasiado. Demasiado entusiasmo, demasiada veneración y, sobre todo, demasiado contacto físico.

—¿Y quién le ha hablado de mí? —pregunté con aspereza cuando me soltó.

Ella emitió una risa contenida, como si hubiera bromeado. Me sentía molesta.

—Mi sobrino, claro. No habla de otra cosa que de usted —me explicó con una sonrisa cómplice, y giró la cabeza hacia el salón sin soltarme el brazo—. ¡William, mira quién ha venido! —gritó, y un caballero bastante apuesto de su edad se separó de un grupo y se acercó a nosotros—. Es Animant Crumb —dijo la señora Winterglowe, acalorada.

El hombre sonrió.

Me daban ganas de dar media vuelta ahí mismo y largarme. Era una situación desagradable sentirme observada como un animal de circo. Y

encima no tenía ni idea de qué estaba pasando. ¿Quién era ese sobrino al que podría retorcerle el pescuezo por esto?

—Soy el señor Winterglowe, me alegro mucho de que aceptara la invitación y que haya venido —dijo el hombre, mucho más formal que su mujer.

Me tendió la mano como si fuera un socio comercial.

La señora Winterglowe me soltó y le di la mano a mi interlocutor, desconcertada.

Miré a mi tío en busca de ayuda, pero había desaparecido en el salón con sus dos damas. Los tres me habían dejado en la estacada; por un instante, apreté los labios, malhumorada.

Así era la familia. Siempre desaparece cuando más la necesitas.

Entonces apareció en el marco de la puerta una cara muy distinta y que no esperaba encontrar allí. Un escalofrío me recorrió la espalda. Era el señor Boyle. Y se acercaba a mí con determinación.

Solté la mano del señor Winterglowe y retrocedí un paso, asustada.

—Buenas noches, señorita Crumb —me dijo con una sonrisa encantadora en los labios y los ojos brillantes.

No sabía qué decir. No sabía cómo debía sentirme. Poco a poco, la situación se aclaraba: él debía de ser el sobrino de los Winterglowe, y por supuesto les había hablado de mí.

—Disculpe la insistencia de mi familia. Alguien no puede contenerse —dijo, y desvió la mirada hacia su tía, a la que miró casi con reprobación.

Parecía que le abochornaba que me hubiera abordado de esa manera, y me invitó con un gesto a pasar al salón. Acepté encantada retirarme de allí, aunque casi no podía creer que estaba otra vez en compañía del señor Boyle.

El señor y la señora Winterglowe nos siguieron con la mirada. No quería ni imaginar lo que se les pasaba por la cabeza.

El señor Boyle me fue a buscar un vaso de ponche y de nuevo acabamos junto a la chimenea, ironías de la vida. Me quedé mirando fijamente el fuego. Él se apoyó en la repisa, relajado.

La sala estaba abarrotada de gente que no conocía y a la que tampoco quería conocer. Por suerte, era un salón muy grande, así que no me agobió la cantidad de asistentes.

—¿Cómo está, señorita Crumb? —preguntó con naturalidad.

¿Cómo podía quedarse a mi lado, sonreír amablemente y hacer como si no hubiera pasado nada entre nosotros?

—Muy bien —me limité a contestar.

¿Qué iba a decirle? ¿Que había tenido unos días movidos porque me había enamorado de mi jefe, que me había dejado emborrachar por sus hermanos y que luego me había propuesto resolver los problemas vitales de mi hermano? ¡No, claro que no!

—¿Y usted? —dije por decir.

El señor Boyle me miró, se aclaró un poco la garganta y bebió un trago de su vaso.

Era la persona más insensible de todo el sur de Inglaterra.

—Yo también estoy bien —contestó. Me sorprendió, pero sonaba sincero—. Estuve unos días luchando conmigo mismo, pero he tomado una decisión que me ha animado —añadió.

Aferré con más fuerza el vaso de ponche, del que aún no había bebido ni un trago; tampoco pretendía hacerlo. Mejor me alejaba del alcohol durante un tiempo.

—Siempre he sido demasiado resuelto y seguro de mí mismo. Además, me equivoqué al evaluar lo que usted me hizo entender con claridad —explicó.

Se me formó un nudo en el estómago. Recordé mi abrupto rechazo en el baile y el desagradable desencuentro que habíamos tenido el lunes anterior en la biblioteca. Me pudo la mala conciencia. No era algo de lo que me sintiera orgullosa. Con todo, me tranquilizó que el señor Boyle entendiera mi punto de vista.

—Pero no voy a volver a cometer ese error. La próxima vez seré más hábil —continuó.

Me miró directamente a los ojos para que no tuviera duda de que con «la próxima vez» se refería a mí, no a otra chica.

Se me aceleró el pulso y noté que me costaba respirar con el corsé apretado. No podía creerlo. Pensaba que se rendiría, que entendía que no ocurriría nada entre nosotros y se dedicaría a otra cosa.

Sin embargo, por lo visto, desenamorarse no era tan sencillo como suponía. El señor Boyle aún no me daba por perdida. Pese a que le honraba su seriedad al no darse por vencido ante el primer inconveniente, eso lo complicaba todo.

—Señor Boyle, se lo ruego —empecé.

Alzó la mano para interrumpirme.

—Nada de lo que diga impedirá que luche por mi objetivo. Y ahora disfrutemos de la velada y no sigamos hablando de esto.



Esbozó esa sonrisa que al principio tanto me atrajo y me puso una mano en la espalda con suavidad para conducirme hasta un sofá libre.

Suspiré para mis adentros, incluso sentí cierta rabia crecer en mi interior. Sabía que el señor Boyle lo hacía con buena intención, pero me molestó que se tomara la libertad de zanzar el tema sin más. Yo no había acabado, y lo sabía perfectamente.

No quería volver a decirle que lo rechazaba. Y entendía que le doliera, pero no me gustaba que me taparan la boca. Me sorprendió que lo hiciera. Había afirmado más de una vez que apreciaba en una mujer su libertad. Probablemente, no había reflexionado sobre qué significaban exactamente esas palabras.

Me senté en el pequeño sofá y me coloqué la falda de manera que el señor Boyle tuvo que guardar cierta distancia.

—Hoy está usted realmente maravillosa —me dijo. Aquel cumplido solo consiguió enojarme más—. Dice que no le gusta vestir de rojo, pero este vestido la favorece muchísimo —añadió.

Forcé una sonrisa que probablemente resultó ser demasiado irónica.

—Sí, ¿verdad? —contesté—. Es que te deja sin respiración, literalmente —añadí, pensando en el corsé—. Mi madre ha tenido el detalle de comprármelo.

A estas alturas, ya debería haber notado que no hablaba en serio, pero tenía la mirada tan fija en mí que no se daba cuenta. Me deseaba. No pude evitar pensar qué era aquello que le atraía tanto de mí.

Antes siempre me había mostrado amable con él, incluso dulce. Sonreía y coqueteaba. Me estaba poniendo a prueba y me dejé llevar por su encanto. Sin embargo, en realidad, yo no era esa persona, ¿no?

Yo era sutil, curiosa, me gustaba llevar la contraria cuando algo me molestaba y usaba los buenos modales como instrumento para hacer creer a la gente lo que me convenía. Bien mirado, no era muy simpática. El señor Boyle estaba prendado de mí porque aún no había visto muchos aspectos de mi carácter.

Se puso a contarme anécdotas divertidas de sus últimos días, pero yo solo lo escuchaba a medias. Me apremiaba demasiado la duda de cómo era la Animant que él imaginaba en su cabeza. ¿De verdad se parecía a mí?

Seguro que era más simpática que yo. Y dócil. Y le gustaban las celebraciones nocturnas.

Yo asentía a lo que me decía. Dejé mi vaso de ponche en una mesita que había detrás de mí para no caer en la tentación de bebérmelo y deseé llevar un

libro encima.

El atractivo del señor Boyle se había desvanecido. Ahora se había convertido en uno entre tantos jóvenes encantadores y apuestos a los que se les veía venir de lejos.

Ni siquiera podía decir que me gustaría que fuéramos amigos. Después de haberme contado lo que esperaba del futuro, no era posible. Al principio, todo había sido fácil entre nosotros, pero ahora las cosas habían cambiado.

Con el señor Reed era diferente. Con él, siempre todo había sido muy complicado. El caos de su despacho era el mismo que imperaba en su cabeza.

Era como un misterio que descifrar, un secreto que quería conocer, aunque se me antojaba una misión imposible.

Seguí divagando, pensando en sus ojos oscuros; en el gesto adusto de la boca, que no le restaba atractivo, sino que añadía un punto de misterio. Pensaba en su manera de decir las cosas con sinceridad, a la cara, aunque también sabía guardarse muchas cosas.

Me volvía loca. Y estaba loca por él.

—Ah, el señor Graham se sienta al piano —dijo el señor Boyle para devolverme a la realidad. Seguí su mirada hasta el piano de cola negro lacado—. Es un pianista excepcional. Estoy convencido de que mi tía lo invita solo para que toque para nosotros —bromeó.

Sonreí, pero en realidad me sentía incómoda. Además, no quería ni podía dejarlo. Necesitaba retomar el tema que él había querido dar por zanjado. Tal vez no lograra hacerle cambiar de opinión, pero sabría cuál era la mía.

—Señor Boyle —le dije en tono firme.

Me miró sorprendido.

—¿Sí?

Observé sus ojos de color ámbar, que me miraron tan esperanzados que hasta me dolió físicamente.

—Tiene que parar —dije, evitando su mirada—. No puede hacer como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros.

Sonaron entonces los primeros acordes de una conocida pieza para piano y tuve que bajar la voz para no llamar la atención. Todas las conversaciones enmudecieron alrededor y me sentí aún más idiota.

—¿Cómo puede insistir? —le pregunté, sin esperar respuesta.

Sin embargo, él me contestó.

—¿Cómo podría evitarlo? ¿Qué tipo de hombre sería si me dejara disuadir de mi amor tan fácilmente? —susurró con tono amable, aunque rígido y con los puños cerrados.

—Pero las cosas no irían bien entre nosotros.

Me molestaba su testarudez. Él negó con la cabeza.

—Eso es una tontería.

Estuvo a punto de que dejara el tema, pero no: esta vez no se saldría con la suya.

—No lo es. Tal vez crea que sabe lo que quiere, pero, en realidad, no es lo que espera de mí —contesté con severidad.

El señor Boyle hizo esa mueca conciliadora que en ese momento no necesitaba en absoluto.

—¿Por qué no nos dedicamos a escuchar el piano? —propuso.

Noté que algo explotaba en mi interior.

—¡No, no quiero! —exclamé.

El pobre señor Graham tuvo que detener los dedos; todos los presentes en la sala se volvieron a mirarle.

Sentí ganas de morir ahí mismo, pero la rabia hizo que me levantara del sofá y saliera corriendo de la sala. Sabía que acababa de comportarme como una boba inmadura. Pero no me quedaba más opción.

El señor Boyle me siguió hasta el pasillo. Alguien cerró la puerta. En el salón, se reanudó el concierto.

—Animant —me dijo el señor Boyle.

Me crucé de brazos en un gesto ostensible. No quería que utilizara mi nombre de pila.

—Usted cree que quiere una mujer que piense con libertad —continué—. Pero si esa mujer decide no estar con usted, no acepta en absoluto sus palabras.

Lo vi superado por la situación. No me importó mucho, así no podía interrumpirme.

—Busca una chica que se divierta con usted en las fiestas, que acuda a bailes y que disfrute con la compañía de otras personas. Pero yo no soy así.

Él volvió a negar con la cabeza.

—En el caso de que se mantuviera en sus trece y en algún momento yo cediera a su cortejo, nos casaríamos y los dos seríamos muy infelices —profeticé.

El señor Boyle cerró los ojos, angustiada. Me dolía verlo así. Noté una presión en el pecho; y sentí el estómago como si estuviera lleno de piedras. No quería hacerle daño, siempre había sido amable conmigo; no obstante, si dejaba que perseverara en su error, le haría aún más daño. La situación se haría insoportable en cuanto nos viéramos.

—¡Yo seguiría mi tendencia natural y me refugiaría en mis libros, y usted se hundiría porque yo jamás le querría como se merece! —concluí.

Noté cómo la tensión crecía en mi cabeza. Unos minutos más y volvería a tener dolor de cabeza.

—Por qué es usted tan... —El señor Boyle me miró, tragando saliva y buscando la palabra adecuada—. Tan...

—¿Desvergonzada? —propuse. Qué ganas de sentarme: el corsé me iba a matar—. Porque lo soy. ¡Así soy yo! Y no sé si soy capaz de cambiar — admití, aunque era triste tener que decir algo así.

—Tal vez tenga razón —contestó el señor Boyle, apagado, con la voz rota.

De pronto se abrió la puerta que daba al salón y mi madre se acercó a nosotros por el pasillo. Dios, era la última persona a quien quería ver en ese momento.

El tío Alfred la seguía pisándole los talones y cerró la puerta tras ellos.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó mi madre, furiosa, con algo parecido al miedo en la voz.

No contesté e intenté no mirarla. Me centré solo en el señor Boyle, que también la observaba. Guardaba silencio, pero sus ojos decían más que mil palabras.

—Se han oído tus gritos hasta en el salón. ¿Qué mosca te ha picado? —exigió saber mi madre.

Yo aparté la mirada. Había visto todo lo que necesitaba saber.

—Quiero irme a casa —me limité a decir, pensando en lo mala persona que era.

Seguro que el señor Boyle estaba convencido de que alguien como yo no merecía sentir lo que era el amor.

Y no le faltaba razón.

## TRIGÉSIMO SEXTO, O CUANDO MI MADRE SE RIO

Me desperté al oír pasos en el pasillo, y tardé un momento en saber dónde estaba. Con todo, el cuarto no me era ajeno; cuando reconocí la voz de mi madre, caí en la cuenta de que estaba en casa de mi tío.

Habíamos llegado con el coche de caballos después de suplicar para irme de la fiesta de los Winterglowe lo antes posible.

La tía Lillian se disculpó una docena de veces ante la señora Winterglowe por irnos tan temprano. Ella esbozó una sonrisa comprensiva y nos lanzó una mirada compasiva a mí y a su sobrino.

Me sentí fatal cuando mi tío me ayudó a subir al coche y me desplomé sobre el tapizado.

Mi madre intentó hacerme preguntas para entender lo que había ocurrido, pero la tía Lillian intervino y propuso dejar el tema para la mañana siguiente.

Mi madre se dio por reducida, se sentó a mi lado y me cogió de la mano para calmarme mientras regresábamos a casa en silencio.

Nos recogieron los abrigos, me disculpé a toda prisa y desaparecí enseguida arriba, en la habitación de invitados.

Me perseguía esa sensación de haber hecho algo horrible. Se me encogía el corazón y mi mente era incapaz de pensar lógicamente. Me arranqué el vestido rojo del cuerpo; la tela cedió a mis bruscos tirones y se abrió una costura en la parte superior. La escena encajaba a la perfección con mi estado de ánimo. Así pues, lo dejé en el suelo, me quité el corsé demasiado ceñido y por fin pude respirar con libertad.

El aire entraba en los pulmones demasiado rápido, respiré hasta que sentí un ligero mareo y luego, sin esperar más, me metí en la cama.

La noche me había afectado más de lo que debería y sabía por qué. Podría decir que era por haberle roto el corazón al señor Boyle, pero eso sería solo una media verdad.

En realidad, lo que más me dolió fue la última mirada que me había lanzado. Una mirada de decepción, de rabia y dolor, y lo peor: de desprecio. Porque había visto qué tipo de persona era yo realmente.

Un mar de dudas sobre mí misma me corroían. Así pues, me metí bajo la colcha hasta quedarme dormida.

Cuando llamaron a la puerta, volví al presente con un parpadeo.

—Estoy despierta —dije medio dormida.

Me incorporé a duras penas en la almohada. El pomo bajó muy despacio y mi madre asomó poco a poco por la puerta.

—Buenos días, cariño —dijo, con el afecto que solo las madres pueden demostrar.

Empujó un poco más la puerta con las caderas para atravesar el umbral con la bandeja que llevaba. La dejó en mi mesita de noche y se instaló en el borde de la cama.

En la bandeja había una tetera, una taza y un platito con *shortbread*.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Alcé la vista hacia ella. En su rostro pude ver que esperaba algo de mí.

Me resultaba raro que se mostrara tan amable conmigo. No porque mi madre no pudiera ser afable, pero aquellos cuidados los reservaba para momentos especiales. Cuando estaba enferma, o cuando tuvo que contarme que tendrían que matar a mi perro, por ejemplo.

—No lo sé. ¿Bien? ¿Confusa?

—¿Quieres contarme lo que pasó ayer? —preguntó.

Estaba claro que contaba con que le contestara que no. Rara vez hacía partícipe a mi madre de mi vida. No me gustaba hablar de sentimientos, prefería tragarme la mayoría de las cosas que confiárselas a alguien. Además, en ese momento entendí que nunca había visto en mi madre a una interlocutora digna.

Siempre la había menospreciado por no saber tantas cosas como yo, por no haber leído tantos libros. Sin embargo, ahora que estaba ahí sentada sin entender nada de la vida, supe que tanto conocimiento no me servía para nada. No me convertía en mejor persona ni a tenerme por tal. No era mejor que ella. De hecho, con toda su experiencia, me superaba con creces en el

terreno sentimental. Seguro que no estaba de más pedirle consejo ante esa situación.

—El señor Boyle me dijo que tenía la intención de seguir luchando por mí —expliqué.

Mi madre abrió los ojos de par en par. Vi que le costaba contenerse para no lanzarse enseguida a convencerme de no desperdiciar tal oportunidad. Con todo, tuvo la sensatez de saber que debía darme la libertad de formarme mi propia opinión. Era algo atípico en ella y se lo agradecí mucho.

—Me sentí atacada. —Le conté lo que había ocurrido el día anterior—. Ya le había dejado claro que no estaba enamorada de él, pero no respetó mi decisión. —Suspiré. Me acordé de mi enfado y de que había tenido la necesidad de aclararlo todo. Había estado convencida de haber actuado correctamente, pero ahora me sentía muy avergonzada por mi conducta—. Me comporté como una niña, le grité porque no quería entender que una relación entre nosotros no tendría un final feliz.

Me mordí el labio en un gesto inconsciente.

—¿Estás convencida? —me preguntó mi madre, que unió sus manos en el regazo.

—Sí.

Me alegró al menos decir eso. Por mucho que dudara de mí misma, sabía perfectamente lo que sentía por el señor Boyle. No le quería, y eso no iba a cambiar. Y eso no tenía nada que ver con el señor Reed.

Mi madre soltó un profundo y sonoro suspiro. Me quedó claro qué es lo que pensaba: en su fuero interno, se estaba despidiendo de la preciosa boda que ya había proyectado para el señor Boyle y para mí. Otro plan para emparejarme que se desvanecía.

—Debo admitir que la semana pasada me llevé una gran decepción. Nunca te había notado tan interesada por un hombre —dijo en tono neutro.

Ese tipo de confesiones eran nuevas para las dos. Sentaban bien.

—Pensé que te haría feliz —prosiguió, soñadora. Luego sacudió la cabeza—. Pero después de pasar media noche con tu tía delante de la chimenea, en la que me contó cómo se siente una cuando conoce a un hombre y luego se da cuenta de que no es la persona adecuada, aprendí ciertas cosas —me contó.

Eso sí que no me lo esperaba.

—Por ejemplo, comprendí que somos aún más distintas de lo que siempre había pensado. Y que yo era una chica que entregaba su corazón muy rápido —añadió, y se miró las manos algo avergonzada—. Tu padre fue el primer hombre que me hizo la corte, y caí en sus brazos prácticamente en el acto. No

me malinterpretes, quiero a tu padre —me aseguró, y me sonrió con inseguridad—. Pero he entendido que no he sido muy selectiva en mi vida. —Hizo una pausa, sin saber qué hacer con las manos; levantó la tetera para servirme—. No tanto como tú, cariño —añadió con un suspiro.

Tanta sinceridad estaba acabando conmigo; al tiempo, me preguntaba por qué no habíamos tenido esa conversación años antes.

—No soy selectiva, mamá. Solo soy una malcriada —dije, soltando aquello que me oprimía el pecho desde el día anterior y contemplando cómo el té oscuro salía de la tetera a la taza.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y maldije mi obstinación por quedarme ahí sentada, compadeciéndome de mí misma. ¿Cómo se podía ser tan miserable?

—¡Ani, eso no es cierto! —me reprendió mi madre, que dejó la tetera en la bandeja con ímpetu—. No eres una malcriada. Solo eres un poco difícil —aclaró—. Al menos, demasiado difícil para mí —añadió, levantó la taza y me la puso en la mano.

Parpadeé sorprendida. Mi madre se encogió de hombros.

—Pero, quién sabe —dijo, desenvuelta—, no he leído más de cinco libros en mi vida —dijo con una sonrisa pueril y haciendo un gesto con los brazos.

A pesar de que estaba hecha un lío, ambas nos echamos a reír.



## TRIGÉSIMO SÉPTIMO, O CUANDO ME QUEDÉ SIN NADA QUE LEER

Me di cuenta demasiado tarde de que casi eran las diez; con el corazón en un puño, descarté mi visita a la iglesia, aunque, en realidad, me habría sentado bien. En cambio, pasé la mañana con mi madre y la tía Lillian delante de la chimenea. Me fui después del almuerzo.

Abrí la puerta de entrada del edificio de personal con un suspiro, me sacudí la nieve de los zapatos y subí con dificultad los peldaños hasta mi cuarto.

Con la mano derecha me puse a hurgar en el bolsillo del abrigo en busca de la llave mientras desviaba la mirada hacia la puerta del señor Reed. Estaba enfrente, en diagonal. Verla me removi6 por dentro. Me provocaba rechazo, pero también me atraía como si fuera un mundo misterioso, pero lleno de peligros.

¿Estaría el señor Reed en casa?

Reprimí el deseo de escuchar a escondidas y entré en mi cuarto. Tenía que dejar de pensar en él no quería volverme loca.

Me quedé inm6vil sentada en el borde de la cama, mirando al vacío, sin saber qué hacer. Tenía ganas de no pensar.

No me sentía bien. Enseguida empecé a darle vueltas a la última noche. Siempre había sido buena ahuyentado a los hombres, pero esta vez había ido demasiado lejos. Había hecho un daño que no se arreglaría con un vaso de ponche y una conversación amistosa con otra chica.

Parpadeé y me froté los brazos. Estaba aterida. Hice un esfuerzo y fui a buscar un manta que me abrigara los hombros y unos calcetines gruesos de lana para los pies. Entonces vi el despertador que había desaparecido desde la

mañana que me desperté con resaca. Supuse que el señor Reed debía de haberlo dejado en el armario. No sé por qué.

Ya eran las dos y media. Volví a dejar el despertador en mi mesilla de noche. Tenía toda la tarde por delante para pensar en cómo aprovechar el día.

Probablemente, leería. Hacía mucho que no leía nada. Nunca me había pasado algo así, nunca antes de ir a Londres. Durante mucho tiempo, había subsistido a base de libros exclusivamente. La gente real solo me había interesado superficialmente.

Me había pasado la vida soñando, como siempre me reprochaba mi madre, pero yo no me había dado cuenta porque nunca había visto más allá. Y encima siempre había pensado que eran los demás los que eran estrechos de miras.

Sin embargo, en ese momento necesitaba con urgencia recuperar viejas costumbres, encender la estufa, sentarme en la butaca verde con un libro y ocupar la cabeza en otras cosas. Me sentaría bien. Seguro que con un poco de distancia lo vería todo mucho mejor.

Lo primero que hice fue apilar la madera en la pequeña estufa y pensar qué libro me serviría para reconducir mis pensamientos por mejores derroteros.

Me paré a medio movimiento, con el haz de leña aún en la mano. Me incorporé con rapidez y corrí a mi estantería, donde solo había unos cuantos libros. Ya los había leído todos.

Muchas veces había bromeado sobre ello, pero ahora había sucedido: me había quedado sin libros.

Seguro que mi madre se hubiera echado a reír si hubiera estado allí conmigo, pero yo no sabía cómo reaccionar.

Dejé en el escritorio el haz de leña que aún tenía en las manos.

¿Cómo podía haber pasado? ¿A mí?

Últimamente había estado demasiado ocupada. El trabajo, tantas cosas que habían pasado, gente nueva, nuevos secretos y muchas sensaciones nuevas. Tenía la cabeza tan ocupada con el señor Reed que había perdido de vista «mi viejo amor».

Me mordí el labio inferior, nerviosa, y pensé en las posibilidades que tenía. Podía releer algún libro que ya hubiera leído, pero eso solía aburrirme.

No obstante, no se me ocurría ningún plan alternativo para la tarde. No tenía ganas de pasear y tampoco quería volver a casa de mi tío.

Así que solo podía aburrirme o ir a buscar un libro a algún sitio.

Como era domingo, no lo podía comprar. Cogerlo prestado implicaba nuevas complicaciones. En realidad, no conocía a casi ninguno de los demás inquilinos, y la señora Christy no me parecía una mujer a la que le gustara leer.

Así pues, solo me quedaba el señor Reed. El corazón se me aceleró solo con planteármelo. Me resistí a ir a verle, aunque al mismo tiempo lo echaba de menos.

Habían pasado muchas cosas desde la última vez que nos habíamos visto..., aunque solo hubieran pasado veinticuatro horas.

Él había tenido una reunión y yo le había sacado la lengua y le había hecho muecas como una niña, para hacerle reír.

Luego quedé con Henry y Rachel: un problema del que aún no me había ocupado, pues los esfuerzos de mi madre por ponerme guapa para la fiesta me habían distraído. Y luego se me cayó el mundo a los pies cuando me encontré con el señor Boyle.

Recordé el buen humor con el que había salido de la biblioteca. Me sentía eufórica, incluso lancé una bola de nieve; sin embargo, ahora me sentía afligida: ideas tristes y las malas sensaciones me asaltaban como espíritus malignos.

¿Cómo podía presentarme así delante del señor Reed? Era tan imprevisible que podía pasar cualquier cosa. O me miraba y sabía en el acto que algo había pasado, o le pasaba completamente por alto. Podía quejarse, reírse de mí o animarme.

Pasara lo que pasara, podría verle la cara y notar su presencia. Por lo menos, un instante. Tal vez todo transcurriría de forma muy sencilla. Llamaría a la puerta del señor Reed, le pediría un libro y volvería a mi cuarto.

Hice de tripas corazón, lo dejé todo como estaba y abandoné mi pequeño refugio. Tenía que hacerlo ya, antes de pensar demasiado.

Antes no era así. No me importaba qué impresión daba a la gente. Tenía un objetivo y actuaba lógicamente. Sin embargo, los sentimientos lo cambiaban todo. Y eso era algo que también me pasaba a mí.

Llamé a la oscura puerta de madera con timidez y esperé. Me obligué a no balancearme de una pierna a otra; entonces me di cuenta de que iba descalza, solo llevaba calcetines de lana.

Ya era demasiado tarde. Se oyeron pasos y el crujido de las tablas de madera. La puerta se abrió.

El señor Reed puso cara de sorpresa y en la comisura de sus labios se dibujó una sonrisa. Alcé la vista hacia él, había olvidado lo alto que era; sentí

un cosquilleo en el estómago.

—Señorita Crumb —dijo.

Aunque lo echaba de menos, era consciente, también, de lo absurdo que era molestarlo para pedirle un libro.

—Perdone la molestia —dije, y entrelacé los dedos.

Me esforcé por mantenerme erguida para disimular la vergüenza, pero no me resultaba tan fácil como de costumbre.

—Perdonada —contestó el señor Reed, que me miraba tan directamente que tuve que esforzarme por no sonrojarme—. ¿Qué necesita?

—Un libro —respondí, con la esperanza de que a él no le sonara a excusa barata. Me conocía lo suficiente como para sonar verosímil.

—¿Uno en concreto? —preguntó el señor Reed.

Se apoyó con el brazo en el marco de la puerta. Parecía muy desenvuelto y de buen humor. Debía haber tenido una última noche mejor que la mía. ¿Qué habría hecho?

—No. En realidad, solo quiero uno que me mantenga ocupada —le confesé.

Él se echó a reír.

—Ah, de esos tengo muchos —respondió.

Dio un paso a un lado y me invitó a pasar con un gesto de la mano.

En un primer momento, me quedé como petrificada: no me lo esperaba. Notaba el latido del corazón en la garganta. Avancé con prudencia. Me abochornaba ir descalza, solo con los calcetines de lana. Ojalá no se fijara en ellos.

Entramos en su salón. De nuevo, la imagen de tantos libros me hizo caer en una especie de hechizo. Tanto por leer, tanto por explorar. Sin embargo, esta vez fue distinto. Ahora los libros no me parecían lo más interesante de la sala. Por mucho que me gustaran, me gustaba más él, que cerró la puerta detrás de mí como si diera por hecho que me iba a quedar un rato.

—¿Puedo escoger uno, sin más? —pregunté, y dejé vagar la mirada.

—Como si estuviera en su propia casa —contestó con soltura.

Se acercó a la estufa, donde crepitaba el fuego, y puso un hervidor sobre la placa. Suspiré en silencio, intenté que no se me hiciera extraña tanta amabilidad y me volví hacia la estantería de la derecha.

Había todo tipo de obras literarias sin ningún tipo de clasificación aparente. Tampoco esperaba otra cosa de él.

De todos modos, estaba muy ordenado en comparación con su despacho. Probablemente era porque pasaba más tiempo allí que en su casa, y por la

intervención de la señora Christy.

Leí por encima los títulos, intenté concentrarme y deslicé el dedo índice por los lomos de piel de los libros. Saqué uno que sobresalía un poco entre los demás y hojeé las primeras páginas, que no me dijeron nada en principio. Así pues, lo volví a guardar.

Desvié la mirada hacia el señor Reed, que seguía trasteando en la estufa, de espaldas a mí. Realmente, era todo un detalle por su parte poner sus libros a mi disposición.

Suspiré de nuevo, ya lo había hecho demasiadas veces aquel día. Volví a mirar la estantería.

De hecho, podría ser muy feliz en casa del señor Reed, entre todos esos libros, pero notaba mis inquietudes como una piedra en el estómago más pesada de lo que me gustaría.

Jugueteé con los dedos con las borlas de mi capa y seguí con la mirada los títulos de los libros. La variedad me ponía nerviosa y mi inseguridad era agotadora.

Una sombra se cernió sobre mí y alcé la vista hacia el señor Reed, que estaba apoyado a mi lado en la estantería y sacó un libro. Tal vez lo hizo solo por tener algo en la mano, porque ni siquiera lo miró.

—¿Cómo se encuentra, señorita Crumb? —me preguntó.

—Bien —contesté, pues era lo que se decía y lo que los demás querían oír.

El señor Reed puso cara de incredulidad y me miró como si fuera una mentirosa habitual.

—Cuando la vi por última vez, ayer, estaba en mucho mejor estado —me reprochó—. ¿Qué ha pasado?

Enseguida recordé al señor Boyle y la desagradable velada en casa de su tía.

—Me he quedado sin libros —contesté con sequedad: era cierto.

Además, un caballero se daría cuenta de que no quería hablar más de ello. Pero había olvidado que el señor Reed no era un caballero.

—Ya, pero ¿qué ha pasado en realidad? —insistió.

Apreté los labios. Nunca había mostrado ese tipo de curiosidad.

—No creo que deba contárselo a usted —dije a media voz.

Ojalá no fuera todo tan complicado. Por mí se lo habría confiado todo si estaba dispuesto a escuchar.

—Claro que puede hacerlo.

El señor Reed me leyó el pensamiento y supe que llevaba razón. Giré un poco la cabeza, lo miré por el rabillo del ojo, estaba muy cerca de mí. Noté cómo el corazón me latía contra las costillas. Solo tenía que estirar la mano para llegar hasta mí.

Hice de tripas corazón con un suspiro audible. A fin de cuentas, no era la primera vez que hablábamos del señor Boyle. Ya lo habíamos hecho en el baile. Pese a que fue raro, me ayudó mucho.

—Mi madre me convenció para que fuera a una fiesta, anoche —empecé. Escogí un libro al azar de la estantería y le di vueltas en las manos—. Resultó ser que la anfitriona era la tía del señor Boyle.

—Y él estaba, por supuesto —concluyó el señor Reed, con ese deje nervioso en la voz que tan bien conocía.

—Tuvimos una discusión muy desagradable —admití.

El señor Reed se movió, se apartó de la librería y se tocó el pelo, malhumorado.

—¿La volvió a insultar? —preguntó en tono neutro.

Negué con la cabeza.

—No. En realidad, habló muy poco. Fui yo la que le reprendí —respondí, a pesar del cargo de conciencia que tenía al respecto.

Volví a dejar el libro sin leer ni el título y cogí otro.

—Me lo puedo imaginar —dijo el señor Reed, y noté cierto tono de burla.

Se me encogió el estómago y me quedé de cara a la estantería para que no me viera la expresión. Así pues, así me veía: como una mujer beligerante. Él mismo lo había comprobado, cuando me enfrenté a él al principio. Y ahora había sido el señor Boyle quien lo había comprendido.

—Ahora cree que soy tan mala persona que no merezco que nadie se enamore de mí —solté, esperando ver cómo reaccionaba.

Me quedé mirando los libros sin verlos: solo esperaba que no se echara a reír ni que le diera la razón al señor Boyle.

—¿Eso dijo? —preguntó con calma, acercándose a mí.

Pensé en el señor Boyle y en su mirada de decepción que tanto me acongojaba. Me hacía sentir muy insegura.

—No —admití. Lo miré con disimulo—. Por lo menos, no con palabras.

Resopló y puso cara de desesperación. Ahora sabía cómo se sentía mi madre cuando no me la tomaba en serio.

—Eso no es cierto, Animant —me riñó, como si hubiera dicho algo completamente absurdo.

Me arrepentí de haber empezado yo con el tema. ¿Qué esperaba?

Sin embargo, de pronto el señor Reed se inclinó hacia mí. Di un respingo de la sorpresa, de manera que me golpeé el hombro contra la librería.

Él no perdió la calma, con un gesto divertido en la comisura de los labios.

—En este mundo, hay cientos de idiotas que perderían la cabeza por usted —dijo como si fuera lo más natural del mundo.

Me pareció de lo más inadecuado, incluso algo descarado. Sin embargo, cuando lo miré a los ojos, comprendí que era muy posible que él fuera uno de esos idiotas.

## TRIGÉSIMO OCTAVO, O CUANDO LOS DOS GUARDAMOS SILENCIO

—¿Té? —me preguntó el señor Reed, pero yo aún estaba demasiado aturdida para contestar.

Hice un esfuerzo por tragar el nudo que se me había formado en la garganta y le di la orden a mi estómago de calmarse y parar el demencial revoloteo que me hacía estar como un flan de la cabeza a los pies.

Él esbozó una sonrisa traviesa, se separó de mí y regresó a la estufa para retirar el hervidor.

No sabía si sentirme halagada u ofendida. Por una parte, sus palabras podían significar que le gustaba; por otra, sabía perfectamente que le divertía tomarme el pelo cuando estaba de buen humor.

Tal vez fueran ambas cosas. Respiré hondo. Me incliné con torpeza hacia el libro que me había resbalado de las manos del susto y observé cómo el señor Reed vertía el agua en una tetera. A continuación, la colocaba en la mesa del salón junto con dos tazas.

Parpadeé sorprendida cuando por fin lo entendí. ¡El señor Reed me había invitado a un té! Así pues, iba a quedarme allí un buen rato.

El nudo en el estómago se fue deshaciendo poco a poco.

Me acerqué al sofá, vacilante, con el libro contra el pecho. Me senté, con cuidado de que no se me vieran los calcetines de lana.

El señor Reed llenó nuestras tazas y yo seguí con los ojos el movimiento de sus manos, cómo posaba los delgados dedos en el asa de la taza, cómo los tendones se tensaron en su antebrazo al levantar la taza de té llena.

Me gustaban sus manos; me puse a imaginar cómo sería que me acariciara las mejillas con los dedos.



Me dio la taza sobre un sencillo platito. Acto seguido, me saqué esas ideas de la cabeza. Acepté la taza e intenté no pensar en nada mientras nuestras miradas se encontraban. Al mismo tiempo, deseé poder quedarme allí para siempre.

El bibliotecario se dejó caer con cierta torpeza en la butaca que estaba más cerca del sofá, cogió su taza de té y luego un libro que estaba entre los dos sobre la mesita auxiliar. Lo abrió con naturalidad y, sin decir más, se colocó las gafas y lo hojeó un rato antes de ponerse a leer.

Tardé un rato en calmarme lo suficiente para dedicarme también al libro que tenía en el regazo. Bebí unos cuantos sorbos de té. Sabía bien. Era suave, como a mí me gustaba. Cerré los ojos un instante.

El corazón me latía aún con demasiada fuerza; pero, por lo demás, reinaba una calma agradable. Fuera, el viento azotaba de vez en cuando las contraventanas; en algún lugar se oía el tictac de un reloj y la madera crujía a medida que iba siendo consumida por el fuego en la estufa.

Abrí de nuevo los ojos. Me sentía un poco rara leyendo en presencia de un hombre y me pregunté por qué. Al fin y al cabo, antes no me molestaba. El señor Reed pasó la página, se subió las gafas en la nariz con aire ausente y no pude evitar sonreír. Me encantaba aquella imagen de él.

Yo también abrí el libro que había escogido y comprobé para mi sorpresa que se trataba de la autobiografía de un filósofo español. Me di por satisfecha y me puse a leer mientras me bebía el té.

Así pasamos el tiempo, sin necesidad de hablar. Que nos pareciéramos tanto no era negativo. Por primera vez estaba a gusto leyendo en compañía de otra persona. No tenía que fingir, mostrarme sociable o avergonzarme por no serlo demasiado. Estábamos los dos juntos sentados en una habitación, cada uno con su libro, con la mente en distintos temas, pero, aun así, era como si compartiéramos un mundo común.

Sonreí y estiré las piernas sobre el sofá para ponerme más cómoda. Si alguien podía llegar a entenderme de verdad, ese era Thomas Reed, pensé. Lo miré con disimulo por encima de mi libro.

Debió de notarlo, pues también me miró, un instante; una sonrisa furtiva asomó en sus labios.

Me refugié de nuevo en mi libro, pero no pude evitar ruborizarme. Pero, por lo menos, así el señor Reed no me vería. Finalmente, decidí sumergirme en la página que tenía delante, para no dejarme llevar por mis sentimientos.

Cuando el sol se fue poniendo y estaba demasiado oscuro para leer, el señor Reed cerró su libro, se levantó y encendió las lámparas. La levantó y la puso justo a mi lado.

—Gracias —murmuré, y seguí leyendo a toda prisa el párrafo hasta el final.

El señor Reed no se movió de su sitio detrás del respaldo del sofá y yo levanté la mirada del libro, intrigada. Lo vi ahí de pie, mirándome de arriba abajo. Por un instante, creí ver brillar algo en sus ojos, algo que hizo que se me parara el corazón, que me flaquearan las piernas. Menos mal que estaba sentada.

Se inclinó hacia mí muy despacio, solo un poco. Sentí una sacudida en todo el cuerpo. No sabía qué hacer, o si debía hacer algo.

El señor Reed parpadeó y se incorporó de nuevo con brusquedad.

—¿Le apetece cenar? —me preguntó, como si fuera de lo más natural.

Yo, en cambio, estaba completamente rígida.

Mi mente me decía que era peligroso estar en casa de un hombre, pero mi corazón no dejaba de preguntarse por qué no me besaba de una vez.

—Buena idea —contesté con un hilo de voz.

Bajé la mirada a mis piernas, dobladas en forma de ángulo en el sofá. Tenía mucho calor, apenas podía respirar.

Nunca en mi vida había deseado que me besaran. Nunca jamás. Y, sin embargo, ahora no podía contener el deseo. ¿Cómo podía ser? ¿De dónde me venían esas ideas?

Cohibida, me pasé la lengua por los labios, cerré el libro y puse los pies sobre el suelo.

—Pero debería ponerse unos zapatos mejores —bromeó él, y se retiró del sofá.

Aquel comentario no ayudó a disipar mi rubor. Solté un bufido nervioso: ese hombre siempre conseguía sacarme de quicio con nimiedades.

Se puso la chaqueta y yo salí a toda prisa del apartamento para ir a buscar mis zapatos. Cuando cerré la puerta, él me estaba esperando en el pasillo, apoyado en la pared.

Bajamos la escalera juntos, mientras intentaba dominar los nervios.

—¿Le gusta el libro? —me preguntó.

Se acercó a mí, con las manos en los bolsillos de los pantalones marrones. Me miró. Su mirada transmitía una ternura insólita y con la ceja derecha hizo

un gesto de interés. Cuando Thomas Reed mantuvo su mirada en mí, noté un cálido remolino en el estómago y un mareo.

—Está sorprendentemente bien —contesté, sin poder controlar mi sonrisa.

—Lo leí hace siglos —me respondió, al tiempo que hacía un gesto pensativo con la cabeza—. Pero recuerdo las rosas españolas, parecía obsesionado con ellas.

—Yo creo que las rosas son una metáfora —afirmé con mi tono de sabionda.

El señor Reed me miró sorprendido y yo me eché a reír.

—¿De verdad? ¿Y de qué? —me preguntó asombrado cuando llegamos al final de la escalera.

—De los amores, señor Reed —contesté, divertida.

Él se quedó un poco aturdido.

—Ah —dijo, y me dejó pasar.

La puerta al comedor estaba abierta: era un día de mucho ajetreo. Con todo, no nos dejamos amedrentar y entramos en la salita. Había un banco libre en la parte trasera. Con suavidad, el señor Reed me puso la mano en la espalda para guiarme por la sala.

Noté calor al instante. Apenas podía disimular de lo fuerte que notaba el latido del corazón contra las costillas. De no haber tanta gente en la sala generando tanto ruido, el señor Red también lo habría oído.

Me empujó hacia un lado del banco; ese gesto me hizo pensar en el baile. En nuestro baile, en su mano en mi espalda, su cuerpo cerca del mío, mi mano en la suya. Como si no estuviera ya lo bastante confusa por el caos de mis sentimientos, volví a ruborizarme porque deseé tenerlo cerca.

Sin embargo, eso era enamorarse: había que aguantarse. Por mucha vergüenza que me diera, también me hacía sentir una felicidad que no se puede entender hasta que no se vive.

La tía Lillian me había dicho que no bastaba con leer sobre el amor para comprenderlo. Y tenía razón.

—¿Y qué leía usted? —le pregunté cuando se sentó en una silla frente a mí y se abrió los botones de la chaqueta.

—Nada muy emocionante —me contestó, y apoyó los codos en el canto de la mesa.

No pude evitar sonreír. Un caballero de la alta sociedad jamás haría algo así. En cierto modo, me gustaba que no se hubiera criado con las obligaciones de la etiqueta. Con eso me decía que no me hacía falta ser perfecta en su

presencia. A un hombre como él ni le iba a gustar ni a molestar. Eso era todo un alivio.

No era buena siendo perfecta. A veces, lograba parecerlo, pero resultaba cansado y descorazonador. Lo consideraba más una herramienta que un rasgo de mi carácter.

—Es como tantos otros libros. El relato de un hombre que es manipulado por una mujer y acaba contrayendo deudas. Es excesivo y previsible —se lamentó.

Hice un gesto de desesperación.

—¿Por qué lo lee si no le gusta? —pregunté.

Él soltó un gemido nervioso.

—Lo he empezado y soy incapaz de dejar los libros sin terminarlos —gruñó, y apoyó la barbilla en la mano izquierda.

—Entiendo —confesé, y me encogí de hombros—. Pero ¿de verdad hay tantos libros sobre hombres que se dejan manipular por mujeres? —pregunté con escepticismo.

—Uf, infinidad de ellos —se lamentó.

Por el rabillo del ojo vi que la señora Christy salía de la cocina. Nos miró, sonrió y se acercó con resolución a nosotros.

No le presté mucha atención, pues me pasaban por la cabeza las novelas que había leído. Recordé sin querer de *El viaje de Claire a la Luna*, donde el protagonista, Robert, renunciaba a su sueño de volar por su gran amor, Claire, para que pudieran estar juntos.

—Seamos sinceros. Puede que se diga que la mujer es el sexo débil, pero son la perdición de todos los hombres, quieran o no —dijo el señor Reed con insolencia.

No pude replicarle porque en ese momento llegó la señora Christy con una sonrisa triunfal en el rostro y nos miró como si viera algo más que dos personas cenando juntas.

Me perdí en mis pensamientos. Recordé lo mucho que Henry adoraba a Rachel. Y luego a mi padre, que se dejaba convencer de prácticamente todo si mi madre se ponía de morros.

De pronto, entendí qué debía hacer para ayudar a mi hermano a ser feliz.

## 39

# TRIGÉSIMO NOVENO, O CUANDO SENTÍ MIEDO

El plan era muy sencillo. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? La clave del éxito era mi madre.

Era fácil de entusiasmar, enseguida cogía cariño a la gente. Si conseguía que quisiera a Rachel, ni siquiera mi padre podría impedir que Henry se casara con ella. Solo quedaba encontrar la ocasión ideal para juntar a Rachel y a mi madre; el resto saldría solo.

Así de fácil.

Habría preferido sopesar el plan mucho tiempo más para no estar todo el tiempo pensando en Thomas Reed. En sus ojos oscuros, en las miradas que me lanzaba y que hacían que me derritiera por dentro. En su cabello castaño, por el que no paraba de pasar sus largos dedos y que tantas ganas tenía de tocar. Y en sus labios, en cómo los fruncía con ese gesto enfurruñado, y se mordía el labio inferior, pensativo, o esbozaba una lenta sonrisa que hacía que me temblara todo el cuerpo.

¿Por qué había imaginado que un beso sería agradable? Ahora no podía quitarme la idea de la cabeza.

Estuve dando vueltas en la cama. Imaginé sus manos sujetándome por la cintura, atrayéndome hacia sí, sus labios inclinándose hacia los míos. Al imaginarlo, noté un calor en la barriga.

Desesperada y avergonzada de mis propios deseos, ahogué el rostro en la almohada y pataleé como una niña. Estaba sola en mi cuarto. No me veía nadie; de alguna manera tenía que desahogar la tensión...

Estar enamorada me quitaba muchas horas de sueño y eclipsaba todo lo que el señor Boyle hubiera dicho o dejado de decir sobre mí.

Habíamos cenado juntos, pero a mí estar enamorada me quitaba el apetito. Habíamos estado charlando, bromeando y riendo, incluso subimos juntos la escalera.

—Buenas noches, Animant —me dijo a media voz, y en sus ojos apareció de nuevo esa expresión cálida que me ablandaba tanto.

—Buenas noches, señor Reed —respondí, sin casi no poder decir nada de la emoción.

Luego empecé a notar la chispa de una esperanza que echaba raíces en mi alma. Sabía perfectamente que la esperanza era traicionera. Aun así, no pude evitar que floreciera en mi interior.

¿Y si Thomas Reed sentía lo mismo que yo? ¿Y si sus acercamientos no eran solo una farsa?

Me atusé el pelo, que aún estaba un poco húmedo del baño.

¿Qué sabía yo de los sentimientos de los hombres? Todo lo que creía saber lo había sacado de libros, que, una vez más, no me servían de mucho.

Hasta pasada la medianoche no conseguí dormirme. Soñé con té Earl Grey y con dedos cálidos que se entrelazaban con los míos.

Pese a lo mal que había dormido, a la mañana siguiente no me sentía tan agotada como de costumbre. Me preparé para el trabajo. Me lavé, me arreglé el pelo y escogí la ropa adecuada.

Solo era un lunes cualquiera, pero estaba ilusionada. La idea de encontrarme pronto con el señor Reed me aceleraba el pulso; intenté no engullir el desayuno con demasiada prisa.

Por desgracia, el señor Reed no estaba. Me lo imaginé saliendo de la cama tras oír el despertador para luego dirigirse dando tumbos al baño, con cara de dormido y un humor de perros. La imagen me arrancó una sonrisa, como si me alegrara por el mal ajeno. Al mismo tiempo, me pregunté si podía hacer algo para levantarle el ánimo.

Agradecí a la señora Christy la comida. Luego me preparé y salí a la escalera.

Ya eran las siete y veinte y no había rastro del señor Reed. Esperé con impaciencia, dando vueltas. Subí a la primera planta para mirar hacia lo alto de la escalera, pero nada.

Cuando ya eran casi las ocho, salí a la nieve. El cielo estaba nublado y hacía tanto frío que el aire me pinchaba en los pulmones al respirar.

¿Se había ido sin mí? Podría ser. Noté una decepción que se extendía como un vacío negro en el estómago y me crucé de brazos, enfadada.

Había muchas huellas que salían de la casa, pero no sabía si alguna de ellas era del señor Reed.

Sherlock Holmes lo sabría, pensé para mis adentros, y me enfadé aún más.

De pronto, se abrió la puerta a mi lado. Thomas Reed por poco chocó conmigo de las prisas con que salió del edificio.

—Dios mío, señorita Crumb, ¿qué hace aún aquí? —exclamó, sorprendido, con cierto gesto avinagrado.

—Le estaba esperando —le contesté con un tono parecido.

Pero el señor Reed ya caminaba presuroso por el sendero. Lo seguí pisándole los talones, sin saber qué había salido mal esta vez.

—¿Con este frío? —Me gruñó cuando me acerqué a él, que ni siquiera me miró.

¿Qué mosca le había picado esa mañana?

—No, en el pasillo. Pero ¿qué ha pasado? —dije con menos aspereza.

Por otro lado, necesitaba estar muy pendiente de mis pasos para no resbalar en el hielo.

—¡Me he peleado con mis malditos zapatos! —exclamó.

Su mirada se ensombreció aún más. Tenía la frente arrugada. Estaba claramente enfurecido.

Pensé que, por lo menos, no se había ido sin mí. En realidad, tenía cierta gracia que todo su enfado se debiera a sus zapatos. Se me dibujó una sonrisa en los labios. El señor Reed giró la cabeza enseguida hacia mí, como si lo hubiera notado.

—¡Si se ríe, la despido inmediatamente! —me amenazó, irascible, advirtiéndome con un dedo.

Mi sonrisa se ensanchó.

—No lo haga —repuse enseguida, casi sin poder contener una carcajada.

Pero el señor Reed no le veía la gracia.

—¡Ándese con cuidado! ¡Mi venganza sería terrible! —masculló entre dientes.

No pude aguantar más y me reí con ganas. El señor Reed metió las manos en los bolsillos del abrigo, enfurruñado.

Llegamos a la biblioteca con cuatro minutos de retraso. Él gruñó algo contra la bufanda, algo que no entendí.

Lo dejé con su enfado, guardé mi abrigo y procuré poner el semblante serio. Sin embargo, cuando vi cómo el señor Reed soltaba en su despacho las

carpetas sobre la mesa de un golpe, tuve que taparme con la mano la boca para no empeorar aún más su humor de perros.

Me ocupé de los periódicos, pagué a Phillip Tams, que ya estaba mucho menos acatarrado, y acordé con él que nos veríamos a las doce y media delante de la biblioteca para darle el pastel que le había prometido.

Saludé a Oscar y a Cody cuando entraron; ellos se levantaron el sombrero con educación.

—El señor Reed tiene un enfado monumental desde primera hora —les advertí de pasada.

Los dos me miraron asustados.

Volví a colocar los periódicos en los soportes y me distraje cuando Oscar me pidió ayuda con algunos libros. Con el correo, llegaron dos libros que tuve que introducir y etiquetar en el registro.

Aplacé todo lo posible la excursión al archivo. Lo había hecho ya tantas veces que, en realidad, no debería ser nada especial, pero seguía odiándolo tanto como el primer día.

Ordené libros, encontré algunos mal clasificados, leí a escondidas un volumen sobre arquitectura y conduje a unos cuantos estudiantes desorientados a las secciones correspondientes.

Con todo, llegó el momento en que ya no había nada urgente que hacer: no podía seguir evitando llevar los periódicos viejos al archivo.

Tal vez podría preparar un té para el señor Reed y para mí, pero no: era absurdo seguir aplazando el momento.

Me subí las mangas de la blusa, agarré el montón de papel que seguía sobre un banco junto a los soportes de periódicos y enderecé los hombros.

Debía ser fuerte y valiente. Subí con paso decidido al ala oeste de la biblioteca y fui a la puerta que conducía a la bóveda del horror.

Encendí las linternas que colgaban de la pared y bajé la escalera hacia el sótano. Mis pasos eran mucho más seguros que al principio. Ahora sabía dónde había irregularidades en los viejos escalones de piedra y cómo era la escalera de bajada.

Con la cabeza bien alta, intenté hacerle frente a todo y no ceder a mi miedo. Al fin y al cabo, era una mujer adulta que no creía en fantasmas. Un sótano poco iluminado no iba a doblegarme.

Dejé la linterna en su sitio sobre la mesita estrecha y el espejo repartió su luz por todo el espacio. Me recibió una leve ráfaga de viento, como el aliento frío de un monstruo que abriera las fauces de par en par para que yo entrara dando tumbos.



Me tragué el nudo que tenía en la garganta, pero no lo conseguí y noté una presión en el pecho de la que no me desharía hasta que no subiera la escalera a toda prisa.

Recobré la compostura, entré en la sala y recorrí con arrojo el pasillo con las vitrinas de cristal, donde estaban las cajas para los periódicos. Abrí a toda prisa las puertas del armario y me puse a repartir como un rayo el papel que crujía en los montones correspondientes. Por lo menos, en eso era mucho más rápida que al principio, cuando tardaba mucho en hacerlo todo. Solo tenía que recordar cómo el señor Reed me tomaba el pelo con eso en mis primeros días.

Una sombra pasó por mi lado y levanté la cabeza, asustada. El corazón me latía con demasiada fuerza y se me aceleró la respiración.

Sin embargo, ahí no había nada. Negué con la cabeza: no era la primera vez que me imaginaba alguna sombra que solo era mi miedo. Me dediqué de nuevo a los periódicos.

Un desagradable chirrido rompió el silencio. Me estremecí de tal manera que se me cayeron el resto de periódicos al suelo y me di un golpe con el codo en una puerta del armario. El dolor me subió por el brazo y apreté los dientes para no soltar una palabra malsonante. ¡Ahí había alguien!

Escuché esperando que hubieran sido imaginaciones mías. Sentí un escalofrío helador cuando oí algo que arañaba.

Poco a poco, retrocedí hasta que toqué con la espalda la pared del armario y puse las manos sobre la fría madera para mantenerme erguida.

Busqué con los dedos algo a lo que aferrarme cuando se repitió el chirrido y mis dedos encontraron algo que agarrar. Cerré la mano y lo levanté. Era una fijación de madera para los periódicos. La levanté con las dos manos como un arma.

El chirrido se volvió más fuerte y me llegó un golpe sordo, como si algo pesado hubiera caído al suelo.

A la desesperada, intenté pensar con lógica y encontrarle una explicación, pero no lo conseguía. Mi imaginación producía imágenes de criaturas horribles. Vampiros y brujas que hacían que me temblaran las piernas. Avancé pegada a la pared del armario con los ojos desorbitados.

Mi primer impulso fue salir corriendo de allí; dejarlo todo y poner pies en polvorosa.

Sin embargo, si lo hacía, nunca volvería a bajar. Tenía que averiguar de dónde provenía el ruido y esperar que solo fuera una rata.

Una rata muy grande.

Avancé despacio, con los hombros encogidos, los dedos agarrotados de la tensión, dispuestos a golpear de ser necesario. La penumbra, que hacia el fondo era cada vez más débil, dejaba entrever poco. Tampoco había sombras a las que atribuir el origen del ruido.

Tenía los nervios de punta, notaba un hormigueo en la piel, estaba lista para cualquier cosa. Miré con cautela en los pasillos. Avancé sigilosamente de uno a otro, procurando ver algo en esos nichos oscuros. No se veía nada, todo estaba inmóvil. Por un momento, creí que me lo había inventado todo.

De pronto, choqué con algo oscuro. Una conmoción me recorrió todas las extremidades y me salió de la garganta un grito lastimero. La tensión abandonó mis dedos temblorosos cuando perdí el equilibrio y me tambaleé hacia atrás.

Sentí en las venas el miedo a la muerte cuando unas manos grandes me sujetaron y me pusieron en pie.

Entonces lo reconocí. El rostro un poco enjuto, el cabello oscuro, incluso ese olor agradable. Thomas Reed. El alivio que sentí al ver que era él me sobrepasó de tal manera que se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Señorita Crumb —dijo, sorprendido.

Sentí ganas de lanzarme a sus brazos de lo contenta que estaba de verlo ahí abajo. Sin embargo, no podía hacerlo: tendría que desahogarme de otro modo.

—¡Me ha dado un susto de muerte! —le reproché, aunque no con la fuerza que pretendía, pues la voz me temblaba y estaba al borde de las lágrimas.

—No sabía que estaba aquí —intentó defenderse. Retiró las manos de mis brazos y una sonrisa descarada se dibujó en los labios—. Pero ¿no le daba miedo bajar? —me preguntó con picardía, ya sin rastro del mal humor de esa mañana.

En realidad, no sabía qué decir. Admitirlo no reforzaría mi orgullo, pero en ese momento me faltaban fuerzas para negarlo. Seguía con el corazón acelerado. A pesar de que volvía a tener el miedo bajo control ahora que él estaba a mi lado, seguía sin sentirme a gusto ahí abajo.

—¿Qué es eso? —exclamó, tan asustado que su miedo me me contagió.

Señaló con el brazo estirado detrás de mí. Proferí un grito de angustia y di un salto hacia delante. No sabía dónde estaba arriba y abajo. Me agarré desesperada a su chaleco.

Él soltó una sonora carcajada que resonó en las paredes. Me había puesto en evidencia. Me estaba tomando el pelo, jugaba con mis miedos, se reía de

mí. Y yo había caído en la trampa como una tonta.

La rabia superó al miedo y cerré las manos en un puño.

—¡Es usted un miserable! —exclamé, furiosa, y le pegué con el puño en el pecho.

En realidad, estaba demasiado débil y cerca de él para poder hacerle daño, pero no había otro modo de sacarme la frustración de encima.

El señor Reed se rio aún con más ganas, luego me puso las manos en la espalda para reducir aún más la distancia entre nosotros y evitar que le pegara de nuevo.

Seguro que en cualquier otra situación ese roce me habría hecho perder la cabeza, pero ahí abajo, en el archivo, con todo el miedo que había pasado, me sentía demasiado enfurecida y no conseguía disfrutar de la cercanía que se había producido tan de repente.

—Le dije que mi venganza sería terrible —bromeó, y levantó una ceja en un gesto divertido.

Parecía satisfecho con la situación. Yo lo fulminé con la mirada.

—Le odio, Thomas Reed —dije en el fragor de la batalla.

Acto seguido me arrepentí: eso no se le dice al hombre al que amas.

Por suerte, él no pareció tomárselo muy en serio, pues la risa dio paso a una sonrisa pícaro; luego me dio una especie de abrazo en la cintura.

—Ya lo sé —aseguró con un deje de ironía, y me soltó, muy despacio.

Confusa y ya no tan enfadada, retrocedí unos pasos. No sabía cómo digerir tantas impresiones nuevas.

—He de volver a mi trabajo —dije.

Me di la vuelta torpemente y regresé al pasillo donde había dejado caer el resto de periódicos.

El señor Reed se rio por lo bajo y me siguió. Se detuvo en el pasillo sin decir nada, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y sacó un pequeño reloj de bolsillo de plata que deslizó entre los dedos sin abrirlo. Observó cómo recogía los papeles y los clasificaba en las cajas. Como si no tuviera nada más que hacer que observarme.

—Pare de mirarme así —le dije con demasiada aspereza.

Él me dio la espalda sin rechistar, aunque había visto la sonrisa en su rostro.

Resultaba indignante y podría estar enfadada para siempre por tanta maldad, pero más allá de la rabia sabía perfectamente que solo me estaba tomando el pelo. No quería mostrar tan claramente mis debilidades ante él, pues no eran pocas.

El señor Reed esperó pacientemente a que terminara y luego me acompañó a la biblioteca. Apagué la vela de la lámpara de un soplido. Él me lanzó otra mirada breve; una mirada que podría significar cualquier cosa. Luego me dejó ahí, sin más.

Aturdida, colgué la lámpara de su gancho en la pared, recobré el aliento poco a poco y dejé atrás el susto. El corazón me seguía latiendo con furia contra las costillas. Poco a poco, recuperé el color de mis mejillas.

Thomas Reed me había abrazado. En ese momento, no lo había disfrutado, pero significaba mucho.

## CUADRAGÉSIMO, O CUANDO ME MIRARON UNOS OJOS MARRONES

*Regresé* a paso ligero a la sala de lectura, aunque por dentro seguía muy agitada. Di gracias a Dios de que fueran casi las doce y media. Necesitaba con urgencia la pausa para almorzar, y también me iba de perlas no tener que pasarla sola.

Recogí rápido mi abrigo, procuré no caer de nuevo en brazos del señor Reed y desaparecí fuera, donde Phillip Tams ya esperaba, impaciente.

Tenía las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta, demasiado grande. Como siempre, la bufanda le tapaba media cara.

—Buenos días, Phillip —le saludé, incluso hice una pequeña reverencia para indicarle que me tomaba muy en serio su compañía para comer.

—Buenos días, señorita Crumb —se apresuró a contestar, con un brillo de esperanza en los ojos, anticipando el pastel.

No pude evitar sonreír.

—¿Vamos? —pregunté.

Phillip se puso en marcha enseguida.

El aire ya no era tan cortante como por la mañana, pero sí lo bastante frío como para refrescarme la cabeza. Respiré a gusto y procuré no recordar una y otra vez la sensación de los brazos del señor Reed en mi cintura, ni lo bien que olía.

Nos dirigimos a la pequeña pastelería donde nos encontramos aquel día. Cuando entramos, sonó la campanilla en la tiendecita. Una mujer bien vestida de mediana edad salió del cuarto trasero y me dedicó una sonrisa afable.

—Buenos días. ¿Qué desean? —preguntó con alegría, procurando mirarme solo a mí.

A Phillip, los ojos se le iban entre tantos pastelitos, tartas y bollos.

—Nos sentaremos —le anuncié a la mujer, que por suerte se reservó su opinión de qué hacía una joven como yo comiendo pastel con un granujilla de la calle como Phillip Tams.

Eché un vistazo a la selección de dulces. Aún estaba algo agitada, pues todavía pensaba en Thomas Reed y en su risa. Eso no me ayudaba a decidirme, precisamente.

«Entonces no», pensé para mis adentros, y solté un fuerte suspiro.

—Bien —dije, y la dependienta me miró con atención—. Tomaremos un trozo de este. —Señalé uno de los pasteles de delante, cubierto de chocolate con decoración de azúcar—. De este, este. Este... —continué, y recorrí todo el escaparate.

A la mujer le costaba seguirme. Phillip contenía la respiración a mi lado.

Pagué y nos sentamos a una de las mesas del fondo con cuatro trozos de pastel, tres tartaletas de crema y un bollo de queso quark. Por supuesto, era demasiado, pero yo seguía en mis trece. La comida siempre me había calmado en situaciones de estrés.

Me quité el abrigo. Phillip me imitó quitándose a toda prisa la bufanda. Me observó con atención, procuraba imitarme en todo. Era muy gracioso ver cómo se esforzaba por hacer las cosas bien.

—Siéntate —le dije con una sonrisa.

Él colocó su trasero inquieto en una de las sillas de elegante talla.

—Come lo que quieras. Y si falta algo, podemos volver a pedirle a la señora —le dije.

Phillip negó con la cabeza.

—Hay de todo. Es mucho —susurró.

Temí haberlo abrumado. Sus ojos saltaban de un dulce al otro, incapaz de decidir por dónde empezar.

Por mi parte, escogí la mitad de una tartaleta de crema de vainilla y le ofrecí la otra para facilitarle la decisión.

Nos pusimos a comer. Con cada bocado de bizcocho y cada cucharadita de nata, el corazón se me calmaba un poco más. Veía con más claridad el futuro y sopesé los siguientes pasos que dar mientras Phillip engullía dos trozos y medio de pastel, dos tortitas de crema y la mitad del bollo de queso quark. Hacía ruido al masticar.

—Está muy bueno —murmuraba una y otra vez con la boca llena, y se lamía la nata de los labios.

Dejé que disfrutara de la comida. Yo comí un trozo y medio de pastel; luego le pedí un té a la dependienta, que estaba impresionada.

Para no pensar en el señor Reed, planifiqué mi estrategia respecto al problema de mi hermano. Saqué mi bloc de notas. Le escribí una breve nota a mi madre y una larga a Henry, para explicarle el plan con más detalle.

Mi intención era pedirle a mi madre que fuera de tiendas conmigo. Le diría que me había quedado sin blusas que no tuvieran manchas de tinta en las mangas; además, le contaría que una amiga mía vendría con nosotras.

Era un cebo al que mi madre no podía resistirse. Era raro que yo le pidiera un favor de este tipo. Tener esa oportunidad le haría muy feliz.

El mayor problema era Rachel. Esperaba que estuviera dispuesta a ser esa amiga que nos iba a acompañar. Era tímida. No me cabía ninguna duda de que mi madre le cogería cariño enseguida, por su encanto natural, pero supuse que Rachel se mostraría recelosa.

Esperaba que su amor por Henry supusiera un estímulo suficiente.

La decisión quedó aplazada a la tarde siguiente, para tener tiempo de prepararlo todo, pero eso sí, sin esperar demasiado, para que no hubiera tiempo de cambiar de opinión. Incluso podría pedirle al señor Reed que me dejara salir una hora antes; la recuperaría el miércoles.

Bebí el último sorbo de té, pedí que me envolvieran el resto de los pasteles en papel y se los di a Phillip para que se los llevara a casa.

Estaba exultante. Me aseguró que podía contar con él para lo que quisiera. Entre risas, le di las dos notas para que las entregara por mí.

Tener un plan al que atenerse me daba una sensación liberadora.

En el caso de Thomas Reed no era así.

El cambio en la relación se había producido paulatinamente. Sin embargo, teniendo en cuenta que al principio yo lo odiaba y él me despreciaba, habíamos llegado a un punto muy distinto.

Ahora estaba enamorada, y él se mostraba cada vez más cariñoso conmigo. No era buena interpretando sentimientos, pero la manera que tenía de acercarse a mí me hacía pensar que también sentía algo por mí.

Con todo, era difícil separar mis deseos y esperanzas de los hechos. Y el hecho era que el señor Reed no había expresado sus sentimientos. No con claridad.

Así pues, no contaba con nada más que la suposición de que podría haber algo más que una especie de amistad. ¿Y de qué servían las suposiciones?

Me quedaba aún media hora de la pausa para el almuerzo; me la pasé en una librería de la zona. Leí un poco sobre la muselina y el tafetán, y me hice con nuevas provisiones de lecturas antes de regresar a la biblioteca.

Llevé mis libros a la salita de espera. Cuando bajaba la escalera, me encontré con el señor Reed, que subía con parsimonia y la nariz metida en un libro.

No pude evitar sonreír: me encantaba aquella imagen. Llevaba las gafas de lectura en la nariz, la frente llena de arrugas por la concentración, se mordía el labio inferior y los ojos se movían de lado a lado.

Se me aceleró el corazón, hervía por dentro. Me entregaría a la protección de sus brazos en cuanto hiciera el menor amago de abrazarme.

No podía negarlo: ese hombre era perfecto para mí. ¿Dónde iba a encontrar a alguien que compartiera mi pasión por los libros? En ningún sitio.

Era poco convencional, a menudo grosero y muy peculiar. Pero también sabía consolar, era sincero y tenía un agudo sentido del humor. Además, me parecía cada vez más atractivo. Estaba completamente loca por él. ¿Hasta qué punto sería él consciente de mis sentimientos?

¿Sabía que me gustaba? ¿Ya se había dado cuenta? ¿Le interesaba?

Nos acercamos, cada uno en su lado de la escalera. Cuando ya casi había pasado por su lado, el señor Reed alzó la vista de repente.

—Ah, señorita Crumb —me dijo a media voz. El corazón me dio un vuelco—. Estoy buscando un libro para un profesor extranjero, uno sobre el conflicto entre el relato bíblico de la creación y las enseñanzas de Darwin. Estoy seguro de haber leído alguno, pero no me viene el título a la cabeza —dijo.

Me miró, con ese marrón de sus ojos: un marrón cálido. Bajo la luz vespertina que caía desde arriba, desde la cúpula, vi una estructura de estrella en su iris.

Noté un calor en el estómago. Mi cerebro apenas podía procesar lo que me había dicho el señor Reed. ¿Me estaba preguntando por un libro?

—¿No creó una máquina precisamente para ese tipo de consultas? —contesté, cohibida, para ganar tiempo y buscar el libro en mi cabeza.

Él levantó una ceja, cosa que le hacía aún más atractivo.

—Animant —dijo, y noté que me temblaban las rodillas—. Si mi máquina funcionara con la mitad de eficacia que usted, hace tiempo que habría ganado un montón de premios.

Me llevó un momento entender que era un cumplido. Iba a reventar de orgullo.

—Debido al conflicto de fondo, están en la sección de ciencias naturales, y no en la de religión —dije, al tiempo que me preguntaba por qué el señor Reed no lo sabía—. *El origen de las especies bajo la luz de la Iglesia*, de



Frayson; *El hereje*, de Steel; y *El veneno del darwinismo*, cuyo autor no recuerdo —aclaré.

En los labios del señor Reed se dibujó una sonrisa pícara.

—Realmente, es usted la mejor que he tenido nunca —dijo, como si fuera broma.

Abrió el libro que llevaba en las manos y me dejó ahí, para seguir subiendo los peldaños de la escalera.

Me quedé donde estaba. Me sentía embriagada y tenía todo el cuerpo alterado.

¿Qué estaba pasando? ¿Le gustaba o en mi delirio interpretaba todo lo que decía como una insinuación?

Si pudiera ver el interior de su cabeza, seguro que lo entendería mejor. Pero eso era imposible, claro. No me quedó otro remedio que bajar a toda prisa la escalera y esconderme en mi sala hasta que se me pasara el acaloramiento y desapareciera el rubor de la cara.

Caminé por el ala este, procurando no llamar la atención. Por suerte, nadie me paró por el camino. Entré en la salita, aún dándole vueltas a sus palabras. Estaba cerrando la puerta con discreción cuando percibí un movimiento por el rabillo del ojo.

Solté un chillido del susto. Me di media vuelta y me calmé al reconocer a quien estaba sentada en mi silla, delante de mí.

Era Elisa, que estaba mordiendo una manzana con una sonrisa divertida. Tenía las piernas cruzadas; quedaban al descubierto del encaje de las enaguas. Parecía contenta y masticaba con una media sonrisa. La postura no era muy de señorita.

—No quería asustarte —masculló con la boca medio llena.

Dejó la manzana en la mesa y se levantó con fingida elegancia de la silla.

No creí lo que me decía.

—Por supuesto —contesté con ironía.

Procuré hacer caso omiso de los latidos de mi corazón y me volví hacia los dos paquetes que había dejado en una de las mesas. No ganaba para sustos. Echaba de menos tener días aburridos en mi vida.

—Siento desilusionarte, pero no eres la primera en asustarme hoy —dije.

Me di cuenta demasiado tarde de que acababa de desatar otra tormenta.

—¡Por favor, dime que ha sido el señor Reed! —exclamó, entusiasmada.

Corrió hacia mí como una cotilla entrometida. Suspiré con fuerza y pensé que debería haberme callado.

—Ha sido el señor Reed.

Empecé a toquetear el nudo del cordel del paquete con las puntas de los dedos y procuré disimular.

Sin embargo, Elisa se plantó a mi lado, con los ojos inquisidores y las manos juntas en el pecho. Solo le faltaba dar brincos de impaciencia.

Se me contagiaron sus esperanzas. Me sentí bajo presión. Me observó tan atentamente que cedí.

—Me ha dado un susto en el archivo.

Elisa sonrió de oreja a oreja.

—¿Intencionadamente? —preguntó, emocionada y con un brillo en los ojos.

Hice un gesto indefinido con los hombros. El nudo que tenía entre los dedos se resistía, así que descolgué sin vacilar un pequeño cuchillo para papel colgado de un clavo en la pared.

—La primera vez no —admití, y separé el cordel con un fuerte movimiento que reflejaba la tensión que sentía en mi interior.

La sonrisa de Elisa se volvió más descarada.

—¿Y la segunda vez sí? —preguntó, encantada.

Esta vez no le contesté, pero tampoco hizo falta. Mi amiga tenía una imaginación desbordante, así que podía adivinar lo que había sucedido aquella mañana.

—¿Te acercaste a él, presa del pánico? —preguntó con cierto dramatismo.

Se abrazó su esbelto torso con los brazos larguiruchos. Me tomaba el pelo. Me habría puesto a reír de no obsesionarme tanto el tema.

Solo con pensar en los brazos de Thomas Reed en mi cintura volví a ruborizarme.

—¡Dios mío! ¿De verdad? —exclamó Elisa entre risas.

Me sentí aún más avergonzada.

—¿Cómo has entrado aquí, por cierto? —pregunté, señalándola y de mal humor.

Pero Elisa no se dejó impresionar lo más mínimo y siguió riéndose de mí.

—No pasaste el pestillo de las ventanas —contestó, como si fuera de lo más normal colarse por la ventana. Un diablillo se apoderó de sus ojos—. ¿Y? ¿Lo disfrutaste? —insistió, con una sonrisa maliciosa en los labios.

Ya me estaba cansando.

—¡No, no lo disfruté! —la increpé, y di un golpe con el cuchillo en la mesa—. Ahí abajo está oscuro y hay mucha corriente. ¡Tenía miedo de verdad!

Elisa retrocedió un paso y levantó las manos para disculparse.

—Entendido —dijo, al tiempo que reprimía una carcajada con todas sus fuerzas—. En realidad, he venido a invitarte.

Metió la mano en el bolsillo de la falda y sacó un trozo de papel doblado.

Agradecí el cambio de tema y cogí el texto, que parecía una carta. Era un reconocimiento por escrito del excelente rendimiento en los estudios de Elisa Hemmilton. Le concedían un certificado y un premio en metálico por sus excelentes resultados.

—¡Es fantástico! Enhorabuena —la felicité, asombrada.

Volví a leer el texto. No sabía que Elisa era tan buena estudiante, pero no me sorprendía. Era lista y trabajadora.

—Gracias a ti —dijo con una sonrisa. No la entendí—. Sin ti nunca habría conseguido la bibliografía que necesitaba —aclaró, y con un gesto señaló los libros que aún estaban por allí.

Sonreí. Qué alegría. Tal vez Elisa exageraba al valorar mi intervención, pero, aun así, me hacía feliz haberla ayudado.

No entendía por qué a las mujeres se les negaba el privilegio del conocimiento. Me parecía infame y retrógrado.

Quizá no podía cambiarlo, pero haber hecho mi pequeña aportación a la revolución de la mujer me hacía sentir eufórica.

—Y por eso quiero llevarte de paseo. ¡Esta noche!

Elisa me arrancó de mis pensamientos, cubriendo mis manos con las suyas. Estaba muy contenta. Me sentaba bien la compañía de su carácter irreductible. La apreciaba mucho como amiga, aunque a veces le divertiera demasiado avergonzarme.

—Por supuesto, solo si no tienes otros compromisos —añadió, como si me hubiera leído el pensamiento.

Pestañeó con coquetería.

—No tengo —contesté, desafiante.

Elisa sonrió.

—Lástima —dijo.

Y las dos nos echamos a reír.

41

**CUADRAGÉSIMO PRIMERO, O CUANDO  
ELISA ME SACÓ DE PASEO**

Elisa apareció puntual a las siete delante de mi puerta. Cogí rápidamente mi monedero, pese a que me había asegurado que esa noche no iba a gastar ni un penique, pues ella se encargaría de todo.

Me eché a reír, cerré la puerta y giré la llave en la cerradura.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

En sus labios apareció esa sonrisa dulce, casi pícara, que ya me lo decía todo. No iba a contarme nada.

—Deja que te sorprenda —murmuró.

Le di un golpe juguetón en el brazo.

—Por cierto, debo informarte de que he cortado de raíz con el alcohol —le comuniqué, por si se le había pasado por la cabeza emborracharse conmigo.

Elisa sacudió la cabeza.

—Ah, ¿sí? ¿Y a qué se debe ese cambio de opinión? —preguntó, intrigada.

Elisa Hemmilton tenía un gran olfato para las buenas historias. En ese sentido, no había escapatoria.

—Es una historia lamentable llena de estupideces —dije con un suspiro, consciente de que tendría que contárselo todo.

A fin de cuentas era mi amiga. Y las amigas se contaban sus secretos. Eso era así: tenía que acostumbrarme.

—En eso le doy la razón —dijo una voz profunda.

Se me erizó la piel de todo el cuerpo. Me di la vuelta de un respingo y vi al señor Reed, que me miraba cansado, pero con un amago de sonrisa en los labios.

—Señor Reed —dije con demasiada estridencia.

Retrocedí un paso a la defensiva, para no estar tan cerca de él. Entonces choqué con torpeza con Elisa, que lo observaba con los ojos llenos de curiosidad.

—Así que usted es el señor Reed —dijo con naturalidad.

Puso los brazos en jarras en un gesto desafiante y lo observó con tanto descaro que me dio vergüenza hasta a mí. Era la primera vez que lo veía de cerca, así que me preparé para que con su descaro me hiciera sentir aún más vergüenza.

Por lo menos, podía estar segura de que al señor Reed no le afectaba en absoluto ese tipo de franqueza.

—El mismo. Y usted es... —respondió, con ese tono gruñón que tanto me gustaba.

No sonaba tan distante, como había creído al principio. Era un punto débil y hacía que aún tuviera más ganas de acercarme a él.

—Elisa Hemmilton —se presentó Elisa, que levantó la barbilla. Ni siquiera ella, con su considerable altura para una mujer, lo superaba. También tenía que alzar la vista hacia él—. Soy la mejor amiga de Ani —afirmó, provocadora.

Y es verdad, me dije: era mi mejor amiga.

—Ani —repitió el señor Reed, ausente, como si solo quisiera oír cómo sonaba el nombre al pronunciarlo.

Volví a sentirme acalorada.

—Nos conocimos en el baile de la universidad, aunque brevemente —apuntó Elisa, que no esperaba que el señor Reed se acordara de ella—. Además, he oído hablar mucho de usted —añadió con descaro.

Suspiré y le rocé el brazo para indicarle que deberíamos irnos. ¿Cómo podía presentarse como mi mejor amiga y luego violentarme de esa manera delante de mi jefe? Por no hablar de que sabía perfectamente que estaba loca por él.

—Espero que solo cosas buenas —bromeó el señor Reed, que se cruzó de brazos; así parecía más ancho, por el abrigo.

Probablemente, conocía la opinión que solía tenerse de él, incluso la que él mismo fomentaba.

—Bueno... —dijo Elisa—. Mentiría si le dijera que sí.

Me pregunté por qué en el baile había intentado darle una buena impresión a la señorita Brandon-Welderson si ella no me iba a devolver el favor.

El señor Reed no se dejó impresionar. Una sonrisilla asomó a sus labios. Todo aquello era básicamente más desagradable para mí que para él.

Me sentía como si me hubieran arrojado encima un cubo de agua fría. Él, en cambio, miraba a Elisa casi impassible mientras ella le aguantaba la mirada con entereza. Por el bien de todos, decidí poner fin a aquello.

—Nos vamos —interrumpí el silencioso duelo de miradas. Tiré con fuerza del brazo a Elisa y con brusquedad la arrastré hacia la escalera—. Buenas noches, señor Reed —dije.

Elisa soltó una risita.

—Sí, buenas noches, señor Reed —repitió.

Le di un buen pellizco en el antebrazo.

—Ay —exclamó ella a media voz, y se echó a reír.

El señor Reed no contestó nada y yo tampoco me volví hacia él.

Por suerte, llegamos a la salida sin más incidentes. En cuanto salimos al frío de la noche, Elisa soltó una carcajada.

—¡Ha sido humillante! —le reproché, furiosa.

Pero ella se siguió riendo.

—¡Maldita sea, ahora lo entiendo todo! —exclamó.

La volví a empujar para ponernos en marcha. No quería que el señor Reed nos oyera. ¿Qué estaría pensando ahora mismo? De Elisa..., de mí. ¿O acaso no le importaba en absoluto y yo le estaba dando demasiadas vueltas a todo?

Hice un gesto de reprobación. Probablemente, así era.

—¿Y qué es lo que entiendes? —pregunté bruscamente.

Elisa se acercó más a mí.

—Por qué estás tan loca por él —contestó.

Negué con la cabeza.

—¡Yo no estoy loca por él! —mentí, intentando no resbalar en el suelo.

El frío había congelado la nieve y la había convertido en una capa de hielo. Seguimos por los márgenes del camino, donde la capa de nieve aún no resbalaba tanto.

—No te creo ni una palabra —replicó Elisa—. Es atractivo, de lengua afilada y duro como el granito. ¡Qué hombre! —exclamó, eufórica, exultante—. Franzin Brandon-Welderson se pondrá hecha una fiera. Pero tú, querida... —dijo, entusiasmada, y la sonrisa en sus labios transmitía tanta seguridad que me resultó muy desagradable—, estoy segura de que ya te lo has ganado, de que haría cualquier cosa por ti —afirmó.

—No lo creo —respondí.

Thomas Reed no bailarí­a a mi son aunque yo quisiera. É­l no era así. Y yo tampoco.

—Pero le gustas, ¿no? —me preguntó con el semblante serio.

Entorné los ojos. Esa era la pregunta clave. ¿Le gustaba o era todo fruto de mi imaginación?

—Ojalá lo supiera, Elisa —dije con un suspiro, y me apoyé en el hombro de mi amiga.

—Seguro que pronto lo averiguarás —respondió, para animarme, y me dio unos golpecitos en el brazo—. Ya no le queda mucho tiempo para decidirse —comentó.

Me llevé una sorpresa.

—¿Cómo? —pregunté, desconcertada.

Entonces caí en la cuenta.

—¿No me dijiste que tu tío te había contratado en la biblioteca para un mes?

Me había leído el pensamiento. Me puse a hacer cálculos a toda prisa.

Fue como un golpe. Elisa tenía razón. Habían pasado tres semanas. Mi estancia en Londres terminaría el viernes. Mi madre había insistido en que solo sería un mes. No pensaba que fuera a aguantar tanto tiempo.

—Ani, ¿va todo bien? —me preguntó Elisa, preocupada.

Asentí con la cabeza.

—Sí —contesté, aunque poco convencida.

No quería volver a mi antigua vida. Por lo visto, mi hogar ahora estaba en Londres. Lejos de allí, me esperaba una vida aburrida y sin sentido que solo podía compensar leyendo libros.

Ahora tenía nuevas perspectivas. Me gustaba pasar tiempo en la biblioteca, trabajar, sentirme necesaria. Me gustaba ser independiente, decidir sobre mi tiempo libre y no dejar que mi madre siguiera arrastrándome a todas las celebraciones sociales. Me gustaba el hecho de que, ahora que habíamos tomado cierta distancia, nos entendiéramos mejor.

Y sobre todo me gustaba el señor Reed, más que ninguna otra cosa, y no estaba dispuesta a renunciar a él solo porque habíamos acordado que estaría un mes en la biblioteca.

Si Thomas Reed quería que siguiera siendo su asistente, me quedaría. Contra la voluntad de mi madre. Contra la opinión dominante de que las mujeres de mi posición social no debían trabajar. Y también contra el bienestar de mi padre, pues sabía que aquello le rompería el corazón.

Mi madre estaba acostumbrada a discutir conmigo, pero a mi padre le resultaría duro que escogiera una vida en Londres por delante de la familia. Aunque, bien mirado, no me iba a otro planeta. Al fin y al cabo, Henry también estaba allí y de vez en cuando lo veíamos.

Tristemente, existía una manera muy fácil de convencer a mi madre de que prefería quedarme. Solo tenía que confesarle mis sentimientos por Thomas Reed y accedería enseguida.

Sin embargo, no quería hacerlo. Ese era el camino más fácil, pero no el correcto. No quería seguirles el juego, sino lograr que aceptaran mis decisiones.

—No me iré de Londres —dije con firmeza, no solo a Elisa, también para convencerme a mí misma.

—¿Desde cuándo lo tienes decidido? —preguntó mi amiga, sorprendida, y yo esboqué una leve sonrisa.

—Desde ahora mismo —contesté.

Elisa me estrechó el brazo con fuerza.

—Pues me alegro mucho —dijo, con una mirada tierna—. No quiero perderte de nuevo —me confesó.

Me eché a reír.

—Como si no pudieras arreglártelas sin mí —repuse para no dejarme llevar por la melancolía, y le di un codazo juguetón en el costado.

—¿Vivir bajo el mismo techo que la señorita Brandon-Welderson y un montón de idiotas educados que no entienden mis bromas? ¡No, gracias! —respondió, y se echó a reír ella también.

Era bonito oírla reír, salimos del recinto de la universidad con una sensación agradable en el estómago y nos adentramos en los callejones del centro de Londres.

Los faroleros ya estaban manos a la obra para compensar la penumbra que se iba imponiendo. Recorrían las calles nevadas, que en algunos puntos aún estaban cubiertas por un pegajoso lodo gris. Elisa tiró de mí.

—Y ahora me cuentas qué te pasa con el alcohol —dijo, para retomar aquel tema.

Me llevó a la otra acera, donde, pese a la oscuridad que se cernía sobre la ciudad, aún había bastante gente por las calles.

—Oh, ¿es necesario? —gemí, consciente de que me avergonzaría de cada palabra.

—No sabes cómo —contestó Elisa. Parecía que estaba a punto de dar saltitos alrededor de mí de la emoción—. ¡Cuando te resistes tanto, es porque



nos esperan las mejores historias!

Era imposible resistirse al entusiasmo de Elisa.

—De acuerdo —dije, y pensé por dónde empezar para que no se pusiera a dar gritos del entusiasmo—. Fue el jueves pasado —empecé. Elisa me miró muy atenta. De momento, bien—. Los hermanos del señor Reed aparecieron en la biblioteca —continué, y ya había perdido.

—¿De verdad? —me interrumpió, con los ojos iluminados.

Tuve que describirle a los hermanos con pelos y señales, hablarle de la discusión en la que acabé aceptando acompañarlos y de que al final el señor Reed también se unió a nosotros.

Elisa apenas podía aguantar la emoción cuando entramos en un pequeño local que tenía la misma pinta que los demás y donde servían un *fish and chips* muy bueno. El té era bebible. Elisa se jactó de haber valorado especialmente ese detalle al escoger el sitio.

Me obligó a contar la historia hasta el final. A punto estuvo de saltar de la emoción de su silla cuando confesé que mis recuerdos eran muy vagos a partir de un determinado momento.

—Qué astuta. Resulta que se te ha olvidado la mejor parte de la historia —se lamentó, enfurruñada.

Empezó a darle vueltas a las patatas que le quedaban; yo hacía un rato ya que me lo había comido todo. Por alguna razón, ella estaba tan delgada, y yo no.

—Imagínate que Thomas te hubiera besado y tú no lo supieras —dijo de pronto.

Aquellas palabras me provocaron un buen sobresalto.

—No lo lloames así —le reñí. Ya no sabía si había sido buena idea decirle su nombre de pila. No quería ni pensar en que Thomas me hubiera besado. Sus labios acercándose a los míos. Cómo sería la sensación. Qué significaría para mí—. Seguro que no pasó nada —dije con vehemencia.

Elisa me miró escéptica.

—¿Y si hubiera pasado? Estabais juntos en ese coche de caballos. Estabais muy juntos. Y borrachos, tú un poco más que él. Y entonces... —dijo a media voz.

El corazón me latía en el pecho con tanta fuerza que apenas me llegaba el aire.

—Para. —Bajé la mirada hacia mi taza de té, que sujetaba con fuerza con las manos—. Me acordaría de eso —repuse.

—¿Estás segura? —me provocó ella.

Alcé la vista para fulminarla con la mirada.

—Poco antes vomité en la calle —le recordé.

Mi amiga hizo un gesto de desesperación.

—De acuerdo, admito que no se daban las mejores condiciones. Pero se puede besar en más sitios que en los labios —aclaró con arrogancia, y frunció los labios hacia mí como un pez en su pecera.

Me reí de sus tonterías, evitando las ideas que me pasaban por la cabeza.

Me había distraído con la resaca, con el secreto del señor Reed y con la discusión con el señor Boyle. Esa noche había quedado atrás.

Sin embargo, Elisa acababa de hacerme ver que tal vez era importante recordar de qué hablamos Thomas y yo en el coche de caballos.

Al recordarlo, sentí un brazo que me sujetaba y una melodía que sonaba en algún lugar de mi cabeza. Pero todo era pasajero como un sueño al despertar. Era incapaz de retenerlo ni de describirlo.

No obstante, había una persona que podía contarme qué había pasado esa noche. Thomas Reed.

## CUADRAGÉSIMO SEGUNDO, O CUANDO ACABÉ EN UN ARMARIO

Mi despertador emitió su tono agudo y me desperté de un sueño profundo, asustada. Salí de las sábanas desorientada. Estiré el brazo hacia el despertador, somnolienta, y apreté el botón para que enmudeciera. Agucé la vista para ver las manecillas, que apenas se distinguían en la penumbra.

Eran las seis y media. Tenía que levantarme.

Hundí la cabeza en la almohada con un gemido, sin atreverme a cerrar de nuevo los ojos. Si lo hacía, me quedaría dormida en el acto.

Elisa y yo estuvimos demasiado tiempo hablando, riendo y charlando de todo un poco. Del amor, la política, la vida en la ciudad. En un momento dado, Elisa empezó a hablarme de su familia, de sus hermanas y de la increíble cantidad de primos y primas que tenía.

Fue contando una anécdota tras otra. De pronto, ya era más de medianoche. Estábamos tan cansadas que solo podíamos reír; cuando poco antes de la una apareció un primo de Elisa para llevarnos a casa, le agradecí mucho no tener que caminar sola por las oscuras calles de Londres a esas horas.

Era un joven muy alto con exactamente los mismos rasgos que tanto se marcaban en el rostro de Elisa. Me acompañó hasta la puerta de casa, me hizo un gesto con la cabeza mientras Elisa me daba un abrazo exagerado y desaparecí en la escalera del edificio de personal.

Con cada peldaño que subía iba esfumándose mi buen humor y me sentía más cansada.

Una vez arriba, abrí la puerta a duras penas, me cambié rápido y me dejé caer tal cual en la cama.

A la mañana siguiente, cuando el dolor de cabeza y la fatiga eran como un plomo que me aplastaba con toda su fuerza contra el duro colchón, me arrepentí de no haber vuelto antes a casa.

Algo me picaba en la cabeza. Me incorporé con esfuerzo. Con una mano me quité una horquilla del peinado destrozado por el sueño; con la otra, me agarré al borde de la cama para no ceder a la tentación de volver a tumbarme.

No servía de nada. Tenía que ir a trabajar y lo había elegido por propia voluntad.

Así que dejé el abrigo de la manta para vestirme en el frío de la habitación y luego ocuparme del cabello, que coronaba mi cabeza como un enredado nudo rubio.

Ni siquiera el agua fría en la cara ayudó mucho. Solo había una manera de mejorar mi estado: el té.

Eché otro vistazo rápido al espejo, que me confirmó que mi aspecto se correspondía con el cansancio que sentía. Bajé a toda prisa al comedor. Enseguida le dije a la señora Christy que no me apetecía comer y que solo quería un té fuerte, negro y sin azúcar.

Ella se limitó a sonreír en silencio, dejó que se me pasara el mal humor y me llevó el ansiado té. Siempre con esa amabilidad tan suya.

Con un sorbo me bastó para sentirme algo mejor. Para cuando vacié la taza estaba como nueva. Incluso conseguí comer una manzana y un cuenco de gachas antes de ponerme el abrigo y salir a la escalera.

Ahí estaba Thomas Reed, con el reloj de bolsillo plateado que siempre sacaba cuando necesitaba tener ocupados los dedos de la mano.

Fue como un momento sacado de un libro, cuando el protagonista entra y todas las miradas se posan en él. Solo que en ese caso la protagonista era yo y Thomas me miraba como si me estuviera esperando.

Y es probable que fuera así: se me aceleró el corazón.

Miré a ese hombre que lo era todo para mí: quería tener esa imagen conmigo para toda la vida. Empezar todas las mañanas con él. Era una sensación tan cercana que empecé a notar un cosquilleo en el estómago.

—Buenos días, señorita Crumb —me saludó.

Para variar, parecía mucho más despierto que yo.

Me detuve delante de él. No podía parar de mirarlo. A falta de un entretenimiento mejor, ocupé las manos en volver a ponerme la bufanda en el cuello.

—Buenos días, señor Reed —contesté.

Nuestras miradas se cruzaron, demasiado tiempo. Noté un calor intenso subiéndome por el pecho.

—¿Vamos? —me preguntó el señor Reed sin interrumpir el contacto visual.

Asentí con la cabeza, como si estuviera en trance. Él bajó la barbilla, se señaló el brazo y yo seguí el movimiento con los ojos.

Me estaba ofreciendo el antebrazo, me quedé sin aliento de la sorpresa. Sabía lo que implicaba ese gesto. Aun así temía haber malinterpretado algo. Sin embargo, cuando levantó una ceja, intrigado, vi que era cierto.

¡Thomas Reed me estaba ofreciendo el brazo!

Di un paso hacia él, cohibida. Noté ese terrible picor en el estómago y me apoyé con cuidado en su brazo.

El señor Reed sonrió con discreción y picardía, como si supiera perfectamente cómo me agitaba ese gesto. Abrió la puerta sin decir esta boca es mía y salió dando zancadas al frío de la mañana. Caminamos por la nieve, uno al lado del otro. Me dio la sensación de que aquel día no hacía tanto frío como de costumbre, pero tal vez sentía demasiado calor en el corazón.

Sonreí, pese a que procuraba evitarlo. No nos dijimos ni una palabra durante todo el camino, pero no era un silencio incómodo.

Era fantástico caminar junto al hombre al que tanto adoraba. Estar cerca de él hacía que me sintiera embriagada de amor.

Tenía el brazo fuerte y me sujetó las dos veces que resbalé en el suelo helado. Por desgracia, llegamos demasiado rápido a la puerta de la biblioteca y el hechizo se rompió.

Empezó a buscar sus llaves y yo retiré el brazo para que pudiera hurgar en el bolsillo del abrigo.

Observé su rostro mientras buscaba entre el manojito. Solo el frío impidió que se me sonrojaran aún más las mejillas cuando me fijé en sus labios y se me pasaron por la cabeza pensamientos atrevidos: besos, contacto físico.

Me recompuse, intenté distraerme. De pronto, pensé en las palabras de Elisa del día anterior.

Estuvimos hablando de mis lagunas. Ella hizo algunas elucubraciones muy osadas que yo negué con vehemencia. Pero ¿y si Thomas Reed me había besado de verdad?

Era una idea absurda, yo misma lo sabía, pero en mi fuero interno deseaba estar equivocada. De vez en cuando, lo increíble se hacía realidad, ¿no?

De todos modos, nunca lo sabría si no lo preguntaba.

—Señor Reed —le dije cuando estaba empujando la puerta, y me dejó pasar la primera.

—¿Sí, señorita Crumb? —contestó.

Me encantó contar con toda su atención.

—¿Sabe? Hace un tiempo que me inquietan algunas ideas sobre el viaje en coche de caballos del jueves pasado —dije, fingiendo que tampoco tenía tanta importancia.

Thomas cerró la puerta y me miró en la penumbra.

—¿Entonces ya lo recuerda? —preguntó.

Su voz había sonado tan neutra que estaba convencida de que también lo hacía para disimular sus verdaderos sentimientos.

—No —confesé con un suspiro—. Ese es el problema.

Thomas se relajó a ojos vista, salió de la sombra y esbozó una falsa sonrisa.

Me estaba ocultando algo, y era importante: saltaba a la vista que se alegraba de que no lo recordara.

—Es muy molesto, señorita Crumb, pero créame: es mejor olvidar según qué cosas —comentó como si fuera una minucia.

Entró en el vestíbulo y atravesó los arcos hasta la sala de lectura.

Se me aceleró aún más el corazón. ¿A qué venía aquella actitud? ¿Qué significaba eso? ¿De verdad había pasado algo que debía caer en el olvido? ¿Había hecho Thomas algo?

Salí de mis cavilaciones y lo seguí presurosa. Lo alcancé en la escalera y luego en la sala circular.

—¿Hice o dije algo que le abochornara para que no quiera hablar conmigo de ello? —pregunté.

Thomas se dio la vuelta con un movimiento brusco, irritado.

—No —subrayó, con la frente arrugada, confuso—. No, en absoluto. Se comportó usted como un ángel, señorita Crumb. La mayoría del tiempo estuvo durmiendo —aclaró.

Y yo le creí. Por desgracia, no me había acercado lo más mínimo a la solución del problema.

—Pero ¿entonces qué pasa? —insistí.

Me acerqué a él en el mismo escalón para no sentirme en situación de inferioridad. Me lo quedé mirando, implacable, y me propuse no dejarlo marchar hasta saberlo.

De pronto, los ojos de Thomas reflejaron mucha ternura y se me formó un nudo en la garganta cuando estiró las manos hacia mí.

—Por favor, Animant —dijo a media voz.

Oír mi nombre y que me diera un vuelco el corazón fue todo uno.

Pero no siguió. La puerta se cerró abajo de golpe y ambos dimos un respingo del susto. Se oyeron pasos en el suelo de mármol del vestíbulo. Un instante después, Oscar apareció en la sala de lectura.

—Buenos días, señorita Crumb —gritó.

Lo saludé con un gesto rápido de la cabeza para volver de nuevo con Thomas Reed, que no había dejado escapar la ocasión y se había ido sigilosamente. Cerró con cuidado la puerta de su despacho, y yo solté un bufido de rabia y frustración.

¡Ese hombre era un cobarde! Por lo menos, lo maldije en mi cabeza, consciente de que la imagen que acababa de ofrecerse me ablandaría y lo dejaría en paz.

No tenía intención, por lo menos eso imaginaba, de ser la dura de los dos. Me quité el abrigo y me dediqué a mi trabajo.

Sin embargo, cuando llegó el momento de bajar al archivo noté que el miedo se instalaba de nuevo en mi corazón y dejé los periódicos en el mostrador para subir al despacho de Thomas Reed. Llamé con cautela, sin saber de qué humor encontraría al bibliotecario, y me preparé para cualquier cosa.

No esperé a que me hiciera pasar, bajé el pomo de la puerta y abrí la puerta de un golpe.

Thomas estaba trabajando, consultando carpetas, escribiendo notas, elaborando listas, mientras junto a su escritorio volvían a amontonarse los libros. No alzó la vista cuando entré, solo me hizo una seña para darme a entender que me oía.

—Voy a bajar al archivo —dije.

Él se subió las gafas en la nariz para descifrar algo que había escrito de su propio puño y letra.

—Y me lo dice porque... —dijo.

Estaba tan absorto en sus papeles que me pareció que no tenía ganas de estar por mí.

¿Por qué de pronto se comportaba así otra vez? Últimamente, se había mostrado abierto y confiado conmigo, incluso encantador a su manera, pero ahora volvía a ser arisco. ¿Tenía sentido o solo intentaba evitar que siguiera haciéndole preguntas para llenar las lagunas de mi memoria?

¿Qué podía haber pasado aquella noche tan horrible para no querer hablar de ello?

—Porque quiero evitar que me aceche ahí abajo —respondí con energía, indignada por su comportamiento. Me crucé de brazos para demostrarle mi enfado.

Thomas Reed se detuvo y dejó el dedo en el renglón que estaba leyendo. Una sonrisa asomó a la comisura de sus labios.

—Yo no la acechaba —replicó con naturalidad, y volvió a apoyar la barbilla en la mano para taparse la boca, pero el hoyuelo lo delató.

Se estaba riendo de mí. Teniendo en cuenta que me estaba enfadando, no era muy buen idea.

—¡Se lo advierto, Thomas Reed! ¡Lo descuartizaré con un cuchillo de papel si vuelvo a encontrármelo otra vez ahí abajo! —le amenacé.

Finalmente, soltó una carcajada. Se rio con tantas ganas que su risa debió de oírse en toda la biblioteca. Sonó tan cruel que me dieron ganas de darle una bofetada.

Al contrario que él, yo no le veía ninguna gracia a la situación. Debió de habérselo pasado en grande asustándome ahí abajo. Pero es que a mí, ahora, aún me daban más miedo los espacios fantasmagóricos que había bajo la biblioteca. Con eso encendió mi carácter efervescente.

—¡Lo digo completamente en serio! —añadí.

Él se rio aún más, incluso se le saltaban las lágrimas.

—¡Es usted idiota! —grité.

Di media vuelta y salí del despacho, frustrada. Oí su risa hasta abajo, en la sala de lectura, y pensé que en realidad era una suerte haberme enfadado de esa manera. La rabia era mejor que el miedo: había bajado con decisión al archivo, echando pestes para mis adentros. Conseguí salir de nuevo a la luz del día con el corazón encogido.

Al mediodía, Henry apareció en la biblioteca y me llevó a comer antes de que se me ocurriera la idea de preguntarle a Thomas si por casualidad quería acompañarme.

Aunque, tras el incidente de la mañana, tampoco me habría atrevido. Ya me daba suficiente vergüenza perder los nervios con cualquier pequeñez y meterme en una disputa que no necesitábamos ni yo ni Thomas, que se reía de mí mientras mi orgullo seguía hundiéndose.

—Rachel ha dicho que sí —dijo Henry en cuanto dejamos la biblioteca.

El frío se me metía por las mangas y esperé no tener que caminar mucho para comer algo. Estábamos yendo a una cafetería.

—Qué bien. ¿Puedes decirle que nos veremos poco después de las cuatro junto a la pequeña pastelería de University Street?



Aquel día tenía algo importante que hacer. Importante para Henry, y necesitaba olvidarme de todo lo demás. Por lo menos, eso me dije.

—Se lo diré —contestó Henry, que asintió. Luego se volvió hacia mí—. ¿No tienes que trabajar hasta las cinco? —me preguntó.

Sonreí para animarlo.

—Hablaré con el señor Reed. No te preocupes —respondí, dándole un golpecito en el brazo a Henry.

Puso cara de preocupación, con los labios apretados. Suspiré con discreción. Siempre había sido una persona muy sentimental. Al contrario que yo, a menudo me consideraban fría. Él era simpático, abierto, bromista y un entusiasta. Sin embargo, los problemas, fueran suyos o de los demás, le hundían el ánimo y yo siempre me sentía obligada a aguantarlo como una columna de soporte. Me prohibí dudar de mi plan para poder apoyar a Henry. Ya se preocupaba él lo suficiente por los dos.

—¿Estás segura de que es buena idea? Mamá y Rachel. Podría ser muy intenso —dijo.

—No seas tonto. Rachel es la criatura más encantadora de toda Gran Bretaña. Mamá se enamorará de ella de los pies a la cabeza. De eso estoy segura.

Henry me sonrió.

—Sí, tal vez tengas razón —dijo, y sus ojos adquirieron un brillo melancólico al pensar en Rachel.

Un fino pinchazo de envidia me atravesó el pecho: estaba enamorado y sabía que le correspondían. Pero yo daría cualquier cosa para que mi hermano consiguiera ser feliz; si no, me lo reprocharía eternamente.

Comimos paté de carne y diferentes verduras y patatas. También hablamos de la tarde que nos esperaba (un poco) y de naderías (un mucho).

Me sentó bien pasar un rato con mi hermano, y regresé a la biblioteca con la intención de pedirle a Thomas que me dejara salir una hora antes.

Me deslicé rápidamente en el frío, más y más intenso con el pasar de los días. ¿Cuánto frío podría hacer en Londres?

Pensé en mi casa con cierta añoranza, en lo suaves que eran los inviernos allí y que en adelante debería acostumbrarme al clima de Londres. A fin de cuentas, ahora vivía allí.

Entré presurosa en las cálidas salas de la biblioteca, que me recibieron como un nuevo hogar. Tuve claro que quedarme allí era la decisión correcta.

Fui a dejar el abrigo en la salita de espera, me arreglé la blusa, me puse recta la falda y revisé el peinado. Por lo general, me costaba mucho pedir algo

a los demás, pero con Thomas aún era un poco más difícil.

Pensé en que esa misma mañana había caminado agarrada de su brazo; luego acabé disgustada de nuevo. Siempre me perdía mi temperamento; mi orgullo tampoco facilitaba las cosas.

Pero, con todo, no había nada más bonito que pasar tiempo con Thomas. ¿Por qué me enfadaba por todo con él?

Enderecé los hombros, ignoré el cosquilleo de esperanza que notaba en mi interior y llamé con decisión a la puerta del despacho, como tenía previsto.

—Pase —dijo con un murmullo.

Bajé la manija. Me sudaban las manos.

Thomas estaba sentado en su escritorio, seguía consultando carpetas y supuse que apenas se había movido desde la mañana.

Probablemente, ni siquiera había comido nada al mediodía. Solté un bufido para mí misma y procuré reprimir mi enfado ante su actitud poco saludable. No era el momento de molestarse por esas cosas.

—Señor Reed —le dije, y avancé dos pasos en el despacho—, ¿puedo comentar algo con usted?

Thomas arrugó la frente de la concentración. Seguía en plena tarea, le di un momento antes de esperar una respuesta. Entre tanto, lo estuve observando, inclinado sobre sus carpetas. Había colgado la chaqueta en el respaldo de la silla, y se veía lo fuertes que tenía los hombros.

También se había arremangado la camisa, lo que dejaba al descubierto los antebrazos. Noté un cosquilleo en las puntas de los dedos, que estaban deseando acariciar la suavidad de su piel.

Descarté esa idea enseguida. Al mismo tiempo, se me ocurrieron cosas peores. La inclinación de la cabeza, que dejaba al descubierto el cuello; el pelo oscuro que se había toqueteado bien durante las últimas horas. Aquel caos absoluto pedía a gritos tocarlo con las manos.

—Disculpe, señorita Crumb —dijo de pronto Thomas.

Del susto que me llevé, abandoné de golpe mis vergonzosos pensamientos. Sus ojos castaño oscuro me miraron y sentí que el corazón iba a salirseme del pecho.

—¿Me permite que acabe esta tarea? Será un momento —dijo con cara de cansancio y la mente en otra parte.

—Claro, señor Reed.

Retrocedí un paso para que no se sintiera atosigado. Conocía la sensación de ser interrumpida cuando estás a punto de llegar al final. Ya fuera en el

trabajo o un libro, era molesto y costaba ocupar la mente en otra cosa con tranquilidad.

—Tengo que ir a buscar un libro. Luego podemos... —empezó a decir, pero dejó de hablar y se levantó de la silla mientras movía de un lado a otro unas notas.

Sonreí para mí y suspiré ante tanto desorden. El escritorio ya volvía a ser un caos de papeles, cartas, libros y carpetas. Pronto tendría que intervenir.

¿Cómo podía ser tan lógico y previsor y, al mismo tiempo, incapaz de mantener cierto orden? Siempre sería un misterio para mí.

—Espere un momento aquí, ahora vuelvo —me dijo de pasada.

Me dedicó su peculiar sonrisa distraída, luego pasó por mi lado y abrió la puerta. Parpadeé confundida, aún más alterada que antes, y procuré recobrar la compostura.

Solo iba a pedirle una hora libre, nada más. Mis nervios no estaban justificados, pero es que no podía evitarlo. Algunos sentimientos no se pueden controlar con la lógica.

No pude evitarlo, tenía que ocupar los dedos en algo. Así pues, me acerqué a una de las estanterías que había en la pared y me puse a clasificar los libros; saqué unas cuantas hojas que era evidente que deberían estar archivadas y recogí unas cuantas notas sueltas en un montón.

De pronto, se abrió la puerta tan de repente por detrás que me di la vuelta de un respingo.

Thomas había vuelto. Eso sí que había sido rápido.

Solo necesité volver a mirar para saber que algo no iba bien. Además de regresar sin libro, tenía la angustia reflejada en los ojos, la respiración demasiado agitada y los hombros en tensión: como si afuera hubiera topado con un animal salvaje... o con un espectro.

—¿Va todo bien? —pregunté, preocupada.

No pude evitar acercarme un poco a él.

Thomas se concentró, necesitó un segundo para recuperarse y luego se volvió de nuevo hacia la puerta para cerrarla con llave con un movimiento brusco.

Me estremecí. ¿Qué significaba eso?

—La señorita Brandon-Welderson está en el vestíbulo —soltó finalmente, y regresó presuroso a la puerta como si ella fuera a atravesarla en cualquier momento—. Y hoy es martes. Estoy seguro de que es martes —murmuró, más para sí mismo que para mí.

Hice una mueca escéptica.

Es martes, ¿verdad? —Me preguntó.

Yo reprimí una sonrisa.

El comportamiento de Thomas era absurdo. Al fin y al cabo, la señorita Brandon-Welderson solo era una mujer insistente. Por supuesto, admitía que tenía sus defectos y que tampoco era mi compañía preferida, pero me parecía que estaba exagerando.

—Sí, es martes —le confirmé, casi sin poder evitar reírme de él—. Pero da igual el día que sea, tiene que hablar con ella —le reprendí, y junté las manos en la barriga.

—No, señorita Crumb —susurró Thomas—. No la soporto. Solo con que abra la boca perderé los estribos y enviaré al cuerno a esa tonta engreída —masculló.

¿Por qué la odiaba tanto? Ah, sí, claro: porque, de pequeño, lo había acusado de ser un ladronzuelo. Thomas me lo había contado. La noche que no recordaba.

Aquel recuerdo me removió por dentro. Se me iluminaron los ojos. Intenté recordar más, toda la situación, el coche de caballos, los temas de conversación, pero sin éxito. Aparte de esa idea, todo lo demás seguía lleno de sombras.

Mi alegría se desmoronó de nuevo antes de que Thomas se diera cuenta. Disimulé mi decepción conmigo misma.

—¿Y qué quiere hacer? ¿Quedarse aquí a esperar a que desaparezca? —pregunté.

Thomas me fulminó con la mirada.

—¡Ese era justo el plan! —admitió.

—Pues es un mal plan. Si escucha con atención, notará que hay alguien en el despacho. Aunque guardemos silencio —respondí.

Se me quedó mirando, asombrado. Tenía experiencia en escuchar a escondidas. Bastaba un cambio del peso del cuerpo, un crujido de los tablones de madera, una respiración fuerte, un carraspeo, o la mera aura de una persona que se encuentre en el despacho.

—Tendríamos que meternos en un armario para que no nos oyera —añadí.

No tenía escapatoria de una situación que para mí solo tenía un final. ¡Tenía que enfrentarse a la señorita Brandon-Welderson!

Sin embargo, no contaba con que a Thomas Reed se le ocurriera algo muy distinto. Se le fueron los ojos hacia el armario que había en la pared de al lado

y que para mi desgracia había ordenado tan bien que en la parte de abajo quedaba espacio.

Thomas me miró.

Enseguida entendí lo que sucedería a continuación. Contuve la respiración, indignada, hice un gesto de reprobación con las manos y retrocedí un paso.

—¡Ah, no! —exclamé.

Thomas se acercó a mí.

—No se le ocurrirá... ¡Es absurdo! ¡Es un hombre adulto! —le reproché.

Intenté poner aún más distancia, pero él me siguió, muy decidido.

—¡Animant! —rugió.

Huí hacia detrás del escritorio.

—¡No me meteré voluntariamente con usted en ese armario bajo ningún concepto!

Pero entonces me agarró de pronto por la cintura y me levantó en el aire. Solté un chillido del susto, se me paró el corazón y sentí un cosquilleo tan fuerte en la barriga que empezó a expandirse por todo el cuerpo. Noté un breve mareo por la cantidad de sentimientos que me asaltaban tan de repente.

¡Thomas Reed estaba intentando meterme en un armario!

—Entonces no me deja elección —me dijo al oído.

Y yo tenía sentimientos tan encontrados...

—¡Pero no puede esconderse en un armario!

Quise apelar al sentido común antes de quedarme sin palabras. Tomé aire para seguir hablando, pero Thomas me tapó la boca con una mano.

—¿En serio? —quise decirle, pero solo se oyó un «mm, mm, mm».

Intenté patalear, resistirme, pero era mucho más fuerte que yo. En cuanto me descuidé, ya estábamos en el suelo del armario y había cerrado las pesadas puertas de madera.

Indignada, me apoyé en el bibliotecario, intenté liberarme de alguna manera. Solo conseguí que Thomas me sujetara con más fuerza como si fueran unas tenazas que me impedían moverme.

No me lo podía creer: estaba sentada en un armario oscuro, en el regazo del hombre del que estaba locamente enamorada, arrimada a él hasta notar el calor de su cuerpo. Y todo por una situación realmente absurda.

Por lo menos retiró despacio la mano de mi boca para que pudiera respirar mejor.

Desgraciadamente, con eso no dejé de notar el latido de mi corazón contra las costillas, tan fuerte que dolía; las mariposas en el estómago me hacían casi

imposible pensar. Seguramente, ya tenía el rostro colorado de la vergüenza y procuré no fijarme en que Thomas Reed llevaba la camisa arremangada y que, por tanto, mis dedos rozaban su piel.

Sentí calor y frío a la vez. Con el zumbido que notaba en los oídos, casi no oí cómo llamaban a la puerta.

—¿Señor Reed? —dijo una voz de mujer que nos llegó muy amortiguada. Thomas se arrimó un poco más hacia mí.

—Esto es ridículo —susurré, incapaz de mantener la calma.

El silencio era insoportable en mi cabeza, que no podía procesar todo lo que estaba sintiendo.

Thomas no me contestó, apenas se movió; con un poco de suerte se avergonzaría de su conducta infantil. Aflojó un poco los brazos que me rodeaban la cintura y yo me incorporé otro poco para no estar tan cerca.

Torpemente, intenté colocar las piernas en una posición más cómoda, sin acercarme más a Thomas. Tiré de la falda. La posición de la tela no era ideal: para mi gusto, dejaba al descubierto demasiada pierna. Me alegré de que allí dentro estuviera tan oscuro.

—¿Señor Reed? ¿Está usted ahí? —Se oyó de nuevo desde el pasillo.

Hice un gesto de desconcierto con la cabeza.

—¿Por qué tenía que entrar con usted en el armario? —pregunté en voz baja, y me di cuenta de que sería difícil no reclinar me hacia atrás.

En realidad, no esperaba respuesta, pero Thomas inclinó la cabeza hacia mí, se acercó aún más y sus labios casi me rozaron la oreja. Sentí un nuevo mareo y tuve que contenerme para que no se me acelerara la respiración.

—Porque con toda seguridad me habría delatado —susurró, nervioso, y su aliento me acarició el cuello.

Se me puso la piel de gallina ahí mismo. En ese momento, caí en la cuenta de lo profunda que era la voz de Thomas Reed. Sin embargo, tal vez fuera porque hablaba en susurros. O porque se había encerrado en un armario con una mujer.

Mis pensamientos entraron en terrenos pantanosos y noté un calor en la barriga que amenazaba con quemarme por dentro. Estaba demasiado cerca de él. Nuestras manos estaban tan juntas que solo hacía falta un mínimo movimiento para entrelazar los dedos. Solo con volverme un poco podría besarle en los labios.

No obstante, no hice ni lo uno ni lo otro; sabía que necesitaba distraerme enseguida para no ceder a la locura ahí mismo.

—Hoy necesitaría salir una hora antes —dije a media voz.

Giré un poco la cabeza hacia él para que me oyera mejor.

—¿Qué planes tiene? —preguntó, pero como hablaba tan flojo no pude apreciar si le interesaba de verdad.

Estuve pensando un momento si debía hablarle de Henry y de su situación crítica, pero decidí que no. A fin de cuentas, era un secreto. Además, Thomas se habría reído de mí si le contara que estaba intentando ayudar a dos personas a vivir su amor.

—Asuntos familiares.

Detrás de mí, oí un bufido divertido de Thomas.

No podía verle la cara, claro, así que solo me quedaba deducir qué estaba pensando.

—Está sentada en un armario conmigo, Animant —dijo Thomas, que se rio por lo bajo—. Creo que le debo un favor.

Pese a que todo era surrealista y caótico, no pude evitar sonreír cuando pronunció mi nombre. Últimamente, lo hacía mucho, pero rara vez tenía ocasión de disfrutarlo.

—Lo va a pagar de todos modos, Thomas —respondí.

Me resultó muy raro usar su nombre de pila. Raro, pero agradable. De confianza. Y el cosquilleo en el estómago se intensificó aún más.

Me dolía la espalda, el cuello se me estaba contrayendo poco a poco por la posición forzada y me pregunté cuánto tiempo estaríamos ahí dentro. Por desgracia, sabía que la señorita Brandon-Welderson era una persona muy tenaz; sin duda, esperaría unos minutos delante del despacho antes de decidirse a marchar.

Me costaría mucho aguantar tanto tiempo, así que decidí rendirme. Me dejé caer hacia atrás, contra el pecho de Thomas, y apoyé la cabeza en su hombro para estar un poco más cómoda. ¿Qué importaba ya?

Sin embargo, en cuanto me apoyé en él, noté que sí que importaba. Antes éramos dos personas metidas en un armario. Ahora éramos dos personas en un armario que estaban muy cerca.

Noté cómo algo cambiaba en el ambiente entre nosotros, cómo las manos que antes me sujetaban por la cintura pasaban a abrazar, cómo la incertidumbre daba paso a la confianza. Oí el latido del corazón de Thomas, tan rápido como el mío. Cerré los ojos cuando movió la mano muy despacio por mi costado y temí desmayarme cuando apoyó la mejilla en mi cabeza.

De pronto, me pasó por la cabeza como un rayo. El jueves anterior en el coche de caballos. Me asaltó el recuerdo, me removié por dentro, me hizo pensar en todo a la vez.

Estábamos sentados uno al lado del otro. Yo estaba apoyada en él, y él me sujetaba. Tenía la mejilla apoyada en mi cabeza, la mano en mi costado. Y me dijo que no era un caballero, que no sabía ser educado y encantador, y que por eso nunca estaría a mi altura.

Tenía la boca tan seca que apenas podía tragar saliva. Ya no sabía qué pensar. ¿Cabía la posibilidad de interpretarlo de otra manera que no fuera que yo le gustaba? ¿No era así?

La circulación se me ralentizó un poco y me sentí como en caída libre. Todo en mí estaba alterado: el corazón, la mente, el cuerpo y el alma. No había nada que deseara con más intensidad que aquello.

«Yo» le gustaba a Thomas. Hice acopio de todo el valor. Retiré la mano de la tela de mi falda, a la que hasta entonces me aferraba con decisión, la desplacé al costado y poco a poco la entrelacé con los cálidos dedos de Thomas.



## CUADRAGÉSIMO TERCERO, O CUANDO PUSE MI PLAN EN MARCHA

*Era* como si lleváramos una eternidad sentados en ese armario, pero como si a la vez el tiempo que llevábamos ahí me pareciera muy corto. Estábamos callados, apenas nos movíamos. Podía oír el latido desbocado de mi corazón. Thomas me abrazaba, dejó los dedos como estaban y yo disfruté de la cercanía.

Fuera volvieron a llamar a la puerta. Y luego, una última vez. Después se hizo el silencio. Al cabo de un rato, ambos supimos que la señorita Brandon-Welderson se había ido.

Deberíamos habernos levantado, dejar el aire pegajoso y caliente del armario y por fin estirar las piernas. Sin embargo, nos quedamos ahí, sin saber quién de los dos daría el primer paso que acabaría con aquella intimidad.

Me quedé quieta, fingiendo no ser consciente de que ya había llegado el momento y procuré sumergirme en los sentimientos que me provocaban tanta agitación. El latido del corazón, el cosquilleo en el estómago, la maravillosa sensación de notar las manos de Thomas, una en el costado y la otra entrelazada con la mía.

Entonces Thomas se movió y comprendí que se había terminado. Retiró la mano con mucha suavidad, se aclaró la garganta, cohibido, y empujó la puerta del armario desde dentro.

El momento había pasado, y con el aire fresco llegó también la realidad. Y la realidad era que había estado en un armario sentada en el regazo de un hombre.

Noté cómo la timidez se iba apoderando de mí y las mejillas se teñían de rojo; me apoyé en la pared del armario para ponerme en pie y salir de él.

Tenía las piernas entumecidas. En cuanto me incorporé, noté un terrible hormigueo. Di dos pasos inseguros, me erguí junto al escritorio y procuré no mirar a Thomas bajo ningún concepto. Él también salió del armario y se alisó la camisa y el chaleco.

Por suerte, no nos había visto nadie. No quería ni imaginar la vergüenza si aquello llegaba a oídos de mi tío. ¡O de mi padre, Dios no lo quisiera!

Tomé aire, lo expulsé con calma y me dije que, al fin y al cabo, no había sido idea mía. Había dicho bien alto y claro que no iba a meterme en ese armario por voluntad propia, y no lo había hecho.

Me había obligado. Thomas me había sujetado y me había arrastrado. Pese a que moralmente no podía aprobarlo, había sido maravilloso.

Noté frío en el despacho expuesto como estaba a las corrientes de aire, eché de menos el calor de Thomas y la sensación de protección que había tenido dentro del armario.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Thomas, que se había puesto a mi lado.

Alcé la vista hacia él. Me miró, confuso y alterado a la vez. Tenía el pelo desgreñado, las manos demasiado lejos. Los labios poseían ese mágico atractivo que me impedía apartar la vista de ellos.

Sin embargo, me contuve. Ya había vivido emociones suficientes durante los últimos minutos.

—Sí —contesté con un hilo de voz, cosa que ya no me parecía tan fantástica—. Es que se me han dormido las piernas —le expliqué.

Thomas esbozó una media sonrisa. Se me derritió el corazón en el pecho.

—Por suerte no lleva faldas tan amplias; de lo contrario, no habríamos cabido —bromeó, con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones.

Me alegré de que se lo tomara todo tan a la ligera, porque hacía que la situación fuera menos bochornosa. Hice una mueca, pero no pude evitar sonreír.

—Está usted loco —le solté con grosería.

—Bueno, puede ser. Pero conmigo no se aburre, ¿no? —contestó con descaro.

Pero no podía más que darle la razón. Solo con estar en una habitación con él sentada, leyendo, ya se creaba un ambiente muy agradable. Deseé tener tiempo, los dos con un libro, solo para poder seguir estando juntos. Sin embargo, estábamos en la biblioteca, y teníamos trabajo.

Moví los dedos de los pies en los zapatos para ver si podía volver a usar las piernas y me separé del borde de la mesa, cuando las punzadas desaparecieron.

Thomas siguió con la vista clavada en mí, me estaba estudiando. Su mirada silenciosa hizo que me sonrojara.

—Luego volveré a trabajar —dije con más firmeza, atrapada por su mirada.

Me pregunté qué sentía al mirarme. ¿Estaba tan enamorado como yo o ese tipo de sentimientos estaban reservados al género femenino?

—Hágalo —soltó Thomas con una sonrisilla.

Casi me muerto cuando sus ojos castaños me miraron como si pudieran ver mi alma.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta, intenté luchar contra el mareo que sentía en la barriga, levanté la falda con los dedos para caminar mejor y hui de Thomas.

Abrí la puerta del despacho y me precipité a la galería circular. Estuve a punto de chocar con un estudiante que hacía equilibrios con un montón de libros.

Me disculpé a toda prisa, recé en silencio para que Thomas no me hubiera visto y bajé a mi sala para calmarme de una vez. Seguía teniendo el corazón desbocado y apenas comprendía qué acababa de suceder. Una idea se imponía sobre las demás: le gustaba a Thomas Reed.

Tenía que ser así. Valoraba mi compañía, se reía y bromeaba conmigo. Había notado lo rápido que le latía el corazón cuando estuve tan cerca de él. No había retirado la mano, incluso me había abrazado y sus miradas lo decían todo.

Tal vez no tuviera mucha experiencia en el terreno sentimental. Y era cierto que con el señor Boyle se me habían pasado muchas señales, pero había que ser ciega y sorda para no darse cuenta esta vez.

Noté una ola de frío y de calor que me bajaba por la espalda. Una alegría desenfrenada me invadió de golpe.

Después de eso, me costó una barbaridad volver a concentrarme en el trabajo. Hice poca cosa y no paraba de cruzarme con Thomas, como si encima provocara esos encuentros.

Me sonrió con cierta picardía en los ojos y procuré recordar cómo era al principio de conocernos. Como mínimo, no sonreía tanto. De eso estaba segura.

Y yo tampoco.

Empecé a imaginar cómo podría ser el futuro. Me quedaría en Londres, trabajaríamos codo con codo en la biblioteca hasta que uno de los dos reuniera el valor para declararse.

O sucedería sin más. Simplemente, un día nos encontraríamos y sabríamos lo que sentíamos, sin necesidad de decirlo.

Sonreí discretamente. Me sentí muy animada... hasta que me acordé de Henry.

Ya eran casi las cuatro cuando caí en la cuenta de lo que me esperaba. Fue como un golpe en las entrañas.

Me iba de compras por la ciudad. Con mi madre. Y Rachel.

Noté de nuevo la carga sobre mis hombros. Puse los pies en el suelo e intenté prepararme para lo que se me venía encima.

Fui a buscar mi abrigo, me tapé bien con la bufanda y bajé la escalera.

Thomas estaba cerca, apoyado en la barandilla de la galería circular, así que me detuve en el primer peldaño de la escalera para despedirme antes de irme.

Lo observé un momento, cómo miraba con intensidad el libro, cómo se le deslizaban las gafas por la nariz y movía pensativo el reloj plateado de bolsillo con la mano que le quedaba libre. Sentí un revuelo en el corazón y esa agradable sensación en el estómago.

—Que tenga una buena tarde, señor Reed —le dije con cautela.

Él levantó la mirada del libro enseguida.

—Ah, ¿se va? —dijo, un tanto confuso, y se dio la vuelta para consultar el reloj del vestíbulo.

—Sí —contesté con una sonrisa.

Thomas me miró de nuevo y sacó a toda prisa el reloj del bolsillo. En su rostro vi claramente que intentaba decirme algo que por algún motivo no le salía. Esperé con paciencia, sin agobiarlo. Así pasaba un rato más con él.

—¿Esta noche cenará en nuestro comedor? —me preguntó tras una pausa demasiado larga.

Las mariposas que revolotearon en mi estómago casi hicieron que me desmayara allí mismo. Supuse que lo decía porque quería que cenáramos juntos.

Sin embargo, los ánimos se desplomaron enseguida cuando fui consciente de que no podría porque tenía pensado pasar la noche en casa de mi tío. Me dolió casi físicamente tomar la decisión de anteponer la felicidad de Henry a la mía. Hice un gesto de disculpa.

—Me temo que tendré que pasar la noche con mi madre —dije con la respiración entrecortada, deseando que la situación fuera distinta.

Thomas asintió. Si mi respuesta le había supuesto una decepción, lo disimuló perfectamente. Solo la sonrisa desapareció de la comisura de los labios.

—Entonces que lo pase usted bien, señorita Crumb —se despidió, e inclinó la cabeza como para hacer una reverencia.

El calor del estómago se convirtió en un intenso hormigueo.

—Gracias, señor Reed —contesté.

Disfruté durante un segundo de más del contacto visual y meforcé a girar la cabeza y bajar los escalones.

Noté la mirada de Thomas clavada en mi espalda, pero intenté concentrarme para no dar un traspié o hacer algo igual de vergonzoso. Con todo, llegué a la salida sin incidentes y salí al frío invernal.

El aire fresco me ayudó a aclarar las ideas. Caminar rápido por el recinto de la universidad me dio la perspectiva necesaria para prepararme para lo que se avecinaba.

Llamé a la puerta de casa de mi tío. Antes de volver a golpear los nudillos en la madera, mi madre abrió la puerta.

—¡Aquí estás! —exclamó, eufórica y con un brillo en los ojos. Estiró los brazos hacia mí. Le concedí el gusto y dejé que me diera un abrazo.

Ya estaba preparada, con abrigo, bufanda y guantes gruesos de lana. Acto seguido se puso a parlotear, encantada: sobre la moda actual, las mejores tiendas de Londres y la pequeña casa de té en la que había estado con la tía Lillian la semana anterior y que quería enseñarme sin falta.

Le ofrecí el brazo para que se apoyara. Ella me miró con cierto asombro, pero no dudó ni un segundo por si cambiaba de opinión. Seguro que le sorprendía tanta amabilidad por mi parte, pero iba a hacer todo lo que normalmente deseaba para no causarle ningún disgusto.

No esperaba ninguna queja, no era una persona muy desconfiada. De hecho, con los alicientes adecuados era una persona muy alegre.

La escuché, incluso hice comentarios y procuré no pensar en Thomas Reed. No me salió muy bien, pues su imagen seguía poblando mis pensamientos. Miré a mi madre y me pregunté qué pensaría si lo supiera.

Siempre había deseado que me enamorara, y eso implicaba casarse con ese hombre. Pese a que sus elecciones siempre eran jóvenes adinerados de familias bien consideradas, aquello no significaba que no valorara nada más.

Se debía más bien a que eran los únicos hombres solteros en nuestros círculos sociales.

Sin embargo, no podía imaginar del todo qué pensaría de Thomas Reed. Puede que no le importara que acabara con un hombre que no se correspondiera con mi posición social, pero es que Thomas no tenía muy buena reputación.

Mi tío no tenía una buena opinión de él, como el resto del mundo. Era huraño, maleducado y no muy sociable.

El primer encuentro sería terrible, pensé, así que procuré quitarme la idea de la cabeza. Ahora no servía de nada pensar en ello.

Llevé a mi madre hasta la pastelería donde nos encontraríamos con Rachel. Ahí estaba ella, en pleno frío, con un abrigo grueso y los hombros encogidos.

La saludé de lejos y vi cómo se ponía aún más rígida. Debía de estar de los nervios. Tenía los ojos muy abiertos, la boca torcida, en forma de corazón, y las cejas unidas en un gesto de preocupación.

—Esa es mi amiga Rachel —le dije a madre.

Ella levantó la vista hacia donde yo estaba mirando.

—Ah —dijo, sorprendida. Luego me miró, desconcertada—. Pero esa no es la chica con la que sueles salir, ¿no? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No, madre. Esa es Elisa —le confirmé, y cambiamos de acera.

Mi madre lo aceptó sin más y nos levantamos las faldas para pasar por encima del lodo con nieve que se había acumulado en los bordes de la calle.

—Buenos días, Rachel —la saludé con una sonrisa, como si fuéramos amigas desde hacía tiempo.

—Buenos días, Animant —respondió ella con un hilo de voz, y miró con timidez a mi madre.

—Rachel, déjame que te presente a mi madre, la señora Charlotte Crumb. Madre, esta es mi buena amiga Rachel Cohen —las presenté, y esboqué una sonrisa de oreja a oreja para facilitar el acercamiento.

Rachel también intentó sonreír, pero le daba mucha vergüenza, aunque a mi madre le importó poco. Observaba con curiosidad el dulce rostro de Rachel y le hizo un gesto amable con la cabeza.

—Bueno, vamos a investigar las maravillosas tiendas de Londres —dijo mi madre con ímpetu. Rachel sonrió con más ganas—. Dígame, señorita Cohen, ¿vive en Londres? —preguntó mi madre directamente.

Rachel asintió a toda prisa.

—Sí, hace más de cinco años —contestó.

Mi madre la miró asombrada.

—Eso es fantástico —exclamó, y dio una palmada con las manos enguantadas—. ¿Sería tan amable de enseñarnos sus lugares preferidos? —preguntó.

Y nos pusimos en marcha poco a poco.

—Claro, señora Crumb. Como desee —accedió Rachel.

Mi madre caminó hacia delante con tanta energía que la falda se balanceaba con alegría.

Reprimí una mueca divertida y me alegré de no haberme equivocado con mi madre. Siempre estaba dispuesta a conocer a gente nueva, era sociable y vivaz, y el nuevo entorno de Londres había dado alas a su carácter, de natural alegre.

—Así pues, ¿adónde vamos primero? —preguntó mi madre, lo que me hizo salir de mis pensamientos.

—Bueno, en realidad, no necesito mucho —confesé. Ya me había preparado lo que quería decirle a continuación—: Es más por la salida en general.

Mi madre hizo un gesto con una ceja, como si aquello le molestara.

—¿Es irónico? —me preguntó con escepticismo.

Me eché a reír. Tenía toda la razón en desconfiar de mí en ese momento. Antes jamás habría dicho algo así.

Pese a que en ese momento tenía motivos ocultos, ya no me parecía tan improbable querer pasar tiempo libre con mi madre. La estancia en Londres nos había acercado, esperaba poder tener una mejor relación con ella en el futuro.

—No, madre. He aprendido —le aseguré.

Mi madre adoptó una expresión tan pícara que enseguida imaginé cómo debía de ser de joven.

Se inclinó más hacia mí.

—No sabes la alegría que me das —dijo.

Me eché a reír.

—Sí, lo sé perfectamente —repuse, dándole un empujoncito juguetón—. Pero es de mala educación cuchichear cuando excluyes a una tercera persona —le reprendí, como hacía ella tan a menudo conmigo.

Mi madre se incorporó.

—Por supuesto —dijo, y se volvió hacia Rachel, que caminaba en silencio a nuestro lado y había seguido aquella breve conversación.

—Disculpe, señorita Cohen. Debe saber que mi hija puede ser muy descortés —afirmó mi madre.

Hice un gesto de desesperación con la cabeza.

Rachel se rio y procuró retirarse de la frente un mechón extraviado con la gruesa manopla.

—Sí, lo sé —confirmó con una dulce sonrisa—. El día que nos conocimos me lanzó una bola de nieve a la cara —soltó.

Mi madre me miró sorprendida y yo sentí ganas de que me tragara la Tierra.

—¡Fue sin querer!

Pasamos por una calle ancha y luego nos dejamos guiar por Rachel hasta un estrecho callejón del barrio antiguo de Londres.

—Es cierto —dijo Rachel entre risas.

Mi madre se rio con ella.

—No lo puedo creer. Normalmente, tiene un carácter muy avinagrado —dijo.

—No tengo un carácter avinagrado —me defendí en tono neutro, y pensé en Thomas.

En mi Thomas, maravillosamente enfurruñado. Me atraía tanto con su mirada sombría y el pelo alborotado como en su versión alegre y algo pícara.

—Aparte de nuestra manera de conocernos poco convencional, Animant siempre ha sido de lo más encantadora conmigo —dijo Rachel.

—De algo tenía que servir mi educación —bromeó mi madre.

Y Rachel me miró riendo.

Podría haberme ofendido, pero lo dejé pasar. Mi plan empezaba a funcionar. Mi madre y Rachel se entendían. Tenían la misma manera ingenua de ver las cosas, les gustaba reír y disfrutaban de las pequeñas cosas de la vida. Rachel tenía buen corazón, mientras mi madre sentía debilidad por las chicas tímidas.

Rachel nos llevó a una pequeña casa de té, donde estuvo conversando animadamente con mi madre sobre las distintas clases de té y sus sabores. Yo intervenía muy de vez en cuando y dejaba que las cosas siguieran su curso.

Las tres compramos algo y luego nos pusimos en camino a ver a un modisto para encargarnos tres blusas muy sencillas para mí. Mi madre se quejó porque me daban un aspecto aún más severo, y Rachel me convenció para que añadiera un ribete fino en los puños.

Daba miedo ver lo rápido que se habían compinchado contra mí. Pero cuando las veía reír tapándose la boca, me alegraba al ver lo rápidamente que



Rachel había superado su timidez.

Solo había pasado una hora y ya nos habíamos quedado entumecidas por el aire gélido del principio del invierno londinense. Ansiaba tomarme una taza de té y una porción de pastel. Mi madre estuvo de acuerdo, y Rachel nos llevó al parque, en cuyo lateral había una casa de té.

Un grupo de cuatro hombres jóvenes se acercó a nosotras cuando íbamos a cruzar la calle para llegar al tentador calor de la casa de té. Llevaban abrigos oscuros, sombreros de copa propios de la clase alta y se reían a carcajadas. Sin embargo, al verlos, Rachel bajó la cabeza del susto.

Me di cuenta porque estaba justo al lado; al contraerse, chocó contra mí. Fue un instante, luego los chicos nos observaron más de cerca y uno fijó la mirada en Rachel.

—Eh, mirad, ¿esa no es la hija del judío chiflado? —exclamó más alto de lo que debiera.

Los demás la miraron.

—¡Sí, tienes razón! —le contestó otro.

Rachel se fue empequeñeciendo a mi lado, pero procuró no hacerles caso.

No paraba de mirar a mi madre, que observó a los muchachos molesta, pero sin entender qué estaba pasando.

Yo sí lo sabía. Sabían que Rachel era judía y era evidente que se estaban riendo de ella. Y eso, además de ser de mala educación, era bastante ruin.

Se acercaron mucho a nosotras. Uno incluso se inclinó hacia nosotras.

—Vaya, vaya —dijo, y a mí se me fue la mano sin querer.

Con un movimiento rápido, le di un golpe en la nuca al chico, que se estremeció del susto y estuvo a punto de perder el sombrero. Se me quedó mirando con ojos desconcertados, incapaz de entender qué había pasado.

Sin embargo, me importaba poco. Pese a que no lo había pensado del todo por el arrebato, no me arrepentía ni lo más mínimo. Elisa había sido una influencia en mí mayor de lo que pensaba.

—Sal de mi vista —mascullé.

Levanté la cabeza de manera que casi lo superé en altura y lo fulminé con la mirada.

El muchacho no dijo nada, se limitó a mirar en todas direcciones por si nos estaba viendo alguien aparte de sus compinches; luego se fue a toda prisa.

Cuando estuve segura de que no iban a volver, aparté la vista de ellos y me volví de nuevo hacia la pobre Rachel, que miraba al suelo con la cara colorada y parpadeaba con rapidez para no llorar.

Suspiré para controlarme, no sabía qué hacer con mi rabia interna. ¿Por qué le gente tenía que ser tan idiota? Por supuesto, era la persona menos indicada para alardear de una conducta siempre impecable, pero jamás me comportaría de una forma tan horrible.

—¿Te encuentras bien, Rachel? —le pregunté, y le rocé el brazo.

Ella levantó la cabeza con cuidado, siguió parpadeando contra las lágrimas y asintió, reservada.

—Yo, eh, sí... —tartamudeó.

Mi madre la abrazó por la cintura.

—Vamos a tomar un té —dijo en ese tono cariñoso que solo era capaz de emplear una madre—. Eso aplaca los nervios —añadió, miró los carruajes que se acercaban y ayudó a Rachel a cruzar la calle.

Yo las seguí, asombrada por la abnegada predisposición a ayudar de mi madre. Probablemente, ni siquiera sabía qué estaba pasando, pero no lo preguntó y se ocupó del bienestar de esa chica.

Entramos en la casa de té. Dentro nos recibió el calor y una joven dama nos llevó hasta una mesita que había en uno de los reservados del fondo. El ventanal de ese rincón más bien oculto tenía vistas al parque nevado.

Pedimos tres té y sendos trozos de pastel. Nos quitamos los abrigos y nos calmamos.

Rachel recuperó el color natural del rostro, mientras que mi madre hablaba a gritos de naderías para distraerla.

El té llegó rápido, pues, con tanta nieve en las calles, había mucha gente que no salía de sus casas.

La bebida caliente nos sentó de maravilla, y los pasteles, aún más. Estábamos hablando del clima de los últimos días cuando Rachel se disculpó un momento para asearse.

La seguimos con la mirada y una sonrisa; sin embargo, en cuanto desapareció por la esquina, mi madre se quitó la máscara alegre. Me miró confusa, con la inquietud reflejada en el rostro.

—¿Qué ha sido eso de antes? ¿Por qué esos chicos se han portado tan mal? —me preguntó.

Me sorprendió ese repentino cambio de actitud. No imaginaba que mi madre se hubiera tomado el asunto en serio y pusiera buena cara solo para Rachel.

—Se estaban mofando de Rachel —le aclaré, aunque imaginaba que mi madre también se había dado cuenta.

—Pero ¿por qué hacen algo así? —preguntó, horrorizada.

Lanzó una mirada en la dirección por donde Rachel había desaparecido. Arrugó la frente, reflexionó y decidí que era el momento de la verdad.

Resultaba evidente que a mi madre le caía bien y tenía que aprovecharlo antes de que sus propias cavilaciones tomaran un derrotero equivocado.

—Porque es judía, madre —dije. Vi el desconcierto en su mirada—. Pero no es motivo para preocuparse —añadí, procurando sonar tranquila y culta.

No podía imaginar que mi madre tuviera algún conocimiento sólido sobre los judíos. Probablemente, solo sabía lo que se contaba por ahí.

—Ah —exclamó, y juntó las manos en el pecho en un gesto de consternación—. Pero ¿no fueron los judíos los que crucificaron a Jesús? —preguntó.

Ese era justo el tipo de prejuicio que esperaba. Sujeté mi taza de té entre los dedos.

—Sí —confirmé, pero no lo dejé ahí—. Y Jesús también era judío. San Pedro era judío, igual que los demás.

Bebí un sorbo de té, para dejarle claro que no era un tema tan delicado como se solía considerar. Por supuesto, no era cierto, pero no ayudaría a nadie que se empecinara en un asunto así.

—Y los hombres que en las Cruzadas, con el pretexto de llevar a cabo una misión en Oriente Medio, masacraron a millones de personas eran cristianos —añadí, consciente de que ni siquiera mi madre podía replicar nada a eso—. Los seres humanos cometen atrocidades, pero no tiene nada que ver con su orientación religiosa, sino con que son seres humanos.

La miré esperanzada, para ver si estaba de acuerdo o me refutaba. Me aferré a mi taza, pese a que por fuera seguía procurando dar una impresión de sosiego.

Mi madre parpadeó unas cuantas veces y asintió, vacilante.

—Tú debes de saberlo —dijo, y respiré aliviada—. Si no lo sabes tú, ¿quién? —añadió.

No pude evitar sonreír al ver que empezaba a valorar mi erudición. Tal vez fuera porque por fin la aplicaba a cosas útiles y no para sentarme sola en un rincón detrás de un libro y desaparecer del mundo.

Por el rabillo del ojo, vi que Rachel se acercaba a nuestra mesa. Justo en el momento adecuado.

—Mírala —dije, y señalé con la barbilla en dirección a Rachel—. ¿Tú crees que sería capaz de crucificar a Jesús? —murmuré.

Mi madre miró a Rachel con una sonrisa conciliadora.

Rachel era realmente encantadora. Tenía las mejillas redondas ligeramente sonrosadas, y los rizos oscuros, recogidos. Llevaba un vestido de color rosa claro, sencillo pero con un estampado muy elegante. La amplia falda oscilaba al ritmo de sus pasos. Todos sus movimientos eran de una suavidad especial que dejaba traslucir su carácter apacible.

—No, tienes razón —dijo mi madre con un suspiro. Su sonrisa se volvió aún más amable—. Es un amor.

Rachel se sentó con nosotras, nos miró con timidez a mi madre y a mí, y me puse a parlotear de las tartaletas de la pastelería donde habíamos quedado, para evitar que se prolongara un silencio incómodo.

Mi madre no tardó en unirse. Estuvo un rato charlando con Rachel sobre las ventajas de la crema de mantequilla frente a una simple cucharada de nata. Aproveché para terminarme el té. Las dos acabaron charlando con las cabezas muy juntas. En un momento de descuido, mis pensamientos se desviaron.

Me esforcé por centrarme y prestar toda mi atención a Rachel y a mi plan, que ya había superado la segunda dificultad. Sin embargo, mis pensamientos no paraban de ir a Thomas Reed, a sus dedos largos y fuertes sujetando una taza de té, a la expresión de su rostro al tomar el primer sorbo; luego abría los ojos y me lanzaba esa mirada provocadora por encima del borde de la taza.

Se me aceleró el corazón y noté aquellas mariposas en el estómago. De pronto, mi madre me tocó con una mano y regresé a la realidad de un respingo.

—Tenemos que llevarnos unos cuantos pasteles a casa, Ani —exclamó, exultante.

Asentí, aunque aún me estaba comiendo el trozo que había escogido. Pero los pasteles siempre sentaban bien. Sobre todo a los nervios y a un estómago débil.

—Y tú tienes que quedarte a cenar, querida —le dijo de pronto a Rachel, que se la quedó mirando, asustada. Mi madre, en cambio, no se dio cuenta por la emoción—. También estará mi hijo Henry. Es un joven maravilloso. Tengo que presentártelo —añadió mi madre.

Al oír aquel nombre, Rachel palideció. Temía estar con Henry en la misma sala, con mi madre, tío Alfred y tía Lillian. Seguro que no era buena actriz. Además, a Henry se le notaban las mentiras en la punta de la nariz. La tía Lillian no tardaría ni diez segundos en sospechar.

Pero Rachel no tenía la información de la que yo disponía. Por su tono de voz, supe que quería emparejarlos. Por lo visto, no solo tenía que buscarme una pareja a mí, sino también a Henry.

Casi era demasiado bueno para ser cierto. Mi madre ya se estaría imaginando la boda de Henry y Rachel, y eso era más de lo que esperaba lograr.

Mi plan solo había querido conseguir que mi madre le cogiera cariño a Rachel y accediera, por tanto, a que tuvieran una relación. Sin embargo, que intentara lograrlo ella misma era fantástico. Siempre se podía contar con la obsesión de mi madre por las bodas.

## CUADRAGÉSIMO CUARTO, O CUANDO FUI LA ÚNICA QUE MANTUVE LA CALMA

Mi madre compró un pequeño ejército de tartaletas porque fue incapaz de decidirse y las hizo enviar de la pastelería a casa. Nosotras también nos pusimos en camino.

Rachel había intentado rechazar la invitación con todo tipo de excusas, pero mi madre estaba decidida como nunca a juntar una pareja y no admitió réplica alguna.

Conocía muy bien ese método: así había conseguido muchas veces que fuera a recepciones, bailes y otras reuniones sociales.

Ya estábamos delante de la casa de mi tío; se apoderaron de mí ciertos nervios cuando mi madre hizo sonar la aldaba.

Rachel se agarraba con fuerza a mi brazo, que yo misma le había ofrecido. La expresión de su rostro cambiaba sin cesar. Estaba inquieta, miedosa, aterrada, pero, al mismo tiempo, contenta porque iba a ver a Henry y porque de aquella triunfal tarde había surgido la esperanza de que todo llegara a buen puerto.

Durante el camino le fui dando palmaditas en la mano, le aseguré que le había robado el corazón a mi madre y que no tenía nada que temer.

Oímos pasos en el pasillo. Esperaba ver el rostro callado y amable del señor Dolls abriéndonos la puerta, pero quien lo hizo fue mi padre.

Al reconocerlo, mi primer impulso fue soltar un grito y lanzarme a sus brazos con una sonrisa. Lo había echado de menos; en ese momento, fui consciente de hasta qué punto.

Con todo, al cabo de un segundo, noté a Rachel en el brazo y se me atragantó la alegría.

Mi padre estaba en casa: la confrontación era inevitable. Aquello no entraba en mis planes. Esperaba que mi madre regresara al campo en cuanto le anunciara que no iba a acompañarla. Allí le hablaría a mi padre de esa chica maravillosa que estaba hecha para su Henry y a la que, pese a ser judía, no se le podía poner ningún reparo.

Mi padre se ofendería, tal vez se pondría un poco brusco, pero mamá sabía cómo hacerle cambiar de humor.

Sin embargo, ahora era todo distinto. El método lento e indoloro se acababa de venir abajo en ese momento; noté cómo caía presa del pánico.

—¡Charles! —exclamó mi madre, exaltada, con el tono de una esposa enamorada.

A Rachel le quedó claro que ese era el señor Charles Crumb.

Tras él llegó Henry. Apareció a toda prisa por el pasillo, me miró primero a mí y esbozó una sonrisa vacilante. Sin embargo, cuando vio a Rachel, prácticamente pude comprobar cómo se le helaba la sangre en las venas.

Volvió a mirarme a mí, en busca de ayuda, confuso. No pude hacer otra cosa que disimular mis propios sentimientos y animarlo con la mirada. Mi padre nos invitó a pasar y me saludó con un fuerte abrazo. Entonces se dio cuenta de que no habíamos llegado solas.

—Esta es mi querida amiga Rachel —dije.

Él ladeó la cabeza mientras ella hacía una reverencia, cohibida.

—¿Cómo es que estás en Londres? —pregunté, procurando sonar contenta, cosa nada fácil, viendo el rostro pálido de Rachel por el rabillo del ojo.

—Os echaba de menos. La casa estaba muy vacía y pensé en venir a Londres, pasar unos días bonitos juntos y luego volver todos a casa —explicó mi padre, exultante.

Era evidente que lo consideraba un plan perfecto. No obstante, estaba poniendo en peligro el mío. Además de presentarse de la forma más inoportuna una noche que podría haber sido tan prometedora, creía que iba a volver a casa con él y con mi madre.

Sin embargo, ahora no era el momento oportuno para soltarle que había decidido quedarme en Londres. La situación ya era lo suficientemente crítica como para meter baza con mis cosas.

Si, contra todo pronóstico, superábamos bien aquella noche, podría decírselo al día siguiente a primera hora. Ya sería con la suficiente antelación.

Mi padre llevó a mi madre al salón, se puso a hablar de su viaje, y Henry, Rachel y yo nos quedamos en el pasillo.

—Esto es un desastre —susurró Henry.

A mi lado, Rachel apenas pudo controlar el pánico.

—No lo es. Lo conseguiremos —dije.

Tomé la mano de Rachel para llevarla al salón. Si nos quedábamos más tiempo ahí, levantaríamos sospechas.

Nos sentamos en un sofá pequeño delante de mis padres. Henry se instaló junto a la chimenea. Estaba inquieto y me dieron ganas de zarandearlo para que no pusiera las cosas más difíciles.

Por lo menos conseguí mantener la calma e implicar a Rachel en una conversación superficial sobre el uso de los polvos de tocador. Yo hablaba en voz baja. Ella se esforzó por contestar sin mirar a Henry todo el tiempo. No obstante, ambos eran muy malos disimulando sus sentimientos. Solo les faltaba un cartel que dijera: «¡Nos queremos! ¡Pero sabemos que el nuestro es un amor prohibido!». Cuánto dramatismo.

Cuando el tío Alfred llegó a casa, saludó a mi padre, eufórico. Se alegró de tener tantas visitas aquella noche. Por supuesto, también le dio la bienvenida a Rachel y le aseguró que el asado de cerdo de su casa era de los mejores de todo Londres.

La dulce sonrisa se desvaneció del rostro de Rachel; le apreté la mano mientras me preguntaba cómo se podía tener tanta mala suerte en una sola noche. ¿No podía ser otra cosa? ¿De verdad teníamos que servirle cerdo a una judía?

Antes de que se me ocurriera algo para disculpar a Rachel apareció la tía Lillian y nos llamó a la cena con una sonrisa de oreja a oreja.

Era una persona muy hospitalaria. Le gustaba la compañía e incluso bromeó y dijo que con tanta gente ya podría ser una pequeña fiesta.

Tomamos asiento en la mesa: Rachel a mi izquierda, Henry a mi derecha. Podía notar la tensión casi físicamente.

En la cabecera de la mesa, estaba sentado el tío Alfred; al lado, su hermano; y frente a nosotros, la tía Lillian y mi madre, que enseguida se puso a cuchichear sin parar de lanzar miradas furtivas a Henry, que intentaba parecer desinteresado.

Seguro que mi madre le estaba contando su intención de emparejar a Henry con Rachel. Me habría alegrado, sin duda, si mi padre no hubiera estado presente.

Llegó la comida y noté que se me hacía la boca agua. Tenía una pinta deliciosa. Estaba tan tensa que anhelaba un buen pedazo de carne. Sin embargo, debía mantenerme fuerte por Rachel.



Mi padre bendijo la mesa y luego se sirvió la comida. El señor Dolls recorrió la mesa y fue dejando a cada uno una ración generosa de asado de cerdo en el plato. Sirvió a Henry, que se había quedado de piedra. Luego me tocó a mí, pero negué con la cabeza.

—Gracias, señor Dolls, pero hoy voy a renunciar al asado —le dije.

La tía Lillian puso cara de sorpresa al otro lado de la mesa. Mi madre también se me quedó mirando, incrédula. Mi padre se aclaró la garganta, desconcertado.

—Me temo que nuestro copioso té me pesa un poco en el estómago. Los pasteles han sido demasiado —me disculpé. Luego me volví hacia Rachel—. ¿Verdad? —dije en busca de una confirmación.

Rachel se recompuso un poco.

—Ay, sí, tienes razón. Yo tampoco me encuentro muy bien. Tal vez esta noche deberíamos limitarnos a lo más ligero —concedió, y le acaricié la mano en un gesto de agradecimiento por su apoyo.

No sabía el sacrificio que estaba haciendo por ella. Henry tendría que devolvérmelo multiplicado por dos o por tres. Por mucho que le quisiera, con la comida no se jugaba.

—Bueno, como quieras —murmuró mi madre, un tanto molesta, pero se encogió de hombros y luego se dedicó a su plato.

Con todo, la tía Lillian no se dejó convencer tan fácilmente. Siguió con la mirada fija en mí, intentando interpretar mi extraña conducta. Aun así, tuvo la prudencia de no preguntármelo directamente.

El tío Alfred y mi padre se pusieron a hablar de negocios. No nos prestaban mucha atención y mi madre vi perfectamente que ya estaba planeando un asalto a Henry.

—Rachel —le dijo a la tímida chica. Ella levantó la cabeza con la mirada de un caniche asustado—. ¿Hace cuántos años que dijo que vivía en Londres? —preguntó mi madre, como si lo hubiera olvidado.

Reprimí un gesto de desesperación.

—Hace cinco años —repitió Rachel, obediente.

Mi madre miró a Henry.

—Mi hijo Henry lleva dos años estudiando Derecho en Londres. Seguro que alguna vez os habéis cruzado —comentó con naturalidad.

Henry alzó la vista.

—Londres es muy grande, madre. Y yo no salgo mucho —contestó, no con una calma absoluta, pero sí con la suficiente vaguedad para que luego no pudieran acusarlo de mentir.

Era la mejor táctica que podía emplear en ese momento.

Se puso a comer para tener algo que hacer mientras Rachel daba vueltas a las verduras a mi lado, nerviosa.

—Rachel, ¿a usted le gusta salir? —preguntó la tía Lillian.

Rachel asintió.

—Sí, mucho —confirmó ella, y esbozó una leve sonrisa muy dulce con sus sensuales labios—. Me gusta sobre todo la ópera —dijo.

Mi madre puso cara de asombro.

—Lillian —dijo, casi enfadada—, ¿cómo puede ser que lleve tanto tiempo en Londres y nunca se nos haya ocurrido ir a la ópera? —preguntó.

Me desesperé con ella, pero no me quejé. Mientras la conversación se mantuviera así de inofensiva, podríamos salir bien parados de la velada.

—Porque tantos gorgoritos me dan dolor de cabeza —gruñó el tío Alfred, aunque la mayoría no lo oyeron.

Solo mi padre dejó entrever una sonrisa mientras masticaba la carne.

—¿Y qué están poniendo ahora? —le preguntó mi madre a Rachel, a la que poco a poco se le iban tiñendo las mejillas de rojo.

—*La Traviata* y *Carmen* —contestó Rachel, de nuevo con un hilo de voz.

Cada vez tenía la respiración más distendida; poco a poco se iba relajando. Igual que yo.

Solo Henry seguía sentado con rigidez sin dejar de mirar el plato.

—¡Me gustaría ir a la ópera antes de irnos! —anunció mi madre, que miró a mi padre, quien asintió con benevolencia.

El tío Alfred negó con la cabeza.

—Pero sin mí —masculló.

Lillian soltó una risita. Le guiñó el ojo a su marido para animarlo y le dedicó una delicada sonrisa que lo ablandó un poco más.

—¿Nos acompañaría? —le dijo mi madre a Rachel, que no paraba de mirarnos indecisa a mi madre y a mí.

—Yo también iré, por supuesto —dije yo, esperando no tener que arrepentirme de ello.

No por la ópera, que sin duda sería magnífica, sino porque otra velada con mis padres y Rachel en un espacio reducido podía resultar hasta peligrosa.

—Entonces sería un placer —accedió Rachel.

Tema zanjado.

—Por supuesto, Henry tiene que acompañarnos —comentó mi madre como de pasada.

Conocía ese juego, había sido objeto de esas conversaciones en numerosas ocasiones. No podía creer lo feliz que me hacía no ser parte (por una vez) de los tejemanejes de mi madre.

Henry movió la cabeza, sin saber cuál era la respuesta correcta. Finalmente, me miró a mí, igual que había hecho Rachel.

Sin embargo, mi madre no se dio por vencida tan rápido.

—Te vemos muy poco. Haz a tu madre el favor y acompáñanos a la ópera —dijo, para que se sintiera culpable.

Tuve que reprimir una sonrisa, pues sabía perfectamente que Henry accedería.

—Por supuesto, madre —cedió, y por primera vez se permitió mirar a Rachel.

Ella también estaba levantando la cabeza: sus miradas se encontraron y hubo algo eléctrico en el ambiente; algo que, dadas las circunstancias, no nos convenía.

Dejé caer el tenedor con gran estruendo en el plato y los dos dieron un respingo; por lo menos, conseguí que dejaran de intercambiar miradas amorosas.

Por lo visto, a la tía Lillian no le pasó por alto, pero el resto no se había dado cuenta.

—Dígame, señorita... —dijo mi padre, con la muñeca apoyada en el borde de la mesa, intentando no manchar el mantel blanco con la cubertería pringada de salsa.

—Cohen —terminó mi madre, solícita.

Fue como si me hubieran dado una bofetada. No había pensado en eso en absoluto. Mi padre abrió la boca para preguntarle algo a Rachel, pero se detuvo en seco.

—¿Cohen? —le dijo a mi madre, desconcertado—. Pero ese es un apellido muy judío —exclamó.

Contuve la respiración. Claro que lo era. Y estaba claro que mi padre sería el primero en fijarse en algo así.

—Ah, ¿sí? —preguntó mi madre, sorprendida.

Me estaba dando el pie perfecto para una evasiva, pero no fui lo bastante rápida. Estaba tomando aire cuando mi madre dijo:

—Ella también es judía.

Cerré los ojos un momento, frustrada. La catástrofe era ya inevitable.

Mi padre tardó un segundo en procesar la información; luego la miró, perplejo. Sujetó los cubiertos con tanta fuerza que se estaba clavando las uñas

en la palma de la mano.

—¿Es judía? —dijo demasiado alto.

Primero miró a mi madre y luego clavó la mirada en Rachel, como si esa chica dulce se hubiera convertido de pronto en un monstruo, allí mismo, delante de sus narices.

Rachel se hundió en su silla, aterrada. Apoyé mi mano en la suya para que supiera que estaríamos con ella.

—Pero... —empezó a decir mi madre.

Vi la resolución en su rostro, pero mi padre le quitó la palabra enseguida.

—¿En serio estabas intentando emparejar a nuestro hijo con una judía? —dijo indignado, hostil.

Mi madre también se estremeció al oírlo. Sabía que se opondría, pero no que reaccionaría con semejante odio.

Me sentí obligada a intervenir. Mi madre estaba asustada; Rachel, hundida; y Henry, petrificado, por desgracia.

De la tía Lillian y el tío Alfred tampoco cabía esperar ayuda, no parecían entender la gravedad de la situación.

—¿Y qué más da? —pregunté procurando emplear un tono desenfadado, para demostrarle que no me iba a dejar amedrentar por su súbito arrebato de ira.

—Será mejor que te calles, Animant —masculló mi padre. Por lo visto, aquello solo era el principio—. ¡Nos has traído a la chica cuando sabías perfectamente lo que es! —exclamó, exaltado.

Empecé a refugiarme en mi interior, para que no me afectaran sus palabras y mantener la mente clara.

Rachel casi me aplastaba la mano.

—¡Padre! —le reprendí con dureza, y levanté la barbilla para transmitir seguridad.

Lo que estaba diciendo no era precisamente de buena educación. Más bien al contrario. Rozaba el insulto directo. Por mucho que supiera que para él la fe cristiana era un asunto muy serio, se había pasado de la raya.

Mi padre apretó los labios, lo que lo hacía parecer viejo y amargado. Luego soltó un bufido.

—Está bien, que sea tu amiga —retrocedió un paso para luego presionar con más fuerza—. ¡Pero jamás permitiré que Henry se interese por ella! —soltó.

Rachel rompió a llorar a mi lado. Sus sonoros sollozos sacaron a los demás de su aturdimiento. Mi madre dejó caer los cubiertos y miró con

acritud a su marido; la tía Lillian sacó enseguida un pañuelo de bolsillo con el borde de encaje, aún demasiado impresionada por lo sucedido para decir nada.

Por fin, Henry rompió el duro cascarón. Cuando las primeras lágrimas rodaron por el rostro pálido de Rachel, se levantó de un salto, se colocó a su lado, la levantó con un movimiento fuerte de la silla y le dio un abrazo.

Ella enseguida me soltó la mano, miró a su novio y hundió la nariz en su camisa, con los ojos bien cerrados.

—¡Dios mío! ¡Lo sabía! —exclamó la tía Lillian, estupefacta.

—Da igual lo que diga, Rachel —le susurró Henry al oído.

La chica no paraba de llorar. Y mi hermano se lo repetía una y otra vez, como un mantra. Le besó el cabello mientras ella seguía agarrada a él como si se ahogara.

—¡Henry! —rugió la voz del padre, con un deje de inseguridad en la voz.

Para él había sido una sorpresa, igual que para mi madre y el tío Alfred.

—Voy a casarme con ella, padre. ¡Te guste o no!

Mi madre se llevó la mano al pecho, sin aliento. Todo aquello era demasiado para ella.

Para mí también. Me daban ganas de disculparme. Sin dejar un pedazo de carne en el plato. Quería desaparecer en el cuarto de invitados para leer un poco con calma y soñar con Thomas Reed. Podría haber pasado aquella velada con él, pero se me había ocurrido la locura de querer ayudar a mi hermano metiendo a mi familia en una pelea.

Por eso ahora no podía irme sin más. Tenía que quedarme y aguantar. Y cuando todos se hubieran alterado lo suficiente, me esforzaría por recoger los fragmentos del desastre.

—¡No lo harás! —repuso mi padre, igual de enojado que Henry.

Se levantó también para mirar a los ojos a su hijo.

—Pero, Charles —dijo de pronto mi madre, que lo miró aterrorizada—. Es una chica realmente encantadora. No podemos... —dijo.

Pero mi padre no la dejó terminar.

—¡Por favor, Charlotte! ¿Crees que eso de ir de compras era casualidad? ¡Era un engaño planeado para convencerte! —la reprendió.

Me dieron ganas de protestar, pero sabía que llevaba razón. Por lo menos, en eso.

—¿Quieres decir que Henry ha intentado manipularme? —preguntó mi madre, insegura.

Mi padre hizo un gesto enérgico con la cabeza, apartó la mirada de su mujer y la clavó en mí.

—¿Henry? No. Esos planes siempre son de Animant. ¿Verdad? —me dijo, desafiante.

Yo seguí callada, aunque me costó un esfuerzo infinito.

—Tal vez sea mejor que Rachel se vaya a casa de momento —intervino la tía Lillian en tono conciliador.

Se levantó despacio de la silla.

—¡Si se va ella, yo también me voy! —anunció Henry, con la mirada aún fija en mi padre.

—¡No te vas a ir, Henry! —rugió mi padre.

Me estremecí un poco. Nunca lo había visto tan fuera de sí.

Las posiciones empezaban a enrocarse y todos mis planes se estaban yendo a pique. ¿Cómo íbamos a salir bien librados de eso?

—¿Y cómo vas a impedírmelo? —replicó Henry, que entrelazó sus dedos con los de Rachel y pasó por mi lado a paso ligero, hacia el pasillo.

El señor Dolls fue presuroso a buscar los abrigos.

—¡Te lo advierto, Henry! ¡Si te vas ahora, hemos terminado! —amenazó mi padre.

Me estremecí ante la dureza de sus palabras.

Que el Señor nos asistiera.

El señor Dolls entregó con un movimiento rápido los abrigos a Henry, que cruzó la puerta con Rachel antes de que ella se hubiera puesto el suyo.

La puerta se cerró de un golpe, sellando nuestra desgracia. El silencio se impuso en la sala. Era abrumador, envenenado. Me oprimía de tal manera el pecho que apenas podía respirar. Todo había salido mal. Todo estaba roto. ¿Cómo podría haberlo evitado? Sin embargo, tenía la mente en blanco y no conseguía concentrarme en nada.

—No. —Mi madre rompió el silencio de pronto, empujó su silla hacia atrás y se acercó a su marido—. ¡No! —exclamó un poco más alto, y luego le dio un golpe con la mano en el hombro—. Que dudes de mi capacidad de juicio y me cortes constantemente cuando hablo tiene un pase. ¡Pero que separes a mi hijo de su familia no lo permitiré jamás! —le espetó con aspereza.

No podía creer que mi madre le estuviera cantando las cuarenta. Mi padre también parecía muy sorprendido. Abandonó su rigidez, vacilante, y miró perplejo a su esposa.

—Pero, Charlotte —dijo, indeciso, y estiró la mano para tocarle el brazo.

Mi madre retrocedió.

—¡No me toques! —dijo entre dientes; sonó tan tensa que un desagradable escalofrío me recorrió la espalda.

—Ahora mismo te vas a calmar, Charles Harrison Crumb. ¡Vas a cambiar de opinión y les vas a pedir disculpas formalmente a Henry y a Rachel, y vas a dar tu aprobación oficial a esa boda! —expuso sin miramientos, con la mirada tan sombría como una noche sin luna—. Y hasta que lo hagas tendrás que ocupar el cuarto de invitados —concluyó.

Luego se retiró hacia atrás la cola del vestido en un gesto altivo, pasó orgullosa al lado de mi padre y salió de la habitación.

Yo la seguí con la mirada, confusa: jamás habría pensado que podría pasar algo así.

Siempre había creído que me parecía más a mi padre, pero ahora comprendía que tenía más de mi madre de lo que pensaba.

Y eso me llenó de orgullo.

## CUADRAGÉSIMO QUINTO, O CUANDO ALGO NO IBA BIEN

*Era* la única que estaba en el comedor engullendo un abundante desayuno para calmar los nervios.

Esa noche no dormí mucho. En primer lugar, se produjo una discusión eterna entre mi padre y la tía Lillian, en la que intenté explicarlo todo lo mejor que pude y de la manera más positiva posible. No tuve mucho éxito, y eso era muy frustrante.

Luego mi madre regresó de su habitación y pasamos una hora de reloj en el salón todos callados, tanta tensión nos iba a destrozarnos los nervios. Inesperadamente, el tío Alfred fue el primero en estallar. Empezó a refunfuñar a gritos sobre la falta de paz interior y la armonía familiar rota, y nos metió de nuevo en una discusión que no se acababa nunca sobre la seriedad de la fe y el sentido común de una persona.

Ya había pasado la medianoche cuando por fin conseguí calmar a mi padre, apoyar a mi madre, asegurarle al tío Alfred que todo se arreglaría y darle las gracias a la tía Lillian por no haber insistido en manifestar su opinión, pese a su monumental enfado.

Todos nos retiramos a nuestros dormitorios. Por su parte, mi madre cumplió con su amenaza y no dejó entrar a mi padre en su cama.

Cuando por fin cerré la puerta y me sumergí en el silencio del cuarto de invitados, suspiré, agotada. Me preparé para acostarme a toda prisa y me metí bajo la manta.

Me dolía el cuello. Lo tenía tan tenso que no paraba de dar vueltas sin encontrar una postura cómoda para poder conciliar el sueño. La cabeza me hervía, pensaba en mis padres, a los que nunca había visto discutir así. En mis tíos, a los que también había provocado un gran disgusto. También estaban



Rachel y Henry, que debían de tener una sensación horrible. Empecé a plantearme si realmente mi plan era tan buena idea, pues de momento solo había servido para escindir a la familia.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Permitir que se casaran en secreto y que luego sucediera la pelea? La reacción de mi padre no habría sido más suave. Al contrario.

Tal vez todo aquel embrollo simplemente fuera inevitable. Por lo menos, eso me dije para calmar mi cuerpo inquieto y que mis manos dejaran de temblar.

No paraba de darle vueltas a la cabeza, aunque nada me apetecía más que quedarme dormida. Todas las palabras fuera de tono que se habían dicho me afligían, me habría gustado compartirlo con alguien. Y ese alguien era Thomas Reed.

Lo echaba tanto de menos, su mirada sincera, sus bromas mordaces, su carácter directo que tantas veces me había ayudado a aclararme las ideas.

Sin embargo, no estábamos juntos. Pero pensar en él me ayudaba a salir del remolino de malos pensamientos.

Pensé en su cabello desgreñado después de mesárselo. En el gesto que hacía cuando se empujaba hacia arriba las gafas en la nariz. También pensé en la sensación que tuve al estar cerca de él, su calor, su olor cuando estuvimos tan juntos en el armario. Sus dedos entrelazados con los míos, sus labios cerca de mi oído, su voz grave pronunciaba mi nombre.

Cuando menos lo esperaba, me quedé dormida, sumida en esas hermosas imágenes.

Pese a todo, me costó mucho despertarme; solo la perspectiva de comer algo me sacó de mi cama mullida y calentita.

Me encontraba fatal, aún me temblaban las manos de las tensas conversaciones de la noche anterior. Ni siquiera el té fue de gran ayuda.

Por suerte, nadie más veía la necesidad de estar en pie a esas horas, pues me habría costado aguantar la presencia de los demás y agradecí mucho que el señor Dolls pasara la mayor parte del tiempo solo en el comedor. Cuando llegué al pasillo, ya estaba con mi abrigo preparado, incluso me ayudó a ponérmelo, y yo se lo agradecí con un gesto de la cabeza al que él contestó con una leve sonrisa.

A continuación, salí a la mañana gris que se cernía oscura y encapotada sobre Londres y que hundía los ánimos en la nieve, que se iba ensuciando

poco a poco.

Fui dejando huellas en el camino, ya tan familiar para mí, y observé el humo en las chimeneas de alrededor para no pensar en nada. El hollín negro se disipaba en el aire, danzaba al viento y se fundía con las nubes grises.

Me estaba quedando aterida, pero no me molestaba porque el frío me mantenía despierta, así que me limité a acelerar un poco el paso. Se me agarrotaron las piernas y los brazos. La noche anterior me había dejado claro hasta qué punto las cosas se podían complicar.

Mis padres se habían peleado. Pese a que mi madre había sacado a relucir su vertiente más beligerante en otras ocasiones, nunca había hecho que mi padre perdiera tanto los estribos. Él siempre era el calmado, el sensato, y esperaba que ese buen juicio también se impusiera en aquella situación. No había sido así y ahora dormían en habitaciones separadas.

Y era culpa mía.

Vi la biblioteca, ese edificio noble en el que me sentía ya tan a gusto. Sus dimensiones y su envergadura me devolvieron la sensación deseada de resistencia y calma.

Crucé la puerta de la biblioteca a toda prisa. En el reloj del vestíbulo, comprobé que llegaba cuatro minutos tarde.

Suspiré resignada y decidí no subir a dejar el abrigo, pues seguro que Thomas ya estaba allí. Sabía que por muy buena y larga que hubiera podido ser su noche, seguro que estaría de mal humor. En ese momento no tenía fuerzas para oír una reprimenda por cuatro minutos de retraso.

Además, sabía perfectamente que enseguida vería que estaba abatida, y no estaba preparada para hablar de todo aquello, aunque probablemente me sentara bien.

Llevé el abrigo, la bufanda y los guantes a mi cubículo y me dediqué a los periódicos para dar la impresión de que había estado allí todo el tiempo.

En algún momento apareció también Oscar, que en realidad no tenía que volver hasta la mañana siguiente. Me dijo que Cody y él se habían cambiado el turno. No le hice más preguntas; en realidad, no me interesaba. Phillip Tams entró arrastrando los pies en la biblioteca. Oscar se puso a cargar los libros en los carros y devolverlos a los estantes tarareando en voz baja.

Me animé y le di sus dos chelines al niño, que ya volvía a estar acatarrado. Él intentó animarme con bromitas cuando se dio cuenta de que estaba triste. Incluso me obligué a esbozar una leve sonrisa para que pudiera irse tranquilo;

luego decidí que no estaba de humor para bajar al archivo. Dejé los periódicos antiguos con mi abrigo en la sala y respiré con calma.

Necesitaba otro té, urgentemente. Luego me enfrentaría a Thomas Reed.

Subí por el camino largo. Recorrí en sentido contrario la galería circular para no pasar junto al despacho de Thomas. Entré sigilosamente en la salita de espera. La pequeña estufa no tardó mucho en hacerse notar. Aproveché el tiempo mientras el fuego templaba poco a poco la placa para ir a buscar agua para el hervidor.

Mis pensamientos volvían una y otra vez a la noche anterior, a las amenazas de mi padre (que, en realidad, era una buena persona) y a las firmes exigencias de mi madre, a la que siempre había considerado muy terca, pero a la que jamás había visto tan enfadada.

El compromiso de Henry nos estaba desgarrando a todos, pero no podía reprocharle nada. Había visto cómo se miraban Rachel y él. Era amor. Y ahora ya sabía cuán poderoso es ese sentimiento.

Eché el té, cerré los ojos mientras el aroma se desplegaba con el agua caliente y deseé que la vida fuera más fácil, que los problemas se disolvieran sin más en agua caliente. Esperé un poco, luego retiré las hojas de té del colador y me llené una taza de la que bebí enseguida un sorbo. Me quemé la lengua, pero daba igual. Dejé la tetera con una taza limpia en una bandeja estrecha.

Le estuve dando vueltas un rato, intentando aplazar el momento de subir. Tras un segundo sorbo, me sentí preparada para mi encuentro con Thomas Reed.

Llamé a la puerta de su despacho, vacilante, aunque estaba abierta. Vi que Thomas levantaba la cabeza. Llevaba las gafas en la nariz, sostenía una pluma estilográfica en la mano y tenía algunas hojas de papel delante.

—Buenos días, señor Reed —le saludé.

Me acerqué a él, que dejó la pluma para hacer sitio en el escritorio a la bandeja que yo llevaba haciendo equilibrios.

—Buenos días, señorita Crumb —contestó muy tranquilo, y disfruté del sonido de su voz—. ¿Desde cuándo me prepara té? —me preguntó, con un gesto escéptico.

Noté un cosquilleo en el estómago, mucho calor, y sentí el deseo de que me abrazara allí mismo. Me daría seguridad, lo sabía. Y necesitaba urgentemente sentirme segura.

—Desde que yo también necesito uno —repuse, cohibida.

Thomas me observó intrigado por encima de la montura de las gafas.

Esa mirada me encantaba y me daba miedo a partes iguales. Me ponía la piel de gallina y me llenaba el corazón de deseo. Al mismo tiempo, me atravesaba, como si Thomas leyera todos y cada uno de mis pensamientos.

—Entonces... ¿dónde está su taza? —preguntó, con una sonrisa oculta en la comisura de los labios.

Me estaba gastando una broma. Su desafiante mirada me arrancó una sonrisa.

Mis labios se movieron con facilidad, empecé a notar que la carga sobre los hombros empezaba a desmoronarse un poco, pese a que era una frase sin importancia.

—Está al lado —repuse.

Thomas cogió la tetera sin inmutarse para servirse.

—Tal vez debería ir a buscarla —propuso con naturalidad.

Asentí mientras me secaba con disimulo las palmas de las manos sudorosas en la falda. No podía rechazar la invitación. Estaba hecha un flan.

Salí del despacho y recogí mi taza de té, ya tibio, y regresé.

Thomas había colocado una segunda silla cerca de él, al lado de su escritorio. Me acerqué a ella. Él también sujetaba la taza en la mano, le dio un sorbo mientras leía una carta con la frente arrugada; la sujetaba en el aire a la altura de los ojos. La letra, que transparentaba en el papel con la luz de la ventana, era fina y redonda, así que deduje que la había escrito una mujer.

No obstante, Thomas no parecía precisamente contento con lo que leía, así que no pensé más en ello.

Me senté en la silla, bebí un sorbo de té, que noté raro en la lengua quemada, pero agradable al bajar por la garganta. Miré por la ventana.

Había empezado a llover y las gotas golpeaban contra el cristal. Era como si el tiempo hubiera esperado el momento perfecto para empeorar hasta ese punto.

Pensé en mi hermano, que se angustiaba mucho más que yo con las discusiones. Seguro que en ese momento se sentía fatal. Igual que Rachel. Me la imaginaba en su casa, profundamente abatida, mirando la lluvia.

Me llevé la taza a los labios en un gesto inconsciente y bebí, con la mirada aún perdida y la mente en otra parte. No podía evitar tener mala conciencia, me reprochaba haberlo empeorado todo.

Noté un roce en el brazo y regresé a la realidad. Incluso se me cayó la taza de la mano; terminó en mi regazo. Por suerte, me había acabado el té, sin darme cuenta.

Desvié la mirada hacia Thomas Reed, que retiró la mano con la que me había tocado, molesto.

—No quería asustarla —aseguró, y se aclaró la garganta, cohibido.

—Disculpe, señor Reed. Solo estaba pensativa —dije.

No logré sonreír y él entornó los ojos. Me estudió de nuevo, frunció el entrecejo y yo evité su mirada. Sabía que notaría que algo no iba bien.

—¿Ha ocurrido algo? ¿No se encuentra bien? —preguntó con cautela, y me dieron ganas de contárselo todo.

El asunto de Henry y Rachel, la pelea de mis padres, que me agobiaba más de lo que me gustaría, y mis sentimientos. El amor que me atraía hacia él sin remedio. ¿Por qué no se me declaraba?

Pero qué iba a decir. Sabía que mi conducta era extraña. Thomas tenía que notar que algo no iba bien, pero, al mismo tiempo, no podía explicárselo todo, sin más. A fin de cuentas, eran asuntos de mi familia. Así pues, me callé, esboqué una sonrisa apagada y levanté la taza del regazo.

—No se preocupe —dije, escueta. Me levanté de la silla y dejé la taza en la bandeja—. Voy a volver al trabajo. Disfrute del té.

Di media vuelta y salí del despacho a toda prisa.

Tenía el corazón melancólico y me costó un gran esfuerzo regresar al trabajo sin haber compartido mis inquietudes con Thomas. Tampoco quería dejarlo plantado, huyendo de sus preguntas.

Tal vez le estaba dando demasiadas vueltas.

Suspiré y empecé a colocar libros en su lugar, para ordenarme por dentro. No todo tenía por qué ser tan grave como me parecía. Probablemente, el enfrentamiento se esfumaría con rapidez, todos se llevarían bien y la primavera siguiente celebrarían una preciosa boda.

Suspiré de nuevo. Estaba muy bien pensar esas cosas, pero del dicho al hecho...

Pero también sabía que darle infinitas vueltas a la cuestión no tenía mucho sentido. No arreglaba nada con sentirme tan afligida, no ayudaba a nadie. Y menos a mí misma.

—Buenos días, señorita Crumb —me dijeron.

Estaba tan ensimismada que ni siquiera di un respingo. Giré la cabeza y parpadeé unas cuantas veces antes de reconocer a Jamie Lennox, manchado de grasa, con una sonrisa en el rostro.

—Buenos días, señor Lennox —le devolví el saludo.

El mecánico levantó un poco más las comisuras de los labios.

—¿De verdad se acuerda de mí? —dijo, exultante, se inclinó con torpeza y las herramientas golpearon contra el cinturón.

—Por supuesto —contesté con amabilidad, y dejé el libro que iba a colocar en el estante—. ¿Ha venido a preparar la máquina? —pregunté.

El señor Lennox asintió.

—Es urgente. En realidad, debería haber venido la semana pasada, pero surgieron circunstancias extraordinarias que me lo impidieron. Además, me han dicho que se ha roto uno de los peldaños —dijo.

Me asaltó el recuerdo: el día en que me quedé colgada de la máquina. El primer día que Thomas Reed me salvó. Ese fue el momento en que empecé a verlo como algo más que solo mi jefe.

Me parecía que había pasado ya una eternidad.

—Ah, pero, en realidad, estoy aquí porque tengo que darle esto —prosiguió el señor Lennox, que me dio un pedazo de papel que acepté, sorprendida—. Una joven fascinante me ha pedido que se lo dé. Está fuera, bajo la lluvia —me explicó.

Desdoblé el papel a toda prisa.

En un primer momento pensé en Rachel y leí por encima el contenido. «Ábreme la ventana», decía en unas letras garabateadas. Arrugué la frente. No era Rachel. Era Elisa. Y quería volver a entrar en mi sala por la ventana.

Le di las gracias al señor Lennox con una sonrisa sincera y le aseguré que lo entendía.

Me hizo un gesto con la cabeza, sonriente. Se quitó la gorra empapada y se dispuso a subir la escalera hacia la galería circular para acceder a la máquina de localización.

Intenté no caminar rápido de camino a mi sala, para no llamar la atención.

Cerré la puerta con sigilo, me dirigí a la ventana y la desatranqué. No había pasado ni un minuto cuando vi una silueta que caminaba bajo la lluvia. Abrí la ventana una rendija y vi un bolsito, seguido de dos manos mojadas que se posaban en el marco y se estiraron a lo alto. En un movimiento más elegante del que le creía capaz con el amplio miriñaque, Elisa trepó por la ventana y la cerró.

—¡Qué tiempo tan horrible! —se quejó, se apartó unos cuantos mechones mojados de la cara con los guantes empapados y se estremeció.

—¡Estás empapada! ¡Vas a coger una pulmonía!

Elisa se echó a reír.

—Bah, tampoco es tan grave —repuso ella, que se dejó caer en una silla. Se había quedado sin aliento y se quitó los guantes a duras penas, pues los

tenía pegados a la piel—. Me alegro de que hayas recibido mi mensaje —y esbozó una sonrisa pícar—. Y si me dices ahora mismo quién era ese chico tan estupendo al que he interceptado, podré descansar en paz, si es que realmente se me lleva esa pulmonía —bromeó.

Negué con la cabeza ante tanta imprudencia.

—Lo digo muy en serio, Elisa. ¡Fuera hace muchísimo frío!

Ella hizo un gesto de desprecio con la cabeza.

—Pero ¿me vas a decir su nombre? —preguntó, y me rendí. Nunca conseguiría penetrar en esa cabeza cuadrada.

—Jamie Lennox, relojero y mecánico.

Ella se echó a reír.

—Jamie Lennox. —Saboreó el nombre en la lengua y agarró su bolso—. Vale la pena recordar ese nombre —dijo, y abrió el cierre, que chirrió un poco.

—¿Qué haces aquí, por cierto? Podríamos haber quedado más tarde para almorzar.

—No sabía si tu querido Thomas ya te había invitado —repuso ella, provocadora, y levantó una ceja.

Mi corazón se aceleró y me ruboricé.

—¡No es mi querido Thomas! —repliqué.

Elisa se echó a reír.

—Además, hoy es miércoles, lo que significa que tiene otras obligaciones a partir del mediodía —añadí.

Mi amiga asintió mientras sacaba algo del bolso: era una cajita que abrió enseguida y de la que sacó como por arte de magia una tartaleta de crema.

—Es para ti —me dijo.

Me la quedé mirando y parpadeé unas cuantas veces. Todo eso era un poco raro. ¿De verdad Elisa acababa de sacar una tartaleta de crema del bolso?

—¿Y qué quieres que haga con ella? —exclamé.

Elisa se rio de mi expresión escéptica.

—Tienes que comértela —bromeó.

Estiré la mano para cogerla, pero no sin lanzarle por lo menos una mirada de desconfianza.

—¿Y qué quieres a cambio?

Enseguida vi que había dado justo en el clavo. Se mordió el labio inferior y su mirada se volvió un poco tímida. Necesitaba algo de mí; supuse que un libro.

—Necesito consultar una cosa.

Se rascó la cabeza, cohibida.

Agarré la tartaleta, que olía a vainilla, atravesando con la mirada a Elisa.

—Para eso no hace falta que me traigas ningún regalo.

Ella soltó un profundo suspiro.

—Claro que sí, Ani. No quiero que pienses que somos amigas solo por eso —repuso ella.

Entonces fui yo la que me eché a reír.

Me sentaba muy bien ver a Elisa. Su carácter desenfadado y su sinceridad me levantaron el ánimo enseguida; por unos momentos, hizo que me olvidara de mis problemas.

—Jamás pensaría eso.

Me dijo lo que necesitaba. Quedamos en que se lo llevaría a la hora del almuerzo. Seguro que me iría bien pasar tiempo con ella, como mínimo me ayudaría a distraerme.

Elisa desapareció de nuevo por la ventana hacia la mañana lluviosa y yo salí de la sala para buscar los dos libros que tenía apuntados en la hoja. Los llevé de vuelta, los dejé debajo de mi abrigo para no olvidarlos y me dirigí al vestíbulo para introducir los libros en nuestra falsa tarjeta de préstamo.

Me llevé la tartaleta de crema, pues pretendía llevarla a continuación a la sala de espera, la dejé a mi lado en el mostrador y escribí los títulos con esmero debajo de los libros que Elisa me había devuelto la semana anterior. No tenía queja de ella. Siempre me los había devuelto rápido y en un estado impecable.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Oí de pronto frente a mí.

Di tal respingo que noté una punzada en el cuello; estuve a punto de tirar del tablero la tartaleta de crema con los codos. Me sentí cogida en falta, sorprendida. Casi se me para el corazón del susto.

Delante de mí había un hombre, un estudiante al que había visto con frecuencia por allí y que me transmitía ingenuidad. Tenía el cabello rubio, llevaba un traje muy austero y me miraba con los ojos entornados.

—Por supuesto —me forcé a decir.

Él esbozó una sonrisa educada. Parecía que le daba cierta vergüenza hablar con una mujer.

—¿Podría ayudarme a buscar un libro? —preguntó.

Asentí con solicitud.

—Claro —respondí con profesionalidad para disimular el susto y el pulso acelerado.



Puse la tarjeta de préstamo en su sitio de un empujón. Rodeé el mostrador discretamente, volví a coger sin querer la tartaleta y dejé que me explicara qué buscaba exactamente.

No era muy difícil si conocías bien la biblioteca, así que lo llevé hasta un estante en la parte central del ala oeste, donde finalmente encontró lo que buscaba.

Sin embargo, yo también encontré algo que me dio más trabajo, pues alguien había revuelto tanto los libros de aquella sección que me puse a ordenar allí sin vacilar. Dejé la tartaleta de crema encima de un estante y empecé a sacar los libros que no correspondían a esa sección, así como a ordenar alfabéticamente el resto según el nombre del autor.

Fue una tarea tediosa. Al mismo tiempo, una maravillosa distracción de mis tristes pensamientos. Así era mucho más fácil mantenerlos a raya.

Oí unos pasos. Alguien se acercaba a mí, pero no le di muchas vueltas y seguí colocando más libros en su sitio.

Cuando una sombra se cernió sobre mí y noté la presencia de otro cuerpo a mi espalda, dejé de trabajar, retiré las manos de los lomos de los libros y me di la vuelta, sorprendida.

Vi a Thomas, que sacaba con gesto concentrado un libro de la estantería por encima de mí. Al retroceder del susto, me di un golpecito con la nuca en la balda.

Estaba demasiado cerca de mí. Un millón de mariposas revolotearon en mi estómago e iniciaron una danza salvaje. Se me secó la boca y me sudaban las manos: todo en una fracción de segundo.

Thomas advirtió mi movimiento y notó mi mirada. Cuando me volví hacia él, me observó. Al principio, su rostro adoptó una expresión neutra, pero pronto también él se dio cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro.

Había electricidad en el ambiente. El día anterior habíamos estado juntos en un armario; de pronto, recordaba perfectamente la sensación de los brazos de Thomas en mi cintura.

—Solo estoy buscando un libro —afirmó, y sonó a excusa, pese a que tal vez fuera la verdad.

Ya no apartó los ojos castaños de los míos; me tragué el nudo que tenía en la garganta. Hacía un momento, todo estaba tranquilo. Pero ahora estábamos allí, otra vez tan cerca el uno del otro.

A primera hora, le había preparado un té y luego había huido. Y ahora, en ese momento, casi se me paró el corazón cuando Thomas apoyó una mano en el estante a mi lado y acercó su rostro.

Clavé la mirada en sus labios; la idea de que pudiera besarme eclipsó todo lo demás. El mundo alrededor era insignificante, empecé a notar un picor en la piel y se me disparó la imaginación. Imaginé cómo sería, qué haría y qué significaba todo aquello para mí.

Sin embargo, no llegamos tan lejos: de pronto, los ojos de Thomas se desconcentraron e hizo un gesto de sorpresa.

—¿Eso que hay en la estantería es una tartaleta de crema? —preguntó más que molesto.

Necesité unos instantes para recuperar los sentidos y regresar a la realidad.

—Sí —susurré, pues aún no me respondía del todo la voz y me daba vergüenza.

Thomas negó con la cabeza, parpadeó unas cuantas veces y luego se separó de la estantería para alejarse de mí.

Sentí una gran decepción, aunque intenté disimularla. Al fin y al cabo, no tenía derecho a un beso, me dije. Sobre todo no en ese momento ni en ese lugar.

Agaché la mirada, avergonzada. No sabía qué decir para romper ese silencio bochornoso que me envolvía como un velo gris.

—¿Por qué está hoy tan apesadumbrada? —me preguntó.

«Porque no me has besado», me habría gustado decir, pero, obviamente, no lo dije. Lo que me había afligido era la situación con Henry y mis padres.

No podía seguir callada. No después de estar tan cerca de besarnos y de que esa pequeña decepción me hubiera devuelto a la realidad. Tenía los nervios demasiado a flor de piel; necesitaba soltar mis preocupaciones si no quería explotar en poco tiempo.

—¿Animant? —dijo Thomas.

Escuchar mi nombre en su voz me venció.

—Mi hermano está decidido a casarse con una chica. Pero mi padre se lo prohíbe, y ahora toda mi familia está enfrentada —dije.

Me asombró las pocas palabras que necesitaba para resumir todo el problema.

—Entiendo —contestó Thomas con suavidad, y ladeó la cabeza para mirarme a los ojos.

Pero yo no quería mirarlo directamente, aún no me había recuperado lo suficiente para eso. Intenté no pensar en Henry ni en mi padre, pero lo conseguí. Tal vez incluso había sido bueno que Thomas no me hubiera besado. Solo habría complicado aún más mi caos interior.

—¿Por qué se lo prohíbe? —preguntó Thomas.

Pensé qué contestarle; era información personal, secretos que no me pertenecían. No quería, bajo ningún concepto, desenmascarar a Rachel ni a nadie más solo por no poder contenerme.

—No la considera... un buen partido —expliqué con diplomacia.

Respiré hondo antes de alzar la vista.

Thomas me lanzó una mirada peculiar, una mirada que no supe interpretar; estaba pensando qué podía decir cuando oí unos pasos que se acercaban. Salió del aturdimiento y avanzó hacia el pasillo para ver quién se acercaba.

Al cabo de unos segundos, Oscar apareció, rompiendo nuestra intimidad.

—Disculpe, señor Reed. Necesito su consejo —le dijo al bibliotecario en voz baja.

Me lanzó una mirada rápida y Thomas asintió. Indicó a Oscar que pasara delante y luego se volvió hacia mí.

—Hablares más tarde de ello —dijo, conciso.

Tragué saliva con la garganta seca. De pronto, algo ya no iba bien y sentí que una amenaza se gestaba muy despacio, como una tormenta que se desataría sobre nosotros cuando menos lo esperara.

—De acuerdo —contesté, y clavé la mirada en el hombre que amaba, pese a que el mundo ya había empezado a tambalearse.

## EL ÚLTIMO, O CUANDO ME FUI

*Seguí* a Thomas con la mirada. Me sentía intranquila e intenté ahogar mis malos presentimientos clasificando libros.

No funcionó del todo. Iba poniendo libros en su lugar, con la intención de ordenar así mis ideas. Aun así no entendía qué acababa de pasar. Estaba confusa. Cuando volví a ver la tartaleta de crema en la balda, me sentí incluso rabiosa.

Desahogué mi frustración y mi desconcierto en el odio que sentía en ese momento hacia aquel dulce. Me dije que jamás volvería a tocar uno en mi vida.

Era absurdo, pero, tras tomar aquella decisión, me sentí un poco mejor: cogí la tartaleta y la tiré a una papelera con cierta satisfacción.

Salí del ala oeste para regresar a la sala de lectura, donde todo estaba normal. Los hombres estaban sentados a las mesas, inclinados sobre sus libros, estudiando. Era una imagen habitual e intenté respirar con calma. Me sentía bajo demasiada presión. Me estaba complicando la vida y ya empezaba a ver fantasmas cuando no había ningún motivo para preocuparse.

Cuando me iba a ocupar de los libros devueltos esa mañana, vi a Oscar, que bajaba la escalera corriendo. Había estado en el despacho de Thomas. Por un momento me pregunté de qué habían hablado. Pero enseguida me obligué a seguir con mi trabajo sin más. No podía hacer otra cosa.

Pasaron los minutos. Se me escapaban demasiado rápido entre los dedos y no paraba de levantar la mirada hacia la galería circular con la esperanza de que Thomas Reed saliera de nuevo de su despacho. No obstante, la puerta seguía cerrada. No me atreví a subir y plantarme delante de Thomas. La tensión de nuestra última conversación me hacía sentir insegura.

No pasó mucho tiempo hasta que el reloj del vestíbulo marcó las once y media, me negaba a irme así a la pausa del almuerzo. Sabía que Elisa me estaba esperando, pero no podía desaparecer sin ver a Thomas de nuevo. Sabía que después de la pausa del almuerzo ya no estaría y que me volvería loca de los nervios si aplazábamos la conversación para el día siguiente. Intenté ganar tiempo mientras prestaba libros a los estudiantes, ordenaba un poco y no paraba de mirar hacia la escalera.

Cuando estaban a punto de dar las doce y empezaba a tener muy mala conciencia por hacer esperar tanto tiempo a Elisa, lo vi. Thomas cerró la puerta de su despacho, se levantó el cuello del abrigo y se dirigió a la escalera a paso ligero.

Era mi oportunidad. Lo dejé todo tal y como estaba y fui hacia él, pero Thomas no desvió la mirada hacia mí. Tenía la frente arrugada y la boca con los labios apretados. Parecía tener la mente muy lejos de allí.

Me acerqué a él, adopté el rápido ritmo de sus pasos y me puse a su lado. Enseguida empecé a notar un cosquilleo en el estómago. Ojalá estuviéramos en algún lugar solos, para poder hablar con calma.

No sabía qué le pasaba y la situación entre nosotros estaba tan tensa que exigía una explicación.

—Señor Reed —le dije.

Por fin desvió la mirada. Aun así, no me prestaba atención.

—Más tarde, Animant —me contestó mientras se ajustaba la bufanda, estiraba la mano hacia el pomo de la puerta y desaparecía en la lluvia sin decir ni una palabra más.

La puerta se cerró en mis narices. ¿Cómo es posible que me hubiera dejado allí plantada? ¿Qué le pasaba? ¿Era por mí? ¿Por algo que había dicho?

¿O todo aquello ni siquiera tenía nada que ver conmigo y Oscar le había comunicado algo que lo tenía tan absorto que no podía prestarme atención? Fuera como fuera, me tendría preocupada hasta la tarde, seguro.

La comida con Elisa pasó sin pena ni gloria. Procuré mostrarme abierta y alegre, aunque me costó un mundo. Luego ni siquiera recordaba qué había comido.

Por suerte, Elisa estaba demasiado ocupada con sus propios temas de conversación. Me habló del nuevo trabajo, de los libros que le había prestado y de la idea de llegar a participar algún día en la política británica para defender los derechos de las mujeres.

A mí me pareció estupendo que no notara nada en mi estado de ánimo, pues no tenía ganas de que me friera a preguntas.

Pasé el resto del día con el trabajo, que en ese momento me parecía insignificante. Cuando hacia las tres no encontré nada más urgente que hacer, decidí retirarme a la salita de espera con el libro sobre las guerras otomanas que había empezado unos días antes.

Me costaba mantener la concentración, no avancé mucho. Después de leer una frase por quinta vez y no entenderla, me rendí. Miré por la ventana con un suspiro, contemplé la lluvia y maldije en mi interior.

¿Cómo había acabado así? ¿Acaso el día anterior no estaba flotando de felicidad por saber que le gustaba a Thomas Reed? Hoy, en cambio, ya no sentía nada de eso.

Estaba segura de que por la mañana Thomas había intentado besarme. Aun así, ahora crecía esa extraña distancia entre nosotros, una incertidumbre, un muro invisible que nos separaba. Me sentía impotente. Y eso era algo que odiaba.

Cuando ya no aguanté más estar sentada absorta en mis pensamientos, que no paraban de arrastrarme en un remolino, me levanté a duras penas y caminé por la biblioteca, aturdida, en busca de otra distracción.

Ojalá la vida fuera un libro, pensé. Deslicé las puntas de los dedos por los lomos mientras recorría la galería circular. Un libro se podía abrir por la última página; podías consultar cómo terminaba. Podías averiguar si todo se hacía añicos o si, finalmente, se arreglaba.

Lo que daría por saber cómo terminaba mi historia. Saber qué iba a ocurrir a continuación.

Creía en un final feliz, en una conversación sincera entre Thomas y yo, muy pronto. Sin embargo, la espera me estaba desgastando y dejando sin fuerzas.

Cuando por fin fueron las cinco y pude irme a casa, fui directa a buscar mi abrigo, para salir lo antes posible de la biblioteca. Le di las buenas tardes a Oscar. Luego corrí bajo la lluvia en una reacción muy impropia de una dama.

En realidad, no tenía prisa. A esas horas, Thomas aún no habría regresado. Sin embargo, no pude evitarlo. Dejé que las gotas frías me golpearan en la cara y corrí tan rápido que estaba totalmente sin aliento cuando atravesé la puerta del edificio de personal a trompicones.

Necesité un minuto para calmar el pulso y sentirme preparada para subir la escalera. Mientras lo hacía, me quité el abrigo empapado. Luego encendí el

fuego en la estufita de mi cuarto. Fuera la lluvia arreció: cada vez golpeaba con más fuerza contra el cristal de la ventana. Aquello me angustió.

Evidentemente, al poco tiempo, la inquietud amenazó con devorarme y decidí darme un baño, más que nada para tener algo que hacer.

Me moría porque llegara la cena mientras me enjabonaba y dejaba que el agua caliente me calmara un poco los nervios. No es que tuviera hambre, sino que esperaba encontrarme con Thomas.

Pero me llevé una decepción. Estuve una hora sentada en el comedor, esperando, removiendo desmotivada la comida en el plato y sin dejar de mirar la puerta por la que Thomas no apareció.

Cuando la señora Christy me llevó la tercera taza, tuve que aceptar con dolor que no se presentaría.

Y yo que estaba tan segura de que aparecería.

Me temblaban las manos de la tensión e incluso empezó a dolerme la cabeza poco a poco. Agradecí la cena a la señora Christy, pese a que apenas la había tocado, y subí con esfuerzo la escalera.

Estuve todo el camino debatiendo conmigo misma. ¿Debía llamar a su puerta? ¿O sería demasiado? ¿No se habría presentado a cenar si hubiera querido verme? ¿O se le había pasado y se alegraría si tomaba la iniciativa de aclarar las dudas entre nosotros?

Por mucho que lo pensara, sabía que iba a llamar a su puerta; de lo contrario, no pegaría ojo.

Mis nudillos flotaban en el aire, aún indecisos ante la madera oscura que tenía delante. Me recompuse, estiré el cuello y la espalda para convencerme de que estaba decidida. Llamé con energía y esperé.

No ocurrió nada.

Fui cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, nerviosa. Volví a llamar. Seguí esperando. A continuación, apoyé una oreja en la puerta para averiguar si Thomas estaba dentro o si, simplemente, no quería hablar conmigo.

Me concentré al máximo y llegué a la inquietante conclusión... de que no lo sabía. No oí ruido alguno, pero eso no quería decir nada.

Llamé por tercera vez, pero noté que mis esperanzas se hundían; luego me retiré a mi habitación, humillada por mi propio entusiasmo.

Como había previsto, aquella noche no dormí mucho. Estuve dando vueltas y soñando escenas confusas que fundían la pelea de mis padres, la desgracia de Henry y de Rachel, y mis propias preocupaciones.

Cuando a la mañana siguiente salió el sol, lo que prometía un día mucho más bonito, supe que estaba preparada para afrontar mis sentimientos. Tras sufrir aquellos sueños y toda la tensión, había decidido declararle mi amor a Thomas.

Lo había sopesado mucho. Todo tenía que haber sido un malentendido.

No encontraba otra explicación a que Thomas se hubiera acercado tanto a mí durante las últimas semanas y luego, de repente, se mostrara distante.

Además, fuera como fuera, aunque me equivocara y su tensión se debiera a algo muy distinto, una declaración como esa no empeoraría más las cosas.

Tenía que atreverme y dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

Me levanté, me preparé e invertí mucho más tiempo que nunca en peinarme. Aquel día, me jugaba mi futuro y quería estar lo más presentable posible.

Tenía el estómago demasiado revuelto como para pensar en comida. Así pues, estuve un rato mirándome en el espejo hasta que llegó la hora de ir al trabajo.

Me miré, aprecié la resolución en mis ojos y sonreí sin querer. El día anterior había estado a punto de hundirme en mis dudas y en la preocupación por mi familia, pero no quería ser esa persona. Con el nuevo día, también había logrado fuerzas renovadas. Un día de autocompasión era más que suficiente. Me alegraba de poder pensar nuevamente con lógica.

Por supuesto, estaba nerviosa, pero resultaba agradable volver a tener el control de la situación. Debía crear mi propio futuro y defender mis posiciones.

Me levanté del taburete, me alisé la falda oscura y descolgué el abrigo.

Pero aquella mañana también esperé en vano a Thomas, que seguía sin aparecer. Eso sí: esta vez intenté no darle demasiadas vueltas a la cabeza.

Thomas Reed era una persona adulta, seguro que no le había ocurrido nada. A pesar de todo, me pregunté si había pasado la noche en casa.

—Ah, buenos días, señorita Crumb —dijo de repente la señora Christy.

Me volví hacia ella a regañadientes, pues mirarla a ella era dejar de mirar la escalera.

—Buenos días, señora Christy.

Ella se limpió las manos enharinadas en el delantal.

—¿No tiene que irse ya? —preguntó.

Esbocé una leve sonrisa.

—Estoy esperando al señor Reed —contesté.



Se me aceleró el pulso solo con pronunciar aquellas palabras. La señora Christy parpadeó un poco desconcertada y luego arrugó la frente.

—Entonces está esperando para nada, niña. El señor Reed ya hace media hora que se ha ido.

—¿De verdad? —pregunté confusa.

La señora Christy asintió con vehemencia.

—Ha estado a punto de arrollarme cuando subía la escalera con la colada. Estaba de un humor de perros, ni se lo imagina —se lamentó, pero yo ya no la escuchaba del todo.

Thomas ya se había ido. Así pues, por la noche estaba en su casa. Y luego se había ido sin mí. El desasosiego del día anterior se apoderó de nuevo de mí, aunque intenté reprimirlo con todas mis fuerzas. Probablemente, eso no significaba nada. En cuanto llegara a la biblioteca, aclararía ese extraño comportamiento.

Le di las gracias a la señora Christy y partí hacia el trabajo lo antes posible, evitando que ella siguiera dándole vueltas a las formas del señor Reed.

Salí fuera y me ajusté bien la bufanda cuando el viento helado se me coló por la ropa. Ni siquiera conseguí disfrutar del sol. Mis pasos me llevaron de camino a la biblioteca, me acaloré mucho con el esfuerzo y llegué al edificio con las palmas de las manos sudorosas y un desagradable martilleo en la sien.

Eran las siete y veintiséis cuando cerré la puerta de la entrada y atravesé el vestíbulo directa hacia la sala de lectura, para subir la escalera hacia la galería circular.

Sin ni siquiera quitarme el abrigo, me acerqué a la puerta del despacho de Thomas y me detuve.

Me quedé petrificada ante la puerta cerrada: detrás de ella, estaban las respuestas a todas mis preguntas. Noté que el pánico me subía poco a poco por el cuello.

Sin embargo, había tomado una decisión: no quería vivir más con esa incertidumbre. Tenía que soltarlo. Aplazarlo solo ponía las cosas más difíciles. Así pues, iba a llamar a esa puerta. Luego le confesaría mi amor.

Noté el corazón desbocado, la respiración acelerada y el miedo a hacerlo todo mal y a no decir más que tonterías.

Había llegado el momento. Ahora o nunca.

Levanté la mano, llamé a la puerta con los nudillos y luego esperé... y esperé. Ya casi temía que Thomas no estuviera y quedarme como en la noche anterior: plantada ante su puerta.

Cuando oí crujir los tablones de madera y se movió el pomo, sentí cierto alivio. La puerta se abrió y allí estaba él.

Tenía el pelo alborotado, una mirada aterradora y las ojeras mucho más oscuras que de costumbre. Parecía que hubiera dormido tan poco como yo durante la noche.

Sin embargo, al verme, tomó aire de pronto, se enderezó y apretó los labios hasta que formaron una línea fina.

Me estremecí por dentro. No esperaba esa reacción y me dolía notar semejante rechazo en su actitud.

—Buenos días, señor Reed —saludé, por decir algo. Me sonó vacío, teniendo en cuenta que pretendía confesarle mi amor.

—Señorita Crumb —dijo Thomas, y su voz transmitía una aspereza que hizo ponerme alerta.

Estaba enfadado conmigo. ¿Por qué?

Retrocedió un paso, se movía con torpeza y me dejó pasar. De todos modos, tras aquel saludo, ya no estaba tan segura de querer entrar.

Mi instinto me dijo que saliera de allí corriendo lo antes posible: algo horrible estaba a punto de arrollarme.

Thomas cerró la puerta y regresó a su escritorio muy lentamente. Me quedé donde estaba, en medio del despacho. Tenía el pulso acelerado, las ideas se me confundían y no veía absolutamente ninguna pista de lo que iba a pasar a continuación. Solo una cosa era segura: no sería nada bueno.

—Ayer vino a verme Oscar para preguntarme por un estudiante —empezó a hablar casi sin voz, mientras intentaba sin éxito disimular sus sentimientos negativos, Aquello era aún más desconcertante—. Me trajo una tarjeta de préstamo que no estaba bien guardada en su cajón, pero se dio cuenta de que no conocía el nombre que figuraba —prosiguió.

Abrió una carpeta que estaba encima del montón de documentos y sacó una tira amarillenta de cartón. Le dio la vuelta en el escritorio para que yo pudiera leer el texto. El corazón casi se me detuvo.

Reconocí lo que había escrito con mi propia letra: Edward Teach. Era la tarjeta de Elisa. La que yo había falsificado para prestarle libros a escondidas y que pudiera progresar en sus estudios.

Noté la sangre agolpándose en mis oídos, se me revolvió el estómago y debí de quedarme completamente lívida, porque el señor Reed entornó los ojos, que me miraban con una rabia desatada.

—¿Estoy en lo cierto si supongo que usted ha creado esta tarjeta de préstamo? —me preguntó Thomas.

Pero ambos ya sabíamos que sabía que así era.

—Sí —contesté, y me aclaré la garganta enseguida cuando oí que mi voz sonaba trémula.

No había por qué sucumbir al pánico. Saqué la barbilla hacia delante para darme fuerzas. Pensara lo que pensara Thomas de lo que había hecho, solo era un favor muy sencillo a una amiga.

—Debo decir que ha sido usted muy hábil. Oscar me dio la tarjeta y enseguida le dije que a mí sí me sonaba el nombre —masculló Thomas.

Agaché un segundo la mirada para no mirarlo a los ojos. Unos ojos que amaba y que me miraban ahora con cierto desdén.

—Puedo explicarlo —le aseguré.

Pero parecía furioso. Desde mi punto de vista, bastante injustificadamente, pues no conocía lo que había pasado.

—¿De verdad? Entonces explíqueme por qué está robando libros de mi biblioteca —soltó con amargura.

Negué con la cabeza. ¿Que estaba robando libros? ¿Cómo podía pensar eso de mí?

—Yo no he robado nada. ¡Los he prestado! —exclamé más exaltada de lo que quería, y enseguida me recompuse.

No servía de nada que los dos perdiéramos los estribos. Ni mucho menos cuando, en realidad, me interesaba llegar a una solución pacífica.

—Ah, ¿sí? —exclamó aún más fuerte, dando lugar a la rabia—. ¿A un pirata... que lleva casi doscientos años muerto? —se indignó.

Pero yo no quería ofenderlo. De hecho, no debería haberse enterado jamás.

Cerré los ojos un momento y respiré hondo. Que me hablara así me hacía sentir fatal. Tuve ganas de llorar, pero debía mantener la compostura. Mostrarme débil no ayudaría a nadie. Si no quería estropearlo todo, era el momento de decir la verdad.

—No, por supuesto que no —respondí. No debía dejarme amedrentar—. Se los presté a mi amiga Elisa. Estudia Derecho en Saint Alberts y... —dije, pero Thomas me interrumpió.

—¿Ha prestado libros a una mujer? —exclamó, tan sorprendido que casi deseé no habérselo dicho; sus ojos expresaban desconcierto y su boca estaba cerrada de la rabia.

Apreté los dedos e intenté seguir respirando.

—Me lo pidió. La biblioteca de su universidad no es suficiente para sus estudios —intenté defenderme, pero era como hablar con una pared.

Thomas dio un puñetazo en la mesa y las tazas que seguían en la bandeja, en el borde de la mesa, tintinearón.

—¡Pero es una mujer, señorita Crumb! —señaló, como si no lo supiera—. ¡Va contra el reglamento!

Solté un bufido. Contra el reglamento. ¿Ese era su argumento para enfadarse así conmigo?

—¿Y eso qué más da? ¿A quién hace daño? —repliqué, furiosa.

Estaba perdiendo la paciencia. Me había imaginado solucionando el asunto pacíficamente, pero yo misma sabía que mi umbral de tolerancia no era muy alto cuando me atacaban verbalmente. Eso también concernía a Thomas Reed.

—¡No lo entiende! —contestó con la misma vehemencia y los puños cerrados—. De hecho, estoy obligado a comunicarlo al consejo de la universidad. Usted, señorita Crumb, será despedida, a mí me caerá una investigación muy desagradable y su amiga perderá la matrícula. Su carrera académica tendrá un final abrupto; con suerte, en su caso, se solucionará con una multa económica. En caso contrario, podrá comprobar cómo es una celda de la cárcel por dentro —añadió sin tomar aire ni una sola vez.

Me sentí aún peor. ¿Esas eran las consecuencias de haberle prestado un libro a mi amiga? ¿En qué tipo de mundo retrógrado vivíamos para que algo así pudiera acabar con penas de cárcel?

—¡Pero no es justo negarle el acceso a los libros solo por ser mujer! —repliqué. No podía entenderlo. No veía a Thomas Reed como un hombre al que pudiera parecerle bien—. ¿Cómo puede estar de acuerdo con algo así? —le reproché.

Soltó un bufido que hizo que se le hinchara la nariz. Apoyó las manos en la mesa. Se le levantaron los hombros y se le alteró más el rostro.

—¡Por Dios, yo no dicto las reglas! ¡Solo las cumplo! —dijo, evitando mi mirada.

Yo estaba a punto de explotar. No podía soportar que se escondiera con tanta cobardía tras las reglas de otras personas.

—¡Solo los estúpidos siguen reglas estúpidas! —exclamé, furibunda.

Thomas alzó la vista enseguida.

—Sí —soltó con amargura—. ¡Y los que quieren conservar su empleo porque si no acabarán muertos de hambre en la calle! —me soltó sin miramientos, con una expresión sombría—. No todo el mundo puede permitirse defender sus ideales por encima de todo —añadió.

Según él, yo pensaba como pensaba porque tenía dinero. No podía ni quería creerlo.

—¿Eso piensa de mí? —dije en un susurro.

Me había dolido tanto lo que me había dicho que casi se me había pasado el enfado. Dejé de refunfuñar. Me quedé con un desagradable nudo de miedo y desesperanza.

—Lo ha demostrado con esto.

Señaló la tarjeta de préstamo, que seguía allí como un recordatorio. La levantó, la estrujó y la tiró a la papelera. No dijo nada más: al parecer, daba la conversación por terminada.

Mi cabeza era un torbellino. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto?

No hacía ni diez minutos le iba a decir que le amaba, pero ahora ambos teníamos una sensación de decepción en el estómago. Solo tenía ganas de llorar. Aquella conversación solamente podía acabar de una manera. Tenía que marcharme de allí. No solo del despacho, sino que debía dejar mi puesto de asistente de biblioteca. Thomas ya me había dicho que mi comportamiento me costaría el empleo.

—Entonces será mejor que me vaya —le dije, destrozada por dentro.

No quería irme. ¿Cómo podía haber sucedido? ¿Cómo podía ser que algo tan sencillo pudiera destruir todo lo que había construido durante el último mes? ¿Cómo podía ser que mi sentido de la justicia se interpusiera entre Thomas y yo?

—De todos modos, ya casi ha pasado el mes —añadí para que supiera que había entendido sus palabras, para que supiera que me iría.

Él soltó otro bufido sin mirarme, aún con ese gesto de enfadado.

—Sí, eso debería hacer. Al fin y al cabo, no tiene motivos para seguir aquí —afirmó, y levantó la cabeza para mirarme con amargura a los ojos.

Me afectó tanto que noté un dolor físico. La presión en el pecho empeoró, me ardían los ojos y parpadeé para que no se me saltaran las lágrimas.

—¿De verdad no tengo motivos? —pregunté con un último rayo de esperanza.

Me daba vergüenza que se notara tanto lo que sentía, pero mi cabeza no quería entenderlo, y el corazón menos. Estaba tan convencida de que Thomas Reed sentía algo por mí que me costaba entender ese rechazo tan rotundo. Aunque estuviera enfadado conmigo. ¡No podía ser verdad!

—A mí no se me ocurre ninguno —dijo con apatía.

Cada una de aquellas palabras se me clavó como un puñal en el pecho. Dolía tanto como sus acusaciones anteriores. Su mirada seguía siendo dura; la

expresión, distante; la actitud, severa y de rechazo.

Noté que estaban a punto de saltarme las lágrimas. Estaba desesperada y no podía pensar lógicamente. Se me paró el corazón. Tenía las manos muy frías. Quise preguntarle si estaba completamente seguro de lo que decía. Sin embargo, puede que tuviera el corazón roto, pero conservaba mi orgullo. No iba a ponerme a suplicar como una loca de amor que no es capaz de aceptar el rechazo. Lo había dejado bien claro: no me amaba.

Fue como una conmoción. No me quería. Era una chica enamorada y rechazada. Había hecho planes, me había dejado llevar por la esperanza, y aquel era el peor de los finales posibles. No podía más.

—Está bien —susurré con voz frágil—. Que le vaya bien, señor Reed —me forcé a decir.

Busqué en sus ojos una última señal de que no le era todo tan indiferente, que sentía por mí algo distinto a la ira.

Sin embargo, él apartó la mirada con gesto avinagrado y miró por la ventana el brillo del sol que tan inoportuno me parecía ahora. ¿Dónde estaba la lluvia, la tormenta y el temporal cuando una los necesitaba?

—Que tenga un buen viaje a casa —contestó, casi imperturbable.

Sus palabras me sonaron a burla. Apenas podía contenerme; en cualquier momento, sería un mar de lágrimas. Por lo menos, podía ahorrarme esa humillación. Así pues, di media vuelta hacia la puerta y me fui. Salí del despacho a paso ligero y pasé por el lado de Cody, que estaba trabajando en la galería circular y que me miró con ojos de sorpresa.

Intenté girar la cara para que no me viera en ese estado, bajé corriendo los peldaños de la escalera hasta la sala de lectura y de ahí fui al vestíbulo. La falda me molestaba, pues no me dejaba ir tan rápido como me hubiera gustado. Cuando ya casi estaba en la puerta, Cody se interpuso en mi camino. Me bloqueó la salida con los brazos extendidos.

—Cody, por favor —dije con la voz temblorosa.

Noté que me saltaba la primera lágrima, que bajó por la mejilla. Me la limpié con un movimiento rápido.

—¡No! —dijo.

Y yo que pensaba que ya nada podía sorprenderme. Sin embargo, Cody había hablado, cosa que no había sucedido en las cuatro semanas que había pasado allí.

—N... no... no... pu... pu... puede... irse —tartamudeó.

Por eso no había dicho una palabra hasta entonces.

—Lo siento, Cody —me disculpé.

Lo rodeé y empujé la puerta con los dedos temblorosos. En cuanto el espacio fue lo bastante grande para pasar, salí corriendo, a ciegas. No paré hasta que los sollozos me dejaron sin aliento. Me desplomé llorando en un banco del parque. Me quedé hecha un ovillo, estremecida. Por suerte, era tan temprano que no había nadie en la calle que pudiera verme.

No había podido controlarme. Apenas podía dejar de llorar. Noté que el corazón se me rompía un poco más con cada sacudida. Nunca hubiera podido imaginar que no ser correspondida pudiera doler tanto.

Una parte de mí seguía pensando que todo aquello era una broma pesada. Sentía unas ganas casi irrefrenables de volver. O de que Thomas llegara de repente y me estrechara entre sus brazos para consolarme.

No lo entendía. ¿Cómo podía haberlo malinterpretado todo hasta ese punto? Estaba segura de que él también me quería, pero resulta que todo era un terrible error. Estaba tan enamorada que me había inventado cosas que no habían existido nunca. Y ahora tenía que pagar el precio.

Tardé mucho en calmarme y sentirme en condiciones de levantarme e irme. Fue un momento antes de ver a lo lejos el primer grupo de jóvenes de camino a la biblioteca. Pronto pasarían a mi lado.

Agaché la mirada, me puse la bufanda en la cara y caminé despacio por el sendero, siempre adelante, un pie delante del otro, hasta llegar a casa de mi tío. Era el único sitio donde quería estar.

Llamé vacilante. Tanto llorar me había dejado agotada. Me alegré de que fuera el señor Dolls quien me abriera la puerta.

Me miró, bajó la mirada y me dejó pasar sin decir nada. Me recogió el abrigo, me condujo al comedor y con un leve carraspeo llamó la atención de los presentes.

Estaban todos: mi padre, mi madre, el tío Alfred y la tía Lillian. Levantaron la cabeza y me miraron, cada uno a su manera. Mi madre fue la primera en entender que algo no iba bien. Tomó aire y se levantó de un salto.

—¡Madre mía! —exclamó, horrorizada, y se acercó a mí a toda prisa.

Debía de tener un aspecto horrible. Seguro que tenía los ojos rojos e hinchados. Me había estado toqueteando el cabello y me había destrozado el peinado. Sin embargo, por muy horrible que fuera mi aspecto, no era peor de lo que me sentía.

Me abrazó. Solo hizo falta sentir sus cariñosas manos en mi espalda para que las lágrimas volvieran a brotar. La vista se me nubló. Cuando fui consciente de qué iba a decir a continuación, mi mundo se desmoronó:

—Quiero irme a casa —dije entre sollozos.

Mi madre me abrazó con más fuerza.

—Ay, Ani —dijo.

—¡Hoy mismo! —exclamé, y me separé de ella.

Quería irme de Londres lo antes posible, poner distancia entre Thomas Reed y yo, esconderme en mi buhardilla y no volver a bajar jamás.

¿En qué estaba pensando? En casa estaba segura, en casa me iba bien, en casa jamás me habría sentido tan fracasada.

—¿Lo dices en serio? —preguntó mi madre, insegura, mientras me limpiaba los ojos con la manga de la blusa.

—Sí —contesté.

La ira se podía desahogar a gritos y te hacía reaccionar. Tenía que estar enfadada. Pero solo notaba vacío y dolor. No me quedaba más remedio que aguantarlo sin hacer nada.

Nadie se atrevió a preguntar qué había ocurrido; yo tampoco se lo conté.

El tío Alfred se ocupó de que alguien fuera a buscar mis cosas al edificio de personal; la tía Lillian ayudó a mi madre a hacer las maletas; y mi padre encargó que fueran a buscar nuestro coche de caballos.

Yo me encerré en el cuarto de invitados, el que había ocupado cuando llegué. Recogí lo que se había quedado por allí desperdigado. Y cuando abrí el cajón de mi armarito, me quedé petrificada.

En el cajón había un pañuelo de bolsillo bien doblado. Era de Thomas Reed y me lo había dado después de salvarme de la máquina.

No se lo había devuelto..., y ya no iba a hacerlo.

Pero tampoco podía dejarlo ahí, sin más. Lo saqué con cuidado, lo contemplé como si fuera a convertirse en polvo con cualquier mal movimiento y me metí despacio en la cama hecha.

Cerré los ojos y luego apreté el pañuelo contra el pecho.

Y así era tener un desengaño amoroso, me dije. Pero ojalá nunca lo hubiera sabido. Dolía. Era como una punzada. Era horrible. Me sentía enferma y rota. Solo tenía ganas de llorar y llorar.

Lo odiaba..., pero, aun así, hundí la nariz en el pañuelo y pensé en él. Me aferré a mi amor no correspondido con toda mi alma. Pensé que desprenderme de ese pañuelo significaría soltar a Thomas Reed..., pero no estaba preparada.

Ni en ese momento, ni al día siguiente.

En realidad, quizá nunca estuviera preparada para eso.



## EL ÚLTIMO DE VERDAD, O CUANDO OCURRIÓ TODO

*La* nieve había vuelto y había transformado el mundo entero en una suerte de pan de azúcar. El cielo estaba tapado y hacía tanto frío fuera que hacía días que no había puesto un pie fuera. De todos modos, había demasiados centímetros de nieve como para caminar bien. Así pues, me quedaba mirando por la ventana.

Estaba sentada en el banco del mirador, con las piernas en alto y con un libro abierto en el regazo. Pero no me podía concentrar. Me costaba readaptarme a mi antigua vida. Pasar los días ociosa, con los libros, me hacía sentir apática y me aburría. Me daba la sensación de ser inútil.

Había vivido tantas cosas en un mes en Londres que me había convertido en otra. Las personas habían ganado valor y los libros ya no lograban llenarme hasta el punto de olvidar todo lo demás.

De vez en cuando conseguía desaparecer por completo en las páginas del libro, llenar el espíritu con otros mundos y apropiarme de las aventuras de los demás.

Pero aún me dolía más regresar de ahí y comprobar que mi propia vida había perdido todo el encanto.

Mi madre estaba sentada en su butaca, delante de la chimenea, bordando algo. De vez en cuando desviaba la mirada hacia mí, pero no me decía nada. Había hablado muy poco desde que nos habíamos marchado de Londres, pero supongo que se imaginaba qué había sucedido.

—Creo que le han roto el corazón —le dijo una vez a mi padre a media voz cuando pensaban que estaba leyendo y no los oía.

—Pero ¿quién? —preguntó él.

Mi madre no supo qué responder.

Por lo menos, mi silencio tenía algo bueno. Mis padres habían vuelto a hablarse. Primero fueron solo temas de conversación superficiales sobre el tiempo o los vecinos. Luego se interesaban por cómo estaba el otro. Al final, empezaron a abordar algún tema más importante.

Con todo, mi padre seguía sin cambiar de opinión, mientras mi madre se quejaba de su cabezonería, tan fuera de lugar.

No obstante, no me preocupaba mucho, pues noté que mi padre empezaba a ablandarse. Sorprendentemente, no se debía a las exigencias de mi madre, sino a mi silencio. Creo que le hizo ser consciente de lo mucho que quería a sus hijos y pensar que, en realidad, él solo les deseaba lo mejor.

Pero yo jamás tendría lo que quería. No podía evitarlo: siempre que pensaba en Thomas, me echaba a llorar.

Al principio, solo me sentía herida. Me encerré en mi habitación a llorar durante horas. No comía y dormía mucho. Supongo que, en un momento dado, empecé a estar mejor. Cuando creí haberlo superado, aparecí para cenar y volví a leer.

Sin embargo, la sensación de alivio no duró mucho, pues con el vacío interior llegó la rabia. Estaba muy enfadada con Thomas. Había sido un insolente: primero me daba a entender que me apreciaba; luego dejaba que me marchara como si nada.

¿Qué tipo de persona horrible era? ¿Acaso solo había sido una diversión para él? ¿Se había comportado como un libertino y había buscado la cercanía de una mujer sin sentir afecto alguno por ella?

Sin embargo, por mucho que echara pestes de él y lo maldijera, esa imagen no encajaba con el hombre que creía conocer. Y cuando lo pensaba detenidamente, la ira se iba apagando poco a poco.

Iban pasando los días. El amanecer y el anochecer se confundían y me sentía vacía, un espantapájaros, vestida y peinada, pero sin poder pensar en nada y sin nada que hacer.

—¿Ani? —me llamó mi madre.

Ni siquiera di un respingo cuando me arrancaron de esa nada infinita. Estaba a mi lado. Se colocó en el otro rincón del mirador y yo retiré los pies del banco para que pudiera sentarse.

—Tu padre y yo hemos decidido organizar una velada el viernes —me dijo—. Y nos gustaría que asistieras —añadió con cautela.

Asentí. Me daba igual estar sola ahí sentada o en una sala llena de gente que, de todos modos, me consideraban una excéntrica.

Con todo, a medida que se iba acercando el viernes, la sensación se volvió muy distinta. Me puse un elegante vestido de color crema que mi madre siempre había descrito como aburrido; luego permití que me hiciera una trenza y me recogiera el cabello.

—Gracias —le dije cuando terminó y se puso a observar su obra dando vueltas a mi alrededor.

Parpadeó, se mostró sorprendida y sonrió.

—Es un placer, cariño —contestó, tan contenta que casi se me hizo raro.

Enseguida se puso a contar a quién esperaban aquella noche. Eran las familias de la zona, gente que ya conocía. No esperaba nada de esa reunión.

Sin embargo, cuando llegaron los primeros invitados, dando las gracias por la acogida y quejándose de la nieve, me sentí bien por volver a ver otras caras que no fueran las de mis padres.

Nunca antes había caído en lo largo que era nuestro invierno y en lo solos que estábamos. Siempre me refugiaba en mis libros. No entendía cuando mi madre me obligaba a ir a todas las reuniones a las que nos invitaban.

Ahora la comprendía mejor: lo hacía por aburrimiento. Pasaba el tiempo sentada bordando, esperaba todo el día a que mi padre llegara a casa para, por lo menos, hablar con alguien.

Me admiraba cómo insistía e insistía en hacer planes para mi boda. Aquello debía de ser una de las muchas pequeñas cosas que hacían más soportable su aburrida vida.

La sala se llenó, repartieron bocaditos, sirvieron ponche en abundancia y no pasó mucho tiempo hasta que la señora Dolbin se sentó al piano para amenizar la velada con una música lenta y ligera.

Escuché la pieza de piano y cerré la novela que había depositado en la ventana del mirador. Me encantaba la música de piano. Antes era el único motivo real por el que no me escondía en la buhardilla durante una celebración y me quedaba con los demás en el salón.

Solo el parloteo de algunas chicas entorpecía el momento. Las observé.

—Luego se puso el sombrero y dijo: «Si la señorita no sube al coche, tendrá que ir andando a casa» —decía una de ellas.

Las otras dos seguían el relato con gran interés.

Eran Julia Goodman, que debía de tener mi edad, más o menos, y las hermanas Mildred y Cassandra Brown. Las tres tenían un vaso de ponche en la mano y las cabezas muy juntas.

—¡No puede ser que dijera eso! —exclamó Julia, sin aliento.

Cassandra se encogió de hombros.

—¿Y qué hiciste tú? —preguntó Mildred, que no paraba de mover los pies, nerviosa.

—¡Me fui, claro! Yo también tengo mi orgullo —contestó Cassandra.

Las chicas volvieron a reírse entre dientes.

Eran tan pueriles y dulces, con sus vestidos de colores, las caras pintadas y todo tipo de accesorios en los peinados altos. Las tres respondían al tipo de chica que mi madre siempre había querido que fuera. Y yo siempre había evitado en la medida de lo posible estar cerca de ellas para no tener que oír todos los chismorreos de la zona. Siempre estaban de buen humor. Les gustaba hablar mucho y asistían a todas las celebraciones para buscar al mejor partido. Según me habían contado, Julia incluso lo había encontrado: se iba a casar en primavera.

Pese a que la comparación era grotesca, pensé en Elisa. Al irme de Londres, también la había dejado a ella; desde entonces, no había dado señales de vida. Si, finalmente, Thomas informaba de mi infracción, no le iría muy bien. Con todo, tenía la esperanza de que fuera la buena persona que yo veía en él. Tal vez se hubiera conformado con mi dimisión.

Descarté enseguida la idea. No me permití pensar en él. Para distraerme de esos pensamientos, seguí escuchando a las tres chicas.

Dejé de verlas cuando Edmund Collins se colocó justo en el medio. Era un joven apuesto con una gran fortuna; mi madre ya había intentado en varias ocasiones presentármelo, pero yo no le veía la gracia. Era engreído, tendía a soltar impertinencias, no soportaba que le llevaran la contraria y encima no era nada inteligente.

Saludó al grupito con sus aires vanidosos y bebió un trago de su vaso de ponche.

—Damas, seguro que ya saben que he adquirido uno de esos nuevos vehículos que circulan ahora mismo por Alemania —alardeó. Las chicas sonrieron con timidez—. Se llama «automóvil». Estoy seguro de que no rechazará a la ligera dar una vuelta como con el pobre Georg, señorita Brown —le dijo a Cassandra, que lo miró algo cohibida.

Probablemente, no esperaba que se dirigiera a ella directamente.

—En vez de recorrer todo el camino a pie como una criada cualquiera —añadió al cabo de un momento el señor Collins, con mala idea.

La conversación se estaba poniendo agria.

—Dicen que el dobladillo de la falda debía de tener unos diez centímetros de suciedad —insistió.

Por algún motivo, me dolió presenciarlo sin decir nada. Edmund Collins disfrutaba ofendiendo a las chicas, a las que dejaba de piedra solo para sentirse mejor. Sin darme cuenta, ya me había puesto de pie y me había acercado al grupo.

—Señor Collins —intervine.

Él giró la cabeza hacia mí, molesto. Puso cara de sorpresa al verme. Me pregunté si alguna vez le había dirigido la palabra a alguien de mi entorno. Lo dudaba.

—Sé que debe de ser triste no ser el ombligo del mundo, pero, por desgracia, la Tierra no gira alrededor de usted —me burlé, empleando ese tono que tan bien se le daba a Elisa.

Al oírme, casi se le salieron los ojos de las cuencas.

Hace un tiempo, ni se me hubiera ocurrido ser tan maleducada, pero mi estancia en Londres me había enseñado a enfrentarme a esas impertinencias pagando con la misma moneda.

—Así pues, por favor, deje de aburrir a las damas con sus tonterías —añadí.

El señor Collins empezó a hincharse para responder al agravio.

—¡Señorita Crumb, con ese comportamiento, le costará mucho encontrar un marido! —me reprochó.

Me encogí de hombros. Eso ya me lo decía mi madre desde hacía años.

—Si solo hay disponibles hombres como usted, renunciaré a ellos con mucho gusto —repliqué sin inmutarme.

El señor Collins se atragantó con su propia saliva. Tosió con discreción, sin saber qué más decir. Hizo una pequeña reverencia y se alejó de nosotras rápidamente.

Se fue con la cabeza bien alta y las orejas rojas de la vergüenza. Y yo pensé en Thomas. Seguro que mi reacción le habría hecho reír. Se le hubiera marcado el hoyuelo en la mejilla izquierda y se le hubiera puesto una expresión pícara en los ojos. Al pensarlo, volvió a dolerme en el alma.

—¡Dios mío, Animant, has estado brillante! —dijo Cassandra, que me puso una mano en el brazo.

Las otras dos chicas también me sonrieron. Abrieron el círculo para que me uniera a ellas.

—Yo jamás me habría atrevido —afirmó Julia con admiración.

Mildred dio una palmada flojita a modo de aplauso.

—¿Eso lo has aprendido en Londres? —preguntó Cassandra, que me miró con sus ingenuos ojos de color azul claro—. Dicen que has estado un mes allí,

viviendo con tu tío —añadió.

Asentí y forcé una leve sonrisa.

—Creo que sí. Me lo enseñó mi amiga Elisa —aclaré, procurando sonar sincera—. Es una auténtica londinense.

No sabía por qué les estaba contando eso. Pero enseguida las tres chicas me empezaron a hacer todas las preguntas imaginables sobre Londres y mi vida allí, acerca del tiempo y de las fiestas. La verdad es que me sentí bien formando parte del grupo. Y era una sensación muy poco común.

Antes la gente no me importaba, pero eso había cambiado. Echaba de menos hablar con otros.

La velada pasó en un ambiente relajado. Julia y Mildred fueron las primeras en irse con sus padres. Cassandra, en cambio, se quedó conmigo.

—Debo confesarte algo —me dijo.

No sabía qué podía contarme. A fin de cuentas, era la primera vez que conversábamos.

—Antes siempre te evitábamos porque pensábamos que eras muy culta y que nos tomarías por unas idiotas —me dijo entre risas.

Se me atragantó el dulce que acababa de comer.

—Pero eres muy buena persona. Quería disculparme por nuestros malos pensamientos —añadió.

Noté una punzada por la mala conciencia, pero me limité a sonreír sin decir nada. No hacía falta que Cassandra supiera que tenían toda la razón del mundo al tenerme por una engreída.

Finalmente, ella también se fue a casa. En algún momento, me quedé de nuevo sola, junto a mi ventana del mirador, contemplando la oscuridad de la noche. Sin embargo, algo había cambiado. Si antes era como un cascarón vacío, ahora sabía que no podía seguir así. Tenía que vivir mi vida, sin Thomas.

Aunque no sabía cómo lo haría. De regreso a mi antigua rutina, no lo había conseguido; las viejas costumbres ya no me llenaban.

Necesitaba más. Tener amigas era un buen inicio, pero seguía sin ser suficiente.

Necesitaba una ocupación, un trabajo, algo que me hiciera ser productiva y con lo que me sintiera útil.

—Nos vamos a la cama —me dijo mi madre con una sonrisa.

—Buenas noches, madre —le deseé.

Ella se echó a reír, no muy alto. La verdad es que tenía un aspecto fantástico.

—Tengo que contarte algo, Ani —exclamó.

Se acercó a mí. Enseguida pensé que ojalá no se le hubiera ocurrido la locura de querer emparejarme de nuevo. Se sentó a mi lado y se inclinó hacia mí.

—Tu padre ha accedido a invitar a casa a Henry y Rachel —anunció, exultante.

Entonces fui yo la que se echó a reír. Noté el movimiento de las comisuras de mis labios y que el estómago se me tensaba. Mientras el sonido claro de la carcajada brotaba de mis labios, me di cuenta de que hacía muchísimo que no me reía.

Mi madre también fue consciente de ello. Supongo que por eso me abrazó.

—Las heridas se curan —susurró.

Luego me dio un beso en la frente y se retiró.

Yo tampoco tardé en irme a la cama. Había decidido que, al día siguiente, recuperaría el control de mi vida.

Cuando salió el sol, ya llevaba un rato despierta. Me puse la bata y bajé corriendo la escalera a la planta baja. Mary-Ann y la cocinera se llevaron un susto de muerte cuando me planté en la cocina y pregunté por el correo. En efecto, había algo para mí.

Durante el tiempo que llevaba en casa habían llegado seis cartas para mí. Cuatro eran de Elisa, que me preguntaba por qué me había ido tan de repente y me informaba de sus novedades. Por lo visto, le iba bien; deduje que Thomas no nos había delatado. Una de las cartas era de Rachel, que también estaba preocupada por mí. La última era del señor Boyle.

Invertí la mañana en contestar. A Elisa se lo expliqué todo con detenimiento, mientras que al señor Boyle le dije amablemente que no volviera a escribirme. Tenía que mirar hacia delante, dejarme ir y seguir con su vida.

Tragué saliva cuando lacré la carta. De nuevo, noté un dolor en el pecho: la desilusión. Lo que le había dicho al señor Boyle no era solo un consejo para él, sino también un lema para mí misma.

Y estaba decidida a seguirlo.

Rachel y Henry nos visitaron para las fiestas, y ella se adaptó de maravilla a nuestras celebraciones familiares. Se rio mucho y ablandó el corazón de mi

padre, hasta el punto de que en Año Nuevo ya había dado su consentimiento a la boda entre Henry y Rachel.

Eso hizo que mi madre se sumiera completamente en los preparativos de la boda. Por mi parte, procuré estar en casa lo menos posible.

Quedaba con frecuencia con Cassandra, Julia y Mildred, que jamás serían como Elisa, pero que eran personas de buen corazón que enriquecían mi día a día.

—Estoy pensando en abrir una librería —dije una tarde cuando estábamos juntas en una casa de té.

—¿Un negocio propio? ¿Eso se puede hacer? —preguntó Julia.

Bebí mi té con toda tranquilidad.

—¿Por qué no? —contesté.

Julia miró a Mildred, que observó a Cassandra.

—Porque no es tan fácil siendo mujer —dijo esta con reservas, como si creyera que tenía que instruirme sobre las costumbres de nuestra sociedad.

—Eso no me va a detener —respondí.

Elisa estaría orgullosa de mí. En realidad, hasta yo estaba un poco orgullosa de mí misma. Sabía que esa era una decisión que me llevaría por el buen camino.

—Estás loca, Ani —dijo Cassandra entre risas.

Las demás se unieron a ella con esa risita tan típica de las chicas de nuestra edad.

—Pero conmigo nadie se aburre, ¿no?

Al instante, recordé que Thomas me había dicho algo parecido en una ocasión. Acordarme de aquello me entristeció.

Pensaba demasiado en él. Por mucho que me lo prohibiera, perdía la batalla conmigo misma con demasiada frecuencia, regodeándome en los recuerdos. Tanto en los buenos como en los malos.

Por mucho que hiciera por convencerme y distraerme, su imagen no se me quitaba de la cabeza. Cómo me miraba con desprecio por encima de la montura de las gafas. Cómo bailaba el rigodón completamente del revés y se echaba a reír. Cómo se inclinó a mi lado en la estantería, con esa mirada especial que me aceleraba el pulso, cuando me dijo que seguro que había cientos de idiotas que se enamorarían de mí.

Pero ¿por qué no era él uno de esos idiotas?

Todos los días me hacía esa misma pregunta sin encontrar respuesta.

Poco a poco, las noches se acortaron de nuevo. Pronto se anunció la primavera. La nieve se derritió y pude tachar en mi calendario el tercer mes



que llevaba en casa.

Londres me parecía ya muy lejano. Eso era una buena señal. Me estaba curando y pronto podría mirar atrás sin que el recuerdo fuera tan doloroso.

Las chicas me habían invitado a pasear por el parque. Había aceptado porque acababa de terminar mi manual sobre dirección de empresas y el mercado libre. Francamente, no tenía ningún otro plan.

Me arreglé, me recogí el pelo de cualquier manera y le pedí a Mary-Ann el abrigo ligero, por primera vez ese año.

Seguía con la mente puesta en los últimos párrafos del libro que acababa de leer, así que cuando abrí la puerta principal estaba completamente desprevenida.

Cuando alcé la vista y me topé con ese par de ojos castaños sentí que un rayo atravesaba mi cuerpo.

Impresionada, cerré la puerta y apoyé la espalda contra la madera, para no perder el equilibrio. Noté el corazón en la garganta y un cosquilleo tan intenso en el estómago que me mareé. Intenté respirar como buenamente pude, pero me faltaba el aire.

Ahí estaba: Thomas Reed. Con el pelo oscuro completamente enmarañado, el rostro cansado y asustado al mismo tiempo. Llevaba un abrigo de color azul marino que le quedaba estupendamente. Y de todo eso me di cuenta pese a que lo había visto solo un par de segundos.

No sabía qué hacer o cómo reaccionar. Estaba mareada y el corazón me iba a mil. Obviamente, no me había olvidado de él ni de lo mucho que lo amaba.

Pero ¿quién iba a pensar que Thomas Reed aparecería en la puerta de mi casa?

¿Qué hacía aquí? Ahora que iba por el buen camino. ¿Se había propuesto acabar conmigo o era una absurda casualidad que después de tres meses hubiera decidido aparecer de pronto en mi vida?

Sin embargo, no iba a claudicar tan fácil. Hice un gesto firme con la barbilla. No iba a tratarme así. Había llorado y había sufrido. Había muerto mil veces y había tenido infinidad de pesadillas. Ahora que empezaba a recuperarme, no tenía derecho a arrebatarme mi tranquilidad.

Inspiré profundamente, me incorporé, me puse bien el abrigo e ignoré la mirada molesta de Mary-Ann.

Iba a estar por encima de todo aquello, no iba a dejarme hundir ni doblegarme. Agarré con firmeza el pomo de la puerta. Por un momento,

esperaba haberme equivocado y que Thomas no estuviera. Pero enseguida pensé que no. No, no. Ojalá hubiera venido hasta aquí para verme.

Abrí la puerta con más energía que la primera vez, bajé los peldaños hasta el camino y dejé que se cerrara de un golpe.

—Señorita Crumb —dijo con su voz grave, esa que me ponía la piel de gallina y que tantas veces había oído en sueños.

No quería mirarle. Intenté ignorarlo y eché a andar por el camino, hasta la entrada y de ahí a la calle.

Thomas fue detrás de mí. Lo noté. Sentí su cercanía, la atracción que seguía ejerciendo en mí. Meforcé a centrarme en las chicas; sin duda, ya me estarían esperando.

—Señorita Crumb..., tengo que hablar con usted —insistió él.

Sonaba inseguro. Apreté los labios para no contestar.

Continué andando por la calle, más transitada que durante los últimos días. El viento suave y el sol habían animado a la gente a salir de sus casas.

—¿No podría parar un momento? —preguntó con más vehemencia.

Puse cara de desesperación. Me estaba empezando a enfadar.

—He quedado —le dije con aspereza y sin parar.

Él me siguió. Tuve que parar cuando un carro pasó traqueteando por los adoquines, justo en el momento en que pensaba cruzar la calle.

—Señorita Crumb, será solo un minuto —dijo.

Se acercó más de lo que me habría gustado. Retrocedí, con la mirada hacia delante, procurando no escucharle.

—No tiene nada que decirme que quiera oír.

Maldije al conductor del carro, que avanzaba a la velocidad de un caracol.

—He viajado medio día en un ómnibus de vapor muy incómodo para llegar hasta aquí, maldita sea. Por lo menos, permítame que le exponga mi petición —dijo Thomas, acalorado.

Noté que se le estaba acabando la paciencia. Lo conocía perfectamente.

Sin embargo, mi enfado también iba a más: una mezcla de frustración y rechazo que durante los últimos meses había ido fermentando.

—¡Y a mí qué me importa cómo haya llegado hasta aquí! —respondí de mal humor.

Cuando la calle quedó libre, pude seguir caminando. El parque no quedaba lejos: ya veía los abedules, que sin las hojas seguían pareciendo muy desnudos.

—Debería importarle por qué he venido..., por lo menos —masculló Thomas con amargura.

No parecía que fuera a darse por vencido. ¡Era para volverse loca! ¿Qué quería de mí ahora?

—Pues no es así. ¡Vuelva a subir a su autobús y regrese a Londres, donde debería estar! —grité, furiosa.

Entré en el primer sendero del parque. En algún lugar tenían que estar esperándome Cassandra, Julia y Mildred.

—¡Usted también debería estar en Londres! —me gritó Thomas.

Esas palabras me atravesaron el pecho como un cuchillo; abrieron una herida que ya había empezado a curarse y me partieron el corazón. Me había parado sin darme cuenta: necesitaba recuperar el aliento para no perder el control.

Sin que yo dijera nada, Thomas añadió:

—Me gustaría que volviera a Londres conmigo.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Me di la vuelta, alcé la vista y lo miré. Ahí estaba: el rostro enjuto, la mirada sombría, la postura rígida. Con eso bastó para que perdiera los estribos.

—¡Tres meses! —le grité a la cara, y él se estremeció—. No ha dado señales de vida en tres meses. Ni un mensaje, ni una carta, ni siquiera una mísera nota. ¿Y ahora se planta aquí muy serio y quiere que vuelva a Londres con usted?

Esa era mi forma de desahogarme. Por un momento, Thomas cerró los ojos, resignado.

—La necesito —dijo a media voz.

Y, sinceramente, no supe qué contestar. Mi corazón empezó a latir más rápido y un millón de mariposas revolotearon en mi estómago. Había querido dejar todo aquello atrás. Abandonar mis esperanzas.

Pero no era tan fácil. Allí estaba otra vez la esperanza. Renunciar a ella sería más que doloroso.

—¡No! —grité.

Di media vuelta y seguí caminando por el sendero. Vi que las chicas me estaban esperando no muy lejos de allí. Estiraban el cuello para no perderse nada de lo que estaba ocurriendo.

—¡Señorita Crumb, en Londres solo hay idiotas! ¡Todos los anteriores a usted y los que le sucedieron eran unos incompetentes, con la inteligencia de un ratón muerto! —exclamó Thomas.

Deseé haberlo entendido mal. Cómo podía ser tan insensible ese hombre. ¿De verdad me estaba pidiendo que volviera con él a Londres solo para ser su

asistente de biblioteca porque no encontraba a nadie capaz de hacer ese trabajo? ¿No sabía hasta qué punto me estaba haciendo daño?

Era imposible que durante todo ese tiempo no se hubiera dado cuenta de que sentía algo por él. Por muy torpe que fuera a veces, no podía estar tan ciego. Estaba harta. Definitivamente. No quería oír nada más que me torturara el alma.

—He quedado con mis amigas, así que debería irse —le rogué, con la voz tan fría como me permitió mi abatimiento.

—Ah, no, Animant, no te preocupes. Tenemos todo el tiempo del mundo. Vosotros hablad..., hablad —dijo Cassandra a mi espalda en tono cariñoso.

Julia y Mildred asintieron.

Era típico de la gente de campo. Pasaban tan pocas cosas que pudieran considerarse emocionantes que cualquier ocasión era válida.

—Hágales caso, tenemos que terminar de hablar —dijo Thomas.

Lo fulminé con la mirada.

—¡Cierre el pico! —le solté, y di una patada en el suelo de la frustración.

Estaba confusa y no sabía cómo superar ese lío sin romper a llorar en algún momento. Debía mantenerme fuerte. De alguna manera, se arreglaría. Seguro.

—¿Cómo puede ser tan insolente? ¡Me despidió! —dije, aunque sabía que no se trataba de eso en absoluto: no solo me había despedido, sino que me había roto el corazón y lo pisoteaba.

—Fue un error —admitió, mucho más calmado—. Todo. Entiéndalo. No debería haberla dejado marchar jamás.

Negué con la cabeza. No quería oírlo, no quería volver a interpretar en sus palabras más de lo que en realidad había.

—¿Cómo puede creer que regresaría a Londres por un «trabajo»? —pregunté en tono de burla.

—¡Por Dios, Animant! —exclamó Thomas. Se pasó las manos por el pelo, ya enmarañado por la frustración—. ¡No se trata del maldito trabajo!

Parpadeé, confusa, sin querer hacerme ilusiones.

—Es por ti. ¡Quiero que vuelvas, no puedo vivir sin ti!

Al principio, no podía creer que realmente hubiera ocurrido: eso era justo lo que deseaba oír.

Con todo lo que me había atormentado. Después de intentármelo quitar de la cabeza, de estar terriblemente enamorada de él..., y ahora me decía que no podía vivir sin mí. Era frustrante y maravilloso a la vez.

No supe qué decir ni cómo reaccionar.

—¿Lo dice en serio? —dije finalmente, con la voz entrecortada.

Él dio un paso hacia mí.

—¿En serio me estaba hablando de un puesto de trabajo libre? —añadí, indignada.

No entendía por qué tenía que hacerme daño y luego decirme que me quería.

—Esto no es tan fácil para mí. —Evitó mi mirada—. Ya tengo bastante con haber necesitado tres meses y una patada en el trasero de tu hermano para atreverme a venir. No sabía cómo decírtelo.

Con cada palabra, su tono se volvía más irascible. Luego negó con la cabeza y sacó de su bolsillo del abrigo una hoja. La desdobló. Se aclaró la garganta y miró alrededor.

Un grupo de gente se había reunido a nuestro alrededor. Hacía tiempo que ya no eran solo Cassandra, Julia y Mildred. Muchos de los que paseaban por el parque aquella tarde e incluso algunos otros que habían salido de las casas cercanas se habían acercado para ver qué estaba pasando.

—Espero que sepas que no soy ni romántico ni especialmente bueno con las palabras, pero he escrito un poema y te lo voy a leer..., si quieres —dijo Thomas.

Me puse roja como un tomate.

—¡No, que no! —grité más fuerte de lo que pretendía. El corazón me latía con tanta fuerza en el pecho que pensé que se me iba a salir—. Yo también soy poco romántica: no voy a permitir que nos avergüence más en público.

Thomas me lanzó una mirada penetrante, tomó aire y volvió a guardarse la hoja en el bolsillo del abrigo. Parecía nervioso. Yo también noté el temblor, de la cabeza a los pies.

Con todo, seguía enfadada con él. Me quería, maldita sea. Probablemente, me había querido todo el tiempo. No había estado equivocada. Eso hacía que la manera en que hacía tres meses me había rechazado fuera aún más cruel.

—Bien, entonces solo me queda una cosa por decirte. Y debes saber que lo digo en serio. —Se acercó a mí. Muy despacio, paso a paso, redujo la distancia entre nosotros—. Y juro que no buscaré ninguna otra excusa para convencerme de que para ti sería mejor vivir sin mí.

Se detuvo muy cerca. Tuve que echar la cabeza atrás para mirarlo. Me costó un horror seguir enfadada con él. Sus ojos estaban llenos de ternura; ya no conseguí apartar la vista.

—Animant Crumb, ¿quieres casarte conmigo? —me preguntó totalmente en serio.

Me quedé sin aliento. No entendía muy bien qué estaba pasando. Y en un arrebato de obstinación, me negué a decir que sí, sin más.

No me explicaba por qué, de pronto, lo había visto tan claro. Y yo estaba decidida a hacerle pagar los tres meses que me había hecho sufrir antes de pedirme matrimonio.

—¡Con ciertas condiciones, Thomas! —contesté con aspereza.

Vi que a Thomas le costaba tragar saliva.

—¡Nunca..., nunca más volveré a poner un pie en el archivo! —añadí con un gesto orgulloso y dispuesta a no retractarme jamás.

En las comisuras de sus labios, asomó una sonrisa.

—Nunca más —me juró.

Entonces salvó la distancia que nos separaba, me sujetó por la cintura, me atrajo hacia él y posó sus labios en los míos como si fuera un sueño y me besó.

Mi resistencia se evaporó cuando noté sus brazos en mi torso y la fuerza de su abrazo. Sus labios eran tan suaves que me temblaron las rodillas. Millones de mariposas bailaron por todo mi cuerpo. Noté un cosquilleo en cada centímetro de mi piel. Sentí un torbellino de emociones en el estómago cuando sus labios se movieron en los míos. Tras los párpados cerrados, aparecieron manchas oscuras, porque con la emoción me había olvidado de respirar.

Noté un fuerte estruendo en el oído que me devolvió a la realidad de forma tan repentina que di un respingo. Thomas también levantó la cabeza.

La gente que había presenciado la escena estaba aplaudiendo. Lanzaba gritos de alegría y daba patadas contra el suelo. Eché un vistazo a un lado y vi que Julia incluso se había desmayado.

Pese a todo, Thomas no me soltó. Seguía rodeándome con los brazos. Era un abrazo tan maravilloso que yo tampoco veía motivo para separarme de él.

Jamás.

Thomas Reed, bibliotecario y cascarrabias, me quería, y eso era lo único que importaba.

Hundí la cara en su pecho, ocultando el rubor que hacía brillar mis mejillas, cuando, de pronto, pensé en mi madre.

¿Cómo iba a explicarle todo aquello?



LIN RINA (Hagen, Alemania, 1987). Autora de ficción y amante del té a quien en ocasiones se le quema la comida mientras se pierde en su imaginación. En 2014 comenzó a compartir sus historias a través de *Wattpad* y desde 2016 sus trabajos han sido publicados por editoriales. Ella ilustró muchos de sus libros ella misma.

